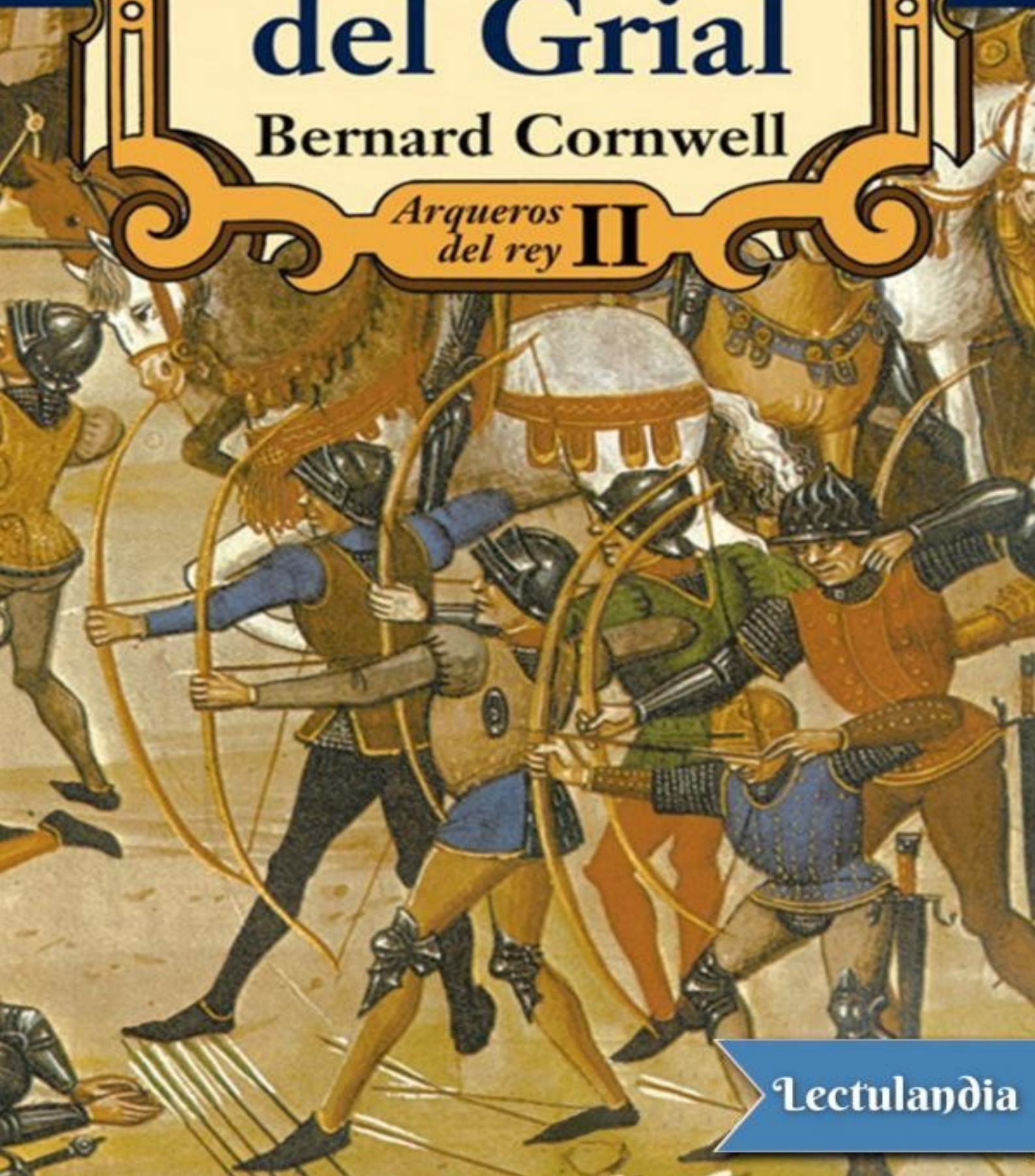


La batalla del Grial

Bernard Cornwell

*Arqueros
del rey* **II**



Lectulandia

Después de la batalla de Crécy (agosto de 1346), episodio central de la primera entrega de este ciclo narrativo, Thomas de Hookton es enviado por el rey de nuevo a Inglaterra, donde los escoceses, a petición de los franceses y aprovechando la merma de las defensas, han invadido el norte del país provocando la que pasará a la historia como la batalla de Neville's Cross (octubre de 1346) y en la que Thomas se ve envuelto a su pesar. Eso no impide de Thomas siga su peregrinaje en busca del Grial, que le llevará de vuelta a su pueblo natal y a Francia, donde asistirá a otra batalla memorable: la de La Roche-Derrien, en la que Carlos de Blois fue derrotado y hecho prisionero y en la que Thomas, en medio de una brutal carnicería, tendrá un destacado protagonismo. Títulos de la trilogía Los arqueros del rey son *Los arqueros del rey*, *La batalla del Grial* y *El sitio de Calais*

Lectulandia

Bernard Cornwell

La batalla del Grial

Arqueros del rey II

ePub r1.0

Alf 21.11.13

Título original: *Vagabond*
Bernard Cornwell, 2003
Traducción: Libertad Aguilera

Editor digital: Alf
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



La batalla del Grial está dedicado a
*June y Eddie Bell, desde la gratitud y
la amistad.*

PRIMERA PARTE

Inglaterra, octubre de 1346
FLECHAS EN LA COLINA



Era octubre, la época del año en que se celebraba la matanza del ganado antes del invierno, cuando los vientos del norte traían su promesa de hielo. Las hojas de los castaños habían adquirido un color dorado, las hayas eran árboles en llamas y los robles parecían de bronce. Thomas de Hookton, su mujer, Eleanor, y su amigo, el padre Hobbe, llegaron a una granja elevada al anochecer. El granjero se negó a abrirles la puerta, pero les gritó del otro lado que los viajeros podían dormir en el establo. La lluvia repiqueteaba en la paja enmohecida. Thomas metió a su único caballo bajo el mismo techo, que compartían con una pila de leña, seis cerdos en un sólido redil de madera y un montón de plumas desperdigadas que habían pertenecido a una gallina. Las plumas le recordaron al padre Hobbe que era el día de san Galo, y le contó a Eleanor cómo el bendito santo, al llegar una noche a casa, se encontró con un oso que le estaba robando la cena.

—¡Y cómo regañó al bicho! —narraba el padre Hobbe—. Menuda reprimenda, vaya que sí, y después lo envió a buscar leña.

—Eso lo he visto en un cuadro —dijo Eleanor—. ¿No se convirtió el oso después en su criado?

—Pero eso es porque Galo era un santo —le explicó el padre Hobbe—. ¡Los osos no van por ahí recogiendo leña para cualquiera! Sólo lo hacen con los santos.

—El santo patrón de las gallinas —intervino Thomas. Thomas lo sabía todo sobre santos, bastante mejor que el padre Hobbe, en realidad—. ¿Para qué quiere una gallina un santo? —preguntó con sarcasmo.

—¿Galo es el patrón de las gallinas? —inquirió a su vez Eleanor, confundida por el tono de Thomas—. ¿No lo era de los osos?

—De las gallinas —confirmó el padre Hobbe—. De hecho, de todas las aves de corral.

—Pero ¿por qué? —Eleanor quería saber más.

—Porque una vez exorcizó a una joven de un malvado demonio. —Al padre Hobbe, con aquella cara anchota, el pelo como espinas en punta, de extracción campesina, recio, joven e impaciente, le gustaba contar historias de los santos—. Un montón de obispos habían intentado ya sacarle el demonio del cuerpo —prosiguió—, y todos fracasaron, pero llegó Galo el santo y le echó una maldición. ¡Una maldición a un demonio! Y el maligno se puso a gritar de terror. —El padre Hobbe daba

manotazos al aire imitando al espíritu maligno presa del pánico—. Después, desde luego, abandonó el cuerpo de la muchacha y, cuando salió, era igual que una gallina negra, igual que un pollo. Un pollo negro.

—De eso sí que no he visto ningún cuadro —observó Eleanor con su inglés con acento francés; después, mirando hacia el exterior por la puerta del establo añadió como con nostalgia—, pero me encantaría ver a un oso de verdad llevando leña.

Thomas se sentó a su lado y contempló la noche húmeda, algo neblinosa. Él no estaba tan seguro de que fuera el día de san Galo porque había perdido la noción del tiempo mientras viajaban. ¿No sería ya santa Audrey? Era octubre, eso lo sabía, y también sabía que habían pasado mil trescientos cuarenta y seis años desde el nacimiento de Cristo, pero no estaba seguro del día en que estaban. Era fácil perder la cuenta. Su padre le recitó una vez todos los servicios dominicales en un sábado y él tuvo que repetirlos al día siguiente. Thomas se persignó a escondidas. Era el bastardo de un cura y eso, decían, traía mala suerte. Se estremeció. Había una pesadez en el aire que no se debía a la puesta de sol, ni a las nubes de lluvia, ni a la niebla. «Que el señor nos ayude», pensó; había algo de maligno en aquella noche, así que volvió a persignarse y dedicó una oración a san Galo y a su obediente oso. En Londres había visto un oso bailarín, pero tenía los dientes podridos y romos, y los costados pelados por la vara de su amo. Los perros callejeros gruñían y retrocedían cuando el oso se alzaba ante ellos.

—¿Cuánto queda para Durham? —preguntó Eleanor, esta vez en francés, su lengua materna.

—Creo que llegaremos mañana —respondió Thomas, aún con la mirada hacia el norte, donde la densa oscuridad envolvía la tierra—. Me ha preguntado —se dirigió al padre Hobbe en inglés— cuándo llegaremos a Durham.

—Mañana, si Dios quiere —dijo el cura.

—Mañana podrás descansar —le prometió Thomas a Eleanor en francés.

Estaba embarazada y, con la gracia de Dios, daría a luz en primavera. Thomas no estaba muy seguro de qué sensación le provocaba convertirse en padre. Le parecía demasiado precipitado asumir tan joven esa responsabilidad, pero Eleanor estaba contenta y a él le gustaba hacerla feliz, así que le dijo que a él también le gustaba la idea. Y a veces, hasta era verdad.

—Y mañana —dijo el padre Hobbe—, obtendremos respuestas.

—Mañana —le corrigió Thomas—, haremos preguntas.

—Que Dios no permita que hayamos venido de tan lejos para no obtener nada —insistió el padre Hobbe, y para que Thomas no siguiera discutiendo, sacó su insuficiente cena—. Esto es todo lo que queda de pan —dijo—, pero deberíamos guardar algo del queso y una manzana para el desayuno. —Bendijo la comida con la señal de la cruz y rompió el pan duro en tres pedazos—. Tenemos que comer antes de

que caiga del todo la noche.

La oscuridad trajo consigo algo de frío. Cayó una lluvia leve y después se detuvo el viento. Thomas era el que más cerca dormía de la puerta del establo y, poco después de que se hubiesen acostado, cuando ya dormían todos, le sobresaltó una extraña luz en el cielo del norte.

Se levantó sigilosamente y, junto a la puerta del establo, alzó la mirada. En un instante olvidó el frío, el hambre y todas las insignificantes incomodidades de la vida: estaba viendo el Grial. El Santo Grial, el legado más precioso de todos los que Cristo dejó a los hombres, perdido durante más de mil años, estaba ahora ante él. Podía ver cómo refulgía en el cielo como sangre brillante, y cómo a su alrededor, claros cual aura de un santo, rayos de una luminosidad cegadora llenaban el horizonte.

Thomas quería creer. Quería que el Grial existiera. Estaba convencido de que, si encontraban el Grial, toda la maldad del mundo volvería a las profundidades. Quería creer con todas sus fuerzas, y esa noche de octubre vio el Grial como una inmensa copa en llamas en el cielo, y sus ojos se llenaron de lágrimas hasta emborronar la imagen, aunque seguía viéndolo, y le pareció que del recipiente sagrado salía un halo de vapor. Más allá, elevándose en las alturas, podía ver también los coros angélicos con sus alas heridas por las llamas. El cielo del norte era humo, oro y escarlata, brillando en la noche como una señal para el incrédulo Thomas.

—Oh, Señor —dijo en voz alta, se apartó la manta y se arrodilló junto a la fría puerta del establo—, oh, Señor.

—¿Thomas? —Eleanor, que estaba a su lado, se había despertado. Se incorporó y se puso a observar la noche—. Fuego —dijo en francés—, *c'est un grand incendie*. —Estaba sobrecogida.

—*C'est un incendie?* —preguntó Thomas; entonces, como si despertara de un sueño, vio que realmente había un enorme incendio en el horizonte cuyas llamas esculpían un abismo en forma de copa entre las nubes.

—Ahí hay un ejército —susurró Eleanor en francés—. ¡Mira! —y señaló otro resplandor más lejano. Ya habían visto esas luces en cielo francés, cuando las llamas se reflejaban en las nubes de los lugares que atravesaba el ejército inglés a su paso por Normandía y Picardía.

Thomas seguía mirando hacia el norte, pero ahora algo abatido. ¿Era un ejército? ¿No se trataba, pues, del Grial?

—¿Thomas? —Eleanor estaba preocupada.

—Es sólo el rumor —dijo.

Era el bastardo de un cura, lo habían criado en las sagradas escrituras y el evangelio de san Mateo prometía que en el fin de los tiempos habría guerras y rumores de guerras. Las escrituras prometían que el mundo llegaría a su fin en un mar de sangre y batallas... Sí, rumores... En el último pueblo la gente los había mirado

con desconfianza y un sacerdote huraño los había acusado de ser espías escoceses. El padre Hobbe se había molestado y había amenazado a su colega en el sacerdocio con ponerle buenas las orejas, pero Thomas había conseguido tranquilizarlos a los dos, y habló después con un pastor que le contó que había visto humo en las colinas al norte. Los escoceses, le había informado el pastor, marchaban hacia el sur, aunque la mujer del cura dijo que eso no eran más que paparruchas, y arguyó que las tropas escocesas no eran más que un hatajo de ladrones de ganado.

—Cierra la puerta por la noche —le había aconsejado—, y te dejarán en paz.

La lejana luz empezó a apagarse. No había visto el Grial.

—¿Thomas? —Eleanor fruncía el ceño.

—He tenido un sueño, sólo un sueño.

—He notado que el niño se movía —le dijo poniéndole una mano en el hombro—. ¿Nos vamos a casar?

—En Durham —le prometió. Él era un bastardo y no quería que su hijo cargara con la misma lacra—. Llegaremos mañana a la ciudad —le aseguró a Eleanor—, y tú y yo nos casaremos en una iglesia y después iremos a hacer las preguntas que hemos venido a hacer —y suplicó íntimamente que una de las respuestas indicara que el Grial no existía. Que fuera un sueño, sólo un truco del fuego y las nubes en un cielo nocturno, pues Thomas temía que cualquier otra posibilidad lo condujera a la locura. Quería abandonar la búsqueda; quería olvidarse del Grial y volver a ser lo que era y lo que quería ser: arquero del ejército inglés.

* * *

Bernard de Taillebourg, francés, fraile dominico e inquisidor, pasó aquella noche de otoño en una porquera. Cuando el alba se levantó blanca por la densa niebla, se puso de rodillas y le dio a Dios las gracias por haber podido dormir entre paja cochambrosa. Después, consciente de su elevada tarea, dedicó una oración a santo Domingo para suplicarle que intercediera ante Dios, de modo que fructificara su jornada.

—Que la llama de la verdad que nos ilumina en tu boca —dijo en voz alta— ilumine también nuestro camino hacia el éxito. —Se balanceó hacia delante, llevado por la intensidad de sus sentimientos, y se golpeó la cabeza con un sólido pilar de piedra que sostenía una esquina de la pocilga. El dolor parecía atravesarle el cráneo, pero él siguió dándose cabezazos contra la piedra hasta que se hirió la piel y sintió la sangre cayendo por encima de su nariz—. Bendito Domingo —gritó—. ¡Santo Domingo! ¡Bendito sea Dios por tu gloria! ¡Ilumina nuestro camino! —La sangre había llegado hasta los labios, la saboreó y fue para él como el reflejo de todo el dolor que los santos y mártires habían soportado por la Iglesia. Tenía las manos

entrelazadas y una sonrisa en su rostro demacrado.

Los soldados que la noche anterior habían reducido a cenizas gran parte de la población, violado a las mujeres que no pudieron escapar y asesinado a los hombres que intentaron proteger a las mujeres, miraban ahora al sacerdote mientras seguía golpeando con la cabeza la piedra manchada de sangre.

—Domingo —gemía Bernard de Taillebourg—. ¡Oh, bendito Domingo! —Algunos de los soldados se santiguaron porque sabían reconocer a un santo cuando lo veían. Uno o dos incluso se arrodillaron, aunque la cota de malla dificultaba su movilidad, pero la mayoría observaba al cura con cautela, o miraban a su sirviente que, sentado fuera de la pocilga, les devolvía la mirada.

El criado, como Bernard de Taillebourg, era francés, pero algo en la apariencia del joven sugería un nacimiento exótico. Tenía la piel oscura, casi tanto como la de un sarraceno, y tenía el pelo largo, negro y brillante lo que, alrededor de aquella cara delgada, le daba un aspecto fiero. Vestía cota y llevaba espada y, aunque no era más que el criado de un cura, paseaba con confianza y dignidad. Iba vestido con elegancia, algo extraño en un ejército tan andrajoso como aquél. Nadie sabía su nombre. Ni siquiera había alguien que quisiera preguntárselo, como no había nadie que quisiera preguntarle por qué nunca comía o hablaba con el resto de los sirvientes. Ahora, el misterioso sirviente observaba a los soldados con un cuchillo muy largo y estrecho en la mano izquierda; cuando consideró que ya lo estaban mirando suficientes hombres, balanceó el cuchillo apoyándolo por la punta en un dedo. La punta estaba afiladísima y no le hería porque llevaba el dedo protegido con la funda de otro dedo que había cortado de un guante de malla. Apartó el dedo con un movimiento y el cuchillo giró sobre sí mismo en el aire, para volver a caer de nuevo, aún de punta, en el mismo sitio. El sirviente no había mirado el cuchillo ni una vez, no había apartado los ojos de los soldados un solo instante. El cura, totalmente ajeno a la exhibición, aullaba oraciones con las mejillas cubiertas de sangre.

—¡Domingo! ¡Domingo! ¡Ilumina nuestro camino!—El cuchillo volvió a girar en el aire, su perverso filo reflejaba la débil luz de la mañana—. ¡Domingo! ¡Guíanos! ¡Guíanos!

—¡A los caballos! ¡Montad! ¡A los caballos! —Un hombre de pelo cano, con un enorme escudo colgado del hombro izquierdo, se abrió paso entre los curiosos—. ¡No tenemos todo el día! En el nombre del demonio, ¿qué estáis mirando? ¡Cristo bendito en su cruz!, ¿pero qué es esto? ¿La maldita feria de Eskdale? ¡Por el amor de Dios, empezad a moveros! ¡Venga! —El escudo que llevaba en el hombro representaba un corazón rojo, pero la pintura estaba tan borrada y la piel del escudo tan estriada que era difícil distinguir la insignia—. ¡Oh, Cristo bendito! —El hombre había visto al dominico y a su criado—. ¡Padre! ¡Nos vamos! ¡Ahora! Y no espero a las oraciones. —Se volvió hacia sus hombres—. ¡Venga! ¡Moved los huesos! ¡Tenemos una misión

que cumplir, demonios!

—¡Douglas! —espetó de repente el dominico.

El hombre de pelo gris se dio la vuelta al instante.

—Mi nombre, cura, es sir William, y haríais bien en recordarlo.

El sacerdote parpadeó. Parecía sufrir una confusión momentánea, aún estaba en el éxtasis de su dolorosa oración; después hizo ademán de inclinarse, como reconociendo su error al utilizar el apellido de sir William.

—Estaba hablando con santo Domingo —explicó.

—Ya veo, ya. Pues espero que le hayáis pedido que levante esta maldita niebla.

—¡Y él nos guiará en este día! ¡Nos guiará!

—Pues más le vale llevar ya puestas las botas —le gruñó sir William Douglas, caballero de Liddesdale, al cura—, porque nos vamos esté listo vuestro santo o no. — La cota de malla de sir William estaba ajada por las batallas y había sido reparada con nuevos anillos. Estaba oxidada por la orilla y los codos; el escudo despintado, como su rostro marcado por el clima, lleno de cicatrices. Tenía cuarenta y seis años y creía llevar la marca de una espada, flecha o lanza por cada uno de esos años cine habían encanecido tanto su pelo como su barba recortada. En ese momento, estaba abriendo la pesada puerta de la pocilga—. Arriba, padre. Tengo una montura para vos.

—Caminaré —dijo Bernard de Taillebourg mientras cogía una recia vara que llevaba una correa de cuero anudada en la punta—, como caminó nuestro Señor.

—Así no se mojará cuando vadeemos los ríos, ¿eh? —bromeó sir William entre risas—. ¿Caminaréis sobre las aguas, padre? ¿Con vuestro sirviente? —De entre todos sus hombres era el único que no estaba impresionado por el sacerdote francés o atemorizado por su bien armado sirviente, aunque sir William era famoso por no temer a ningún hombre. Era un jefe y señor fronterizo que empleaba el asesinato, el fuego, la espada y la lanza para proteger su tierra, y por muy fiero que fuera el sacerdote parisino era difícil que pudiera impresionarlo. De hecho, a sir William no le entusiasmaban los curas, pero su rey le había ordenado que llevara a Bernard de Taillebourg en la incursión de esa mañana, y sir William no había tenido más remedio que acceder, aunque lo hiciera a regañadientes.

A su alrededor, los soldados estaban montando. Iban armados con el equipo ligero porque no esperaban encontrar enemigos. Unos pocos, como sir William, llevaban escudos, pero la mayoría se conformaba con una espada. Bernard de Taillebourg, con el hábito húmedo y manchado de barro, se apresuró para ponerse al lado de sir William.

—¿Entraréis en la ciudad?

—Pues claro que no entraré en esa condenada ciudad. Hay una tregua, ¿no os acordáis?

—Pero, cuando hay una tregua...

—Cuando hay una tregua los dejamos estar.

El inglés del cura era bueno, pero le costó unos instantes entender qué querían decir las tres últimas palabras de sir William.

—¿No va a haber enfrentamiento?

—Entre nosotros y la ciudad, no. Y como no hay un puto ejército inglés en cien millas a la redonda, no habrá enfrentamiento. Lo único que vamos a hacer es buscar comida y forraje, padre, comida y forraje. Alimentar a los hombres y a los animales es la manera de ganar las guerras —mientras hablaba, sir William montó en su caballo, que sostenía un escudero. Metió las botas en los estribos, se recogió las faldas de la malla por encima de los muslos y agarró las riendas—. Os llevaré cerca de la ciudad, padre, pero después de eso tendréis que espabilaros por vuestra cuenta.

—¿Espabilar? —preguntó Bernard de Taillebourg, pero sir William ya se había dado la vuelta y espoleaba su caballo hacia una llanura embarrada que había entre los bajos muros de piedra. Un reguero de doscientos hombres de armas montados, sombríos y grises en la neblinosa mañana, iba detrás de él y el sacerdote, zarandeado por sus enormes y sucios caballos, esforzándose por mantener el ritmo. El sirviente los siguió sin que pareciera tener interés en todo cuanto hacía. Evidentemente, estaba acostumbrado a pasar tiempo entre soldados y no mostraba temor alguno; de hecho, su actitud sugería que era más bueno con las armas que la mayoría de los hombres que cabalgaban tras sir William.

El dominico y su criado habían viajado hasta Escocia con una docena de mensajeros más, enviados al rey David II por Felipe de Valois, rey de Francia. La embajada era un grito de auxilio. Los ingleses lo habían quemado todo a su paso por Normandía y Picardía, habían masacrado al ejército del rey francés cerca de una población llamada Crécy y los arqueros ingleses poseían ahora una docena de refugios en Bretaña, mientras que sus feroces jinetes llegaban desde las posesiones ancestrales de Eduardo de Inglaterra en Gascuña. Todo eso era malo, pero para acabarlo de empeorar, como para demostrar a toda Europa que Francia sería desmembrada sin impunidad alguna, el rey inglés había puesto sitio a la inmensa bahía fortificada de Calais. Felipe de Valois hacía lo que podía por levantar el sitio, pero se acercaba el invierno, sus nobles murmuraban que el rey no era un guerrero, y no había tenido más remedio que apelar a la ayuda del rey David de Escocia, hijo de Robert Bruce. «Invadid Inglaterra —había suplicado el rey francés— y forzad así a Eduardo a abandonar el sitio de Calais para proteger su tierra». Los escoceses valoraron la invitación, después la embajada del rey francés los convenció de que Inglaterra había quedado indefensa. ¿Cómo podía ser de otro modo? Todo el ejército de Eduardo de Inglaterra estaba en Calais, Bretaña o Gascuña, y no había quedado nadie para defender Inglaterra, lo que significaba que el antiguo enemigo había quedado desvalido, estaba pidiendo a gritos ser expoliado, y todas las riquezas de

Inglaterra esperaban caer en manos escocesas.

Así que los escoceses se dirigieron al sur.

Era el ejército más grande que Escocia había enviado al otro lado de la frontera en toda su historia. Todos los grandes señores formaban parte de él, los hijos y nietos de los guerreros que habían doblegado a Inglaterra en la sangrienta matanza de Bannockburn; y todos esos señores iban acompañados de hombres de armas curtidos en las incesantes batallas fronterizas, pero esta vez, empujados por el olor del botín, habían acudido también los jefes de los clanes de las montañas y las islas: jefes que comandaban a grupos de hombres salvajes, hombres de las tribus que hablaban una lengua propia y luchaban como demonios desatados. Habían llegado a miles para hacerse ricos, y los mensajeros franceses, una vez cumplida su misión, volvieron a casa para decirle a Felipe de Valois que Eduardo de Inglaterra seguramente levantaría el sitio de Calais en cuanto supiera que los escoceses estaban saqueando sus tierras del norte.

La embajada francesa había vuelto a casa, pero Bernard de Taillebourg se había quedado. Tenía cosas que hacer en el norte de Inglaterra, aunque en los primeros días de la invasión no había experimentado más que frustración. El ejército escocés contaba con doce mil hombres, era más grande que las fuerzas con las que Eduardo de Inglaterra había vencido a los franceses en Crécy, y aun así, nada más cruzar la frontera, el gran ejército se había detenido para sitiar una solitaria fortaleza que sólo guardaban treinta y ocho hombres, y aunque habían muerto los treinta y ocho, el intento les había llevado cuatro días. Pero habían perdido aún más tiempo negociando con los habitantes de Carlisle, que les habían pagado en oro para que dejaran intacta la ciudad, y después, el joven rey escocés había desperdiciado otros tres días saqueando el enorme priorato de los Cañones Negros, en Hexham. Ahora, diez días después de haber atravesado la frontera, y tras vagar por los páramos ingleses del norte, los escoceses habían llegado por fin a Durham. La ciudad les había ofrecido mil libras de oro si no era atacada, y el rey David les había dado dos días para recaudar la suma. Lo que significaba que Bernard de Taillebourg tenía dos días para encontrar una manera de entrar en la ciudad, y por ese motivo seguía a sir William Douglas hacia el valle, a través de un río y por una empinada colina, medio cegado por la niebla y trastabillando en el barro.

—¿Hacia dónde está la ciudad? —exigió de sir William.

—Cuando se levante la niebla, padre, os lo indicaré.

—¿Respetarán la tregua?

—Los de Durham son hombres píos, padre —repuso con amargura sir William—, pero lo que es mejor aún, son hombres asustados. —Habían sido los monjes de la ciudad los que habían negociado el rescate y sir William había aconsejado que no aceptaran el trato. Si los monjes ofrecían mil libras, era su opinión, lo mejor sería

matar a los monjes y conseguir dos mil, pero el rey David había rechazado su propuesta. David Bruce había pasado gran parte de su juventud en Francia y se tenía por un hombre de cultura, y sir William no era tan quisquilloso con los escrúpulos—. Estaréis a salvo si los convencéis de que os dejen pasar —tranquilizó sir William al cura.

Los jinetes habían llegado a la cima de la colina, y sir William giró hacia el sur por la cresta, siguiendo todavía el camino amurallado a ambos lados y que conducía, una milla más allá, aproximadamente, hasta una aldea abandonada en la que cuatro casas, tan bajitas que los techos de paja parecían crecer del suelo, estaban apiñadas junto a un cruce. En el centro del cruce, en un trozo lleno de hierba y ortigas y rodeado de surcos enfangados, había una cruz de piedra inclinada hacia el sur. Sir William hizo frenar al caballo junto al monumento y contempló el dragón esculpido que rodeaba el asta. A la cruz le faltaba un brazo. Una docena de hombres desmontaron y se metieron en las casas, pero no encontraron nada ni a nadie, aunque en una de ellas aún ardían las brasas de un fuego, así que las usaron para prender fuego a los tejados. La paja parecía reacia a arder, estaba tan húmeda que incluso crecían en ella el musgo y las setas.

Sir William sacó el pie del estribo e intentó tumbar la cruz de una patada, pero no se movía. Gruñó por el esfuerzo, vio la expresión desaprobadora en el rostro de Bernard de Taillebourg y frunció el ceño.

—No es suelo sagrado, padre. No es más que la maldita Inglaterra. —Miró otra vez el dragón labrado, con la boca abierta mientras se enroscaba por el asta de piedra—. Qué cabrón más feo, ¿eh?

—Los dragones son criaturas del pecado, cosas del demonio —repuso Bernard de Taillebourg—, lo más lógico es que sea feo.

—Una cosa del demonio, ¿eh? —Sir William le pegó otra patada a la cruz—. Mi madre —comenzó a explicar mientras le daba una tercera e inútil patada— siempre me contaba que los malditos ingleses enterraban el oro robado bajo cruces de dragón.

Dos minutos más tarde, la cruz había sido arrancada y doce hombres miraban dentro del agujero que había dejado con decepción. El humo de los tejados espesó aún más la niebla, se enroscó por el camino y se desvaneció en el gris de la mañana.

—Nada de oro —gruñó sir William, y después convocó a sus hombres y los guió en dirección al sur para escapar del asfixiante humo. Buscaba cualquier tipo de ganado que pudiera llevar al ejército escocés, pero los campos estaban vacíos. Dejaron las granjas ardiendo atrás. El fuego era de un dorado rojizo atenuado por la niebla y se iba amortiguando a medida que avanzaban, hasta que sólo quedó el olor a hoguera. Fue en ese momento, de repente y de manera abrumadora, cuando la tierra pareció llenarse con el ruido de alarma y un repique de campanas inundó el cielo. Sir William, que sospechaba que el sonido venía del este, se metió por una grieta del

muro en un pasto, frenó el caballo y se puso de pie sobre los estribos. Oía el sonido, pero en la niebla era imposible saber de dónde provenían las campanas o cuán lejos estaban, y el repicar se detuvo tan de repente como había empezado. La bruma empezaba a desvanecerse, se escondía entre las hojas anaranjadas de un grupo de olmos. El pasto vacío en el que Bernard de Taillebourg se hincó de rodillas y empezó a rezar en voz alta estaba punteado, aquí y allá, de setas blancas.

—¡Cállese, padre! —le espetó sir William.

El sacerdote se persignó como implorando al cielo que perdonara la impiedad de sir William al interrumpir una oración.

—Habéis dicho que no habría enemigos —se quejó.

—No intento oír al enemigo, demonios, sino ovejas y vacas. —Aun así, sir William parecía extrañamente nervioso para ser alguien que sólo buscaba ganado. Seguía inquieto en la silla, contemplaba la niebla y fruncía el entrecejo al oír los pequeños ruiditos que salían del roce de las cotas de malla o de los cascos en el suelo húmedo. Les gritó a los hombres de armas que estaban más cerca de él que se callaran. Él era soldado antes de que algunos de aquellos hombres hubieran nacido y no seguía vivo por haber ignorado sus instintos, y ahora, en esa niebla húmeda, olía peligro. La razón le decía que no había nada que temer, que el ejército inglés estaba lejos, en el mar, pero él seguía oliendo la cercanía de la muerte y, sin ser demasiado consciente de lo que estaba haciendo, se quitó el escudo del hombro y metió el brazo izquierdo en las cinchas. Era un escudo grande, uno de los que se utilizaban antes de que los hombres añadieran placas de metal a la cota, un escudo suficientemente ancho para proteger todo el cuerpo.

Un soldado gritó desde el borde del prado y sir William se llevó el puño a la espada, después comprendió que el hombre sólo avisaba de la aparición repentina de unas torres entre la niebla, que en la cresta montañosa ya no era más que neblina, aunque en la profundidad del valle se veía tan densa como un río blanco. Y al otro lado del río, al este, y aún más al norte, emergía entre la blancura espectral de otra cresta una enorme catedral y un castillo. Se erguían entre las brumas, enormes y oscuros, como edificios de la imaginación malvada de algún mago, y el criado de Bernard de Taillebourg, que sentía que no había visto la civilización en semanas, parecía contemplar en estado de trance los dos edificios. La torre más alta de las dos de la catedral estaba llena de monjes con hábitos negros, y el criado se dio cuenta de que estaban señalando a los jinetes escoceses.

—Durham —gruñó sir William, imaginando que las campanas habían estado llamando a los fieles para las oraciones matutinas.

—¡Tengo que ir allí! —El dominico se puso en pie y, vara en mano, se encaminó hacia la ciudad envuelta en niebla.

Sir William espoléó al caballo hasta que se puso delante del francés.

—¿Qué prisa tenéis, padre? —exigió saber, y De Taillebourg intentó esquivarlo y seguir adelante, pero oyó desenvainar y, de repente, una hoja fría, pesada y gris apareció ante la cara del dominico—. Os he preguntado, padre, qué prisa tenéis. —La voz de sir William era tan fría como su espada; de repente, alertado por uno de sus hombres, miró al criado del cura que había medio sacado su propia arma—. Padre, si ese cabrón vuestro no envaina la espada —sir William hablaba con calma, pero en su voz había una amenaza terrible—, me voy a freír sus huevos para cenar.

De Taillebourg dijo algo en francés y el criado envainó a regañadientes. El sacerdote miró a sir William.

—¿No teméis por vuestra alma mortal? —le preguntó.

Sir William sonrió, se detuvo y miró a su alrededor, pero no vio nada extraño en la niebla y decidió que su nerviosismo anterior era fruto de su imaginación. El resultado, quizá, de demasiada carne de cerdo y demasiado vino en la cena. Los escoceses habían festejado la captura de la casa del prior de Durham, y el prior vivía bien, a juzgar por su despensa y su bodega, pero el buen yantar daba alas a la imaginación de los hombres.

—Mi propio cura se encarga ya de mi alma —dijo sir William, y después levantó la punta de la espada para obligar a De Taillebourg a mirar hacia arriba—. ¿Qué tiene que hacer un francés con nuestros enemigos de Durham? —le preguntó.

—Son asuntos de la Iglesia —respondió De Taillebourg con firmeza.

—Me trae sin cuidado de quién demonios sea el asunto —replicó sir William—, sigo queriendo saberlo.

—Cerradme el camino —repuso De Taillebourg apartando la espada—, y haré que os castigue el rey, que os condene la Iglesia y que el Santo Padre envíe vuestra alma a la eterna perdición. Invocaré...

—¡Cerrad ese maldito agujero que tenéis por boca! —gritó sir William—. ¿Creéis, cura, que me vais a asustar? Nuestro rey es un cachorro y la Iglesia hace lo que dice quien paga. —Volvió a apuntar la espada y esta vez la posó en el cuello del dominico—. Ahora explicadme vuestros asuntos. Decidme por qué un francés se queda con nosotros en vez de volver a casa con sus paisanos. Contadme qué queréis hacer en Durham.

Bernard de Taillebourg se agarró el crucifijo que le colgaba del cuello y se lo entregó a sir William. En otro hombre habría parecido una señal de miedo, pero el dominico parecía amenazar el alma de sir William con los poderes del cielo. Sir William lo miró con ojos llenos de ansiedad, como si tasara su enorme valor, pero la cruz era de madera y la figurita de Cristo, retorcida en la agonía, de hueso amarillento. Si la figura hubiera sido de oro, sir William aún habría cogido la baratija; en lugar de eso, escupió con desdén. Algunos de sus hombres, que temían a Dios más que a su señor, se persignaron, pero a la mayoría no le importó. Observaban de cerca

al criado, porque parecía peligroso, pero un clérigo parisino de mediana edad, por muy fiero que fuese o demacrado que estuviera, no les asustaba.

—¿Y qué haréis? ¿Matarme?

—Si no tengo más remedio —dijo sir William implacable. La presencia del sacerdote en la embajada francesa había sido sospechosa, y el hecho de que se quedara cuando los volvieron a Francia sólo acababa de componer el misterio. Pero sir William sabía algo más. Un hombre de armas parlanchín, uno de los franceses que habían traído doscientas armaduras de placas de regalo para los escoceses, le había dicho que el cura iba detrás de un inmenso tesoro, y si el tesoro estaba en Durham, sir William quería saberlo. Quería una parte—. Ya he matado antes a sacerdotes —le dijo a De Taillebourg—, y otro cura me vendió las indulgencias por la matanza, así que no creáis que me dais mucho miedo ni vos ni vuestra Iglesia. No hay pecado que no se pueda comprar, ni perdón que no se pueda adquirir.

El dominico se encogió de hombros. Dos de los hombres de sir William estaban detrás de él, con las espadas desenvainadas, y comprendió que los escoceses no dudarían un segundo si se veían obligados a matarlos. Los hombres que estaban bajo el corazón rojo de Douglas eran rufianes de frontera, criados para combatir igual que los perros se criaban para la caza, y el dominico supo que era inútil seguir amenazando sus almas porque ésa era una cuestión que no les preocupaba lo más mínimo.

—Voy a Durham —acabó por claudicar De Taillebourg—, para ver a un hombre.

—¿A qué hombre? —preguntó sir William aún con la espada en el cuello del cura.

—Es un monje —explicó De Taillebourg con paciencia—. Muy anciano ya, tan viejo que puede que no esté vivo. Es francés, un benedictino, y huyó de París hace muchos años.

—¿Por qué huyó?

—Porque el rey quería su cabeza.

—¿La cabeza de un monje? —Sir William adoptó un tono escéptico.

—No siempre había sido benedictino —prosiguió De Taillebourg—, antes había sido templario.

—Ah. —Sir William empezaba a comprender.

—Y sabe dónde se oculta un gran tesoro.

—¿El tesoro de los templarios?

—Se dice que está escondido en París —empezó a contar De Taillebourg—, y que ha permanecido escondido durante todos estos años, pero hasta hace poco no descubrimos que el francés estaba vivo y en Inglaterra. Veréis, el benedictino fue una vez el sacristán de los templarios. ¿Sabéis qué significa eso?

—No me habléis con condescendencia, padre —repuso sir William fríamente.

De Taillebourg inclinó la cabeza para reconocer la justicia del reproche.

—Si alguien sabe dónde está el tesoro de los templarios —prosiguió con humildad—, ése es el que fue su sacristán, y ahora sabemos que vive en Durham.

Sir William apartó la espada. Todo lo que el cura decía tenía sentido. Los caballeros templarios, una orden de monjes soldados que había prometido proteger las rutas de peregrinación entre Jerusalén y la Cristiandad, se habían enriquecido por encima de los sueños de los reyes, y eso supuso una insensatez, porque puso celosos a los reyes, y los reyes celosos son malos enemigos. El rey de Francia era de éstos precisamente, y ordenó que la orden de los templarios fuera destruida, para lo cual se apañaron unas herejías, los abogados tergiversaron la verdad sin escrúpulos y la orden fue disuelta. Quemaron a sus cabecillas y confiscaron sus tierras, pero sus tesoros, los fabulosos tesoros templarios, nunca fueron encontrados, y el sacristán de la orden, el encargado de mantener esos tesoros a salvo, era quizás el único que conocía su paradero.

—¿Cuánto hace que se disolvió la orden? —preguntó sir William.

—Hace veintinueve años —contestó De Taillebourg.

Así que el sacristán bien podía seguir vivo, pensó sir William. Sería un anciano, pero era muy probable que estuviera vivo. Sir William envainó la espada, totalmente convencido de que la historia que le acababa de contar De Taillebourg era cierta, aunque, en realidad, lo único cierto era que había un viejo monje en Durham, pero no era francés ni había sido templario y, con casi absoluta seguridad, tampoco sabía nada de ningún tesoro de los templarios. El caso es que Bernard de Taillebourg había hablado muy persuasivamente, y los cuentos a propósito de las riquezas desaparecidas reverberaban por toda Europa, algo de lo que se hablaba cada vez que los hombres se reunían para intercambiar relatos fantásticos. Sir William deseaba que la historia fuera cierta y eso, más que nada, lo convenció de que así era.

—Si encontráis a ese hombre —le dijo a De Taillebourg—, si todavía vive y después halláis el tesoro, será porque nosotros lo hicimos posible. Porque os trajimos aquí y os protegimos durante vuestro viaje a Durham.

—Eso es cierto, sir William —repuso el monje.

Sir William se sorprendió de que el cura estuviera tan dispuesto a darle la razón. Frunció el entrecejo, se movió en la silla y le observó como si estuviera evaluando la confianza que podía depositar en él.

—En ese caso, tendréis que darnos una parte —exigió.

—Por supuesto —contestó De Taillebourg al instante.

Sir William no era ningún imbécil. Si el cura se metía en Durham, no volvería a verlo nunca más. Se dio la vuelta sobre la silla y dirigió la mirada al norte, hacia la catedral. Se decía que el tesoro de los templarios era el oro de Jerusalén, más del que un hombre podía concebir, y sir William era lo suficientemente inteligente como para

saber que no poseía los recursos para desviar parte de esas enormes riquezas a Liddesdale. Necesitaba al rey. David II podría ser un muchacho débil, al que en Francia no habían sacudido lo suficiente y demasiado refinado, pero los reyes poseían recursos que se les negaban a los caballeros y David de Escocia podía hablar con Felipe de Francia casi de igual a igual, mientras que cualquier mensaje que enviara William Douglas sería desdeñado en París.

—¡Jamie! —avisó a su sobrino, uno de los hombres que vigilaban a De Taillebourg—. Tú y Dougal llevaréis al sacerdote de vuelta hasta el rey.

—¡Pero debéis dejarme marchar! —protestó De Taillebourg.

Sir William se inclinó desde la silla.

—¿Queréis que me haga un monedero con vuestras devotas gónadas? —Sonrió al dominico y volvió a mirar a su sobrino—. Dile al rey que este cura tiene noticias que nos conciernen y que lo mantenga a salvo hasta que vuelva. —Sir William había decidido que, si había un viejo monje francés en Durham, sería interrogado por los siervos del rey de Escocia, y que la información que poseyera el monje, si tenía alguna, podría venderse después al rey de Francia—. Llévatelo, Jamie —le ordenó—, ¡y vigila a ese criado suyo de los cojones! Quítale la espada.

James Douglas sonrió al pensar en la sola idea de que un cura y su criado le fueran a dar problemas, pero, aun así, obedeció a su tío. Obligó al sirviente a que entregara la espada y, cuando el hombre torció el gesto, Jamie medio sacó su propia hoja. De Taillebourg le dio una orden seca para que obedeciera, y el sirviente entregó la espada a regañadientes. Jamie Douglas volvió a sonreír al colgarse la espada del cinto.

—No me darán problemas, tío.

—Venga, largaos —dijo sir William, y observó a su sobrino y a su compañero, ambos montados en estupendos sementales capturados en las tierras de Percy, en Northumberland, mientras se alejaban escoltando al cura y a su criado de vuelta al campamento del rey. Sin duda, el sacerdote se quejaría al rey David y a éste, mucho más débil que su padre, que había sido un par, le preocuparía haber contrariado a Dios y a los franceses, pero le preocuparía mucho más contrariar a sir William. Sir William sonrió al pensarlo, después vio que algunos de sus hombres al otro lado del campo habían desmontado—. ¿Quién demonios os ha dicho que desmontéis? —gritó enfadado, y entonces reparó en que aquellos no eran sus hombres, sino completos desconocidos que acababan de surgir de la niebla, recordó sus instintos y se maldijo por perder tiempo con el cura.

Y mientras maldecía, llegó la primera flecha desde el sur. El sonido que produjo fue un silbido, el de las plumas al cortar el aire, y cuando dio en el blanco sonó como un hacha de guerra al atravesar la carne. Un golpe sordo acompañado del desgarrar del músculo por el metal y, al final, el rascón seco de la punta en el hueso, seguido

del gruñido de la víctima y un instante de silencio absoluto.

Después, el grito.

* * *

Thomas de Hookton oyó las campanas, graves y sonoras; no era el sonido de cualquier campana de iglesia de pueblo, sino un tañido con la fuerza del trueno. Durham, pensó, y sintió de golpe el cansancio de un viaje tan largo.

Un viaje que había empezado en Picardía, en un campo que apestaba a cadáveres de hombres y caballos, un lugar lleno de estandartes caídos, armas rotas y flechas perdidas. Había sido una gran victoria, pero Thomas aún se preguntaba por qué tenía esa sensación de tristeza e inquietud. Los ingleses habían marchado hacia el norte para sitiar Calais, y Thomas, al servicio del conde de Northampton, había recibido permiso de éste para llevar hasta Caen a un camarada herido, donde vivía un médico extraordinario. Después, sin embargo, se decretó que ningún hombre podía abandonar el ejército sin el permiso del rey, y el conde intercedió por él ante Eduardo Plantagenet, que escuchó a Thomas de Hookton y la historia de su padre, un cura francés que procedía de una familia de exiliados llamada Vexille, y de la que se rumoreaba que en algún momento tuvieron el Grial en su poder. Sólo era un rumor, por supuesto, un retazo de historia en un mundo duro, pero la historia era la del Santo Grial y ése era el objeto más precioso que había existido nunca, si había existido; de modo que el rey interrogó a Thomas de Hookton y Thomas intentó quitarle importancia a la historia; en ese momento, el obispo de Durham, que había combatido en la barrera de escudos que rompió el asalto francés, le contó al rey que el padre de Thomas había sido prisionero en Durham.

—Estaba loco —le había aclarado el obispo al rey—, ¡se había bebido los sesos! Así que lo encerraron por su propio bien.

—¿Hablaba del Grial? —le preguntó Eduardo Plantagenet, y el obispo le contestó que había un hombre en su diócesis que podría saberlo, un viejo monje llamado Hugh Collimore, que había atendido al enajenado Ralph Vexille, el padre de Thomas. El rey habría tomado aquello por cuentos de curas si Thomas no hubiera recuperado la herencia de su padre, la lanza de san Jorge, en la batalla que tantos muertos había dejado sobre la verde ladera junto a la villa de Crécy. La batalla también había dejado herido al amigo y comandante de Thomas, sir William Skeat, y él quería llevar a Skeat al doctor normando, pero el rey había insistido en que partiera hacia Durham a hablar con el hermano Collimore. Así que fue el padre de Eleanor el que llevó a sir William Skeat a Caen, y Thomas, Eleanor y el padre Hobbe acompañaron al capellán real y a un caballero de la corte del rey Eduardo hasta Inglaterra, pero ambos cayeron enfermos en Londres, víctimas de unas tempranas fiebres invernales, y Thomas y sus

compañeros acabaron viajando solos hacia el norte. Ahora estaban por fin cerca de Durham, en una mañana brumosa, escuchando las campanas de la catedral. Eleanor, como el padre Hobbe, estaba emocionada, pues creía que descubrir el Grial traería paz y justicia a un mundo que apestaba a granjas quemadas. Ya no habría más tragedias como las que había presenciado, pensó Eleanor, las guerras tocarían a su fin y el peligro de enfermedades remitiría.

Thomas quería creerlo también. Deseaba que su visión nocturna hubiera sido real, no sólo llamas y humo. Sin embargo, si el Grial existía realmente, Thomas pensaba que sólo podía estar en alguna gran catedral, custodiado por ángeles. O que habría desaparecido de este mundo, y, en ese caso, si sobre la tierra no había grial alguno, Thomas depositaba su fe en un arco de guerra de tejo italiano pintado de negro, con cuerda de cáñamo, flechas de fresno, plumas de ganso y puntas de acero. En la panza, por donde lo asía con la mano izquierda, el arco tenía una placa de plata grabada con una centicora, una bestia mítica con garras, colmillos y cuernos que había sido el blasón de la familia de su padre, los Vexille. La centicora sostenía una copa y a Thomas le habían dicho que se trataba del Grial. Siempre el Grial. Le llamaba, se reía de él, había modificado su vida, lo había cambiado todo y, aun así, no aparecía si no era en sueños de fuego. Era un misterio, como lo era también la familia de Thomas, pero puede que el hermano Collimore arrojara algo de luz sobre ese último misterio, así que Thomas se había encaminado hacia el norte. Era posible que no sacara nada en claro del Grial, pero esperaba descubrir más de su familia y eso, al menos, daba sentido al viaje.

—¿Por dónde vamos? —preguntó el padre Hobbe.

—Dios sabe —repuso Thomas. La niebla envolvía el terreno.

—Las campanas sonaban por ahí. —El padre Hobbe señalaba al norte y al este. Era un hombre enérgico, lleno de entusiasmo y con una fe ingenua en el sentido de la orientación de Thomas aunque, para ser francos, Thomas no tenía ni idea de dónde estaban. Un poco antes habían llegado a una bifurcación en la carretera y habían tomado al azar el sendero de la izquierda, que ahora no era sino una cicatriz en la hierba de la ladera por la que subían. En los pastos crecían setas y estaban tan húmedos y cargados de rocío que el caballo resbalaba. La bestia, era la yegua de Thomas, cargaba su escaso equipaje y, en uno de los sacos que colgaban de la perilla de la silla de montar, había una carta del obispo de Durham a John Fossor, el prior de Durham.

«Mi querido hermano en Cristo —rezaba la misiva, y proseguía con las instrucciones de que permitiera a Thomas de Hooklon y a sus compañeros interrogar al hermano Collimore, pues deseaban información del padre Ralph Vexille—, a quien probablemente no recordaréis, pues estuvo encerrado en vuestra casa antes de que vos llegarais a Durham, de hecho incluso antes de que yo ascendiera a la sede episcopal,

pero puede que baya alguien que sí pueda dar razón de él y el hermano Collimore, si Dios ha tenido a bien que aún siga entre nosotros, podría poseer algún dato sobre él y sobre el grandioso tesoro que ocultaba. Os lo pedimos en el nombre del rey y al servicio de Dios Todopoderoso que ha bendecido nuestros brazos en este empeño».

—*Qu'est que c'est?*— preguntó Eleanor señalando la colina en la que un brillo rojizo descoloría la niebla.

—¿Qué? —preguntó el padre Hobbe, el único que no hablaba francés.

—Callaos —avisó Thomas con la mano levantada. Le llegaba el olor a quemado y veía las llamas, pero no oía voces. Descolgó el arco de la silla y lo armó, escarzando el recio fuste para ensartar la cuerda en la pieza de hueso del extremo. Sacó una flecha de la bolsa y después, indicándoles a Eleanor y al padre Hobbe que se quedaran donde estaban, subió bordeando el sendero para ocultarse tras un espeso seto de cuyas hojas moribundas salían volando alondras y pinzones. Las hogueras crepitaban con fuerza, lo que sugería que eran recientes. Se acercó más, con el arco a medio tensar, hasta que vio tres o cuatro granjas junto a un cruce con las vigas y los tejados de paja ardiendo y enviando chispas al húmedo gris. El fuego parecía reciente, pero no se veía a nadie: ni enemigos ni hombres con cota de malla, así que avisó a Eleanor y al padre Hobbe para que se acercaran y fue entonces cuando, por encima del ruido del fuego, oyó un grito. Sonaba lejos, aunque pudiera ser que estuviera cerca y que lo amortiguara la niebla, y Thomas miró a través de humo y bruma y vio, más allá de las furiosas llamas, a dos hombres en cota de malla, ambos montados en sementales negros. Los jinetes llevaban sombreros, botas y vainas negras, y escoltaban a otros dos hombres a pie. Uno era un sacerdote, un dominico, a juzgar por el hábito blanco y negro, y tenía la cara manchada de sangre; el otro era un hombre alto, con cota de malla y un rostro estrecho e inteligente. Ambos seguían a los jinetes a través de la niebla y la humareda hasta que se detuvieron en el cruce, y el sacerdote se hincó de rodillas y se persignó.

Al primero de los jinetes no pareció gustarle la plegaria del cura, porque volvió el caballo y empujó al dominico con la espada. El sacerdote miró hacia arriba y, para asombro de Thomas, de repente clavó su vara en la garganta del animal. El caballo se apartó y el cura le dio entonces un fuerte golpe al jinete en el brazo de la espada. El hombre, desequilibrado por los movimientos de la bestia, intentó rebanarlo en dos con la larga espada. El de la cota de malla ya había derribado al segundo jinete, aunque Thomas no lo había visto caer, y estaba sentado a horcajadas encima de él con un cuchillo enorme en la mano. Thomas seguía observando la escena pasmado, pero estaba convencido de que ninguno de los cuatro había emitido el grito, aunque no veía a nadie más. Uno de los dos jinetes había muerto ya y el otro peleaba con el cura en silencio. Thomas tenía la sensación de que aquella pelea no era real, de que estaba soñando, como si la escena fuera una farsa con moralina en la que el jinete negro era

el diablo y el sacerdote la voluntad de Dios, y quienquiera que ganara la batalla estuviera a punto de resolver sus dudas sobre el Grial. En ese momento, el padre Hobbe le agarró el gran arco a Thomas.

—¡Tenemos que ayudarles!

El cura poca ayuda necesitaba. Usaba la vara como una espada, paraba los mandobles de su contrincante y le molía a palos las costillas; entonces, el de cabello oscuro le clavó una espada por la espalda, y el jinete se estremeció, se curvó y dejó raer el arma. Miró al sacerdote un momento y después cayó hacia atrás. Se le quedaron enganchados los pies en los estribos y el caballo, muerto de miedo, se lanzó al galope colina arriba. El asesino limpió la hoja de la espada y después cogió la vaina de uno de los muertos.

El cura, que había salido corriendo para atrapar al otro caballo, se dio la vuelta al presentir que alguien lo miraba. A pocos metros de él, pudo ver a dos hombres y una mujer entre la niebla. Uno de los hombres era un sacerdote y llevaba un arco enflechado.

—¡Vana matarme! —gritó Bernard de Taillebourg en francés. El de la melena oscura se volvió deprisa, levantando la espada con gesto amenazante.

—¡Ya está bien! —le dijo Thomas al padre Hobbe; le quitó el arco de las manos y se lo colgó al hombro. Dios había hablado, el sacerdote había ganado la batalla, y Thomas recordó la visión que había tenido la noche anterior, cuando el Grial se le había aparecido entre las nubes como una copa de fuego. Entonces vio que, bajo los moratones y la sangre, la extraña cara del sacerdote era dura y enjuta, el rostro de un mártir, tenía la mirada de quien había anhelado a Dios y había logrado una santidad evidente, y Thomas a punto estuvo de postrarse ante él.

—¿Quién sois? —le preguntó al dominico.

—Soy un mensajero. —Bernard de Taillebourg se agarró a cualquier explicación para ocultar su confusión. Había escapado de los escoceses y ahora se preguntaba cómo escaparía del hombre alto con el arco negro, pero entonces una lluvia de flechas silbó desde el sur y una de ellas se clavó en el tronco de un olmo cercano y otra en la hierba húmeda. Oyeron el relincho de un caballo y los gritos desordenados de los hombres. El padre De Taillebourg le gritó a su sirviente que cogiera el segundo caballo, que trotaba colina arriba y, para cuando lo atrapó, De Taillebourg vio que el extraño del arco se había olvidado de él y miraba en dirección al sur, de donde provenían las flechas. Así que se volvió hacia la ciudad, le gritó a su criado que lo siguiera y espoleó al caballo.

Por Dios, por Francia, por san Denis y por el Grial.

* * *

Sir William Douglas echaba pestes por la boca. Las flechas volaban a su alrededor. Los caballos relinchaban y los hombres caían, muertos o heridos, en la hierba. Por un momento se quedó desconcertado; entonces reparó en que su expedición en busca de alimentos había tropezado con una fuerza inglesa, pero ¿qué clase de fuerza? ¡No había ningún ejército inglés cerca de allí! ¡El ejército inglés al completo estaba en Francia, no en Durham! Lo que quería decir, evidentemente, que los ciudadanos de la villa habían roto la tregua, y esa idea le hizo hervir la sangre. Cristo, pensó, no iba a quedar una piedra sobre otra cuando acabara con la ciudad, así que se cubrió con el enorme escudo y espoleó al caballo hacia el sur, donde estaban los arqueros alineados junto a un seto bajo. Calculó que tampoco podía haber muchos, una cincuentena a lo sumo, y él seguía teniendo doscientos hombres montados, así que ordenó que cargaran con un berrido.

Las espadas se deslizaron de las vainas.

—¡Matad a esos cabrones! —gritó sir William—. ¡Matadlos a todos! —Azuzó al caballo y tropezó con el resto de los jinetes, aún confundidos, en su ansia por llegar al seto. Sabía que la carga llegaría rota, que algunos de sus hombres iban a morir, pero en cuanto llegaran al lugar desde donde disparaban aquellos hijos de perra, acabarían con todos.

Jodidos arqueros, pensó. Odiaba a los arqueros. Odiaba especialmente a los arqueros ingleses, pero, por encima de todos, detestaba a los de Durham, unos traidores que no sabían respetar una tregua.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó—. ¡Douglas! ¡Douglas! —Le gustaba que sus enemigos supieran quién los estaba matando y quién iba a violar a sus mujeres cuando ellos estuvieran muertos. Si la ciudad había roto la tregua, que Dios tuviera misericordia de Durham, porque sir William Douglas iba a saquear, violar y quemar todo lo que se pusiera a su paso. Prendería fuego a las casas, removería las cenizas y dejaría los huesos de sus ciudadanos a merced del invierno; durante años los hombres verían las piedras desnudas de la catedral en ruinas y contemplarían a los pájaros anidar en las torres vacías del castillo, y así sabrían que el caballero de Liddesdale se había vengado.

—¡Douglas! —gritó—. ¡Douglas! —Sintió los golpes de las flechas contra su escudo y al oír los chillidos del caballo supo que le habían alcanzado en el pecho y notó que la bestia se tambaleaba. Sacó de una patada los pies de los estribos cuando el caballo cayó moribundo hacia un lado. Los hombres cargaban a su lado, desafiando al enemigo entre gritos, sir William se tiró de la silla sobre su escudo, que se deslizó a toda velocidad por la hierba húmeda. Oyó a su caballo relinchar de dolor, pero él no estaba herido, apenas magullado, así que se irguió, encontró la espada que había soltado mientras caía y salió corriendo en la misma dirección que sus jinetes. A uno de ellos le sobresalía una flecha de la rodilla. Un caballo cayó al suelo, con los ojos

en blanco y enseñando los dientes, y la sangre manando a chorros de sus heridas. Los primeros jinetes ya habían llegado al seto. Algunos de ellos habían encontrado un hueco por el que se estaban metiendo y sir William vio que los malditos arqueros ingleses huían hacia la bruma. «¡Cabrones— pensó, —jodidos ingleses cabrones, cobardes y podridos hijos de perra!». Entonces escuchó más arcos a su izquierda y vio a un hombre caer del caballo con una flecha que le atravesaba la cabeza. En ese momento la niebla se levantó lo suficiente como para permitirle ver que los arqueros enemigos no habían huido, sino que sencillamente se habían unido a una masa sólida de hombres de armas. Los arcos volvieron a disparar. Un caballo retrocedió de dolor cuando una flecha le atravesó el vientre y desarzonó al jinete, que cayó con un sonido metálico al suelo.

«¡Cristo bendito! —pensó sir William—, ¡pero si había un ejército entero! ¡Un maldito ejército entero!».

—¡Atrás! ¡Atrás! —bramó—. ¡Retirada! ¡Atrás! —gritó hasta quedarse ronco. Se le clavó otra flecha en el escudo, la punta sobresalía por el escudo de sauce forrado de cuero y, en medio de la ira, le dio un golpe que rompió el astil.

—¡Tío! ¡Tío! —le gritó un hombre, y sir William vio que era Robbie Douglas, uno de los ocho sobrinos que tenía en el ejército escocés, que le traía un caballo, pero un par de Hechas inglesas se le clavaron en los cuartos traseros y el animal, enloquecido por el dolor, se le escapó de las manos.

—¡Hacia el norte! —le gritó sir William a su sobrino—. ¡Vete, Robbie!

En lugar de hacerle caso, Robbie llegó hasta donde estaba su tío. Se le clavó una flecha en la silla, y otra rebotó en el casco, pero ya lo había agarrado por un brazo y se lo llevaba arrastrando hacia el norte. Las flechas los seguían, pero la niebla era espesa y los ocultaba. Sir William soltó a su sobrino y caminó a trompicones, torpe como se movía con el escudo acribillado de flechas y la pesada cota de malla. ¡Maldita sea, maldita sea!

—¡Cuidado! ¡A la izquierda! —gritó una voz escocesa, y sir William vio algunos jinetes ingleses que salían por el seto. Uno de ellos divisó a sir William y lo consideró una presa fácil. Los ingleses no estaban más preparados para la batalla de lo que lo habían estado los escoceses. Unos cuantos vestían malla, pero ninguno iba convenientemente protegido ni llevaba lanza. Aunque sir William pensaba que habían detectado su presencia bastante antes de que dispararan las primeras flechas, la ira que le dominó al verse emboscado de esa manera provocó que se adelantara hacia el jinete, que avanzaba blandiendo la espada como si fuera una lanza. Sir William no se molestó ni en esquivar el golpe. Levantó el escudo y golpeó al caballo con él en el morro, oyó el gemido del animal y le atizó en las patas con la espada. El jinete aún intentaba calmar a la bestia y mantener el equilibrio, cuando sir William le atravesó la cota de malla y le clavó la hoja en las tripas.

—¡Cabrón! —gritó sir William mientras el hombre gemía y él retorció la hoja; entonces Robbie llegó por el otro lado y le rebanó el cuello, de manera que el hombre cayó del caballo con la cabeza colgando. El resto de los jinetes había desaparecido misteriosamente, pero las flechas seguían volando y sir William sabía que la niebla estaba empezando a despejarse. Sacó la espada del cadáver, la envainó manchada de sangre y se subió al caballo del muerto.

—¡Vámonos! —le gritó a Robbie, que parecía inclinado a enfrentarse él solo al ejército inglés al completo—. ¡Venga, muchacho! ¡Nos largamos de aquí!

Por Dios, pensó, le dolía huir del enemigo, aunque no hubiera nada de deshonor en que doscientos hombres escaparan de seiscientos o setecientos. Además, cuando se levantara la niebla tendría lugar una batalla como Dios manda, una masa asesina de hombres y acero, y sir William tendría oportunidad de enseñarles a esos cabrones de ingleses cómo se peleaba. Espoleó al recién adquirido caballo con la intención de llevar noticias al resto del ejército escocés, cuando vio a un arquero escabulléndose entre los setos. Con él iban una mujer y un cura, y sir William echó mano de la espada con la intención de resarcirse de las flechas que habían caído sobre su partida, pero en ese momento oyó a sus espaldas el grito de guerra de los ingleses:

—¡Por san Jorge! ¡Por san Jorge!

De modo que dejó tranquilo al arquero y siguió cabalgando, abandonando tendidos en la hierba de otoño a bravos y buenos hombres. Estaban muertos o moribundos, heridos y asustados. Pero él era un Douglas. Volvería y se cobraría su venganza.

* * *

Un montón de caballos pasaron galopando en desbandada junto al seto en el que se ocultaban Thomas, Eleanor y el padre Hobbe. Media docena de bestias iba sin jinete, y por lo menos una veintena sangraba por las heridas de flechas empenachadas de blanco. Seguían a los jinetes unos treinta o cuarenta hombres a pie, algunos cojeaban, otros tenían flechas clavadas y unos cuantos más cargaban con sillas de montar. Se apresuraron hacia las granjas ardiendo mientras una andanada de flechas perseguía su retirada, hasta que el ruido de cascos les hizo mirar atrás, y algunos de los fugitivos empezaron a correr desesperada y torpemente cuando una veintena de jinetes armados se abrió paso rugiendo entre la niebla. Los cascos levantaban torcos de tierra húmeda.

Los sementales frenaron, obligados a dar pasos cortos cuando los jinetes se acercaron a sus objetivos, pero las espuelas volvieron a la carga para la matanza, y Eleanor lanzó un grito al prever la carnicería que se avecinaba. Las espadas empezaron a desmochar. Uno o dos fugitivos se hincaron de rodillas y levantaron las

manos en señal de rendición, pero la mayoría intentó escapar. Uno de ellos dejó atrás a un jinete, vio a Thomas con el arco y se dio la vuelta para meterse de lleno en el camino de otro, que le atizó directamente en la cara. El hombre cayó de rodillas, con la boca abierta, pero no salió ningún grito, sólo sangre de entre los dedos con los que se cubría nariz y ojos. El jinete, que no llevaba ni escudo ni casco, hizo dar la vuelta al caballo y se agachó para rebanarle el cuello a su víctima como si decapitara a una vaca, comparación que se le antojó apropiada a Thomas, pues observó que el matarife montado llevaba una vaca marrón en la insignia de su almilla, una especie de jubón corto que le cubría parte de la túnica de malla. La almilla estaba rasgada y manchada de sangre, y la vaca tan descolorida que Thomas pensó al principio que se trataba de un toro. Entonces el jinete se dirigió hacia Thomas y levantó la espada amenazante, pero justo en ese momento reparó en el arco y frenó al caballo.

—¿Ingleses?

—¡A mucha honra! —repuso el padre Hobbe por Thomas.

Un segundo jinete, éste con tres cuervos negros bordados en un jubón blanco, frenó tras el primero. Por detrás de los caballeros los soldados conducían a tres prisioneros a empujones.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí delante? —le preguntó el recién llegado a Thomas.

—¿Hasta aquí delante? —inquirió Thomas a su vez.

—Hasta nuestra posición.

—Venimos caminando desde Francia —repuso—, o al menos desde Londres.

—¡Desde Southampton! —le corrigió el padre Hobbe con una pedantería que estaba totalmente fuera de lugar en aquella colina que apestaba a humo y teniendo a un escocés agonizante a su lado.

—¿Desde Francia? —El primer jinete, de pelo enmarañado, tez oscura y un acento del norte tan cerrado que a Thomas le costaba entenderlo, parecía que nunca hubiera oído hablar de Francia—. ¿Estabais en Francia? —preguntó.

—Con el rey.

—Ahora estás con nosotros —le amenazó el segundo; entonces miró a Eleanor de arriba abajo—. ¿Te has traído a la moza de Francia?

—Sí —replicó Thomas sin más.

—Miente, miente —llegó una tercera voz, y un tercer jinete se adelantó. Era un hombre desgarrado, de unos treinta años, con la cara tan roja e irritada como si se hubiera despellejado al afeitarse esas mejillas hundidas. Llevaba el pelo, largo y negro, atado al cuello con una cinta de cuero. Su caballo era un ruano lleno de cicatrices y tenía unos ojos blancuzcos y nerviosos—. Odio a los mentirosos —dijo mirando a Thomas; entonces se dio la vuelta y dirigió una mirada llena de desprecio a los prisioneros. Uno de ellos llevaba la insignia con un corazón del caballero de

Liddesdale en el jubón—. Casi tanto como a los malditos Douglas.

El recién llegado llevaba un gambax en lugar de un jaco o una loriga. Era el tipo de protección que utilizaba un arquero cuando no se podía permitir nada mejor, y aun así, el hombre era, evidentemente, de rango superior, pues llevaba al cuello una cadena de oro, señal de distinción reservada a la nobleza. De la perilla de la silla de montar le colgaba un casto con forma de hocico de cerdo, tan machacado como el caballo; de la cintura, una espada en una vaina corriente junio a la cadera y del brazo izquierdo, un escudo blanco con un hacha negra.

—Los escoceses tienen arqueros —dijo el hombre mirando a Thomas, y después dirigió la vista hacia Eleanor—, y tienen mujeres.

—Soy inglés —insistió Thomas.

—Todos somos ingleses —añadió con firmeza el padre Hobbe, olvidando que Eleanor era normanda.

—Un escocés diría que es inglés si eso le evitara que lo destripasen —replicó cáustico el de la cara en carne viva.

Los otros dos se habían retirado, desconfiaban claramente del más delgado, que en ese momento desenrolló un látigo y lo hizo chasquear a una pulgada de la cara de Eleanor. ¿Es inglesa?

—Es francesa —repuso Thomas.

El jinete no contestó inmediatamente, se quedó mirando a Eleanor. El látigo ondeó cuando le tembló la mano. Lo que veía era una muchachita guapa, con el pelo dorado y unos enormes y asustados ojos. Aún no se apreciaba que estaba embarazada y había en ella una delicadeza que evocaba lujo y un placer inusual.

—Escocesas, galesas o francesas, ¿qué importa? —preguntó el hombre—. Es una mujer. ¿A vosotros os importa de dónde es un caballo antes de montarlo? —Entonces su caballo escuálido y marcado se asustó porque el viento, que estaba cambiando de dirección, le llevó el hedor acre del fuego al hocico. Dio unos pasos nerviosos a un lado y al otro, hasta que el jinete le hincó tan salvajemente las espuelas que le perforó la gualdrapa acolchada y el animal se detuvo temblando de miedo—. No me importa lo que sea ella —el hombre hablaba con Thomas y señalaba con el mango de su látigo a Eleanor—, pero tú eres escocés.

—Soy inglés —volvió a decir Thomas. Una docena de hombres con la insignia del hacha negra se habían acercado para ver a Thomas y a sus compañeros. Los hombres rodeaban a los prisioneros escoceses, que parecían saber quién era el jinete del látigo y la información no les reconfortaba en absoluto. Otros arqueros y hombres de armas estaban mirando las granjas ardiendo y se reían de las ratas asustadas que salían de lo que quedaba de la paja mohosa de los tejados, que se habían desplomado.

Thomas sacó una flecha de su bolsa e inmediatamente cuatro o cinco arqueros con el hacha negra flecharon sus arcos. El resto de hombres con la misma insignia

sonreían expectantes, como si conocieran el juego y disfrutaran de él, pero antes de que empezara la partida, el jinete se distrajo con uno de los prisioneros escoceses, el que llevaba la insignia de sir William Douglas que, aprovechándose del interés de sus captores en Thomas y Eleanor, se había escapado y huía hacia el norte. No había dado ni veinte pasos antes de que lo tumbara uno de los hombres de armas, y el hombre delgado, divertido por el ansia desesperada de libertad del escocés, señaló una de las granjas.

—Calentad a ese cabrón —ordenó—. ¡Dickon, Beggar! —se dirigía a dos hombres de armas desmontados—. Vigilad a estos tres. ¡De cerca!

Dickon, el más joven de los dos, tenía la cara redonda y sonreía, pero Beggar era un hombre enorme, un gigante desgarbado con la cara tan llena de pelo que sólo se le veían los ojos y la nariz bajo el cazo oxidado que le servía de casco. Thomas medía seis pies, lo mismo que un arco, pero parecía enano junto a Beggar, cuyo amplio pecho estaba embutido en un jubón de cuero forrado de placas de metal. A la altura de la cintura, colgados de una cuerda, llevaba una espada y un mangual. La espada iba sin envainar y tenía la punta roma, mientras que algunos de los pinchos de la enorme bola de metal del mangual estaban doblados y manchados de sangre y pelo. El mango de tres pies del arma chocaba contra las piernas desnudas del gigante mientras se encaminaba hacia Eleanor.

—Bonita —dijo—. Bonita.

—¡Beggar! ¡Tranquilo, muchacho! ¡Tranquilo! —le ordenó Dickon al gigante con alegría, y Beggar le obedeció dando un paso atrás, aunque seguía mirándola mientras emitía gruñidos. Entonces un grito le hizo mirar hacia la granja en llamas, donde metían y sacaban del fuego al escocés, al que habían desnudado. La melena del prisionero estaba ardiendo y él intentaba apagarla mientras corría en círculos, para diversión de los ingleses. Los otros dos prisioneros estaban cerca de Thomas, tumbados boca abajo contra el suelo, inmovilizados por espadas desenvainadas.

El jinete delgado observaba el juego mientras un arquero envolvía el pelo del prisionero en un trozo de saco para extinguir las llamas.

—¿Cuántos sois? —preguntó el flaco.

—¡Miles! —repuso el escocés, desafiante.

El jinete se reclinó sobre la silla.

—¿Cuántos miles, alelado?

El escocés, con la barba y el pelo humeantes, y la piel quemada y cortada, hizo todo lo que pudo para mostrarse desafiante.

—Más que de sobra para devolverte a casa en una jaula.

—¡No tendría que haberle dicho eso al Espantapájaros! —dijo Dickon divertido—. ¡Se va a arrepentir!

—¿El Espantapájaros? —preguntó Thomas. Le parecía un apodo apropiado, pues

el jinete de la insignia del hacha blanca era flaco, pobre y daba miedo.

—Sir Geoffrey Carr para ti, alelado —repuso Dickon mirando al Espantapájaros con admiración.

—¿Y quién es sir Geoffrey Carr? —insistió Thomas.

—Pues es el Espantapájaros y el señor de Lackby —contestó Dickon en un tono que sugería que todos sabían quién era sir Geoffrey Carr—, ¡y ahora *empesará* con sus juegucitos! —Dickon sonrió porque sir Geoffrey, que se había vuelto a enrollar el látigo, había desmontado y, con un cuchillo en la mano, se estaba acercando al prisionero escocés.

—¡Sujetadlo! —ordenó sir Geoffrey a los arqueros—, ¡sujetadlo y abridle las piernas!

—*Non!* —gritó Eleanor.

—Bonita —dijo Beggar con una voz que retumbaba en su enorme pecho.

El escocés gritó e intentó liberarse, pero le pusieron la zancadilla y tres arqueros lo sujetaron mientras el hombre conocido en todo el norte como el Espantapájaros se arrodillaba entre sus piernas. En algún lugar entre la niebla, graznó un cuervo. Un puñado de arqueros escudriñaba el norte por si volvían los escoceses, pero la mayoría observaba al Espantapájaros y su cuchillo.

—¿Quieres conservar tus esmirriadas pelotas? —le preguntó sir Geoffrey al escocés—. Pues dime cuántos sois.

—¿Quince mil? ¿Dieciséis mil? —Al escocés le habían entrado ganas de hablar de repente.

—Quiere decir diez mil u once mil —anunció sir Geoffrey a su público de arqueros—, más que de sobra para nuestras pocas flechas. ¿Y está ese rey bastardo con vosotros?

El escocés se estremeció al oír aquello, pero el roce del cuchillo con su entrepierna le recordó el aprieto en que se encontraba.

—Sí, David Bruce está aquí.

—¿Y quién más?

El desesperado escocés empezó a nombrar a los otros cabecillas del ejército. El medio hermano del rey y heredero del trono, lord Robert Stewart, estaba con el ejército invasor, y los condes de Moray, March y Wigtown, Fife y Menteith. Dio más nombres, jefes de clanes y de las tribus salvajes de los eriales del norte, pero Carr estaba más interesado en los condes.

—¿Los de Fife y Menteith? ¿También están aquí?

—Sí, señor, han venido.

—¡Pero si son vasallos del rey Eduardo! —dijo sir Geoffrey poniendo evidentemente en duda lo que le estaba diciendo el hombre.

—Ahora marchan con nosotros —insistió el escocés—, como lo hace Douglas de

Liddesdale.

—¡Ese hijo de la grandísima puta! —repuso sir Geoffrey—, ¡esa cagada del demonio!

Miró hacia el norte a través de la niebla que se disipaba por la cresta, que ahora se revelaba como una meseta estrecha y rocosa que iba de norte a sur. Los pastos de la meseta eran escasos y la piedra sobresalía de la hierba como las costillas de un hombre delgado. Hacia el noreste, más allá del valle de niebla, se levantaban la catedral y el castillo de Durham sobre un peñasco bordeado por el río, y hacia el oeste se veían colinas, bosques y campos amurallados surcados por pequeños riachuelos. Dos águilas sobrevolaban la cordillera en dirección al ejército escocés que aún ocultaba la niebla, pero Thomas pensaba que no tardarían en llegar tropas buscando a los hombres que habían hecho huir a sus compañeros por el cruce.

Sir Geoffrey se irguió, e iba a volver a envainar el cuchillo cuando pareció acordarse de algo y sonrió al prisionero.

—¿No me ibas a llevar a Escocia metido en una jaula?

—¡No!

—¡Claro que sí! Y, ¿por qué querría yo ver Escocia? Si lerdos hay de sobra por aquí. —Escupió al prisionero e hizo una señal a los arqueros—. Sujetadlo.

—¡No! —gritó el escocés, y entonces el grito se volvió un alarido horrible cuando sir Geoffrey se volvió a agachar con el cuchillo en la mano. El prisionero se retorció entre convulsiones, mientras el Espantapájaros se erguía, con el gambax manchado ahora de sangre. El prisionero seguía gritando, sujetándose la ingle con las manos, y la visión arrancó una sonrisa al Espantapájaros.

—Tirad el resto al fuego —dijo entonces, y se dirigió a los otros dos prisioneros escoceses—. ¿Quién es vuestro señor? —les exigió.

Dudaron, uno de ellos se humedeció los labios.

—Servimos a Douglas —dijo con orgullo.

—Yo odio a Douglas. Odio a todos los Douglas que el demonio ha cagado sobre la tierra. —Sir Geoffrey se encogió de hombros y se volvió hacia su caballo—. Quemad a estos dos también.

Thomas, que había apartado la mirada de la sangre, fijó sus ojos en la cruz de piedra caída en el centro del cruce. La estaba mirando, pero no veía el dragón labrado, sólo escuchaba los ecos del ruido y los nuevos gritos de los prisioneros al ser lanzados al fuego. Eleanor corrió a su lado y se agarró fuertemente a su brazo.

—Bonita —dijo Beggar.

—¡Aquí, Beggar, ven! —le llamó sir Geoffrey—. ¡Súbeme! —El gigante unió las manos para que sir Geoffrey apoyara el pie, y éste subió al caballo, después se dirigió hacia Thomas y Eleanor—. Siempre me entra hambre, después de una castración. — Se volvió para contemplar la hoguera, donde uno de los escoceses, con el pelo en

llamas, intentaba escapar; doce arcos lo devolvieron al infierno. El alarido del hombre se apagó al instante al desplomarse—. Hoy me apetece castrar y quemar escoceses —prosiguió—, y tú me pareces escocés, chico.

—No soy ningún chico —repuso Thomas mientras la ira se apoderaba de él.

—Pues no me pareces más que un maldito chico, chico. Un chico escocés, ¿eh? —Sir Geoffrey, claramente divertido con el enfado de Thomas, sonrió a su nueva víctima que, de hecho, parecía joven, aunque Thomas había cumplido veintidós veranos y pasado los últimos cuatro sirviendo en Bretaña, Normandía y Picardía—. Pareces escocés, chico —repitió el Espantapájaros, animando a Thomas a que lo desafiara—. ¡Todos los escoceses son negros! —y apeló al grupo de soldados para que juzgaran la complexión de Thomas, y era cierto que tenía la piel tostada por el sol y era moreno, pero una veintena de los arqueros del Espantapájaros tenían el mismo aspecto. Y aunque Thomas parecía joven, también parecía duro. Llevaba el pelo casi rapado y cuatro años de guerra le habían hundido las mejillas, pero su aspecto seguía teniendo algo característico, y es que era muy atractivo, algo que sólo servía para acicatear los celos de sir Geoffrey Carr—. ¿Qué llevas en el caballo? —Sir Geoffrey volvió la cabeza hacia la yegua de Thomas.

—Nada tuyo —repuso Thomas.

—Lo que es mío, es mío, chico, y lo que es tuyo es mío si yo lo quiero. Mío es dar y mío tomar. ¡Beggar! ¿Quieres a la chica?

Beggar sonrió por detrás de aquella barba y sacudió la cabeza hacia arriba y abajo.

—A Beggar gusta bonita.

—Pues cuando acabe yo con ella te la puedes quedar. —Sir Geoffrey dijo esto con una sonrisa y se sacó el látigo y lo chasqueó en el aire. Thomas vio que la correa de cuero tenía al final una punta de hierro. Sir Geoffrey volvió a sonreír a Thomas y levantó otra vez el látigo como amenaza—. Desnúdala, Beggar, que los muchachos disfruten un poco —y seguía sonriendo cuando Thomas le atizó a su caballo en los dientes y el animal retrocedió del modo en que Thomas sabía que haría, con un relincho. El Espantapájaros, que no estaba preparado para ese movimiento, se cayó hacia atrás, sin poder mantener el equilibrio, y sus hombres, que deberían haberlo protegido, estaban tan ocupados quemando escoceses que ninguno sacó arco o espada antes de que Thomas lo tirara del caballo y le pusiera un cuchillo en el cuello.

—Llevo cuatro años matando hombres —dijo Thomas—, y no todos eran franceses.

—¡Thomas! —gritó Eleanor.

—¡Cógela, Beggar! ¡Cógela! —le gritó sir Geoffrey al gigante. Intentó levantarse, pero Thomas era un arquero y los años pasados tensando su enorme arco negro lo habían dotado de una fuerza extraordinaria en los brazos y el pecho, y sir Geoffrey no

pudo moverse, así que le escupió—. ¡Cógela, Beggar! —volvió a gritar.

Los hombres del Espantapájaros corrieron hacia donde estaba su señor, pero se detuvieron al ver que el arquero apretaba el cuchillo en su cuello.

—¡Desnúdala, Beggar! ¡Desnuda a la bonita! —aullaba sir Geoffrey, aparentemente ajeno a la hoja en su gznate.

—¿Quién sabe leer? ¿Quién sabe leer? —gritó el padre Hobbe. La extraña pregunta sorprendió a todo el mundo, incluso a Beggar, que ya le había quitado el gorro a Eleanor, la había agarrado por el cuello con el brazo izquierdo y estaba a punto de rasgarle el vestido—. ¿Quién sabe leer en esta compañía? —volvió a gritar el padre Hobbe mientras mostraba el pergamino que había sacado de uno de los sacos del caballo de Thomas—. Ésta es una carta de mi señor el obispo de Durham, que está con nuestro señor el rey Eduardo, dirigida a John Fossor, prior de Durham. Sólo los ingleses que han luchado con nuestro rey pueden llevar una carta como ésta. La hemos traído de Francia.

—¡Eso no demuestra nada! —gritó sir Geoffrey, escupió otra vez a Thomas, y éste le apretó más el cuchillo.

—¿Y en qué idioma está escrita? —Un nuevo jinete había aparecido entre los hombres del Espantapájaros. No llevaba sobreveste o jubón, pero la insignia de su maltrecho escudo era una concha venera sobre una cruz, lo que indicaba que no era de los de sir Geoffrey—. ¿En qué idioma? —volvió a preguntar.

—En latín —repuso Thomas con el cuchillo aún en el cuello de sir Geoffrey.

—Levanta a sir Geoffrey —ordenó el recién llegado—, y yo leeré la carta.

—Decidle al gigante que suelte a mi mujer —le espetó Thomas.

El jinete pareció sorprenderse de que un simple arquero le diera órdenes, pero no protestó. Lo que hizo fue dirigir su caballo hasta Beggar.

—Déjala —le dijo, y cuando el gigante no obedeció, medio desenfundó la espada—. ¿Quieres que te rebane las orejas, Beggar? ¿Eso es lo que quieres? ¿Las dos? Después seguiré con la nariz y con la verga, ¿eso es lo que quieres, Beggar? ¿Quieres que te esquile como a una oveja en verano? ¿Que te recorte hasta que parezcas un enano?

—Suéltala, Beggar —le ordenó sir Geoffrey con resentimiento.

Beggar obedeció y se apartó, y el jinete se inclinó para coger la carta que le tendía el padre Hobbe.

—Aparta ese cuchillo de sir Geoffrey —le ordenó el recién llegado a Thomas—, pues hoy habrá paz entre ingleses, al menos durante un día.

El jinete era un hombre mayor, de por lo menos cincuenta años, con una gran mata de pelo blanco que parecía que nunca se había acercado a un peine o un cepillo. Era un hombre grande, alto y con una enorme panza, que montaba un caballo recio sin protección, sólo cubierto por una gualdrapa ajada. El lorigón del hombre estaba

tristemente oxidado en algunas partes y roto en otras, y por encima llevaba un peto con dos tiras partidas. Le colgaba del muslo derecho una enorme espada. A Thomas le parecía un granjero que hubiera ido a la guerra con el equipo que le habían podido prestar sus vecinos, pero los arqueros de sir Geoffrey que lo habían reconocido se quitaban los sombreros y cascos y lo trataban con respeto. Incluso sir Geoffrey parecía encogerse frente al hombre de pelo cano, que fruncía el entrecejo mientras leía la carta.

—¿Así que *Thesaurus*? ¿eh? —hablaba para sí—. ¡Menudo brete! ¡Desde luego un *thesaurus*!—*Thesaurus era* latín, pero el resto de palabras llegaban en francés normando y era evidente que estaba convencido de que ningún arquero le entendería.

—La mención de un tesoro. —Thomas se dirigió a él en el mismo idioma que le había enseñado su padre— excita a los hombres. Los sobreexcita.

—¡Dios santísimo en el cielo, madre mía, pero si hablas francés! Los milagros nunca terminan. *Thesaurus*, significa «tesoro», ¿no? Mi latín ya no es lo que era. Me lo metió a golpes un cura y parece que se me ha ido escurriendo desde entonces. Un tesoro, ¿eh? ¡Y tú hablas francés! —El jinete parecía agradablemente sorprendido de que Thomas hablara la lengua de los aristócratas, aunque sir Geoffrey, que no hablaba francés, lo miraba horrorizado porque eso sugería que Thomas era bastante mejor de lo que se había imaginado que era. El jinete devolvió la carta al padre Hobbe y se dirigió a sir Geoffrey—. Os estabais peleando con un inglés, sir Geoffrey, un mensajero, nada más y nada menos, del rey nuestro señor. ¿Cómo explicáis eso?

—No tengo nada que explicar —dijo sir Geoffrey—, mi señor —añadió las dos últimas palabras con cierta reticencia.

—Debería destriparos —replicó con un tono irónico su señoría—, rellenaros y plantaros en medio de un campo para espantar a los pájaros. Podría pasearos por la feria de Skipton, sir Geoffrey, como ejemplo para otros pecadores. —Pareció reconsiderar la idea por unos instantes, después sacudió la cabeza—. Venga, al caballo —añadió—, y luchad contra los escoceses en lugar de molestar a vuestros compatriotas —se volvió en la silla y levantó la voz para que todos los arqueros y los hombres de armas le oyeran bien—. ¡Venga, todos vosotros, volved a la cresta! ¡Y rápido, antes de que vuelvan los escoceses y os apañen el cuerpo! ¿Queréis hacerles compañía a los del fuego? —Señaló a los tres escoceses que ahora no eran sino bultos negros entre las llamas. Después, le hizo una señal a Thomas y cambió de nuevo al francés—. ¿Habéis venido de verdad desde Francia?

—Sí, mi señor.

—En ese caso, hacedme el favor, querido amigo, de contarme cómo están allí las cosas.

Se encaminaron hacia el sur, dejando una cruz de piedra rota, hombres carbonizados y cuerpos ensartados con flechas envueltos en la ya débil niebla, por

donde el ejército de Escocia había llegado a Durham.

* * *

Bernard de Taillebourg cogió el crucifijo de su cuello y besó la figura retorcida del Cristo clavado en la pequeña cruz de madera.

—Que el señor esté contigo, hermano —murmuró al anciano que descansaba en el banco de piedra cubierto con un jergón de paja. Una manta delgada cubría al anciano, de pelo blanco y ralo.

—Hace frío —dijo débilmente el hermano Hugh Collimore—, tanto frío... —hablaba en francés, pero para Bernard de Taillebourg el acento del viejo monje era bárbaro, pues era el francés de Normandía y el de los gobernantes normandos de Inglaterra.

—Está llegando el invierno —le dijo De Taillebourg—. Se huele en el viento.

—Estoy muriendo. —El hermano Collimore volvió la mirada hacia su visitante—. Y ya no huelo nada. ¿Quién sois vos?

—Tomad esto —dijo De Taillebourg tendiéndole su crucifijo al monje; después atizó la lumbre, echó un par de troncos más en la llama reavivada y olió una jarra de vino caliente que descansaba en el hogar. No olía muy mal y se sirvió una copa de cuerno—. Al menos tenéis fuego —dijo y se encorvó para mirar por la estrecha ventana, no más grande que una aspillera, que daba al oeste, al río Wear que circundaba la ciudad. El hospital de los monjes estaba en la ladera de la colina de Durham, detrás de la catedral, y De Taillebourg veía desde allí a los hombres de armas escoceses portando lanzas por entre los retazos de niebla en el paisaje. Reparó en que pocos de los hombres vestidos con malla llevaban caballos, lo que sugería que los escoceses tenían intención de pelear a pie.

El hermano Collimore, con la piel pálida y la voz frágil, agarró la pequeña cruz.

—A los moribundos se les permite tener chimenea —dijo como si se sintiera acusado de permitirse lujos—. ¿Quién sois vos?

—Vengo de parte del cardenal Bessières —repuso De Taillebourg—, de París, y os envía sus saludos. Bebed esto, os calentará —le tendió el vino caliente al anciano.

Collimore rechazó el vino. Tenía una mirada cautelosa.

—¿El cardenal Bessières? —preguntó con un tono que implicaba que el nombre era nuevo para él.

—El legado papal en Francia. —A De Taillebourg le sorprendió que el monje no reconociera el nombre, pero pensó que la ignorancia del moribundo podía serle útil—. Y el cardenal es un hombre —prosiguió el dominico— que ama a la Iglesia tanto como ama a Dios.

—Si tanto ama a la Iglesia —le contestó Collimore con una vehemencia

inesperada—, podría utilizar su influencia para convencer al Santo Padre de que devuelva el papado a Roma. —La frase lo había agotado y cerró los ojos. Nunca había sido un hombre de gran complexión, pero ahora, bajo la manta plagada de chinches, parecía haberse encogido hasta el tamaño de un niño de diez años y tenía el pelo fino como el de una criatura aún más pequeña—. Que traslade la sede papal a Roma —dijo otra vez, aunque débilmente—, porque todos nuestros problemas han empeorado desde que está en Aviñón.

—Nada desea más el cardenal Bessières: que el Santo Padre regrese a Roma —mintió De Taillebourg—, y puede que vos, hermano, podáis ayudarnos a conseguirlo.

El hermano Collimore no parecía haber oído esas últimas palabras. Había vuelto a abrir los ojos, pero sólo miraba las piedras encaladas del techo. La habitación era baja, fría y blanca. A veces, cuando el sol estival estaba alto, veía el reflejo del agua en las piedras blancas. En el cielo, pensó, estaría siempre entre ríos de cristal al calor del sol.

—Una vez estuve en Roma —añadió nostálgico—. Recuerdo haber bajado por una iglesia en la que cantaba un coro. Qué bonito era.

—El cardenal requiere vuestra ayuda —dijo De Taillebourg.

—Allí había una santa. —Collimore había fruncido el ceño, intentando acordarse—. Sus huesos eran amarillos.

—Y por ese motivo me ha enviado a veros, hermano —añadió con suavidad De Taillebourg. Su criado, de ojos negros y porte elegante, vigilaba desde la puerta.

—El cardenal Bessières... —contestó Collimore en un susurro.

—Os envía sus saludos en Cristo, hermano.

—Lo que Bessières quiere —prosiguió Collimore aún en un susurro—, lo consigue con látigos y escorpiones.

De Taillebourg medio sonrió. De modo que Collimore conocía al cardenal, después de todo, y eso tampoco era de extrañar, pero quizás el miedo a Bessières sería suficiente para obtener la verdad. El monje había vuelto a cerrar los ojos y sus labios murmuraban algo en silencio, como si estuviera rezando. De Taillebourg no interrumpió sus oraciones, se limitó a mirar a través de la pequeña ventana hacia donde los escoceses estaban montando la línea de batalla. Los invasores estaban encarados hacia el sur, de manera que el extremo izquierdo de la línea estaba más cerca de la ciudad y De Taillebourg podía ver a los hombres dándose empujones para colocarse en las posiciones de honor junto a sus señores. Los escoceses habían decidido definitivamente luchar a pie para que los arqueros ingleses no frenaran a los hombres de armas derrumbando a los caballos. Aún no había señal de aquellos ingleses, aunque, por lo que De Taillebourg había oído, no podían haber reunido una fuerza demasiado grande. Su ejército estaba en Francia, rodeando Calais, no aquí, así que, como mucho, habría algún señor local con sus criados. Aun así, estaba claro que

había suficientes hombres para convencer a los ingleses de que formaran una línea de batalla, y De Taillebourg no creía que el ejército de David se retrasara mucho más. Lo que significaba que si quería sonsacar al anciano e irse antes de que los escoceses entraran en Durham, tendría que darse prisa. Volvió a mirar al monje.

—El cardenal Bessières sólo desea la gloria de la Iglesia y de Dios. Y también desea información sobre el padre Ralph Vexille.

—Santo Dios —repuso Collimore, y acarició con los dedos la figura de hueso mientras abría los ojos y miraba al cura. La expresión del monje sugería que era la primera vez que reparaba en De Taillebourg y se estremeció, pues reconoció en su visitante a un hombre que creía que el sufrimiento otorgaba mérito. Un hombre, reflexionó Collimore, que sería tan implacable como su señor en París.

—¡Vexille! —exclamó Collimore, como si casi hubiera olvidado el nombre, y entonces suspiró—. Es una larga historia —dijo cansino.

—En ese caso, yo os contaré lo que sé de ella —le contestó De Taillebourg. El demacrado dominico caminaba por la habitación, dando vueltas y más vueltas en el pequeño espacio bajo la parte más alta del arco del techo—. ¿Habéis oído que hubo una batalla en Picardía este verano? Eduardo de Inglaterra se enfrentó a su primo francés y llegó un hombre del sur para luchar por Francia cuyo estandarte representaba una centicora sosteniendo una copa. —Collimore parpadeó pero no dijo nada. Tenía los ojos fijos en De Taillebourg que, a su vez, se detuvo para observar al monje—. Una centicora sosteniendo una copa —repitió.

—Conozco el animal —repuso Collimore con tristeza. Una centicora era una bestia heráldica, que no existía en la naturaleza, con garras de león, cuernos de cabra y escamas de dragón.

—Llegó del sur —dijo De Taillebourg—, y creía que luchando por Francia podría lavar las manchas de la traición y la herejía del emblema de su familia. —El hermano Collimore estaba demasiado enfermo para ver que el criado del sacerdote escuchaba ahora atentamente, casi con fiereza, o para darse cuenta de que el dominico había levantado ligeramente el tono de voz para que su sirviente lo oyera mejor—. Ese hombre llegó del sur, cabalgando con orgullo, creyendo que nada se le reprocharía a su alma, pero ningún hombre puede escapar de Dios. Creía que cabalgaría hacia el aprecio del rey con la victoria, pero lo único que consiguió fue compartir la derrota con Francia. La voluntad de Dios en ocasiones nos humilla, hermano, antes de alzarnos hasta la gloria. —De Taillebourg hablaba con el viejo monje, pero sus palabras estaban dirigidas a su sirviente—. Y tras la batalla, hermano, mientras Francia se lamentaba, encontré a ese hombre y me habló de vos.

El hermano Collimore parecía sorprendido, pero no dijo nada.

—Me habló de vos —dijo el padre De Taillebourg—, a mí. Y yo soy un inquisidor.

El hermano Collimore movió los dedos como intentando hacer la señal de la cruz.

—La Inquisición —dijo débilmente— no tiene autoridad en Inglaterra.

—La Inquisición tiene autoridad en el cielo y en el infierno, ¿acaso creéis que la insignificante Inglaterra puede enfrentarse a nosotros? —La furia en la voz de De Taillebourg resonaba en la celda del hospital—. Para extirpar la herejía, hermano, llegaremos hasta los confines del mundo.

La Inquisición, como la orden de frailes dominicos, estaba dedicada a la erradicación de la herejía, y para ello empleaban fuego y dolor. No podían derramar sangre, porque iba contra la ley de la Iglesia, pero el dolor que no producía hemorragias sí estaba permitido, y la Inquisición sabía perfectamente que el fuego cauteriza, que el potro no perfora la piel y que no se revientan venas aplastando el pecho de un hereje con un peso enorme. En mazmorras que apestaban a fuego, miedo, orina y humo, en una oscuridad rasgada por el brillo de las antorchas y los gritos de los herejes, la Inquisición luchaba contra los enemigos de Dios y, por medio del dolor incruento, conducía sus almas a la bendita unión con Cristo.

—Llegó un hombre del sur —le volvió a decir De Taillebourg a Collimore—, y en lo alto de su escudo tina centicora sostenía una copa.

—Un Vexille —repuso Collimore.

—Un Vexille —repitió De Taillebourg— que conocía vuestro nombre. Ahora bien, hermano, ¿por qué un hereje de las tierras del sur habría de conocer el nombre de un monje inglés de Durham?.

El hermano Collimore suspiró.

—Lo conocen todos —dijo cansino—. Toda la familia lo conocía. Y lo conocen porque me enviaron a Ralph Vexille. El obispo creía que yo podía curarlo de su locura, pero su familia temía que me contara sus secretos. Lo querían muerto, pero lo encerramos en una celda en la que nadie, excepto yo, podía visitarlo.

—¿Y qué secretos os contó? —preguntó De Taillebourg.

—Locuras, nada más que locuras. —El criado, de pie en el umbral, lo observaba.

—Contadme las locuras —le ordenó el dominico.

—Los locos hablan de un millar de cosas —contestó el hermano Collimore—, hablan de espíritus y de fantasmas, de nieve en verano y oscuridad durante el día.

—Pero el padre Ralph os habló a vos del Grial —espetó sin más De Taillebourg.

—Me habló del Grial —le confirmó Collimore.

El dominico suspiró con alivio.

—¿Qué os contó sobre el Grial?

Hugh Collimore se quedó callado un tiempo. Su pecho subía y bajaba tan sutilmente que el movimiento apenas era perceptible, después sacudió la cabeza.

—¡Me dijo que su familia lo había tenido en su poder, y que él lo había robado y escondido! Pero habló de cientos de cosas como ésa. Cientos.

—¿Y dónde lo habría escondido? —inquirió De Taillebourg.

—Estaba loco. Loco. Mi trabajo era cuidar de los locos, ¿lo sabíais? Les teníamos sin comer o les golpeábamos para expulsar los demonios fuera, pero no siempre funcionaba. En invierno, los sumergíamos en el río helado, eso sí que funcionaba. Los demonios odian el frío. Funcionó con Ralph Vexille, o casi funcionó. Le soltamos después de un tiempo. Los demonios lo habían abandonado.

—¿Dónde escondió el Grial? —De Taillebourg había subido el tono de voz.

El hermano Collimore contempló el reflejo del agua en el techo.

—Estaba loco —susurró—, pero era inofensivo. Inofensivo. Y cuando dejó Durham fue enviado a una parroquia al sur. Bien al sur.

—¿A Hookton, en el Dorset?

—A Hookton, en el Dorset, donde tenía un hijo. Veréis, era un gran pecador, siendo sacerdote y todo. Tenía un hijo.

El padre De Taillebourg miró al monje que, por fin, le había dado algo de información. ¿Un hijo?

—¿Qué sabéis del hijo?

—Nada. —El hermano Collimore parecía sorprendido de que le hiciera esa pregunta.

—¿Y qué sabéis del Grial? —insistió De Taillebourg.

—Sé que Ralph Vexille estaba loco —susurró.

De Taillebourg se sentó en el duro lecho.

—¿Hasta qué punto?

La voz de Collimore se volvió más débil.

—Dijo que aunque alguien encontrara el Grial no lo reconocería, no a menos que fuera digno. —Se quedó callado, con una mirada aturdida, casi maravillada, en su rostro—. Había que ser digno, dijo, para poder reconocer la sagrada copa, pero si un hombre digno se postrase ante él, el Grial brillaría como el mismo sol. Deslumbraría.

De Taillebourg se le acercó.

—¿Le creísteis?

—Lo que creo es que Ralph Vexille estaba loco —repuso Collimore.

—Los locos a veces dicen la verdad.

—Yo creo —prosiguió el hermano Collimore como si el inquisidor no hubiera hablado— que Dios puso una carga demasiado pesada sobre las espaldas de Ralph Vexille.

—¿El Grial? —preguntó De Taillebourg.

—¿Podríais vos con ella? Sin duda, yo no.

—¿Y dónde está? —insistió De Taillebourg—. ¿Dónde está?

El hermano Collimore seguía pareciendo todavía sorprendido.

—¿Y cómo lo voy a saber yo?

—No estaba en Hookton —repuso De Taillebourg—. Guy Vexille lo buscó allí.

—¿Guy Vexille? —preguntó el hermano Collimore.

—El que llegó del sur para luchar por Francia y terminó bajo mi custodia, hermano.

—Pobre hombre —repuso el monje.

El padre De Taillebourg sacudió la cabeza.

—No hice más que mostrarle el potro, que sintiera las tenazas y oliera el humo. Después le ofrecí la vida y él me dijo que el Grial no estaba en Hookton.

La cara del monje se retorció en una sonrisa.

—No me habéis escuchado, padre. Si un hombre es indigno, el Grial no se revelará. Guy Vexille no podía ser digno de él.

—¿Pero lo poseía el padre Ralph? —De Taillebourg buscaba una confirmación—. ¿Creéis que lo poseía?

—Yo no diría tanto.

—Pero ¿lo creéis? —Cuando el hermano Collimore no contestó, asintió para sí—. Creéis que estaba en su poder. —Bajó de la cama, se puso de rodillas y una expresión de éxtasis le iluminó el rostro cuando sus dedos se entrelazaron—. El Grial —y lo decía con un tono de auténtica iluminación.

—Estaba loco —le advirtió el hermano Collimore.

Pero De Taillebourg no le estaba escuchando.

—El Grial —repitió de nuevo—. *Le Graal!* —Ahora se agarraba y se balanceaba hacia delante y hacia atrás en éxtasis—. *Le Graal!*

—Los locos dicen cosas —insistió el hermano Collimore—, y no saben lo que dicen.

—O Dios habla a través de ellos —repuso con fiereza De Taillebourg.

—En ese caso, Dios habla a veces con una lengua terrible —contestó el monje.

—Tenéis que contarme —insistió De Taillebourg— todo lo que os dijo el padre Ralph.

—¡Pero eso fue hace mucho tiempo!

—¡Se trata de *le Graal!*— gritó De Taillebourg y, en su frustración, sacudió al anciano—. ¡Es *le Graal!* No me digáis que lo habéis olvidado. —Miró por la ventana y vio, en la cresta de más allá, el sotuer rojo sobre fondo amarillo que pertenecía al estandarte del rey escocés y, debajo de él, la enorme masa de malla y lanzas, alabardas y angones. No se veían enemigos ingleses, pero a De Taillebourg no le importaba si todos los ejércitos de la cristiandad habían venido a Durham, porque había tenido una visión, era el Grial, y aunque el mundo temblara bajo los pasos de los soldados, él iría en su busca.

Y un anciano monje habló.

* * *

El jinete de la cota de malla oxidada, el peto roto y el escudo con la concha venera se presentó como lord Outhwaite de Witcar.

—¿Conoces el lugar? —le preguntó a Thomas.

—¿Witcar, mi señor? Nunca he oído hablar de él.

—¡Que no has oído hablar de Witcar! Válgame Dios. Pero si es un lugar encantador, muy agradable. Buena tierra, agua dulce, una caza magnífica. ¡Ah, aquí estás! —Esto último iba dirigido a un niño pequeño montado en un enorme caballo y que llevaba un segundo bruto por las riendas. El muchacho vestía un jubón con la cruz y la venera en amarillo y rojo y, sin soltar al caballo de guerra, se dirigió hacia su señor.

—Perdón, mi señor, pero *Haciaquí* tira de mí más de lo que yo tiro de él, vaya que sí. —*Haciaquí* era, evidentemente, el caballo del que tiraba—, ¡y me ha enviado a la otra punta!

—Dáselo a este joven de aquí —dijo lord Outhwaite—. ¿Sabes montar? —añadió para Thomas con seriedad.

—Sí, mi señor.

—Sólo que *Haciaquí* es un poco difícil, un caballo difícil pero poco común. Trátalo con dureza para que sepa quién es el amo.

Aparecieron una veintena de hombres con el blasón de lord Outhwaite, todos montados y todos con una armadura en mejor estado que la de su señor. Lord Outhwaite los condujo hacia el sur.

—Íbamos de camino a Durham —le dijo a Thomas—, ocupados en nuestros asuntos como hacen los buenos cristianos, ¡cuando aparecieron los malditos escoceses! Ahora ya no iremos a Durham. Yo me casé allí, ¿sabes? En la catedral. Hace treinta y dos años, ¿te lo puedes creer? —Sonreía feliz—. Y mi querida Margaret aún vive, alabado sea Dios. Le encantaría escuchar tu historia. ¿Estuviste realmente en Wadicourt?

—Sí, mi señor.

—¡Qué afortunado! ¡Pero qué afortunado! —repuso lord Outhwaite mientras seguía llamando a sus hombres para indicarles que dieran la vuelta antes de que se dieran de bruces con los escoceses.

Thomas estaba empezando a darse cuenta de que lord Outhwaite, a pesar de la cota de malla lamentable y su aspecto desaliñado, era un gran señor, uno de los pares de las tierras del norte, y su señoría acabó por confirmárselo cuando le explicó que el rey le había prohibido ir a Francia porque él y sus hombres podrían ser necesarios para rechazar una invasión escocesa.

—¡Y vaya si tenía razón! —Lord Outhwaite parecía sorprendido—. ¡Los muy sinvergüenzas han cercado Durham! ¿Te he contado que mi hijo mayor estaba en Picardía? Por eso llevo esto. —Estiró de un rasgón de la vieja cota de malla—. ¡Le di la mejor armadura porque no pensé que la fuera a necesitar aquí! El joven David de Escocia siempre me pareció un muchacho tranquilo, pero ha llenado Inglaterra de sus paisanos. ¿Es cierto que la matanza en Wadicourt fue enorme?

—Era un campo de muertos, mi señor.

—Suyos, no nuestros, gracias a Dios y a Sus santos. —Su señoría dirigió la mirada hacia unos cuantos arqueros que se dirigían desperdigados hacia el sur—. ¡No os entretengáis! —gritó en inglés—. Los escoceses vendrán a buscaros dentro de nada. —Se volvió hacia Thomas y sonrió—. ¿Qué habrías hecho si no llego a aparecer? —le preguntó aún en inglés—. ¿Rebanarle el cuello al Espantapájaros?

—De haber sido necesario.

—Y sus hombres te habrían cortado a ti el tuyo —observó lord Outhwaite con alegría—. Menudo borracho venenoso está hecho. Sólo Dios sabe por qué su madre no lo ahogó al nacer, aunque desde luego era una bruja con un cagarro por corazón como la copa de un pino. —Como muchos de los señores que habían sido criados en francés, lord Outhwaite había aprendido inglés con los criados de sus padres y lo hablaba de forma bastante soez—. Ya te digo que lo menos que se merece es que le rajen el cuello, pero el Espantapájaros es un mal enemigo. Ningún hombre vivo se guarda las afrentas mejor que él, pero tiene tantas que a lo mejor ya no le queda sitio para una más. Aunque a quien más odia de todos es a sir William Douglas.

—¿Por qué?

—Porque Willie lo hizo prisionero. A ver, no te creas, quien más y quien menos ha sido prisionero de Willie Douglas, y uno o dos de nosotros lo hicimos prisionero a él a nuestra vez, pero el rescate exigido casi acaba con sir Geoffrey. Le deben de quedar una veintena de criados y me extrañaría mucho que guardara más de tres monedas en un bote. El Espantapájaros es pobre, muy pobre, pero es orgulloso y eso lo convierte en un mal enemigo. —Lord Outhwaite se detuvo para levantar una mano jovial a un grupo de arqueros con su insignia—. Unos chicos estupendos, estupendos. Bueno, cuéntame cosas de la batalla de Wadicourt. ¿Es verdad que los franceses embistieron a sus propios arqueros?

—Pues sí, mi señor. Eran ballesteros genoveses.

—Me tienes que contar todo lo que pasó.

Lord Outhwaite había recibido una carta de su hijo mayor que le hablaba de la batalla en Picardía, pero estaba desesperado por oír el relato de la refriega en boca de alguien que hubiera estado en la verde ladera entre las poblaciones de Wadicourt y Crécy, y Thomas le contó cómo el enemigo había atacado por la tarde y cómo las flechas volaron por la colina para convertir al enorme ejército del rey de Francia en

un montón de hombres y caballos desperdigados que no paraban de gritar; le contó también el modo en que algunos enemigos consiguieron pasar la barrera de hoyos y las flechas hasta llegar a los hombres de armas ingleses, y cómo hacia el final de la batalla ya no quedaban flechas, sólo arqueros con los dedos ensangrentados y una enorme colina llena de bestias y hombres moribundos. Parecía que el mismo cielo se hubiera teñido de sangre.

Mientras narraba su historia, Thomas descendió por la cresta y perdió de vista Durham. Eleanor y el padre Hobbe caminaban detrás, llevaban la yegua y de vez en cuando añadían sus propios comentarios, mientras una veintena de los vasallos de lord Outhwaite cabalgaban a su lado para escuchar el relato. Thomas le contó detalladamente la batalla, y estaba claro que a lord Outhwaite le caía bien; Thomas de Hookton siempre había poseído un encanto que despertaba el interés de quienes le conocían por primera vez, un encanto que a menudo le había deparado la recomendación y protección de los poderosos, aunque a veces despertara la envidia de hombres como sir Geoffrey Carr. Sir Geoffrey cabalgaba más adelantado y, cuando Thomas llegó a la vega donde se reunía el ejército inglés, el caballero lo estaba señalando como si lanzara una maldición, a lo que Thomas respondió persignándose. Sir Geoffrey escupió.

Lord Outhwaite frunció el entrecejo al ver al Espantapájaros.

—No he olvidado la carta que me ha mostrado tu sacerdote —ahora le hablaba en francés—, pero confío en que no nos abandonarás para entregarla en Durham en persona. No mientras tengamos al enemigo delante, ¿verdad?

—¿Puedo unirme a los arqueros de su señoría? —preguntó Thomas.

Eleanor emitió un silbido de desaprobación, pero ambos hombres la ignoraron. Lord Outhwaite asintió con la cabeza al ofrecimiento de Thomas y le indicó que desmontara.

—Aunque hay una cosa que me intriga, ¿cómo es posible que nuestro rey haya encomendado una tarea de tal envergadura a alguien tan joven...?

—¿Y de tan baja cuna? —repuso Thomas con una sonrisa, consciente de que ésa era la pregunta que lord Outhwaite había tenido demasiado reparo en formular.

Su señoría estalló en carcajadas al ser descubierto.

—Hablas francés, muchacho, pero cargas con un arco. ¿Qué eres? ¿De alta o baja cuna?

—Bastante alta, mi señor, pero alejada del tálamo.

—¡Ah!

—Y la respuesta a vuestra pregunta, mi señor, es que nuestro rey me envió con uno de sus capellanes y uno de sus caballeros, pero ambos se pusieron enfermos en Londres y allí se han quedado. Yo vine con mis compañeros.

—¿Porque estabas realmente ansioso por hablar con ese viejo monje?

—Si aún vive, sí... Si aún vive. El puede hablarme de la familia de mi padre. Mi familia.

—¿Y te puede hablar también de ese tesoro, el *thesaurus*? ¿Sabes algo de él?

—Algo sé, mi señor —repuso Thomas con cautela.

—Y por eso te ha enviado el rey, ¿eh? —dejó caer la pregunta, pero no esperaba respuesta porque, al mismo tiempo, cogió las riendas y añadió—: Pelea con mis arqueros, muchacho, pero anda con ojo y mantente con vida, ¿eh? Quiero saber más de tu *thesaurus*. ¿Es el tesoro tan grande como dice la carta?

Thomas desmontó y observó la cresta, donde no había nada que ver aparte de los árboles de hojas brillantes y un hilillo de humo que despedían las granjas quemadas.

—Si existe, mi señor —hablaba en francés—, es el tipo de tesoro guardado por ángeles y buscado por demonios.

—¿Y tú lo buscas? —le preguntó lord Outhwaite con una sonrisa.

Thomas le devolvió la sonrisa.

—Yo sólo busco al prior de Durham, mi señor, para entregarle la carta del obispo.

—Buscas a John Fossor, ¿eh? —Lord Outhwaite asintió hacia un grupo de monjes—. El prior es aquél de allí. El que va montado —e indicó a un monje alto y de pelo cano que se erguía a horcajadas sobre una yegua gris y estaba rodeado de otros veinte monjes, todos a pie. Uno de ellos llevaba un extraño estandarte del que sólo colgaba un pedazo de tela blanco de un asta pintada—. Habla con él —le dijo lord Outhwaite—, después busca mi bandera. ¡Que Dios te acompañe! —Las últimas cuatro palabras eran en inglés.

—Y a su señoría —respondieron Thomas y el padre Hobbe al unísono.

Thomas se encaminó hacia donde estaba el prior, abriéndose paso entre arqueros que se apiñaban alrededor de tres carros para recoger los haces de flechas. El pequeño ejército inglés había marchado hacia Durham por dos carreteras separadas y ahora los hombres se reunían en los campos para defenderse en bloque en caso de que los escoceses decidieran atacar. Los hombres de armas se estaban enfundando las cotas de malla y los más ricos se abrochaban los petos y las piezas de armadura que poseían. Los jefes del ejército debían de haberse reunido rápidamente, pues los primeros estandartes empezaban a dirigirse hacia el norte, lo que indicaba que los ingleses preferían enfrentarse a los escoceses en lo alto de la cresta en lugar de en la vega en la que se encontraban, o intentar alcanzar Durham por un camino más largo. Thomas se había acostumbrado a los estandartes ingleses de Bretaña, Normandía y Picardía, pero estas insignias le resultaban extrañas: una medialuna plateada, una vaca marrón, un león azul, el hacha negra del Espantapájaros, la cabeza de un oso rojo, la concha sobre una cruz de lord Outhwaite y, la más chillona de todas, una enorme bandera roja con un par de llaves cruzadas bordadas en hilo plata y oro. La bandera del prior parecía andrajosa y barata en comparación con el resto, pues no era

más que un cuadrado de tejido deshilachado. Debajo, el prior parecía estar al borde del paroxismo.

—Id y haced la obra de Dios —les gritaba a unos arqueros allí cerca—, ¡pues los escoceses son unos animales! ¡Animales! ¡Rebanadlos! ¡Matadlos a todos! ¡Dios recompensará todas y cada una de las muertes! ¡Masacradlos! —Vio a Thomas acercarse—. ¿Quieres una bendición, hijo? ¡Que Dios dé fuerza a tu arco y dientes a tus flechas! Que no se canse tu brazo ni te falle el ojo. ¡Que Dios y los santos te bendigan mientras los apiolas!

Thomas se persignó y le tendió la carta.

—He venido para entregaros esto, señor —dijo.

El prior parecía sorprendido de que un arquero se dirigiera a él con tanta familiaridad, y no digamos de que tuviera una carta para él; al principio no cogió el pergamino, pero uno de sus monjes se lo arrancó a Thomas de las manos y, al ver el sello roto, levantó las cejas.

—Mi señor, el obispo os escribe —le informó.

—¡Unos animales, eso es lo que son! —seguía el prior con su invectiva, pero entonces reparó en lo que le acababa de anunciar el monje—. ¿Mi señor el obispo me escribe?

—Para vos, hermano —contestó el monje.

El prior agarró el asta pintada y se la acercó a Thomas a la cara.

—Puedes besarlo —le ofreció el trapo con generosidad.

—¿Besarlo? —Thomas parecía reacio. El lienzo andrajoso, que ahora tenía al lado de la nariz, olía a moho.

—Es el corporal de san Cutberto —le explicó el prior excitado—, ¡sacado de su tumba, hijo! ¡El bendito san Cutberto peleará por nosotros! ¡Los mismos ángeles del cielo lo seguirán en la batalla!

Thomas, con la reliquia enfrente de los morros, se arrodilló y se llevó el tejido a los labios. Era de lino, pensó, pues ahora veía que estaba bordado en los extremos con un intrincado motivo de hilo azul descolorido. En el centro de la tela, que se usaba en la misa para sostener los sacramentos, había una elaborada cruz de hilos de plata que apenas se apreciaba.

—¿Es realmente el corporal de san Cutberto? —preguntó con recelo.

—¡El suyo mismo! —exclamó el prior—. ¡Hemos abierto esta mañana la tumba en la catedral y hemos rezado para que luche con nosotros! —El prior levantó la bandera y la agitó hacia unos hombres de armas que azuzaban a sus caballos hacia el norte—. ¡Obrad la tarea del Señor! ¡Matadlos a todos! ¡Abonad la tierra con su pernicioso carne! ¡Regadla con su sangre traidora!

—El obispo desea que este joven hable con el hermano Hugh Collimore —le iba diciendo el monje al prior—. Y el rey también lo desea. Su señoría dice que hay que

encontrar un tesoro.

—¿El rey lo desea? —el prior miraba asombrado a Thomas—. ¿El rey lo desea? —volvió a preguntar y entonces recobró el juicio y reparó en que había muchas ventajas en el patronazgo real, así que cogió la carta y la leyó él mismo, sólo para encontrar aún más ventajas de las que había previsto—. ¿Venís en busca de un enorme *thesaurus*? —le preguntó a Thomas, incrédulo.

—Eso cree el obispo, señor —respondió Thomas.

—¿Qué tesoro? —espetó el prior, y todos los monjes se quedaron con la boca abierta al asimilar la idea del tesoro, cosa que les hizo olvidar momentáneamente la proximidad del ejército escocés.

—El tesoro, señor. —Thomas evitó responder abiertamente— es conocido por el hermano Collimore.

—¿Y por qué te han enviado a ti? —preguntó el prior, y era una pregunta razonable porque Thomas era joven y no parecía ostentar rango alguno.

—Porque también poseo cierta información —repuso Thomas preguntándose si no habría dicho demasiado.

El prior dobló la carta y, al hacerlo, rompió el sello sin darse cuenta y se la metió en una bolsa que llevaba colgando de su cinto de cuerda.

—Hablaremos después de la batalla —le dijo—. Entonces, y sólo entonces, decidiré si puedes ver al hermano Collimore. Está enfermo, ¿lo sabes? Sufre, pobre alma. Puede que esté muriendo. A lo mejor no es conveniente que lo molestes. Ya veremos, ya veremos. —Estaba claro que quería hablar con el viejo monje él primero y ser el único poseedor de la información que Collimore pudiera tener—. Que Dios te bendiga, hijo mío. —El prior despidió a Thomas, agarró su sagrado estandarte y se dirigió hacia el norte a toda prisa. La mayoría del ejército inglés estaba ya subiendo la colina, y sólo quedaban rezagados los carros y una multitud de mujeres, niños y hombres tan enfermos que no podían caminar. Los monjes, en procesión tras su sudario, empezaron a cantar mientras seguían a los soldados.

Thomas se dirigió a un carro y cogió un haz de flechas, que se colgó del cinturón. Podía ver a los hombres de lord Outhwaite subiendo cresta arriba seguidos de un gran número de arqueros.

—Lo mejor será que los dos os quedéis aquí —le dijo al padre Hobbe.

—¡No! —repuso Eleanor—. Y tú no deberías pelear.

—¿Que no pelee? —preguntó Thomas.

—¡No es tu batalla! —insistió Eleanor—. ¡Tenemos que ir a la ciudad! Tenemos que encontrar al monje.

Thomas se detuvo. Estaba pensando en el sacerdote que, entre la niebla y el humo, había matado al escocés y le había hablado en francés. Soy un mensajero, le había dicho el cura. «*Je suis un avant-coureur*», habían sido sus palabras exactas y un

avant-coureur era algo más que un simple mensajero. ¿Un heraldo, quizá? ¿Incluso un ángel? Thomas no podía olvidar la imagen de la lucha silenciosa, los hombres tan desigualados, un soldado contra un sacerdote y aun así, el cura había ganado y había vuelto su rostro consumido y ensangrentado y le había anunciado: «*Je suis un avant-coureur*». Era una señal, pensó Thomas, y no quería creer en señales ni visiones, quería creer en su arco. Pensó que quizás Eleanor tenía razón y que aquella pelea con victoria inesperada había sido una señal del cielo que le indicaba seguir al *avant-coureur* a la ciudad, pero también había enemigos encima de la colina y él era un arquero. Y los arqueros no rehuían la batalla.

—Iremos a la ciudad —le dijo— después de la batalla.

—¿Por qué? —le exigió ella enfadada.

Pero Thomas no dio explicación alguna. Se limitó a echarse a andar, subiendo la colina por la que alondras y pinzones saltaban entre setos y huertos. La niebla se había desvanecido, y un viento seco soplaba por el Wear.

Y entonces, desde la zona donde estaban los escoceses, empezaron a sonar los tambores.

* * *

Sir William Douglas, caballero de Liddesdale, se estaba preparando para la batalla. Se puso unos calzones de cuero lo suficientemente gruesos para detener el tajo de una espada y, por encima de la camisa de tela, se colgó un crucifijo que había sido bendecido en Santiago de Compostela, donde estaba enterrado el santo. Sir William Douglas no era un hombre especialmente religioso, pero le había pagado a un cura para que velara por su alma y el sacerdote le había asegurado que con el crucifijo de Santiago, el hijo del trueno, se cercioraría de recibir la extremaunción en su lecho. Alrededor de la cintura se ató una cinta de seda roja que había arrancado a uno de los estandartes capturados a los ingleses en Bannockburn. La seda había sido sumergida en la fuente de agua bendita de la capilla del castillo que tenía en Hermitage, y sir William se había convencido de que el retal de seda le aseguraría la victoria sobre el tan antiguo y odiado enemigo.

Llevaba un lorigón que le había arrebatado a un inglés muerto en una de las muchas escaramuzas que sir William acometía al sur de la frontera. Recordaba bien aquella matanza. Había apreciado la calidad del lorigón del inglés ya al principio de la batalla, y les había gritado a sus hombres que dejaran al hombre solo, después lo tumbó asestándole un golpe en los tobillos, y el inglés, de rodillas, lanzó un maullido que hizo reír a todos sus hombres. El hombre se había rendido, pero sir William no dejó de rebanarle el cuello porque era de la opinión que ningún hombre que maullara podía ser un guerrero auténtico. A los sirvientes que tenía en Hermitage les llevó más

de dos semanas limpiar la sangre de la fina urdimbre de malla. La mayoría de los jefes escoceses llevaban plaquines completos, que los cubrían desde el cuello hasta las pantorrillas, pero su cota era mucho más corta y dejaba las piernas desprotegidas. En cualquier caso, sir William tenía intención de combatir a pie, sabía que el peso de las túnicas largas cansaba mucho y que los hombres cansados son fáciles de matar. Sobre el lorigón, se puso la sobreveste completa con su insignia, el corazón rojo. Se cubría la cabeza con una celada sin visera que le dejaba la cara desprotegida, pero en la batalla a sir William le gustaba ver qué hacían sus enemigos a derecha e izquierda. El casco completo o uno de esos yelmos en forma de hocico de cerdo tan de moda no permitían ver más que por las hendiduras que tenían enfrente de los ojos, motivo por el que los hombres que usaban cascos con visor siempre movían la cabeza continuamente a derecha e izquierda, que usaban como gallinas entre zorros, continuamente hasta que se desollaban el cuello y, encima, en raras ocasiones veían el golpe que les aplastaba el cráneo. Sir William, durante la batalla, siempre buscaba a los hombres que movían la cabeza como gallinas, a un lado y al otro, porque sabía que eran hombres en desventaja que se podían permitir un casco mejor y pagar un mejor rescate. Llevaba su enorme escudo. En realidad, era un escudo demasiado pesado para un hombre que iba a pie, pero esperaba que los ingleses lanzaran su habitual tormenta de flechas y el escudo era lo suficientemente recio como para resistir el impacto de una flecha con casquillo de hierro disparada desde tantas yardas de distancia. Podía descansar el pie del escudo en el suelo y agacharse detrás de él, esperar a que a los ingleses se les acabaran las flechas, y tirarlo luego para luchar cuerpo a cuerpo. Llevaba una lanza por si cargaba la caballería inglesa, y una espada, que era su arma favorita, para deshacerse de los hombres a pie. En el mango, un pequeño compartimiento guardaba un mechón de pelo del cadáver de san Andrés, o al menos eso le había dicho el monje al que sir William se lo había comprado.

Robbie Douglas, el sobrino de sir William, también vestía malla y celada, y llevaba espada y escudo. Había sido Robbie el que le había dado la noticia de que Jamie Douglas, su hermano mayor y sobrino de sir William, había muerto, probablemente asesinado por el criado del dominico. ¿O habría sido el mismo padre De Taillebourg? Sin duda, él habría dado la orden. Robbie Douglas, de veinte años, había llorado por su hermano.

—¿Cómo ha podido matarlo un cura? —le preguntó el muchacho a su tío.

—Tienes una idea equivocada de los curas, Robbie —le había explicado sir William—. La mayoría de sacerdotes son hombres débiles con autoridad divina, lo que les convierte en peligrosos. Doy gracias a Dios de que ningún Douglas haya vestido nunca un hábito. Somos demasiado honestos.

—Cuando termine este día, tío —le dijo entonces Robbie Douglas—, me permitirás ir en busca de ese cura.

Sir William sonrió. No sería el hombre más religioso del mundo, pero se mantenía fiel a un credo y ése era que todos los miembros de la familia asesinados debían ser vengados, y Robbie, estaba convencido, vengaría a su hermano en cuanto pudiera. Era un muchachote bueno, duro y atractivo, alto y noble, y sir William se sentía muy orgulloso del hijo menor de su hermana.

—Hablaremos cuando termine el día —le prometió sir William—, pero hasta entonces, Robbie, no te separes de mí.

—Así lo haré, tío.

—Con la voluntad de Dios, hoy mataremos algunos ingleses —añadió sir William, y se llevó a su sobrino a conocer al rey y a que recibiera la bendición de los capellanes reales.

Sir William, como la mayoría de los caballeros y jefes escoceses, llevaba cota de malla, pero el rey vestía armadura de placas francesa, una cosa tan extraña al norte de la frontera que los hombres de las tribus salvajes no dejaban de mirar a la criatura de metal que reflejaba los rayos del sol cuando se movía. El joven rey parecía igual de impresionado, pues se había quitado la sobreveste y dirigía a su caballo arriba y abajo, admirándose a sí mismo y siendo admirado, mientras sus vasallos iban llegando para recibir una bendición y ofrecer consejo. El conde de Moray, que sir William consideraba un insensato, quería luchar a caballo y el rey estaba tentado de acceder. Su padre, el gran Robert Bruce, había derrotado a los ingleses en Bannockburn montado, y no sólo los había vencido: los había humillado. La flor de Escocia había hecho morder el polvo a la nobleza de Inglaterra, y David, rey ahora del país de su padre, quería hacer lo mismo. Deseaba sangre bajo sus cascos y gloria unida a su nombre; quería que su reputación se extendiera por toda la cristiandad, así que se volvió y observó durante largo rato su lanza amarilla y roja apoyada en la rama de un olmo.

Sir William Douglas vio qué miraba el rey.

—Arqueros —le dijo lacónicamente.

—También había arqueros en Bannockburn —insistió el conde de Moray.

—Sí, y los muy idiotas no supieron cómo usarlos —repuso sir William—, pero no podemos confiar en que sean idiotas siempre.

—¿Y cuántos arqueros pueden tener? —preguntó el conde—. Dicen que hay miles en Francia, y tantos cientos en Bretaña como en Gascuña, así que, ¿cuántos pueden tener aquí?

—Tienen suficientes —gruñó sin más sir William, sin preocuparse por ocultar el desdén que sentía hacia John Randolph, tercer conde de Moray. El conde tenía tanta experiencia en la guerra como sir William, pero había pasado demasiado tiempo prisionero de los ingleses y, consecuentemente, su odio lo volvía impetuoso.

El rey, joven e inexperto, quería alinearse con su amigo el conde, pero vio que el

resto de señores estaba de acuerdo con sir William, quien, aunque no tenía título ni posición de Estado, estaba más curtido por las batallas que ningún otro hombre en Escocia. El conde de Moray intuyó que perdía terreno e intentó meter prisa.

—Cargad ahora, señor —sugirió—, antes de que formen la línea de batalla. — Señaló al sur hacia donde empezaban a congregarse las tropas británicas en los pastos—. Rebanemos a esos cabrones antes de que estén listos.

—Eso —indicó discretamente el conde de Menteith— fue el consejo que le dieron a Felipe de Valois en Picardía. No sirvió allí, y no servirá tampoco aquí.

—Además de eso —añadió sir William Douglas cáustico—, nos las hemos de ver con muros de piedra —y señaló los muros que rodeaban los pastos donde empezaban a formar los ingleses—. A lo mejor Moray puede decirnos cómo atravesarán los muros nuestros caballeros completamente armados.

El conde de Moray torció el gesto.

—¿Me tomáis por imbécil, Douglas?

—Os tomo por lo que parecéis, John Randolph —contestó sir William.

—¡Caballeros! —espetó el rey.

Él no había reparado en los muros de piedra cuando formó su línea junto a las granjas quemadas y la cruz caída. Sólo había visto los pastos verdes, la ancha carretera y su sueño de gloria aún más ancho. Ahora contemplaba al enemigo extenderse por entre los lejanos árboles. Llegaban arqueros a montones y había oído hablar de la capacidad de esos arqueros para llenar el cielo de flechas, de cómo los casquillos se hundían en los caballos, que reaccionaban como locos por el dolor. Y no estaba dispuesto a arriesgarse a perder la batalla. Le había prometido a sus nobles que celebrarían la Navidad en el salón del trono de Londres y si perdía, con la derrota se iría su respeto, y eso podría dar pie a una rebelión. Tenía que ganar y, hombre impaciente, quería ganar rápido.

—Si cargamos lo suficientemente rápido —sugirió tanteando el terreno—, antes de que los ingleses alcancen nuestras líneas...

—Vuestro caballo se romperá las patas en los muros de piedra —dijo sir William con escaso respeto por su real señor—. Eso en el caso de que la montura de su majestad llegue tan lejos. No se puede proteger a un caballo de las flechas, majestad, pero se puede aguantar el temporal a pie. Poned las picas al frente, pero mezcladlas con hombres de armas que puedan proteger a los lanceros con sus escudos. Los escudos arriba, las cabezas abajo y a aguantar. Así ganaremos la batalla.

El rey se colocó en el sitio la espaldera que le cubría el hombro derecho y que tenía la molesta manía de subírsele por encima del peto. La defensa tradicional del ejército escocés estaba en manos de los piqueros, que utilizaban sus monstruosamente grandes armas para mantener a raya a los caballeros enemigos, pero los piqueros necesitaban ambas manos para llevar el arma, y eran por ello objetivos fáciles para

los arqueros, que tenían por costumbre alardear de que llevaban las vidas de los piqueros escoceses en sus carcajs. Así que la solución era proteger a los piqueros con los escudos de los hombres de armas hasta que el enemigo agotara las flechas. Tenía sentido, pero a David Bruce seguía molestándole no poder cargar con sus jinetes en un asalto que hiciera temblar la tierra mientras las trompetas aullaban al cielo.

Sir William vio la duda en su rey y siguió con su argumentación.

—Tenemos que aguantar, señor, y tenemos que esperar. Los escudos se comerán las flechas, y al final, señor, se cansarán de desperdiciarlas y nos atacarán. Ahí será cuando los trocearemos como perros.

La sugerencia fue recibida con gruñidos de asentimiento. Los señores escoceses, todos hombres duros, completamente armados, barbudos y sombríos, estaban convencidos de que ganarían la batalla porque superaban con creces el número de enemigos, pero también sabían que la victoria no sería fácil, no cuando los arqueros estaban de por medio, así que harían lo que decía sir William: aguantarían el temporal de flechas, empujarían al enemigo, y les darían degollina.

El rey escuchó cómo sus señores coincidían con sir William y, aunque a regañadientes, abandonó su sueño de romper las filas enemigas con la caballería. Era una decepción, pero miró a sus vasallos y pensó que, con hombres como éstos a su lado, no podía perder.

—Pelegaremos a pie —decretó—, y los rebanaremos como a perros. ¡Los masacraremos hasta que giman como cachorros! —Y después, pensó, cuando los supervivientes huyeran al sur, la caballería terminaría el trabajo.

Pero por el momento sería infantería contra infantería, así que los estandartes de Escocia se adelantaron y quedaron plantados a lo largo de la cresta. Las granjas que antes habían ardido no eran ahora sino ascuas con tres cuerpos carbonizados y pequeños como los de un niño, y el rey plantó sus banderas junto a los cadáveres. Su propio estandarte, un sotuer rojo sobre fondo amarillo, y el del santo de Escocia, sotuer blanco sobre fondo azul, estaban en el centro de la fila y, a izquierda y derecha, ondeaban los de los señores menores. El león de Stewart blandía la espada, el halcón de Randolph extendía las alas mientras que, a este y oeste, flameaban estrellas, hachas y cruces. El ejército estaba dispuesto en tres divisiones, llamadas testudos, porque disponían de adargas para protegerse, y los testudos eran tan numerosos que los hombres de los extremos se apiñaban hacia el centro para mantenerse en el terreno firme de la cima de la cresta.

Las últimas filas estaban compuestas por hombres de las tribus procedentes de las islas y del norte, hombres que peleaban con las piernas desnudas y sin armaduras de metal, que blandían espadas tan enormes que podían partir en dos a un hombre. Eran guerreros temibles, pero no llevar armadura los volvía también horriblemente vulnerables a las flechas, de modo que les ordenaron colocarse al final, y las primeras

filas las ocuparon los hombres de armas y los piqueros. Los soldados iban armados con espadas, hachas, mazas o martillos de guerra, pero sobre todo, con los escudos que protegerían a los piqueros, cuyas armas estaban rematadas en punta, en forma de gancho o de hacha. Las puntas contenían al enemigo, el gancho los desmontaba o desequilibraba y el hacha les perforaba la armadura. En la fila destellaban las picas y formaban un seto de acero que recibiría a los ingleses, y los sacerdotes recorrían ese seto consagrando las armas y a los hombres que las sostenían. Los soldados se arrodillaban para recibir las bendiciones. Algunos de los señores, como el propio rey, iban a caballo, pero sólo para observar por encima de las cabezas de su ejército. Todos miraban hacia el sur, donde aparecían por fin las últimas tropas inglesas en formación. ¡Qué pocos! ¡Qué ejército tan pequeño que vencer! A la izquierda de los escoceses estaba Durham, con sus torres y almenas cargadas de gente que se había congregado para observar la batalla, y enfrente, el ridículo ejército de ingleses sin suficiente juicio para retirarse hasta York. Lucharían en la cresta y los escoceses tenían la ventaja de la posición y el número.

—¡Si los odiáis —le gritó sir William Douglas a sus hombres, en el extremo derecho de la línea—, que os oigan!

Los escoceses vocearon su odio. Hicieron sonar espadas y lanzas contra los escudos, aullaron al cielo y, en el centro de la fila, donde el testudo del rey esperaba bajo los estandartes del aspa de san Andrés, una tropa de tambores empezó a golpear los enormes instrumentos de piel de cabra. Cada tambor estaba formado por un enorme anillo de roble sobre el que dos pieles de cabra habían sido tensadas con cuerdas hasta que una bellota, lanzada sobre la piel, rebotara tan alto como la mano que la había lanzado; producían un sonido agudo, casi metálico, que llenaba el ambiente cuando se golpeaban con varas de sauce. Fue un asalto de sonido puro.

—¡Si odiáis a los ingleses, que lo sepan! —gritó el conde de March desde el lado izquierdo de la fila, el más cercano a la ciudad—. ¡Si odiáis a los ingleses, que lo sepan! —y el alarido se hizo mayor, el entrechocar de lanzas contra escudos mucho más fuerte, y el ruido que armaba el odio de Escocia se extendió por la cresta hasta que los nueve mil hombres gritaron a los otros tres mil, hombres éstos suficientemente insensatos para enfrentárseles.

—Los vamos a segar como si fueran cebada —prometió un sacerdote—, empaparemos los campos con su sangre apestosa y llenaremos el infierno de almas inglesas.

—¡Sus mujeres son vuestras! —les gritó sir William a sus hombres—. ¡Esta noche podréis disponer de sus esposas e hijas como si fueran vuestros juguetes! —Sonrió a su sobrino Robbie—. Tú también tendrás tu ración de mozas de Durham, Robbie.

—Y de Londres —le contestó Robbie—. Antes de Navidad.

—También ésas —le prometió sir William.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! —gritó el capellán real—. ¡Enviadlos al infierno! ¡A todos y cada uno de los que forman esa escoria! ¡Cada inglés que matéis hoy os libraré de mil semanas en el purgatorio!

—¡Si odiáis a los ingleses —gritó lord Robert Stewart, senescal de Escocia y heredero al trono—, que lo oigan! —Y el ruido que armaba aquel odio era como un trueno que llenara el valle del Wear, y el trueno reverberó en el risco en el que se alzaba Durham y se hizo mayor para anunciar a todo el norte del país que los escoceses habían cruzado la frontera.

Y David, rey de los escoceses, se alegró de estar en el lugar en el que había caído la cruz del dragón, donde humeaban las granjas y los ingleses esperaban para ser masacrados. Pues ese día llevaría gloria a san Andrés, a la gran casa de los Bruce y a Escocia.



Thomas, el padre Hobbe y Eleanor siguieron al prior y a sus monjes, que seguían cantando aunque sus voces desfallecían ahora por el esfuerzo de la carrera. El corporal de san Cutberto ondeaba en la lanza del prior, y el estandarte atrajo a una procesión de mujeres y niños que, como no querían separarse de sus hombres, cargaban con haces de flechas colina arriba. Thomas quería ir más rápido, adelantar a los monjes y reunirse con los hombres de lord Outhwaite, pero Eleanor se colgó de él deliberadamente hasta que se volvió hacia ella enfadado.

—Puedes caminar más deprisa —protestó en francés.

—¡Yo puedo caminar más deprisa —le dijo ella—, y tú puedes ignorar una batalla! —El padre Hobbe, que llevaba el caballo, entendió el tono aunque no las palabras. Suspiró y se ganó una mirada furibunda de Eleanor—. ¡No tiene por qué pelear!

—Soy un arquero inglés —insistió obstinado Thomas—, y hay un enemigo ahí delante que nos supera en número.

—¡Tu rey te ha enviado a buscar el Grial! —prosiguió Eleanor—. ¡No la muerte! ¡No me dejes sola! ¡Ni a mí ni al niño! —Se había detenido con las manos sobre el vientre y lágrimas en los ojos—. ¿Voy a quedarme sola aquí, en medio de Inglaterra?

—No voy a morir hoy —añadió él, cáustico.

—¿Cómo lo sabes? —Eleanor era todavía más cáustica—. ¿Qué pasa, habla Dios contigo? ¿Sabes tú lo que otros hombres desconocen? ¿Te ha sido revelado el día de tu muerte?

Thomas se quedó desconcertado por el berrinche. Eleanor era una mujer fuerte, no dada a las rabietas, pero ahora estaba destrozada, y hecha un mar de lágrimas.

—Esos hombres —le dijo Thomas—, el Espantapájaros y Beggar, no te tocarán un pelo. Estaré a tu lado.

—¡No son ellos! —Eleanor aullaba—. Anoche tuve un sueño. Un sueño.

Thomas le puso las manos sobre los hombros. Tenía unas manos grandes y fuertes de tensar el arco.

—Anoche yo soñé con el Grial —le dijo, aunque era consciente de que no era del todo cierto. No había soñado con el Grial, más bien se había despertado con una visión que resultó ser un engaño, pero no le podía decir eso a Eleanor—. Era precioso y dorado, como una copa de fuego.

—En mi sueño —repuso Eleanor—, tú estabas muerto y tu cuerpo hinchado y negro.

—¿Qué dice? —le preguntó el padre Hobbe.

—Anoche tuvo una pesadilla —le contestó Thomas.

—El demonio nos envía íncubos —afirmó el padre—. Lo sabe todo el mundo. Díselo.

Thomas se lo tradujo y después le metió un mechón de pelo dorado que se le había escapado de la frente dentro del gorrito de lana que llevaba. Adoraba su rostro, tan sincero y fino como el de una gata, pero con unos ojos enormes y una boca muy expresiva.

—Sólo fue una pesadilla —la tranquilizó—, *un cauchemar*.

—El Espantapájaros —repuso Eleanor con un estremecimiento—. Él es *un cauchemar*.

Thomas la abrazó.

—No se te acercará —le prometió. Oía cantos lejanos, pero no eran las solemnes oraciones de los monjes. Eran abucheos, gritos insistentes, que cogían fuerza a medida que aumentaba el ritmo de los tambores. No entendía las palabras, pero tampoco lo necesitaba.

—El enemigo nos espera —le dijo a Eleanor.

—No son mi enemigo —respondió ella con ira.

—Si entran en Durham —replicó Thomas—, eso les dará igual. Se te llevarán igualmente.

—Todo el mundo odia a los ingleses. ¿Lo sabes? Os odian los franceses, os odian los bretones, os odian los escoceses, ¡os odia toda la cristiandad! ¿Y sabes por qué? ¡Porque os gusta pelear! ¡Es lo que más os gusta! Todo el mundo sabe eso de los ingleses. ¿Y tú? No tienes ninguna necesidad de luchar. No es tu guerra, pero no soportas esperar, ¡no puedes esperar a matar otra vez!

Thomas no supo qué decir, porque había verdad en las palabras de Eleanor. Se encogió de hombros y tomó su arco.

—Yo lucho por mi rey y ahí arriba hay un ejército de enemigos. Nos superan en número. ¿Sabes lo que sucederá si entran en Durham?

—Lo sé —dijo con firmeza, y era cierto que lo sabía porque había estado en Caen cuando los arqueros ingleses, desobedeciendo a su rey, habían cruzado el puente y arrasado la ciudad.

—Si no peleamos y los detenemos aquí, sus caballeros acabarán con nosotros. Nos perseguirán uno a uno.

—Me habías dicho que te casarías conmigo —le dijo Eleanor, con lágrimas en los ojos de nuevo—. No quiero un niño sin padre, no quiero que sea como yo. —Quería decir ilegítimo.

—Me casaré contigo, te lo prometo. Cuando termine la batalla nos casaremos en Durham. En la catedral, ¿vale? —le sonrió—. Nos casaremos en la catedral.

A Eleanor le encantó la promesa, pero estaba demasiado enfadada para demostrárselo.

—Tendríamos que ir a la catedral ahora —le espetó—. Allí estaremos seguros. Rezaremos en el altar mayor.

—Ve a la ciudad —le dijo Thomas—. Deja que yo luche contra los enemigos de mi rey y vosotros id a la ciudad; padre Hobbe, encontrad al anciano monje y hablad los dos con él, después id a la catedral y esperadme allí. —Abrió uno de los enormes sacos colgados de la mula y sacó su lorigón, que se colocó por la cabeza. El cuero acolchado de dentro estaba rígido y frío, y olía a moho. Metió las manos por las mangas y se abrochó el cinto de la espada colocándose el arma a la derecha—. Ve a la ciudad —le dijo a Eleanor—, y habla con el monje.

Eleanor lloraba.

—Vas a morir —le dijo—. Lo he soñado.

—Pero yo no puedo ir a la ciudad —protestó el padre Hobbe.

—Sois un sacerdote —le espetó Thomas—, ¿no un soldado! Llevad a Eleanor a Durham. Encontrad al hermano Collimore y hablad con él. —El prior había insistido en que Thomas esperara y, de repente, le pareció muy sensato que el padre Hobbe hablara con el monje antes de que el prior envenenara sus recuerdos—. Debéis hablar los dos con el hermano Collimore. Vos sabéis qué preguntarle. Os veré allí esta noche, en la catedral. —Se puso el morrión, de borde amplio para amortiguar los golpes desde arriba, y se lo anudó a la cabeza.

* * *

Estaba enfadado con Eleanor porque sentía que tenía razón. La batalla inminente no era cosa suya excepto porque él era soldado e Inglaterra su país.

—No voy a morir —le dijo a Eleanor con una irracionalidad obstinada—, y me verás esta noche. —Le tendió las riendas de su caballo al padre Hobbe—. Mantened a Eleanor a salvo. El Espantapájaros no se arriesgará a nada dentro del monasterio o la catedral.

Hubiera querido darle un beso a Eleanor, pero ella estaba enfadada con él y él con ella, así que cogió el arco y la bolsa de flechas y se fue. Ella no dijo nada porque, como Thomas, era demasiado orgullosa para echarse atrás. Además, sabía que tenía razón. Este enfrentamiento con los escoceses no era la lucha de Thomas, mientras que el Grial sí era su obligación. El padre Hobbe, en medio de tanta obstinación, caminaba en silencio, aunque reparó en que Eleanor se volvió más de una vez con la esperanza evidente de descubrir a Thomas mirando atrás, pero lo único que vio fue a

su amante subir por el camino con el enorme arco colgado al hombro.

Era un arco enorme, más alto que la mayoría de los hombres y tan ancho en su panza como la muñeca de un arquero. Estaba hecho de tejo; Thomas estaba casi seguro de que era tejo italiano, pero no podía jurarlo porque la madera procedía de un barco que había naufragado. Le había dado forma a la vara dejando el centro grueso, y había calentado los extremos para que se curvaran en dirección contraria a la que se curvaba el arco cuando se tensaba. Lo había pintado de negro con cera, aceite y hollín, y enganchado dos piezas de asta para sujetar la cuerda. La vara había sido cortada de manera que la cara interior del arco fuera de duramen, que se comprimía cuando flechaba el arma, y la panza exterior de elástica albura, de manera que cuando desflechaba, el duramen liberaba la tensión, y la albura tiraba para que recuperara su forma y, entre uno y otra, despedían la flecha silbando con una fuerza brutal. La panza del arco, por donde agarraba la madera con la mano izquierda, estaba envuelta de cáñamo endurecido con cola de pezuña, y encima le había clavado la placa aplastada de un cáliz de plata que su padre utilizaba en la iglesia de Hookton para la misa. Esa pieza de plata representaba la centicora que sostenía el Grial entre sus garras. La centicora. El escudo de armas de su familia. Aunque él no lo supo hasta mucho más tarde porque su padre nunca se lo había contado. Nunca le había dicho que era un Vexille, ni que procedía de una familia noble de herejes cátaros, una familia a la que habían quemado todas sus posesiones en el sur de Francia y que había huido para esconderse en los rincones más oscuros de la Cristiandad.

Thomas sabía poco de la herejía cátara. Sabía mucho de su arco, y sabía escoger una flecha de flexible fresno, abedul o carpe; sabía emplumar el astil con plumas de ganso y colocarle casquillos de hierro. Sabía todo eso, pero no cómo conseguía que esa flecha perforara escudo, malla y carne. Eso era instinto, algo que había practicado desde su infancia; que había practicado hasta que le sangraban los dedos, hasta que ya no pensaba cómo tensaba la cuerda hasta su oreja; que había practicado, como todos los arqueros, hasta que su pecho se volvió ancho y sus brazos de acero. No necesitaba saber cómo usar un arco, era un instinto, como respirar, despertarse o pelear.

Se volvió cuando llegó a un seto de carpes que bordeaban el camino como una muralla. Eleanor se alejaba caminando con obstinación, y Thomas sintió la necesidad de gritarle, pero sabía que ya estaba demasiado lejos y que no le oiría. Ya se había peleado antes con ella; los hombres y las mujeres, le parecía a Thomas, pasaban la mitad de sus vidas peleándose y la otra mitad queriéndose, y la intensidad de lo primero alimentaba la pasión de lo segundo. Esbozó una sonrisa mientras la contemplaba, porque podía percibir la cabezonería de Eleanor incluso en su modo de andar y, además, le gustaba; después se dio la vuelta y se abrió paso entre las hojas caídas de carpe hasta el camino que cruzaba los pastos rodeados de muros, donde cientos de sementales ensillados pastoreaban. Eran los caballos de guerra de los

caballeros y hombres de armas ingleses, y su presencia en los pastos le dio a entender que los ingleses esperaban a que atacasen los escoceses, porque un caballero se defendía mucho mejor a pie. Los caballos estaban ensillados para que los hombres con armaduras pesadas pudieran retirarse rápidamente o perseguir al enemigo vencido.

Thomas aún no veía al ejército escocés, pero oía sus cantos de guerra, que ganaban fuerza con el infernal retumbar de los tambores. El ruido ponía nerviosos a algunos de los caballos y tres de ellos, perseguidos por escuderos, galoparon hasta el muro de piedra con los ojos en blanco. Había más pajes de armas practicando con los caballos tras la línea inglesa, dividida en tres batallones. Cada uno de ellos contaba con un grupo de jinetes en el centro de la última fila. Los caballeros eran los comandantes, con sus estandartes chillones, y enfrente tenían cuatro o cinco filas de hombres de armas con espadas, hachas, lanzas y escudos; delante de los hombres de armas, y apiñados en los espacios entre los batallones, estaban los arqueros.

Los escoceses, a dos tiros de flecha de distancia, estaban en un terreno algo más elevado, organizados también en tres divisiones que, como los batallones ingleses, estaban dispuestos alrededor del grupo de estandartes de sus comandantes. La bandera más alta, el pendón real amarillo y rojo, estaba en el centro. Los caballeros y hombres de armas escoceses, como los ingleses, iban a pie, pero cada uno de sus testudos era mucho mayor que los batallones ingleses, como tres o cuatro veces mayor; aunque Thomas, lo suficientemente alto para vislumbrar el otro lado de la línea inglesa, vio que sus arqueros eran muchos menos. Aquí y allí, a lo largo de la línea escocesa, descubrió unos cuantos arcos y se apreciaban, entre el amasijo de picas, otras cuantas ballestas, pero no había, ni mucho menos, tantos arqueros como habían desplegado los ingleses, aunque, a su vez, los primeros superaban con creces al ejército de los segundos. Así que la batalla, si empezaba en algún momento, la librarían las flechas inglesas y las picas y hombres de armas escoceses, y, si no había suficientes flechas, la cresta se convertiría en un cementerio inglés.

El estandarte de lord Outhwaite, el de la cruz con la concha venera, estaba en el batallón de la izquierda, y Thomas se dirigió hacia allí. El prior, que había desmontado, estaba en el espacio que había entre las divisiones central e izquierda, donde uno de sus monjes paseaba un incensario y otro blandía el corporal con el asta pintada. El propio prior estaba gritando, aunque Thomas no sabría decir si insultaba al enemigo o rezaba al Señor, pues los alaridos escoceses no le permitían oír nada más. Thomas tampoco podía distinguir las palabras del enemigo, pero el sentimiento que expresaban estaba suficientemente claro y se aceleraba con el ritmo de los tambores.

Thomas veía ahora los enormes tambores y observaba la pasión con la que los tamborileros golpeaban las pieles para que el sonido se volviera tan fuerte como el

chasquido de un hueso al romperse. Se oían altos y rítmicos, y reverberaban como un trueno que perforara los oídos. Frente a los tambores, en el centro de la línea enemiga, algunos hombres barbudos giraban en una danza salvaje. Llegaban como dardos desde el final de la línea escocesa y no vestían ni malla ni metal, sólo iban envueltos en pieles y paños gruesos, y blandían espadas largas tan altas como ellos mismos y escudos de cuero redondos y pequeños no más grandes que una bandeja de servir, que llevaban anudados en el antebrazo. Situados tras los hombres de armas escoceses, sacudían sus espadas contra los escudos, mientras los piqueros golpeaban el suelo con los extremos de sus larguísimas armas, para acompañar el estruendo de los tambores. El sonido era tan abrumador que los monjes del prior habían dejado de cantar y ahora contemplaban al enemigo.

—Lo que están haciendo —lord Outhwaite, que iba a pie como sus hombres, tenía que alzar la voz para que sus hombres le oyeran— es intentar asustarnos con ruido antes de intentar matarnos. —Su señoría cojeaba, Thomas no quería preguntar si por la edad o por alguna herida antigua; estaba claro que lo que quería era un sitio por el que pudiera pasear, así que se había ido a hablar con los monjes, aunque ahora volvía su amistoso rostro hacia Thomas—. Y más te vale andarte con ojo con esas sabandijas —le dijo, señalando a los bailarines—, porque son más salvajes que gatos endemoniados. Se dice que desuellan vivos a sus prisioneros. —Lord Outhwaite se persignó—. No se les ve muy a menudo tan al sur.

—¿Se les ve? —preguntó Thomas.

—Son hombres de las tribus del norte —le explicó uno de los monjes. Era un hombre alto con flequillo cano, la cara marcada y un solo ojo—. Sabandijas es lo que son —prosiguió el monje—. ¡Sabandijas! ¡Adoradores de ídolos! —Sacudió la cabeza con tristeza—. Nunca he viajado tan al norte, pero he oído que su tierra esta envuelta en nieblas perpetuas y que si un hombre muere de una herida en la espalda, su mujer se come a sus hijos y se arroja después por un acantilado para evitar la vergüenza.

—¿De veras? —preguntó Thomas.

—Eso es lo que se cuenta —repuso el monje persignándose otra vez.

—Viven de los nidos de pájaros, de las algas y el pescado crudo —siguió contando lord Outhwaite; después sonrió—. Bueno, algunas de mis gentes en Witcar también lo hacen, pero por lo menos le rezan al Señor. O eso creo.

—Pero vuestras gentes no tienen pezuñas de cabra —dijo el monje mirando al enemigo.

—¿Y los escoceses sí? —preguntó muerto de ansiedad un monje mucho más joven y con la cara picada de viruela.

—Los hombres de los clanes sí —repuso lord Outhwaite—. ¡Apenas son humanos! —Sacudió la cabeza y le tendió una mano al monje mayor—. El hermano

Michael, ¿verdad?

—Su señoría me halaga recordando mi nombre —contestó el monje complacido.

—Una vez fue hombre de armas para mi señor Percy —le aclaró a Thomas—, ¡y uno muy bueno!

—Antes de que los escoceses me quitaran esto —dijo el hermano Michael levantando el brazo derecho y revelando, bajo la manga de su hábito, un muñón en la muñeca—, y esto —y levantó el parche que llevaba en el ojo izquierdo para mostrar una cuenca vacía—, así que ahora rezo en vez de luchar. —Se volvió para observar la línea escocesa—. Pues sí que están ruidosos hoy —farfulló.

—Están muy seguros de sí mismos —contestó lord Outhwaite con placidez—, y es normal. ¿Cuándo fue la última vez que nos superaban en número?

—Puede que sean más que nosotros —prosiguió el hermano Michael—, pero han escogido un lugar extraño para la batalla. Tendrían que haber ido hasta el extremo sur de la cresta.

—Y lo harán, hermano —concordó lord Outhwaite—, pero mientras, demos gracias por nuestra pequeña fortuna.

A lo que se refería el hermano Michael era a que los escoceses estaban sacrificando su ventaja numérica al pelear en la estrecha cima de la cresta donde la línea inglesa, aunque mucho menos densa y con bastantes menos hombres, no podía ser rodeada. Si los escoceses hubieran avanzado un poco más al sur, donde la cresta se ensanchaba a medida que descendía hasta la vega del río, habrían podido flanquear a su enemigo. La elección del terreno bien pudiera ser un error que proporcionara ventaja a los ingleses, pero le fue de poco consuelo a Thomas cuando intentó calcular el tamaño del ejército enemigo. Había más hombres haciendo lo mismo, y sus estimaciones iban entre los seis y los dieciséis mil, aunque lord Outhwaite creía que no había más de ocho mil escoceses.

—Sólo tres o cuatro veces más que nosotros —dijo alegremente—, y además no tienen suficientes arqueros. Que Dios bendiga a los arqueros ingleses.

—Amén —repuso el hermano Michael.

El monje de las viruelas contemplaba fascinado la gruesa línea escocesa.

—He oído decir que los escoceses se pintan la cara de azul. Pero yo no veo ninguno.

Lord Outhwaite lo miraba atónito.

—¿Que has oído qué?

—Que se pintan la cara de azul, mi señor —contestó el monje, aunque ahora algo avergonzado—. O sólo media cara. Para asustarnos.

—¿Para asustarnos? —Su señoría parecía divertido—. Para que nos partamos de risa, más bien. Yo no lo he visto nunca.

—Ni yo —añadió el hermano Michael.

—Es sólo lo que oído —concluyó el joven monje.

—Ya asustan bastante sin pintura. —Lord Outhwaite señaló un pendón en el otro extremo de la línea—. Veo que sir William está aquí.

—¿Sir William? —preguntó Thomas.

—Willie Douglas —le dijo lord Outhwaite—. Yo fui prisionero suyo durante dos años y aún estoy pagando a los banqueros. —Quería decir que su familia había pedido dinero prestado para pagar el rescate—. Pero me gusta. ¡Menudo granuja está hecho! ¿Y pelea con Moray?

—¿Moray? —preguntó el hermano Michael.

—John Randolph, conde de Moray. —Lord Outhwaite señaló con la cabeza otro estandarte cercano al corazón rojo de Douglas—. Se odian a muerte. Dios sabe por qué están juntos en el mismo batallón. —Volvió a mirar a los tamborileros escoceses que se inclinaban hacia atrás para equilibrar el peso de los enormes instrumentos que se apoyaban en sus barrigas—. Detesto esos tambores —comentó—. ¡Que se pintan la cara de azul! ¡Menuda tontería! —dijo con una risita.

El prior arengaba ahora a las tropas que tenía más cerca, les estaba contando que los escoceses habían destruido una gran casa religiosa en Hexham.

—¡Profanaron la sagrada iglesia del Señor! ¡Asesinaron a toda la hermandad! ¡Le han robado al mismísimo Cristo y han hecho llorar a Dios! ¡Sembrad Su venganza! ¡No tengáis piedad! —Los arqueros más cercanos estiraban los dedos, se relamían los labios y miraban al enemigo, que no parecía tener intención de avanzar—. ¡Los mataréis! —se desgañitaba el prior—. ¡Y Dios os bendecirá por ello! ¡Os enviará una lluvia de bendiciones!

—Quieren que les ataquemos nosotros —señaló el hermano Michael con sequedad. Parecía algo avergonzado por la pasión de su prior.

—Eso parece —repuso lord Outhwaite—. Y creen que les vamos a atacar a caballo. ¿Veis las picas?

—También son efectivas contra la infantería, mi señor —dijo el hermano Michael.

—Vaya si lo son, vaya, vaya —coincidió lord Outhwaite—. Mala cosa, las picas. —Jugueteeó con algunos de los anillos sueltos de su cota y pareció sorprendido cuando uno se le quedó entre los dedos—. A mí, Willie Douglas, desde luego, me gusta. Cuando fui prisionero suyo, nos íbamos juntos de caza. Menudos jabalíes tienen en Liddesdale, si la memoria no me falla. —Frunció el entrecejo—. Qué tambores más ruidosos...

—¿Les atacaremos, entonces? —el joven monje reunió todo su valor para volver a preguntar.

—Madre mía, ¡no! Espero que no, al menos —repuso lord Outhwaite—. ¡Nos superan en número! Es mucho mejor aguantar donde estamos y dejar que vengan

ellos.

—¿Y si no vienen? —preguntó Thomas.

—Pues se volverán a casa con los bolsillos vacíos —contestó lord Outhwaite—, y eso no les va a gustar. No les va a gustar nada de nada. ¡Pero si sólo han venido a saquear! Por eso les gustamos tan poco.

—¿Que les gustamos poco? ¿Porque vienen a saquear? —Thomas no había entendido el razonamiento de su señoría.

—¡Son unos envidiosos, muchacho! Pura envidia es lo que tienen. Nosotros tenemos riquezas y ellos no, y pocas cosas provocan odio con tanta precisión como un desequilibrio de ese tipo. Yo tenía un vecino en Witcar que parecía un hombre razonable, pero él y sus hombres intentaron sacar provecho de mi ausencia cuando fui prisionero de Douglas. ¡No te lo vas a creer! Intentaron tender una emboscada a la partida que escoltaba los cofres de monedas con mi rescate. Y sólo fue por envidia, me parece a mí, y por el deseo de poseer lo que él no tenía.

—¿Y ahora está muerto, mi señor? —preguntó Thomas divertido.

—Madre mía, no —dijo su señoría en tono reprobatorio—. Está en el fondo de un hoyo hondísimo que hay en mi propiedad. Bien en el fondo, con las ratas. Le tiro moneditas de vez en cuando para que se acuerde de por qué está ahí metido. —Se puso de puntillas y miró hacia el oeste, donde las colinas eran más altas. Esperaba que los hombres de armas escoceses atacaran por el sur, pero no veía a nadie—. Su padre —y se refería a Robert Bruce— no se quedaría ahí esperando. Ya habría enviado a la caballería para que se acercara por los flancos a ver si nos cagábamos de miedo, pero este pollo no tiene ni idea de qué debe hacer, ¿no creéis? ¡Si hasta se ha puesto en mal sitio!

—Confía en su superioridad numérica —contestó el hermano Michael.

—Es posible que con eso le baste —añadió sombrío lord Outhwaite mientras se persignaba.

Thomas, ahora que tenía delante el terreno entre los dos ejércitos, entendía por qué lord Outhwaite hablaba con ese desdén del rey escocés, que había colocado a su ejército justo al sur de los rescoldos de las granjas donde habían derribado la cruz del dragón. No era sólo que la estrechez de la cresta recluía a los escoceses, negándoles la posibilidad de atacar por los flancos a los mucho menos numerosos ingleses; además, el campo de batalla tan mal escogido estaba obstruido por setos de endrino y por lo menos un muro de piedra. Ningún ejército podía avanzar por allí y mantener la línea de ataque intacta, pero el rey escocés parecía convenido de que los ingleses atacarían, porque no se movió. Sus hombres los insultaban, con la esperanza de provocarlos, pero los ingleses permanecían impertérritos donde estaban.

Los escoceses aún abuchearon más cuando un hombre alto montado en un enorme caballo cabalgó hasta el centro de la línea inglesa. Su semental llevaba la crin

trenzada con cintas moradas y una gualdrapa también morada bordada con llaves doradas, tan larga que la arrastraba por el suelo tras las pezuñas del caballo. Éste llevaba la cabeza protegida con una pieza de cuero en la que habían montado un cuerno de plata enroscado, como el arma de un unicornio. El jinete, alto y bizarro, llevaba armadura de placas reluciente y sobreveste púrpura y dorada, los mismos colores que lucían su paje, el portaestandartes y la docena de caballeros que lo seguían. No llevaba espada, pero iba armado con un mangual enorme como el que llevaba Beggar. Los tambores escoceses redoblaron, los escoceses insultaron y los ingleses lanzaron vítores hasta que el jinete levantó una mano guarnecida de malla para que se callaran.

—Estamos a punto de tragarnos una homilía de su gracia —explicó lord Outhwaite con tono pesimista—. Le encanta oírse a sí mismo.

El bizarro jinete era evidentemente el arzobispo de York y, cuando las filas inglesas se callaron, volvió a levantar la mano enguantada por encima de su penacho púrpura e hizo una extravagante señal de la cruz.

—*Dominus Vobiscum* —gritó—. *Dominus Vobiscum* —Cabalgó por toda la línea repitiendo la invocación—. En el día de hoy, vais a matar al enemigo de Dios —vociferaba cada vez que prometía que el Señor estaría con los ingleses. Tenía que gritar para hacerse oír por encima del barullo que armaba el enemigo—. El Señor está con vosotros, y Su trabajo en este día será dejar muchas viudas y huérfanos. Llenaréis Escocia de pena como justo castigo por su impiedad. El Señor de las Huestes está con vosotros; ¡vuestra tarea es la venganza divina! —El caballo del arzobispo caminaba erguido, cabeceando hacia arriba y abajo mientras su gracia transmitía valor a los flancos del ejército. Los últimos jirones de niebla hacía tiempo que se habían desvanecido y, aunque el aire aún era frío, el sol calentaba y su luz refulgía en las miles de armas escocesas. Un par de carros tirados por sendos caballos habían llegado de la ciudad, y una docena de mujeres distribuía arenque seco, pan y odres de cerveza.

El escudero de lord Outhwaite trajo un barril de arenques para que se sentara su señor. Un hombre tocaba una flauta de caña por allí cerca, el hermano Michael cantó una antigua canción popular sobre el tejón y el perdón, lord Outhwaite se rió con la letra y después hizo una señal con la cabeza hacia el campo de batalla, donde dos jinetes, uno de cada ejército, se acababan de reunir.

—Veo que estamos hoy muy corteses —señaló. Un heraldo inglés con tabardo chillón se había acercado hacia los escoceses, y éstos habían nombrado a toda prisa a un sacerdote como emisario, que se había acercado a recibirlo. Ambos hombres inclinaron la cabeza erguidos en sus monturas, conversaron un rato y volvieron hacia sus respectivos ejércitos. El inglés, mientras se acercaba a su ejército, abrió las manos en señal de que los escoceses seguían en sus trece.

—¿Han llegado hasta aquí abajo y no piensan pelear? —preguntó el prior, enojado.

—Quieren que empecemos nosotros —contestó lord Outhwaite sin más—, y nosotros queremos que hagan lo mismo. —Los heraldos se habían reunido para discutir cómo se desarrollaría la batalla, cada uno había exigido claramente que la facción contraria empezara el asalto, y ambas habían declinado la invitación, así que los escoceses intentaban provocar otra vez a los ingleses mediante el insulto. Algunos de los enemigos avanzaron hasta ponerse a tiro de arco y gritaron que los ingleses eran unos cerdos y sus madres unas puercas, y cuando un arquero levantó su arma para responder a los insultos, su capitán le ordenó que no malgastara flechas en palabras.

—¡Cobardes! —gritaba un escocés que se había adelantado más que nadie, hasta llegar, a la mitad del alcance de un arco largo—. ¡Cabrones cobardes! ¡Vuestras madres eran putas que os amamantaron con pis de cabra! ¡Vuestras mujeres son cerdas! ¡Putas y cerdas! ¿Me oís? ¡Cabrones! ¡Cabrones ingleses! ¡Sois cagarros del demonio! —La virulencia de su odio hacía que temblara todo su cuerpo. Era de barba abundante, llevaba un jubón harapiento y su cota de malla tenía un roto considerable en la espalda, de manera que cuando se dio la vuelta, les enseñó el culo a los ingleses. Pretendía ser un insulto, pero fue recibido con carcajadas.

—Tendrán que atacarnos antes o después —declaró lord Outhwaite—. Eso o volver a casa sin nada, y no me los imagino haciendo eso. No se convoca a un ejército de ese tamaño para no sacar nada.

—Ya han saqueado Hexham —observó el prior con pesar.

—Y no han sacado más que chucherías —repuso lord Outhwaite con desdén—. Los auténticos tesoros de Hexham ya hace tiempo que están a buen recaudo. He oído que Carlisle les pagó bien para que no atacaran la ciudad, pero ¿suficientemente bien para hacer ricos a ocho o nueve mil hombres? —Sacudió la cabeza—. A esos soldados no les pagan —le explicó a Thomas—, no son como nuestros hombres. El rey de Escocia no tiene suficiente dinero para pagar a su ejército. No, lo que quieren es hacer unos cuantos prisioneros ricos y después saquear Durham y York, y si no quieren volver a casa pobres y con las manos vacías, mejor será que vayan levantando los escudos y se nos vayan acercando.

Pero los escoceses seguían sin moverse y los ingleses no contaban con el número de efectivos suficientes para atacar, aunque seguían llegando grupos de rezagados para unirse al ejército del arzobispo. En su mayoría eran lugareños y pocos tenían armadura o armas, aparte de las herramientas de sus granjas, como hachas o azadones. Ya era casi mediodía y el sol había absorbido el frío de la tierra, así que Thomas estaba sudando por debajo del cuero y la malla. Dos de los sirvientes legos del prior habían llegado en un carro cargado de cerveza de mala calidad, sacos de

pan, una caja de manzanas y un queso enorme, y una docena de monjes jóvenes los estaban distribuyendo entre la línea inglesa. La mayoría de los hombres estaban sentados, algunos hasta dormían, y muchos de los escoceses hacían lo mismo. Incluso los tambores habían dejado de sonar y los enormes instrumentos descansaban ahora en el prado. Una docena de cuervos pasó volando en círculo, y Thomas, que consideraba que su presencia presagiaba muerte, se persignó, aunque sintió alivio cuando las negras aves se dirigieron hacia el norte para sobrevolar las tropas escocesas.

Había llegado un grupo de arqueros de la ciudad y estaban embutiendo flechas en sus carcajs, señal de que nunca habían luchado con un arco, pues un carcaj era un utensilio inútil para la batalla. Era muy probable que las flechas se cayeran de él si un hombre echaba a correr, y pocos tenían capacidad para más de veinte. Los arqueros como Thomas preferían una bolsa grande de tela con una estructura flexible de sauce en la que las flechas se mantenían rectas, las plumas no se aplastaban gracias a la estructura, y las puntas sobresalían por el cuello de la bolsa, que se ataba con una cuerda. Thomas había escogido sus flechas con cuidado y rechazado las que tenían el asta torcida o las plumas crespas. En Francia, donde muchos de los caballeros enemigos poseían armaduras de placas costosas, los ingleses usaban flechas afiladas, con puntas estrechas, pesadas y sin engorras, de modo que pudieran perforar con facilidad las armaduras o los cascos, pero aquí seguían utilizando las flechas de caza con lengüetas que las hacían imposibles de extraer de una herida. Las llamaban flechas de carne, pero hasta una flecha de carne podía atravesar malla a doscientos pasos.

Thomas echó una cabezadita por la tarde, y sólo se despertó cuando el caballo de lord Outhwaite casi lo pisa. Su señoría, junto a los otros comandantes ingleses, había sido convocado por el arzobispo, así que hizo traer su caballo y, acompañado de su escudero, se acercó hacia el centro del ejército. Uno de los capellanes del arzobispo portaba un crucifijo de plata y lo mostraba a la primera línea de soldados. El crucifijo llevaba colgando de los pies del Cristo una bolsa de cuero, y en la bolsa, clamaba el capellán, iban los huesos de los nudillos del mártir san Osvaldo.

—Besad la bolsa y Dios velará por vosotros —prometía el capellán, y los arqueros y los hombres de armas se empujaban para obedecer. Thomas no se pudo acercar lo suficiente para besar la bolsa, pero sí consiguió tocarla. Muchos hombres llevaban amuletos o pedazos de tela que les habían dado sus esposas, amantes o hijas cuando habían abandonado sus hogares o granjas para marchar contra el invasor. Tocaban ahora sus talismanes mientras los escoceses, que presentían que algo iba a suceder por fin, se ponían en pie. Uno de sus enormes tambores empezó a retumbar armando un estruendo espantoso.

Thomas miró a su derecha para observar la parte superior de las torres gemelas de

la catedral y el estandarte que ondeaba desde las murallas del castillo. Eleanor y el padre Hobbe debían de estar ya en la ciudad y Thomas sintió una punzada de remordimiento cuando recordó cómo se habían separado, y agarró su arco para que el contacto con la madera le alejara de todo mal. Se consoló al pensar que Eleanor estaría segura en la ciudad y sabía que, esa noche, cuando ganaran la batalla, podrían retomar la discusión donde la habían dejado. Se casarían en Durham. No estaba muy seguro de querer casarse, le parecía demasiado pronto para tener esposa, aunque fuera Eleanor, a quien tenía la certeza de amar, pero estaba igualmente convencido de que ella deseaba que abandonara el arco de tejo y estableciera un hogar, y eso era lo último que Thomas quería. Lo que él quería era estar al mando de una cuadrilla de arqueros, ser un hombre como Will Skeat. Quería su propia partida de arqueros que pondría al servicio, previo pago de una generosa suma, de los grandes señores. Y no había escasez de oportunidades. Corrían rumores de que los estados italianos pagarían una fortuna por disponer de arqueros ingleses, y Thomas quería una parte de ese pastel, pero también deseaba cuidar de Eleanor y no quería que su hijo fuera un bastardo. Ya había suficientes bastardos en el mundo para traer a otro.

Los señores ingleses pasaron un rato hablando. Eran una docena y miraban constantemente al enemigo. Thomas estaba lo suficientemente cerca para percibir la ansiedad en sus rostros. ¿Estaban preocupados porque el enemigo era demasiado numeroso? ¿O porque los escoceses se negaban a presentar batalla y durante la niebla matutina del siguiente día podrían desaparecer hacia el norte?

El hermano Michael se le acercó para descansar sus viejos huesos sobre el barril de arenques que había servido de asiento para lord Outhwaite.

—Os ordenarán formar en las primeras filas. Al menos eso es lo que yo haría. Enviar a los arqueros delante para provocar a esos cabrones. O para ahuyentarlos, aunque los escoceses no se espantan fácilmente. Son unos cabrones muy valientes.

—¿Valientes? ¿Y por qué no atacan?

—Porque no son idiotas. Han visto que disponemos de muchos como éste —el hermano Michael tocó el arco de Thomas—. Saben de lo que sois capaces los arqueros. ¿Has oído hablar de Halidon Hill? —Levantó las cejas sorprendido cuando Thomas negó con la cabeza—. Claro, tú eres del sur. Cristo podría volver a nacer aquí en el norte y vosotros los sureños ni oiríais hablar de él, o no os lo creeríais si lo oyeráis. Aunque lo de Halidon Hill ocurrió hace trece años. Nos atacaron por Berwick y acabamos con ellos en manadas. Bueno, nuestros arqueros acabaron con ellos, y no creo que les entusiasme la idea de que les vuelva a suceder lo mismo aquí. —El hermano Michael frunció ceño al oír un pequeño clic—. ¿Qué ha sido eso?

Algo había tocado el casco de Thomas y, cuando se volvió, vio al Espantapájaros, sir Geoffrey Carr, que había hecho estallar su látigo para que la punta diera en la cresta del morrión de Thomas. Sir Geoffrey enrolló el látigo y sonrió Thomas.

—¿Qué, ya estamos escondiéndonos entre los faldones de los monjes?

El hermano Michael contuvo a Thomas.

—Marchaos, sir Geoffrey —le ordenó el monje—, antes de que eche una maldición sobre vuestra negra alma.

Sir Geoffrey se metió un dedo en una de sus fosas nasales y sacó algo viscoso que le tiró al monje.

—¿Te crees que me asustas, tuerto cabrón? ¿Tú que perdiste las pelotas con la mano? —lanzó una carcajada, después se volvió hacia Thomas—. Has empezado una pelea conmigo, chico, y no me has dado oportunidad de terminarla.

—No será ahora —espetó el hermano Michael.

Sir Geoffrey ignoró al monje.

—¿Te peleas con tus superiores? Te pueden ahorcar por eso. No —y se detuvo de golpe apuntando a Thomas con un dedo huesudo—, ¡te ahorcarán por eso! ¿Me oyes? Te ahorcarán. —Escupió a Thomas e hizo dar la vuelta a su penco para volver a la línea.

—¿Cómo es que conoces al Espantapájaros? —le preguntó el hermano Michael.

—Cosas que pasan.

—Es un mal bicho —prosiguió el hermano Michael al tiempo que se persignaba—; un bicho nacido bajo la luna menguante en una noche de tormenta. —Seguía mirando al Espantapájaros—. Se dice que le debe dinero hasta al demonio. Le tuvo que pagar un rescate a Douglas de Liddesdale y pidió unos créditos enormes para ello. Su castillo, sus campos, todo lo que posee está en peligro si no puede pagar, y aunque haga hoy una fortuna, la perderá jugando a los dados. El Espantapájaros es un insensato, pero es un insensato peligroso. —Dirigió su único ojo hacia Thomas—. ¿De verdad te has peleado con él?

—Quería violar a mi mujer.

—Ya veo. Ése es nuestro Espantapájaros. Pues ten cuidado, muchacho, porque no olvida las afrentas y nunca las perdona.

Los señores ingleses debieron de llegar a algún acuerdo porque alargaron los brazos y entrechocaron los nudillos enguantados en metal; entonces lord Outhwaite dirigió el caballo hacia sus hombres.

—¡John! ¡John! —llamaba al capitán de los arqueros—. No vamos a esperar a que se decidan —dijo mientras desmontaban—, iréis a provocarlos.

Parecía, pues, que finalmente el hermano Michael había acertado; enviarían delante a los arqueros para molestar a los escoceses. El plan era enfurecerlos con las flechas y espolearlos para que se precipitaran al ataque.

Un escudero llevó el caballo de lord Outhwaite de vuelta a los pastos mientras el arzobispo de York conducía al suyo frente al ejército.

—¡Dios os ayudará! —les gritó a los hombres de la división central que él

comandaba—. ¡Los escoceses nos tienen miedo! ¡Saben que con la ayuda de Dios llenaremos de huérfanos su apestosa tierra! Se levantan a mirar porque nos tienen miedo. Así que: ¡a por ellos! —Esa expresión levantó gritos de júbilo. El arzobispo alzó una mano para hacer callar a los hombres—. Quiero que se adelanten los arqueros —vociferó—. ¡Sólo los arqueros! ¡Ensartadlos! ¡Matadlos! Y que Dios os bendiga a todos. ¡Que Dios os bendiga con todo su poder!

Así que los arqueros empezarían la batalla. Los escoceses seguían empecinados en no moverse con la esperanza de que los ingleses atacaran, pues era mucho más sencillo defender una posición que asaltar a un enemigo en formación, pero ahora los arqueros ingleses se adelantarían para agujonear, pinchar y hostigar al enemigo, hasta que huyera o, más probablemente, avanzara para vengarse.

Thomas ya había seleccionado la mejor flecha. Era nueva, tan nueva que la cola teñida de verde alrededor de la cuerda que mantenía las plumas en su sitio aún estaba pegajosa, pero el astil era oblongo, algo más ancho en la punta que en las plumas. Una Hecha como ésa se clavaría con fuerza, y era una hermosa pieza de fresno, un tercio más larga que el brazo de Thomas, y Thomas no pensaba malgastarla, aunque dispararía el primer tiro desde muy lejos.

Y tendría que ser un tiro muy largo, pues el rey escocés estaba al final del testudo central de su ejército, pero no era un tiro imposible, pues el arco negro era grande y Thomas, joven, fuerte y preciso.

—Que el Señor os acompañe —dijo el hermano Michael.

—¡Sed certeros! —aulló lord Outhwaite.

—¡Que Dios acelere vuestras flechas! —clamó el arzobispo de York.

Los tambores sonaron con más fuerza, los insultos escoceses se oyeron de nuevo, y los arqueros de Inglaterra empezaron su avance.

* * *

Bernard de Taillebourg ya sabía la mayoría de las cosas que el anciano monje le había contado, pero ahora que por fin fluía la historia, no lo interrumpió. Era la historia de una familia que había sido señora de un oscuro condado en el sur de Francia. El condado se llamaba Astarac, estaba cerca de las tierras cátaras y, con el tiempo, se infectó con la herejía.

—Las falsas enseñanzas se extendieron —había relatado el hermano Collimore— como la peste. Desde el mar interior hasta el océano, y hacia el norte, hacia Borgoña. —El padre De Taillebourg sabía todo esto, pero no dijo nada, sencillamente dejó que el anciano siguiera describiendo cómo quemaron a los cátaros para hacerlos desaparecer de la tierra y las hogueras de sus muertes enviaron columnas de humo al cielo para decirle a Dios y a Sus ángeles que la auténtica religión había sido

restaurada en los dominios entre Francia y Aragón, y cómo los Vexille, de entre los últimos nobles contaminados con el mal cátaru, huyeron a los confines más lejanos de la Cristiandad—. Pero antes de escapar —prosiguió el hermano Collimore mirando el arco pintado de blanco del techo—, se llevaron los tesoros de los herejes para ponerlos a buen recaudo.

—¿Y el Grial estaba entre ellos?

—Eso decían, pero ¿quién sabe? —El hermano Collimore volvió la cabeza y miró al dominico con desaprobación—. Si poseían el Grial, ¿por qué no les sirvió de nada? Nunca entendí eso. —Cerró los ojos. A veces, cuando el anciano se detenía para coger aire y casi parecía dormirse, De Taillebourg miraba por la ventana para observar a los dos ejércitos en la colina más lejana. No se movían, aunque el ruido que hacían era como el crepitar y el rugir de una hoguera inmensa. El rugir era la algarabía de las voces de los hombres y el crepitar, los tambores, y los sonidos gemelos subían y bajaban con el ir y venir del viento, que se colaba por el desfiladero rocoso por encima del río Wear. El sirviente del padre De Taillebourg aún seguía en el umbral de la puerta, medio escondido por una de las muchas pilas de piedra que había amontonadas entre el espacio abierto que separaba el castillo y la catedral. Unos andamios cubrían la torre más cercana de la catedral, y los niños, ansiosos por ver la batalla, estaban subiendo por las cuerdas. Los albañiles habían abandonado su trabajo para observar a los dos ejércitos.

Ahora, tras preguntarse por qué el Grial no había ayudado a los Vexille, el hermano Collimore se había quedado realmente dormido y De Taillebourg cruzó la estancia hasta donde se encontraba su sirviente.

—¿Le crees?

El sirviente se encogió de hombros y no dijo nada.

—¿Te ha sorprendido algo? —le preguntó De Taillebourg.

—Que el padre Ralph tuviera un hijo —respondió el sirviente—. Eso es nuevo para mí.

—Tenemos que hablar con ese hijo —dijo el dominico con gravedad; después se volvió porque el anciano monje se había vuelto a despertar.

—¿Dónde estaba? —preguntó el hermano Collimore. Un hilillo de baba caía de la comisura de sus labios.

—Os preguntabais por qué el Grial no había sido de ayuda para los Vexille —le recordó Bernard de Taillebourg.

—Debería —contestó el anciano—. Si poseían el Grial, ¿por qué no se volvieron poderosos?

El padre De Taillebourg sonrió.

—Suponed que los musulmanes infieles obtuvieran el Grial, ¿creéis que Dios les entregaría su poder? El Grial es un gran tesoro, hermano, el mayor de todos los

tesoros sobre la tierra, pero no es más grande que Dios.

—No —coincidió el hermano Collimore.

—Y si Dios no aprueba al guardián del Grial, el Grial no tendrá ningún poder.

—Sí —asintió el hermano Collimore.

—¿Habéis dicho que los Vexille huyeron?

—Huyeron de la Inquisición —contestó el hermano Collimore dirigiendo una mirada de censura a De Taillebourg—, y una rama de la familia vino a Inglaterra, y aquí hicieron algunos servicios al rey. No a nuestro rey, claro —aclaró el monje—, sino a su abuelo, el último Enrique.

—¿Qué servicios? —preguntó De Taillebourg.

—Le entregaron al rey una pezuña del caballo de san Jorge. —El monje hablaba como si ese tipo de cosas sucediera cada día—. Una pezuña encastrada en oro que hacía milagros. O al menos así lo creyó el rey, porque su hijo se curó de fiebre al ser tocado con la pezuña. Creo, aunque no podría asegurarlo, que la pezuña se guarda aún en la abadía de Westminster.

»La familia fue recompensada con unas tierras en el Cheshire —prosiguió Collimore—, y si eran herejes, desde luego no lo parecían. Vivían como cualquier otra familia noble. Su caída —dijo—, llegó al principio del presente reinado cuando la madre del joven rey, respaldada por la familia Mortimer, intentó evitar que su hijo asumiera el poder. Los Vexille apoyaron a la reina y cuando perdió, volvieron al continente.

—Todos menos un hijo —dijo el hermano Collimore—, el mayor, y ése era Ralph, claro. El pobre Ralph.

—Pero si la familia había vuelto a Francia, ¿por qué lo tratasteis vos? —preguntó De Taillebourg, y el desconcierto estropeó aún más aquel rostro lleno de costras por las lesiones que se había hecho aquella mañana contra una piedra—. ¿Por qué no ejecutarlo sin más como a un traidor?

—Había hecho los votos —protestó Collimore—. ¡No podía ser ejecutado! Además, se sabía que odiaba a su padre y se había declarado a favor del rey.

—Así que tampoco estaba tan loco —intervino De Taillebourg con sequedad.

—También tenía dinero —prosiguió Collimore—, era noble y declaraba conocer el secreto de los Vexille.

—¿Los tesoros cátaros?

—¡Pero el demonio ya lo había poseído entonces! Se declaró obispo y daba sermones incendiarios en las calles de Londres. Decía que conduciría una nueva cruzada para expulsar a los infieles de Jerusalén y prometía que el Grial aseguraría su éxito.

—¿Así que lo encerrasteis?

—Me fue enviado —dijo en tono reprobatorio el hermano Collimore—, porque

sabían que yo podía derrotar a los demonios. —Se detuvo, recordando—. ¡En mi época exorcicé a cientos de ellos! ¡A cientos!

—¿Pero no curasteis completamente a Ralph Vexille?

El monje sacudió la cabeza.

—Era un hombre acicateado y azotado por Dios de tal manera que lloraba, gritaba y se golpeaba hasta que brotaba la sangre. —El hermano Collimore, sin reparar en que bien podría haber estado definiendo a De Taillebourg, se estremeció—. Y también estaba embrujado por las mujeres. Creo que de eso nunca llegamos a curarlo, pero si no le sacamos todos los demonios, desde luego conseguimos esconderlos tan adentro que raras veces se atrevían a mostrarse.

—¿Era el Grial un sueño de los demonios? —preguntó el dominico.

—Eso era lo que queríamos creer —repuso el hermano Collimore.

—¿Y qué respuesta encontrasteis vos?

—Les dije a mis señores que el padre Ralph mentía. Que se había inventado esa historia del Grial. No había verdad en su locura. Y entonces, cuando sus demonios dejaron de ser una molestia, fue enviado a una parroquia, al sur, donde podía predicar a las gaviotas y a las focas. Ya no se llamaba a sí mismo señor, no era más que el padre Ralph, y lo enviamos allí para que fuera olvidado.

—¿Para que fuera olvidado? —repitió De Taillebourg—. Aun así obtuvisteis noticias suyas. Descubristeis que tenía un hijo.

El anciano monje asintió.

—Teníamos una hermandad cerca de Dorchester y ellos me enviaban noticias. Me contaron que el padre Ralph había encontrado una mujer, su ama, pero ¿qué cura del campo no tiene una? Que tenía un hijo y que había colgado una vieja lanza en su iglesia que decía era la de san Jorge.

De Taillebourg observó la colina oeste porque el ruido se había convertido en estruendo. Parecía que los ingleses, que eran con mucho el ejército más reducido, estaban avanzando, lo que significaba que perderían la batalla y lo que significaba también que debía salir del monasterio, de hecho de la ciudad, antes de que sir William Douglas llegara buscando venganza.

—Les dijisteis a vuestros señores que el padre Ralph había mentido. ¿Mintió?

El anciano se detuvo y a De Taillebourg le pareció que el firmamento mismo contenía la respiración.

—No creo que mintiera —susurró Collimore.

—¿Y por qué dijisteis que sí lo había hecho?

—Porque me gustaba —respondió el hermano Collimore—, y no creía que pudiéramos sacarle la verdad a latigazos, o matándolo de hambre o intentando ahogarlo en agua helada. Pensé que era inofensivo y que debíamos dejarlo en las manos de Dios.

De Taillebourg miró por la ventana. El Grial, pensó, el Cirial. Los perros de Dios ya iban tras su rastro. ¡Lo encontraría!

—Uno de los miembros de su familia volvió de Francia —dijo el dominico—, robó la lanza y mató al padre Ralph.

—Lo sé.

—Pero no encontró el Grial.

—Alabado sea Dios por eso —repuso débilmente el hermano Collimore.

De Taillebourg escuchó un movimiento y vio que su criado, que había estado escuchando con atención, miraba ahora al patio. El sirviente debía de haber oído a alguien acercándose, y De Taillebourg se acercó más al hermano Collimore y bajó la voz para que no le oyeran.

—¿Cuánta gente sabe del padre Ralph y del Grial?

El hermano Collimore pensó durante unos instantes.

—Nadie ha hablado de él en años —elijo—, hasta que llego este nuevo obispo. Debía de haber oído rumores porque me preguntó sobre él. Le dije que Ralph Vexille estaba loco.

—¿Os creyó?

—Estaba decepcionado. Quería que el Grial tuviera su sitio en la catedral.

Claro que lo quería, pensó De Taillebourg, cualquier catedral que poseyera el Grial se convertiría en la iglesia más rica de toda la Cristiandad. Hasta Génova, con ese pedazo de cristal chillón que llamaban Grial, sacaba dinero de miles de peregrinos. Pero guarda el auténtico Grial en una iglesia y la gente llegará a cientos de miles y traerán con ellos monedas y joyas a carretadas. Reyes, reinas, príncipes y duques se apiñarían en la nave central y competirían para ofrecer su riqueza.

El sirviente había desaparecido, se había metido sin hacer ruido detrás de uno de los montones de piedras de la construcción, y De Taillebourg esperó, mirando la puerta y preguntándose qué problema aparecería por allí. Entonces, en vez de un problema, apareció un joven sacerdote. Llevaba una sotana basta, tenía la cara ancha y quemada por el sol y el pelo hirsuto. Le acompañaba una mujer joven, pálida y delicada. Ella parecía nerviosa, pero el sacerdote saludó a De Taillebourg con alegría.

—Buenos días, padre.

—Ya vos, padre —contestó De Taillebourg con educación. El sirviente volvió a aparecer tras los extraños, para evitar que se marcharan sin el permiso de su señor—. Estoy oyendo la confesión del hermano Collimore —dijo De Taillebourg.

—Espero que sea buena —respondió el padre Hobbe y después sonrió—. No parecéis inglés, padre.

—Soy francés —repuso De Taillebourg.

—Como yo —dijo Eleanor en ese idioma—, hemos venido para hablar con el hermano Collimore.

—¿Para hablar con él? —preguntó con dulzura De Taillebourg.

—Nos ha enviado el obispo —contestó con orgullo Eleanor—. Y también el rey.

—¿Qué rey, niña?

—*Edouard d'Angleterre* —alardeó Eleanor. El padre Hobbe, que no hablaba francés, miraba ora Eleanor ora al dominico.

—¿Por qué os ha enviado Eduardo? —preguntó De Taillebourg y, cuando Eleanor se aturulló, repitió la pregunta—. ¿Por qué os ha enviado Eduardo?

—No lo sé, padre —contestó Eleanor.

—Creo que sí lo sabes, niña, yo creo que sí. —Se puso en pie y el padre Hobbe, al presentir problemas, cogió a Eleanor por la muñeca e intentó sacarla de la habitación, pero De Taillebourg hizo un gesto con la cabeza y su sirviente hizo un ademán hacia el padre Hobbe, que aún intentaba entender por qué era sospechoso para el dominico cuando el cuchillo se le clavó entre las costillas. Lanzó un sonido agónico, tosió y la respiración vibró en su garganta mientras caía en las losas del suelo. Eleanor intentó huir, pero no fue lo bastante rápida y De Taillebourg la cogió por la muñeca y la arrastró hacia dentro otra vez. Gritó y el dominico la silenció colocándole una mano sobre la boca.

—¿Qué sucede? —preguntó el hermano Collimore.

—Hacemos la obra de Dios —le dijo De Taillebourg en tono tranquilizador—, la obra de Dios.

Y en la cresta, silbaron las flechas.

* * *

Thomas se había unido a los arqueros del batallón izquierdo. Avanzaron unas veinte yardas y, justo después de una acequia, un terraplén y algunos endrinos recién plantados, se vieron obligados a torcer a la derecha porque del flanco de la cresta habían sacado un montón de tierra para dejar una hondonada con los lados demasiado empinados para pasar el arado. La hondonada estaba llena de helechos amarillentos y al otro extremo había un muro de piedra cubierto de liquen. La bolsa de las flechas de Thomas se enganchó y se rompió al intentar saltarlo. Aunque sólo cayó una flecha, lo hizo en lo que llamaban un anillo de hadas lleno de setas, un círculo de hierba de diferente color, y cuando aún estaba elucubrando sobre si era un buen o mal presagio, el ruido de los tambores escoceses le alertó. Recogió la flecha y se apresuró. En ese momento sonaban todos los tambores enemigos, haciendo vibrar sus pieles en un frenesí tal que el aire mismo parecía estremecerse. Vio cómo los hombres de armas escoceses levantaban los escudos, asegurándose de proteger a los piqueros, y a un ballestero que se ayudaba del armatoste para tensar la cuerda del arma en la nuez. El hombre miraba hacia arriba para poder ver el avance de los arqueros ingleses ansioso,

después se deshizo del armatoste y cargó un dardo en el canal. El enemigo había empezado a gritar, y Thomas era ahora capaz de distinguir algunas palabras.

—Si odiáis a los ingleses... —oyó, y un dardo pasó silbando a su lado y él olvidó el canto enemigo. Cientos de arqueros ingleses avanzaban entre los campos, la mayor parte de ellos corriendo.

Los escoceses sólo tenían unas cuantas ballestas, pero eran armas de más alcance que los enormes arcos de guerra de los ingleses, que se apresuraban para tenerlos a tiro. Una flecha se clavó en la hierba frente a Thomas. No era un dardo de ballesta, sino una flecha de los pocos arcos de tejo escoceses, y esa flecha le indicó que estaba a la altura indicada. Los primeros arqueros ingleses ya se habían detenido y tensaban las cuerdas, las flechas volaban por el cielo. Uno de ellos, protegido con un coselete acolchado, cayó hacia atrás con un dardo en la frente. La sangre brotaba hacia el cielo donde su última flecha, lanzada casi verticalmente, subía inútil.

—¡Apuntad a los arqueros! —gritaba un hombre con una coraza oxidada—. ¡Matad primero a los arqueros!

Thomas se detuvo y buscó el estandarte real. Estaba lejos, a su derecha, bastante lejos, pero ya había disparado a objetivos más alejados, así que se volvió, se preparó y, en el nombre de Dios y de san Jorge, flechó su saeta escogida y tensó la cuerda hasta que las plumas le rozaron la oreja. Miraba al rey David II de Escocia, vio cómo refulgía el sol en el casco real; vio también que el visor del rey estaba abierto y apuntó al pecho, giró un poco el arco a la derecha para compensar el viento y disparó. La flecha salió recta, no vibró como lo hubiera hecho una mal construida, y Thomas la vio ascender y caer y vio cómo el rey caía hacia atrás y sus cortesanos lo rodeaban; cogió una segunda flecha con la mano izquierda y buscó un segundo objetivo. Un arquero escocés salía de la fila cojeando con una flecha clavada en la pierna. Los hombres de armas se cerraron alrededor del herido, sellando la línea con grandes escudos. Thomas oía perros aullar entre la formación enemiga, o puede que fuera el rugido de guerra de los hombres de las tribus. El rey se había apartado y sus hombres se inclinaban sobre él. El cielo se llenó con el silbido de las flechas, y el ruido que hacían los arcos era como una melodía constante y profunda. Los franceses lo habían llamado el arpa del diablo. Thomas no vio que quedaran arqueros escoceses. Habían sido los primeros objetivos de los ingleses y las flechas habían reducido a los arqueros enemigos a una miseria ensangrentada, así que ahora dirigían sus flechas a los hombres con picas, espadas, hachas y lanzas. Los hombres de las tribus, todo pelos, barbas e ira, estaban detrás de los hombres de armas, que estaban dispuestos en columnas de seis u ocho hombres de profundidad, así que las flechas repicaban y chocaban contra armaduras y escudos. Los caballeros, hombres de armas y piqueros escoceses se protegían como mejor podían, agachados bajo la amarga lluvia de acero, pero siempre había alguna flecha capaz de encontrar los resquicios que dejaban los

escudos, mientras la mayoría se clavaba limpiamente en los tableros de sauce forrado de cuero. Los golpes de las flechas contra los escudos empezaban a rivalizar con el sonido más agudo de los tambores.

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! —Uno de los cabecillas de los arqueros animaba a sus hombres a que se acercaran veinte pasos para que las flechas cundieran más entre las filas escocesas—. ¡Matadlos, chicos, matadlos!

Dos de sus hombres estaban tendidos sobre la hierba, señal de que los arqueros escoceses habían tenido tiempo de hacer daño antes de que los superaran las flechas inglesas. Otro inglés se tambaleaba como si estuviera borracho, y se retiraba zigzagueando mientras se apretaba el estómago, desde donde le caía sangre por los calzones. Una cuerda se rompió y lanzó la flecha desviada mientras el arquero maldecía y se buscaba otra bajo la túnica.

Los escoceses, en ese momento, no estaban haciendo otra cosa que protegerse. No les quedaban arqueros y los ingleses se les acercaban más y más hasta que las flechas empezaron a ir en una trayectoria plana y penetraban entre los escudos, haciendo estragos en las cabezas de metal, los escudos, la malla y hasta en las escasas armaduras de placas. Thomas se encontraba a menos de setenta yardas de la línea enemiga y escogía sus objetivos con fría deliberación. Vio una pierna bajo un escudo y le clavó una flecha en el muslo. Los tamborileros habían huido y dos de sus instrumentos, con la piel abierta como la de una fruta podrida, habían quedado tirados en la hierba. El caballo de un noble estaba cerca de las filas a pie y Thomas envió un proyectil directo al pecho del animal. Cuando volvió a mirar, el bicho se había desplomado y había un alboroto de hombres que intentaban huir en medio del pánico de los cascos. Todos esos hombres, al descentrar sus escudos, se expusieron a las flechas y cayeron perforados y, un instante después, una docena de perros de caza, de pelo largo y colmillos amarillos, salieron aullando de las filas encogidas y quedaron también asaetados en el suelo.

—¿Siempre es así de fácil? —preguntó un chico que evidentemente vivía su primera batalla como arquero.

—Si el enemigo no tiene arqueros —respondió el hombre que estaba a su lado—, y mientras tengamos flechas, es siempre así de fácil. Después, es para cagarse.

Thomas tensaba y desflechaba, disparaba desde un ángulo oblicuo a la línea escocesa para darle a un asta enorme tras un escudo y a la cara de un hombre con barba. El rey escocés seguía en su caballo, pero protegido ahora por cuatro escudos emplumados por las flechas y Thomas recordó a los caballos franceses cuando intentaban subir la ladera en Picardía con los astiles emplumados sobresaliendo de sus cuellos, patas y cuerpos. Buscó en su bolsa rota, encontró otra flecha y le disparó al caballo del rey. El enemigo estaba ahora en el peor momento y, o bien huiría de la tormenta de flechas o, enfurecido, cargaría contra el pequeño ejército inglés; a juzgar

por los gritos que llegaban de los hombres tras los escudos emplumados, Thomas sospechaba que atacarían.

Tenía razón. Tuvo tiempo para disparar una última flecha y, de repente, un rugido terrorífico hizo que toda la colina temblara: la línea escocesa al completo, al parecer sin que nadie diera la orden, había iniciado la carga. Corrían aullando y gritando, acicateados por la lluvia de flechas que habían recibido, y los arqueros ingleses se evaporaron. Miles de escoceses furibundos estaban cargando y los arqueros, aunque dispararan todas las flechas que tenían a la horda que avanzaba, serían barridos en un abrir y cerrar de ojos, así que corrieron para resguardarse tras sus propios hombres de armas. Thomas tropezó mientras subía el muro, pero se levantó otra vez y siguió corriendo; entonces vio que los demás arqueros se habían detenido y disparaban a sus perseguidores. El muro de piedra contenía a los escoceses, se volvió y disparó un par de flechas a hombres indefensos antes de que el enemigo cruzara la barrera y lo pusiera en fuga otra vez. Corría hacia el pequeño espacio entre la fila inglesa en el que ondeaba el sudario de san Cutberto, pero el hueco se llenó de arqueros que intentaban pasar al otro lado de la línea armada, así que Thomas se dirigió a la derecha, hacia el resquicio de terreno abierto que quedaba entre el flanco del ejército y la inclinada pendiente de la cresta.

—¡Arriba los escudos! —gritó un guerrero de pelo gris con el visor abierto a los hombres de armas, y subió su escudo—. ¡Apuntalos! ¡Apuntalos! —La línea inglesa, de sólo cuatro o cinco filas de hombres de profundidad, se estabilizó para aguantar el salvaje ataque con los escudos hacia delante y las piernas derechas hacia atrás.

—¡Por san Jorge! ¡Por san Jorge! —aullaba otro hombre—. ¡Aguantad con fuerza! ¡Aguantad con fuerza y empujad con fuerza!

Thomas estaba ahora en el flanco del ejército y se volvió para ver que los escoceses, en su carga precipitada, habían ensanchado la línea. En la formación original estaban dispuestos hombro con hombro, pero ahora, mientras corrían, se habían separado y eso significaba que el testudo situado más hacia el oeste había sido empujado por la ladera de la cresta hacia la profunda hondonada que tan inesperadamente estrechaba el campo de batalla. Estaban en el fondo de la hondonada, mirando al cielo, y esa posición les condenaba.

—¡Arqueros! —gritó Thomas creyendo que se encontraba otra vez en Francia y que estaba al cargo de una de las tropas de arqueros de Will Skeat—. ¡Arqueros! —voceó avanzando hasta el borde de la hondonada—. ¡Ahora, matadlos! —Los hombres se le acercaron, empezaron a lanzar aullidos triunfales y tensaron las cuerdas.

Era la hora de la matanza, la hora de los arqueros. El ala derecha escocesa estaba en el terreno hundido y, los arqueros, situados encima de ellos, no podían fallar. Dos

monjes les llevaban haces de flechas que habían sobrado, y cada uno de esos haces disponía de veinticuatro flechas, separadas a la misma distancia por dos discos de cuero, de modo que las plumas quedaban protegidas y no se aplastaban. Los monjes cortaron la cuerda que las mantenía unidas y clavaron los proyectiles en el suelo junto a los arqueros, que flechaban y mataban y flechaban y mataban cada vez que una saeta caía en aquel hoyo de muerte. Thomas oía el ruido ensordecedor que hacían los hombres de armas al chocar en el centro del campo, pero allí, en el flanco izquierdo inglés, los escoceses nunca llegarían hasta los escudos de su enemigo porque yacían desparramados en los helechos amarillos del reino de la muerte.

Thomas había pasado la infancia en Hookton, un pueblo en la costa sur de Inglaterra en la que un riachuelo, en su salida al mar, había labrado un profundo canal en la playa de guijarros. El canal se curvaba para dejar una lengua de tierra que servía como caladero a las barcas pesqueras y, una vez al año, cuando las ratas se volvían demasiado gordas en las bodegas y sentinas de las embarcaciones, los pescadores las ponían al final del riachuelo, llenaban las sentinas de piedras y dejaban que la marea inundara los apestosos cascos. Era un día de fiesta para los niños del pueblo que, de pie encima del Hook, esperaban que las ratas abandonaran los barcos y, entre gritos de felicidad y regocijo, apedreaban a los bichos. Las ratas corrían presas del pánico y eso sólo aumentaba la alegría de los críos, mientras los adultos reían, aplaudían y los animaban a su lado.

Ahora era igual. Los escoceses estaban en terreno bajo, los arqueros estaban en el borde de la colina y la muerte salía de sus manos. Las flechas bajaban rectas por la ladera, casi sin parábola, y daban de lleno en aquellos hombres indefensos, produciendo el mismo sonido que hacen los cuchillos de carnicero al cortar la carne. Los escoceses se retorcían y morían en la hondonada, y los helechos amarillos del otoño se volvieron rojos. Algunos de ellos intentaron subir hacia sus torturadores, pero se convirtieron en los objetivos más fáciles. Otros intentaron escapar por el lado contrario y murieron atravesados por la espalda, mientras que otros más huyeron por la colina como pudieron. Sir Thomas Rokeby, sheriff de Yorkshire y comandante del flanco izquierdo inglés, vio que escapaban y ordenó a dos veintenas de sus hombres que montaran y los persiguieran por el valle. Los jinetes vestidos de malla agarraron sus espadas y manguales para terminar la sangrienta tarea de los arqueros.

El fondo de la hondonada era una masa sanguinolenta que se retorció como un nido de serpientes. Un hombre con armadura de placas y un casco empenachado intentaba salir de la carnicería, hasta que dos flechas le atravesaron el peto y una tercera encontró una hendidura en el visor, y cayó hacia atrás, retorciéndose. Un montón de flechas sobresalían del halcón de su escudo. Las flechas que buscaban nuevos objetivos empezaron a disminuir porque ya no quedaban muchos escoceses que matar, y entonces los primeros arqueros bajaron por la ladera con cuchillos en la

mano para saquear a los muertos y acabar con los heridos.

—¿Quién odia a los ingleses ahora? —se burlaba uno de los arqueros—. Venga, cabrones, que se os oiga. ¿Quién odia ahora a los ingleses?

Entonces llegó un grito desde el centro.

—¡Arqueros! ¡A la derecha! ¡A la derecha! —La voz tenía un claro tinte de pánico—. ¡A la derecha! ¡Por el amor de Dios, ahora!

* * *

Los hombres de armas ingleses del flanco izquierdo no estaban excesivamente ocupados con la batalla porque los arqueros estaban masacrando a los escoceses en los helechos. El centro inglés se mantenía firme porque los hombres del arzobispo estaban dispuestos detrás de un muro de piedra que, aunque sólo llegaba a la cintura, como barrera era más que adecuada contra el asalto escocés. Los invasores podían clavar, embestir y cortar por encima del muro, podían intentar saltarlo y hasta podían intentar derribarlo piedra a piedra, pero no podían avanzar, así que les impedía el paso, y los ingleses, aunque eran muchos menos, podían aguantar por mucha pica escocesa que arremetiera contra ellos. Algunos caballeros ingleses hicieron traer sus caballos y, una vez montados y armados con lanzas, se colocaron detrás de sus asediados camaradas y empujaron sus lanzas para hincarlas en los rostros de los escoceses. Otros hombres de armas se metieron debajo de las poco manejables picas y la emprendieron a tajos con espadas y hachas, mientras que las largas flechas seguían llegando por la izquierda. El ruido que provenía del centro era el de los gritos de los hombres de la retaguardia, los gritos de los heridos y el entrechocar de espada contra espada, o contra escudo, y los botes de lanza contra pica, pero el muro también hacía que ni de un lado ni del otro pudieran hacer retroceder al contrario, así que, aplastados contra el muro y obstruidos por los muertos, se limitaban a embestir, cortar, sufrir, sangrar y morir.

Pero en el flanco derecho inglés, que comandaban lord Neville y lord Percy, el muro estaba sin terminar, no era más que un montón de piedras que no ofrecía ninguna resistencia al asalto de la izquierda escocesa, bajo las órdenes del conde de March y del sobrino del rey, lord Robert Stewart. Su testudo, el más cercano a la ciudad, era el mayor de las tres divisiones escocesas y se abalanzó sobre los ingleses como una manada de lobos que no hubiera comido en un mes. Los asaltantes querían sangre y el grupo de arqueros que huía de la carga llegó entre alaridos, como si fueran ovejas asustadas ante los colmillos, así que los escoceses atacaron de lleno el flanco derecho inglés y en el mismo momento del asalto hizo retroceder a los defensores veinte pasos antes de que los hombres de armas, como buenamente pudieron, consiguieran contener a los escoceses que ahora se tambaleaban entre los muertos o

heridos. Los ingleses, apiñados hombro con hombro, se agacharon bajo los escudos y retrocedieron a empujones, a tajo limpio con tobillos y caras, entre gruñidos de esfuerzo al intentar contener a la enorme horda escocesa.

Era muy duro pelear en las primeras filas. Los hombres empujaban desde detrás, de manera que ingleses y escoceses estaban tan juntos como amantes, tan juntos que era imposible manejar una espada para hacer algo más que asestar puñaladas rudimentarias. La retaguardia tenía más espacio y un escocés repartía mandobles con una pica que blandía como si fuera un hacha gigante, el acero descendía sobre las cabezas enemigas partiendo cascos, caperuzas, cuero cabelludo y cráneo como si de huevos crudos se tratara. La sangre salió a borbotones y regó a una docena de hombres mientras el soldado muerto caía, otros escoceses se metieron por el hueco que su muerte había dejado, y un hombre de los clanes tropezó con el cadáver y gritó cuando un inglés le rebanó el cuello sin protección con un cuchillo romo. La pica volvió a caer, mató a un segundo hombre, pero esta vez, cuando la levantó, el visor arrugado del muerto se quedó encajado en el arma ensangrentada.

Los tambores, los que aún quedaban enteros, habían empezado a sonar otra vez, y los escoceses se movían a su ritmo. «¡Bruce! ¡Bruce!» cantaban algunos, mientras otros pedían la ayuda de su patrón, «¡san Andrés! ¡San Andrés!». Lord Robert Stewart, con sus vistosos colores azul y amarillo y una tiara dorada que le bordeaba la frente del casco, usaba una espada a dos manos para tajar a los hombres de armas ingleses, que se agachaban bajo los escoceses rampantes. Lord Robert, por fin a salvo de las flechas, se había levantado el visor para ver al enemigo.

—¡Vamos! —gritaba a sus hombres—. ¡Vamos! ¡Duro con ellos! ¡Matadlos! ¡Matadlos! —El rey había prometido que celebrarían la Navidad en Londres y allí parecía que sólo una pequeña pantalla de hombres asustados se interponía entre esa promesa y su realización. Las riquezas de Durham, York y Londres estaban sólo a unos cuantos mandobles; todo el esplendor de Norwich y Oxford, de Bristol y Southampton estaba sólo a unas cuantas muertes de las bolsas escocesas.

—¡Escocia! ¡Escocia! ¡Escocia! —gritó lord Robert—. ¡Escocia! —y el piquero con el arma en forma de hacha, como seguía con el visor encajado en ella, arremetió contra el casco de un hombre con la parte del arma con punta, y no cortó el metal, sino que lo machacó, la emprendió con el yelmo roto contra el cerebro del moribundo de manera que por las rajadas del visor salía sangre y una sustancia viscosa. Un inglés gritó cuando otra pica escocesa le atravesó la cota de malla y la ingle. Un muchacho, quizás un paje, retrocedió tambaleándose con los ojos llenos de sangre de un tajo de espada.

—¡Escocia! —Lord Robert ya olía la victoria. ¡Estaban tan cerca! Siguió arremetiendo, sintió que la línea inglesa se tambaleaba y retrocedía, vio lo delgada que era, detuvo una embestida con el escudo, asestó un mandoble para acabar con un

enemigo caído y herido, y les gritó a sus escuderos que buscaran nobles ingleses cuyos rescates enriquecieran la casa de los Stewart. Los hombres gruñían entre tajos y mandobles. Un hombre de las tribus salió de la refriega, intentando coger aire al tiempo que se sujetaba las tripas para que no se le cayeran por la panza abierta. El tambor escocés marcaba el avance de su ejército—. ¡Traedme el caballo! —gritó lord Robert a un escudero. Sabía que la línea inglesa, que estaban vapuleando, se tenía que romper de un momento a otro, y entonces él montaría, blandiría su lanza y perseguiría al enemigo derrotado.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Adelante! —Y el piquero del arma en forma de hacha, el enorme escocés que había abierto una brecha en la vanguardia inglesa y que parecía estar labrándose él solo un camino de sangre, lanzó de repente un gemido similar a un maullido. Su lanza, erguida en el aire y aún atrapada en el visor, se desplomó. El piquero se detuvo con una sacudida, abrió y cerró la boca, la abrió y volvió a cerrar, pero no podía hablar porque una flecha, con las plumas manchadas de sangre, sobresalía de su cabeza.

«¡Una flecha!», pensó lord Robert, y de repente el cielo se volvió a llenar de ellas, tuvo tiempo de bajar el visor de su yelmo... y el día se tornó oscuridad.

Los malditos arqueros ingleses habían vuelto.



Sir William Douglas no había reparado en lo profundo y empinado que era el terraplén cubierto de helechos en el flanco de la cresta hasta que llegó a la base y allí, bajo el azote de las flechas, se encontró con que no podía ir hacia delante ni hacia atrás. Las dos primeras filas de escoceses estaban muertas o heridas, y sus cadáveres amontonados en una pila que él no podía superar con la pesada malla. Robbie desafiaba a gritos al enemigo e intentaba subir por el montón, pero sir William arrastró muy poco ceremoniosamente a su sobrino y lo tumbó en los helechos.

—¡Éste no es un lugar para morir, Robbie!

—¡Cabrones!

—¡Serán unos cabrones, pero nosotros somos imbéciles! —sir William se agachó junto a su sobrino y cubrió a ambos con su enorme escudo. Retroceder era impensable, porque eso supondría huir del enemigo, pero aun así, no podían avanzar, así que se limitó a maravillarse de la fuerza de las Hechas mientras se clavaban en el escudo. Una carga de hombres de las tribus, más ágiles que los hombres de armas porque se negaban a llevar armadura de metal, pasó con furia junto a ellos, aullando insultos mientras trepaban con las piernas desnudas la pila de escoceses moribundos, pero entonces las flechas inglesas volvieron a la carga e hicieron retroceder a los de los clanes. Las flechas sonaban como vejigas que explotaran cuando daban en el blanco, y los hombres de los clanes, entre gemidos y ululatos, se retorcían asaeteados. Cada proyectil provocaba un chorro de sangre, de manera que sir William y Robbie Douglas, ilesos bajo el pesado escudo, se habían puesto perdidos de coágulos.

La agitación entre los hombres de armas que tenían cerca supuso una nueva oleada de flechas, y sir William les chilló enfadado a los soldados que se quedaran quietos, con la confianza de convencer a los arqueros ingleses de que ya no quedaba ni un escocés vivo, pero los hombres de armas le devolvieron el grito de que habían alcanzado al conde de Moray.

—Ya era hora —le gruñó sir William a Robbie. Odiaba al conde más de lo que odiaba a los ingleses, y sonrió cuando un hombre gritó que no sólo habían alcanzado a su señoría, sino que también lo habían matado; entonces otra salva de flechas acalló a los criados del conde y sir William oyó los proyectiles repicar en el metal, ensartarse en la carne y clavarse en los tableros de sauce de los escudos, y cuando la ráfaga de flechas terminó sólo quedaron lamentos y ayes, el silbido de la respiración

y el crujir del cuero cuando los hombres morían o intentaban liberarse de la pila de muertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Robbie.

—Que no hemos explorado bien el terreno —repuso sir William—. Superábamos en número a esos cabrones y nos hemos confiado. —En el silencio sin flechas, que no presagiaba nada bueno, oyó una risa y pisadas de botas. Oyó un grito y sir William, que era perro viejo en la guerra, supo que las tropas inglesas estaban bajando a la hondonada para rematar a los heridos—. Vamos a tener que largarnos de aquí corriendo —le dijo a Robbie—. No tenemos elección. Cúbrete el culo con el escudo y corre como el demonio.

—¿Huir corriendo? —preguntó Robbie consternado.

Sir William lanzó un suspiro.

—Robbie, cabeza de chorlito, puedes correr hacia ellos y también puedes espicharla, y yo le contaré a tu madre que has muerto como un valiente y como un merluzo, o puedes salir pitando de aquí conmigo, volver a la colina y ganar esta batalla.

Robbie no discutió, se limitó a volver la cabeza hacia el lado de la hondonada escocés, donde los helechos estaban salpicados de flechas con plumas blancas.

—Dime cuándo hay que empezar a correr —le dijo.

Una docena de arqueros y otros tantos hombres de armas ingleses se entretenían pasando a cuchillo unos cuantos gaznates escoceses. Se detenían antes de rematar a un caballero para calibrar si tenía algún valor como posible fuente de rescate, pero pocos hombres poseían ese valor y los salvajes de los clanes no poseían absolutamente ninguno. Los últimos, odiados por encima de todos los escoceses por ser tan distintos, eran tratados como alimañas. Sir William levantó la cabeza con cuidado y decidió que ése era el momento de retirarse. Era mucho mejor salir de aquella trampa sangrienta que ser capturado, así que, ignorando los gritos indignados de los ingleses, él y su sobrino subieron como pudieron por la loma. Para sorpresa de sir William no llegaron flechas. Esperaba que la hierba y los helechos se llenaran de flechas mientras salían de la hondonada, pero los dejaron a los dos tranquilos. Se volvió a mitad de camino y vio que los arqueros ingleses habían desaparecido, dejando sólo hombres de armas en ese flanco del campo. Los comandaba lord Outhwaite, que observaba a sir William desde el otro extremo de la hondonada. Outhwaite, que había sido una vez prisionero de sir William y era cojo, usaba una lanza como si fuera una vara y, al ver al escocés, levantó el arma para saludarlo.

—¡A ver si te cambias la armadura, Willie! —le gritó sir William. Lord Outhwaite, como el caballero de Liddesdale, había sido bautizado con el nombre de William—. Aún no hemos acabado con vosotros.

—Eso parece, sir William, mucho me temo que eso parece —le respondió a gritos

lord Outhwaite—. Estáis bien, espero.

—¡Claro que no estoy bien, pedazo de burro! La mitad de mis hombres están ahí abajo.

—Ah, mi querido amigo —repuso Outhwaite con una mueca y agitó la lanza cordialmente mientras sir William empujaba a Robbie colina arriba y lo seguía hasta un lugar seguro.

Sir William, cuando estuvo de nuevo en el terreno elevado, hizo balance. Vio que los escoceses habían sido derrotados en el flanco derecho, pero había sido culpa suya por cargar precipitadamente hacia la hondonada, donde los arqueros los habían masacrado con total impunidad. Esos arqueros se habían desvanecido misteriosamente, pero sir William suponía que habrían atravesado el campo hasta el flanco izquierdo escocés, que había avanzado bastante más que el testudo central. Lo sabía porque el pendón azul y amarillo con el león de lord Robert Stewart estaba mucho más adelante que la bandera roja y amarilla del rey. Así que la batalla iba bien por la izquierda, aunque sir William veía claramente que no llegaría a ninguna parte por el centro porque el muro de piedra obstruía el avance escocés.

—Aquí no conseguiremos nada —le dijo a Robbie—, así que mejor vamos a donde podamos ser útiles. —Se volvió y levantó la espada ensangrentada—. ¡Douglas! —chilló—. ¡Douglas! —Su portaestandarte había desaparecido y sir William suponía que el hombre, y con él la bandera del corazón rojo, habría caído en la hondonada—. ¡Douglas! —volvió a gritar y, cuando se reunió con él un grupo suficientemente numeroso de hombres, los condujo hacia el testudo central—. Pelearemos aquí —les dijo, y se abrió paso hasta el rey, que iba a caballo y estaba en la segunda o tercera fila, peleando detrás de su estandarte, que estaba infestado de flechas. Peleaba con el visor levantado y sir William vio que el rostro del rey estaba medio cubierto de sangre—. ¡Bajaos ese visor! —rugió.

El rey intentaba clavar la lanza por encima del muro de piedra, pero la presión de los hombres volvía sus esfuerzos inútiles. Tenía la sobreveste azul y amarilla rasgada y se veía la brillante armadura debajo.

Una flecha le golpeó la espaldera derecha, que se le había vuelto a montar sobre el peto, y se la colocó otra vez en el sitio en el mismo momento en que una segunda flecha le partía en dos la oreja a su caballo. Vio a sir William y le sonrió como si aquello no fuera sino un ejercicio sanísimo.

—¡Bajaos el visor! —voceó sir William, y entonces vio que el rey no estaba sonriendo, sino que tenía toda la mejilla abierta y que la sangre seguía saliendo de la herida y derramándose por la parte inferior del casco para empapar la sobreveste rasgada—. ¡Que os venden esa mejilla! —le gritó por encima del clamor de la batalla.

El rey permitió que su asustado semental se alejara del muro.

—¿Qué ha sucedido en el flanco derecho? —su voz era irreconocible por la

herida.

—Nos han masacrado —dijo sir William sin más, sacudiendo su larga espada sin darse cuenta de que despedía gotas de sangre—. No, nos han aniquilado —gruñó—. Había un desnivel y eso nos ha metido en una trampa.

—¡El flanco izquierdo está venciendo! ¡Romperemos la fila enemiga por ahí! —La boca del rey seguía llenándose de sangre, que él iba escupiendo, pero a pesar de la copiosa hemorragia, no parecía muy preocupado por la herida. Se la habían infligido al principio de la batalla, una flecha que había volado por encima de las cabezas del ejército para abrirle un boquete en la mejilla antes de clavarse en el forro de su casco—. Nosotros aguantaremos aquí —le dijo a sir William.

—John Randolph ha muerto —le informó sir William—. El conde de Moray —añadió cuando vio que el rey no había entendido las primeras palabras.

—¿Muerto? —El rey David parpadeó, después escupió más sangre—. ¿Que ha muerto? —Otra flecha más se clavó en su estandarte, pero el rey hacía caso omiso al peligro. Se volvió para mirar las banderas enemigas—. Obligaremos al arzobispo a que diga una oración sobre su tumba y después que ese cabrón bendiga nuestra cena. —Vio un hueco en la fila escocesa y para llenarlo espoleó a su caballo, para, justo después, embestir a un inglés con la lanza. El golpe del rey le rompió un hombro al defensor, los fragmentos de cota de malla se le incrustaron en la herida.

—¡Hijos de puta! —escupió el rey—. ¡Vamos a ganar! —gritó a sus hombres, y entonces los seguidores de Douglas cargaron y se colocaron entre él y el muro. Los recién llegados arremetieron contra el muro en una oleada poderosa, pero el muro era más fuerte aún y la oleada se rompió contra las piedras. Las espadas y hachas entrechocaban por encima del borde, y los hombres de ambos lados tenían que apartar a los muertos para abrirse camino y seguir con la escabechina—. ¡Contendremos a estos cabrones aquí —le aseguró a sir William—, y entraremos por su flanco derecho!

Pero sir William, que tenía el oído especialmente afinado para la batalla, había escuchado un sonido nuevo. En los últimos minutos llevaba oyendo gritos, entrechocar de armas, alaridos y tambores, pero faltaba algo: la música del arpa del diablo, la vibración grave de los arcos al desflechar. Ahora volvía a oírlo y supo que, a pesar de que habían matado a veintenas de enemigos, pocos de ellos eran arqueros. Los arcos de Inglaterra volvían a su atroz cometido.

—¿Queréis consejo, sire?

—Por supuesto. —El rey lo miraba con los ojos brillantes. Su semental, herido por varias flechas, se retiraba con un trote nervioso de la encarnizada batalla que tenía lugar a sólo unos pasos de allí.

—Bajaos el visor —le dijo sir William—, y después retiraos.

—¿Que nos retiremos? —El rey se preguntaba si habría oído mal.

—¡Retiraos! —y su voz sonaba dura y segura, aunque no estaba muy seguro de por qué había dado ese consejo. Era otra de sus malditas premoniciones, como la que había sentido entre la niebla al alba; aun así, sabía que era un buen consejo. Retirarse ahora, retirarse de vuelta a Escocia donde había enormes castillos que podían resistir la tormenta de flechas. Con todo, sabía que no podía dar explicación a su consejo. No encontraba motivo alguno para él. El miedo se había apoderado de su corazón y lo había llenado de malos presentimientos. Si el consejo hubiera provenido de cualquier otro, habría sido acusado de cobardía, pero nadie podría acusar nunca a sir William Douglas, caballero de Liddesdale, de cobardía.

El rey consideró el consejo una mala broma y lanzó una carcajada.

—¡Estamos ganando! —le dijo a sir William mientras la sangre le seguía saliendo por el casco y se le escurría por la silla—. ¿Hay algún peligro por el flanco derecho? —preguntó.

—Ninguno —repuso sir William. La hondonada sería tan efectiva para detener el avance inglés como lo había sido para frustrar el escocés.

—En ese caso ganaremos esta batalla por la izquierda —declaró el rey, y agarró las riendas para darse la vuelta—. ¡Que nos retiremos! ¡Pues sí que...! —rió el rey, y entonces cogió un trapo que le tendía uno de sus capellanes y se lo metió entre la mejilla y el casco—. ¡Estamos ganando!

—Le volvió a decir a sir William, y se dirigió hacia el este. Cabalgaba para conducir a Escocia hacia la victoria y para demostrar que era un digno hijo del gran Bruce. —¡San Andrés!— gritó con la boca encharcada de sangre. —¡San Andrés!

—¿Crees que nos deberíamos retirar, tío? —preguntó Robbie Douglas. Estaba tan confuso como el rey—. ¡Pero si estamos ganando!

—¿Sí? —Sir William escuchaba la música de los arcos—. Mejor empieza a rezar, Robbie —le dijo—. Mejor empieza a rezar y pídele a Dios que el demonio se lleve a los malditos arqueros.

Y ojalá que Dios o el demonio estuvieran escuchando.

* * *

Sir Geoffrey Carr estaba situado en el flanco izquierdo inglés, donde los escoceses habían sido definitivamente rechazados por el terreno, y sus escasos hombres de armas deambulaban por la sangrienta hondonada a la caza de prisioneros. El Espantapájaros había visto a los escoceses atrapados en el terreno bajo y había sonreído con un regocijo salvaje cuando las flechas masacraron a los atacantes. Uno de los hombres de las tribus, poseído por la ira, con las telas a cuadros escoceses con las que se envolvía tan llenas de flechas como si fuera un puercoespín, había intentado subir por la loma para seguir peleando. Maldecía y blasfemaba mientras las

flechas seguían alcanzándole, una le salía del cráneo, otra estaba enganchada entre sus barbas y, aun así, había subido, sangrando y echando pestes, tan lleno de odio que ni siquiera sabía que tendría que estar muerto, y aún se las apañó para avanzar a cinco pasos de los arqueros antes de que sir Geoffrey le sacara limpiamente el ojo izquierdo de un zurriagazo, cual si de una avellana saliendo de la cáscara se tratara. Entonces un arquero dio un paso al frente y, como quien no quiere la cosa, le partió el cráneo emplumado con un hacha. El Espantapájaros enrolló el látigo y limpió la sangre de la punta del hierro con un dedo.

—Pero cómo me gustan las batallas —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Una vez ahogado el ataque, vio que uno de los señores escoceses, todo esplendoroso en azul y plata, yacía muerto entre el montón de cadáveres, y eso era una pena. Eso era una auténtica pena. Con esa muerte se había ido una gran fortuna y sir Geoffrey, al recordar sus deudas, ordenó a sus hombres que bajaran al hoyo a degollar a quien quedara, a saquear a los cadáveres y a buscar cualquier prisionero que valiera un rescate medio decente. Se le habían llevado a los arqueros al otro lado del campo de batalla, pero le habían dejado a los hombres de armas para buscar algo de valor—. ¡Venga, Beggar, date prisa! —le gritó sir Geoffrey—. ¡Date prisa! ¡Prisioneros y botín! ¡Busca a los caballeros y a los señores! ¡Aunque en Escocia, caballeros no hay ni uno! —Esta última observación, hecha sólo para sí, le hizo tanta gracia que soltó una carcajada. El chiste parecía mejorar cuanto más pensaba en él y casi se parte en dos de la risa—. ¡Caballeros en Escocia! —repitió, y entonces vio a un joven monje que lo miraba con cara de preocupación.

El monje era uno de los hombres del prior que distribuían comida y cerveza entre las tropas, pero se había alarmado al oír las risotadas salvajes de sir Geoffrey. El Espantapájaros se calló de golpe, miró con los ojos como platos al joven y entonces, en silencio, dejó caer de su mano las vueltas del látigo. Después, movió la mano derecha con la velocidad del rayo y disparó el látigo para enrollarlo en el cuello del monje. Sir Geoffrey tiró de él.

—Ven aquí, chico —le ordenó.

El tirón hizo trastabillar al monje, y se le escaparon el pan y las manzanas que llevaba. Al instante siguiente estaba junto al caballo de sir Geoffrey, y el Espantapájaros se inclinó desde la silla y se le acercó tanto que el muchacho podía oler su fétido aliento.

—Escúchame bien, cagarruta piadosa —silbó sir Geoffrey—, si no me dices la verdad, te voy a cortar eso que no necesitas y que sólo usas para mear y se lo voy a echar a mis cerdos, ¿me entiendes, chico?

El monje, aterrorizado, se limitó a asentir.

Sir Geoffrey enrolló otra vuelta alrededor de su cuello y le pegó un buen apretón para que le quedara claro quién mandaba allí.

—Un arquero, un tipo con un arco negro, ha traído una carta para tu prior.

—Sí, señor, sí la ha traído, señor.

—¿Y la ha leído el prior?

—Sí, señor, sí la ha leído, señor.

—¿Y te ha dicho lo que ponía?

El monje sacudió la cabeza instintivamente y, al ver la ira en los ojos del Espantapájaros, el pánico hizo salir la palabra que había oído cuando el prior leyó la carta.

—*Thesaurus*, señor, eso es lo que ponía, *thesaurus*.

—¿*Thesaurus*? —repitió sir Geoffrey y vaciló ante esa palabra extraña—. ¿Y qué cojones es, pedazo de mierda de comadreja castrada, en el nombre de mil vírgenes, un *thesaurus*?

—Un tesoro, señor, un tesoro. Es latín, señor. *Thesaurus*, señor, es la palabra latina para... —la voz del monje perdió fuerza— ...un tesoro —concluyó como pudo.

—Un tesoro. —Sir Geoffrey repitió la palabra sin entonación.

El monje, medio asfixiado, se mostraba repentinamente ansioso por repetir los cotilleos que circulaban entre los hermanos desde que Thomas de Hookton se había encontrado con el prior.

—Lo ha enviado el rey, señor, su majestad misma, y mi señor el obispo también, señor, desde Francia, y buscan un tesoro, señor, pero nadie sabe qué es.

—¿El rey?

—...O dónde está, señor, sí, señor..., el rey mismo, señor. Lo ha enviado, señor.

Sir Geoffrey miró a los ojos al monje y, al no ver engaño en ellos, soltó el látigo.

—Se te han caído unas manzanas, chico.

—Sí, señor, se me han caído, señor, tenéis razón.

—Dale una a mi caballo. —Observó al monje recoger una manzana y de repente se le deformó la cara por la ira—. ¡Pero límpiala de barro primero, pedazo de sapo! ¡Límpiala!

Se estremeció. Después volvió la vista al norte, pero no estaba viendo a los supervivientes escoceses ni cómo escapaba su tan odiado enemigo, sir William Douglas, que lo había arruinado. No veía nada de eso porque el Espantapájaros pensaba en el tesoro. En oro. En montones de oro. En su deseo del corazón. En dinero, joyas, monedas, trofeos y mujeres, en todo aquello que un corazón pueda desear.

* * *

El testudo izquierdo escocés, encabritado y feroz, había hecho retroceder tanto al

flanco derecho inglés, que había dejado un hueco enorme junto al centro inglés, detrás del muro de piedra, y la división que se retiraba a su derecha. Esa retirada suponía que la derecha de la división central estaba ahora expuesta al ataque escocés, y de hecho, la retaguardia de la batalla del arzobispo empezó a enfrentarse con los escoceses, pero, justo en ese momento, cuando más los necesitaban, aparecieron los arqueros al rescate, que llenaban la cresta entera.

Llegaron e hicieron una nueva línea que protegía el flanco del arzobispo, una línea frente al costado del triunfante asalto escocés que se convirtió en una avalancha de flechas sobre el escudo de lord Robert Stewart. No podían fallar. Eran arqueros que empezaban su entrenamiento disparando a cien pasos y terminaban ensartando las dianas de paja a doscientos, ahora se habían colocado a veinte, y las flechas volaban con una fuerza tal que algunas atravesaban malla, cuerpo y otra vez malla. Los hombres con armadura estaban siendo asaetados y el lado derecho del avance escocés empezó a arrugarse entre sangre y dolor; cada hombre que caía dejaba al descubierto a otra víctima para los arqueros, que disparaban tan rápido como podían flechar los arcos. Los escoceses estaban muriendo a montones. Morían y gritaban. Algunos hombres intentaron cargar contra los arqueros de manera instintiva, pero los detuvieron inmediatamente; ninguna tropa podía soportar ese asalto de acero emplumado y, de repente, los escoceses estaban retirándose, tropezando con los muertos que había dejado la carga, tambaleándose por entre los pastos en los que había empezado todo, y fueron perseguidos a cada paso por las flechas sibilantes, hasta que una voz inglesa ordenó a los arqueros que descansaran.

—¡Pero quedaos aquí! —ordenó el hombre, y lo que quería era que los arqueros que habían llegado del ala izquierda se mantuvieran en la derecha.

Thomas estaba entre esos arqueros. Contó las flechas y vio que sólo le quedaban siete, así que empezó a buscar por la hierba proyectiles disparados que no hubieran quedado muy maltrechos; entonces un hombre le dio un codazo y le indicó un carro que avanzaba por el campo con haces de flechas que aún habían sobrado.

—En Francia siempre nos quedábamos sin flechas.

—Aquí no. —El hombre tenía labio leporino y era difícil entenderlo—. Las guardan en Durham, en el castillo. Las envían aquí tres condados distintos. — Recogió un par de haces nuevos.

Las flechas se fabricaban por toda Inglaterra y Gales. Unos cortaban y afilaban los astiles, otros recogían las plumas, las mujeres hilaban la cuerda y hervían la piel, las pezuñas y el verdín con el que se hacía la cola, los herreros forjaban las puntas, y después las distintas piezas se llevaban a las ciudades donde se montaban las flechas y se empaquetaban para ser enviadas a Londres, York, Chester o Durham, donde eran almacenadas para una posible emergencia. Thomas partió el cordel de dos haces y colocó las flechas en una bolsa que le había cogido a un arquero muerto. Había

encontrado al hombre entre las tropas del arzobispo y había dejado su vieja bolsa junto al cadáver. Ahora tenía una nueva llena de flechas frescas. Flexionó los dedos de la mano derecha. Le dolían, prueba de que no había disparado suficientes flechas desde Picardía. También sentía molestias en la espalda, como le pasaba siempre que disparaba el arco más de veinte veces. Cada vez que lo tensaba hacía el esfuerzo se equivalente a levantar a un hombre con una sola mano, y ese esfuerzo se convertía en dolor en su columna vertebral, pero sus flechas habían devuelto al ala izquierda escocesa a la cresta donde, como sus enemigos ingleses, se tomaba ahora un respiro. El terreno entre los dos ejércitos estaba manchado de flechas perdidas y hombres muertos y heridos; estos últimos se movían lentamente, intentando volver a rastras hasta donde se encontraban sus camaradas. Dos perros se pararon a olisquear un cadáver, pero salieron pitando con la cola entre las piernas cuando un monje les lanzó una piedra.

Thomas descordó el arco para que se enderezara. Algunos arqueros preferían llevarlo siempre tenso hasta que la madera se curvara con la forma del arco, de esos arcos se decía que seguían la cuerda. La curva demostraba que usaban bien el arco y que, por lo tanto, su propietario era un soldado experimentado, pero Thomas pensaba que un arco que seguía la cuerda perdía potencia, así que descordaba el suyo tan a menudo como podía. Eso también contribuía a conservar la cuerda. Era difícil conformar una cuerda del tamaño preciso y el uso excesivo acababa debilitándola, pero un buen cordel de cáñamo empapado en cola podía durar un año entero si se mantenía seco y no se lo sometía a tensión constante. Como a muchos arqueros, a Thomas también le gustaba reforzar las cuerdas con cera y pelo de mujer, porque eso las protegía de partirse en medio de una refriega. Eso, y las oraciones a san Sebastián. Thomas dejó la cuerda colgando desde la parte de arriba del arco, después se agachó en la hierba y cogió las flechas de la bolsa una por una para examinarlas con las manos y detectar si alguna estaba torcida.

—¡Esos cabrones van a volver! —Un hombre con una medialuna plateada en la sobreveste paseaba por la línea—. ¡Volverán a por más! ¡Pero lo habéis hecho muy bien! —La media luna plateada estaba oscurecida por la sangre. Un arquero escupió y otro le dio un golpecito impulsivo a su arco. Thomas pensaba que si se tumbaba probablemente se dormiría, pero lo asaltaba el miedo ridículo de que los otros arqueros se retirasen y lo dejaran allí, durmiendo, para que lo encontraran y lo mataran los escoceses. Aunque los escoceses estaban descansando, como los ingleses. Algunos estaban doblados como si tuvieran flato, otros permanecían sentados en la hierba y algunos más se apiñaban junto a un barril de agua o cerveza. Los enormes tambores estaban en silencio, pero Thomas oía el rechinar de la piedra contra el acero que hacían los soldados al afilar las armas romas por el primer asalto. Ahora ninguna facción se insultaba, los hombres se limitaban a observarse con cautela. Los

sacerdotes se arrodillaban entre los moribundos, rezando porque sus almas fueran al cielo, mientras que las mujeres chillaban por sus maridos, amantes o hijos muertos. El ala derecha inglesa, muy reducida por la ferocidad del ataque escocés, había vuelto a su posición original y, detrás de ellos, se amontonaban los muertos y heridos. Las bajas escocesas que habían sido abandonadas en la retirada precipitada estaban siendo registradas y se desató una pelea entre dos hombres por un puñado de monedas manchadas. Dos monjes llevaban agua a los heridos. Un niño pequeño jugaba con los anillos rotos de una cota de malla, mientras su madre intentaba sacar un visor de una pica que le parecía se convertiría en una estupenda hacha. Un escocés que creían muerto lanzó un gruñido de repente y se dio la vuelta y, rápidamente, un hombre de armas se le puso encima y le clavó la espada. El enemigo se puso rígido, se relajó y ya no volvió a moverse.

—Todavía no ha llegado el día de la resurrección, cabrón —dijo el hombre de armas mientras liberaba la espada—. Maldito hijo de la grandísima puta —gruñó al tiempo que limpiaba el arma en la sobreveste rasgada del muerto—. ¡Mira que resucitar así! ¡Por poco me da un ataque! —No hablaba con nadie en concreto, sólo se inclinó sobre el cadáver y empezó a rebuscar entre sus ropas.

Las torres de la catedral y las murallas del castillo estaban llenas de espectadores. Una garza voló entre las almenas, siguiendo el serpenteante río que centelleaba precioso bajo el sol otoñal. Thomas oyó reyes de codornices bajo la ladera. Unas cuantas mariposas, seguramente las últimas del año, sobrevolaban la hierba pringosa de sangre. Los escoceses se estaban poniendo en pie, estirándose, colocándose los cascos, metiendo los antebrazos en los escudos y blandiendo las espadas, lanzas y picas recién afiladas. Algunos contemplaban la ciudad e imaginaban los tesoros que almacenarían la cripta y las bodegas del castillo. Soñaban con cofres llenos de oro, cubas rebosantes de monedas, pilas de plata, tabernas llenas de cerveza y calles llenas de mujeres.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —gritó un sacerdote—. San Andrés está con vosotros. ¡Luchad por vuestro rey! ¡Los enemigos no son sino demonios impíos de Satanás! ¡Dios está con nosotros!

—¡Arriba, muchachos, arriba! —gritaba un arquero en el frente inglés. Los hombres se pusieron en pie, tensaron los arcos y cogieron la primera flecha de la bolsa. Algunos se santiguaron, ajenos al hecho de que los escoceses hacían lo mismo.

Lord Robert Stewart montó un nuevo semental gris y se adelantó hacia el frente del flanco izquierdo escocés.

—Les deben de quedar pocas flechas —prometió a sus hombres—, pocas flechas. ¡Podemos romper la línea! —Sus hombres casi lo habían conseguido la última vez. Casi, y seguro que otra carga aullante borraría al pequeño ejército que les plantaba cara y abriría el camino hacia las riquezas del sur.

—¡Por san Andrés! —gritó lord Robert y los tambores empezaron a sonar—. ¡Por nuestro rey! ¡Por Escocia!

Y el clamor comenzó de nuevo.

* * *

Bernard de Taillebourg se dirigió a la catedral cuando hubo terminado sus asuntos en el pequeño hospital del monasterio. Su sirviente estaba preparando los caballos mientras el dominico recorría la enorme nave entre los inmensos pilares pintados a franjas rojas, amarillas, verdes y azules. Se acercó a la tumba de san Cutberto para ofrecerle una oración. No estaba muy seguro de que san Cutberto fuera un santo muy importante, desde luego no era una de las benditas almas que inspiraba el oído de Dios en el cielo, pero era muy venerado en la región y su tumba, profusamente decorada con joyas, oro y plata, era testimonio de dicha devoción.

Al menos un centenar de mujeres estaban reunidas alrededor de la tumba, la gran mayoría llorando, y De Taillebourg apartó a algunas de su camino para acercarse lo suficiente hasta tocar el palio bordado que cubría la tumba. Una mujer le lanzó un gruñido, pero cuando reparó en que era un sacerdote y vio su rostro amoratado y lleno de heridas, le suplicó perdón. Bernard de Taillebourg la ignoró y se encorvó frente a la tumba. El palio estaba adornado con borlas y las mujeres habían atado pequeños trocitos de tela con una oración inscrita en cada vena de ellas. La mayoría de las oraciones estaban dedicadas a la salud, para recuperar una extremidad, la vista o salvar la vida de un niño, pero hoy le rogaban a Cutberto que les devolviera a sus hombres sanos y salvos de la colina.

Bernard de Taillebourg añadió su propia oración. «Ve a san Denis —le suplicó a Cutberto—, y pídele que hable con Dios. Cutberto, aunque no fuera capaz de captar la atención de Dios», seguro que podría encontrar a san Denis que, siendo francés como era, estaría más cerca del Señor que el otro santo. «Suplícale a san Denis que rece para que la velocidad de Dios me asista en mi misión y que Dios bendiga la búsqueda y que la gracia divina la quiera con éxito. Y que le pida a Dios que perdone nuestros pecados, pues por graves que sean, los cometemos sólo al servicio del Señor». Gimió al pensar en los pecados de aquel día, besó el palio y sacó una moneda de la bolsa que llevaba bajo su hábito. Dejó caer la moneda en la gran jarra de metal en la que los peregrinos dejaban lo que podían al santuario y después se apresuró por la nave de la catedral. Un edificio muy ordinario, pensó, con aquellos pilares de colores, tan gordos y burdos, y unos relieves tan torpes como los de un niño; nada que ver con las graciosas abadías e iglesias que se levantaban últimamente en Francia. Mojó los dedos en el agua bendita, se santiguó y salió a la luz del día, donde le esperaba su sirviente con las monturas.

—Podrías haberte marchado sin mí —le dijo al sirviente.

—Sería más fácil —repuso el criado— mataros en la carretera y proseguir sin vos.

—Pero no lo harás —contestó De Taillebourg—, porque la gracia de Dios ha llegado a tu alma.

—Alabado sea el Señor —repuso el sirviente.

El hombre no era sirviente de nacimiento, sino un caballero que provenía de la nobleza. Ahora, para regocijo de De Taillebourg, estaba siendo castigado por sus pecados y los de su familia. Entre sus enemigos se encontraba el cardenal Bessières, que pensaba que deberían haberle dado tormento en la catasta, aplastarlo con pesos enormes y mortificar su carne con los hierros candentes hasta que su espalda se arqueara por el dolor y él gritara palabras de arrepentimiento al cielo; pero De Taillebourg había convencido al cardenal de que tan sólo era necesario mostrarle los instrumentos de tortura de la Inquisición.

—Después entregádmelo a mí —le había dicho De Taillebourg—, y que me conduzca al Grial.

—Matadlo después —ordenó el cardenal al inquisidor.

—Todo será diferente cuando poseamos el Grial —había contestado De Taillebourg evasivamente. Aún no sabía si tendría que matar al joven de piel tostada por el sol y ojos oscuros que una vez se había llamado a sí mismo el Arlequín. Había adoptado ese nombre persuadido por su orgullo, pues los arlequines eran almas perdidas, pero De Taillebourg estaba convencido de haber salvado esa alma de arlequín. El nombre real del Arlequín era Guy Vexille, conde de Astarac, y a Guy Vexille se refería precisamente cuando le había hablado al hermano Collimore del hombre llegado del sur para luchar por Francia en Picardía. Vexille había sido prendido tras la batalla, cuando el rey francés había salido en busca de chivos expiatorios, y un hombre que había osado desplegar el pendón de una familia declarada hereje y rebelde era un chivo expiatorio ideal.

Vexille había sido entregado a la Inquisición con la confianza de que lo torturarían hasta expulsar la herejía de él, pero a De Taillebourg le había gustado el Arlequín. Había reconocido en él un alma gemela, un hombre duro, un hombre que sabía que su vida no significaba nada porque la única que contaba era la siguiente, así que De Taillebourg le había ahorrado la agonía. Se había limitado a mostrarle la cámara en la que hombres y mujeres gritaban pidiendo el perdón de Dios, y después lo había interrogado con amabilidad. Vexille le reveló entonces que en una ocasión había navegado hasta Inglaterra para buscar el Grial y, aunque había matado a su tío, el padre de Thomas, no lo había encontrado. Ahora, junto a De Taillebourg, había escuchado cómo Eleanor narraba la historia de Thomas.

—¿La has creído? —le preguntaba ahora el dominico.

—La he creído —repuso Vexille.

—Pero ¿quizás ha sido engañada? —se preguntó el inquisidor. Eleanor les había contado que a Thomas le había sido encomendada la tarea de buscar el Grial, pero que su fe era débil y su búsqueda poco entusiasta—. Aun así, tendremos que matarlo —añadió De Taillebourg.

—Por supuesto.

De Taillebourg frunció el entrecejo.

—¿No te importa?

—¿Matar? —Guy Vexille parecía sorprendido de que el inquisidor le hiciera esa pregunta—. Matar es mi oficio, padre —repuso el Arlequín. El cardenal Bessières había decretado que todos los que buscaran el Grial debían ser asesinados, excepto aquéllos que lo buscaran para el cardenal, y Guy Vexille se había convertido con gran placer en el asesino de Dios. Desde luego, no parecía tener reparos en rebanarle el pescuezo a su primo Thomas.

—¿Quieres que le esperemos aquí? —le preguntó el inquisidor—. La chica ha dicho que iría a la catedral después de la batalla. —De Taillebourg miró al otro lado de la colina. Los escoceses ganarían, estaba seguro de ello, y eso convertía en poco probable que Thomas de Hookton llegara a la ciudad. Probablemente huiría hacia el sur presa del pánico—. Nuestra obligación está en Hookton.

—Yo ya busqué la sagrada copa en Hookton una vez —le dijo Guy Vexille.

—Pues la volverás a buscar —espetó De Taillebourg.

—Sí, padre. —Guy Vexille agachó la cabeza con humildad. Era un pecador; se le exigía que mostrara contrición y no discutió. Se limitaba a obedecer a De Taillebourg y su recompensa, le habían prometido, sería su rehabilitación. Le devolverían su orgullo, se le permitiría volver a conducir hombres a la guerra y la Iglesia le perdonaría.

—Partiremos ahora —concluyó De Taillebourg. Quería irse antes de que William Douglas llegara en su busca y, aún con más urgencia, antes de que descubrieran los tres cadáveres en la celda del hospital. El dominico había cerrado la puerta tras los cuerpos y, sin duda, los monjes creerían que Collimore descansaba y no querrían molestarlo; aun así, De Taillebourg seguía deseando haber salido de la ciudad antes de que descubrieran la matanza, así que se subió a la silla de uno de los caballos robados a Jamie Douglas aquella mañana. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces. Metió los zapatos en los estribos y le dio una patada a un mendigo. El hombre se había agarrado a una de las piernas del inquisidor, sollozando que tenía hambre, pero ahora salía despedido a causa del brutal golpe del cura.

El fragor de la batalla se hizo mayor. El dominico volvió a mirar la cresta, pero la lucha no le incumbía. Si los ingleses y los escoceses querían destrozarse, que lo hicieran. Asuntos mucho más importantes rondaban su mente, asuntos de Dios, el

Grial, el cielo y el infierno. También tenía pecados en la conciencia, pero ya se los confesaría al Santo Padre, e incluso el cielo sabría comprender esos pecados una vez hubiera encontrado la santa copa.

Las puertas de la ciudad, aunque fuertemente guardadas, estaban abiertas para que entraran los heridos y pudiera salir comida y bebida hacia la cresta. Los guardias eran los hombres más viejos, y su función era impedir que ningún asaltante escocés entrara en la ciudad, pero no habían recibido ninguna orden de detener a quien saliera, así que ni siquiera repararon en el demacrado cura con la cara hecha un Cristo que montaba un caballo de guerra ni en su elegante criado. De modo que De Taillebourg y el Arlequín salieron cabalgando de Durham, tomaron la carretera de York, espolearon a sus monturas y, mientras el fragor de la batalla reverberaba en el risco en el que se erguía la ciudad, cabalaron hacia el sur.

* * *

Era media tarde cuando los escoceses lanzaron el segundo ataque, pero este asalto, a diferencia del primero, no llegó precipitadamente detrás de los arqueros en fuga. Esta vez, los arqueros estaban alineados para recibir la carga y las flechas cubrieron el cielo como una bandada de estorninos. Los escoceses del flanco izquierdo que casi habían roto la línea inglesa antes, se encontraron en esta ocasión con más del doble de arqueros, y la carga, que había empezado con tanta confianza, se ralentizó hasta que pareció reptar y acabó totalmente detenida cuando los hombres se agacharon bajo los escudos. La derecha escocesa no avanzó en ningún momento, mientras que el testudo central del rey fue detenido a cincuenta pasos del muro de piedra tras el que una multitud de arqueros enviaba una lluvia incesante de flechas. Los escoceses no pensaban retirarse, pero tampoco podían avanzar y, durante un rato, las flechas no pararon de clavarse en los escudos y en los cuerpos expuestos sin la debida protección; finalmente, los hombres de lord Robert Stewart se retiraron hasta salir del alcance de los arcos, y el testudo del rey los siguió, así que el campo de batalla teñido de rojo volvió a una aparente calma. Los tambores ya no sonaban y tampoco se intercambiaban insultos a través de los infectos pastos. Los señores escoceses, los que aún quedaban vivos, se reunieron bajo el sotuer del rey, y el arzobispo de York, al ver a sus enemigos reunidos, convocó su propio consejo de señores. Los ingleses se mostraban pesimistas. El enemigo, argumentaban, nunca se volvería a exponer a lo que el arzobispo había descrito como un tercer bautismo de flechas.

—Esos cabrones se escabullirán hacia el norte —predijo el arzobispo—. Que el Señor maldiga sus almas perras.

—Pues los perseguiremos —intervino lord Percy.

—Van más deprisa que nosotros —repuso el arzobispo. Se había quitado el casco y el forro de piel y llevaba hecha la tonsura.

—Pues atocinaremos bien a la infantería —terció otro señor voraz.

—Que la parta un rayo, a la maldita infantería, —espetó el arzobispo, que empezaba a ponerse impaciente ante tanta insensatez. Él quería capturar a los señores escoceses, a los hombres de los caballos más veloces y caros, porque eran sus rescates los que le harían rico, y especialmente deseaba capturar a nobles como el conde de Menteith, que le había jurado vasallaje a Eduardo de Inglaterra y cuya presencia en el ejército enemigo demostraba su traición. Por dichos hombres no se pediría rescate, serían ejecutados como ejemplo para otros nobles que rompieran su juramento, pero si el arzobispo vencía en ese día, podría conducir su pequeño ejército a Escocia y hacerse con las posesiones de los traidores. Les arrebataría todo: la madera de sus jardines, las sábanas de sus lechos, sus lechos mismos, la pizarra de sus tejados, sus cacharros, sus sartenes, su ganado, hasta los juncos de los lechos de sus riachuelos.

—Pero no volverán a atacar —sentenció el arzobispo.

—En ese caso tendremos que ser listos —sugirió lord Outhwaite con alegría.

Los otros señores miraron con recelo a Outhwaite. La inteligencia no era algo que apreciaran excesivamente porque consideraban que con ella no se mataban jabalíes, ni ciervos, con la inteligencia no se disfrutaba de las mujeres ni se hacían prisioneros. El clero podía ser listo si quería, y sin duda Oxford estaba lleno de merluzos listos, incluso las mujeres podían ser listas, siempre y cuando no alardearan de ello, pero ¿en un campo de batalla? ¿Inteligencia?

—¿Listos? —preguntó lord Neville mordaz.

—Temen a nuestros arqueros —les dijo lord Outhwaite—, pero si creen que se les están acabando las flechas, ese miedo desaparecerá y, en vez de huir, volverán a atacar.

—Claro, claro... —empezó a decir el arzobispo, y luego se calló porque era tan listo como lord Outhwaite, lo suficientemente listo, de hecho, para ocultarlo—. ¿Pero, cómo les convenceremos de ello? —le preguntó.

Lord Outhwaite complació al arzobispo explicándole lo que sospechaba que ya había imaginado.

—Creo, vuestra gracia, que si ven a nuestros arqueros escarbando el terreno en busca de flechas, el enemigo sacará la conclusión correcta.

—O, en este caso —expuso el arzobispo para que lo entendieran los demás nobles—, la incorrecta.

—Qué buena, ésa —dijo entonces uno de los nobles con confianza.

—Aún podríamos hacerlo mejor, vuestra gracia —sugirió lord Outhwaite con timidez—, ¿y si hacemos traer a los caballos? A lo mejor creen incluso que estamos

preparándonos para huir.

El arzobispo no dudó un instante.

—Que traigan los caballos —ordenó.

—Pero... —Uno de los señores parecía todavía no entender el ardid.

—¡Los arqueros que vayan a recuperar flechas, que los pajes y los escuderos traigan los caballos para los hombres de armas! —espetó el arzobispo al entender a la perfección lo que tenía en mente lord Outhwaite y ansioso por ponerlo en práctica antes de que el enemigo decidiera retirarse.

Lord Outhwaite se encargó de dar las órdenes a los arqueros en persona y, en pocos instantes, docenas de arqueros recorrían el terreno entre los dos ejércitos reuniendo las flechas desperdiciadas. Algunos de los arqueros se quejaron, y dijeron que eso era una majadería porque se verían expuestos a las tropas escocesas, que volvían a burlarse de ellos. Un arquero, que estaba en una posición más avanzada que el resto, fue alcanzado en el pecho por un dardo de ballesta y cayó de rodillas con la sorpresa en el rostro, mientras se asfixiaba y escupía sangre en su mano. Entonces empezó a llorar y eso sólo empeoró la asfixia. Un segundo hombre, que se había acercado a ayudar al primero, recibió otro dardo de la misma ballesta en el muslo. Los escoceses aullaban mofándose de los heridos y después se agacharon cuando una docena de arqueros ingleses dispararon al ballestero solitario.

—¡No malgastéis las flechas! ¡No malgastéis las flechas! —berreaba a los arqueros lord Outhwaite, montado en su caballo. Galopó más cerca—. ¡No malgastéis las flechas! ¡Por el amor de Dios! ¡No las malgastéis! —gritaba lo suficientemente alto para que el enemigo lo oyera; y fue en ese momento cuando un grupo de escoceses, hartos de resguardarse de los arqueros, corrieron hacia delante con la intención evidente de cortarle la retirada a lord Outhwaite, lo que provocó que los ingleses salieran disparados hacia su propia fila. Lord Outhwaite hincó las espuelas y se evadió con facilidad de la carga espontánea, que se contentó con cuarteear a los dos arqueros heridos. El resto de los escoceses, al ver correr a los ingleses, estalló en carcajadas y burlas. Lord Outhwaite se volvió y observó a los arqueros muertos—. Tendríamos que habernos traído a esos dos muchachos —se reprendió.

Nadie respondió. Algunos arqueros miraban con resentimiento a los hombres de armas, suponiendo erróneamente que habían hecho traer a los caballos para que les resultara más fácil huir, pero entonces lord Outhwaite empezó a dar órdenes a los distintos grupos de arqueros para que se colocaran detrás de los hombres de armas.

—¡Formad detrás de la línea! No todos. Intentamos hacerles creer que vamos mal de flechas, y sin flechas no estaríais en primera línea, ¿verdad? ¡Mantened los caballos donde están! —Esta última orden iba dirigida a los escuderos, pajes y sirvientes que habían traído los sementales. Los hombres de armas aún no iban a montar, sencillamente mantenían a los caballos al final de la línea, justo detrás del

lugar donde formaban la mitad de los arqueros. Los enemigos, al ver los caballos, tenían que acabar por deducir que los ingleses empezaban a contemplar la huida.

Y así tendieron la sencilla trampa.

Cayó el silencio sobre el campo de batalla, excepto por los heridos que gemían, los cuervos que graznaban y los llantos de algunas mujeres. Los monjes empezaron a cantar otra vez, pero seguían situados en la zona izquierda del pequeño ejército inglés y para Thomas, ahora en la derecha, las voces llegaban débiles. Sonó una campana en la ciudad.

—Me da miedo que estemos siendo demasiado listos —le comentó lord Outhwaite a Thomas. Su señoría no era de esos hombres que pueden pasar mucho rato callados y no había nadie más en la división derecha que considerara adecuado para conversar, así que escogió a Thomas. Suspiró—. Ser listos no siempre funciona.

—A nosotros nos funcionó en Bretaña, mi señor.

—¿También estuviste en Bretaña, además de Picardía? —le preguntó lord Outhwaite, que seguía montado y observaba a los hombres de armas frente a los escoceses.

—Allí servía a un hombre muy listo, mi señor.

—¿Y quién era ése? —Lord Outhwaite fingía interés y puede que hasta estuviera arrepentido de haber empezado la conversación.

—Will Skeat, mi señor, sólo que ahora es sir William. El rey lo armó caballero en la batalla.

—¿Will Skeat? —Ahora lord Outhwaite sí estaba interesado—. ¿Has servido con Will? Dios todopoderoso, ¿en serio? El bueno de William. Hacía años que no oía ese nombre. ¿Cómo está?

—No muy bien, mi señor —repuso Thomas, y le contó cómo Will Skeat, un plebeyo que se había convertido en el cabecilla de una banda de arqueros y hombres de armas temidos en todo el territorio de habla francesa, había sido herido de gravedad en la batalla de Picardía—. Lo llevaron a Caen, mi señor.

Lord Outhwaite frunció el ceño.

—¿Y eso no está en manos francesas?

—Un francés se lo llevó, mi señor —le explicó Thomas—. Un amigo, porque en esa ciudad hay un médico que hace milagros. —Al final de la batalla, cuando los hombres pensaban que ya habían pasado los peores horrores, a Skeat le abrieron el cráneo, y la última vez que Thomas lo había visto estaba imbécil, ciego e incapaz.

—Pues no sé por qué los franceses hacen mejores médicos —repuso Outhwaite medio molesto—, pero parece que así es. Eso decía siempre mi padre y él tenía muchos problemas con sus flemas...

—Ese médico es judío, mi señor.

—¡...y con sus hombros. Judío! ¿Has dicho judío? —Lord Outhwaite parecía

alarmado—. Yo no tengo nada contra los judíos —prosiguió, aunque no muy convencido—, pero se me ocurren al menos una docena de buenas razones por las que nadie debería acudir a un médico judío.

—¿Sí, mi señor?

—Mi querido amigo, ¿cómo van a aprovechar los poderes de los santos? ¿O las propiedades curativas de las reliquias? ¿O la eficacia del agua bendita? Hasta la oración es un misterio para ellos. Mi madre, que Dios la tenga en su gloria, sufría unos dolores horribles en las rodillas. De tanto rezar, he pensado yo siempre, pero su médico le ordenó que se envolviera las piernas con las telas de la tumba de san Cutberto y que rezara tres veces al día a san Gregorio de Nacianzo, ¡y funcionó! ¡Funcionó! Pero ningún judío podría prescribir una cura como ésa, ¿verdad? Y si lo hiciera sería blasfemo y estaría condenado al fracaso. Debo decir que me parece muy desaconsejable haber dejado al pobre Will en las manos de un judío. Se merece algo mejor, hombre. —Sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. Will sirvió a mi padre durante un tiempo, pero era demasiado espabilado para quedarse encerrado en la frontera escocesa. No se obtienen botines muy suculentos, ¿sabes? Se fue por su cuenta, vaya si lo hizo. Pobre Will.

—Ese médico judío —insistió Thomas cabezón— me curó a mí.

—Sólo podemos rezar. —Lord Outhwaite ignoró la afirmación de Thomas y siguió hablando en un tono que sugería que las oraciones, aunque sin duda eran necesarias, serían probablemente inútiles. Después se alegró repentinamente—. ¡Ah! ¡Parece que nuestros amigos se están moviendo! —Los tambores escoceses habían empezado a sonar otra vez y la línea enemiga empezaba a levantar escudos, bajar visores y blandir espadas. Veían que los ingleses habían acercado los caballos, presumiblemente para facilitar la retirada y, por lo que parecía, el grupo de arqueros se había reducido a la mitad, así que tenían que creer que estaban quedándose peligrosamente cortos de proyectiles. Aun así, los escoceses decidieron avanzar a pie, conscientes de que incluso un puñado de flechas podían hacer enloquecer a los caballos y lanzar una carga montada al caos. Gritaban mientras avanzaban, tanto para darse ánimos como para meter miedo en el cuerpo a los ingleses, pero se confiaron más cuando llegaron al lugar en el que yacían los cadáveres de la última carga y las flechas seguían sin llegar.

—Aún no, muchachos, aún no. —Lord Outhwaite comandaba a los arqueros del flanco derecho. Los señores Percy y Neville estaban al cargo de esa zona, pero ambos parecían contentos de que el más experimentado lord Outhwaite diera órdenes a los arqueros, mientras ellos esperaban con los hombres de armas. Lord Outhwaite tenía la mirada fija en el campo, hacia donde los escoceses avanzaban por la izquierda inglesa, donde se encontraban sus propios hombres, pero le satisfacía el hecho de que la hondonada los protegería, del mismo modo que el muro resguardaba al centro. Era

aquí, en el lado de la cresta más cercano a Durham, donde los escoceses eran más fuertes y los ingleses más vulnerables—. Dejadles que se acerquen —advirtió a los arqueros—. Queremos acabar con esos miserables de una vez por todas. —Empezó a tamborilear los dedos en la perilla de su silla de montar, siguiendo el ritmo de los pocos tambores escoceses que quedaban. Esperaba a que la primera fila enemiga se encontrara a cien pasos de distancia—. ¡Los primeros arqueros —gritó cuando consideró que los enemigos estaban ya suficientemente cerca—, los que estáis en primera línea, muchachos! ¡Empezad a disparar!

Aproximadamente la mitad de los arqueros estaban a la vista del enemigo frente al resto del ejército, y ahora tensaban los arcos, apuntaban al cielo y desflechaban. Los escoceses al ver llegar la primera andanada empezaron a correr hacia delante con la esperanza de cubrir suficiente terreno para que sólo les alcanzaran una pocas flechas.

—¡Todos los arqueros! —tronó lord Outhwaite, temiendo haber esperado demasiado, y los arqueros escondidos tras los hombres de armas empezaron a disparar por encima de las cabezas de las tropas que tenían enfrente. Los escoceses estaban ahora muy cerca, tan cerca que hasta para el peor arquero habría sido imposible fallar, tan cerca que las flechas volvían a atravesar malla y cuerpos y sembrar el suelo de muertos y heridos. Thomas oía cómo las flechas daban en el blanco. Algunas rebotaban en las armaduras, otras se clavaban en los escudos, pero la mayoría producían el sonido de un hacha de carnicero al sacrificar ganado ante la llegada del invierno. Apuntó a un hombre enorme con el visor levantado y envió una flecha a través de su garganta; otra a un hombre de las tribus con la cara contorsionada por el odio. Entonces la muesca para encajar en el arco de una de las flechas se abrió y envió el proyectil roto por los aires. Arrancó las astillas emplumadas de la cuerda, cogió una nueva flecha y la ensartó en otro hombre de las tribus barbudo que era todo rabia y pelos. Un escocés montado animaba a sus hombres hacia delante y al instante se sacudía sobre la silla, alcanzado por tres flechas, así que Thomas lanzó una cuarta que se le fue a clavar directa en el pecho, de manera que el casquillo rasgó la malla, el cuero, el hueso y la carne. Su siguiente flecha se clavó en un escudo. Los escoceses avanzaban a trancas y barrancas, intentando abrirse paso entre la lluvia de muerte.

—¡Con calma, chicos, con calma! —gritó un arquero a sus colegas, por temor a que estuvieran disparando demasiado deprisa y no usaran toda la fuerza de sus arcos.

—¡Seguid disparando! —gritaba lord Outhwaite. Aún tamborileaba con los dedos en la silla, aunque los tambores escoceses empezaban a fallar—. ¡Un magnífico trabajo! ¡Estupendo!

—¡A los caballos! —ordenó lord Percy. Veía que los escoceses estaban al borde de la desesperación porque a los arqueros ingleses, después de todo, no se les estaban

acabando las flechas—. ¡A los caballos! —volvió a gritar, y sus hombres de armas retrocedieron para montar. Los pajes y los escuderos les tendieron las pesadas lanzas mientras los hombres encajaban los escaques en los estribos, observaban al enemigo sufrir y se bajaban los visores.

—¡Disparad! ¡Disparad! —gritó lord Outhwaite—. ¡Así, muchachos! ¡Así se hace! —Las flechas volaban sin piedad. Los escoceses heridos gritaban al cielo, llamaban a sus madres, y la muerte emplumada seguía ensartándolos con contundencia. Un hombre, con el león de Stewart, escupió una nube rosada de sangre y babas. Estaba de rodillas, pero consiguió ponerse en pie, dio un paso y volvió a hincarse, avanzó arrastrándose y escupió más burbujas de saliva rosada hasta que una flecha se le hundió en un ojo y le atravesó el cerebro hasta desgarrar la parte posterior del cráneo. Cayó hacia atrás como alcanzado por un rayo.

Entonces llegaron los enormes caballos de guerra.

—¡Por Inglaterra, Eduardo y san Jorge! —aulló lord Percy, y un trompeta marcó el desafío mientras las enormes bestias cargaban. Apartaron sin mayores ceremonias a los arqueros cuando las lanzas bajaron.

La tierra tembló. Sólo atacaban unos cuantos jinetes, pero la sorpresa de la carga golpeó al enemigo con una fuerza sorprendente y los escoceses empezaron a retroceder. Las lanzas se perdieron en los cuerpos de los hombres y los caballeros desenvainaron y escabecharon a todo lo que se movía por debajo de ellos, hombres asustados y agachados que no podían correr porque el peso de su equipo era demasiado grande. Más jinetes estaban montando y aquellos hombres de armas que no quisieron esperar a sus sementales corrían hacia delante para unirse a la carnicería. Los arqueros los acompañaron, espadas en mano y con hachas volando sobre sus cabezas. Los tambores habían callado por fin y la matanza había empezado.

Thomas ya lo había visto antes. Había visto cómo, en un abrir y cerrar de ojos, una batalla podía cambiar. Los escoceses habían llevado la voz cantante todo el día, casi habían roto la línea inglesa, rampantes y vencedores, y ahora estaban siendo derrotados y los hombres de la izquierda escocesa, que tan cerca habían estado de darle al rey su victoria, eran precisamente los que habían cedido. Los caballos de guerra ingleses galopaban contra las filas escocesas abriendo caminos sangrientos ante ellos, y los jinetes repartían golpes de espada, hacha, maza y mangual entre los aterrorizados enemigos. Los arqueros ingleses se les habían unido, acorralando a los escoceses, mucho más lentos, como jaurías de perros en la caza del ciervo.

—¡Prisioneros! —gritaba lord Percy a sus vasallos—. ¡Quiero prisioneros! —Un escocés dirigió el hacha hacia su caballo, falló y cayó bajo la espada de su señoría, un arquero terminó el trabajo con un cuchillo y le abrió el jubón acolchado en busca de monedas. Dos carpinteros de Durham la habían emprendido a golpes con sus azuelas contra un hombre de armas en dificultades y lo estaban matando lentamente. Otro

arquero retrocedió cogiendo aire, con el vientre abierto, y lo seguía un escocés que gritaba de ira, pero entonces alguien le hizo trastabillar con un arco y cayó, viéndose aplastado por una baraúnda de hombres. Las gualdrapas de los caballos ingleses chorreaban sangre mientras sus jinetes se abrían paso entre las hordas escocesas a tajo limpio. Las habían atravesado limpiamente y ahora retrocedían para reunirse con la siguiente oleada de hombres de armas ingleses, que peleaban con los visores abiertos porque el amedrentado enemigo no estaba ofreciendo una resistencia real.

Con todo, la derecha y centro escoceses continuaban intactos.

La derecha había vuelto a caer en la hondonada, pero ahora, en lugar de enfrentarse a arqueros que disparaban desde el borde, tenían delante a los hombres de armas ingleses lo suficientemente insensatos para bajar ellos también a recibir la carga escocesa. Hombres revestidos de malla se estrellaban unos contra otros sobre los cadáveres escoceses, trepando como podían con sus trajes de metal para golpear hachas y espadas contra escudos y cráneos. Los hombres gruñían mientras mataban. Rezongaban, atacaban y morían entre los helechos embarrados, y aun así la lucha era inútil, pues cada vez que un lado ganaba ventaja, empujaban al enemigo colina arriba y la volvían a perder porque el terreno se ponía de parte del vencido, y más muertos se apilaban en el montón de la hondonada, de modo que la lucha avanzaba y retrocedía, y cada movimiento dejaba más hombres moribundos entre sollozos, invocaciones a Jesús, maldiciones al enemigo y sangre.

Beggar estaba allí, una enorme roca de hombre que se mantenía de pie a horcajadas sobre el cuerpo del conde de Moray, burlándose de los escoceses e invitándoles a atacar, y murieron media docena antes de que un puñado de hombres de los clanes de las Tierras Altas llegaran aullando para matarlo. Él rugió, volteando su enorme bola de pinchos, y al Espantapájaros, que observaba desde arriba, le pareció un enorme oso peludo asaltado por mastines. Sir William Douglas, demasiado astuto como para que lo volvieran a atrapar en la hondonada, también contemplaba desde el borde del lado apuesto y no dejaba de sorprenderse de que los hombres acudieran al matadero por voluntad propia. Después, consciente de que la batalla ni se ganaría ni se perdería en aquel agujero de muerte, volvió al centro, donde el testudo del rey aún tenía la posibilidad de conseguir una gran victoria a pesar del desastre acaecido en la izquierda escocesa.

Y así era: los hombres del rey habían conseguido atravesar el muro de piedra. En algunos lugares lo habían tumbado y en otros se había derrumbado ante el empuje de las hordas escocesas, y aunque las piedras caídas seguían suponiendo un obstáculo considerable para los soldados con enormes escudos y cotas de malla, lo estaban atravesando y habían hecho retroceder al centro inglés. Los escoceses habían cargado contra las flechas, las habían soportado y hasta habían atrapado a una veintena de arqueros que despanzurraron alegremente, y ahora se abrían paso a mandoble y

hachazo limpio hasta el enorme estandarte del arzobispo. El rey, con el visor pringoso de sangre por la herida de la mejilla, estaba al frente del testudo. El capellán del rey, armado con una maza de pinchos, no se separaba de su señor, y sir William y su sobrino se unieron al ataque. Sir William se avergonzó en ese momento de la premonición que le había hecho aconsejar una retirada. ¡Así peleaban los escoceses! Con pasión y encarnizamiento. El centro inglés retrocedía y apenas podía mantener las filas en el sitio. Sir William vio que el enemigo había colocado los caballos cerca de la batalla, asumió que se preparaban para huir y redoblaron los esfuerzos.

—¡Matadlos! —rugió. Si los escoceses eran capaces de romper la línea, los ingleses se desperdigarían en el caos, no podrían alcanzar a los caballos y se convertirían en carne de matarife.

—¡Matad! ¡Matad! —aulló el rey, bien visible sobre su caballo.

—¡Prisioneros! —gritaba el conde de Menteith, mucho más sensato—. ¡Haced prisioneros!

—¡Romped la línea! ¡Rompedla ahora! —bramaba sir William. Embistió con el escudo para recibir un golpe de espada, asestó a su vez otro desde detrás y sintió que perforaba una cota de malla. Volvió la espada y la soltó antes de que la carne le atrapara el yerro. Empujó con su escudo, sin ver por encima de él, sintió que el enemigo retrocedía, y bajó la defensa para prevenir un ataque por debajo, después volvió a embestir, y siguió empujando al enemigo. Tropezó en su avance, y casi cayó al tropezar con el hombre que había herido, pero consiguió erguirse de nuevo apoyando el escudo en el suelo y sosteniéndose en él. Cuando se levantó hincó la espada en un rostro con barba. La hoja rebotó en la mejilla y se llevó un ojo por delante, y el hombre cayó hacia atrás, con la boca abierta, y abandonó la lucha. Sir William medio se agachó para esquivar un hachazo, paró otro mandoble con el escudo y hurgoneó con fiereza a los dos hombres que le atacaban. Robbie, entre insultos y maldiciones, se cargó al del hacha y le dio una patada en la cara a un hombre de armas caído. Sir William arremetió con la espada por debajo y sintió que el arma rasgaba malla rota, la giró para que no se le encallara y, al tirar, un chorro de sangre salió de entre los anillos que protegían al hombre que había herido. Ese cayó, entre bocanadas y retorcimientos, y llegaron más ingleses por la derecha, desesperados por detener el ataque escocés que amenazaba con romper completamente la línea del arzobispo.

—¡Douglas! —aulló sir William—. ¡Douglas! —Llamaba a sus seguidores para que se le acercaran y lo ayudaran, para que empujaran, abrieran una brecha y tajaran hasta el último enemigo. Entre él y su sobrino abrieron un canal sangriento en las lilas del arzobispo, y sólo necesitaban un último envite de lucha feroz para romper el centro inglés y que empezara la auténtica matanza. Sir William se agachó cuando le atacó otra hacha por encima. Robbie se encargó de ese hombre atravesándole el

gaznate con la espada, pero tuvo que parar una embestida de lanza y al hacerlo tropezó con su tío, que estaba detrás. Sir William volvió a erguir a su sobrino y le atizó a otro enemigo en la cara con el escudo. ¿Dónde demonios estaban sus hombres?

—¡Douglas! —volvió a tronar—. ¡Douglas!

Y justo entonces una espada o una lanza se le metió entre los pies, cayó e instintivamente se cubrió con el escudo. Oyó el retumbar de pies que pasaban junto a él y rezó para que fueran sus hombres rompiendo la última resistencia inglesa. Esperó a oír los gritos del enemigo, pero lo único que oía eran unos golpecitos insistentes en su casco. Los golpecitos pararon y luego volvieron a empezar.

—¿Sir William? —inquirió una voz amable.

El griterío había empezado, así que sir William oía con dificultades, pero los suaves golpecitos en la coronilla de su casco lo convencieron de que era seguro bajar el escudo. Le costó algo ver qué estaba pasando, porque se le había torcido el casco al caer y se lo tuvo que volver a poner recto.

—¡Por las barbas del demonio! —exclamó cuando el mundo volvió a su campo de visión.

—Mi querido sir William —prosiguió la simpática voz—. Os rendís, supongo. Claro que os rendís. ¿Y es éste el joven Robbie? Madre mía, ¡cómo has crecido, muchacho! Te recordaba poco más que un cachorrito.

—Oh, por las barbas del demonio —volvió a decir sir William, mirando a lord Outhwaite.

—¿Puedo echaros una mano? —preguntó solícito lord Outhwaite, tendiéndole un brazo desde lo alto de la silla—. Y después podemos hablar de rescates.

—Cristo —repuso sir William—. ¡Maldita sea! —Ahora entendía que el retumbar de pies que había oído provenía de pies ingleses y que los gritos eran escoceses.

El centro inglés había aguantado, después de todo, y para los escoceses la batalla se había convertido en un completo desastre.

* * *

Habían sido los arqueros otra vez. Los escoceses habían perdido hombres a lo largo de todo el día, y aun así seguían superando en número al enemigo, pero no supieron responder a las flechas y, cuando el centro escocés tumbó el muro y atravesó sus restos, la izquierda, que se había retirado, expuso el flanco del testudo real a las flechas inglesas.

A los arqueros les costó algo de tiempo caer en la cuenta de la ventaja que eso les ofrecía. Se habían unido a la persecución de la izquierda escocesa y no habían reparado en lo cercano de la victoria que se encontraba el centro, pero en ese

momento uno de los hombres de lord Neville entendió el peligro.

—¡Arqueros! —el rugido se oyó por todo el Wear de Durham—. ¡Arqueros, maldita sea! —Los hombres abandonaron el saqueo y empezaron a sacar flechas de sus bolsas.

Volvieron a sonar los arcos, con cada nota se ensartaba una flecha en el flanco de los escoceses avanzados. El testudo de David había obligado al batallón central inglés a retroceder hacia los pastos, lo habían rodeado por ambos lados y se estaba cerrando alrededor del estandarte del arzobispo. Y entonces las flechas empezaron a morder y tras las flechas llegaron los hombres de armas de la derecha inglesa, los vasallos de lord Percy y lord Neville, y algunos ya iban montados en sus enormes caballos, adiestrados para morder, cocear y patear con los cascos de hierro. Los arqueros dejaron de nuevo los arcos y siguieron a los jinetes armados con hachas y espadas y, esta vez, detrás de ellos llegaban sus mujeres con los cuchillos desenvainados.

El rey escocés rebanó a un inglés, lo vio caer, oyó a su portaestandarte gritar aterrorizado y se volvió para ver caer el enorme pendón. Le habían rebanado los tendones al caballo del portaestandarte; relinchó mientras caía y una muchedumbre de arqueros y hombres de armas se lanzaron sobre el caído, rasgaron el estandarte y le dieron al soldado una muerte horrenda, pero entonces el capellán real agarró las riendas del caballo del rey y arrastró a David Bruce fuera de la refriega. Más escoceses se reunieron alrededor de su rey, para escoltarlo, y tras ellos, los ingleses, montados en los caballos, rebanaban y cercenaban desde lo alto de las sillas, masacrando con las espadas, maldiciendo mientras mataban, y el rey intentó volver y seguir con la lucha, pero el capellán le obligó a seguir huyendo.

—¡Cabalgad, señor, cabalgad! —gritaba el capellán. Hombres asustados se daban de bruces contra el caballo del rey, que tropezó con un hombre de los clanes y después con un cadáver. Los ingleses perseguían a los escoceses, y el rey, al comprender el peligro, azuzó a su caballo con las espuelas. Un caballero enemigo intentó asestarle un golpe, pero el rey lo paró y salió galopando del peligro. Su ejército se había desintegrado en grupos de fugitivos desesperados. Vio cómo el conde de Menteith intentaba montar, pero un arquero le agarró de la pierna y lo tumbó, después se sentó sobre él y le puso un cuchillo en la garganta. El conde gritó que se rendía. El conde de Fife estaba prisionero; el de Strathearn, muerto; el de Wigtown estaba siendo asaltado por dos caballeros ingleses que hicieron sonar sus espadas en la coraza del desdichado como martillos de herrero. Uno de los enormes tambores escoceses, con las pieles rotas y rasgadas, bajaba rodando por la colina, cada vez más rápido a medida que crecía la pendiente, dando golpes sordos contra las rocas, hasta que cayó de lado y se detuvo.

El enorme estandarte del rey estaba ahora en manos inglesas, como lo estaban una docena de pendones de otros tantos señores escoceses. Unos cuantos galopaban hacia

el norte. Lord Robert Stewart, que había estado cerca de la victoria, estaba libre en el lado este de la cresta, mientras el rey se dirigía hacia el oeste, hacia las sombras porque el sol ya se había puesto por detrás de las colinas hacia las que se encaminaba en busca desesperada de un refugio. Pensó en su esposa. ¿Estaba embarazada? Le habían dicho que lord Robert había contratado a una bruja para que le hechizara el útero y que el trono pasara de los Bruce a los Stewart.

—¡Señor! ¡Señor! —uno de sus hombres le estaba gritando y salió de sus ensoñaciones para ver a un grupo de arqueros ingleses que ya bajaban por el valle. ¿Cómo lo habían adelantado? Agarró las riendas, se inclinó hacia la derecha para ayudar a girar al caballo y sintió cómo la flecha se hincaba en el pecho de la bestia. Cayó otro de sus hombres, dando tumbos por el suelo de piedra que rasgaba su malla y le hacía despedir pedacitos brillantes de metal. Un caballo relinchó, la sangre se extendió por el atardecer y otra flecha se clavó en el escudo real, que llevaba colgando a la espalda. Una tercera flecha se clavó entre las crines del caballo y éste empezó a frenar el paso, cabalgando a trompicones mientras se afanaba por respirar.

El rey hincó sus espuelas, pero el caballo no podía más. David Bruce hizo una mueca y el gesto le abrió la herida de la mejilla, de manera que la sangre volvió a resbalar desde el visor abierto hacia la sobreveste rasgada. El caballo tropezó de nuevo. Delante de él había un riachuelo y un pequeño puente de piedra, y el rey se maravilló de que alguien se hubiera molestado en construir un puente de mampostería sobre un cauce tan nimio, y, justo entonces, el caballo se derrumbó y el jinete cayó rodando al suelo, milagrosamente libre de su montura moribunda y, sin un solo hueso roto, se puso en pie como pudo y corrió hacia el puente, donde tres de sus hombres esperaban montados con un caballo para él. Pero incluso antes de que el rey pudiera llegar hasta los tres hombres, llegaron las flechas y dieron en el blanco. Todas hicieron tambalearse a los caballos. El caballo a él destinado lanzó un relincho, consiguió escapar y salió galopando hacia el este chorreando sangre por el vientre. Otro caballo se derrumbó, con una flecha en las ancas, dos en el vientre y una cuarta en la yugular.

—¡Bajo el puente! —gritó el rey. Se podrían resguardar debajo del arco y, cuando reuniera a una docena de hombres, habría posibilidad de huir. El anoecer no había de tardar y si caminaban tocia la noche estarían en Escocia antes del alba.

Así que cuatro escoceses, uno de ellos rey, se metieron debajo del puente y contuvieron la respiración. La flechas habían dejado de silbar, sus caballos estaban todos muertos y el rey confió en que los arqueros ingleses hubieran corrido tras otra presa.

—Esperaremos aquí —susurró. Oía los gritos que provenían del terreno elevado, oía los cascos por la ladera, pero ninguno sonaba cerca del puente bajo. Se estremeció al comprender la magnitud del desastre. Su ejército había desaparecido, sus grandes

esperanzas no eran nada, no celebrarían la Navidad en Londres, y Escocia estaba abierta para sus enemigos. Miró hacia el norte. Un grupo de hombres de los clanes corría chapoteando por un riachuelo y, de repente, seis jinetes ingleses aparecieron y condujeron a sus caballos por la orilla alta y los rebanaron con enormes espadas hasta que la sangre se enroscó corriente abajo entre los escarpines del rey. Se encogió en las sombras mientras los hombres de armas se dirigían hacia el oeste en busca de más fugitivos. Los caballos retumbaban por encima del puente y los cuatro escoceses se quedaron quietos, ni siquiera se atrevieron a mirarse los unos a los otros hasta que el cloqueo de los cascos se desvaneció. Una trompeta sonaba desde la cresta y la nota era odiosa: triunfante y desdeñosa. El rey cerró los ojos porque temía echarse a llorar.

—Tenéis que ver a un médico, señor —dijo un hombre, y el rey vio que quien hablaba era uno de sus vasallos.

—Esto no se puede curar —repuso el rey, y se refería a Escocia.

—La mejilla sí, señor —le aseguró su sirviente.

El rey contemplaba al hombre como si hubiera hablado en un idioma extranjero y, entonces, de manera terrible y repentina, la mejilla empezó a dolerle. No le había dolido en todo el día, pero ahora era una agonía, y el rey sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas. No por el dolor, sino por la vergüenza y, en ese momento, mientras intentaba ahogar el llanto, oyó gritos, vio caer sombras y el chapoteo de botas mientras unos hombres bajaban del puente. Los atacantes tenían espadas y lanzas y se metieron debajo del puente como lo harían cazadores de nutrias en las guaridas de los animales. El rey se lanzó gritando y desafiando al hombre que iba delante y su rabia fue tal que olvidó sacar la espada. En cambio, le dio un puñetazo con la manopla, sintió los dientes ceder con el golpe, vio la sangre correr y tiró al hombre al río, mientras seguía atizándole. Después ya no pudo moverse porque otros hombres lo tenían inmovilizado. El hombre que tenía debajo, medio ahogado, con los dientes rotos y los labios llenos de sangre, empezó a reír.

Había hecho un prisionero y sería rico.

Había capturado al rey.

SEGUNDA PARTE

Inglaterra y Normandía, 1346-1347
EL SITIO DE INVIERNO



La catedral estaba a oscuras. Tan a oscuras que los claros colores pintados en los pilares y muros se habían desvanecido en la penumbra. La única luz provenía de las velas situadas en los altares laterales y de más allá del cancel, donde las llamas titilaban en el coro y los monjes vestidos de negro salmodiaban. Sus voces tejían un hechizo en la oscuridad, se entrelazaban y caían, se elevaban y crecían, produciendo un sonido que habría hecho brotar las lágrimas de los ojos de Thomas si le hubiera quedado alguna lágrima que derramar. «*Libera me, Domine, de morte aeterna*» entonaban los monjes mientras el humo de las velas serpenteaba hacia el techo de la catedral. Líbrame, Señor, de la muerte eterna. Sobre las losas del coro se hallaba el ataúd en el que el hermano Hugh Collimore yacía sin haberse librado, con las manos cruzadas sobre la túnica, los ojos cerrados y, sin que el prior lo supiera, una moneda pagana bajo la lengua que uno de los monjes le había colocado por miedo a que el diablo se llevara el alma de Collimore si no pagaban al barquero que transportaba las almas de los difuntos al otro lado del río del Más Allá.

«*Requiem aeternam dona eis, Domine*», coreaban los monjes, rogando al Señor que otorgara el descanso eterno al hermano Collimore; y en la ciudad que descansaba bajo la catedral, en las casitas pegadas a la roca, se oían los llantos por todos aquellos hombres de Durham que habían muerto asesinados en la batalla; pero no eran nada comparados con las lágrimas que se derramarían cuando las noticias del desastre llegaran hasta Escocia. Habían apresado al rey, así como a sir William Douglas y a los condes de Fife, Menteith y Wigtown. El conde de Moray estaba muerto, al igual que el condestable de Escocia, el mariscal del rey y su chambelán, todos ellos destrozados; habían desnudado sus cuerpos y los habían expuesto para burla del enemigo y, junto a ellos, yacían cientos de compatriotas, su carne blanca empapada en sangre y convertida ahora en comida para zorros y lobos, perros y cuervos. Los estandartes escoceses manchados de sangre ondeaban en el altar de la catedral de Durham, lo que quedaba del gran ejército de David huía en la noche, y los vengativos ingleses les pisaban los talones para devastar y saquear las Tierras Bajas, para recuperar lo que les habían robado y robar de paso algo más. «*Et lux perpetua lucea eis*», cantaban los monjes, rogando que la luz sempiterna brillara sobre el monje fallecido, mientras en la cresta, los otros muertos yacían en la oscuridad, donde ululaban las lechuzas blancas.

—Debes confiar en mí —le dijo entre dientes el prior a Thomas en la parte trasera de la catedral. Las velitas titilaban en las muescas de los altares laterales donde los sacerdotes, muchos de ellos refugiados de pueblos vecinos saqueados por los escoceses, celebraban misas por los difuntos. A menudo el latín de esos curas rurales era execrable, una fuente de distracción para el propio clero de la catedral, y para el prior que estaba sentado junto a Thomas en un banco de piedra—, soy tu superior en lo que concierne a Dios —insistió el prior, pero Thomas permanecía en silencio y el prior se enojó—. ¡El rey te lo ha ordenado! ¡Eso dice la carta del obispo! Así que dime qué es lo que buscas.

—Quiero que me devuelvan a mi mujer —dijo Thomas, y se alegró de que la catedral estuviera a oscuras, puesto que sus ojos habían enrojecido por el llanto. Eleanor, el padre Hobbe y el hermano Collimore estaban muertos, todos ellos apuñalados y nadie sabía por quién, a pesar de que uno de los monjes hablaba de un hombre sombrío, un sirviente que había venido con el cura forastero. Thomas recordaba al mensajero que había visto al amanecer, Eleanor estaba viva entonces y no habían discutido, pero ahora estaba muerta y era culpa suya. La pena lo invadió, lo abrumó, y su tristeza resonó en la nave de la catedral.

—¡Cállate! —espetó el prior, turbado por el ruido.

—¡Yo la quería!

—Existen otras mujeres, cientos de ellas. —Disgustado, se santiguó—. ¿Qué te mandó el rey que vinieras a buscar? Te ordeno que me lo digas.

—Estaba embarazada —se lamentó Thomas, con la mirada fija en el techo—; además, íbamos a casarnos. —Su alma se sentía tan vacía y lúgubre como el espacio que lo rodeaba.

—¡Te ordeno que me lo digas! —repitió el prior—. ¡En nombre de Dios, te lo ordeno!

—Si el rey desea que sepáis lo que busco. —Thomas habló en francés aunque el prior había usado el inglés—, él mismo estará encantado de decíroslo.

El prior miró con furia hacia el cancel. El francés, la lengua de los aristócratas, lo había dejado mudo, le hacía pensar en quién sería el arquero. Dos hombres de armas, cuyas cotas tintineaban ligeramente, caminaban entre las losas para agradecer a san Cutberto haber sobrevivido. La mayor parte del ejército inglés se hallaba lejos, al norte, descansando mientras transcurría la noche, antes de reanudar la persecución del enemigo derrotado, pero algunos caballeros y hombres de armas habían venido a la ciudad para custodiar a los prisioneros valiosos, que habían sido albergados en la residencia del obispo en el castillo. Quizá, pensó el prior, el tesoro que Thomas de Hookton buscaba ya no era importante; después de todo, habían capturado a un rey, junto con la mitad de los condes de Escocia, y sus rescates exprimirían esa miserable tierra hasta secarla, aunque él no podía desprenderse de la palabra *thesaurus*. Un

tesoro, y la Iglesia siempre necesitaba dinero. Se puso en pie.

—Olvidas que eres mi invitado —le dijo con frialdad.

—No lo olvido —replicó Thomas. Le habían cedido un espacio en las dependencias para invitados de los monjes, o más bien en sus establos, puesto que había hombres más distinguidos que necesitaban las habitaciones más cálidas—. No lo olvido —repitió cansado.

En aquel momento el prior levantó la vista hacia la elevada oscuridad del techo.

—¿Acaso —sugirió— sabes más del asesinato del hermano Collimore de lo que parece?

Thomas no respondió; las palabras del prior carecían de sentido y él lo sabía, puesto que ambos habían estado en el campo de batalla cuando el anciano monje había sido asesinado, y el dolor de Thomas por la violenta muerte de Eleanor era sentido, pero el prior estaba furioso y frustrado y hablaba sin pensar. Hasta tal punto la esperanza de un tesoro puede transformar a un hombre.

—Te quedarás en Durham —ordenó el prior— hasta que te dé permiso para partir. He dado instrucciones para que guarden tu caballo en mis establos. ¿Me entiendes?

—Os entiendo —asintió Thomas cansado; luego observó lleno de tristeza cómo se marchaba el prior. Más hombres de armas entraban en la catedral, el sonido de sus pesadas espadas repiqueteaba contra los pilares y tumbas. En la sombra, tras uno de los altares laterales, el Espantapájaros, Beggar y Dickon observaban a Thomas. Se habían convertido en su sombra desde el final de la batalla. Ahora sir Geoffrey vestía una fina cota de malla que había robado a un escocés muerto. Había considerado sumarse a la persecución, pero acabó por enviar a un sargento y a media docena de hombres con órdenes de hacerse con todo lo que pudieran cuando empezara el pillaje de Escocia. El propio sir Geoffrey había apostado por el tesoro de Thomas, que puesto que había despertado el interés de un rey, era digno de despertar el suyo también, así que decidió seguir al arquero.

Thomas ignoró la mirada del Espantapájaros, se inclinó hacia delante, con los ojos bien cerrados, y pensó que jamás volvería a sentirse completo. La espalda y los músculos del brazo le ardían después de manejar el arco todo el día, y tenía los dedos de la mano derecha en carne viva por la cuerda. Si cerraba los ojos no veía más que escoceses que venían hacia él, una imagen atravesada por la oscura línea de su arco y por la blancura de las plumas que menguaban en el vuelo; luego esa imagen se evaporaba y lo que veía era a Eleanor retorciéndose bajo el cuchillo que la había torturado. La habían obligado a hablar. Aunque, ¿qué sabía ella? Que Thomas había dudado del Grial, que era un buscador renuente, que sólo quería dirigir a una cuadrilla de arqueros y que había permitido que su mujer y su amigo fueran directos a la muerte.

Una mano le tocó la nuca y Thomas casi saltó a un lado al esperar algo peor, un cuchillo, quizá, pero entonces reconoció la voz, era lord Outhwaite.

—Vamos fuera, muchacho —ordenó a Thomas—, a algún lugar donde el Espantapájaros no pueda oírnos. —Lo dijo en voz alta y en inglés, luego suavizó el tono y habló en francés—. Te he estado buscando. —Le tocó el brazo para animarlo—. Me apenó oír lo de tu chica. Era muy bonita.

—Sí que lo era, mi señor.

—Su voz sugería que era de buena cuna —continuó lord Outhwaite—, sin duda su familia te ayudará a vengarla, ¿no?

—Su padre poseía títulos de nobleza, mi señor, pero ella era bastarda.

—¡Ah! —Lord Outhwaite prosiguió caminando con pasos recios y se ayudaba en sus andares renqueantes con la lanza que había cargado casi todo el día—. Entonces es probable que no te ayude, ¿no? Pero puedes hacerlo solo. Pareces lo suficientemente capaz. —Su señoría lo había conducido hasta una noche fría y húmeda. Una luna alta coqueteaba con nubes argentadas, mientras en la cresta occidental crepitaban grandes hogueras que emanaban un velo de humo con toques rojizos sobre la ciudad. Los fuegos iluminaban el campo de batalla a los hombres y mujeres de Durham que registraban a los muertos para saquearlos, y que pasaban a cuchillo a los escoceses heridos para que se convirtieran en muertos y pudieran saquearlos también.

—Yo ya estoy muy viejo para sumarme a la persecución —dijo lord Outhwaite, mirando las hogueras distantes—, demasiado viejo y con las articulaciones demasiado entumecidas. Esto es una caza para jóvenes, y te digo que los perseguirán hasta la misma Edimburgo. ¿Has visto alguna vez el castillo de Edimburgo?

—No, mi señor. —Thomas hablaba sin interés, no le importaban ni Edimburgo ni su castillo.

—¡Oh, es impresionante! ¡Precioso! —exclamó lord Outhwaite con entusiasmo—. Sir William Douglas nos lo arrebató. Pasó hombres a escondidas en barriles por la verja de entrada. Barriles enormes. Un hombre astuto, ¿eh? Y ahora es mi prisionero. —Lord Outhwaite miró con detenimiento el castillo, como si esperara ver a sir William Douglas y al resto de los aristócratas escoceses cautivos deslizándose por las almenas. Dos antorchas colocadas en candeleros de metal inclinadas alumbraban la entrada donde una docena de hombres de armas hacían guardia—. Un granuja, nuestro William, un granuja. ¿Por qué te sigue el Espantapájaros?

—No tengo ni idea, mi señor.

—Yo creo que sí. —Su señoría descansaba contra un pilar de piedra. La zona que rodeaba la catedral estaba repleta de piedras y maderos, ya que los constructores estaban restaurando una de las grandes torres—. Sabe que buscas un tesoro, así que también va por él.

Thomas prestó atención a sus palabras, miró con severidad a su señoría, que estaba mirando otra vez hacia la catedral. Sir Geoffrey y sus dos hombres habían llegado hasta la puerta, pero era evidente que no osaban acercarse más por miedo a disgustar a lord Outhwaite.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Thomas.

—¿Cómo puede no saberlo? —replicó lord Outhwaite—. Los monjes lo saben, y eso es tan eficaz como pedir a un heraldo que lo anuncie. ¡Los monjes chismorrear como las mujeres del mercado! De manera que el Espantapájaros sabe que tú podrías ser una fuente de grandes riquezas y las codicia. ¿En qué consiste ese tesoro?

—Es sólo un tesoro, mi señor, aunque dudo que posea un valor intrínseco.

Lord Outhwaite sonrió. Calló durante un rato, sólo miraba a través del tenebroso vacío sobre el río.

—¿No me dijiste —dijo al fin— que el rey te envió en compañía de un caballero y un capellán de la casa real?

—Sí, mi señor.

—¿Y enfermaron en Londres?

—Así es.

—Un lugar enfermizo. ¡Estuve allí dos veces, y es más que suficiente! ¡Nocivo! ¡Mis cerdos viven en mejores condiciones higiénicas! Pero un capellán real, ¿eh? Sin duda un tipo listo, no un cura rural, ¿eh? No cualquier campesino ignorante al que puedas camelar con una o dos frases en latín, sino un hombre importante, un tipo que será obispo en poco tiempo si sobrevive a la fiebre. ¿Y por qué enviaría el rey a un hombre así?

—Debería preguntárselo a él, mi señor.

—Nada menos que un capellán real —lord Outhwaite continuó como si Thomas no hubiera abierto la boca, luego calló. Unas cuantas estrellas aparecieron entre las nubes, las contempló y luego suspiró—. Una vez —dijo—, hace mucho tiempo, vi un frasquito de cristal con la sangre de nuestro Señor. ¡Estaba en Flandes y se licuaba en respuesta a la oración! Hay otro en Gloucestershire, me han dicho, pero ése no lo he visto. En otra ocasión, acaricié la barba de san Jerónimo en Nantes, he tocado un pelo de la cola del asno de Balam, he besado una pluma del ala de san Gabriel, ¡y hasta he blandido la mismísima mandíbula con la que Sansón asesinó a tantos filisteos! He visto una sandalia de san Pablo, una uña de María Magdalena y seis fragmentos de la cruz verdadera, uno de ellos manchado con la misma sangre sagrada que vi en Flandes. He echado un vistazo a las raspas de los pescados con los que nuestro Señor alimentó a los cinco mil, he comprobado lo afilada que estaba una de las puntas de flecha que abatió a san Sebastián y olido una hoja del manzano del Jardín del Edén. En mi propia capilla, muchacho, tengo un nudillo de santo Tomás y una bisagra de la caja en la que se entregó el incienso al niño Jesús. Esa bisagra me costó un dineral, un

auténtico dineral. Así que dime, Thomas, ¿qué reliquia es más preciosa que todas las que he visto y las que espero ver en las grandes iglesias de la cristiandad?

Thomas miró fijamente los fuegos de la cresta donde yacían tantos muertos. ¿Estaría ya Eleanor en los cielos? ¿O era su destino pasar miles de años en el purgatorio? Esa reflexión le recordó que tenía que pagar las misas por su alma.

—Ya veo que no dices nada —observó lord Outhwaite—. Pero dime, muchacho, ¿tú crees que tengo una bisagra de la caja de incienso del niño Jesús?

—No sabría decirle, mi señor.

—A veces lo dudo —confesó lord Outhwaite campechano—, ¡pero mi mujer lo cree! Y eso es lo que importa: la fe. Si crees que algo posee el poder de Dios, te funcionará. —Hizo una pausa, alzó su greñuda cabeza hacia la oscuridad como si estuviera olisqueando al enemigo—. Creo que estás buscando algo que posee el poder de Dios, algo extraordinario, y creo que el diablo está intentando detenerte. El propio Satán está agitando a sus criaturas para frustrar tus planes. —Lord Outhwaite volvió su rostro angustiado hacia Thomas—. Ese extraño cura y su sombrío sirviente son los títeres del diablo, ¡igual que sir Geoffrey! Si alguna vez existió un servidor de Satán, ése es sir Geoffrey. —Lanzó una mirada al pórtico de la catedral, donde el Espantapájaros y sus dos secuaces habían retrocedido en la sombra mientras una procesión de monjes encapuchados entraba en la noche—. Satán está propagando el mal —afirmó lord Outhwaite—, y tú debes combatirlo. ¿Tienes fondos suficientes?

Después de la charla sobre el diablo, esa pregunta tan prosaica con respecto a los fondos sorprendió a Thomas.

—¿Si tengo fondos, mi señor?

—Si el diablo lucha contra ti, muchacho, yo te ayudaré, y pocas cosas son más útiles en este mundo que el dinero. Tienes una búsqueda que llevar a cabo, debes completar viajes y necesitarás fondos. Así que, ¿tienes suficiente?

—No, mi señor —respondió Thomas.

—Entonces permíteme que te ayude. —Lord Outhwaite puso una bolsa de monedas en la pila de piedras—. Escucha, ¿aceptarías un acompañante en tu búsqueda?

—¿Un acompañante? —preguntó Thomas, todavía perplejo.

—¡No se trata de mí, claro! Soy demasiado viejo. —Lord Outhwaite rió entre dientes—. No, pero confieso que aprecio mucho a Willie Douglas. El cura que creo que ha matado a tu mujer asesinó también al sobrino de Douglas, y éste quiere venganza. Pide, no, ruega que permitas que el hermano del difunto viaje contigo.

—Es un prisionero, ¿no?

—Supongo que sí, pero por el joven Robbie apenas pedirán rescate. Imagino que conseguiría unas libras por él, pero nada comparado con la fortuna que pretendo obtener por su tío. No, preferiría que Robbie viajara contigo. Quiere encontrar al cura

y a su sirviente, y creo que puede ser de ayuda. —Lord Outhwaite hizo una pausa y, al ver que Thomas no contestaba, insistió en su petición—. Robbie es un buen muchacho. Lo conozco, me gusta, y es bastante capaz. Un buen soldado, además, según me han dicho.

Thomas se encogió de hombros. En ese momento no le importaba si media Escocia viajaba con él.

—Puede venir conmigo, mi señor —respondió Thomas—, si es que me dejan ir a algún sitio.

—¿Qué quieres decir?

—No me está permitido viajar —la respuesta de Thomas sonó agria—. El prior me ha prohibido abandonar la ciudad y me ha quitado el caballo. —Thomas había encontrado el caballo, que el padre Hobbe había traído hasta Durham, atado en la entrada del monasterio.

Lord Outhwaite sonrió.

—¿Y obedecerás al prior?

—No puedo permitirme perder un buen caballo, mi señor —dijo Thomas.

—Yo tengo caballos —replicó lord Outhwaite quitándole importancia al asunto—, incluso tengo dos caballos escoceses que he adquirido hoy; mañana al amanecer los mensajeros del arzobispo cabalgarán hacia el sur para llevar las noticias de nuestra batalla a Londres, y tres de mis hombres los acompañarán. Sugiero que tú y Robbie os suméis a la comitiva. Eso hará que lleguéis a Londres sin problemas... ¿y luego qué? ¿Dónde iréis después?

—Vuelvo a casa, mi señor —dijo Thomas—, a Hookton, al pueblo donde vivía mi padre.

—¿Y ese cura asesino espera que vayas allí?

—No lo puedo asegurar.

—Te buscará. Sin duda ha pensado en esperarte aquí, pero eso era demasiado peligroso para él. Aun así, querrá enterarse de lo que sabes, Thomas, y te torturará para obtenerlo. Sir Geoffrey hará lo mismo. El miserable Espantapájaros hará cualquier cosa por dinero, pero sospecho que el cura es el más peligroso.

—Pues mantendré los ojos bien abiertos y las flechas a punto.

—Yo sería más listo que eso —propuso lord Outhwaite—. Siempre he pensado que si un hombre te está buscando, lo mejor es que te encuentre en el lugar que tú elijas. Para que no te tiendan una emboscada, tienes que estar preparado para tenderla tú.

Thomas aceptó la sabiduría de sus consejos, pero aun así su voz sonó dubitativa.

—¿Y cómo sabrán a dónde voy?

—Yo se lo diré —contestó lord Outhwaite—, o mejor dicho, cuando el prior se queje de que le has desobedecido al abandonar la ciudad, yo se lo explicaré, y

entonces sus monjes informaran a quienquiera que se acerque a sus oídos. Los monjes son criaturas locuaces. Entonces, ¿dónde te gustaría enfrentarte a tus enemigos, muchacho? ¿En tu tierra?

—No, mi señor —respondió en seguida Thomas, luego hizo una pausa—. En La Roche-Derrien —continuó.

—¿En Bretaña? —Lord Outhwaite parecía sorprendido—. ¿Lo que buscas está en Bretaña?

—No sé dónde está, mi señor, pero tengo algunos amigos en Bretaña.

—Ah, y confío en que también me consideres un amigo. —Empujó la bolsa de monedas hacia Thomas—. Cógela.

—Os lo devolveré, mi señor.

—Me lo devolverás —dijo su señoría, y se puso en pie— cuando traigas el tesoro y me dejes tocarlo sólo una vez antes de que vaya a manos del rey. —Miró hacia la catedral donde sir Geoffrey estaba al acecho—. Creo que sería mejor que durmieras en el castillo esta noche. Tengo hombres allí que pueden mantener a ese desgraciado Espantapájaros a raya. Vamos.

Sir Geoffrey Carr observó cómo se iban los dos hombres. No podía atacar a Thomas mientras estuviera con lord Outhwaite, ya que éste era demasiado poderoso; pero el poder, el Espantapájaros lo sabía, procedía del dinero, y parecía haber un tesoro a la deriva en el mundo, tesoro que interesaba al rey y ahora también a lord Outhwaite.

Así que el Espantapájaros, aunque se enfrentara al infierno o al diablo, intentaría encontrarlo primero.

* * *

Thomas no pensaba ir a La Roche-Derrien. Había mentido, sólo había nombrado la ciudad porque la conocía y no le importaba que quienes le perseguían fueran allí; pero él planeaba estar en otro lugar. Iría a Hookton para comprobar si su padre había escondido allí el Grial y después, ya que no albergaba la esperanza de hallarlo, se dirigiría a Francia, donde el ejército inglés había sitiado Calais, el lugar en el que estaban sus amigos y en el que un arquero tenía más posibilidades de encontrar un trabajo de verdad. Los hombres de Will Steak estaban en las líneas de asedio y sus arqueros deseaban que Thomas los comandara, y él sabía que podía hacerlo. Podía dirigir su propio grupo de hombres y ser tan temido como lo era Will Steak. Iba sumido en esas consideraciones mientras cabalgaba hacia el sur, aunque no era capaz de pensar con claridad ni de seguir el hilo de sus pensamientos. Estaba demasiado obsesionado con las muertes de Eleanor y el padre Hobbe, se torturaba con el recuerdo de la última vez que vio a Eleanor y la remembranza de aquella mirada le

hizo ver las tierras que atravesaba distorsionadas por las lágrimas.

Se suponía que Thomas debía dirigirse al sur con los hombres que llevaban noticias de la victoria inglesa a Londres, pero no llegó más allá de York. Debería haber partido al amanecer, pero Robbie Douglas se había esfumado. El caballo del escocés todavía estaba en los establos del arzobispo y su equipaje, en el patio, donde lo había dejado, pero Robbie no estaba. Por un momento, Thomas sintió la tentación de dejar atrás al escocés; sin embargo, un vago y fastidioso sentido del deber hizo que se quedara. O quizá fuera que en realidad no le interesaba la compañía de aquellos hombres de armas que cabalgaban cargados de noticias triunfantes, así que los dejó marchar para ir en busca de su compañero.

Encontró al escocés mirando boquiabierto las claves doradas del techo de la catedral de York.

—Deberíamos estar cabalgando hacia el sur —observó Thomas.

—Pues sí... —soltó Robbie haciendo caso omiso.

Thomas calló.

—He dicho que deberíamos estar cabalgando hacia el sur —repitió tras una breve espera.

—Y ya estamos haciéndolo —asintió Robbie—, yo no te lo impido. —Levantó un brazo magnánimo—. ¡Sigue cabalgando!

—¿Abandonas la caza de De Taillebourg? —preguntó Thomas. Conocía el nombre del sacerdote por Robbie.

—No. —Robbie seguía con la cabeza hacia atrás, mirando la magnificencia del techo del crucero—. Encontraré a ese hijo de puta y lo desbullaré.

Thomas desconocía el significado de *desbullar*, pero decidió que tal palabra anunciaba malas noticias para De Taillebourg.

—¿Y por qué demonios estás aquí?

Robbie frunció el entrecejo. Tenía una mata de pelo rizado y un rostro braco que, a primera vista, le otorgaban un aspecto juvenil, aunque una observación más detenida revelaba la fuerza de sus mandíbulas y la dureza de su mirada. Finalmente bajó la vista hacia Thomas.

—¡Lo que no puedo aguantar —dijo él— es a esos jodidos! ¡Si serán cabrones!

Thomas tardó un instante en darse cuenta de que Robbie se refería a los hombres de armas que habían sido sus compañeros de viaje desde Durham hasta York, los mismos que ahora se hallaban a dos horas al sur, de camino a Londres.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No los oíste anoche? ¿No los oíste? —La indignación de Robbie era más que obvia y atrajo la atención de dos hombres que estaban en lo alto de un andamio, pintando la escena de la multiplicación de los panes y los peces en la pared de la nave.

—¿Y la noche anterior? —prosiguió Robbie.

—Se emborracharon —dijo Thomas—, pero nosotros también lo hicimos.

—¡Contando cómo libraron la batalla! —dijo Robbie—. ¡Cualquiera diría, escuchando a esos cabrones, que huimos...!

—Huisteis —repuso Thomas. Robbie no lo había oído.

—¡Cualquiera diría que no luchamos en absoluto! Fanfarrones, ¡si casi ganamos! ¿Me oyes? —Clavó un dedo en el pecho de Thomas con agresividad—. ¡Maldita sea, estuvimos a punto de ganar y esos idiotas nos ponían de cobardes para arriba!

—Perdisteis —dijo Thomas.

Robbie miró fijamente a Thomas sin dar crédito a lo que oía.

—¡Pero si os hicimos retroceder casi medio camino hasta el maldito Londres! ¡Si no corríais! ¡Os meabais de miedo! Maldita sea, casi ganamos, ya lo creo, y esos desgraciados se están regodeando. ¡Se regodean! ¡Quisiera haberlos matado a todos! —Una veintena de parroquianos estaba escuchando. Dos peregrinos, que se dirigían de rodillas hasta la hornacina detrás del altar mayor, se quedaron boquiabiertos mirando a Robbie. Un sacerdote frunció el entrecejo nervioso, y un niño empezó a chuparse el pulgar y miraba horrorizado cómo aquel hombre que gritaba tan alto sacudía la cabeza—. ¿Me oyes? —aullaba Robbie—. ¡Maldición, casi ganamos!

Thomas se alejó.

—¿Adónde vas? —inquirió Robbie.

—Hacia el sur —respondió Thomas. Entendía que Robbie se sintiera violento. Los mensajeros que llevaban las noticias de la batalla no pudieron resistirse a adornar la historia cuando les entretenían en castillos o monasterios, y, de esa manera, una virulenta batalla, una carnicería tan salvaje, se había convertido en una victoria fácil. No cabía duda de por qué Robbie estaba ofendido, pero Thomas no sentía mucha compasión por él. Se dio la vuelta y apuntó con el dedo al escocés.

—Deberías haberte quedado en casa.

Robbie escupió asqueado, luego se percató de que tenía público.

—Si no corríais —le reprochó con vehemencia, luego dio un salto para alcanzar a Thomas. Sonrió con burla y su rostro se colmó de un repentino y atractivo encanto—. No era mi intención gritarte —se disculpó—, sólo estaba furioso.

—Yo también —replicó Thomas, pero su furia era contra sí mismo y se confundía con la culpabilidad y la pena, que no disminuían mientras cabalgaban hacia el sur. Emprendieron el camino entre el rocío abundante de la mañana.

Cabalgaban a través de las nieblas otoñales, agazapadas bajo el azote de la lluvia, y casi a cada paso del viaje Thomas pensaba en Eleanor. Lord Outhwaite le había prometido que recibiría sepultura y que se dirían misas por su alma, y a veces Thomas deseaba compartir la tumba con ella.

—¿Y por qué te persigue De Taillebourg? —preguntó Robbie el día en que

partieron de York. Hablaban en inglés porque, aunque Robbie era de la noble casa de Douglas, no sabía francés.

Durante un rato, Thomas no dijo nada, y justo cuando Robbie pensaba que ya no contestaría, resopló con desdén.

—Porque el muy cabrón —explicó— cree que mi padre tenía el Grial.

—¡El Grial! —Robbie se santiguó—. Oí que estaba en Escocia.

—¿En Escocia? —preguntó Thomas atónito—. Sé que Génova dice tenerlo, ¿pero Escocia?

—¿Y por qué no? —Robbie se molestó—. Te recuerdo —continuó más calmado— que he oído que también hay uno en España.

—¡España!

—Y si los españoles tienen uno —dijo Robbie—, los franceses deben de tener uno también, y por lo que sé, los portugueses también. —Se encogió de hombros, luego volvió a mirar a Thomas—. ¿Así que tu padre tenía otro?

Thomas no sabía qué responder. Su padre había sido díscolo, loco, brillante, difícil y torturado. Fue un gran pecador y, precisamente por eso, podría haber sido también un santo. El padre Ralph se reía de las supersticiones, se había burlado de los huesos de cerdo ofrecidos por vendedores de reliquias como restos de santos, aunque tenía colgada de las vigas de la iglesia una lanza antigua, ennegrecida y doblada, y aseguraba que era la lanza de san Jorge. Nunca le había mencionado el Grial a Thomas, pero desde su muerte éste había advertido que la historia de su familia estaba muy ligada a la santa copa. Al final, eligió contarle la verdad a Robbie.

—No lo sé —contestó—, la verdad es que no lo sé.

Robbie se agachó bajo una rama que crecía baja atravesando el camino.

—¿Me estás diciendo que se trata del Grial auténtico?

—Si existe —apuntó Thomas, y se preguntó de nuevo si existía. Suponía que cabía esa posibilidad, pero deseaba que no fuera así. Con todo, le habían encargado la misión de encontrarlo, así que buscaría al único amigo de su padre, le preguntaría sobre el Grial y cuando recibiera la respuesta esperada volvería a Francia y se uniría a los arqueros de Skeat. El propio Will Skeat, que había sido su comandante y amigo, estaba perdido en algún lugar de Caen, y Thomas no sabía si seguía vivo o, en tal caso, si era capaz de hablar, entender o andar. Podría enterarse enviando una carta a sir Guillaume d'Eveque, el padre de Eleanor, y así Will obtendría un salvoconducto a cambio de la liberación de algún noble francés de segunda. Thomas le devolvería el préstamo a lord Outhwaite con dinero robado al enemigo y luego, se dijo, encontraría consuelo en la práctica de su destreza, la arquería, y en asesinar a los enemigos del rey. Quizá De Taillebourg vendría, le encontraría y Thomas le mataría del mismo modo en que aplastaría a una rata. ¿Y Robbie? Thomas había decidido que le gustaba el escocés, pero no le importaba si se quedaba o se iba.

Robbie sólo entendía que De Taillebourg buscaría a Thomas, así que permanecería al lado del arquero hasta matar al dominico. No tenía otra ambición, tan sólo vengar a su hermano: era un deber familiar.

—Toca a un Douglas —le explicó a Thomas— y te haremos trizas. Te despellejaremos vivo. Es una cuestión de sangre, ¿sabes?

—¿Incluso si el asesino es el cura?

—Sea él o su sirviente —aclaró Robbie—, el sirviente obedece al amo. De todos modos el cura es responsable, así que tiene que morir. Le pienso rebanar el gazonate a ese cabrón. —Cabalgó en silencio durante un rato, luego sonrió burlón—. Y después iré al infierno, pero por lo menos habrá multitud de Douglas haciendo compañía al diablo. —Se rió.

Les llevó diez días llegar a Londres y, una vez allí, Robbie aparentaba no estar impresionado, como si en Escocia hubiera ciudades de ese tamaño en cualquier valle. Sin embargo, después de un rato dejó de fingir y empezó a mirar sobrecogido los suntuosos edificios, las calles abarrotadas y los mercadillos atestados. Thomas gastó algunas monedas de lord Outhwaite para hospedarse en una taberna situada fuera de los muros de la ciudad, junto al abrevadero de Smithfield y cerca del prado donde más de trescientos comerciantes tenían sus puestos.

—¿Y ni siquiera es día de mercado? —exclamó Robbie, y luego agarró de la manga a Thomas—. ¡Mira! —un juglar estaba haciendo malabares con doce bolas en el aire; no era nada extraordinario, en cualquier feria rural se exhibía lo mismo, pero este hombre se tenía en pie sobre dos espadas, las usaba como zancos, con los pies desnudos sobre las puntas—. ¿Cómo lo hace? —preguntó Robbie—. ¡Y mira! —Un oso bailaba y caminaba al son de una flauta justo debajo de una horca de la que colgaban dos cuerpos. Era el lugar donde traían a los delincuentes de Londres para enviarlos cuanto antes al infierno. Ambos estaban cubiertos de cadenas para sujetar la carne putrefacta a los huesos, y la pestilencia de los cadáveres en descomposición se confundía con el olor a humo y el hedor del ganado asustado con el que se comerciaba en el prado, que se extendía entre las murallas de Londres y el Priorato de San Bartolomé, donde Thomas pagó a un cura para que dijera misas por las almas de Eleanor y el padre Hobbe.

Thomas, que ante Robbie aparentaba estar más familiarizado con Londres de lo que lo estaba en realidad, había escogido la taberna de Smithfield sólo porque su símbolo eran dos flechas cruzadas. Era su segunda visita a la ciudad y se sentía tan impresionado, confuso, encandilado y sorprendido como Robbie. Al pasear por las calles, se quedaron boquiabiertos con las iglesias y las casas de los nobles, y Thomas invirtió más dinero de lord Outhwaite en comprarse unas botas nuevas, unas calzas de piel de becerro, un abrigo de piel de buey y una capa fina de lana. Le tentó también una elegante cuchilla francesa con estuche de marfil, pero, al no conocer su valor,

temía que le estafaran; pensó que ya le robaría una a algún cadáver francés cuando llegara a Calais. Así que pagó a un barbero para que le afeitara y luego, vestido con sus mejores galas, se gastó lo que valía la cuchilla que no había comprado en una de las mujeres de la taberna para después tumbarse, con lágrimas en los ojos, pensando en Eleanor.

—¿Hay alguna razón por la que estemos en Londres? —le preguntó Robbie esa noche.

Thomas apuró su cerveza e hizo una señal a la chica para que le trajera más.

—Está de camino a Dorset.

—Ésa es tan buena razón como cualquier otra.

En realidad Londres no estaba de camino entre Durham y Dorchester, pero las carreteras hasta la capital eran mucho mejores que las que se perdían por todo el país, de manera que resultaba más rápido atravesar la gran ciudad. De todos modos, después de tres días, Thomas sabía que debían continuar, así que juntos cabalgaron hacia el oeste. Borearon Westminster y, por un instante, Thomas pensó en visitar a John Prike, el capellán real enviado para acompañarle hasta Durham que había caído enfermo en Londres y ahora vivía o moría en el hospital de la abadía; pero no tenía estómago para hablar del Grial, así que continuó cabalgando.

El aire se volvía más limpio cuanto más se adentraban en el campo. No se consideraba seguro viajar por estos caminos, pero el rostro de Thomas se mostraba tan adusto que el resto de los viajeros pensaban que él era más un peligro que una víctima. Iba sin afeitar y vestido, como siempre, de negro, y la tristeza de los últimos días había dibujado profundas líneas en su rostro consumido. Además, la mata de pelos despeinada de Robbie hacía que ambos tuvieran el mismo aspecto que los vagabundos que deambulaban por los caminos, con la excepción de que ellos dos iban armados hasta los dientes. Thomas llevaba su espada, el arco y la bolsa de flechas, mientras que Robbie llevaba la espada de su tío con el mechón de pelo de san Andrés dentro de la empuñadura. Sir William había decidido que utilizaría poco la espada en los próximos años, mientras su familia intentaba conseguir el enorme rescate, así que se la había prestado a Robbie y le había animado a hacer buen uso de ella.

—¿Crees que De Taillebourg estará en Dorset? —le preguntó Robbie a Thomas mientras cabalgaban bajo un aguacero de lluvia punzante.

—Lo dudo.

—¿Entonces por qué vamos hacia allí?

—Porque puede que vaya con el tiempo —respondió Thomas—, él y su maldito sirviente. —No sabía del sirviente más que lo que Robbie le había contado: que era un hombre, era un desdeñoso, elegante, de mirada oscura y misteriosa, pero Robbie nunca había oído su nombre. A Thomas le costaba creer que un cura hubiera matado

a Eleanor, se había convencido de que el sirviente era el asesino, así que había planeado hacerle sufrir en la agonía.

Era bien entrada la tarde cuando pasaron bajo el arco de la entrada oriental de Dorchester. Un guarda, asustado por las armas, les dio el alto, pero retrocedió cuando Thomas le contestó en francés. Sugería que era aristócrata y el guarda dejó pasar a los dos jinetes con hosquedad, para observarles luego con detalle mientras subían por la calle del Éste. Un rato después, pasaban ante la iglesia de Todos los Santos y la prisión del condado. Las casas eran más lujosas a medida que se acercaban al centro de la ciudad y, cerca de la iglesia de San Pedro, las de los comerciantes de lana no habrían desentonado en Londres. Thomas olía el caos tras las casas donde los carniceros desempeñaban su oficio; luego guió a Robbie hasta Cornhill, pasando por la tienda del peltrero, que era bizco y tartamudo, y por la del herrero al que había comprado algunas puntas de flecha. Conocía a la mayoría de esta gente. El Perro, un mendigo sin piernas que había recibido su apodo porque bebía agua a lengüetazos del río Cerne, se arrastraba por la calle del Sur con tacos de madera atados a las manos. Dick Adyn, el hermano del carcelero de la ciudad, guiaba a tres ovejas colina arriba y se detuvo para dedicarle un insulto ingenioso a Willie Palmer, que estaba cerrando su calcetería. Un cura joven se apresuraba por un callejón con un libro entre los brazos y apartó la vista de una mujer que estaba en cuclillas sobre la alcantarilla. Una ráfaga de viento llevó humo de madera hacia la calle. Dorcas Galton, que llevaba el pelo castaño recogido en un moño, sacudió una alfombrilla por una ventana en el piso de arriba y soltó una carchada por algo que dijo Dick Adyn. Todos hablaban con el acento local, suave y cerrado, como un murmullo, igual que el propio Thomas, que estuvo a punto de frenar el caballo para conversar con ellos, pero Dick Adyn le lanzó una mirada y luego la apartó enseguida, y Dorcas cerró la ventana de un golpe. Robbie tenía un aspecto imponente, pero la mirada demacrada de Thomas era, si cabe, más aterradora, y ninguno de los lugareños lo reconoció como el hijo bastardo del último cura de Hookton. Lo habrían reconocido si se hubiera presentado, pero la guerra lo había cambiado. Le había dado una dureza que asustaba a los extraños. Cuando salió el Dorset era muchacho, y ahora volvía como uno de los apreciados asesinos al servicio de Eduardo de Inglaterra. Cuando partió de la ciudad por la puerta sur, un condestable les dijo adiós y hasta nunca.

—¡Dad gracias, vosotros dos, de no estar en la cárcel! —exclamó el hombre, envalentonado por el abrigo municipal de malla y la lanza antigua.

Thomas detuvo el caballo, se volvió sobre la montura y simplemente miró a aquel hombre que, de repente, encontró motivos para echarse atrás y adentrarse en el callejón junto a la entrada. Thomas escupió y continuó cabalgando.

—¿Tu ciudad? —preguntó Robbie mordazmente.

—Ya no —respondió Thomas, y se preguntó dónde estaba su hogar en esos días,

y por alguna extraña razón le vino a la mente La Roche-Derrien y se vio recordando a Jeannette Chenier en su magnífica casa junto al río Jaudy, y esa reminiscencia de un antiguo amor le hizo sentirse culpable una vez más por Eleanor—. ¿Dónde está tu ciudad? —le preguntó a Robbie por no vivir en los recuerdos.

—Crecí cerca de Langholm.

—¿Dónde está eso?

—En el río Esk —aclaró Robbie—, un poco más al norte de la frontera. Es una zona dura, desde luego. No como ésta.

—Éste es un lugar agradable —dijo Thomas con suavidad. Alzó la vista hacia los altos muros verdes del Castillo de las doncellas donde el diablo jugueteaba en la víspera de Todos los Santos y donde los reyes de codornices entonaban su canción discordante. De los setos colgaban moras maduras y, al bajar el sol, los cachorros de zorro corrían resbalando por el límite de los campos. Unas millas más allá y el atardecer habría ennegrecido casi hasta la noche, pero ahora olía el mar e imaginaba que podía oírlo, mientras el oleaje lamía los guijarros de Dorset. Era la hora de los fantasmas, cuando las almas de los difuntos bailaban a la vista de los humanos y cuando los tipos buenos se apresuraban por llegar a casa junto a la hoguera, bajo la techumbre de paja y tras las puertas con cerrojo. Un perro aulló en uno de los pueblos.

Thomas había pensado cabalgar hasta Down Mapperley, donde sir Giles Marriott, el señor de Hookton entre otros pueblos, tenía su residencia, pero era tarde y no consideró prudente llegar después del anochecer. Además, Thomas quería ver Hookton antes de hablar con sir Giles, así que hizo que el cansado caballo girara hacia el mar y guió a Robbie bajo la elevada y oscura sombra de la colina Lipp.

—Maté a mis primeros hombres allí arriba, en esta colina —fanfarroneó.

—¿Con el arco?

—A cuatro —dijo Thomas—, con cuatro flechas. —Esto no era del todo cierto, puesto que aquel día disparó siete u ocho flechas, quizá más, pero sí que había matado a cuatro de los asaltantes que habían cruzado el Canal para saquear Hookton. Y ahora se adentraba en la sombra crepuscular de la desembocadura del Hookton; podía ver mientras descendía cómo la inquietud de las olas rompía con destellos blancos al anochecer. Seguían el cauce, hacia el lugar en que su padre había predicado y fallecido.

Ya nadie vivía allí. Los asaltantes habían dejado el pueblo muerto. Habían quemado las casas, el techo de la iglesia se había desplomado y los antiguos habitantes de Hookton estaban enterrados en un cementerio invadido por ortigas, espinos y cardos. Habían pasado cuatro años y medio desde que el grupo de asaltantes hubo llegado a Hookton comandado por el primo de Thomas, Guy Vexille, el conde de Astarac y el padre de Eleanor, sir Guillaume d'Evèque. Thomas mató a

cuatro de los ballesteros y así se inició su vida de arquero. Abandonó sus estudios en Oxford y, hasta el momento, no había regresado a su pueblo natal.

—Éste era mi hogar —le explicó a Robbie.

—¿Qué pasó?

—Los franceses fueron lo que pasó —respondió Thomas y señaló hacia el mar que oscurecía—. Zarparon de Normandía.

—Jesús. —Por alguna razón, Robbie se sorprendió. Sabía que las tierras fronterizas de Inglaterra y Escocia eran lugares donde se quemaban edificios, se robaba ganado, se violaban mujeres y mataban hombres, pero nunca había pensado que eso mismo sucedía tan al sur. Se apeó del caballo y se acercó a un montón de ortigas sobre lo que había sido una vivienda—. ¿Aquí había un pueblo?

—Un pueblo pesquero —contestó Thomas, y bajó a zancadas por lo que antes era la calle donde se remendaban las redes y las mujeres ahumaban pescado. La casa de su padre era ahora un montón de maderos quemados, plagados de correhuelas. El resto de las viviendas estaban en el mismo estado, con las techumbres y zarzos reducidos a cenizas y tierra. Sólo la iglesia al oeste del río era reconocible, con sus muros desolados a cielo descubierto. Thomas y Robbie ataron los caballos a unos avellanos jóvenes en el cementerio, luego llevaron su equipaje al interior de la iglesia en ruinas. Ya era demasiado tarde para explorar, pero Thomas no podía dormir y bajó a la playa a recordar esa mañana de Pascua en que los barcos normandos desembarcaron en la playa de guijarros, y los hombres llegaron gritando al amanecer con espadas y ballestas, hachas y fuego. Habían venido por el Grial. Guy Vexille estaba convencido de que lo tenía su tío, así que el Arlequín pasó a cuchillo a todo el pueblo de Hookton. Lo quemó, lo destrozó, y se fue de allí sin el tesoro.

El rumor de la corriente serpenteaba entre los guijarros del Hook hasta desembocar en el estruendo del mar.

Thomas se sentó junto al río, envuelto en su capa nueva, con el gran arco negro a su lado. El capellán, John Pryke, hablaba sobre el Grial con el mismo tono turbado que el padre Hobbe empleaba al hablar de las reliquias. El Grial, dijo el padre Pryke, no era sólo la copa de la que Cristo bebió vino en la Última Cena, sino también el recipiente al que había ido a parar la sangre que derramó en la cruz.

—Longino —dijo el padre Pryke exaltado— era el centurión que se hallaba bajo la cruz y, cuando la lanza le atravesó con dolor, ¡alzó el cuenco para recoger la sangre!

Thomas se preguntó cómo llegó a parar la copa de la estancia donde Cristo comió por última vez a manos de un centurión romano. Y, todavía más extraño, cómo había llegado a Ralph Vexille. Cerró los ojos, balanceándose atrás y adelante, avergonzado de su incredulidad. El padre Hobbe siempre le llamaba Thomas *Dudas*.

—No debes buscar explicaciones —le aconsejaba el padre Hobbe una y otra vez

—, porque el Grial es un milagro. Trasciende cualquier explicación.

—*C'est une tasse magique* —había agregado Eleanor, secundando implícitamente su reproche al del padre Hobbe.

Thomas también deseaba creer que era una «copa mágica». Quería creer que el Grial existía más allá de la visión humana, tras un velo de incredulidad, algo medio visible, reluciente, maravilloso, suspendido en la luz, que resplandecía como el fuego tenue. Quería creer que algún día se materializaría y que del interior, donde se había depositado el vino y la sangre de Cristo, emanaría paz y curación. Aunque si Dios quería que el mundo viviera en paz, si quería acabar con las enfermedades, ¿por qué escondía el Grial? La respuesta del padre Hobbe había sido que la humanidad no merecía poseer la copa, y Thomas se preguntaba si estaba en lo cierto. ¿Acaso alguien lo merecía? Y quizá, pensó Thomas, si el Grial tenía algún tipo de magia, ésta consistía en exagerar los defectos y virtudes de aquéllos que lo buscaban. El padre Hobbe se había vuelto más santo en su búsqueda, y el extraño cura y su sirviente moreno más malévolos. Era como esas lentes que usaban los joyeros para ver mejor el trabajo que realizaban, sólo que lo que el Grial aumentaba era el carácter. ¿Y qué revelaría sobre sí mismo?, pensó Thomas. Recordó su inquietud ante la idea de casarse con Eleanor, y de repente estalló en llanto, se sofocó entre sollozos, y lloró más de lo que había llorado desde su asesinato. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, su pena era tan profunda como el mar que golpeaba los guijarros, y empeoró al tomar conciencia de que era un pecador, inconfeso, cuya alma estaba condenada al infierno.

Añoraba a su mujer, se odiaba a sí mismo, se sentía vacío, solo y condenado, y por eso, en el pueblo muerto de su padre, lloró.

* * *

Más tarde empezó a llover, una lluvia constante que empapó su capa nueva y caló hasta los huesos a Thomas y Robbie. Habían encendido un fuego que titilaba débilmente en la antigua iglesia, crepitaba bajo la lluvia y les proporcionaba una pequeña ilusión de calor.

—¿Hay lobos por aquí? —preguntó Robbie.

—Según se dice, sí —respondió Thomas—, aunque yo nunca he visto ninguno.

—En Eskdale tenemos lobos —dijo Robbie—, y por la noche les brillan los ojos rojos, como el fuego.

—Aquí hay monstruos marinos —le explicó Thomas—. A veces aparecen sus cuerpos en la orilla y se encuentran huesos en los acantilados. Otras, incluso en los días de calma, los hombres no vuelven de pescar y se sabe que los monstruos se los han llevado. —Se estremeció y se santiguó.

—Cuando murió mi abuelo —explicó Robbie—, los lobos rodearon la casa y aullaron.

—¿Es una casa grande?

Robbie parecía sorprendido por la pregunta. Pensó por un momento y luego asintió con la cabeza.

—Sí —respondió—. Mi padre es terrateniente.

—¿Un noble?

—Como un noble —contestó Robbie.

—¿No estaba en la batalla?

—Perdió una pierna y un brazo en Berwick. Así que nosotros, los jóvenes, tenemos que luchar por él. —Le explicó que era el menor de cuatro hermanos—. Ahora tres —aclaró, y se santiguó al pensar en Jamie.

Durmieron a medias, se despertaron, se estremecieron y al alba Thomas volvió caminando al Hook para contemplar cómo el nuevo día se abría en tonos grises por los límites abruptos del mar. La lluvia había cesado, aunque el viento helado rompía la cresta de las olas. El gris se volvió blanco mortecino, luego plateado mientras las gaviotas graznaban sobre la extensa playa de guijarros donde, en lo más alto de la orilla del Hook, encontró los restos erosionados de cuatro postes. No estaban allí cuando se marchó, pero debajo de uno de ellos, medio enterrado por las piedras, había un trozo amarillento de cráneo, y supuso que era uno de los ballesteros que había matado con su arco negro aquel día de Pascua. Cuatro postes, cuatro muertos, y Thomas supuso que habían colocado las cuatro cabezas en las estacas para que miraran hacia el mar hasta que las gaviotas les sacaran los ojos a picotazos y arrancaran a tiras la carne de los cráneos desnudos.

Miró fijamente hacia el pueblo en ruinas, pero no vio a nadie. Robbie todavía estaba dentro de la iglesia, de la que salía una voluta minúscula de humo, pero, por lo demás, Thomas se encontraba a solas con las gaviotas. Ni siquiera había ovejas, ganado o cabras en la colina Lipp. Volvió caminando hacia el interior, sus pies hacían crujir los guijarros, y entonces se percató de que llevaba en su mano el fragmento roto de cráneo y lo arrojó al río, al lugar donde, cuando él era un niño, los hombres inundaban las barcas pesqueras para librarse de las ratas. Tenía hambre, se acercó a la iglesia y cogió un trozo de queso seco y pan negro de la alforja que había tirado junto a la puerta. Los muros del templo, ahora que podía verlos bien a la luz del día, parecían más bajos de lo que recordaba, quizá porque las gentes del lugar habían venido con carros a llevarse piedras para construir establos y pocilgas, o para reparar alguna pared de sus casas. En el interior de la iglesia sólo había una maraña de espinos y ortigas, y unos cuantos trozos nudosos de madera carbonizada que hacía tiempo que estaban cubiertos de hierba.

—Casi me matan aquí —le dijo a Robbie, y le describió cómo los asaltantes

habían intentado tumbar la puerta de la iglesia, mientras él rompía de una patada los paneles de mica de la vidriera que había tras el tabernáculo y saltaba al cementerio. Al contarle aquella precipitada fuga a Robbie, recordó que sus pies aplastaron el cáliz de plata que utilizaba su padre en la misa cuando pasó por encima del altar.

¿Sería esa copa plateada el santo Grial? Soltó una carcajada al pensarlo. El cáliz de las misas de su padre era una copa de plata con la insignia de los Vexille grabada, y ésta, extraída de la copa rota, estaba ahora incrustada en el arco de Thomas. Era todo lo que quedaba de la vieja copa, pero no podía tratarse del Grial. El Grial era mucho más antiguo, mucho más misterioso y mucho más aterrador.

Hacía tiempo que el altar había desaparecido, pero había un cuenco de arcilla poco profundo en las ortigas donde había estado situado. Thomas apartó las plantas con los pies y cogió el cuenco, recordó cómo su padre lo llenaba de obleas antes de misa y lo cubría con un retal de lino, luego lo llevaba sin dilación a la iglesia y se enfadaba si alguno de los habitantes del pueblo no se quitaba el sombrero y hacía una reverencia al pasar él con el sacramento. Thomas le había dado una patada sin querer al cuenco cuando se subió al altar para escapar de los franceses, y allí estaba todavía. Sonrió arrepentido, pensó en quedarse con él, pero lo devolvió a las ortigas. Los arqueros deben viajar ligeros.

—Viene alguien —le advirtió Robbie, y corrió a buscar la espada de su tío. Thomas agarró el arco, cogió una flecha de la bolsa, y justo entonces oyó los cascos y el aullido de los perros. Se acercó a las ruinas de la puerta y vio a una docena de enormes lebreles ingleses que chapoteaban en la corriente con la lengua colgando entre los colmillos; no tenía tiempo de escapar, sólo podía pegarse a la pared mientras los sabuesos se dirigían hacia él.

—¡Argo! ¡Mera! ¡Venid aquí ya! ¡Maldita sea, si es que no tenéis modales! —gritó el jinete a los perros, y reforzaba sus órdenes haciendo restallar el látigo sobre sus cabezas, pero las bestias rodearon a Thomas y le saltaron encima. Aunque no en actitud amenazante: le lamían la cara y agitaban la cola—. ¡Ortro— !el cazador gritó a un perro, luego le lanzó una dura mirada a Thomas. No lo reconoció, pero era obvio que los sabuesos sí lo conocían y eso calmó al cazador.

—Jake —dijo Thomas.

—¡Cristo bendito en la cruz! —exclamó Jake—. ¡Cristo bendito! Pero mira lo que nos ha traído la marea. ¡Ortro! ¡Argo! ¡Fuera, cabrones, fuera de aquí! —el látigo restalló sonoro y los sabuesos, todavía exaltados, se retiraron. Jake sacudió la cabeza—. Eres Thomas, ¿no?

—¿Cómo estás, Jake?

—Más viejo —contestó Jake Churchill con rudeza; luego se apeó de la silla, apartó a los perros y saludó a Thomas con un abrazo—. Fue el condenado de tu padre quien puso nomine a estos perros. Pensó que era una buena broma. Es una alegría

verte, muchacho. —Jake tenía la barba gris, el rostro oscuro como una nuez debido al clima y la piel marcada por los innumerables setos con espinas. Era el cazador jefe de sir Giles Marriott, el hombre que había enseñado a Thomas a disparar con un arco, a acechar a los venados y a moverse por el campo a escondidas y con sigilo—. Santo cielo, muchacho —exclamó—, has crecido mucho. ¡Mira lo alto que estás!

—Los chicos crecen, Jake —contestó Thomas; luego hizo un gesto hacia Robbie—. Es un amigo.

Jack saludó con la cabeza al escocés, luego tiró de dos de los sabuesos para apartarlos de Thomas. Los perros, bautizados como sabuesos de la mitología griega y latina, aullaban de excitación.

—¿Y qué demonios hacéis aquí abajo? —inquirió Jake—. Tendríais que haber subido a la residencia, como los cristianos.

—Llegamos ya entrada la noche —le explicó Thomas— y quería volver a ver todo esto.

—No hay nada que ver aquí —dijo Jake con desdén—. Aquí ya sólo hay liebres.

—¿Estás cazando liebres?

—Yo no saco diez pares de perros para olisquear liebres, muchacho. No, el chico de Lally Gooden os vio a los dos merodear por aquí, así que sir Giles me envió a ver qué demonios estaba pasando. En primavera tuvimos un par de vagabundos que intentaban instalarse aquí y tuvimos que echarlos a patadas. Y la semana pasada había un par de forasteros deambulando.

—¿Forasteros? —preguntó Thomas, puesto que sabía que Jake bien podía referirse a los que venían de la parroquia de al lado.

—Un cura y su sirviente —contestó Jake—, y si no hubiera sido un cura le hubiera echado los perros encima. No me gustan los forasteros, no veo para qué sirven. Oye, esos caballos parecen muertos del hambre. Igual que vosotros dos. ¿Queréis desayunar? ¿O vais a quedaros ahí todo el día acariciando a los jodidos perros hasta que la espichen? Rediós, ¡que me los vais a malcriar!

Cabalgaron de vuelta hacia Down Mapperley, siguiendo a los perros por el diminuto pueblo. Thomas recordaba el lugar muy grande, dos veces Hookton, y cuando era niño pensaba que era casi una ciudad, pero ahora veía lo pequeño que era. Pequeño y bajo, de manera que a caballo veía por encima de los tejados de paja de las viviendas que tan suntuosas le parecían de niño. Los montones de estiércol que había junto a las granjas eran tan altos como los techos de las casas. La residencia de sir Giles Marriott, justo pasado el pueblo, también tenía una techumbre de paja, con una capa gruesa de musgo que llegaba casi hasta el suelo.

—Estará encantado de verte —prometió Jake.

Y así fue. Se había vuelto un anciano, un viudo que antes desconfiaba de la rebeldía de Thomas, aunque ahora lo saludaba como al hijo pródigo.

—Estás muy delgado, muchacho, demasiado delgado. No es bueno que un hombre esté delgado. No habéis desayunado, supongo. Puré de guisantes y cerveza es lo que tenemos. Ayer había pan, pero hoy no. ¿Cuándo coceremos más pan, Gooden? —preguntó a un sirviente.

—Hoy es miércoles, señor —contestó el sirviente con reprobación.

—Entonces mañana —le explicó sir Giles a Thomas—. El pan mañana, hoy no hay pan. Ya es mala suerte cocer el pan los miércoles. El pan de los miércoles lo envenena a uno. Deberíais haber probado el pan de los lunes. ¿Y dices que eres escocés? —Esto iba dirigido a Robbie.

—Sí, señor.

—Pensaba que todos los escoceses llevaban barba —dijo sir Giles—. Había un escocés en Dorchester, ¿no, Gooden? ¿Te acuerdas de él? Llevaba barba. Tocaba la bandola y bailaba bien. Tienes que acordarte de él.

—Era de las islas Scilly —aclaró el sirviente.

—Eso es justo lo que he dicho. Pero llevaba barba, ¿no?

—Sí, sir Giles. Una muy grande.

—Pues eso, ahí está. —Sir Giles se llevó a la boca, en la que tan sólo quedaban dos dientes, un poco de puré de guisantes. Estaba gordo, tenía el pelo blanco y la cara roja y, por lo menos, tenía cincuenta años—. Ya no puedo montar a caballo, Thomas —admitió—. Ya no sirvo más que para estar sentado y mirar cómo pasa el tiempo. ¿Te ha contado Jake lo de los forasteros que rondaban por aquí?

—Sí, señor.

—¡Un cura! Ropas blancas y negras como una urraca. Quería hablar sobre tu padre y le dije que no había nada de qué hablar. El padre Ralph está muerto, le dije, y que Dios lo tenga en su gloria.

—¿Preguntó el cura por mí? —inquirió Thomas.

Sir Giles sonrió nervioso.

—Le dije que hacía años que no te veía y que esperaba no volver a verte jamás, y luego su sirviente me preguntó dónde podría encontrarte, y le dije que no hablara a sus superiores sin permiso. ¡Eso no le gustó nada! —rió entre dientes—. Así que cuando la urraca me preguntó por tu padre le contesté que apenas le conocía. Era mentira, por supuesto, pero me creyó y se fue. Pon algunos leños al fuego, Gooden. Uno moriría congelado en su propia casa si de ti dependiera.

—¿Entonces el cura se marchó, señor? —preguntó Robbie. No parecía muy probable que De Taillebourg simplemente aceptara una negativa y se marchara dócilmente.

—Tenía miedo de los perros —explicó sir Giles, y todavía le hacía gracia—. Tenía algunos de los sabuesos aquí dentro y si no hubiera ido vestido como una urraca los habría soltado, pero no me gusta matar a curas. Después siempre surgen

problemas. El diablo viene y se te lleva al huerto si matas a un cura. Pero no me gustaba y le dije que no estaba seguro de cuánto tiempo sería capaz de mantener los perros atados. Hay algo de jamón en la cocina. ¿Quieres jamón, Thomas?

—No, señor.

—¡Cómo odio el invierno! —Sir Giles se quedó mirando fijamente el fuego, que ahora brillaba en todo su esplendor en la amplia chimenea. La casa tenía vigas ennegrecidas por el humo que soportaban la enorme extensión de la techumbre. En un extremo, una mampara de madera tallada ocultaba las cocinas, mientras que las habitaciones privadas estaban en el otro extremo, aunque desde la muerte de su mujer sir Giles ya no usaba las más pequeñas, sino que vivía, comía y dormía junto a la chimenea—. Calculo que éste será mi último invierno, Thomas.

—Espero que no, señor.

—Tú puedes esperar lo que te plazca, pero no pasaré de este invierno. No cuando llegue el hielo. Estos días uno no puede mantenerse en calor, Thomas. El frío te cala los huesos, se mete hasta la médula y eso no me gusta. A tu padre tampoco le gustó nunca. —En ese momento contemplaba a Thomas—. Tu padre siempre dijo que te marcharías. No a Oxford. Sabía que no te gustaba eso. Solía decir que era como machacar el hierro cuando está frío. Sabía que te irías y te convertirías en un soldado. Siempre dijo que tenías sangre salvaje. —Sir Giles sonrió por los recuerdos—. Pero también decía que algún día volverías a casa. Decía que volverías para enseñarle en qué muchacho tan estupendo te habías convertido.

Thomas contuvo las lágrimas. ¿Había dicho realmente eso su padre?

—Esta vez he vuelto —dijo—, para haceros una pregunta, señor. La misma, creo, que quería haceros el cura francés.

—¡Preguntas! —farfulló sir Giles—. Nunca me han gustado las preguntas. Requieren respuestas, ¿sabes? ¡Claro que quieres algo de jamón! ¿Cómo no vas a querer? ¿Gooden? Pide a tu hija que desempaque el jamón, ¿quieres?

Sir Giles se levantó con esfuerzo y cruzó la casa arrastrando los pies hasta un gran arcón de madera oscura de roble. Levantó la tapa y, refunfuñando por el esfuerzo al agacharse, empezó a hurgar entre las ropas y botas que estaban revueltas en el interior.

—Ahora creo, Thomas —continuó—, que no necesito preguntas. Cada dos semanas me toca sentarme en el tribunal, ¡y sé si son culpables o inocentes en el momento en que los llevan a la sala! Pero bueno, tenemos que fingir que no es así, ¿no? A ver, ¿dónde está? ¡Ah! —Encontró lo que buscaba y lo llevó a la mesa—. Ésta es la respuesta a tu maldita pregunta. —Empujó el fardo por toda la mesa.

Era un objeto pequeño envuelto en arpillera antigua. Thomas tuvo la absurda premonición de que era el mismo Grial y sintió una ridícula decepción cuando descubrió que el fardo contenía un libro. La cubierta del libro era una tapa de piel

suave, cuatro o cinco veces más grande que las páginas, que servía para envolver completamente el volumen que, cuando Thomas lo abrió, resultó ser de puño y letra de su padre. Sin embargo, tratándose de su padre, nada en él era sencillo. Thomas hojeó las páginas con rapidez y descubrió notas escritas en latín, griego y una extraña caligrafía que pensó que debía de ser hebreo. Volvió a la primera página, donde sólo había escritas tres palabras y, al leerlas, se le heló la sangre. *Calix meus inebrians*.

—¿Es tu respuesta? —preguntó sir Giles.

—Sí, señor.

Sir Giles echó un vistazo a la primera página.

—Eso es latín, ¿no?

—Sí, señor.

—Eso pensaba. Lo miré, claro, pero para mí no tenía ni pies ni cabeza y no quería arriesgarme a preguntar a sir John —éste era el cura de San Pedro en Dorchester—, o a ese abogado, ¿cómo se llama? Ése que babea cuando se exalta. Habla latín o, al menos, eso dice. ¿Qué significa?

—«Mi copa me embriaga» —respondió Thomas.

—¡«Mi copa me embriaga»! —Sir Giles pensaba que era increíblemente divertido—. Sí, pues no estaba loco tu padre... Un buen hombre, un buen hombre, pero ¡madre mía! ¡«Mi copa me embriaga»!

—Se trata de un salmo —aclaró Thomas, y pasó la segunda página, donde el texto estaba escrito en la caligrafía que pensaba que era hebrea, aunque tenía algo extraño. Uno de los símbolos recurrentes parecía un ojo humano, y Thomas nunca había visto nada parecido en un texto en hebreo, aunque, para ser sinceros, había visto pocos textos en esa lengua—. Es del salmo, señor, que empieza diciendo que el Señor es nuestro pastor —continuó.

—No es mi pastor —rezongó sir Giles—, no soy una jodida oveja.

—Ni yo, señor —declaró Robbie.

—He oído. —Sir Giles miró a Robbie— que han hecho prisionero al rey de Escocia.

—¿Ah sí, señor? —preguntó Robbie como si él no tuviera nada que ver en ello.

—Seguramente son estupideces —contestó sir Giles, y luego empezó a contar un largo relato sobre un encuentro con un escocés barbudo en Londres, y Thomas se perdió la historia para hojear las páginas del libro de su padre. Sintió una especie de extraña decepción porque el libro insinuaba que la búsqueda del Grial estaba justificada. Quería que alguien le dijera que era una tontería, que le liberara de la esclavitud de la copa, pero su padre se lo había tomado suficientemente en serio como para escribir un libro. Aunque su padre, recordó, había estado loco.

Mary, la hija de Gooden, trajo el jamón. Thomas conocía a Mary desde que de niños ambos jugaban en los charcos y la saludó con una sonrisa. Luego vio cómo

Robbie la miraba como si fuera una aparición celestial. Tenía el pelo largo y oscuro y unos labios carnosos, y Thomas estaba seguro de que Robbie descubriría a más de un rival en Down Mapperley. Esperó hasta que Mary se fue, y levantó el libro.

—¿Os habló mi padre alguna vez de esto, señor?

—Hablaba de todo —contestó sir Giles—. Hablaba como una mujer, vaya que sí. ¡No paraba nunca! Yo era amigo de tu padre, Thomas, pero nunca he sido un hombre muy religioso. Si le daba demasiadas vueltas al asunto, me dormía. Eso le gustaba. — Sir Giles paró para cortar una rodaja de jamón—. Pero tu padre estaba loco.

—¿Creéis que esto es una locura, señor? —Thomas levantó el libro de nuevo.

—Tu padre estaba loco por Dios, pero no era ningún insensato. Nunca he conocido a nadie con tanto sentido común, y lo echo de menos. Echo en falta sus consejos.

—¿Esa chica trabaja aquí? —preguntó Robbie, señalando la mampara tras la que había desaparecido Mary.

—Toda su vida —respondió sir Giles—. ¿Te acuerdas de Mary, Thomas?

—Intenté ahogarla cuando éramos pequeños —contestó Thomas. Volvió a pasar las páginas del libro de su padre, aunque no tenía tiempo de descifrar el significado de la maraña de palabras—. Sabéis qué es esto, señor, ¿no?

Sir Giles hizo una pausa, luego asintió con la cabeza.

—Sólo sé, Thomas, que muchos quieren lo que tu padre dice haber tenido.

—Entonces ¿de verdad decía que lo tenía?

Otra pausa.

—Lo insinuaba —dijo sir Giles con vehemencia—, y no te envidio.

—¿A mí?

—Porque me dio ese libro, Thomas, y me dijo que si le pasaba algo lo tenía que guardar hasta que fueras lo suficientemente mayor y hombre para asumir esa tarea. Eso es lo que dijo. —Sir Giles miró a Thomas y vio cómo se estremecía el hijo de su viejo amigo—. Pero si los dos queréis quedaros una temporada —continuó—, seréis bienvenidos. Jake Churchill necesita ayuda. Me dice que nunca ha visto tantos cachorros de zorro y que, si no matamos a algunos de esos cabrones, el año que viene habrá matanzas a porrillo entre los corderos.

Thomas miró a Robbie. Su misión era encontrar a De Taillebourg y vengar las muertes de Eleanor, el padre Hobbe y el hermano de Robbie, pero era poco probable, pensó, que el dominico volviera allí. De todos modos, estaba claro que Robbie se quería quedar: Mary Gooden ya se había encargado de eso. Y Thomas estaba cansado. No sabía dónde buscar al cura, así que la posibilidad de quedarse en la residencia fue bien recibida. Sería una oportunidad para estudiar el libro y así seguir a su padre por el largo y tortuoso camino hacia el Grial.

—Nos quedaremos, señor —decidió Thomas.

Por un tiempo.



Era la primera vez que Thomas vivía como un señor. Quizá no como un gran señor, no como un conde o un duque con montones de hombres a su mando, pero aun así con privilegios, instalado en la residencia solariega, aunque ésta sólo fuera una vivienda de madera con techumbre de paja y el suelo de tierra batida, disfrutando de los días mientras otros hacían el trabajo duro: cortar leña, sacar agua, ordeñar las vacas, hacer mantequilla, trabajar la masa y lavar la ropa. Robbie estaba más acostumbrado a esos pequeños lujos, pero consideraba que la vida era mucho más fácil en Dorset.

—Allí, en casa —explicó—, siempre hay algún inglés de los cojones que viene por la colina a robar el ganado y el grano.

—Claro, porque a ti —apuntó Thomas—, robar a los ingleses ni se te pasaría por la cabeza.

—¿Y por qué iba yo a pensar en algo así? —preguntó Robbie, sonriendo.

Así que, cuando el invierno se cernía sobre la tierra, fueron de caza por los terrenos de sir Giles Marriott, dispuestos a eliminar a cuantos zorros pudieran para salvaguardar a las jóvenes crías de los corderos, y a traer carne de venado a la mesa de sir Giles; bebieron en las tabernas de Dorchester y se rieron con los comediantes que venían a la feria de invierno. Thomas se encontró con viejos amigos y les explicó historias de Bretaña, Normandía y Picardía, de las cuales algunas eran ciertas, ganó la flecha de oro en la competición de arquería de la feria y se la regaló a sir Giles, que la colgó en su casa y la declaró el trofeo más precioso que jamás había visto.

—Mi hijo disparaba muy bien. ¡Vaya que sí! Me gustaría pensar que él habría ganado este trofeo.

El único hijo de sir Giles había fallecido de fiebres y su única hija estaba casada con un caballero que tenía tierras en Devon, pero a sir Giles no le gustaban ni el yerno ni la hija.

—Ellos heredarán mis propiedades cuando muera —le dijo a Thomas—, así que tú y Robbie bien podéis disfrutarlas ahora.

Thomas se convenció de que no estaba dejando de lado la búsqueda del Grial por las horas que pasaba enfrascado en el libro de su padre. Las páginas eran de vitela gruesa, cara y poco común, lo que denotaba lo importantes que habían sido esas notas para el padre Ralph, pero aun así tenían poco sentido para Thomas. Gran parte del

libro estaba formado por relatos. Uno contaba cómo un ciego había recobrado la vista al acariciar la copa, pero le decepcionó el aspecto del Grial y la perdió de nuevo. Otro narraba la historia de un guerrero sarraceno que intentó robar el Grial y se convirtió en serpiente por su impiedad. El relato más largo del libro era sobre Perceval, un caballero de la Antigüedad que emprendió una cruzada y descubrió el Grial en la tumba de Cristo. Esta vez, la palabra latina usada para describir el Grial era *cráter*, que significaba «cuenco», mientras que en otras páginas era *cáliz*, una copa, y Thomas se preguntaba si esa distinción significaba algo. Si su padre poseía el Grial, debía de saber si era una copa o un cuenco. O quizá no existía ninguna diferencia real. De todos modos, el largo relato contaba que el cuenco estaba en uno de los salientes de la tumba de Cristo, a plena vista de todos los que entraban en el sepulcro, tanto peregrinos cristianos como enemigos paganos, pero hasta que sir Perceval entró en la gruta de rodillas, nadie vio el Grial, ya que sir Perceval era un hombre recto y por tanto merecedor de tener los ojos abiertos. Se llevó el cuenco y lo trajo de vuelta a la Cristiandad, donde planeaba construir un santuario digno del tesoro, pero, como el relato registraba lacónicamente, «murió». El padre de Thomas había escrito debajo de esta abrupta conclusión: «Sir Perceval era el conde de Astarac y se le conocía por otro nombre. Se casó con una Vexille».

—¡Sir Perceval! —Sir Giles estaba impresionado—. ¿Así que era miembro de tu familia? Tu padre nunca lo mencionó. O al menos eso creo. La verdad es que me dormía en medio de muchos de sus relatos.

—Normalmente se burlaba de historias como ésta —dijo Thomas.

—A menudo nos reímos de lo que nos da miedo —observó sir Giles en tono sentencioso. De repente sonrió—. Jake me ha dicho que habéis cazado a ese viejo zorro por las Cinco Marías. —Las Cinco Marías eran túmulos funerarios muy antiguos que según los habitantes locales habían sido cavados por unos gigantes, y Thomas nunca había entendido por qué había seis.

—No fue allí —repuso Thomas—, sino detrás del White Nothe.

—¿Detrás del White Nothe? ¿Allí arriba, en los acantilados? —Sir Giles observó a Thomas, luego rió—. ¡Habéis estado en las tierras de Holgate! ¡Si seréis granujas! —Sir Giles, que siempre se había quejado todo lo que podía de que Thomas saliera de sus tierras, encontraba ahora este pillaje en tierras del vecino muy divertido—. Ese Holgate es una vieja. ¿Así que ya empiezas a encajar las piezas de ese libro?

—¡Ojalá! —contestó Thomas, mientras contemplaba el nombre de Astarac. Sólo sabía que Astarac era un feudo o condado al sur de Francia y la casa de la familia Vexille antes de que fueran declarados rebeldes y herejes. También se había enterado de que Astarac estaba cerca de las tierras cátaras, lo suficientemente cerca para influir en los Vexille, y cuando, un siglo antes, el rey de Francia y la verdadera Iglesia quemaron y expulsaron a los herejes, también forzaron su huida. Y ahora parecía que

el legendario sir Perceval era un Vexille. Thomas tenía la sensación de que cuanto más penetraba en el misterio, mayor era el enredo—. ¿Os habló mi padre alguna vez de Astarac, señor? —preguntó a sir Giles.

—¿Astarac? ¿Qué es eso?

—El lugar de donde procedía su familia.

—No, no, creció en Cheshire. Eso es lo que siempre decía.

Pero Cheshire no había sido más que un refugio, un lugar donde esconderse de la Inquisición: ¿sería allí donde ahora estaba escondido el Grial? Thomas pasó una página y encontró un largo pasaje que describía cómo una columna de asaltantes había intentado atacar la torre de Astarac y habían sido ahuyentados al ver el Grial. «Los deslumbró —había escrito el padre Ralph—, de manera que murieron trescientos sesenta y cuatro».

Otra página registraba que era imposible que un hombre mintiera mientras sostenía entre las manos el Grial «ya que habría muerto al instante». Si una mujer estéril acariciaba el Grial, tendría garantizado el don de la fertilidad, y si un hombre bebía de él en Viernes Santo se le concedería vislumbrar a «aquella a la que tomará por esposa en el cielo». Otra historia narraba cómo un caballero que llevaba el Grial a través de un páramo era perseguido por los infieles y, cuando parecía que iban a cogerlo, Dios envió a un águila inmensa que se lo llevó a él, al caballo y al precioso Grial hacia el cielo, dejando a los guerreros paganos bramando por la rabia y la frustración.

Había una frase copiada una y otra vez en las páginas del libro: «*Transfer calicem istem a me*», y Thomas sentía cómo le llegaba el suplicio y la frustración de su padre mediante esta frase repetida. «Aparta de mí este cáliz», eso significaban esas palabras, y eran las mismas que Cristo había pronunciado en el huerto de Getsemaní, cuando suplicó a Dios Padre que le librara del martirio en la cruz. A veces la frase estaba escrita en griego, un idioma que Thomas había estudiado, pero que nunca dominó del todo; se las arregló para descifrar la mayor parte del texto en griego, pero el hebreo seguía siendo un misterio para él.

Sir John, el antiguo párroco de la iglesia de San Pedro, coincidió en que era un tipo de hebreo extraño.

—Ya he olvidado todo el hebreo que aprendí —le dijo a Thomas—, ¡pero no recuerdo haber visto nunca una letra como ésa! —Señaló el símbolo que parecía un ojo humano—. Muy peculiar, Thomas, muy peculiar. Es casi hebreo. —Se detuvo un momento y luego dijo apenado—. Si tan sólo el pobre Nathan estuviera aquí.

—¿Nathan?

—Vivió antes de que tú nacieras, Thomas. Nathan capturaba sanguijuelas y las enviaba a Londres. Los médicos de allí apreciaban mucho las sanguijuelas de Dorset, ¿lo sabías? Pero, claro, Nathan era judío y se fue con los demás. —Los judíos habían

sido expulsados de Inglaterra casi cincuenta años atrás, un suceso que todavía seguía fresco en la memoria del sacerdote—. Nadie descubrió nunca dónde encontraba las sanguijuelas —continuó sir John—, y yo a veces me pregunto si les echó una maldición —frunció el entrecejo al mirar el libro—. ¿Pertenece a tu padre?

—Sí.

—Pobre padre Ralph —exclamó sir John, insinuando que el libro debía de ser producto de la locura. Cerró el volumen y envolvió con cuidado la cubierta de piel suave sobre las hojas.

No había señales de De Taillebourg, ni noticias de los amigos normandos de Thomas. Escribió una difícil carta a sir Guillaume, en la que le explicaba cómo murió su hija y le suplicaba que le diera noticias de Will Skeat, al que sir Guillaume había llevado a Caen para que fuera atendido por Mordecai, el médico judío. La carta fue hasta Southampton, y de allí a Guernsey, y a Thomas le habían asegurado que sería enviada a Normandía, pero para Navidad todavía no había recibido respuesta y supuso que se había perdido. También escribió a lord Outhwaite, le aseguró que era diligente en la búsqueda y para demostrarle sus avances, le narró algunas de las historias del libro de su padre.

Lord Outhwaite envió una respuesta en la que felicitaba a Thomas por lo que había descubierto, y luego le reveló que sir Geoffrey Carr había partido hacia Bretaña con media docena de hombres. Los rumores, le informaba lord Outhwaite, decían que las deudas del Espantapájaros eran más grandes que nunca, «motivo por el cual, probablemente, se ha ido a Bretaña». No sólo las expectativas de pillaje habrían llevado al Espantapájaros a La Roche-Derrien, sino también la ley que decía que un deudor no estaba obligado a pagar mientras sirviera al rey en el extranjero. «¿Seguirás al Espantapájaros?», preguntaba lord Outhwaite, y Thomas envió una respuesta en la que decía que estaría en La Roche-Derrien para cuando leyera esas palabras, aunque luego decidió permanecer un tiempo más en Dorset. Era Navidad, se dijo, y siempre había disfrutado con la Navidad.

Sir Giles celebraba los doce días de banquete a lo grande. No comía carne desde el domingo de Adviento, cosa que no le suponía un gran esfuerzo porque le encantaban las anguilas y el pescado, pero en Nochebuena sólo comía pan con la intención de prepararse para el primer festín de la temporada. Se llevaban doce colmenas vacías a la casa y las decoraban con ramitas de hiedra y acebo; ponían una vela enorme, tan grande como para arder durante toda la temporada, en una mesa alta, y preparaban un montón de troncos para que ardieran en la chimenea; los vecinos de sir Giles estaban invitados a beber vino y cerveza y a comer ternera, jabalí, venado, ganso y cerdo. La ponchera, llena de ponche caliente de clarete y especias, se pasaba por toda la casa y sir Giles, como hacía todas las noches de Navidad, lloraba por su difunta esposa y dormía la borrachera cuando las velas se apagaban. La cuarta noche

de Navidad, Thomas y Robbie se unieron a los juglares que, disfrazados de fantasmas, de hombres verdes y salvajes, brincaban por la parroquia arrancando fondos para la Iglesia. Fueron hasta Dorchester, por el camino invadieron otras dos parroquias y se metieron en una pelea con los juglares de Todos los Santos, con los que acabaron pasando la noche en la prisión de Dorchester, de la que les sacó un divertido George Adyn, quien les trajo una jarra de cerveza matutina y uno de los famosos pasteles de cerdo de su esposa. El banquete del duodécimo día de Navidad consistió en un jabalí que había matado Robbie, y después de comérselo, cuando los invitados estaban ya tendidos en los juncos de la casa, medio borrachos y saciados, empezó a nevar. Thomas se quedó de pie en la entrada y observó los copos que se arremolinaban bajo la luz de una antorcha titilante.

—Debemos volver al camino. —Robbie se le acababa de acercar.

—¿Al camino?

—Tenemos un trabajo que hacer —dijo el escocés.

Thomas sabía que era cierto, pero no quería irse.

—Pensaba que aquí estabas a gusto.

—Y lo estoy —contestó Robbie—, sir Giles es más generoso de lo que merezco.

—¿Entonces?

—Es por Mary —confesó Robbie. Estaba avergonzado y no terminó la frase.

—¿Está embarazada? —supuso Thomas.

Robbie se santiguó.

—Eso parece.

Thomas contempló la nieve.

—Si le das suficiente dinero para tener una dote, saldrá adelante —dijo.

—Sólo me quedan tres libras —contestó Robbie. Su tío, sir William, le había dado fondos, en teoría suficiente dinero para un año.

—Eso tendría que ser suficiente —repuso Thomas. La nieve se arremolinó en una ráfaga de viento.

—¡Me quedaré sin nada! —protestó Robbie.

—Haberlo pensado antes de arar la tierra —le recriminó Thomas, mientras recordaba cómo él había pasado por el mismo aprieto con una chica de Hookton. Se volvió hacia la casa, donde un arpista y un flautista tocaban para los borrachos—. Sí, quizá deberíamos irnos —dijo—, pero no sé adónde.

—¿No decías que querías ir a Calais?

Thomas se encogió de hombros.

—¿Crees que De Taillebourg nos buscará allí?

—Creo que en cuanto sepa que tienes ese libro, te seguirá hasta el mismo infierno —le contestó Robbie.

Thomas sabía que su amigo tenía razón, pero el libro no resultaba de gran ayuda.

En ningún lugar decía explícitamente que su padre hubiera poseído el Grial, ni describía ningún sitio donde ir a buscarlo. Thomas y Robbie habían estado buscándolo por las inmediaciones. Habían peinado las cuevas marítimas de los acantilados cerca de Hookton, donde habían encontrado tablas de madera, lapas y algas. Pero no había ninguna copa de oro medio oculta entre los guijarros. ¿Adónde podían ir ahora? ¿Dónde buscarían? Si Thomas iba a Calais podría unirse al ejército, pero dudaba de que De Taillebourg le buscara en el corazón del ejército inglés. Quizá, pensó Thomas, debería volver a Bretaña, y sabía que no era el Grial o la necesidad de enfrentarse a De Taillebourg lo que le empujaba hacia La Roche-Derrien, sino la idea de que Jeannette Chenier hubiera vuelto a casa. Pensaba en ella a menudo, en su pelo negro, su espíritu fiero y desafiante, y cada vez que pensaba en ella se sentía culpable por Eleanor.

La nieve no duró mucho. Se derritió y fue sustituida por una dura lluvia que azotó la costa de Dorset. Un gran barco inglés naufragó en la playa de guijarros de Chesil, y Thomas y Robie cogieron uno de los carros de sir Giles, bajaron a la playa y, con la ayuda de Jake Churchill y dos de sus hijos, echaron a un montón de hombres para rescatar seis balas de lana; las llevaron a Down Mapperley y se las regalaron a sir Giles, que con eso hizo los ingresos de un año en un solo día.

A la mañana siguiente el cura francés llegó a Dorchester.

* * *

George Adyn trajo la noticia.

—Dijiste que teníamos que estar atentos a los forasteros —le dijo a Thomas—, y éste parece forasterísimo. Vestido como un cura, sí, pero ¿quién sabe? Va igual que un vagabundo. Sólo tienes que decírnoslo —le guiñó un ojo—, le arrancaremos a ese desgraciado la piel a latigazos y lo enviaremos a Shaftesbury.

—¿Qué harán allí con él? —preguntó Robbie—. Lo volverán a azotar y nos lo enviarán de vuelta —dijo George.

—¿Es dominico? —inquirió Thomas.

—¿Cómo lo voy a saber? No hace más que farfullar. No habla bien, al menos, no como un cristiano.

—¿De qué color es su hábito?

—Pues negro.

—Iré y hablaré con él —propuso Thomas.

—Tan sólo parlotea, es lo que hace. ¡Su señoría! —Lo dijo para saludar a sir Giles, y Thomas tuvo que esperar mientras los dos hombres hablaban de la salud de primos, sobrinos y familiares varios. Era casi mediodía para cuando él y Robbie llegaron a Dorchester y Thomas pensó, por milésima vez, lo apacible que era la

ciudad y el placer que sería vivir allí.

Llevaron al cura a la pequeña prisión del patio. Hacía buen día. Dos mirlos brincaban por encima del muro y en un rincón florecía un acónito. El cura resultó ser un tipo joven, muy bajito, con la nariz achatada, ojos saltones y de pelo negro hirsuto. Llevaba un hábito tan raído, desgarrado y sucio que no cabía duda de por qué los condestables lo habían tomado por un vagabundo; malentendido que provocó que el pequeño cura se indignara.

—¿Es así como los ingleses tratan a los siervos del Señor? ¡El infierno es demasiado bueno para vosotros, ingleses! Se lo comunicaré al obispo, y éste al arzobispo, que a su vez se lo transmitirá al Santo Padre y ¡os declararán a todos herejes! ¡Seréis todos excomulgados!

—¿Veis lo que digo? —preguntó George Adyn—. Ladra como un perro, pero no dice nada que tenga sentido.

—Habla en francés —le dijo Thomas, y se dio la vuelta hacia el cura—. ¿Cómo os llamáis?

—Exijo la presencia del obispo inmediatamente.

—¿Cómo os llamáis?

—¡Que venga el cura local!

—Antes os voy a calentar las orejas —dijo Thomas—. Ahora decidme, ¿cómo os llamáis?

Se llamaba padre Pascal y acababa de sobrevivir a un viaje total y absolutamente incómodo, a través de las frías aguas, desde Normandía, desde un lugar al sur de Caen. Había viajado primero a Guernsey y luego a Southampton, desde donde había llegado caminando, y todo ello sin tener ni idea de inglés. A Thomas le parecía un milagro que el padre Pascal hubiera llegado tan lejos. Y le parecía todavía más milagroso porque al padre Pascal lo habían mandado de Evecque a Hookton con un mensaje para Thomas.

Sir Guillaume d'Eveque lo había enviado, o más bien el padre Pascal se había ofrecido voluntario para hacer el viaje, y era un mensaje urgente, pues traía una súplica de auxilio. Evecque estaba sitiado.

—¡Es horrible! —exclamó el padre Pascal. Ahora, tranquilo y sereno, estaba sentado junto al fuego en los Tres Gallos donde comía ganso y bebía *bragget*, una mezcla de aguamiel caliente y cerveza oscura—. ¡Es el conde de Coutances quien ha levantado el sitio! ¡El conde!

—¿Por qué es eso tan horrible? —inquirió Thomas.

—¡Porque el conde es su señor feudal! —protestó el cura, y Thomas entendió por qué el padre Pascal estaba tan excitado. El conde le había dado sus tierras a sir Guillaume en feudo y, al declararle la guerra a su propio arrendatario, lo convertía en un fuera de la ley.

—Pero ¿por qué? —preguntó Thomas.

El padre Pascal se encogió de hombros.

—El conde dice que es por lo que sucedió en la batalla. ¿Sabéis lo que pasó?

—Sí —respondió Thomas, y de todas maneras lo explicó, porque se lo estaba traduciendo todo a Robbie. El cura se refería a la batalla que había tenido lugar en el bosque de Crécy el verano anterior. Sir Guillaume luchaba con el ejército francés, pero en medio de la batalla había visto a su enemigo, Guy Vexille, y había enfrentado a sus hombres de armas con las tropas de Vexille.

—El conde dice que se trata de una traición —explicó el cura—, y el rey ha dado su bendición.

Thomas permaneció callado unos instantes.

—¿Cómo sabíais que estaba aquí? —preguntó finalmente Thomas.

—Le enviasteis una carta a sir Guillaume.

—No pensé que hubiera llegado.

—Por supuesto que llegó. El año pasado. Antes de que empezara todo el jaleo.

Sir Guillaume tenía problemas, pero su castillo en Evécque, explicó el padre Pascal, estaba construido con piedra y protegido por un foso y, hasta el momento, al conde de Coutances le había resultado imposible quebrantar esos muros o cruzar el foso; sin embargo, tenía una veintena de hombres, mientras que la guarnición de sir Guillaume sólo contaba con nueve.

—También hay algunas mujeres —el padre Pascal le hincó el diente a una pata de ganso—, pero no cuentan.

—¿Tiene provisiones?

—Muchas, y el pozo es bueno.

—¿Así que podrá aguantar un tiempo?

El cura se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no. El cree que sí, pero... ¿qué sé yo? Y el conde tiene una máquina, una... —Frunció el ceño mientras buscaba la palabra.

—¿Un trabuquete?

—¡No, no, una balista! —Era una especie de ballesta enorme que disparaba dardos gigantes. El padre Pascal tiró del último pedazo de carne que quedaba en el hueso—. Es muy lenta y una vez se rompió. Pero la arreglaron. Echa muros abajo. ¡Ah!, y vuestro amigo está allí —masculló con la boca llena.

—¿Mi amigo?

—Skeat, ¿es ése su nombre? Está allí, con el médico. Ya puede hablar y caminar. Se encuentra mucho mejor, ¿no? Pero no reconoce a la gente, a no ser que hablen.

—¿A no ser que hablen? —preguntó Thomas confuso.

—Si ve a alguien —explicó el cura—, no sabe quién es. Pero cuando habla, lo reconoce. —Apuró su bebida—. Así que, ¿cuál es vuestra decisión, *monsieur*?

—¿Qué quiere sir Guillaume que haga?

—Quiere que estéis preparado por si acaso necesita escapar, pero le ha escrito una carta al rey explicándole lo que pasó en la batalla. He enviado la carta a París. Sir Guillaume cree que el rey cederá, así que está esperando una respuesta. Pero yo... yo veo a sir Guillaume como este ganso: desplumado y en la cazuela.

—¿Dijo algo acerca de su hija?

—¿Su hija? —El padre Pascal se había perdido—. ¡Ah! ¿La hija bastarda? Dijo que tú matarías a quien fuera que la hubiera asesinado.

—Sí, lo haré.

—Y quiere vuestra ayuda.

—La tendrá —dijo Thomas—. Partiremos mañana. —Miró a Robbie—. Volvemos a la guerra.

—¿Por quién luchó?

Thomas sonrió.

—Por mí.

* * *

Thomas, Robbie y el cura partieron a la mañana siguiente. Thomas cogió una muda, una bolsa llena de flechas, su arco, la espada, una cota de malla y, envuelto en un retal de piel de ciervo, el libro de su padre, que parecía un elemento muy pesado en el equipaje. En realidad era más ligero que un haz de flechas, aunque el deber que implicaba su posesión pesaba mucho más en la conciencia de Thomas. Se dijo que simplemente cabalgaba para ayudar a sir Guillaume, pero sabía que seguía buscando el secreto de su padre.

Dos de los vasallos de sir Giles galoparon junto a ellos para traerse la yegua que montaba el padre Pascal y los dos sementales que sir Giles les había comprado a Thomas y a Robbie.

—No los vais a montar en el barco, ¿no? —dijo sir Giles—. Los caballos y los barcos son incompatibles.

—Nos ha pagado demasiado —señaló Robbie mientras se alejaban a caballo.

—No quiere que se los lleve su yerno —explicó Thomas—. Además, es un hombre generoso. Le dio a Mary Gooden otras tres libras más. Por la dote. Es un «hombre» afortunado.

Algo en su tono de voz llamó la atención de Robbie.

—¿Un hombre? ¿Afortunado? ¿Quieres decir que ha encontrado marido?

—Un tipo majo. Empajador en Tolpuddle. Se casarán la semana que viene.

—¡La semana que viene! —Robbie parecía ofendido porque su chica se fuera a casar. No importaba que él la hubiera abandonado, aun así le hería en lo más hondo

—. Pero ¿por qué se casa con ella? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Es que no sabe que está embarazada?

—Cree que el hijo es suyo —dijo Thomas, tratando de mantener la compostura—, y he oído que puede que sea así.

—¡Cristo! —blasfemó Robbie cuando la frase cobró sentido para él. Entonces se volvió para mirar el camino y sonrió recordando los buenos tiempos—. Es un buen hombre —sentenció refiriéndose a sir Giles.

—Un buen hombre que se siente solo —repuso Thomas. Sir Giles no quería que se marcharan, pero entendía que no podían quedarse.

Robbie olisqueó el aire.

—Se acercan más nieves.

—¡No es posible! —Hacía una mañana ligeramente soleada. La cúrcumas y los acónitos crecían en rincones abrigados, y pinzones y petirrojos alborotaban en los setos. Pero Robbie había olido la proximidad de la nieve y tenía razón. A medida que transcurrió el día, el cielo pareció caer sobre ellos y se volvió gris, el viento sopló hacia el este y hería sus rostros a cada nuevo golpe. Después llegó la nieve. Hallaron cobijo en la casa de un guardabosques, apelotonados junto a su mujer, cinco hijas y tres hijos. En un extremo de la casa había un establo con dos vacas y, en el otro, cuatro cabras amarradas. El padre Pascal le confió a Thomas que aquélla se parecía mucho a la casa en la que se había criado, pero se preguntaba si las costumbres en Inglaterra eran las mismas que las de Lemosín.

—¿Las costumbres? —preguntó Thomas.

—En nuestra casa —dijo el padre Pascal ruborizándose—, las mujeres orinaban donde las vacas y los hombres, donde las cabras. No quisiera equivocarme.

—Aquí se hace lo mismo —le aseguró Thomas.

El padre Pascal había demostrado ser un buen compañero. Tenía buena voz y, una vez hubieron compartido sus alimentos con el guardabosques y su familia, el cura cantó algunas canciones francesas. Después, mientras todavía caía la nieve y el humo espeso de la chimenea se arremolinaba bajo el techo de paja, se sentó y conversó con Thomas. Había sido el párroco del pueblo de Evecque y, cuando el conde de Coutances atacó, encontró refugio en el castillo.

—Pero no me gusta estar encerrado —dijo, así que decidió ofrecerse a llevar el mensaje de sir Guillaume hasta Inglaterra. Había huido de Evecque, explicó, tirando primero sus ropas al foso y nadando después tras ellas—. Hacía frío —dijo—. ¡En mi vida he pasado tanto frío! Me dije que era mejor pasar frío que estar en el infierno, pero ahora no lo tengo muy claro. Fue horrible.

—¿Qué quiere sir Guillaume que hagamos? —le preguntó Thomas.

—No me lo dijo. Quizá, si pudierais disuadir a los sitiadores... —Se encogió de hombros—. No me parece que el invierno sea un buen momento para asedios. Dentro

de Evrecque están cómodos, calentitos, tienen la cosecha almacenada, pero ¿y los sitiadores? Se mojan y pasan frío. Si podéis hacer que se sientan todavía más incómodos, ¿quién sabe? Quizá abandonen.

—¿Y vos? ¿Qué haréis?

—En Evrecque no tengo nada que hacer —respondió el cura. Sir Guillaume había sido declarado traidor y le habían confiscado los bienes. Habían llevado a sus siervos a las propiedades del conde de Coutances, mientras que la mayoría de vasallos, saqueados y violados por los sitiadores, habían huido—. Quizá me dirija a París. No puedo pedir asilo al obispo de Caen.

—¿Por qué no?

—Porque ha enviado hombres para que ayuden al conde de Coutances. —El padre Pascal sacudió la cabeza con un gesto triste de asombro—. Los ingleses arruinaron al obispo el verano pasado —explicó—, así que necesita dinero, tierras y bienes, y espera recibir algo de Evrecque. La avaricia es un gran motivo de guerra.

—¿Aun así seguís al lado de sir Guillaume?

El padre Pascal se encogió de hombros.

—Es un buen hombre. Pero ¿ahora? Ahora debo buscar prosperidad en París. O quizás en Dijon. Tengo un primo allí.

Durante dos días continuaron con dificultad hacia el este, cabalgando a través de los brezales secos del Bosque Nuevo, sumido en un blanco suave e inmaculado. Por la noche, las lucecitas de los pueblos del bosque resplandecían con fuerza en el frío. Thomas temía que no llegaran a Normandía a tiempo de ayudar a sir Guillaume, pero la duda no era una razón de peso para abandonar, así que siguieron avanzando con tenacidad. Las últimas millas hasta Southampton estuvieron llenas de nieve medio derretida y enfangada, y Thomas se preguntaba cómo llegarían a Normandía, una provincia enemiga. No tenía ninguna certeza de que hubiera algún barco dispuesto a partir desde Southampton, ya que cualquier embarcación inglesa que navegara cerca de la costa normanda estaba expuesta al ataque de los piratas. Sabía que habría muchos barcos que irían a Bretaña, pero esa zona quedaba muy lejos de Caen.

—Iremos a través de las islas, por supuesto —dijo el padre Pascal.

Pasaron la noche en una taberna y, a la mañana siguiente, encontraron sitio en el *Úrsula*, una coca con destino a Guernsey que transportaba cargamentos de cerdo curado, barriles de clavos, duelas para toneles, lingotes de hierro, vasijas embaladas con serrín, ovillos de lana, haces de flechas y tres cajones llenos de cuerno de ganado. También iban a bordo una docena de arqueros que iban a unirse a la guarnición del castillo que guardaba el fondeadero del puerto de San Pedro. El capitán del *Úrsula* les dijo que se acercaba un mal viento del oeste, que una docena de embarcaciones que transportaban vino de Gascuña a Inglaterra podían ser arrastrados canal arriba y que el puerto de San Pedro era uno de sus últimos abrigos, aunque los marineros

franceses también lo sabían y, si hacía mal tiempo, sus embarcaciones se apiñarían alrededor de la isla para conseguir algún que otro botín.

—¿Queréis decir con eso que estarán esperándonos? —preguntó Thomas. La isla de Wight se iba perdiendo en la distancia y el barco se adentraba en las invernales aguas grises.

—Esperándonos no, qué va, no a nosotros. Conocen el *Úrsula*, ya lo creo que lo conocen. —El capitán, un hombre sin dientes y con el rostro picado de viruela, sonrió—. Saben quiénes somos y nos adoran. —Lo que significaba, presumiblemente, que había pagado lo acordado a los hombres de Cherbourg y Carteret. Con todo, no parecía haberle pagado a Neptuno o al espíritu, fuera cual fuese, encargado de controlar los vientos del mar ya que, aunque dijera tener conocimiento previo de los vientos y las olas y asegurara que ambos se apaciguarían, el *Úrsula* se balanceaba como el badajo de una campana; cabeceaba con tanta fuerza que las mercancías rodaban por la bodega entre un gran estruendo. El cielo de la tarde era gris como la muerte y, en aquel momento, el aguanieve empezó a caer con furia sobre el mar picado. El capitán, aferrado al timón con una sonrisa, dijo que no era nada, tan sólo una pequeña brisa que no debería preocupar a ningún buen cristiano; sin embargo, algunos de los tripulantes o bien tocaron el crucifijo incrustado en el mástil o bien inclinaron la cabeza ante la pequeña hornacina situada en la cubierta de popa que guardaba una imagen tallada en madera y envuelta con cintas brillantes. Se suponía que la imagen correspondía a santa Úrsula, la patrona de los barcos, y el mismo Thomas le ofreció una oración mientras se agazapaba en un espacio reducido bajo la cubierta de proa, donde encontró refugio junto a otros pasajeros. Pero la cubierta estaba algo deteriorada, y una mezcla de agua del mar y de lluvia se filtraba por ella sin cesar. Tres de los arqueros se habían mareado e incluso Thomas, que había cruzado el canal ya en dos ocasiones y que se había criado entre pescadores pasando días y días a bordo de sus pequeñas barcas, se encontraba mal. Robbie, que nunca había navegado, parecía contento e interesado por todo lo que sucedía a bordo.

—¡Estos barcos son redondos! —gritó de viva voz sobre el estruendo—. ¡Están dando vueltas!

—Se nota que eres todo un experto.

—Es obvio —respondió Robbie.

Thomas intentó dormir. Se envolvió en una capa empapada, se encogió, se quedó tumbado y tan quieto como el barco vacilante le permitía y, sorprendentemente, acabó durmiéndose. Aquella noche se despertó una docena de veces y cada una de ellas se preguntaba dónde demonios estaba. La noche parecía eterna y el frío un castigo infernal.

El amanecer era de un gris enfermizo y Thomas tenía el frío metido en los huesos, pero la tripulación estaba en general más alegre porque el viento había remitido y el

mar tan sólo estaba oscuro. Las olas surcadas de espuma chocaban lentamente contra un grupo de rocas afiladas que parecían dar cobijo a una miríada de aves marinas. Era la única tierra a la vista.

El capitán caminó con paso firme sobre la cubierta para ponerse al lado de Thomas.

—Las Casquets —dijo señalando las rocas con la cabeza—. Esas viejas piedras han enviudado a muchas mujeres. —Se santiguó, escupió por la borda para tener suerte y luego alzó la vista hacia un claro que se abría entre las nubes—. Vamos bien de tiempo —continuó—, todo gracias a Dios y a Úrsula. —Miró a Thomas con recelo—. ¿Qué os lleva a las islas?

Thomas pensó improvisar alguna excusa, la familia quizá, pero luego supuso que la verdad ocultaría algo más interesante.

—Queremos ir a Normandía —respondió.

—Los ingleses no son bienvenidos en Normandía, no desde que nuestro rey les hizo una visita el año pasado.

—Yo estaba allí.

—Pues entonces sabréis por qué no les gustamos.

Thomas sabía que el capitán tenía razón. Los ingleses se habían cargado a miles de hombres en Caen, habían quemado granjas, molinos y pueblos en una extensa franja al este y al norte. Era una forma cruel de hacer la guerra, pero sirvió para persuadir al enemigo de que saliera de las fortalezas y librara batalla. Sin duda, era por eso por lo que el conde de Coutances estaba arrasando las tierras de Evêque, para que sir Guillaume saliera de esos muros de piedra y las defendiera. Sólo que sir Guillaume contaba con tan sólo nueve hombres y no podía enfrentarse al conde en una batalla abierta.

—Tenemos negocios en Caen —admitió Thomas—, si es que llegamos allí en algún momento.

El capitán se hurgó una de las fosas nasales y tiró algo al mar.

—Buscad el *Trua Frers* —dijo.

—¿El qué?

—El *Trua Frers* —repitió—. Es un barco y ése es su nombre. Es francés. No es grande, no mucho más que esa pequeña chalana. —Señaló una pequeña barca pesquera que tenía el casco lleno de alquitrán y en la que dos hombres soltaban redes al mar picado cerca de las Casquets—. Un hombre llamado Peter *el Feo* lleva el barco. Puede que os lleve a Caen, o quizás a Carteret o a Cherburgo. Pero no digáis que os lo he dicho yo.

—Por supuesto que no —dijo Thomas. Supuso que el capitán quería decir que Peter *el Feo* comandaba un barco llamado *Les Trois Frères*. Se quedó mirando la barca pesquera mientras se preguntaba cómo sería la vida de quien saca provisiones

de aquel mar arisco. Seguro que era más fácil que traficar con lana y vino entre Normandía y las islas.

Durante toda la mañana, navegaron hacia el sur hasta que, por fin, avistaron tierra. Había una isla pequeña al este y otra más grande, Guernsey, al oeste; de ambas salían columnas de humo, procedentes de las chimeneas de las cocinas, que prometían cobijo y comida caliente. Pero, aunque dicha promesa flotaba en el aire, el viento sopló de nuevo, la marea volvió y al *Úrsula* le llevó todo el día llegar a puerto, donde ancló bajo la sombra del castillo construido en la isla rocosa. Llevaron a Thomas, a Robbie y al padre Pascal hasta la orilla en un bote de remos, y se refugiaron del viento helado en una taberna en la que comieron estofado de pescado y pan negro acompañado de cerveza aguada junto al fuego, que ardía en una amplia chimenea. Durmieron sobre sacos rellenos de paja infestados de piojos.

Pasaron cuatro días antes de que Peter *el Feo*, cuyo verdadero nombre era Pierre Savon, llegara a puerto y dos más antes de que estuviera listo para zarpar de nuevo con un cargamento de lana por el que no pagaría ni un impuesto. Se alegraba de llevar a tres pasajeros, sin duda porque, más que cobrarles pasaje, parecía haberles asaltado. El padre Pascal no tuvo que pagar porque era normando y cura, lo que significaba, según Peter *el Feo*, que Dios le quería por partida doble y que *Les Trois Frères* tenía menos posibilidades de naufragar si aquel santo varón estaba a bordo.

Dios debía de apreciar al cura, ya que envió un viento suave del oeste, despejó el cielo y calmó las aguas. Parecía que *Les Trois Frères* volaba hacia el río Orne. Aprovecharon la corriente para subir hasta Caen, donde llegaron por la mañana, y una vez en tierra el padre Pascal bendijo a Thomas y a Robbie, se remangó las vestiduras raídas y empezó a caminar hacia el este, rumbo a París. Thomas y Robbie, que llevaban fardos pesados de malla, armas, flechas y ropa de recambio, se dirigieron al sur atravesando la ciudad.

Caen no parecía mejor ahora que cuando Thomas la había dejado el año anterior, después de que fuera devastada por los arqueros ingleses, quienes, sin tener en cuenta las órdenes del rey de abandonar el ataque, habían atravesado el río y pasado a cuchillo a cientos de mujeres y hombres en la ciudad. Robbie miraba sobrecogido lo destruida que había quedado la Île Saint Jean, la parte nueva de Caen, que se había llevado la peor parte durante el saqueo inglés. Habían reconstruido pocas de las casas quemadas y había costillas, cráneos y huesos largos desperdigados por el barro de las márgenes de los ríos cuando bajaba la marea. Las tiendas estaban medio vacías, aunque algunos vecinos del lugar vendían comida en carretas. Thomas compró pescado seco, pan y un queso tan duro como una piedra. Algunos miraban con recelo el arco, pero les aseguró que era escocés y, por lo tanto, aliado de Francia.

—En Escocia tenéis arcos como dios manda, ¿no? —le preguntó a Robbie.

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no los utilizasteis en Durham?

—No tenemos suficientes —respondió Robbie—. De todas maneras, preferimos mataros de cerca, cabrones. Asegurarnos de que estáis muertos, ¿entiendes? —Se quedó boquiabierto mirando a una jovencita que llevaba un cubo con leche—. Acabo de enamorarme.

—Si tiene tetas, te enamoras —dijo Thomas—. Venga, vamos. —Llevó a Robbie hasta la casa de sir Guillaume en la ciudad, el lugar donde había conocido a Eleanor. Aunque el emblema de los tres halcones todavía estaba tallado sobre la puerta, ahora había un nuevo estandarte ondeando sobre la casa: una bandera con la imagen de un jabalí jorobado con grandes colmillos.

—¿De quién es ese estandarte? —Thomas había atravesado la pequeña plaza para hablar con el tonelero que martilleaba un anillo de hierro para encajarlo en un nuevo barril.

—Es del conde de Coutances —repuso el tonelero—. Y el muy cabrón ya nos ha subido el arriendo. No me importa que estéis a su servicio. —Se irguió y frunció el entrecejo al ver el arco—. ¿Sois inglés?

—*Écossais* —respondió Thomas.

—¡Ah! —Al tonelero le tenía intrigado Thomas y se acercó un poco más a él—. ¿Es cierto, *monsieur* —le preguntó—, que os pintáis la cara de azul para las batallas?

—Siempre —contestó Thomas—, y el culo.

—¡*Formidable!* —exclamó el tonelero, impresionado.

—¿Qué dice? —preguntó Robbie.

—Nada. —Thomas señaló el roble que crecía en el centro de la plazuela. Todavía colgaban de las ramas unas cuantas hojas marchitas—. Me colgaron de ese árbol —le dijo a Robbie.

—Sí, y yo soy el Papa de Aviñón. —Robbie levantó su fardo—. ¿Le has preguntado dónde podemos comprar caballos?

—Los caballos son caros —comentó Thomas—. Creo que deberíamos evitarnos la molestia que supone comprar.

—¿Qué somos ahora, asaltantes de caminos?

—Muy bien —repuso Thomas. Condujo a Robbie fuera de la isla por el puente, donde tantos arqueros habían fallecido durante el frenético ataque a Caen, y luego a través de la ciudad vieja. Aquello había quedado en mejor estado que la *lie Saint Jean*, ya que nadie había intentado defender las calles estrechas; mientras que el castillo, que nunca había sucumbido a los ingleses, había recibido algunos impactos de cañón que tan sólo habían hecho mella en las piedras que había junto a la puerta. Un estandarte rojo y amarillo ondeaba sobre las murallas del castillo y hombres de armas, que vestían una librea de los mismos colores, dieron el «quién vive» a Thomas y a Robbie cuando estaban saliendo de la ciudad vieja. Thomas contestó explicando

que eran soldados escoceses que querían entrar al servicio del conde de Coutances.

—Creíamos que estaría aquí —mintió Thomas—, pero hemos oído que se halla en Evecque.

—Y no está sacando nada —explicó el guarda comandante. Era un hombre barbudo que llevaba un casco con un gran boquete, lo que sugería que se lo había quitado a un cadáver—. Se ha estado meando en esas murallas durante dos meses y no ha conseguido nada, pero si queréis morir en Evecque, chicos, buena suerte.

Fueron más allá de las murallas de Abbaye aux Dames y Thomas tuvo de nuevo una visión repentina de Jeanette. Habían sido amantes, pero entonces ella conoció a Edward Woodstock, el príncipe de Gales, y, ¿qué posibilidades tenía Thomas después de eso? Había sido allí, en la Abbaye aux Dames, donde Jeanette y el príncipe habían vivido durante el breve asedio de Caen. ¿Dónde estaría Jeanette ahora?, se preguntaba Thomas. ¿De nuevo en Bretaña? ¿Estaría todavía buscando a su hijo? ¿Pensaba alguna vez en él? ¿O quizá se arrepentía de haber dejado al príncipe de Gales al dar por perdida la batalla en Picardía? Quizá se hubiera vuelto a casar. Thomas sospechaba que se había llevado una pequeña fortuna cuando huyó del ejército inglés; una viuda rica, con poco más de veinte años, era un plato apetecible.

—¿Qué pasará —interrumpió Robbie sus pensamientos— si descubren que no eres escocés?

Thomas levantó los dos dedos de la mano derecha.

—Me cortaran estos dos.

—¿Sólo eso?

—Eso será lo primero que me cortarán.

Continuaron caminando hacia el sur a través de un paisaje de pequeñas pero pronunciadas colinas, campos apretados, bosques frondosos y caminos profundos. Thomas nunca había estado en Evecque y, aunque no estaba lejos de Caen, algunos de los caminantes con los que se cruzaron nunca habían oído hablar de ese pueblo; pero, cuando Thomas preguntó hacia dónde se dirigieron los soldados en invierno, señalaron al sur. Pasaron la primera noche en una casucha a la intemperie, un lugar que obviamente había sido abandonado cuando los ingleses llegaron en verano y barrieron Normandía.

Se despertaron al amanecer, y Thomas disparó dos flechas contra un árbol para no perder la práctica. Estaba sacando las puntas de acero del tronco cuando Robbie cogió el arco.

—¿Me enseñas a utilizarlo? —le preguntó.

—Tardaré diez minutos en enseñarte la técnica —dijo Thomas—. Pero el resto me llevaría toda una vida. Empecé a disparar flechas cuando tenía siete años y tuvieron que pasar diez más para que fuera bueno.

—No debe de ser tan difícil —protestó Robbie—. He matado a un ciervo con un

arco.

—Pero era un arco de caza —replicó Thomas. Le dio a Robbie una de las flechas y señaló uno de los sauces que conservaba con terquedad algunas de las hojas—. Dale al tronco.

Robbie se rió.

—¡No puedo fallar! —El sauce estaba apenas a unos treinta pasos.

—¡Venga, dispara!

Robbie cogió el arco y miró a Thomas sorprendido al reparar en la cantidad de fuerza que requería doblar la madera de tejo. Era el doble de duro que los arcos de caza más pequeños que había usado en Escocia.

—¡Cristo! —dijo en voz baja mientras tiraba de la cuerda hacia la nariz y se daba cuenta de que le temblaba un poco el brazo izquierdo por la tensión del arma. Pero cuando bajó la flecha para fijar la mirada en el objetivo y ya se preparaba para disparar, Thomas levantó una mano.

—Todavía no estás preparado.

—Pues claro que sí, joder —repuso Robbie, aunque las palabras sonaron como un gruñido por la fuerza que requería mantener el arco en aquella posición.

—No estás listo —insistió Thomas— porque la flecha sobresale cuatro pulgadas por delante del arco. Tienes que tirar hacia ti hasta que la punta de la flecha te toque la mano izquierda.

—¡Cristo bendito! —exclamó Robbie, y respiró, se armó de valor y tiró hasta que la cuerda le pasó la nariz, los ojos y la tuvo cerca de la oreja derecha. La punta de acero de la flecha le rozó la mano izquierda, pero ya no podía apuntar mirando la varilla de la flecha. Frunció el entrecejo al ver la dificultad que entrañaba, y luego compensó tirando el arco hacia la derecha. El brazo izquierdo le temblaba por la tensión y, sin poder mantener la flecha firme, disparó e hizo un movimiento brusco cuando la cuerda de cáñamo le fustigó el antebrazo. Las plumas de la flecha dibujaron una estela blanca al pasar a un pie del tronco del árbol. Robbie blasfemó con asombro y luego le pasó el arco a Thomas.

—¿Así que el truco está en saber apuntar? —le preguntó.

—El truco —dijo Thomas—, es no apuntar. Es algo que simplemente sucede. Fíjate en el objetivo y deja que la flecha vuele. —Algunos arqueros, los perezosos, sólo tensaban la cuerda hasta que les llegaba a los ojos y eso los convertía en precisos, pero sus flechas carecían de fuerza. Los buenos arqueros, los que conducían ejércitos o defendían a reyes vestidos con armaduras relucientes, tensaban la cuerda al máximo—. El verano pasado le enseñé a una mujer a disparar —le contó Thomas mientras cogía el arco—, y era buena. Muy buena. Le dio a una liebre que estaba a setenta pasos de distancia.

—¡Una mujer!

—Le dejé utilizar una cuerda más larga —continuó Thomas— para que el arco no necesitara tanta fuerza, pero aun así era buena. —Se acordó del placer que sintió Jeanette cuando la liebre cayó chillando sobre la hierba con la flecha clavada entre las patas. ¿Por qué pensaba tanto en ella?

Continuaron caminando por un mundo emblanquecido por la escarcha. Los charcos se habían congelado y el hielo blanco y afilado, que desaparecía con los primeros rayos del sol, dibujaba la silueta de los setos pelados. Cruzaron dos riachuelos y subieron por hayales hasta una meseta. Al llegar, vieron que se trataba de una zona de hierba salvaje que jamás había sido arada. Sólo algunas aulagas rompían el paisaje, y el camino discurría a través de una planicie lisa bajo un cielo despejado. Thomas había pensado que el brezal no sería otra cosa que una zona estrecha de terreno elevado, y que pronto desembocaría de nuevo en valles boscosos, pero la carretera proseguía y se sentía más que nunca como una liebre en un acantilado de caliza bajo la mirada de un águila. Robbie se sentía igual y ambos decidieron abandonar el camino y seguir entre las aulagas, que al menos aseguraban una protección intermitente.

El joven arquero no dejaba de mirar hacia delante y hacia atrás. Era una zona idónea para los caballos, un terreno elevado cubierto de hierba tupida por donde los jinetes podían ir a galope tendido y donde no había ni bosques ni barrancos en los que dos hombres a pie pudieran esconderse. Y aquel paisaje parecía no tener fin.

Al mediodía, llegaron a un círculo de piedras, cada una de ellas tenía una altura similar a la de un hombre y estaban cubiertas por completo de líquen. El círculo tenía unas veinte yardas de diámetro. Se apoyaron en una de las piedras, que estaba tumbada, mientras comían un poco de pan y queso.

—El banquete de boda del diablo, ¿eh? —dijo Robbie.

—¿Te refieres a las piedras?

—Tenemos de éstas en Escocia. —Robbie se dio la vuelta y apartó restos de cáscara de caracol de la piedra caída—. Son personas a las que el diablo convirtió en piedra.

—En Dorset —dijo Thomas—, la gente dice que Dios los convirtió en piedras.

Robbie hizo una mueca al oír semejante idea.

—¿Por qué haría Dios una cosa así?

—Porque celebraban un aquelarre.

—Por eso simplemente irían al infierno —sentenció Robbie y sin pensarlo empezó a hurgar en la tierra con el talón—. Cuando tenemos tiempo levantamos las piedras. Para buscar oro, ¿sabes?

—¿Y habéis encontrado alguna vez?

—En los montículos, a veces. De todas maneras, siempre salen al descubierto vasijas y cuentas. Mierda en realidad. Casi siempre acabamos tirándolas. Y por

supuesto encontramos piedras de elfos. —Se refería a las misteriosas cabezas de flecha de piedra que se suponía que los elfos disparaban con sus arcos. Se desperezó mientras disfrutaba del suave calor del sol, que estaba tan alto como podía en un cielo de pleno invierno—. Echo de menos Escocia.

—Nunca he estado allí.

—Es el país de Dios —explicó Robbie con énfasis. Mientras relataba las maravillas de su tierra, Thomas se adormeció. Dormitó, pero se despertó cuando Robbie le dio una patada.

El escocés estaba de pie sobre la piedra tumbada.

—¿Qué es eso? —preguntó Thomas.

—Tenemos visita.

Thomas se puso en pie detrás de él y vio a cuatro jinetes a una milla más o menos al norte. Saltó de nuevo a la hierba, cogió su fardo, sacó un solo haz de flechas y montó la cuerda en los ganchos del arco.

—Quizá no nos hayan visto —aventuró con optimismo.

—Nos han visto —opinó Robbie, y Thomas volvió a subirse a la piedra y vio que los jinetes habían abandonado el camino. Habían parado y uno de ellos se había erguido sobre los estribos para tener una mejor vista de los dos forasteros de la piedra. Thomas vio que llevaban cotas de malla bajo las capas—. Puedo apañármelas con tres de ellos —dijo dando golpecitos al arco—, si tú te ocupas del cuarto.

—Venga, sé amable con el pobre escocés —replicó Robbie blandiendo la espada de su tío—, déjame dos. Tengo que ganar dinero, ¿recuerdas? —Quizás estuviera luchando contra cuatro jinetes en Normandía, pero seguía siendo prisionero de lord Outhwaite y, por ello, estaba obligado a pagar el rescate, que se había fijado en unas insignificantes doscientas libras. La de su tío ascendía a diez mil y en Escocia el clan Douglas estaría ingeniándose las para conseguirlas de donde fuera.

Los jinetes seguían observando a Thomas y a Robbie, sin duda alguna preguntándose quiénes eran. No tenían de qué tener miedo; después de todo estaban armados y protegidos con malla, y los dos forasteros eran seguramente campesinos, y los campesinos no resultaban una amenaza para jinetes con armadura.

—¿Quizás una patrulla de Evecque? —se preguntó Robbie en voz alta.

—Probablemente. —El conde de Coutances seguramente tenía hombres recorriendo el país en busca de alimento. O quizás aquellos jinetes fueran refuerzos que iban a ayudar al conde. Pero, fueran quienes fueran, verían en cualquier forastero de los alrededores una presa para sus armas.

—Se acercan —dijo Robbie cuando los jinetes empezaron a avanzar uno al lado del otro. Parecían haber asumido que los forasteros intentarían escapar, así que formaron en fila para rodearlos—. Los cuatro jinetes, ¿eh? —dijo Robbie—. No me acuerdo de lo que representa el cuarto.

—Muerte, guerra, peste y hambre —recitó Thomas mientras ponía la primera flecha en la cuerda.

—Hambre, siempre me olvido del hambre —dijo Robbie. Los cuatro caballeros estaban a una media milla de distancia, blandían las espadas mientras cabalgaban al trote sobre la fina y tupida hierba. Thomas sujetaba el arco por lo bajo, para que no estuvieran preparados para las flechas. Ahora oía el ruido de los cascos y pensó en los cuatro jinetes del Apocalipsis, el espantoso cuarteto cuya apariencia presagiaría el final de los tiempos y la última gran lucha entre el cielo y el infierno. La Guerra montada en un caballo color sangre, el Hambre a lomos de un semental negro, la Peste vengaría el mundo sobre una montura blanca, mientras que la Muerte lo haría sobre un caballo bayo. A Thomas le vino a la mente el recuerdo de su padre sentado en pose erguida y enérgica, con la cabeza hacia atrás, entonando en latín: «*et ecce equus pallidus*». El padre Ralph solía repetir esas palabras para fastidiar a su ama y amante, la madre de Thomas. Aunque no supiera latín, entendía que decía algo referente al infierno y a la muerte, y estaba convencida, como así sucedió de hecho, de que su amante, el cura, invitaba, con aquella frase, a ambos a Hookton.

—Mira el caballo bayo —dijo Thomas. Robbie lo miró desconcertado—. «Y vi un caballo bayo —citó Thomas—, el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Muerte y el infierno le acompañaba».

—¿Es el infierno otro de los jinetes? —preguntó Robbie.

—El infierno es lo que esos cabrones de ahí están a punto de alcanzar —replicó Thomas, y levantó el arco, tiró de la cuerda y sintió de repente en el corazón rabia y odio hacia los cuatro hombres. Entonces el arco sonó, la cuerda emitió una nota fuerte y profunda, y antes de que se apagara el sonido ya estaba sacando de la hierba, donde había clavado una docena, una segunda flecha. Tiró de la cuerda. Los cuatro jinetes seguían cabalgando hacia ellos mientras Thomas apuntaba al de la izquierda. Disparó, cogió una tercera flecha, y, en aquel momento, el sonido de los cascos en la hierba endurecida por el hielo se oyó tan intenso como los tambores escoceses en Durham. El segundo hombre por la derecha se sacudió de un lado a otro y cayó hacia atrás con una flecha que le sobresalía del pecho; el jinete de la izquierda estaba ya curvado sobre la perilla de su silla de montar; y los otros dos, al ver el peligro que se les venía encima, cambiaron de rumbo bruscamente para no ser el blanco de Thomas. Los cascos de los caballos levantaban trozos de tierra y hierba al huir a toda prisa. Si los dos caballeros que habían salido ilesos tenían sentido común, pensó Thomas, huirían, como si la muerte y el infierno les pisaran los talones, por el mismo camino por el que habían venido, desesperados por escapar de las flechas. Sin embargo, con la rabia característica de un hombre que se cree retado por un enemigo al que considera inferior, giraron de nuevo y se dirigieron hacia su presa. Thomas soltó entonces la tercera flecha. Los dos primeros hombres estaban fuera de juego:

uno había caído de la silla y el otro colgaba del caballo, que pastaba en la hierba blanca del invierno. La tercera flecha hubiera alcanzado de pleno a su víctima, pero el caballo al galope levantó la cabeza y la flecha se le clavó en la sien, sangre brillante sobre piel oscura. El caballo caracoleó de dolor y el jinete, que no estaba preparado para hacer un giro, intentó mantener el equilibrio, aunque Thomas ya no tenía tiempo de estar pendiente de él, pues el cuarto jinete estaba ya dentro del círculo de piedras, cada vez más cerca. El hombre llevaba una capa oscura enorme que se abombó por detrás cuando dio la vuelta con el caballo gris claro. Gritó desafiante al avanzar la espada para hundir la punta, como la cabeza de una lanza, en el pecho de Thomas, pero éste tenía la cuarta flecha ya preparada en la cuerda y el hombre entendió en seguida que había llegado una fracción de segundo tarde.

—*Non!*— gritó; Thomas ni siquiera había tensado la cuerda del arco del todo, y lanzó la flecha con su arma a medio curvar. Aun así, llevaba la suficiente fuerza para clavarse en la cabeza del caballero, en medio del puente de la nariz, bien profunda dentro del cráneo. Se sacudió, dejó caer el brazo con el que aguantaba la espada y Thomas notó el aire que levantó el caballo al pasar junto a él. Entonces el jinete cayó por la grupa del semental.

El tercer hombre, el que había caído del caballo negro, lo había hecho cerca del círculo de piedras y ahora se aproximaba a Robbie. Thomas cogió otra flecha de la hierba.

—¡No! —gritó Robbie—. Es el mío.

Thomas destensó la cuerda.

—*Chien bâtard* —le dijo el hombre a Robbie. Era mucho mayor que el escocés y debió de pensar que Robbie no era más que un simple muchacho, ya que medio le sonrió cuando se acercó a él velozmente para arremeter con la espada. Robbie retrocedió, esquivó el golpe y el tintineo de las espadas sonó claro en el aire como las campanas.

—*Bâtard* —escupió el hombre, y le atacó de nuevo.

Robbie retrocedió de nuevo, cediendo terreno hasta que llegó prácticamente al círculo de piedras, y a Thomas le preocupó, así que volvió a tensar el arco. Pero Robbie esquivó con tanta astucia y tiró una estocada tan rápida que de repente el francés empezó a retroceder a todo correr ese movimiento desesperado.

—Maldito cabrón inglés —dijo Robbie. Blandió la espada por lo bajo y al hombre se le cayó la suya al intentar esquivarlo. Robbie la tiró a un lado de una patada, sonrió y le clavó la espada de su tío en el cuello—. Cabrón inglés hijo de perra —gruñó Robbie, al retirar la espada entre un borbotar brillante de sangre—. ¡Maldito cerdo inglés! —Sacó la espada y volvió a clavársela en lo que quedaba de cuello.

Thomas vio al hombre desplomarse. La sangre brillaba sobre la hierba.

—Pero... ¡no es inglés! —le gritó Thomas.

—Es una costumbre que tengo cuando lucho —explicó Robbie—. Mi tío me enseñó a hacerlo así. —Se acercó a la víctima—. ¿Está muerto?

—Casi le has cercenado la cabeza —replicó Thomas—. ¿Tú qué crees?

—Creo que me llevaré su dinero —dijo Robbie, y se arrodilló junto al cuerpo.

Uno de los dos primeros hombres que cayeron bajo las flechas fie Thomas estaba todavía con vida. La respiración empujaba burbujas hacia la garganta, que salían rosadas y espumosas por la boca. Era el que colgaba de la silla y gimió cuando Thomas lo tiró al suelo.

—¿Vivirá? —Robbie se había acercado para averiguar qué estaba haciendo Thomas.

—¡Cristo, no! —respondió Thomas mientras sacaba el cuchillo.

—¡Jesús! —Robbie retrocedió cuando le rajó el cuello—. ¿Era necesario?

—No quiero que el conde de Coutances se entere de que sólo somos dos —explicó Thomas—. Quiero que nos tenga auténtico pavor. Quiero que piense que los mismos jinetes del demonio persiguen a los suyos.

Registraron los cuatro cuerpos y, tras una ardua persecución, consiguieron reunir a los cuatro caballos. Entre lo que encontraron en los cuerpos y en las alforjas juntaron casi dieciocho libras en monedas francesas de plata de mala calidad, dos anillos, tres dagas buenas, cuatro espadas, una cota de malla fina, que Robbie quería cambiar por la suya, y una cadena de oro que partieron por la mitad con una de las espadas del botín. Thomas utilizó las dos espadas de peor calidad como postes donde atar a los caballos junto a la calzada, y les anudó dos de los cuerpos de manera que colgaban de la silla, de lado, con los ojos en blanco y la piel pálida cubierta de sangre. Los otros dos cuerpos, despojados de las cotas de malla, los pusieron en el camino, y Thomas les puso en las bocas inertes ramitos de aulaga. No tenía ningún significado especial, pero para el que encontrara los cadáveres eso resultaría extraño, incluso satánico.

—Se van a cagar, esos cabrones —explicó Thomas.

—Desde luego, la aparición de cuatro hombres muertos debería de ponerles la mosca tras la oreja —convino Robbie.

—Se acojonarán si piensan que ha sido el diablo el que les ha atacado —dijo Thomas—. El conde de Coutances se burlaría si supiera que tan sólo dos hombres venían para auxiliar a sir Guillaume d'Everque, pero seguro que los cadáveres y el extraño detalle de las ramitas de aulaga no pasarán inadvertidos. Y tampoco la muerte.

Después de colocar los cuerpos, Thomas cogió la gran capa negra, el dinero y las armas, el mejor de los sementales y el caballo gris claro.

Porque el caballo bayo pertenecía a la Muerte.

Y con él, Thomas sembraría pesadillas.



Un único retumbar atronador sonó cuando Thomas y Robbie se aproximaron a Evecque. No sabían si estaban muy cerca, pero cabalgaban por un terreno en el que todas las granjas y casas de los alrededores habían sido destruidas, lo que le indicó a Thomas que ya debían de estar cerca de las tierras de sir Guillaume. Robbie, al oír el estruendo, miró sorprendido a Thomas porque el cielo que tenían encima de sus cabezas estaba despejado, aunque se veían nubes oscuras hacia el sur.

—Hace demasiado frío para que truene —dijo.

—A lo mejor en Francia es diferente.

Abandonaron la carretera y siguieron el camino de la granja que se metía por entre los bosques y se perdía junto a un edificio quemado que aún humeaba levemente. Tenía poco sentido hacer quemar unas dependencias como aquéllas, y Thomas dudaba de que el conde de Coutances hubiera ordenado en principio su destrucción, pero el prolongado desafío de sir Guillaume y el escaso sentido común de la mayoría de los soldados se habrían encargado de que el saqueo y la quema acabaran por tener lugar igualmente. Thomas había hecho lo mismo en Bretaña. Inmune a los gritos y protestas de las familias que se veían obligadas a presenciar cómo se quemaban sus casas, había prendido fuego a la paja de sus techumbres sin consideración alguna. Era la guerra.

Los escoceses se lo hacían a los ingleses, los ingleses a los escoceses, y aquí el conde de Coutances se lo estaba haciendo a su vasallo.

Se oyó un segundo ruido atronador y, justo cuando murió el eco, Thomas vio un enorme velo de humo en el cielo del este. Se lo señaló a su compañero, y Robbie, al reconocer la mancha de las hogueras de los campamentos y reparar en la necesidad de no hacer ruido, se limitó a asentir. Dejaron los caballos en un bosquecillo de castaños jóvenes y subieron por la larga y boscosa colina. Tras ellos, la puesta de sol arrojaba sus largas sombras sobre las hojas muertas. Un pájaro carpintero, de cabeza roja y las alas a franjas blancas, revoloteó por encima de sus cabezas mientras cruzaban la línea de la loma para ver, al otro lado, el pueblo y la hacienda de Evecque bajo sus pies.

Thomas nunca había visto la propiedad de sir Guillaume. Se había imaginado que sería algo así como la residencia de sir Giles Marriott, una estancia grande con forma de granero y algunos edificios adjuntos de techos de paja, pero Evecque era más bien

parecido a un castillo pequeño. En la esquina más cercana a Thomas tenía incluso una torre: una torre cuadrada y no demasiado alta, pero convenientemente almenada, y en ella ondeaba el pendón con los tres halcones de alas extendidas que indicaban que sir Guillaume aún no había sido derrotado. Lo que había salvado al castillo, de todos modos, era su foso, amplio y con una espesa capa de porquería verde que parecía estar viva. Las altas murallas de la propiedad se alzaban justo desde el agua, tenían pocas ventanas y las que tenían no eran sino troneras. El techo estaba cubierto de paja e inclinado hacia dentro, donde había un pequeño patio. Los sitiadores, cuyas tiendas y refugios se encontraban en la población situada al norte del castillo, habían conseguido prender fuego a los techos en algún momento, pero los escasos defensores de sir Guillaume sin duda consiguieron extinguir las llamas, pues sólo faltaba o se veía ennegrecida una pequeña porción de la paja. Ninguno de esos defensores estaba a la vista en ese momento, aunque algunos debían de estar vigilando por las troneras, que parecían manchitas blancas sobre la piedra gris. El único daño visible a la propiedad eran unas cuantas piedras rotas en una esquina de la torre, que parecían el mordisco de alguna bestia gigante, aunque eran obra probablemente de la balista que el padre Pascal había mencionado, pero, evidentemente, la enorme ballesta se había vuelto a romper y Thomas no pudo sino reparar en ella: dos enormes piezas que descansaban en el campo junto a la pequeña iglesia de piedra. Había hecho muy poco daño antes de que se rompiera la viga mayor, y Thomas se preguntó si la parte este del edificio, oculta a ellos, habría sufrido más. La entrada del castillo debía de estar al otro lado y sospechaba que las mayores máquinas de asedio también estarían allí.

Sólo podían verse una veintena de sitiadores, la mayoría de ellos en la poco amenazante actitud de estar sentados fuera de las casas del pueblo, aunque una media docena se habían reunido alrededor de lo que parecía una pequeña mesa en el patio de la iglesia. Ninguno de los hombres del conde estaba a menos de ciento cincuenta pasos, lo que sugería que los defensores habían conseguido matar a unos cuantos enemigos con las ballestas y que el resto había aprendido a mantenerse a una distancia prudencial.

El pueblo mismo era pequeño, no mucho mayor que Down Mapperley y, como la villa del Dorset, tenía un molino de agua. Había una docena de tiendas al sur de las casas y el doble de pequeños refugios contruidos con ramas y hierbas. Thomas intentó calcular cuántos hombres podían refugiarse en el pueblo, en las tiendas y en las pequeñas cabañas de hierba y decidió que el conde debía de contar con unos ciento veinte.

—¿Qué hacemos? —preguntó Robbie.

—De momento, nada. Sólo observar.

Era una vigilancia tediosa porque debajo de ellos se desarrollaba poca actividad.

Algunas mujeres llevaban cubos de agua desde el canal del molino, otras cocinaban en hogueras o recogían la ropa puesta a secar sobre algunos arbustos al borde de los campos. El estandarte del conde de Coutances, con el jabalí negro sobre fondo blanco decorado con flores azules, ondeaba en un asta improvisada sobre la casa más grande del pueblo. Otros seis estandartes estaban colgados de los techos de paja, lo que indicaba que otros tantos señores se le habían unido para repartirse el botín. Media docena de escuderos o pajes entrenaban a los caballos de guerra en el prado junto al campamento, pero, por lo demás, los atacantes de Evecque hacían poco más que esperar. Los sitios siempre eran aburridos. Thomas recordó los días ociosos fuera de La Roche-Derrien, aunque aquellas largas horas se veían rotas por el terror y la emoción de algún asalto de vez en cuando. Aquellos hombres, incapaces de asaltar los muros de Evecque a causa del foso, sólo podían confiar en que la guarnición se muriera de hambre y se rindiera, o intentar hacerlos salir quemando granjas. O quizá sólo esperaran que llegara un trozo grande de buena madera para reparar la balista.

Entonces, justo cuando Thomas acababa de decidir que ya había visto suficiente, el grupo de hombres que estaba reunido junto a lo que él había creído una mesa baja, cercana al seto del patio de la iglesia, se retiró corriendo hacia la iglesia.

—¿Qué demonios es eso? —le preguntó Robbie, y Thomas vio que no se trataba de una mesa, sino de una enorme olla apoyada en una estructura de madera.

—Es un cañón —elijo Thomas, incapaz de ocultar su asombro, y entonces el arma disparó y el enorme ollón de metal y la igualmente enorme estructura de madera desaparecieron en una nube de humo negra y, con el rabllo del ojo, pudo ver cómo un trozo de piedra volaba por los aires en la esquina dañada del castillo. Mil pájaros salieron volando de entre los setos, la paja y los árboles cuando el trueno que emitió el proyectil subió la colina y le pasó por encima. Eso era lo que habían oído antes. El conde de Coutances se las había apañado para encontrar un arma de fuego y la estaba utilizando para minar la fortaleza. Los ingleses también las habían usado en Caen el verano anterior, aunque ni todas las armas del ejército ni los mejores esfuerzos de los artilleros italianos habían hecho daño alguno al castillo. De hecho, mientras el humo se iba dispersando, Thomas vio que ese disparo tampoco había tenido un gran impacto en la mansión. El ruido parecía más violento que el proyectil mismo, aunque supuso que, si los artilleros del conde disparaban suficientes piedras, al final la mampostería cedería, la torre se derrumbaría en el foso y los escombros servirían de puente para cruzar el agua. Piedra a piedra, fragmento a fragmento, a lo mejor con tres o cuatro disparos al día, los sitiadores tumbarían la torre y se abrirían camino hasta el interior de la fortaleza.

Un hombre sacó un pequeño barril rodando de la iglesia, pero otro le hizo una señal y el barril volvió adentro. La iglesia debía de ser el polvorín, pensó Thomas, y el hombre habría vuelto con el barril porque los artilleros debían de haber disparado

el último proyectil del día y no recargarían hasta el día siguiente. Aquello le sugirió una idea, pero la apartó de su mente por impráctica y por estúpida.

—¿Ya has visto suficiente? —le preguntó a Robbie.

—No había visto nunca una pieza de artillería —le contestó Robbie mientras seguía mirando la lejana olla como si esperara que la volvieran a disparar, pero Thomas sabía que era improbable que así fuera. Llevaba mucho tiempo cargar un cañón y, una vez le colocaran la negra pólvora en el vientre y el proyectil por el cuello, debía ser sellado con marga fresca. La marga aislaría la explosión que despedía el proyectil y necesitaba tiempo para secarse antes de disparar el cañón, así que era improbable que lo volvieran a utilizar—. Suena a demasiado trabajo para lo que se obtiene —le dijo Robbie cuando Thomas hubo terminado su explicación—. ¿Así que no crees que lo vuelvan a disparar?

—Esperarán hasta mañana.

—Pues ya he visto suficiente —repuso Robbie y se escurrieron entre las hayas que tenían detrás hasta que pasaron la colina, después volvieron hasta la cerca donde habían metido a los caballos y cabalgaron en la noche. La luna estaba mediada, fría y alta, y la noche era amarga, tan amarga que decidieron arriesgarse a hacer una hoguera, aunque la ocultaron como mejor pudieron en un barranco profundo con paredes de roca, donde se construyeron un rudimentario techo de ramas cubiertas de trozos de tierra y hierba. El fuego se reflejaba a través de los agujeros del tejadillo en los muros de roca y los enrojecía intermitentemente, pero Thomas dudaba que los sitiadores patrullaran los bosques de noche. Nadie se metía por voluntad propia entre los árboles frondosos de noche, porque todo tipo de animales, monstruos y fantasmas acechaban en los bosques, y ese pensamiento le recordó a Thomas el viaje estival que había hecho con Jeannette en el que habían dormido noche tras noche en medio de la naturaleza. Había sido una época feliz y, al recordarlo, se compadeció de sí mismo hasta que, como de costumbre, se sintió culpable por Eleanor y tendió las manos para calentarse en la pequeña hoguera.

—¿Sabes si hay hombres verdes en Escocia? —le preguntó a Robbie.

—¿En los bosques, quieres decir? Lo que hay son trasgos, y son unos cabrones, ésos. —Robbie se persignó y, por si no había sido suficiente, se agachó y tocó el mango de hierro de la espada de su tío.

Thomas estaba pensando en trasgos y otras criaturas, los seres que esperaban en los bosques por la noche. ¿Quería en realidad volver a Evecque aquella noche?

—¿Te has dado cuenta de que nadie en el campamento de Coutances parecía muy preocupado porque no hubieran vuelto cuatro jinetes? No hemos visto a nadie que saliera en su busca, ¿verdad?

Robbie se paró a pensarlo un poco y después se encogió de hombros.

—A lo mejor no eran del campamento.

—Sí que lo eran —dijo Thomas con una confianza que no sentía del todo, y al instante se sintió culpable por si los cuatro jinetes no tenían nada que ver con Evecque. Entonces se acordó de que habían sido ellos los que empezaron la pelea—. Tenían que venir de Evecque y ahora ya estarán preocupados. —¿Y?

—Que pondrán más centinelas en el campamento por la noche.

Robbie volvió a encogerse de hombros.

—¿Y eso importa?

—Estoy pensando que le tengo que decir a sir Guillaume que estamos aquí fuera, y no se me ocurre cómo si no es haciendo mucho ruido.

—¿Y no le puedes escribir un mensaje —sugirió Robbie—, y enviárselo con una flecha?

Thomas lo miró.

—No tengo pergamino —le dijo con paciencia—, ni tinta: además, ¿has intentado alguna vez disparar una flecha envuelta en un pergamino? Probablemente volará como un pájaro muerto. Y para que fuera más fácil, tendría que ponerme al lado del foso.

Robbie se encogió de hombros.

—¿Pues qué hacemos?

—Ruido. Nos anunciaremos. —Thomas se detuvo—. Y estoy pensando que el cañón acabará por tumbar la torre si no hacemos algo.

—¿El cañón? —preguntó Robbie, y después se quedó mirando a Thomas—. ¡Cristo bendito! —dijo al cabo de un rato, tras considerar las dificultades—. ¿Esta noche?

—En cuanto Coutances y sus hombres sepan que estamos aquí, doblarán la guardia, pero te apuesto algo a que esos cabrones están hoy medio dormidos.

—Ajá, y si les queda medio seso, envueltos en mantas y bien calentitos —añadió Robbie. Frunció el entrecejo—. Pero ese cañón parecía una olla muy grande. ¿Cómo demonios piensas romperlo?

—Yo estaba pensando en la pólvora de la iglesia —repuso Thomas.

—¿Prenderle fuego?

—Hay hogueras de sobra en el pueblo —prosiguió Thomas, y se preguntó qué sucedería si eran capturados en el campamento enemigo, pero no tenía sentido preocuparse por eso. Si tenían que inutilizar el cañón, era mejor atacar antes de que el conde de Coutances supiera que había llegado un enemigo para hostigarlo, y eso convertía esa misma noche en una oportunidad ideal—. No hace falta que vengas —le dijo a Robbie—. No son tus amigos los que están dentro del castillo.

—Ahórrate saliva —replicó Robbie con sorna. Volvió a fruncir el ceño—. ¿Y después qué pasará?

—¿Después? —pensó Thomas—. Pues depende de sir Guillaume. Si no recibe

respuesta del rey, tendrá que escaparse. También tendrá que saber que estamos aquí.

—¿Por qué?

—Por si necesita nuestra ayuda. Nos envió a buscar, ¿no? Por lo menos a mí. Así que seguiremos haciendo ruido. Nos convertiremos en un incordio. Vamos a darle unas cuantas pesadillas al conde de Coutances.

—¿Nosotros dos?

—Tú y yo —le dijo Thomas, y al decirlo cayó en la cuenta de que Robbie se había convertido en un amigo—. A mí me parece que entre tú y yo les podemos dar un buen trabajo —añadió con una sonrisa. Y empezaría esa misma noche. Esa noche amarga y fría, bajo aquella nítida luna, invocarían la primera de sus pesadillas.

* * *

Iban a pie y, a pesar de la brillante media luna, la oscuridad reinaba bajo los árboles y Thomas empezó a preocuparse por los demonios, trasgos y espectros que pudieran acechar en los bosques normandos. Jeannette le había dicho que en Bretaña había *nains* y *gorics* que vagaban por la noche, mientras que en Dorset lo que había era el Hombre Verde que hacía retumbar la tierra a su paso y gruñía en los árboles por detrás de la colina Lipp, y los pescadores hablaban de las almas de los ahogados que a veces llegaban hasta la orilla y gemían por las mujeres que habían dejado atrás. En la víspera de todos los santos, el demonio y los muertos bailaban en el Castillo de las Doncellas, y otras noches había fantasmas menores que rondaban el pueblo y la colina, la torre de la iglesia o cualquier sitio por el que un hombre pudiera pasar, motivo por el cual nadie abandonaba su hogar por la noche sin un trocito de hierro, una ramita de muérdago o, como mínimo, un pedacito de tela que hubiera sido empapado en agua bendita. El padre de Thomas odiaba todas aquellas supersticiones, pero cuando sus gentes levantaban las manos para recibir el sacramento y él veía el pedacito de tela atado en las palmas, no decía nada.

Y Thomas tenía sus propias supersticiones. Sólo cogía el arco con la mano izquierda; daba tres golpecitos en la madera a la primera flecha que disparaba con un arco recién tensado, uno por el Padre, otro por el Hijo, y un tercero por el Espíritu Santo; no llevaba nunca ropa blanca y se ponía la bota izquierda siempre antes que la derecha. Durante mucho tiempo había llevado una pata de perro disecada colgada del cuello, después la había tirado convencido de que le traía mala suerte, pero ahora, tras la muerte de Eleanor, se preguntaba si tendría que haberla conservado. Al pensar en Eleanor, su mente volvió a deslizarse hacia la belleza oscura de Jeanette. ¿Se acordaría de él? Después intentó dejar de pensar en ella, porque pensar en un antiguo amor podía traer mala suerte, así que tocó el tronco de un árbol mientras pasaba para limpiar su pensamiento.

Thomas buscaba el brillo rojo de las hogueras por entre los árboles, algo que le indicara la proximidad de Evecque, pero la única luz visible provenía de la plateada luna que las ramas dejaban entrever. *Nains y gorics*: ¿qué serían? Jeanette no se lo había dicho nunca, sólo le había explicado que eran los espíritus que acechaban por aquella tierra. Allí en Normandía tendrían que tener algo parecido. ¿O serían brujas? Tocó otro árbol. Su madre creía firmemente en las brujas, y su padre le había enseñado a decir un padrenuestro si se perdía alguna vez. Las brujas, creía el padre Ralph, se alimentaban de niños perdidos y más tarde, mucho más tarde, le había contado que las brujas comenzaban la invocación del diablo diciendo el padrenuestro al revés. Thomas, evidentemente, lo había intentado, pero nunca se había atrevido a terminar la oración. *Olam a son arebil des*, empezaba el padrenuestro del revés, y todavía podía pronunciarlo, incluso las difíciles *temptationem* y *supersubstantialem*, aunque siempre tenía cuidado de no terminarla por si empezaba a oler a azufre, se encendía una llama y se le aparecía el demonio descendiendo con alas negras y ojos de fuego.

—¿Qué murmuras? —le preguntó Robbie.

—Estoy intentando decir *supersubstantialem* al revés —le contestó Thomas.

Robbie se rió.

—Pues no eres raro, Thomas...

—*Melait nats bus repus* —dijo Thomas.

—¿Eso es francés? —preguntó Robbie—. Porque tengo que aprender.

—Aprenderás —le prometió Thomas, y entonces vio por fin las hogueras entre los árboles y ambos se callaron mientras subían la larga ladera hasta la cima, entre las hayas que dominaban Evecque.

No se veían luces en el castillo. Una limpia y fría luz de luna se reflejaba en el foso lleno de porquería verde que parecía tan suave como hielo: ¿sería hielo? Y la blanca luna arrojó una sombra negra en la esquina dañada de la torre, mientras que la reverberación de las hogueras iluminaba el extremo opuesto del castillo, lo que confirmó las sospechas de Thomas de que había una máquina de asedio justo enfrente de la entrada del edificio. Supuso que los hombres del conde habrían cavado trincheras desde las que poder defender con ballestas a los hombres que intentaran cruzar el foso por donde habría tenido que estar el puente levadizo. Thomas recordó los dardos de ballesta que escupían las murallas de La Roche-Derrien y se estremeció. Hacía un frío que calaba hasta los huesos. Pronto, pensó Thomas, el rocío se volvería escarcha y argentaría el mundo. Como Robbie, llevaba una camisa de lana bajo el jubón de cuero y una cota de malla sobre la que se había puesto una capa; aun así, seguía temblando y deseó estar todavía en el refugio del barranco, junto al fuego.

—No veo a nadie —le dijo Robbie.

Thomas tampoco, pero siguió buscando a los centinelas. ¿Sería posible que

estuvieran todos bajo techo por el frío? Buscó en las sombras junto a las parpadeantes hogueras, escudriñaba cualquier movimiento en la oscuridad junto a la iglesia, pero no vio a nadie. Sin duda, habría centinelas junto a las máquinas de asedio enfrente de la puerta del castillo, pero ¿no tendrían a nadie para vigilar a un posible intruso que quisiera escabullirse por detrás? Aunque, ¿quién se iba a poner a cruzar a nado un foso con este frío? Además, los sitiadores seguro que a estas alturas estarían aburridos, de modo que la vigilancia sería descuidada. Vio una nube bordeada de plata navegando hacia la luna.

—Cuando la nube cubra la luna —le repuso a Robbie—, bajamos.

—Y que Dios nos bendiga a los dos —añadió Robbie con fervor, y se persignó. La nube parecía desplazarse lentamente, por fin veló la luna y el reluciente paisaje se difuminó en grises y negros. Aún había algo de luz, pero Thomas dudaba de que la noche pudiera volverse más oscura, así que se puso en pie, se sacudió las ramitas de la capa y se encaminó hacia el pueblo por un sendero de tierra batida que había en la ladera este de la colina. Supuso que el camino sería obra de los cerdos que engordarían en el hayal, y recordó cómo los de Hookton recorrían la playa de guijarros mientras comían cabezas de pescado, y cómo su madre siempre decía que se notaba en el sabor del beicon. Beicon marinero, lo llamaba, y lo comparaba, muy poco favorablemente, con el beicon que se confeccionaba en el Weald de Kent, de donde procedía. Aquello, decía, sí era beicon como Dios manda, alimentados con hayucos y bellotas, lo mejor de todo. Thomas tropezó con un matorral de hierba. Era difícil seguir el sendero porque la noche se había vuelto mucho más oscura de repente, quizá porque estuvieran en terreno más bajo.

Pensaba en beicon y se acercaban cada vez más al poblado, y Thomas se asustó de repente. No había visto centinelas pero ¿y los perros? Una sola perra que ladrara en la noche, y él y Robbie serían hombres muertos. No se había traído el arco, pero de repente deseó haberlo hecho, aunque, ¿qué haría con él? ¿Disparar a un perro? Por lo menos el camino se hizo visible, iluminado ahora por las hogueras, y ambos caminaron con confianza como si fueran del pueblo.

—Tú debes de hacer cosas así muy a menudo —le dijo Thomas a Robbie en voz baja.

—¿Cosas así?

—Cuando cruzáis la frontera.

—Pero qué dices, nos quedamos en campo abierto. Nosotros vamos detrás de ganado y caballos.

Ya estaban entre las casas y dejaron de hablar. Les llegó un ronquido profundo de una de las pequeñas cabañas de hierba y un perro que no habían visto gimió, pero no ladró. Había un hombre sentado en una silla fuera de una tienda, en teoría vigilando a quien durmiera dentro, pero el guardia también estaba dormido. Una leve brisa

sacudió las ramas en el huerto junto a la iglesia, y en el riachuelo se oía el chapoteo que despedía el agua al deslizarse hasta el pequeño estanque junto al molino. Se oyó una risita de mujer en una de las casas, y unos cuantos hombres empezaron a cantar. La melodía era nueva para Thomas y las voces profundas ahogaron el sonido de la puerta del patio de la iglesia, que chirrió cuando él la abrió. La iglesia tenía un pequeño campanario de madera y Thomas oía al viento suspirar en la campana.

—¿Eres tú, Georges? —gritó un hombre desde el porche.

—*Non* —Thomas habló con más sequedad de la que pretendía, y el tono sacó al hombre de debajo de las sombras negras de la arcada del porche y, al presentir que habían empezado los problemas, se colocó la mano detrás de la espalda para agarrar el mango de la daga.

—Perdón, señor. —El hombre había tomado a Thomas por un oficial, quizás incluso por un señor—. Estaba esperando el relevo, señor.

—Probablemente sigue durmiendo —respondió Thomas.

El hombre se desperezó y bostezó con ganas.

—A ese cabrón le cuesta levantarse. —El centinela era poco más que una sombra en la oscuridad, pero Thomas presintió que era un hombre grande—. Y aquí hace un frío que pela —prosiguió el hombre—. Dios, qué frío hace. ¿Han vuelto Guy y sus hombres?

—Uno de los caballos había perdido una herradura —contestó Thomas.

—¡Así que era eso! Y yo que pensaba que habían parado en la cervecería ésa de Saint-Germain. ¡Cristo y sus ángeles! ¿Habéis visto a la chica tuerta que hay allí?

—Aún no —repuso Thomas. Aún sostenía la daga, una de las armas que los arqueros llamaban misericordia porque se utilizaba con los hombres que habían caído del caballo y con los heridos para darles mejor vida. La hoja era fina y lo suficientemente flexible como para meterla entre las articulaciones de una armadura y sacar la vida por ahí, pero se mostraba reacio a desenvainarla. El centinela no sospechaba nada y su único delito era desear conversación.

—¿Está la iglesia abierta? —le preguntó Thomas al centinela.

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tenemos que rezar —contestó Thomas.

—Mala conciencia ha de tener si hace rezar a los hombres por la noche, ¿eh?

—Demasiadas muchachas tuertas —repuso Thomas. Robbie, que no hablaba francés, se quedó a un lado y observó la enorme sombra negra del cañón.

—Un pecado del que hay que arrepentirse, vaya que sí —rió entre dientes el hombre; después se levantó—. ¿Podéis esperar aquí mientras despierto a Georges? No tardaré ni un minuto.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo Thomas magnánimo—, nos vamos a quedar aquí hasta el alba. Deja a Georges durmiendo si quieres. Ya vigilaremos

nosotros dos.

—Sois un santo viviente —contestó el hombre, y entonces recogió su manta del porche antes de irse deseando alegremente las buenas noches. Thomas, cuando el hombre se hubo marchado, se metió en el porche y tropezó con un barril que salió rodando y acabó dando en algo que armó bastante ruido. Echó por la boca sapos y culebras, pero desde el pueblo no llegó ninguna voz exigiendo una explicación por el ruido.

Robbie se agachó a su lado. La oscuridad era impenetrable en el porche, pero palparon el suelo y descubrieron una media docena de barriles vacíos. Apestanaban a huevos podridos y Thomas supuso que habían contenido pólvora. Entre susurros, le resumió a Robbie la conversación que había tenido con el centinela.

—Lo que no sabemos es si despertará a Georges o no. No lo creo, pero tampoco podría jurarlo.

—¿Quién cree que somos?

—Dos hombres de armas, probablemente —repuso Thomas. Apartó los barriles vacíos y buscó a tientas la cuerda que levantaba el pestillo de la puerta de la iglesia. Seguía sin ver nada, pero la iglesia tenía el mismo olor acre de los barriles vacíos—. Necesitamos un poco de luz —susurró. Sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad y vio un reflejo tenue de luz que entraba por la enorme vidriera del lado este, por encima del altar. No había una sola vela, ni siquiera en el sagrario donde se guardaban las hostias, probablemente porque era demasiado peligroso con toda aquella pólvora almacenada en la nave. Thomas encontró lo que buscaban fácilmente, porque tropezó con la reserva de barriles, que estaba justo al lado de la puerta. Habría al menos dos veintenas del tamaño aproximado de un cubo para el agua, y Thomas supuso que el cañón debía de necesitar al menos uno o dos para cada disparo. ¿Qué dispararían, tres o cuatro veces al día? Pues allí había pólvora como para dos semanas—. Necesitamos un poco de luz —volvió a decir, pero Robbie no contestó—. ¿Dónde estás? —Thomas susurró la pregunta, pero seguía sin haber respuesta y después oyó el golpe sordo de una bota contra uno de los barriles vacíos en el porche y vio la silueta de Robbie por un instante iluminada por la espectral luz de la luna del cementerio.

Thomas esperó. Había una hoguera del campamento no muy lejos del seto de espinos que separaba al ganado de las tumbas de la villa, y vio una sombra inclinarse sobre las brasas y una llamarada que prendía de forma repentina, como un rayo estival. Robbie volvió y entonces Thomas, deslumbrado y alarmado por la luz, ya no vio nada. Se había acercado hasta la puerta de la iglesia y esperaba oír el grito de alguno de los hombres del pueblo, pero lo único que llegó fue el chirrido de la puerta y las pisadas del escocés.

—He cogido un barril vacío —dijo Robbie—, sólo que no estaba tan vacío como

pensaba, eso o es que la pólvora penetra la madera. —Estaba de pie en el porche con el barril en las manos; lo había usado para recoger algunas brasas, pero el residuo de la pólvora había prendido y le había quemado las cejas, y ahora el fuego brincaba alegremente dentro del barril—. ¿Qué hago con él?

—¡Cristo! —Thomas se imaginó la iglesia al explotar—. Dámelo a mí —le dijo, tomó el barril, que quemaba al tacto, corrió con él hacia el interior de la iglesia, iluminándolo todo a su paso, y lo metió entre dos pilas de barriles—. Ahora salgamos de aquí pitando —le dijo a Robbie.

—¿Has buscado el cepillo? —le preguntó Robbie—. Ya que vamos a hacer volar la iglesia, nos podemos llevar el cepillo.

—¡Venga! —Thomas agarró a Robbie por un brazo y lo arrastró hasta el porche.

—Pero es una pena dejarlo —protestó Robbie.

—Que no hay cepillo, idiota. ¡El pueblo está lleno de soldados!

Corrieron, agachándose entre las cruces, y tumbaron a su paso el cañón, que estaba apoyado en la estructura de madera. Treparon por una valla que tapaba un agujero del seto de espinos, y corrieron hasta la balista rota y las cabañas de tierra y hierba, sin preocuparse por hacer ruido. Dos perros empezaron a ladrar, y un tercero a aullar desesperadamente; entonces un hombre salió de una de las grandes tiendas y gritó:

—*Qui va là?*—y empezó a armar la ballesta, pero Thomas y Robbie ya lo habían superado y corrían campo a través tropezando con las irregularidades del terreno. La luna apareció por detrás de la nube y Thomas vio su aliento como una neblina.

—*Halte!* —gritó el hombre.

Thomas y Robbie se detuvieron. No por la orden del hombre, sino porque una luz roja iluminaba el mundo. Se dieron la vuelta y se quedaron mirando, y el centinela que les había dado el aviso se olvidó de ellos cuando la noche se volvió escarlata.

Thomas no estaba seguro de lo que tenía que esperar. ¿Una lanza de llama que perforara los cielos? ¿Un enorme estrépito como el trueno? El ruido era más bien amortiguado, como una inspiración gigantesca, y de los ventanales de la iglesia salían llamas tenues pero incesantes, como si se acabaran de abrir las puertas del infierno y el fuego de la muerte llenara la nave, aunque ese enorme resplandor rojo sólo duró un instante, antes de que el techo de la iglesia saltara por los aires y Thomas viera claramente las vigas negras romperse como costillas en una carnicería.

—¡Cristo bendito! —gritó.

—¡Dios santísimo en los cielos! —exclamó Robbie con los ojos como platos.

Ahora las llamas, el humo y el aire ardían por encima del caldero en que se había convertido la iglesia sin techo, los barriles seguían explotando, uno detrás de otro, y cada uno de ellos expulsaba una nueva oleada de llamas y humo al cielo. Ni Thomas ni Robbie lo sabían, pero la pólvora tenía que sacudirse porque el salitre, más pesado

que el carbón, acababa en el fondo de los barriles, y eso significaba que a la pólvora le costaba más prenderse, pero las explosiones estaban sirviendo para mezclar la pólvora restante que empezaba a latir, brillante y escarlata, para escupir la nube roja por encima del pueblo.

Todos los perros de Evec que estaban ladrando o aullando y los hombres, mujeres y niños salían de sus camas para contemplar aquel resplandor demoníaco. El ruido de las explosiones reverberaba por los prados, rebotaba en las paredes del castillo y asustó a cientos de pájaros en el bosque. Los escombros se hundieron en el foso y, al caer, despidieron afiladas astillas de fuego que reflejaban el fuego, de manera que parecía que el castillo estuviera rodeado por un lago de llamas chispeantes.

—¡Cristo! —volvió a exclamar Robbie sobrecogido; después ambos corrieron hacia el hayal en la colina que había al este de los pastos.

Thomas empezó a reírse mientras subía a trompicones por el camino hacia los árboles.

—Voy a ir al infierno por esto —dijo tras detenerse entre las hayas para santiguarse.

—¿Por quemar una iglesia? —Robbie estaba sonriendo, en sus ojos se reflejaba el brillo del fuego—. ¡Tendrías que haber visto lo que les hicimos a los canónigos negros de Hexham! Cristo, media Escocia irá al infierno por aquello.

Contemplaron el fuego durante un rato, después volvieron a la oscuridad de los bosques. El alba no estaba lejos. En el este, un gris débil, pálido como la muerte, marcaba el horizonte.

—Tenemos que meternos en lo más profundo del bosque —dijo Thomas—. Tenemos que escondernos.

Era un sabio consejo, porque la caza de los saboteadores estaba a punto de empezar y con la primera luz, mientras el humo aún era una enorme cortina por encima de Evecque, el conde de Coutances envió a veinte jinetes y a una jauría de perros a buscar a los hombres que habían destruido su polvorín; pero hacía frío, el suelo estaba helado, y el débil rastro de la presa se desvaneció pronto. Al día siguiente, el conde, de muy mal humor, ordenó a sus fuerzas que realizaran otro ataque. Habían estado preparando unos jaulones de sauce que rellenaron de piedras y tierra. El plan era llenar el foso con ellos y después pasar en tropel por encima del improvisado puente para asaltar la puerta. A la puerta le faltaba el puente levadizo, que habían quitado al principio del asedio, y dejaba al descubierto un invitante arco sólo bloqueado por una barricada baja de piedra.

Los consejeros del conde le habían asegurado que no había suficientes jaulones, que el foso era mucho más profundo de lo que pensaba, que no era el momento propicio, que Venus estaba en su ascendente y Marte en su declive, y que, resumiendo, debería esperar a que las estrellas le sonrieran y a que la guarnición

estuviera más hambrienta y desesperada, pero la reputación del conde estaba por los suelos en ese momento y ordenó que atacaran igualmente, así que sus hombres hicieron lo que pudieron. Estarían protegidos mientras sostuvieran los jaulones, pues los cestos llenos de tierra eran escudo suficiente para contener los dardos de ballesta, pero una vez estuvieron en el foso, los asaltantes quedaron expuestos a los seis ballesteros de sir Guillaume, que se refugiaban bajo el murete bajo de piedra construido a la entrada del castillo. El conde también tenía ballesteros, protegidos con paveses, escudos de cuerpo completo que transportaba un segundo hombre para proteger al balletero mientras tensaba laboriosamente la cuerda del arma, pero los hombres que lanzaban los jaulones quedaron sin protección una vez hubiera soltado la carga y ocho de ellos murieron antes de que el resto se diera cuenta de que el foso era realmente demasiado profundo y de que no tenían suficientes jaulones. Dos de los hombres que sostenían los paveses y un balletero quedaron también gravemente heridos antes de que el conde aceptara que estaba perdiendo el tiempo y ordenara a los atacantes que se retiraran. Después maldijo a sir Guillaume por los catorce demonios jorobados de san Candace y se emborrachó.

Thomas y Robbie sobrevivían. Al día siguiente de quemarle la pólvora al conde, Thomas cazó un ciervo, y al otro, Robbie descubrió una liebre podrida en un matorral y cuando la sacó, vio que estaba atrapada en un cepo que debía de haber puesto alguno de los vasallos de sir Guillaume, que habría sido asesinado o habría huido al llegar los hombres del conde. Robbie limpió el cepo en un riachuelo y lo colocó en otro seto. A la mañana siguiente, encontró otra liebre, esta vez asfixiándose en el dogal de la trampa.

No se atrevían a dormir en el mismo lugar dos noches seguidas, pero había suficientes refugios en las granjas abandonadas o quemadas. Pasaron la mayoría de las siguientes semanas en las selvas del sur de Evecque, donde los valles eran más profundos, las colinas más empinadas y los bosques más espesos. En aquel lugar había más sitios para esconderse y fue en ese enmarañado paisaje donde hicieron empeorar las pesadillas del conde. En el campamento de sitiadores empezaron a contarse historias a propósito de un hombre alto vestido de negro sobre un caballo bayo, y cada vez que aparecía el hombre del caballo bayo, alguien moría. La muerte era provocada por una flecha larga, una flecha inglesa, aunque el hombre del caballo no llevaba arco, sólo una vara coronada con un cráneo de ciervo, y todos sabían lo que significaba que una criatura cabalgara sobre un caballo bayo con una calavera sobre una vara. Los hombres que habían visto la aparición se lo contaron a sus mujeres en el campamento del conde, y las mujeres al capellán del conde, y el conde dijo que tenían alucinaciones aunque los cadáveres eran lo suficientemente reales. Cuatro hermanos, que habían venido de la distante Lión para ganar dinero sirviendo en el sitio, recogieron sus cosas y se marcharon. Otros amenazaron con seguirles. La

Muerte acechaba Evecque.

El capellán del conde dijo que la gente estaba tocada por la luna, y cabalgó hacia el peligroso territorio del sur, mientras salmodiaba en voz alta y lo rociaba todo con agua bendita, y cuando el capellán volvió ileso, el conde le dijo a sus hombres que habían sido unos insensatos, que no había ninguna Muerte cabalgando un caballo bayo, y al día siguiente murieron otros dos, aunque esta vez fue en el este. Las historias eran cada vez más increíbles. El jinete iba ahora acompañado de perrazos gigantes a los que les brillaban los ojos, y ya no tenía ni que aparecer para dar explicación a cualquier desgracia. Si un caballo tropezaba, si un hombre se rompía un hueso, si a una mujer se le caía comida, si se rompía la cuerda de una ballesta, la culpa la tenía siempre el misterioso hombre del caballo bayo.

La confianza de los sitiadores se fue hundiendo poco a poco. Había rumores de maldición, y seis hombres de armas se fueron al sur a buscar trabajo en Gasuña. Los que se quedaron se quejaban de que hacían el trabajo del diablo, y nada que el conde de Coutances hiciera parecía devolver el ánimo a sus hombres. Intentó talar árboles para impedir que el misterioso arquero disparara al campamento, pero había demasiados árboles e insuficientes hachas y las flechas siguieron llegando. Envió un mensaje al obispo de Caen, que escribió una bendición en un trozo de vitela y la trajeron de vuelta, pero no tuvo ningún efecto en el jinete de la capa negra cuya presencia presagiaba muerte, así que el conde, que creía fervientemente que hacía la obra del Señor y temía fracasar si incurría en la ira de Dios, apeló a Dios para recibir su ayuda.

Y escribió a París.

* * *

Louis Bessières, el cardenal arzobispo de Livorno, una ciudad que sólo había visto una vez cuando viajó a Roma (a la vuelta dio un rodeo para no tener que pasar por allí una segunda vez), paseaba despacio por el Quai des Orfèvres, en la lie de la Cité de París. Dos sirvientes iban por delante de él con un par de varas para abrirle paso al cardenal, que no parecía prestar atención al enjuto sacerdote de mejillas chupadas que le hablaba con tanta urgencia. El cardenal, en cambio, examinaba los productos expuestos en las orfebrerías del *quai* que recibía su nombre de dichos comercios: muelle de los orfebres. Admiró un collar de rubíes e incluso se planteó adquirirlo, pero entonces descubrió una mácula en una de las piedras.

—Qué pena —murmuró, y se dirigió a la siguiente tienda—. ¡Exquisito! —exclamó a propósito de un salero hecho de plata y decorado con cuatro paneles que reflejaban la vida en el campo de esmalte azul, rojo, amarillo y negro. En uno de los paneles un hombre araba y en el siguiente sembraba el campo, en el tercero una

mujer recogía la cosecha y en el cuarto ambos estaban sentados a la mesa admirando una hermosa rebanada de pan—. Exquisito. —El cardenal estaba entusiasmado—. ¿No te parece hermoso?

Bernard de Taillebourg apenas miró el salero.

—El demonio maquina contra nosotros, eminencia —repuso enfadado.

—El demonio siempre maquina contra nosotros, Bernard —dijo el cardenal en tono reprobatorio—. Ése es precisamente su trabajo. Algo faltaría en el mundo si el demonio no maquinara contra nosotros. —Acarició el salero, pasando los dedos por las delicadas curvas de los paneles, después decidió que la forma de la base no era perfecta. Había algo basto en ella, pensó, un diseño torpe, y, con una sonrisa al vendedor, lo volvió a colocar encima de la mesa y siguió caminando. Brillaba el sol; hacía incluso algo de calorcito en aquella mañana de invierno, y el Sena centelleaba. Un hombre sin piernas con unos bloques de madera en los muñones se acercó con unas muletas cortas y tendió una mano sucia hacia el cardenal, cuyos sirvientes lo apartaron con las varas.

—¡No, no! —gritó el cardenal, y buscó en la bolsa unas monedas—. Que Dios te bendiga, hijo mío —le dijo. Al cardenal Bessières le gustaba dar limosna, le encantaba ver los rostros de los pobres derretirse por la gratitud, y sobre todo le encantaba ver el alivio en sus caras cuando avisaba a sus sirvientes un segundo antes de que usaran las varas. A veces el cardenal tardaba sólo una milésima de segundo más, y eso también le gustaba. Pero hoy hacía calorcito, era un día de sol robado al gris invierno, así que se sentía bondadoso.

Una vez pasada la Sabot d'Or, una taberna de escribanos, el pequeño grupo giró alejándose del río por unas callejas enmarañadas que recorrían los laberínticos edificios del palacio real. El Parlamento, tal cual era, se reunía en ese lugar, y los abogados se escabullían por los oscuros pasajes como ratas. Con todo, aquí y allí, perforando las sombras, preciosos edificios se alzaban al sol. El cardenal adoraba esos callejones y le gustaba imaginar que las tiendas desaparecían por las noches como por arte de magia y eran reemplazadas por otras. ¿Siempre había estado allí esa lavandería? ¿Y por qué nunca había reparado en el horno de pan? ¿Seguro que esos fabricantes de instrumentos siempre habían estado junto a los aseos públicos? De la tienda de un peletero colgaban abrigo de oso y el cardenal se detuvo para apreciar la calidad. De Taillebourg aún seguía parloteando sin parar, pero él apenas le escuchaba.

Justo después del peletero, había un arco guardado por hombres con librea azul y dorada. Llevaban corazas bruñidas, penachos en los cascos y picas relucientes. Pocos hombres podían atravesar ese arco, pero los guardias se apresuraron a abrir el paso e inclinarse con una reverencia cuando cruzó el cardenal. Él les hizo un gesto benevolente que sugería una bendición, después atravesó el húmedo pasaje hasta un patio. Estaban dentro de las posesiones del rey y todos los cortesanos se inclinaban

respetuosamente ante el cardenal, pues era más que un simple cardenal, era también el legado papal ante el trono de Francia. Era el embajador de Dios, y Bessières tenía planta para cumplir la función, pues era un hombre alto, robusto y lo suficientemente corpulento para amilanar a la mayoría de los hombres sin su hábito escarlata. Era guapo y lo sabía, vanidoso, aunque eso pretendía no saberlo, y era muy ambicioso, algo que ocultaba al mundo pero no a sí mismo. Después de todo, a un cardenal arzobispo sólo le quedaba un paso que recorrer antes de subir los escalones de cristal del mayor trono de todos, y Bernard de Taillebourg parecía ser un inusitado instrumento para que Louis Bessières obtuviera la triple corona que tanto ansiaba.

Así que el cardenal dirigió con aire cansino su atención hacia el dominico, mientras ambos abandonaban el patio y subían por las escaleras que llevaban a la Sainte-Chapelle.

—Dime —interrumpió Bessières lo que fuera que estaba diciendo De Taillebourg—, cuéntame cosas sobre tu sirviente. ¿Te obedece?

De Taillebourg, interrumpido de una manera tan irrespetuosa, necesitó algunos segundos para reordenar sus pensamientos; después asintió.

—Me ha obedecido en todo.

—¿Se muestra humilde?

—Hace lo que puede para mostrarse humilde.

—¡Ah! ¿Así que todavía tiene orgullo?

—Está arraigado en él —repuso el dominico—, pero lo combate.

—¿Y no te ha abandonado?

—En ningún momento, eminencia.

—¿Así que está aquí, en París?

—Por supuesto —repuso De Taillebourg de manera cortante. Después reparó en el tono que había utilizado—. Está en el monasterio, eminencia —añadió con humildad.

—No sé si tendríamos que volver a mostrarle las criptas de nuevo —sugirió el cardenal mientras caminaba pausadamente hacia el altar. Adoraba la Sainte-Chapelle, amaba la luz que entraba por los altos y esbeltos pilares. Era, pensaba, lo más cerca del cielo que podía estar un hombre en la tierra: un lugar de delicada belleza, de luz abrumadora y de gracia hechizante. Deseó haber dispuesto un coro, pues el sonido de las voces de los eunucos perforando el artesonado policromado de la bóveda de la capilla llevaba a cualquiera muy cerca del éxtasis. Los sacerdotes se apresuraron hasta el altar mayor, conscientes de lo que el cardenal había venido a ver—. Encuentro —prosiguió—, que unos minutos en la cripta empujan al hombre a buscar la gracia de Dios.

De Taillebourg hizo un gesto con la cabeza.

—Ya ha estado allí, eminencia.

—Vuélvelo a llevar. —El tono del cardenal ahora era duro—. Muéstrale los instrumentos. Muéstrale un alma en el potro o bajo el fuego. Hazle saber que el infierno no está sólo en el reino de Satán. Pero hazlo hoy. Es posible que tengamos que soltarnos de nuevo.

—¿Soltarnos, eminencia? —De Taillebourg parecía sorprendido.

El cardenal no lo iluminó. Lo que hizo fue arrodillarse ante el altar mayor y quitarse el capelo. Rara vez, y sólo con reticencias, se quitaba el sombrero en público, pues era consciente de que se estaba quedando calvo, pero ahora era necesario. Necesario e inspirador, pues uno de los sacerdotes había abierto el relicario bajo el altar mayor y había sacado el cojín morado con su borde de encaje y borlas doradas, que ahora mostraba ante el cardenal. En el cojín descansaba la corona. Era tan vieja, tan frágil, tan negra y tan quebradiza que el cardenal aguantó la respiración para tocarla. La misma tierra pareció detenerse, se hizo el silencio, hasta el cielo se quedó quieto mientras alargaba la mano, tocaba la corona y la levantaba de manera que parecía no pesar nada.

Era la corona de espinas.

Era la misma corona que habían clavado en la frente de Cristo y que quedó impregnada de su sudor y sangre, y los ojos del cardenal se llenaron de lágrimas mientras la levantaba y la besaba. Las ramitas que formaban el círculo puntiagudo eran largas y frágiles como los huesos de las patas de un carrizo y, aun así, las espinas aún pinchaban, estaban tan afiladas como el día en que fueron colocadas en la cabeza del Salvador para que la sangre manara por Su precioso rostro, y el cardenal levantó la corona bien arriba, con las dos manos, y se maravilló de su liviandad mientras la depositaba sobre su cabeza rala y la dejaba allí. Después, con las manos cerradas, levantó la vista hacia la gran cruz dorada del altar.

Sabía que al clérigo de la Sainte-Chapelle le disgustaba que viniera y se pusiera la corona de espinas. Se habían quejado al arzobispo de París y el arzobispo le había lloriqueado al rey, pero Bessières seguía viniendo porque tenía el poder para hacerlo. Tenía el poder que le había delegado el Papa y Francia necesitaba el apoyo del Papa. Inglaterra estaba asaltando Calais, Flandes había declarado la guerra por el norte, Gascuña había jurado vasallaje a Eduardo de Inglaterra y Bretaña se revolvía ahora contra el legítimo duque francés y estaba infestada de arqueros ingleses. Francia estaba siendo atacada y sólo el Papa podía convencer a los poderes de la cristiandad para que vinieran en su ayuda.

Y el Papa probablemente lo haría, porque el Santo Padre era, de hecho, francés. Clemente había nacido en el Limoges y había sido canciller de Francia antes de ser elegido para ocupar el trono de san Pedro e instalarse en el inmenso palacio papal de Aviñón. Y allí, en Aviñón, escuchaba Clemente a los romanos que intentaban convencerlo de que devolviera el papado a su ciudad eterna. Cuchicheaban y

maquinaban argucias, hacían sobornos y volvían a cuchichear, y Bessières temía que un día Clemente pudiera ceder a aquellas voces adulatoras.

Pero si Louis Bessières se convirtiera en papa, ya no se volvería a hablar de Roma. Roma era una ruina, una cloaca pestilente rodeada de pequeños estados en guerra continua los unos contra los otros, y el vicario de Dios en la tierra nunca podría estar seguro allí. Pero aunque Aviñón era un buen refugio para el papado, no era perfecto porque la ciudad y el condado de Venaissin, donde estaba, pertenecían ambos al reino de Nápoles, y el Papa, en opinión de Louis de Bessières, no debía ser un feudatario.

Ni debía tampoco el Papa vivir en una ciudad de provincias. Roma había dominado una vez el mundo y al Papa le correspondía Roma, ¿pero Aviñón? El cardenal, con las espinas aún descansando sobre su frente, levantó la mirada hacia la vidriera azul y escarlata de la pasión, encima del altar; él sabía qué ciudad merecía el papado. Sólo una. Y Louis de Bessières estaba seguro de que, una vez fuera papa, podría convencer al rey de Francia para que cediera la lie de la Cité al Santo Padre, de modo que el cardenal Bessières pudiera trasladar el papado al norte y dotarlo de un nuevo y glorioso refugio. El palacio sería su hogar, la catedral de Notre Dame sería la nueva San Pedro, y su gloriosa Sainte-Chapelle, su santuario privado, en el que la corona de espinas se convertiría en su propia reliquia. Incluso, pensó, podría incorporar las espinas a la tiara papal. Le gustó la idea y se imaginó rezando allí, en su isla privada. Los orfebres y los mendigos, los abogados y las prostitutas, las lavanderías y los fabricantes de instrumentos serían enviados al otro lado de los puentes, al resto de París, y la lie de la Cité se convertiría en un lugar sagrado. Y entonces el vicario de Cristo tendría el poder de Francia siempre de su lado, el Reino de Dios se extendería, el infiel sería masacrado y habría paz en la tierra.

¿Pero cómo convertirse en papa? Había una docena de hombres que deseaban suceder a Clemente, pero sólo Bessières, de todos ellos, conocía la existencia de los Vexille, y sólo él sabía que una vez habían poseído el Santo Grial y que, probablemente, seguía en su poder.

Ése era el motivo por el que Bessières había enviado a De Taillebourg a Escocia. El dominico había vuelto con las manos vacías, pero había obtenido alguna información.

—¿Así que no crees que el Grial esté en Inglaterra? —le preguntó ahora al dominico en voz baja, para que los sacerdotes de la Sainte-Chapelle no oyeran la conversación.

—Quizás esté escondido allí. —De Taillebourg tenía un tono sombrío—, pero no está en Hookton. Guy Vexille registró el lugar cuando lo asaltó. Volvimos para buscarlo, pero sólo encontramos escombros.

—¿Aún sigues pensando que sir Guillaume se lo llevó a Evecque?

—Lo considero posible, eminencia —contestó De Taillebourg—, pero no probable. Sólo posible.

—El sitio va muy mal. Me equivoqué con Coutances. Le ofrecí mil años menos en el purgatorio si capturaba Evecque para san Timoteo, pero no tiene el vigor necesario para forzar el sitio. Háblame del hijo bastardo ése.

De Taillebourg hizo un gesto de desdén.

—No es nadie. Incluso duda de que el Grial exista. Quiere ser soldado.

—¿Un arquero, dices?

—Un arquero —confirmó De Taillebourg.

—Creo que te equivocas sobre él. Coutances cuenta en su carta que su tarea se ve obstaculizada por un arquero. Un arquero que dispara flechas largas como las de los ingleses.

De Taillebourg no dijo nada.

—Un arquero —prosiguió el cardenal—, que probablemente destruyó todas las reservas de pólvora de Coutances. ¡Y era el único polvorín en toda Normandía! Si queremos más habrá que enviarla desde París.

El cardenal se quitó la corona y la colocó sobre el cojín. Después, lentamente, con reverencia, apretó el índice contra una de las espinas y los sacerdotes que lo observaban se inclinaron hacia delante. Temían que intentara robar una de las espinas, pero el cardenal sólo quería sangrar. Se estremeció cuando la espina le rompió la piel, después se metió el dedo en la boca y chupó su propia sangre. Llevaba un enorme anillo de oro en el dedo y, escondida detrás del rubí, donde había un pequeño compartimento secreto, descansaba una espina que había robado ocho meses antes. A veces, escondido en sus aposentos, se rasgaba la frente con la espina y se imaginaba el enviado de Dios en la tierra. Y Guy Vexille era la clave para esa ambición.

—Lo que harás —le ordenó a De Taillebourg cuando el sabor de la sangre hubo desaparecido— es enseñarle a Guy Vexille la cripta otra vez para recordarle lo que le espera si fracasa. Después os iréis a Evecque.

—¿Vais a enviar a Vexille a Evecque? —De Taillebourg no podía ocultar su sorpresa.

—Es despiadado y cruel —dijo el cardenal mientras se levantaba y se volvía a poner el sombrero—, y me dices que está a nuestro servicio. Así que gastaremos dinero y le daremos suficiente pólvora y hombres para aplastar Evecque. Debe traernos a sir Guillaume a la cripta. —Se quedó observando cómo devolvían la corona de espinas a su relicario. Y pronto, pensó, en esta capilla, en este lugar de luz y gloria, haría traer un objeto aún más precioso. Tendría un tesoro que atraería a toda la cristiandad y sus riquezas a su trono dorado. Tendría el Grial.

* * *

Thomas y Robbie estaban ambos mugrientos, con sus ropas embadurnadas de suciedad, sus cotas de malla llenas de ramitas, hojas muertas y tierra, y el pelo largo, enmarañado y grasiento. Por la noche temblaban, el frío se les metía hasta la médula del alma, pero de día nunca se habían sentido tan vivos, pues jugaban a un juego de vida y muerte en los pequeños valles y espesos bosques de los alrededores de Evecque. Robbie, vestido con una capa negra que lo envolvía completamente y con la calavera en la vara, iba montado en el caballo bayo que atraía a los hombres de Coutances a las emboscadas en las que Thomas los mataba. A veces Thomas sólo los hería, pero rara vez fallaba porque, debido al espesor del bosque, podía disparar a corta distancia; aquel juego le recordaba las canciones que a los arqueros les gustaba cantar y los cuentos de sus mujeres alrededor de las hogueras de los campamentos. Eran las canciones y cuentos de la gente corriente, canciones que nunca cantaban los trovadores, y que hablaban de un fugitivo llamado Robin Hood. Era Hood o Hude, Thomas no estaba seguro porque nunca lo había visto escrito, pero sabía que Hood era un héroe inglés que había vivido un par de siglos antes y que sus enemigos habían sido la nobleza inglesa que hablaba francés. Hood se había enfrentado a ellos con el arma inglesa, el arco de guerra. La nobleza de aquellos días seguro que consideraba subversivas aquellas historias, y por ello ningún trovador las cantaba en los grandes salones. Thomas pensaba a veces que podría escribirla, pero el problema es que nadie escribía en inglés. Todos los libros que había visto estaban en francés o en latín. Aunque, ¿por qué no habrían de tener las canciones de Hood cubiertas de piel? Algunas noches le contaba los cuentos de Hood a Robbie, mientras los dos se morían de frío en el precario refugio de esa noche, pero al escocés le parecían aburridas.

—Yo prefiero los relatos del rey Arturo —le dijo.

—¿También se cuentan en Escocia? —preguntó Thomas sorprendido.

—¡Pues claro! ¡Arturo era escocés!

—¡No seas zopenco! —contestó Thomas ofendido.

—Era escocés —insistió Robbie—, y mató a los jodidos ingleses.

—Era inglés —le dijo Thomas—, y probablemente no oyó hablar de los putos escoceses en su vida.

—Vete al infierno —gruñó Robbie.

—Tú llegarás antes —escupió Thomas y pensó que si alguna vez escribía los relatos de Robin Hood, haría que el legendario arquero se paseara por el norte para ensartar a unos cuantos escoceses con honradas flechas inglesas.

Al día siguiente, los dos se sentían avergonzados por su temperamento.

—Es porque tengo hambre —le dijo Robbie—. Tengo la correa muy corta cuando

tengo hambre.

—Tú tienes hambre siempre —le contestó Thomas.

Robbie se rió, después colocó la silla en el caballo bayo. El animal se estremeció. Tampoco los caballos habían comido bien y ambos estaban débiles, así que Thomas y Robbie tenían cuidado de no quedarse atrapados en campo abierto, donde los mejores caballos del conde podrían alcanzar a las pobres y cansadas bestias. Por lo menos el frío se había hecho menos intenso, pero entonces llegaron del océano occidental grandes nubes cargadas de lluvia que cayó durante una semana. Ningún arco inglés podía funcionar en aquellas condiciones. Sin duda, el conde de Coutances empezaría a pensar que el agua bendita de su capellán había expulsado al caballo bayo de Evecque y que les perdonaba la vida a sus hombres, aunque también se la perdonaba a sus enemigos, pues no había llegado más pólvora para el cañón y los prados que rodeaban al castillo con foso estaban tan empapados que se habían inundado las trincheras, y los sitiadores se movían entre barrizales. A los caballos se les pudrían las pezuñas y los hombres se quedaban en los refugios temblando de fiebre.

A la salida del sol, Thomas y Robbie salían hacia los bosques al sur de Evecque y allí, en el lado del castillo en el que el conde no tenía más que un puesto de vigía, se erguían junto al límite del bosque y hacían señas. Habían recibido una señal la tercera mañana que intentaron comunicarse con la guarnición, pero no supieron nada más hasta la semana después de la lluvia. Ese día, a la mañana siguiente de su discusión a propósito del rey Arturo, Thomas y Robbie levantaron los brazos hacia el castillo y esta vez vieron aparecer un hombre en el tejado. Levantó una ballesta y la disparó al cielo. El dardo no iba destinado al puesto de vigía y si los hombres de guardia lo vieron, no hicieron nada, pero Thomas lo observó caer en los pastos, donde patinó sobre la hierba húmeda levantando agua a su paso.

Aquel día no hicieron ninguna incursión. Esperaron haber estado horas buscándolo hasta la tarde y, cuando cayó la noche, Thomas y Robbie se deslizaron por los pastos de rodillas y, buscaron entre la hierba húmeda y las antiguas plastas de vaca. Les pareció haber estado horas buscándolo, pero al final Robbie encontró el dardo y descubrió que llevaba un paquetito encerado alrededor del corto astil.

—¿Lo ves? —le dijo Robbie cuando volvieron al refugio y mientras temblaban junto al débil fuego—. ¿Ves como se puede hacer?

Señalaba el mensaje envuelto alrededor del dardo. Para que se pudiera disparar, lo habían enrollado con cordel de algodón que había encogido, y Thomas tuvo que cortarlo. Después desenrolló el pergamino encerado y lo acercó al fuego para poderlo leer. Estaba escrito con carbón.

—Es de sir Guillaume —dijo Thomas—. Quiere que vayamos a Caen.

—¿A Caen?

—Y allí tenemos que encontrar a un tal... —Thomas frunció el entrecejo y acercó

la carta, de difícil caligrafía, aún más a las llamas—, a un tal Pierre Villeroy, capitán de un barco.

—¿No será Peter *el Feo*? —preguntó Robbie.

—No —le contestó Thomas, mientras examinaba con más detenimiento el pergamino—. El barco de éste se llama el *Pentecostés*, y si no lo encontramos tenemos que buscar a Jean Lapoullier o a Guy Vergon. —Thomas tenía el mensaje tan cerca del fuego que empezó a volverse marrón y a arrugarse cuando leyó en voz alta las últimas palabras—. «Dile a Villeroy que quiero el *Pentecostés* listo para san Clemente, y que debe aprovisionarlo para diez pasajeros con destino a Dunkerque. Esperadnos con él y nos encontraremos en Caen. Prendedle fuego al bosque esta noche para que sepamos que habéis recibido el mensaje».

Desde luego que le prendieron fuego. Las llamas brillaron con fuerza por poco tiempo, después llegó la lluvia y apagó el incendio, pero Thomas estaba seguro de que la guarnición habría visto las llamas.

Y al alba, mojados, cansados y mugrientos, estaban de nuevo en Caen.

* * *

Thomas y Robbie buscaron en los muelles de la ciudad, pero no había ni rastro de Pierre Villeroy o de su barco, el *Pentecostés*, aunque un tabernero creía que tampoco debía de andar muy lejos.

—Transportaba un cargamento de piedra a Cabourg —le elijo el hombre a Thomas—, y decía que volvería hoy o mañana, y el tiempo no debe de haberlo entretenido demasiado. —Miró con recelo la madera del arco—. ¿Eso es un jodido arco? —Quería decir un arco inglés.

—Un arco de caza de Argentan —dijo Thomas despreocupadamente, y la mentira satisfizo al tabernero porque en todas las comunidades francesas había unos cuantos hombres que sabían cómo manejar un arco largo de caza, pero eran muy pocos y nunca los suficientes para unirse al tipo de ejércitos que volvía las colinas rojas con sangre noble.

—Si Villeroy vuelve hoy —le dijo el hombre—, pasará esta noche por mi taberna para echar un trago.

—¿Me lo señalaréis? —le preguntó Thomas.

—Es imposible no reconocer a Pierre —rió el hombre—, ¡es un gigante! Un gigante calvo, con una barba en la que se pueden criar ratones y la piel comida por la viruela. Reconoceréis a Pierre sin mi ayuda.

Thomas pensaba que sir Guillaume tendría prisa cuando llegara a Caen y que seguro que no querría perder tiempo intentando meter los caballos en el *Pentecostés*, así que pasó un día entero regateando por los dos caballos de guerra y esa noche, con

dinero en la bolsa, él y Robbie volvieron a la taberna. No había señal alguna de un gigante calvo con barba, pero llovía, los dos estaban helados y pensaban que bien se podrían quedar a esperar, así que pidieron estofado de anguila, pan y vino aguado. Un ciego tocaba el arpa en una esquina de la taberna, después empezó a cantar sobre marineros, focas y las extrañas bestias del mar que se alzaban para aullar a la luna nueva. Entonces llegó la comida, y justo cuando Thomas estaba a punto de probarla, apareció un hombre robusto con la nariz rota y cruzó la taberna para plantarse con actitud beligerante delante de Thomas.

—Eso es un arco inglés —dijo el hombre sin más.

—Es un arco de caza de Argentan —replicó Thomas. Sabía que era peligroso ir con un arma tan reconocible y el verano anterior, cuando él y Jeanette fueron caminando desde Bretaña a Normandía, había camuflado el arco como una vara de peregrino, pero era evidente que en esta ocasión había sido más descuidado—. Es un arco de caza —repitió como quien no quiere la cosa, y se estremeció porque el estofado de anguila estaba demasiado caliente.

—¿Qué quiere este cabrón? —preguntó Robbie.

El hombre lo oyó.

—Eres inglés.

—¿Sueno a inglés? —le preguntó Thomas.

—Es posible que tú no, pero él sí suena a inglés. —El hombre señalaba a Robbie—. ¿O es que ahora se ha tragado su maldita lengua?

—Es escocés.

—Sí, claro, por supuesto, y yo soy el maldito duque de Normandía.

—Lo que eres —repuso Thomas con suavidad—, es un maldito incordio —y le tiró el cuenco de comida a la cara e hizo que la mesa le diera en la ingle—. ¡Lárgate! —le dijo a Robbie.

—¡Cristo, si me encantan las peleas! —contestó Robbie. Media docena de los amigos del escaldado cargaban desde la otra parte de la taberna, Thomas les tiró un banco a las piernas, dos tropezaron y Robbie le sacó su larga espada a un tercero.

—¡Son ingleses! —gritaba el escaldado desde el suelo—. ¡Son demonios! —En Caen odiaban a los ingleses.

—Te está llamando inglés —le dijo Thomas a Robbie.

—Me voy a mear en su garganta —gruñó Robbie, y le dio una patada en la cabeza al escaldado; después le atizó a otro con el mango de la espada y empezó a aullar el grito de guerra escocés mientras avanzaba contra los que quedaban.

Thomas agarró el equipaje y el arco y abrió una puerta.

—¡Vamos! —gritó.

—¡Volvedme a llamar inglés, panda de borrachos! —los desafió Robbie. Mantenía a raya a los atacantes con la espada, pero Thomas sabía que reunirían todo

su valor y cargarían otra vez, y que Robbie casi seguro que tendría que matar a alguien para poder escapar, y entonces sí que se liaría una buena y tendrían suerte de no acabar colgando de una cuerda de las murallas del castillo, así que agarró a Robbie por detrás y salieron de la taberna.

—¡Corre!

—Me lo estaba pasando bien —insistió Robbie intentando entrar de nuevo en la refriega, pero Thomas lo sacó de allí y cargó con el hombro contra un hombre que salía al callejón.

—¡Corre! —volvió a gritar Thomas, y empujó a Robbie hacia el centro de la lie. Se metieron por una callejuela, cruzaron corriendo una placita cuadrada y acabaron en el suelo en las sombras del porche de la iglesia de San Juan. Sus perseguidores los buscaron unos cuantos minutos, pero la noche era fría y la paciencia de los perseguidores limitada.

—Eran seis —dijo Thomas.

—¡Estábamos ganando! —repuso Robbie de mal humor y en tono agresivo.

—Y mañana —prosiguió Thomas—, cuando tendríamos que estar encontrando a Pierre Villeroy o a cualquiera de los otros, pasaríamos el día en la cárcel de Caen.

—No había repartido puñetazos desde la batalla de Durham —prosiguió Robbie—, por lo menos no como Dios manda —añadió sonriente.

—¿Y la pelea con aquellos campesinos de Dorchester?

—Estábamos demasiado borrachos. Ésa no cuenta —y empezó a reírse—. En cualquier caso, empezaste tú.

—¿Sí?

—Ajá. ¡Le has tirado el estofado de anguila a la cara! Todo entero.

—Sólo intentaba salvarte la vida —señaló Thomas—. ¡Cristo! ¡Pero si te has puesto a hablar inglés en Caen! ¡Oodian a los ingleses!

—Y es lo que tienen que hacer —contestó Robbie—. Es lo que tienen que hacer, pero ¿qué tengo que hacer yo? ¿Tener todo el día la boca cerrada? ¡Demonios! También es mi lengua. Dios sabe por qué se llamará inglés.

—Porque es inglesa —repuso Thomas—, y el rey Arturo la hablaba.

—¡Cristo bendito! —dijo entonces Robbie, y volvió a reírse—. Demonios, le he dado tan fuerte a aquél que cuando se despierte no sabrá ni qué día es.

Encontraron refugio en una de las muchas casas que todavía estaban abandonadas tras el encarnizado asalto inglés del verano anterior. Los propietarios de las casas estaban o muy lejos o, más probablemente, sus huesos debían yacer en la enorme fosa común del patio de la iglesia o entre el barro del lecho del río.

A la mañana siguiente, volvieron a bajar a los muelles. Thomas se recordó metido en la fuerte corriente, cuando los ballesteros dispararon desde los barcos amarrados. Los dardos habían abierto pequeñas vías de agua, y como no quería arriesgarse a que

se le mojara la cuerda, no fue capaz de devolver las salvas. En esa ocasión, él y Robbie bajaron a los muelles para descubrir que el *Pentecostés* había aparecido como por arte de magia aquella noche. Era un barco tan grande como el resto de los que remontaban el río, un barco capaz de cruzar hasta Inglaterra con una veintena de hombres y caballos a bordo, pero ahora que la marea bajaba y lo dejaba atrapado en el barro, el barco parecía mucho más alto y estaba seco. Thomas y Robbie cruzaron con cautela una pasarela y oyeron un ronquido monstruoso que provenía de la pequeña y fétida cabina de popa. A Thomas le pareció que todo el puente vibraba con cada ronquido, y se preguntó cómo reaccionaría una criatura capaz de hacer aquel ruido cuando la despertasen, pero, justo entonces, una muchacha que parecía una vagabunda, pálida como la niebla del alba y delgada como una flecha, subió desde el techo de paja de la cabina, colocó unas ropas en el puente y se llevó un dedo a los labios. Parecía muy frágil y, mientras se levantaba la falda para subirse las medias, enseñó unas piernas como ramitas. Thomas dudaba de que tuviera más de trece años.

—Está durmiendo —susurró.

—Ya lo oigo —repuso Thomas.

—¡Shh! —volvió a llevarse el dedo a los labios y se colocó una densa camisa de lana por encima del camisón, metió los piecitos en enormes botas y se enfundó en un enorme abrigo de cuero. Se colocó un grasiento sombrero de lana sobre el pelo rubio y recogió una saca grasienta que parecía hecha de sebo de velas viejas—. Me voy a comprar comida —dijo en voz baja—, y hay que encender el fuego en la bodega. Encontrarás yesca y pedernal en la estantería. ¡No le despiertes!

Y con ese aviso salió de puntillas del barco, envuelta en el enorme abrigo y caminando con sus pesadas botas; Thomas, acobardado por la profundidad y potencia del ronquido, decidió que la discreción era el mejor camino. Fue a la bodega donde encontró un brasero de hierro sobre una losa de piedra. El brasero estaba listo para ser encendido y, después de abrir la paja para que hiciera de chimenea, hizo algunas chispas con el pedernal. Las astillas estaban húmedas, pero después de un rato el fuego prendió y él empezó a añadirle madera, de manera que para cuando volvió la chica ya había una llama respetable.

—Soy Wette —se presentó, aparentemente nada interesada por quiénes pudieran ser Thomas y Robbie—, la mujer de Pierre —les aclaró, y después cogió una enorme sartén ennegrecida en la que rompió doce huevos—. ¿Queréis comer también? —le preguntó a Thomas.

—Nos gustaría.

—Me podéis comprar algunos huevos —le dijo mientras señalaba la saca—, y también tengo jamón y pan. A él le gustan con jamón.

Thomas miró los huevos que se iban volviendo blancos al fuego.

—¿Son todos para Pierre?

—Por las mañanas se levanta con hambre —le explicó—, así que, ¿por qué no cortas el jamón? Le gusta grueso. —El barco crujió de repente y se hundió un poco en el barro—. Ya se ha despertado —dijo Wette y cogió un plato de peltre de la estantería. Se oyó un gruñido en el puente, pasos, y Thomas se dio la vuelta para encontrarse con el hombre más grande que había visto nunca.

Pierre Villeroy era un pie más alto que el arco de Thomas. El pecho tan grande como la cabeza de un cerdo, una calva pelada y reluciente, la cara terriblemente marcada por la viruela y una barba en la que se hubiera perdido una liebre. Al ver a Thomas, parpadeó.

—¿Has venido a trabajar? —gruñó.

—No, he venido a traeros un mensaje.

—Lo malo es que tenemos que empezar pronto —dijo Villeroy con una voz que parecía retumbar en una caverna profunda.

—Se trata de un mensaje de sir Guillaume d'Everque —aclaró Thomas.

—Tenemos que aprovechar la marea baja, ¿sabes? —prosiguió Villeroy—. Tengo tres cubas de musgo en la bodega. Yo siempre he usado musgo. Como mi padre. Otros usan cáñamo a tiras, pero a mí no me gusta, no me gusta nada de nada. Nada va tan bien como el musgo fresco. Aguanta más, ¿sabes? Y se mezcla mejor con la brea. —El feroz rostro se abrió de repente en una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes—. *Mon caneton!* —exclamó cuando Yvette le llevó un plato lleno de comida.

Yvette, su patito, les sirvió un par de huevos a Robbie y a Thomas y después sacó dos martillos y un par de extraños instrumentos de metal que parecían cinceles romos.

—Estamos calafateando las juntas —les explicó Villeroy—, así que yo calentaré la brea y vosotros dos podéis ir colocando el musgo entre las tablas. —Se metió en la boca un revoltijo de yema y jamón con los dedos—. Hay que hacerlo mientras el barco está alto y seco, entre las mareas.

—Pero yo os traigo un mensaje —insistió Thomas.

—Ya lo sé. De sir Guillaume. Lo que significa que quiere el *Pentecostés* a punto para hacer un viaje, y lo que sir Guillaume quiere, lo obtiene, porque ha sido bueno conmigo, vaya que sí, pero el *Pentecostés* no le servirá de nada si se hunde, ¿verdad que no? Hay que calafatearlo. Mi mujercita y yo casi nos ahogamos ayer, ¿verdad, patito mío?

—Entraba mucha agua —refrendó Wette.

—A borbotones, entraba —declaró Villeroy en voz alta—, todo el camino desde Cabourg hasta aquí, ¡así que, si sir Guillaume quiere ir a algún sitio, mejor que os pongáis a trabajar cuanto antes! —Les sonrió desde aquella enorme barba, ahora manchada de yema de huevo.

—Quiere ir a Dunkerque —dijo Thomas.

—Así que está planeando huir, ¿eh? —caviló Villeroy en voz alta—. Cruzará ese foso con los caballos antes de que el conde de Coutances sepa en qué año está.

—¿Por qué a Dunkerque? —preguntó Wette.

—Pues está claro que piensa unirse a los ingleses —dijo Villeroy sin expresar censura alguna, aunque eso suponía que sir Guillaume era un traidor—. Su señor se ha vuelto contra él, los obispos se le están meando en la boca y hasta dicen que el rey tiene un pie metido en el asunto, así que lo mejor que puede hacer es cambiar de bando. ¿Dunkerque? Se unirá al asedio de Calais. —Se metió aún más huevos y jamón en la boca—. ¿Y cuándo quiere salir sir Guillaume?

—Para san Clemente —contestó Thomas.

—¿Cuándo es eso?

Ninguno de ellos lo sabía. Thomas sabía qué día del mes era san Clemente, pero no sabía cuántos faltaban, y ese desconocimiento le dio una excusa para evitar lo que estaba seguro sería un trabajo asquerosamente sucio, frío y húmedo.

—Voy a averiguarlo —dijo—, y volveré para ayudaros.

—Yo voy contigo —se ofreció Robbie.

—No, tú quédate —ordenó Thomas con severidad—. *Monsieur Villeroy* tiene un trabajo para ti.

—¿Un trabajo? —Robbie no había entendido la conversación anterior.

—Una cosita de nada —le aseguró Thomas—. ¡Ya verás cómo disfrutas!

Robbie parecía receloso.

—¿Y tú dónde vas?

—A la iglesia, Robbie Douglas —contestó Thomas—. Voy a la iglesia.



Los ingleses habían capturado Caen el año anterior, y la habían ocupado el tiempo suficiente para violar a sus mujeres y saquear sus riquezas. Habían dejado Caen maltrecha, sangrando y horrorizada, pero Thomas se había quedado cuando se fue el ejército. Había estado enfermo y el doctor Mordecai lo había tratado en la casa de sir Guillaume y, después, cuando Thomas estuvo lo suficientemente bien para caminar, sir Guillaume lo llevó a la Abbaye aux Hommes para presentarle al hermano Germain, el jefe del *scriptorium* del monasterio y el hombre más sabio que Thomas había conocido. El hermano Germain debía saber seguro cuándo era san Clemente, pero ése no era el único motivo por el que se dirigía a la abadía. Había caído en la cuenta de que si alguien podía entender los extraños textos del libro de su padre, ese alguien era el anciano monje, y la posibilidad de que esa mañana encontrase respuesta al misterio del Grial le producía excitación. Un sentimiento que le sorprendió. A menudo dudaba de la existencia del Grial y cada vez con más frecuencia deseaba que la copa no le afectara pero, de repente, sintió la emoción de la caza. Más aún, de pronto se vio inundado por la solemnidad de su búsqueda, tanto que dejó de caminar y miró la luz brillante que se reflejaba en el río e intentó recuperar la visión de fuego y oro que había tenido aquella noche en el norte de Inglaterra. Qué estúpido había sido por dudar. ¡Claro que el Grial existía! Sólo esperaba a que lo encontraran para traer la felicidad a un mundo roto.

—¡Cuidado! —Thomas salió de su ensoñación cuando un hombre con una carretilla llena de ostras lo empujó. Llevaba un perrillo atado a la carretilla que pretendía atacar a Thomas, intentó morderle los tobillos sin éxito antes de que la cuerda con la que estaba atado le tirara del cuello y el perro emitiera un gemido de frustración. Thomas apenas reparó en el hombre o el perro. En lugar de eso estaba pensando en que el Grial se escondía de los que no eran dignos provocándoles dudas. Para encontrarlo, entonces, tendría que creer en él y, sin duda alguna, para ello debía pedirle ayuda al hermano Germain.

Al llegar a la puerta de la abadía se le acercó un portero, inmediatamente, tuvo un ataque de tos. El hombre se dobló en dos, intentó coger aire y se incorporó lentamente mientras se sonaba los mocos con la mano.

—Lo que he cogido es mi muerte —resolló—, eso es lo que es, mi muerte. —Carraspeó una flema y la escupió hacia donde estaban los pedigüños de la puerta—.

El *scriptorium* está por ahí —le dijo después de que Thomas le preguntara por el padre Germain—. Cruzando el claustro.

Thomas llegó hasta la sala soleada en la que una veintena de monjes trabajaban en escribanías altas e inclinadas. Un pequeño fuego ardía en el hogar central, que se mantenía encendido para que la tinta no se congelara, pero la alta sala estaba lo suficientemente fría para que los monjes exhalaran nubes de vaho por encima de sus pergaminos. Todos estaban copiando libros, y la cámara de piedra resonaba con los chasquiditos y el roce de las plumillas. Dos novicios molían polvo para pinturas en una mesa lateral, un tercero estaba curtiendo una piel de oveja y un cuarto afilando los cañamones de ganso, todos nerviosos y pendientes del hermano Germain, sentado sobre una tarima con su propio manuscrito. Germain era viejo y pequeño, frágil y encorvado, con pelo blanco y crespo, unos ojos lechosos y miopes y expresión de mal humor. Su rostro no estaba a más de tres pulgadas de su trabajo cuando oyó los pasos de Thomas; entonces, abruptamente, levantó la mirada y, aunque no veía muy bien, observó por lo menos que el visitante sin anunciar llevaba una espada colgando.

—¿Qué viene a hacer un soldado a la casa de Dios? —gruñó el hermano Germain—. ¿Habéis venido a terminar lo que empezaron los ingleses el verano pasado?

—He venido a veros, hermano —dijo Thomas. El rasgar de las plumas cesó de repente cuando los monjes intentaron escuchar la conversación.

—¡Al trabajo! —espetó el hermano Germain a los monjes—. ¡Al trabajo! ¡Que aún no estáis en el cielo! ¡Tenéis obligaciones, atendedlas! —Las plumas guitarrearón contra los tinteros y los rasgueos, golpecitos y chirridos se reanudaron. El hermano Germain miró alarmado a Thomas cuando éste subió a la tarima—. ¿Os conozco? —le gruñó.

—El verano pasado sir Guillaume me acompañó para que os conociera.

—¡Sir Guillaume! —El hermano Germain, sorprendido, dejó la pluma encima del escritorio—. ¿Sir Guillaume? ¡Dudo que lo volvamos a ver! ¡Ja! Coutances lo tiene enjaulado, eso es lo que he oído, y buena cosa es. ¿Sabéis qué hizo?

—¿Coutances?

—¡Sir Guillaume, idiota! ¡Se volvió contra el rey en Picardía! ¡Se volvió contra el rey!, y eso lo convirtió en un traidor. Siempre fue un insensato, siempre jugándose el cuello, pero ahora se puede considerar afortunado si conserva la cabeza. ¿Qué es eso?

Thomas había desenvuelto el libro y lo había colocado encima del escritorio.

—Esperaba, hermano —dijo con humildad—, que le encontrarais algún sentido a...

—Quieres que lo lea, ¿eh? Nunca aprendiste lo suficiente y ahora crees que yo no tengo nada mejor que hacer que leerme tonterías para que tú puedas determinar su valor. —La gente que no sabía leer y que, por cualquier razón, acababa poseyendo algún libro, los llevaba al monasterio para que se los tasaran, con la esperanza de que

una recopilación de consejos piadosos fuera algún raro tratado de teología, astrología o filosofía—. ¿Cómo has dicho que te llamas? —exigió el hermano Germain.

—No lo he dicho —repuso Thomas—. Me llamo Thomas.

El nombre no parecía evocarle nada al monje, pero tampoco le importaba porque ahora estaba inmerso en el libro, leyendo en voz baja, pasando páginas con largos dedos blancos, perdido en las maravillas que relataban sus páginas, y entonces volvió a la primera de ellas y leyó las palabras latinas en voz alta.

—«*Calix meus inebrians*». —Expulsó las palabras como si fueran sagradas, después se persignó y volvió la siguiente página, en la que estaba la extraña escritura hebrea y se emocionó aún más—. «A mi hijo», leyó en voz alta, evidentemente traduciendo, «el hijo del Tirsata y nieto de Hacalías» —volvió la miope mirada a Thomas—. ¿Eres tú?

—¿Yo?

—¿Eres tú el nieto de Hacalías? —preguntó Germain y, a pesar de ver tan mal, debió de detectar el asombro en el rostro de Thomas—. ¡Oh, no importa! —añadió con impaciencia—. ¿Sabes qué es esto?

—Cuentos —contestó Thomas—. Cuentos del Grial.

—¡Cuentos! ¡Cuentos! Los soldados sois como niños. Tontos, incultos y codiciosos. ¿Sabes qué es esta escritura? —Señalaba con un dedo largo las extrañas letras puntuadas con símbolos como ojos—. ¿Sabes qué es?

—Es hebreo, ¿no?

—«Es hebreo, ¿no?» —imitó con sorna el hermano Germain a Thomas—. ¡Claro que es hebreo!, hasta un burro educado en la Universidad de París sabe eso, pero es su escritura mágica. Es el alfabeto que los judíos usan para escribir sus encantamientos, su magia negra. —Miró de cerca una de las páginas—. Ahí, ¿lo ves? El nombre del diablo. ¡Abracadabra! —Frunció el entrecejo durante unos instantes—. El escritor dice que Abracadabra puede ser traído a este mundo si se invoca su nombre encima del Grial. Eso parece probable. —El hermano Germain volvió a persignarse para alejar el Mal, después miró a Thomas—. ¿De dónde has sacado esto? —le preguntó con dureza, pero no esperó la respuesta—. ¿Eres él, verdad?

—¿Él?

—El Vexille que me trajo sir Guillaume —le dijo en tono acusador el hermano Germain y se volvió a persignar—. ¡Eres inglés! —hizo sonar eso aún peor—. ¿A quién le vas a llevar este libro?

—Quiero entenderlo antes —le dijo Thomas confuso por la pregunta.

—¡Entenderlo! ¿Tú? —se burló el hermano Germain—. No, no. Tienes que dejarlo aquí conmigo, joven, yo podré hacer una copia y el libro tiene que ir a París, se lo enviaremos a los dominicos. Enviaron un hombre a preguntar por ti.

—¿Por mí? —Thomas estaba ahora aún más confundido.

—Sobre la familia Vexille. Parece que uno de tu sucia estirpe luchó con el rey el verano pasado, ahora se ha sometido a la Iglesia. La Inquisición mantuvo... —el hermano Germain se detuvo, buscando evidentemente la palabra adecuada—... conversaciones con él.

—¿Con Guy? —preguntó Thomas. Sabía que Guy era su primo, sabía que Guy había luchado junto a los franceses en Picardía y sabía que Guy había matado a su padre en busca del Grial, pero poco más.

—¿Quién si no? Y ahora, según dicen, Guy Vexille se ha reconciliado con la Iglesia —iba diciendo el hermano Germain mientras hojeaba el libro—. ¡Que se ha reconciliado con la Iglesia! ¿Puede un lobo dormir con las ovejas? ¿Quién ha escrito esto?

—Mi padre.

—Así que tú eres el nieto de Hacalías —dijo el hermano Germain con reverencia, después cerró sus pequeñas manos sobre el libro—. Gracias por traérmelo.

—¿Podéis decirme qué significan los pasajes en hebreo? —preguntó Thomas desconcertado por las últimas palabras del hermano Germain.

—¿Decírtelo? Claro que te lo puedo decir, pero no significará nada para ti. ¿Sabes quién era Hacalías? ¿Estás familiarizado con el Tirsata? Claro que no. ¡Las respuestas serían en ti tiempo desperdiciado! Pero gracias por traer el libro. —Sacó un trozo de pergamino, cogió la pluma y la sumergió—. Si le llevas esta nota al sacristán te dará una recompensa. Ahora tengo trabajo. —Firmó la nota y se la tendió a Thomas.

Thomas alargó el brazo para coger el libro.

—No lo puedo dejar aquí —le dijo.

—¡«No lo puedo dejar aquí»! ¡Claro que puedes! Algo así pertenece a la Iglesia. Además, tengo que copiarlo. —El hermano Germain abrazó el libro y se inclinó sobre él—. Y lo dejarás —silbó entre dientes.

Thomas había pensado en el hermano Germain como en un amigo, o por lo menos no había pensado en él como en un enemigo, y ni siquiera las duras palabras del hombre sobre la traición de sir Guillaume le habían hecho cambiar de opinión, pero Germain había dicho que el libro debía ir a París, que debía ser entregado a los dominicos, y Thomas entendía ahora que estaba aliado con esos hombres de la Inquisición que, además, tenían a Guy Vexille de su lado. Y entendía también que esos temibles hombres buscaban el Grial con una avidez que no había apreciado hasta ese momento, y que el camino hacia el Grial pasaba por él y por el libro. Esos hombres eran sus enemigos, lo que quería decir que el hermano Germain también lo era y que había sido un error lamentable llevar el libro a la abadía. Sintió un miedo repentino e intentó coger el libro.

—Tengo que irme —insistió.

El hermano Germain intentó agarrarse al libro, pero sus bracitos como ramas no

podían competir con los brazos de arquero de Thomas. Aun así se agarró a él, obstinado, amenazando con romper la débil cubierta de cuero.

—¿Adonde irás? —le exigió el hermano Germain, y después intentó engañarlo con una falsa promesa—. Si lo dejas —le dijo—, te haré una copia y te la enviaré cuando esté terminada.

Thomas iba al norte, a Dunkerque, así que nombró un lugar en la dirección contraria.

—Voy a La Roche-Derrien —mintió.

—¿Una guarnición inglesa? —El hermano Germain aún tiraba del libro y después gritó cuando Thomas le dio un manotazo en las manos—. ¡No puedes llevárselo a los ingleses!

—Lo voy a llevar a La Roche-Derrien —dijo, recuperando por fin el preciado objeto. Alisó la suave cubierta y medio sacó la espada porque varios de los monjes más jóvenes habían abandonado sus escribanías y tenían aspecto de querer detenerlo pero, al verlo sacar la hoja, quedaron disuadidos de cualquier intento de violencia. Se quedaron mirándolo mientras se iba.

El portero seguía tosiendo, al tiempo que se apoyaba contra el arco e intentaba coger aire mientras le caían lágrimas de los ojos.

—¡Por lo menos no es lepra! —consiguió decirle a Thomas—. Sé que no es lepra. Mi hermano murió de lepra y no tosía. Eso ya es algo.

—¿Cuándo es san Clemente? —se acordó de preguntar.

—Pasado mañana, y Dios quiera que viva para verlo.

Nadie siguió a Thomas, pero esa tarde, mientras él y Robbie estaban metidos en el agua helada del río hasta la ingle y embutían musgo espeso entre los tablones del *Pentecostés*, una patrulla de soldados con librea amarilla y roja le preguntaron a Pierre Villeroy si había visto a un inglés vestido con cota de malla y una capa negra.

—Es ése de ahí abajo —dijo Villeroy señalando a Thomas bromeando, y después se rió—. Si viese a un inglés —prosiguió—, me mearía en su boca hasta que ese maldito cabrón se ahogase.

Villeroy se esperó hasta que los soldados estuvieran lo suficientemente lejos para no oírlo.

—Por mentir —le dijo a Thomas—, me debes dos juntas más de brea y musgo.

—¡Cristo bendito! —blasfemó Thomas.

—Bueno, es verdad que era muy buen carpintero —observó mientras masticaba el pastel de manzana de Wette—, pero también era el Hijo de Dios, ¿verdad? Seguro que no tuvo nunca que hacer trabajitos de poca importancia como calafatear, así que no te va a servir de nada pedirle ayuda. Pues hala, chico, tú mete bien el musgo, mételo bien.

* * *

Sir Guillaume había resistido durante casi tres meses a sus atacantes y no dudaba de que pudiera aguantar indefinidamente mientras el conde de Coutances siguiera sin pólvora, pero también era consciente de que su tiempo en Normandía se había terminado. El conde de Coutances era su señor, sir Guillaume poseía sus tierras del mismo modo que el conde poseía las del rey, y un hombre declarado traidor por su señor feudal, especialmente si el rey apoyaba esa declaración, era un hombre sin futuro, a menos que jurara fidelidad a otro señor, a un rey distinto. Sir Guillaume había escrito al rey y había apelado a amigos que tenían influencia en la corte, pero no había obtenido respuesta. El sitio proseguía y sir Guillaume no tenía más remedio que abandonar el castillo. Eso lo entristecía, pues Evecque era su hogar. Conocía cada palmo de sus pastos, sabía dónde encontrar las mudas de los cuernos, dónde se escondían las liebres temblorosas entre la hierba alta y dónde los lucios criaban como demonios en los arroyos más profundos. Era su hogar, pero un hombre declarado traidor ya no tenía hogar así que, la víspera de san Clemente, cuando los sitiadores estaban sumergidos en la oscuridad empapada del invierno, emprendió la huida.

Nunca había dudado de su capacidad para escaparse. El conde de Coutances era un hombre de mediana edad, torpe y poco imaginativo, cuya experiencia en la guerra siempre había tenido lugar al servicio de señores más grandes. El conde sentía aversión por el riesgo y era dado a ataques de ira cuando el mundo escapaba a su entendimiento, cosa que sucedía con frecuencia. Desde luego, era incapaz de entender por qué los grandes hombres de París lo animaban a sitiar Evecque, pero había visto la oportunidad de enriquecerse y les había obedecido, aunque temía a sir Guillaume. Sir Guillaume andaba por la treintena y había pasado media vida peleando, normalmente por su cuenta, y en Normandía era conocido como el señor del mar y la tierra porque en ambos medios batallaba con entusiasmo y éxito. Había sido atractivo, de facciones duras y pelo dorado, pero Guy Vexille, conde de Astarac, le había sacado un ojo y le había dejado cicatrices que volvieron el rostro de sir Guillaume aún más duro. Era un hombre temible, un guerrero, pero en la jerarquía de reyes, príncipes, duques y condes era un ser menor, y sus tierras eran lo suficientemente tentadoras como para declararlo traidor.

Había doce hombres, tres mujeres y ocho caballos dentro del castillo, lo que quería decir que todos los caballos excepto uno deberían llevar a dos personas. Después del anochecer, cuando la lluvia caía levemente sobre los campos embarrados de Evecque, sir Guillaume ordenó que colocaran unos tablones en el espacio donde tendría que haber estado el puente levadizo y entonces, uno a uno, guiaron a los caballos con los ojos tapados por el peligroso puente. Los sitiadores, resguardados del

frío y la lluvia, no vieron ni oyeron nada, aunque habían colocado centinelas en las máquinas de asedio más cercanas para evitar una huida de ese tipo.

Les quitaron la venda a los caballos, y los fugitivos montaron y cabalgaron hacia el norte. Sólo un centinela les dio el alto.

—¿Quién demonios crees que somos? —replicó sir Guillaume, y la brutalidad del tono de voz convenció al centinela de no hacer más preguntas. Al alba estaban en Caen y el conde de Coutances seguía sin enterarse de nada. Hasta que uno de los centinelas vio las tablas cubriendo el foso, no se dieron cuenta de que el enemigo se había marchado, y aún entonces perdió tiempo el conde registrando el castillo. Encontró muebles, paja y cacharros de cocina, pero ningún rastro de tesoro.

Una hora más tarde, cien hombres más con capas negras llegaron a Evecque. Su cabecilla no llevaba estandarte y en los escudos no había blasón. Parecían endurecidos por la batalla, hombres que se habían ganado la vida poniendo sus espadas y lanzas al servicio de quien mejor pagara, frenaron los caballos frente al puente provisional sobre el foso de Evecque y dos de ellos, uno sacerdote, cruzaron hasta el patio.

—¿Qué habéis obtenido? —exigió el cura sin más.

El conde de Coutances se volvió furioso hacia el altivo dominico.

—¿Quién sois vos?

—¿Qué habéis saqueado en este lugar? —volvió a preguntar el cura, adusto y enfadado.

—Nada —le aseguró el conde.

—¿Y dónde está la guarnición?

—La guarnición ha escapado.

Bernard de Taillebourg escupió de rabia. Guy Vexille, junto a él, miró la torre de la que pendía ahora el estandarte del conde.

—¿Cuándo han escapado? —preguntó—. ¿Y adonde se han dirigido?

Al conde le molestó el tono.

—¿Quién sois vos? —exigió, pues el Vexille no llevaba escudo en su sobreveste negra.

—Vuestro igual —respondió Vexille con frialdad—, y mi señor el rey quiere saber dónde han ido los hombres de sir Guillaume.

Nadie lo sabía, aunque unas cuantas preguntas acabaron por descubrir que algunos sitiadores habían oído unos cuantos jinetes en la noche dirigirse hacia el norte, lo que significaba, con casi total seguridad, que sir Guillaume y sus hombres se habían dirigido a Caen. Y si el Grial estaba escondido en Evecque, también se habría dirigido al norte, así que De Taillebourg ordenó a sus hombres que volvieran a montar los extenuados caballos.

Llegaron a Caen al principio de la tarde, pero para entonces el *Pentecostés* ya

había recorrido medio río de camino al mar, en dirección al norte, empujados por un viento intermitente que apenas podía abrirse paso contra la marea alta, aunque sir Guillaume insistió en que esperaba que sus enemigos aparecieran en cualquier momento. Sólo tenía con él a dos de sus hombres de armas, pues el resto no deseaba seguir a su señor a jurar lealtad a otro rey.

—¿Crees que quiero luchar por Eduardo de Inglaterra? —refunfuñaba mientras hablaba con Thomas—. Pero ¿qué otra opción tengo? Mi propio señor se ha vuelto contra mí. Así que juraré fidelidad a tu Eduardo y por lo menos seguiré viviendo. —Ése era el motivo por el que se dirigía a Dunkerque, para hacer después el breve viaje hasta la línea de sitio inglesa junto a Calais y jurar obediencia al rey Eduardo.

Tuvieron que abandonar los caballos en el muelle, así que todo lo que sir Guillaume llevó a bordo del *Pentecostés* fue su armadura, algunas ropas y tres bolsas de cuero cargadas de monedas que tiró en el puente antes de abrazar a Thomas. Y después Thomas se volvió a su viejo amigo, Will Skeat, que lo miró sin reconocerlo y apartó la mirada. Thomas, a punto de hablar, se frenó. Skeat llevaba un morrión y su pelo, ahora blanco como la nieve, colgaba largo bajo el borde de metal abollado. Tenía la cara más delgada que nunca, muy marcada, y una mirada vaga como si se acabara de despertar y no supiera dónde estaba. También parecía más viejo. No podía tener más de cuarenta y cinco años, pero parecía como si tuviera sesenta, aunque por lo menos seguía vivo. La última vez que Thomas lo había visto, estaba terriblemente herido por un tajo de espada que le había abierto el cráneo y dejado el cerebro al aire libre, y había sido un milagro que sobreviviera lo suficiente para llegar a Normandía y recibir los expertos cuidados de Mordecai, el médico judío al que en ese momento ayudaban a subir por la plataforma.

Thomas dio otro paso hacia su antiguo amigo que de nuevo lo miró sin reconocerlo.

—¿Will? —dijo Thomas, aturdido—. ¿Eres Will?

Y al sonido de su voz, la luz llegó a los ojos de Skeat.

—¡Thomas! —exclamó—. ¡Por Dios, si eres tú! —se le acercó, tambaleándose un poco, y los dos hombres se abrazaron—. Por Dios, Thomas, que alegría escuchar una voz inglesa. Llevo todo el invierno escuchando esta jerigonza extranjera. Dios santo, muchacho, si pareces mayor.

—Soy mayor —respondió Thomas—. Pero ¿cómo estás tú, Will?

—Estoy vivo, Tom, estoy vivo, aunque a veces me pregunto si no habría sido mejor morir. Débil como un gatito, estoy. —Habla trabándose un poco, como si hubiera bebido demasiado, pero estaba totalmente sobrio.

—Bueno, no tendría que llamarte sólo Will, ¿eh? —le dijo Thomas—, ahora eres sir William.

—¡Sir William! ¿Yo? —Skeat lanzó una carcajada—. Siempre soltando embustes,

muchacho, como de costumbre. Demasiado listillo para tu propio bien, ¿eh, Tom? — Skeat no recordaba la batalla de Picardía, no recordaba que el rey lo había armado caballero antes de la primera carga francesa. Thomas se había preguntado algunas veces si aquello habría sido un acto de pura desesperación para animar a los arqueros, pues el rey seguro que había visto cómo el enemigo superaba con creces a su pequeño y enfermo ejército, y dudaba que sus hombres sobrevivieran. Pero sobrevivieron, y ganaron, aunque a Skeat le había salido muy caro. Se quitó el morrión para rascarse la calva y reveló a un costado una horrible cicatriz llena de bultos, blanca y rosada—. Débil como un gatito —volvió a decir Skeat—, y hace semanas que no uso el arco.

Mordecai insistió en que Skeat tenía que descansar. Después saludó a Thomas mientras Villeroy soltaba las amarras y utilizaba un palo para empujar el *Pentecostés* hasta la corriente del río. Mordecai se quejó del frío, de las privaciones del sitio y de los horrores de embarcarse, después sonrió con esa sonrisa sabia suya.

—Tienes buen aspecto, Thomas. Para un hombre al que han ahorcado, tienes un aspecto indeciblemente bueno. ¿Qué tal tu orina?

—Clara y dulce.

—Pues la de tu amigo sir William, ay, ay. —Mordecai sacudió la cabeza hacia la cabina de proa, donde habían acostado a Skeat sobre un montón de pieles de cabra—, muy turbia. Me temo que no me hiciste ningún favor enviándomelo.

—Está vivo.

—Pero no sé por qué.

—Sabes que te lo envié porque eres el mejor.

—Me halagas. —Mordecai se tambaleaba levemente porque el barco se mecía con una ola que nadie más parecía haber notado, aun así, él parecía preocupado; si hubiera sido cristiano, sin duda se habría persignado para alejar el peligro inminente. En cambio, lo que hizo fue mirar con preocupación la ajada vela como si temiera que se fuera a derrumbar y caérsele encima—. Cómo odio los barcos —dijo en tono lastimero—. Son cosas antinaturales... Pobre Skeat. Parece recuperarse, lo admito, pero no puedo jactarme de hacer nada más que lavarle la herida e impedir que le hagan hechizos de pan mohoso y agua bendita en la cabeza. Encuentro que la religión y la medicina se combinan con dificultad. Skeat vive, creo, porque la pobre Eleanor hizo lo que había que hacer cuando lo hirieron. —Eleanor le había vuelto a colocar el trozo de cráneo roto encima del cerebro, había hecho un emplasto de musgo y tela de araña, y le había vendado la herida—. Lo sentí mucho por vosotros cuando supe que había muerto.

—Yo también —contestó Thomas—. Estaba embarazada. Íbamos a casarnos.

—Era encantadora, y la apreciaba mucho.

—Sir Guillaume debió de enfurecerse...

Mordecai movió la cabeza de lado a lado.

—¿Cuándo recibíó tu carta? Eso fue antes del asedio, claro. —Frunció el entrecejo, intentando acordarse—. No. No se enfureció. Gruñó, eso fue todo. La quería mucho, claro, pero era hija de una sirvienta, no... —se detuvo—. Bueno, es triste. Pero, como tú dices, tu amigo sir William sobrevivió. El cerebro es una cosa muy extraña, Thomas. Entiende, creo, aunque no recuerda. Trastabilla un poco al hablar, y eso podía esperarse, pero lo más extraño de todo es que no reconoce a nadie mirándolo. Entro en una habitación y me ignora, y si hablo me reconoce. Todos nos hemos acostumbrado a hablarle en cuanto nos acercamos a él. Tú también te acostumbrarás. —Mordecai sonrió—. Pero me alegro de verte.

—¿Viajarás hasta Calais con nosotros? —le preguntó Thomas ansioso.

—¡Madre mía, no! ¿Qué puedo hacer yo en Calais? —se encogió de hombros—. Pero tampoco me podía quedar en Normandía. Sospecho que el conde de Coutances, tras el engaño de sir Guillaume, estaría encantado de dar ejemplo con un judío, así que desde Dunkerque viajaré de nuevo al sur. Primero a Montpellier, creo. Mi hijo estudia medicina allí. ¿Y desde Montpellier? —puede que vaya a Aviñón.

—¿A Aviñón?

—El Papa es muy hospitalario con los judíos —dijo Mordecai y se agarró a la borda cuando el *Pentecostés* se estremeció con un pequeño golpe de viento—, y los judíos necesitamos hospitalidad.

Mordecai había sugerido que la reacción de sir Guillaume a la muerte de Eleanor había sido insensible, pero Thomas no tuvo esa sensación cuando sir Guillaume habló con él de su hija perdida mientras el *Pentecostés* salvaba la desembocadura del río y las frías olas se extendían por el gris horizonte. El noble caballero, con su duro rostro desfigurado y sombrío, casi parecía a punto de llorar cuando escuchó cómo había muerto Eleanor.

—¿Qué más sabes de los hombres que la mataron? —preguntó cuando el arquero hubo terminado su relato. Thomas sólo le podía repetir lo que le había dicho lord Outhwaite después de la batalla sobre el sacerdote francés llamado De Taillebourg y su extraño sirviente—. De Taillebourg —dijo sin más sir Guillaume—, otro hombre al que hay que matar, ¿eh? —Se persignó—. Era ilegítima —hablaba de Eleanor, pero no a Thomas, sino al viento—, pero era una muchacha muy dulce. Ahora todos mis hijos están muertos. —Contemplaba el océano y su pelo amarillo y sucio ondeaba en la brisa—. Tenemos que matar a muchos, tú y yo —ahora sí hablaba con Thomas—, y hay que encontrar el Grial.

—Lo buscan otros también —le dijo Thomas.

—Por eso estamos obligados a encontrarlo antes que ellos —gruñó sir Guillaume—. Pero primero iremos a Calais, juraré fidelidad a Eduardo y después peharemos. Por Dios, Thomas, que vamos a pelear. —Se volvió y frunció el ceño a sus dos hombres de armas, como dando a entender cuánto había hundido el destino sus

suertes, después vio a Robbie y sonrió—. Me gusta tu escocés.

—Pelea bien —dijo Thomas.

—Por eso me gusta. ¿Y también quiere matar a De Taillebourg?

—Los tres queremos matarlo.

—Pues que Dios ayude a ese cabrón porque vamos a echar sus tripas a los perros —gruñó sir Guillaume—. Pero alguien tendrá que decirle que estás en la línea de asedio de Calais, ¿no? Si queremos que venga a buscarnos, tendrá que saber dónde estás.

Para llegar a Calais, el *Pentecostés* tenía que ir al este y al norte, aunque una vez perdieron de vista la costa, en lugar de navegar, se limitó a bambolearse. Un leve vientecillo del sudeste lo había sacado de la desembocadura del río, pero justo entonces, mucho antes de que se perdiera de vista desde la orilla normanda, la brisa se desvaneció y la enorme y ajada vela empezó a flamear y a dar golpes contra la verga. El barco se bamboleaba, como si fuera un barril, en un tedioso oleaje que venía del oeste, donde se amontonaban nubes negras como si fueran una cordillera. La luz invernal desapareció pronto, el último rayo de apagada claridad se esfumó entre las nubes. Pequeños puntos de fuego señalaban la tierra que se oscurecía.

—La marea nos subirá por el canal —dijo Villeroy sombrío—, y después nos volverá a bajar hasta que Dios o san Nicolás nos envíen viento.

La marea los subió por el canal de la Mancha, como Villeroy había anunciado, y los volvió a bajar. Thomas, Robbie y los dos hombres de armas de sir Guillaume se turnaban para bajar a la sentina cargada de piedras a achicar cubos de agua.

—Claro que entra agua —le dijo Villeroy a un preocupadísimo Mordecai—, a todos los barcos les entra agua. Y le entraría agua como a un colador si no lo calafateara cada pocos meses. Lo atiborro de musgo y le rezo a san Nico. Nos protege de irnos al fondo.

La noche era negra. Las pocas luces de la orilla parpadeaban en una neblina húmeda. El mar rompía débilmente contra el casco, y la vela colgaba, inútil. Durante un rato tuvieron cerca un bote de pesca, llevaba una linterna encendida en el puente, y Thomas escuchaba el canto amortiguado de los hombres mientras recogían la red; después soltaron los remos y se dirigieron hacia el este, hasta que la pequeña luz se desvaneció en la neblina.

—Pronto llegará un viento del oeste —dijo Villeroy—, siempre lo hace. Un viento del oeste desde las Tierras Perdidas.

—¿Las Tierras Perdidas? —preguntó Thomas.

—Por allí —dijo Villeroy señalando el negro oeste—, si vas tan lejos como pueda navegar un hombre, encontrarás las Tierras Perdidas y verás una montaña más alta que el cielo en la que duerme Arturo con sus caballeros. —Villeroy se persignó—. Y en la cima de los acantilados, bajo la montaña, se ven las almas de los marineros

ahogados que llaman a sus mujeres. Allí hace frío, siempre hace frío y está todo cubierto de niebla.

—Mi padre vio una vez esas tierras —intervino Yvette.

—Dijo que las vio —comentó Villeroy—, pero menudo borracho estaba hecho.

—Dijo que el mar estaba lleno de peces —prosiguió Wette como si su marido no hubiera hablado—, y que los árboles eran muy pequeños.

—A sidra, se hinchaba a sidra —añadió Villeroy—. Huertos enteros de manzanas se debió de meter aquel hombre por el gatzate, pero sabía navegar, menudo era tu padre. Borracho o sobrio era desde luego un buen marinero.

Thomas contemplaba la oscuridad del oeste e imaginaba un viaje a la tierra en la que el rey Arturo y sus caballeros dormían bajo la niebla y donde las almas de los ahogados llamaban a sus amantes perdidas.

—Hora de achicar —le dijo Villeroy, y Thomas bajó a la sentina y llenó cubos de agua hasta que le dolieron los brazos de cansancio; después subió a proa y durmió en un capullo de pieles de cabra que Villeroy guardaba allí porque, decía, en el mar hacía más frío que en tierra y, si había que ahogarse, mejor hacerlo calentito.

El alba llegó lentamente, colándose por el este como una mancha gris. El timón crujía bajo las cuerdas en las que estaba atado, sin servir para nada mientras el barco se balanceara en el oleaje sin viento. Aún tenían a la vista la costa normanda, una franja verdigris al sur, y mientras se iba levantando la luz invernal, Thomas vio tres pequeños barcos que avanzaban a remo desde la costa. Los tres subían por el Canal hasta que quedaron al este del *Pentecostés*; Thomas supuso que serían pescadores, y deseó que el barco de Villeroy tuviera remos y pudiera avanzar en aquella calma frustrante. Había un par de palas largas en el puente, pero Yvette le dijo que sólo servían en el puerto.

—Es demasiado pesado para remar durante mucho tiempo —explicó—, sobre todo si va lleno.

—¿Lleno?

—Llevamos cargamento —repuso Wette. Su marido estaba durmiendo en la cabina de popa, sus ronquidos parecían hacer vibrar todo el barco—. Recorremos toda la costa con lana, vino, bronce, hierro, material de construcción y pieles.

—¿Te gusta esto?

—Me encanta. —Le sonrió y su joven rostro, que era extrañamente alargado, se volvió más bonito al hacerlo—. Aunque mi madre —prosiguió— quería meterme al servicio de un obispo. Limpiar y lavar, cocinar y lavar otra vez, hasta que se me gastaran las manos de tanto trabajo, pero Pierre me dijo que podría vivir libre como un pajarito en su barco, y así lo hago, así lo hago.

—¿Sólo vosotros dos? —El *Pentecostés* parecía un barco muy grande para dos tripulantes, aunque uno de ellos fuera un gigante.

—Nadie más navegaría con nosotros —dijo Wette—. Trae mala suerte llevar una mujer a bordo. Mi buen padre siempre decía eso.

—¿Era pescador?

—Y muy bueno —dijo Wette—, pero aun así acabó ahogándose. Quedó atrapado en las Casquets una noche de tormenta. —Miró a Thomas con sinceridad—. Es verdad que vio las Tierras Perdidas.

—Te creo.

—Navegó muy al norte y después al oeste, y contó que los hombres de las tierras del norte conocen bien los bancos de pesca de las Tierras Perdidas y que hay peces en todo lo que alcanza la vista. Dijo que se podía caminar por el mar de lo lleno de peces que estaba, y que un día que se abría paso entre la niebla vio la tierra y los árboles como si fueran arbustos, y también las almas muertas en la orilla. Eran oscuras, como si las hubieran chamuscado los fuegos del infierno; entonces se asustó y dio media vuelta. Le costó dos meses llegar y un mes y medio volver, y se le estropeó todo el pescado porque no quiso tomar tierra y ahumarlo.

—Te creo —le volvió a decir Thomas, aunque no estaba muy convencido.

—Y yo creo que si me ahogo —prosiguió Wette—. Pierre y yo iremos juntos a las Tierras Perdidas y así él no tendrá que sentarse en los acantilados y llamarme a gritos. —Hablaban como dándolo todo por sentado, y después se levantó para prepararle el desayuno a su marido, que acababa de dejar de roncar.

Sir Guillaume salió de la cabina de proa. Parpadeó ante la luz del invierno, caminó hacia la popa y meó por encima de la barandilla mientras observaba los tres barcos que remaban desde el río y que ahora estarían a una milla de distancia del *Pentecostés*.

—¿Así que fuiste a ver al hermano Germain? —le preguntó a Thomas.

—Ojalá no hubiera ido.

—Es un estudioso —dijo sir Guillaume mientras se subía los pantalones y se ataba el cordel de la cintura—, lo que significa que no tiene pelotas. No las necesita. Es listo, ¿eh?; aunque ten por seguro que nunca estuvo de nuestro lado, Thomas.

—Pensaba que era amigo tuyo.

—Cuando tenía influencia y dinero —seguía diciendo sir Guillaume— tenía muchos amigos, pero el hermano Germain nunca fue uno de ellos. Siempre ha sido un buen hijo de la Iglesia y yo jamás tendría que habértelo presentado.

—¿Por qué no?

—En cuanto supo que eras un Vexille, informó a nuestra conversación al obispo, y el obispo al arzobispo, y el arzobispo al cardenal, y el cardenal habló con quienquiera que sea el que le deja a él sus migajas, y de repente la Iglesia se emocionó con el asunto de los Vexille y con el hecho de que tu familia había poseído una vez el Grial. Y justo entonces fue cuando volvió a aparecer Guy Vexille y la

Inquisición le puso las zarpas encima. —Se detuvo, contemplando el horizonte y entonces se persignó—. Eso es tu De Taillebourg: un inquisidor, me apostaría la vida en ello. Es un dominico y la mayoría de los inquisidores son perros de Dios. —Se volvió para mirar a Thomas—. ¿Por qué les llaman los perros de Dios?

—Es un chiste —le contestó Thomas—, del latín. *Domini canis*: el perro de Dios.

—A mí no me hace gracia —dijo sir Guillaume con aire sombrío—. Si uno de esos cabrones te atrapa en sus garras, lo que viene después son atizadores al rojo en los ojos y gritos en la noche. Y tengo entendido que atraparon a Guy Vexille, y espero que lo torturaran a conciencia.

—¿Así que Guy Vexille está preso? —Thomas estaba sorprendido. El hermano Germain le había dicho que su primo se había reconciliado con la Iglesia.

—Eso es lo que he oído. Decían que cantaba los salmos en el potro de la Inquisición. Y sin duda les ha contado que tu padre poseía el Grial, que él fue hasta Hookton a encontrarlo y cómo fracasó. ¿Pero quién más fue a Hookton? Yo, mira tú por dónde; así que creo que le dijeron a Coutances que me encontrara, me arrestara y me llevara a París. Y mientras tanto enviaron hombres a Inglaterra para averiguar lo que pudieran.

—Ya matar a Eleanor —dijo Thomas con voz débil.

—Eso es algo por lo que pagarán —repuso sir Guillaume.

—Y ahora —indicó Thomas—, han enviado hombres aquí.

—¿Qué? —preguntó sir Guillaume sobresaltado.

Thomas señaló a los tres botes pesqueros que ahora remaban directamente hacia el *Pentecostés*. Estaban demasiado lejos para que pudiera ver quién iba a bordo, pero algo en su acercamiento deliberado lo alarmó. Yvette, que venía de popa con pan, jamón y queso, vio a Thomas y a sir Guillaume mirando y se les unió, y entonces soltó una maldición que sólo la hija de un pescador podía haber aprendido, y corrió a la cabina de popa y le gritó a su marido que subiera al puente.

Los ojos de Yvette estaban acostumbrados al mar y sabía que aquéllos no tenía nada de botes pesqueros. Llevaban demasiados hombres a bordo, eso para empezar, y después de un rato también Thomas pudo ver a esos hombres, y sus ojos, más acostumbrados a buscar enemigos entre las hojas verdes, vieron que algunos de los hombres llevaban cotas de malla. Sabía que nadie se hacía a la mar vestido de malla a menos que tuviera la intención de matar.

—Llevan ballestas. —Villeroy ya estaba en el puente, atándose el cuello de una capa de cuero y mirando a los barcos que se acercaban y a las nubes, como si pudiera ver el viento llegar desde los cielos. La marea seguía tirando de ellos con fuerza, pero el agua estaba tranquila como una plancha de acero y no parecía que el viento los empujara—. Ballestas —repitió con tono sombrío Villeroy.

—¿Quieres que me rinda? —le preguntó sir Guillaume a Villeroy. Su voz era

amarga y sugería que la pregunta era sarcástica.

—No es mi cometido decirle a su señoría lo que tiene que hacer. —Villeroy sonaba igual de sarcástico—, pero vuestros hombres podrían subir algunas de las piedras más grandes de la sentina.

—¿Para qué servirá eso? —preguntó sir Guillaume.

—Se las voy a tirar a esos cabrones cuando intenten abordarnos. ¿Con esos barcuchos de nada? Una piedra los va a enviar directos al fondo, y nos vamos a reír viéndolos nadar con las cotas. —Villeroy sonrió—. Es difícil nadar envuelto en hierro.

Subieron las piedras, y Thomas preparó las flechas y el arco. Robbie se había encasquetado la cota de malla y llevaba la espada de su tío a un costado. Los dos hombres de armas de sir Guillaume estaban con él en la parte central del barco, el lugar por el que abordarían, pues era el sitio donde la borda estaba más cerca del mar. Thomas subió a la parte más alta de la popa, donde se le unió Will Skeat que, aunque no reconoció a Thomas, sí vio el arco y alargó un brazo.

—Soy yo, Will —le dijo Thomas.

—Ya sé que eres tú —contestó Skeat. Había dicho una mentira y se sentía avergonzado—. Déjame probar el arco, muchacho.

Thomas le tendió la enorme vara negra y miró con tristeza cómo Skeat no tenía fuerzas ni para tensarlo a medidas. Skeat se la devolvió con cara de vergüenza.

—Ya no soy lo que era —murmuró.

—Pero volverás, Will.

Skeat escupió por la borda.

—¿Es verdad que el rey me ha hecho caballero?

—Es verdad.

—A veces creo que me acuerdo de la batalla, Tom, después se desvanece. Como si fuera niebla. —Skeat contempló los tres botes que se acercaban, que se habían desplegado en una línea. Los remeros iban a todo trapo y Thomas veía a los ballesteros de pie en las proas y popas de cada barco—. ¿Has disparado alguna vez desde un barco? —le preguntó Skeat.

—Nunca.

—Pues ellos se mueven y tú también te estás moviendo. Es difícil, pero tú tómatelo con calma, chico, con calma.

Un hombre gritó desde el bote más cercano, pero los perseguidores aún estaban demasiado lejos y fuera lo que fuera lo que gritó se perdió en el viento.

—San Nicolás, santa Úrsula —rezó Villeroy—, enviadnos viento y que sea mucho.

—Está apuntándonos —dijo Skeat al ver que un ballestero en la proa del barco central había levantado el arma. Pareció levantarla alta, disparó y el dardo rebotó con

una fuerza sorprendente en la popa del *Pentecostés*, bastante abajo. Sir Guillaume, ignorando la amenaza, se subió a la borda y se agarró a los obenques para mantener el equilibrio.

—Son los hombres de Coutances —le dijo a Thomas, y Thomas vio que algunos de los hombres en el bote más cercano llevaban el uniforme verde y negro de los sitiadores de Evecque. Sonaron más ballestas, y dos de los dardos se clavaron en la proa y otros dos pasaron silbando al lado de sir Guillaume y fueron a parar a la impotente vela, pero la mayoría acabaron en el agua con un chapoteo. Estaría calmo, pero los ballesteros seguían teniéndolo difícil para apuntar desde aquellos botes tan pequeños.

Y desde luego, eran pequeños. Cada uno llevaba unos ocho o diez remeros y aproximadamente el mismo número de ballesteros u hombres de armas. Las tres embarcaciones habían sido escogidas claramente por lo rápidas que eran a remo, pero eran muy pequeñas al lado del *Pentecostés*, lo que convertía cualquier intento de abordar la nave más grande en algo muy arriesgado, aunque uno de los tres botes parecía decidido a acercarse al barco de Villeroy.

—Lo que van a intentar —dijo sir Guillaume— es que, mientras esos dos nos inundan de flechas, ese hijo de puta —y señalaba al que se estaba acercando— nos abordará.

Los dardos seguían chocando contra el casco. Un par más perforaron la vela y un tercero se clavó en el mástil justo encima del gastado crucifijo clavado a la madera embetunada. La figura de Cristo, blanca como el hueso, había perdido el brazo izquierdo y Thomas se preguntó si eso sería un mal presagio; después intentó olvidarlo, tensó el enorme arco y disparó. Sólo le quedaban treinta flechas, pero no era el momento de escatimarlas así que, mientras volaba la primera, disparó la segunda; los ballesteros aún no habían terminado de recargar las ballestas cuando la primera flecha le dio a un remero en el brazo y la segunda arrancó una astilla de la proa del bote, una tercera voló por encima de las cabezas de los remeros y se hundió en mar. Los remeros se agacharon; entonces uno de ellos abrió la boca y cayó hacia atrás con una flecha en la espalda; un instante más tarde, uno de los hombres de armas fue alcanzado en el muslo y cayó sobre dos remeros. Hubo un momento de caos a bordo y la embarcación viró de golpe con los remos dándose unos contra otros. Thomas bajó el enorme arco.

—Así aprenderéis —dijo Will Skeat con fervor—. Ah, Tom, siempre has sido un cabroncete letal.

El bote se retiró. Las flechas de Thomas habían sido mucho más certeras que los dardos de ballesta porque él disparaba desde un barco mucho más grande y más estable que los pequeños y sobrecargados botes a remos. Sólo había matado a uno de los hombres, pero la frecuencia de las primeras flechas de Thomas había metido el

miedo divino en los cuerpos de los remeros, que no podían ver de dónde llegaban los proyectiles, pero sí oír el silbido de las plumas y los gritos de los heridos. Ahora los otros dos botes adelantaban al tercero y los ballesteros apuntaban sus armas.

Thomas sacó una flecha de la bolsa y se preocupó por lo que pasaría cuando no le quedaran más, pero justo entonces empezó a rizarse el mar, lo que quería decir que llegaba el viento. Un viento del este, de todos los vientos el más improbable, pero aún así seguía llegando del este y la enorme vela marrón del *Pentecostés* se hinchó y se deshinchó, y luego se volvió a hinchar y, de repente, el barco empezó a alejarse de sus perseguidores y el agua borboteaba en sus costados. Los hombres de Coutances remaban tan deprisa como podían.

—¡Abajo! —gritó sir Guillaume y Thomas se agachó tras la barandilla mientras una nueva andanada de dardos se clavaba en el casco del *Pentecostés* o volaba alto para rasgar la cochambrosa vela. Villeroy le gritó a Wette que se encargara del timón, y él se agachó bajo la vela mayor antes de meterse en la cabina de proa y sacar una enorme y evidentemente antigua ballesta, que montó con un largo armatoste de hierro. Colocó en el canal un dardo oxidado y la disparó al bote más cercano.

—¡Cabrones! ¡Vuestras madres eran cabras! ¡Eran cabras putas! ¡Cabras putas con viruelas! ¡Cabrones! —Volvió a armar la ballesta con otro proyectil oxidado y la disparó, pero el dardo cayó al mar. El *Pentecostés* estaba cogiendo velocidad y ya había salido del alcance de las ballestas.

El viento hinchaba la vela y el *Pentecostés* se alejó aún más de sus perseguidores. Los tres botes de remos habían subido por el Canal con la esperanza de que la marea alta o un posible viento del oeste arrastrara de vuelta al *Pentecostés*, pero con el viento del este los remeros no pudieron mantener el ritmo y los tres botes quedaron atrás, hasta que abandonaron la persecución. Pero en cuanto la abandonaron, aparecieron otros dos perseguidores por la desembocadura del río Orne. Dos embarcaciones, ambas grandes y equipadas con enormes velas cuadradas como la vela mayor del *Pentecostés*, se estaban haciendo a la mar.

—El que abre la marcha es el *Saint-Esprit* —dijo Villeroy, que incluso a esa distancia era capaz de distinguir los barcos—, y el otro es el *Marie*. El *Marie* navega como una cerda preñada, pero el *Saint-Esprit* nos alcanzará.

—¿El *Saint-Esprit*? —Sir Guillaume parecía consternado—. ¿Jean Lapouliet?

—¿Quién si no?

—¡Pensaba que éramos amigos!

—Y era vuestro amigo —prosiguió Villeroy—, mientras teníais tierras y dinero, pero ¿qué tenéis ahora?

Sir Guillaume rumió sobre la verdad de aquella pregunta durante unos instantes.

—¿Y por qué me ayudas tú?

—Porque yo soy un insensato —dijo Villeroy con alegría—, y porque me vais a

pagar estupendamente.

Sir Guillaume gruñó ante esa perogrullada.

—No te voy a pagar si vamos en la dirección equivocada —añadió al cabo de poco.

—La dirección correcta —señaló Villeroy—, es la que nos aleja del *Saint-Esprit*, la dirección del viento, así que seguiremos hacia el oeste.

Siguieron hacia el oeste todo el día. Iban a buena velocidad pero, aun así, el enorme *Saint-Esprit* ganaba terreno. Por la mañana no era sino un borrón en el horizonte; a mediodía Thomas ya veía la pequeña plataforma en el mástil donde, le dijo Villeroy, habría ballesteros apostados; y a media tarde ya veía los ojos blancos y negros pintados en la proa. El viento del este había aumentado durante todo el día hasta que sopló fuerte y frío batiendo las olas levantando espuma blanca en sus crestas. Sir Guillaume sugirió dirigirse al norte, casi hasta llegar a la costa inglesa, pero Villeroy argumentó que no conocía la costa y que no estaba seguro de poder encontrar refugio si hacía temporal.

—Yen esta época del año el tiempo puede cambiar tan rápido como el carácter de una mujer —añadió, y como para darle la razón, se desató un chubasco violento de aguanieve que silbó en el mar, zarandeó el barco y redujo la visibilidad a unas cuantas yardas. Sir Guillaume volvió a insistir en dirigirse hacia el norte y le sugirió que giraran mientras el barco seguía escondido por la tormenta, pero Villeroy se negó obstinadamente, y Thomas supuso que el gigante temía que se le acercaran barcos ingleses, a los que nada les gustaba más que capturar navíos franceses.

Los alcanzó otro embate, la lluvia rebotaba a un palmo del puente y el aguanieve se estaba acumulando en una capa blanca en el lado este, junto a todas las drizas. Villeroy temía que se le rompiera la vela, pero no se atrevía a izarla porque cada vez que pasaba una ráfaga, dejando el mar blanco y revuelto, veían siempre al *Saint-Esprit*, que cada vez estaba más cerca.

—Es un barco rápido —admitió Villeroy a regañadientes—, y Lapoullier sabe manejarlo.

Con todo, el corto día de invierno estaba tocando a su fin, y la noche ofrecería al *Pentecostés* una oportunidad para escapar. Los perseguidores lo sabían y debían de estar rezando para que el barco recibiera un poco más de impulso; mientras caía la noche, seguía avanzando pulgada a pulgada, aunque el *Pentecostés* aún llevaba la delantera. Ya no veían tierra, dos barcos en un océano embravecido y oscuro, y entonces, cuando la noche era casi cerrada, llegó la primera flecha en llamas desde la proa del *Saint-Esprit*.

Había sido disparada desde una ballesta. Las llamas rasgaban la noche, dibujaban una parábola y se hundían en la estela del *Pentecostés*.

—Devuélveles otra flecha —gruñó sir Guillaume.

—Están demasiado lejos —dijo Thomas. Una buena ballesta siempre tenía más alcance que un arco de tejo, aunque, en el tiempo que se tardaba en recargarla, un arquero inglés habría podido correr, acercarse a la distancia adecuada y disparar media docena de flechas. Pero Thomas no podía hacer nada de eso en aquella oscuridad, ni quería arriesgarse a malgastar flechas. Sólo podía esperar y mirar, hasta que dispararon un segundo dardo en llamas que también quedó detrás.

—No vuelan tan bien —dijo Will Skeat.

—¿Qué pasa, Will? —Thomas no lo había oído bien.

—Envuelven el astil en tela y eso las vuelve más lentas. ¿Has disparado alguna flecha en llamas, Tom?

—Nunca.

—Le quitan al alcance cincuenta pasos —dijo Skeat mientras observaba la tercera flecha hundirse en el mar—, y hace que sea endemoniadamente difícil dar en el blanco.

—Esa ha estado cerca —observó sir Guillaume.

Villeroy había puesto un barril en el puente y estaba llenándolo con agua del mar. Wette, mientras tanto, había subido por las jarcias para agarrarse a la cruceta de donde colgaba la única verga del mástil y ahora subía cubos de lienzo llenos de agua para empapar la vela.

—¿Podemos usar nosotros flechas incendiarias? —preguntó sir Guillaume—. Esa cosa debe de cubrir la distancia. —Movi6 la cabeza hacia la ballesta monstruosa de Villeroy. Thomas le tradujo la pregunta a Will Skeat, cuyo francés aún era rudimentario.

—¿Flechas incendiarias? —El rostro de Skeat se arrugó mientras pensaba—. Necesitarás brea, Tom —dijo dudando todavía que fuera una buena idea—, hay que empaparla en lana y después atar la lana a la flecha muy fuerte, pero hay que deshilarla un poco para que arda bien. El fuego tiene que prender bien en la tela, no sólo en los bordes, porque si no, no dura, y cuando esté ardiendo como Dios manda hay que disparar antes de que se consuma el astil.

—No —tradujo Thomas a sir Guillaume—, no podemos.

Sir Guillaume lanzó una maldición, entonces se volvió cuando la primera flecha incendiaria dio en el *Pentecostés*, pero el dardo se había clavado muy abajo en la popa, tan abajo que la siguiente ola extinguió las llamas con un silbido.

—¡Tenemos que poder hacer algo! —Sir Guillaume estaba rabioso.

—Podemos esperar —repuso Villeroy. Estaba sentado junto al timón de popa.

—¿Puedo yo usar tu ballesta? —le preguntó sir Guillaume al enorme marinero y, cuando Villeroy asintió, sir Guillaume armó el enorme artefacto y devolvió otro dardo hacia el *Saint-Esprit*. Gruñó mientras accionaba el armatoste para volver a dejar el arma lista, sorprendido por la fuerza necesaria. Una ballesta que se tensaba

con un armatoste era normalmente mucho menos potente que las que se armaban con gafa y cranequín, pero la de Villeroy era inmensa. Los dardos de sir Guillaume debían de haber dado en el blanco, pero estaba demasiado oscuro para apreciar si habían hecho daño. Thomas lo dudaba, porque la proa del *Saint-Esprit* era alta y la borda recia. Sir Guillaume debía de estar solamente clavando hierro en madera, pero los peligrosos proyectiles del *Saint-Esprit* empezaban a amenazar al *Pentecostés*. Ahora disparaban tres o cuatro ballestas enemigas, y Thomas y Robbie estaban atareados apagando con agua los dardos ardiendo; entonces un dardo en llamas alcanzó la vela y el fuego empezó a brillar en el lienzo, aunque Yvette consiguió extinguirlo en el mismo momento que Villeroy hacía virar el timón. Thomas oyó el crujido del timón al soportar tanta tensión y sintió cómo el barco escoraba al tomar rumbo hacia el sur.

—El *Saint-Esprit* nunca ha sido muy rápido en contra del viento —dijo Villeroy—, y bambolea en el mar embravecido.

—¿Y nosotros somos más rápidos? —preguntó Thomas.

—Ahora lo veremos —repuso Villeroy.

—¿Y por qué no lo hemos hecho antes? —gruñó sir Guillaume.

—Porque no teníamos suficiente mar para comprobarlo —contestó Villeroy tranquilamente, mientras un dardo en llamas pasaba por encima de la cubierta de popa como un meteoro—. Pero ahora ya estamos lejos del cabo. —Quería decir que ya estaban suficientemente al oeste de la península normanda, y que ahora quedaban al sur los tramos llenos de escollos entre Normandía y Bretaña. El viraje al sur suponía que la distancia entre el *Saint-Esprit* y el *Pentecostés* se reduciría, pues el primero seguía hacia el oeste, así que Thomas pudo disparar unas cuantas flechas a las tenues figuras de hombres armados en el centro del barco. Wette había bajado de nuevo al puente y jalaba de unos cabos. Cuando estuvo satisfecha con la nueva disposición de la vela, volvió a trepar a su nido, justo en el momento en que dos dardos más dieron contra la tela y Thomas vio trepar las llamas mientras Yvette las apagaba con cubos. Thomas envió otra flecha en la noche para que llegara hasta la cubierta enemiga, y sir Guillaume disparaba la pesada ballesta tan rápido como podía, pero ninguno de los dos hombres fue recompensado con un grito de dolor. Poco a poco volvieron a ganar distancia, y Thomas volvió a quitarle la cuerda al arco. El *Saint-Esprit* estaba virando para seguir al *Pentecostés* hacia el sur y, durante unos instantes, pareció desaparecer en la noche, pero entonces del puente salió otra flecha incendiaria y Thomas vio que había girado y estaba otra vez en la estela del *Pentecostés*. La vela de Villeroy seguía ardiendo, proporcionándole al *Saint-Esprit* una señal que no podía perder, y los perseguidores enviaron tres flechas juntas, las llamas parpadeaban hambrientas en la noche, e Wette tiraba de los cubos desesperada, pero la vela ya estaba ardiendo y el barco iba cada vez más lento a medida que la vela

perdía fuerza, y entonces, como una bendición, llegó otro chaparrón desde el este.

La lluvia cayó con una violencia extraordinaria, repicaba en la vela chamuscada y tamborileaba en el puente, y Thomas pensó que duraría para siempre, pero se detuvo tan pronto como había empezado. Toda la tripulación del *Pentecostés* miraba desde la popa, esperando la llegada del siguiente dardo incendiario enviado desde el puente del *Saint-Esprit*, pero cuando por fin se alzó en los cielos estaba muy lejos, demasiado para que la luz iluminara el *Pentecostés*, y Villeroy gruñó.

—Han pensado que volveríamos a virar hacia el oeste con este temporal —dijo divertido—, pero se han hecho los listos. —El *Saint-Esprit* había intentado adelantar al *Pentecostés*, convencido de que Villeroy volvería a poner el barco a favor del viento, pero los perseguidores no habían acertado y ahora estaban demasiado al norte y hacia el oeste de su presa.

Siguieron lanzando flechas incendiarias en la oscuridad, pero ahora iban en todas direcciones, a la espera de que las pequeñas luces se reflejaran en el casco del *Pentecostés* y les indicaran su dirección. Sólo que el barco de Villeroy estaba cada vez más lejos, empujado por los restos de su chamuscada vela. Si no hubiera sido por la tormenta, pensó Thomas, probablemente los habrían alcanzado y capturado, y se preguntaba si la mano de Dios lo protegía porque poseía el libro del Grial. Después le asaltó la culpa; la culpa por dudar de la existencia del Grial; por gastar el dinero de lord Outhwaite en lugar de invertirlo en su búsqueda; y una culpa y pena aún mayor por las vidas desperdiciadas de Eleanor y el padre Hobbe, así que se hincó de rodillas encima del puente y dirigió su mirada hacia el crucifijo manco. «Perdóname, Señor —rezó—, perdóname».

—Las velas cuestan dinero —dijo Villeroy.

—Tendrás una vela nueva, Pierre —le prometió sir Guillaume.

—Y recemos para que lo que queda de ésta nos lleve a alguna parte —prosiguió con amargura. Lejos, en el norte, una última flecha rasgó la oscuridad con un brillo rojo y ya no hubo más luz, sólo la negrura sin fin de un mar roto en el que el *Pentecostés* sobrevivió bajo su vela hecha jirones.

El alba llegó, y los encontró envueltos en niebla y empujados por una brisa intermitente que hacía flamear la vela, de manera que Villeroy e Wette tuvieron que doblarla sobre sí misma para que el viento tuviera algo más que agujeros en los que soplar y, cuando estuvo lista, el *Pentecostés* prosiguió hacia el suroeste cabeceando, y todos los que estaban a bordo dieron gracias a Dios por la niebla que los ocultaba de los piratas que acechaban en el golfo entre Normandía y Bretaña. Villeroy no estaba seguro de dónde se encontraban, aunque sí sabía que la costa normanda estaba al este y que toda aquella tierra era el feudo del conde de Coutances, así que siguieron hacia suroeste con Wette encaramada en la proa oteando el horizonte atentamente, en busca de los frecuentes arrecifes.

—Estas aguas crían rocas —refunfuñó Villeroy.

—Pues busca aguas más profundas —sugirió sir Guillaume.

El gigante escupió por la borda.

—Las aguas más profundas crían piratas ingleses fuera de sus islas.

Prosiguieron hacia el sur, el viento empezó a amainar y el mar a calmarse. Aún hacía frío, pero ya no traía tormentas y, cuando un débil sol empezó a disipar las nieblas, Thomas se sentó al lado de Mordecai en la proa.

—Tengo una pregunta que hacerte —le dijo.

—Mi padre me dijo que nunca me subiera a un barco —respondió Mordecai. Estaba muy pálido y tenía la barba, que normalmente se peinaba cuidadosamente, enmarañada. Temblaba como un bebé, a pesar de que se había protegido con unas cuantas pieles de cabra—. ¿Sabías que los marineros flamencos aseguran que una tormenta se calma si tiran a un judío por la borda?

—¿De verdad?

—Eso me han contado —repuso Mordecai—, y si estuviera embarcado en un barco flamenco, es posible que recibiera con agrado la idea de ahogarme como alternativa a esta existencia. ¿Qué es eso?

Thomas había desenvuelto el libro que le había dejado su padre.

—Mi pregunta —dijo ignorando la anécdota de Mordecai— tiene que ver con Hacialías

—¿Hacialías? —Mordecai repitió el nombre y después sacudió la cabeza—. ¿Crees que los flamencos llevan judíos a bordo como precaución? Me parece razonable, aunque cruel. ¿Por qué morir cuando lo puede hacer un judío?

Thomas abrió el libro por la primera página escrita en hebreo en la que el hermano Germain le había descifrado el nombre de Hacialías.

—Aquí —dijo pasándole el libro al médico—. Hacialías.

Mordecai miró la página.

—Nieto de Hacialías —tradujo en voz alta—, e hijo del Tirsata. ¡Claro! Es una confusión por Jonás y la ballena.

—¿Hacialías? —preguntó Thomas mirando la página con la extraña escritura.

—¡No, mi querido muchacho! —repuso Mordecai—. La superstición de los judíos y las tormentas es una confusión por Jonás, una confusión de ignorantes. —Volvió a mirar la página—. ¿Acaso eres tú el hijo del Tirsata?

—Soy el hijo bastardo de un cura.

—¿Y escribió tu padre esto?

—Sí.

—¿Para ti?

Thomas asintió.

—Eso creo.

—Entonces eres el hijo del Tirsata y el nieto de Hacialías —dijo Mordecai y sonrió—. ¡Claro que sí! Nehemías. Mi memoria es tan mala casi como la del pobre Skeat. ¿Tú qué crees? Mira que olvidarme de que Hacialías era el padre de Nehemías.

Thomas seguía igual.

—¿Nehemías?

—Y él era el Tirsata, claro que sí. Extraordinario, ¿eh? Hasta qué punto los judíos prosperamos en países extraños para que después se cansen de nosotros y nos culpen de cualquier pequeño accidente. Luego pasa el tiempo y nos devuelven los cargos. El Tirsata, Thomas, era el gobernador de Judea bajo los persas. Nehemías era el Tirsata, no el rey, claro, sólo el gobernador durante un tiempo bajo el mandato de Artajerjes. —La erudición de Mordecai era impresionante, pero muy poco iluminadora. ¿Por qué iba el padre Ralph a identificarse con Nehemías, que debió de vivir cientos de años antes de Cristo, antes del Grial? La única respuesta que se le ocurría a Thomas era la habitual, que su padre estaba loco. Mordecai estaba hojeando el libro y se estremeció cuando una de las páginas crujió—. Cuánto desea la gente los milagros —iba diciendo. Se detuvo en una página con un dedo manchado por las medicinas que molía y mezclaba—. «Una copa de oro en manos del Señor que sirvió para embriagar a toda la tierra». ¡Canastos! ¿Qué querrá decir esto?

—Habla del Grial —respondió Thomas.

—Eso lo he entendido, Thomas —lo reprendió Mordecai con dulzura—, pero esas palabras no fueron escritas sobre el Grial. Se refieren a Babilonia. Es parte de las lamentaciones de Jeremías —volvió otra página—. A la gente le gustan los misterios. No quieren que les expliquen nada, porque cuando las cosas obtienen explicación, desaparece la esperanza. He visto hombres morir y he sabido que no se podía hacer nada, y aun así se me pide que vaya porque pronto llegará el cura con un plato cubierto con un paño y todo el mundo espera un milagro. Nunca sucede. Y la gente muere y me culpan a mí, no a Dios o al cura, ¡sino a mí! —Dejó caer el libro en su regazo y el viento pasó las páginas—. Esto son sólo cuentos sobre el Grial, y algunos escritos extraños que podían referirse a él. Realmente, un libro de meditaciones. —Frunció el ceño—. ¿Creía tu padre que el Grial existía de verdad?

Thomas estaba a punto de responder con un sí rotundo, pero se detuvo y se puso a recordar. Durante la mayor parte del tiempo su padre había sido un hombre irónico, divertido e inteligente, pero había habido otras épocas en las que era una criatura salvaje e imprevisible que luchaba con Dios y se desesperaba por comprender los misterios sagrados.

—Me parece —dijo Thomas con cautela— que sí creía en el Grial.

—Claro que creía —repuso Mordecai de repente—, ¡pero qué tonto soy! ¡Creía en el Grial porque estaba convencido de que lo poseía!

—¿Sí? —preguntó Thomas. Ahora sí que estaba confuso de verdad.

—Nehemías era algo más que el Tirsata de Judea —prosiguió el médico—, era el copero de Artajerjes. Lo dice al principio de sus escritos. «Servía yo entonces de copero del rey». Aquí —señaló una línea de escritura hebrea—. «Servía yo entonces de copero del rey». Ésas son las palabras de tu padre, Thomas, sacadas del relato de Nehemías.

Thomas miró el escrito y supo que Mordecai tenía razón. Ése era el testimonio de su padre. Había sido el copero del mayor rey de todos, Dios mismo, Cristo, y la frase confirmaba los sueños de Thomas. El padre Ralph había sido el copero. Había poseído el Grial. Existía. Thomas se estremeció.

—Creo —hablaba con ternura— que tu padre creía que poseía el Grial, pero eso me parece improbable.

—¡Improbable! —protestó Thomas.

—Yo no soy más que un judío, así que, ¿qué voy yo a saber de la salvación de la humanidad? Y hay quien piensa que ni siquiera tengo derecho a hablar de esas cosas pero, por lo que yo entiendo, Jesús no era rico, ¿estoy en lo cierto?

—Era pobre —dijo Thomas.

—Así que estoy en lo cierto, no era rico y, al final de su vida, ¿asistió a una *seder*?

—¿A una *seder*?

—La fiesta de Pascua, Thomas. Y en la *seder* se come pan y se bebe vino, y el Grial, corrígeme si me equivoco, podía ser el plato del pan o la copa de vino, ¿sí?

—Sí.

—Sí —repitió Mordecai y miró hacia la izquierda, donde un pequeño bote de pesca había aparecido tras la tormenta. No habían visto señales del *Saint-Esprit* en toda la mañana, y ninguna de las embarcaciones más pequeñas que habían pasado había mostrado interés alguno en el *Pentecostés*—. Pues si Jesús era pobre —prosiguió el judío—, ¿qué tipo de plato para *seder* usaría? ¿Uno de oro? ¿Uno adornado con piedras preciosas? ¿O un simple cuenco de arcilla?

—Usara lo que usara —contestó Thomas—. Dios pudo transformarlo.

—Ah, claro, se me olvidaba —repuso Mordecai. Parecía decepcionado, pero sonrió y le devolvió el libro a Thomas—. Cuando llegemos a dondequiera que vayamos —le dijo—, te traduciré el trozo en hebreo; espero que eso te ayude.

—¡Thomas! —le gritó sir Guillaume desde popa—. ¡Necesitamos brazos frescos para achicar!

No les había dado tiempo a terminar de calafatear y al *Pentecostés* le entraba agua a un ritmo alarmante, así que Thomas bajó a la sentina y le fue pasando cubos a Robbie que la tiraba al mar. Sir Guillaume había estado presionando a Villeroy para que se dirigiera al norte y al este e intentara pasar Caen y llegar hasta Dunkerque, pero a Villeroy no le hacía ninguna gracia el estado de la vela, y menos gracia aún el

casco lleno de agua.

—Tengo que atracar donde sea y rápido —gruñó—, y vos tenéis que comprarme una vela nueva.

No se atrevían a acercarse a Normandía. La noticia de que sir Guillaume había sido declarado traidor se había extendido por toda la provincia y, si estaban buscando al *Pentecostés*, era muy probable que en esa costa de contrabandistas hubiera muchos dispuestos a denunciar a sir Guillaume. Lo único que quedaba era Bretaña y sir Guillaume estaba ansioso por llegar a Saint-Malo o Saint-Brieuc, pero Thomas protestó desde la sentina porque allí él y Will Skeat serían considerados enemigos por las autoridades bretonas que, en aquellas ciudades, habían jurado fidelidad al duque Carlos. El duque estaba siempre guerreando con los rebeldes que consideraban al duque Juan el auténtico gobernante de Bretaña, y éstos eran apoyados por los ingleses.

—¿Y dónde quieres ir? —le preguntó sir Guillaume—. ¿A Inglaterra?

—No llegaríamos nunca, a Inglaterra —dijo Villeroy mirando con tristeza la vela.

—¿A las islas? —sugirió Thomas pensando en Guernsey o Jersey.

—¡A las islas! —A sir Guillaume le gustó la idea.

Esta vez fue Villeroy quien se opuso.

—No puede ser —dijo sin rodeos, y le explicó que el *Pentecostés* había sido un barco de Guernsey y que él había sido uno de los hombres que colaboró en capturarlo—. Si lo llevo a las islas, me lo quitarán y yo desapareceré con él.

—¡Por el amor de Dios! —gruñó sir Guillaume—. ¿Entonces dónde vamos?

—¿Puedes llegar a Tréguier? —preguntó Will Skeat, y todo el mundo se quedó tan sorprendido de que hubiera abierto la boca que por unos instantes nadie respondió.

—¿A Tréguier? —dijo al final Villeroy—. ¿Por qué no?

—¿Por qué Tréguier? —quiso saber sir Guillaume.

—Lo último que oí es que estaba en manos inglesas —respondió Skeat.

—Sigue estándolo —intervino Villeroy.

—Y allí tenemos amigos —prosiguió Skeat.

Y enemigos, pensó Thomas. Tréguier no era sólo el puerto bretón más cercano en manos inglesas, también era la bahía más cercana a La Roche-Derrien, donde sir Geoffrey Carr, *el Espantapájaros*, había ido. Y Thomas también le había dicho al hermano Germain que se dirigía a la misma ciudad, lo que significaba con total seguridad que De Taillebourg acabaría sabiéndolo y lo seguiría. Pero era muy probable que también Jeanette estuviera allí y, de repente, aunque Thomas llevaba semanas diciendo que no volvería, quiso llegar a La Roche-Derrien desesperadamente.

Pues era en Bretaña donde había amigos, antiguos amores y enemigos a quienes

quería matar.

TERCERA PARTE

Bretaña, primavera de 1347
EL COPERO DEL REY



Jeanette Chenier, *comtesse d'Armorique*, había perdido a su marido, a sus padres, su fortuna, su casa, a su hijo y a su amante real, y todo antes de cumplir los veinte años.

Su marido había caído bajo una flecha inglesa y había muerto agonizando, llorando como un niño.

Sus padres perecieron víctimas de la disentería y habían tenido que quemar sus sábanas antes de enterrarlos junto al altar de la iglesia de San Renán. Habían legado a Jeanette, la única hija que les quedaba, una pequeña fortuna en oro, el negocio del comercio del vino y la gran casa del mercader junto al río de La Roche-Derrien.

Jeanette había gastado gran parte de su fortuna en equipar barcos y hombres para luchar contra los odiados ingleses que mataron a su marido, pero los ingleses ganaron y su fortuna se desvaneció.

Le había suplicado ayuda a Carlos de Blois, duque de Bretaña y pariente de su marido muerto, y así fue como perdió a su hijo. Charles, de tres años, tocayo del duque, le había sido arrebatado. La llamó puta por ser hija de un mercader y, por lo tanto, indigna de pertenecer a la aristocracia, y Carlos de Blois, para demostrarle a Jeanette lo mucho que la despreciaba, la violó. Su hijo, ahora conde de Armórica, estaba siendo criado por uno de los partidarios leales de Carlos para asegurarse de que las extensas tierras del muchacho siguieran siendo fieles a la casa de Blois. Así que Jeanette, que había perdido su fortuna al intentar convertir al duque Carlos en el único gobernante de Bretaña, supo de un nuevo odio y encontró un nuevo amante, Thomas de Hookton. Huyó al norte con él en busca del ejército inglés en Normandía, y allí captó la atención de Eduardo de Woodstock, príncipe de Gales, así que Jeanette abandonó a Thomas. Pero después, temiendo que los ingleses fueran aplastados por los franceses en Picardía y que los franceses victoriosos la castigaran por ser la amante de Eduardo, había vuelto a huir. Se equivocó con la batalla, los ingleses ganaron, pero ya no podía dar marcha atrás. Los reyes, y los hijos de los reyes, no recompensaban la volubilidad, así que Jeanette Chenier, la condesa viuda de Armórica, había vuelto a La Roche-Derrien para descubrir que también había perdido su casa.

Cuando huyó de La Roche-Derrien estaba muy endeudada y monsieur Belas, un abogado, se había quedado con la casa para pagar sus deudas. Cuando Jeanette volvió, tenía dinero de sobra para pagar todo lo que debía, pues el príncipe de Gales

había sido generoso con las joyas, pero Belas no pensaba moverse de la casa. La ley estaba de su lado. Algunos de los ingleses que habían ocupado La Roche-Derrien mostraron simpatía por Jeanette, pero no interfirieron con la decisión del tribunal, y de haberlo hecho tampoco hubiera importado mucho, pues todos sabían que los ingleses no podían quedarse en la pequeña ciudad durante mucho tiempo. El duque Carlos estaba reuniendo un nuevo ejército en Rennes y, La Roche-Derrien era la más aislada y remota de todas las plazas inglesas en Bretaña, de modo que cuando el duque Carlos recuperara la ciudad, recompensaría a monsieur Belas, su agente, y vilipendiaría a Jeanette Chenier, a quien llamaba puta por no ser de noble cuna.

Así que Jeanette, incapaz de recuperar su casa, encontró otra, mucho más pequeña, cerca de la puerta sur de La Roche-Derrien, y confesó sus pecados al cura de la iglesia de San Renán, que le dijo que su maldad había colmado la medida de los hombres y era probable que también la de Dios. El cura le prometió la absolución si pecaba también con él, se levantó la sotana y se le acercó, y acto seguido lanzó un grito porque Jeanette le había pegado una patada. Siguió asistiendo a misa a San Renán, pues era la iglesia de su infancia y sus padres habían sido enterrados bajo el cuadro de Cristo saliendo de la tumba, con una luz dorada que emergía de Su cabeza. El sacerdote no se atrevió a negarle el sacramento ni a mirarla a los ojos.

Jeanette había perdido a sus sirvientes cuando huyó al norte con Thomas, pero había contratado a una muchacha de catorce años que la ayudaba en la cocina y al hermano idiota de la chica para traer agua y recoger leña. Las joyas del príncipe, pensaba Jeanette, le durarían un año, y para entonces, algo saldría. Era joven, era absolutamente arrebatadora, estaba llena de ira, su hijo seguía siendo un rehén y la inspiraba el odio. Algunos de los habitantes de la ciudad temían que se hubiera vuelto loca, porque estaba mucho más delgada que cuando había abandonado La Roche-Derrien, pero su pelo seguía siendo negro como las alas de un cuervo; su piel, tan suave como la preciada seda que sólo los más acaudalados podían permitirse; y sus ojos, grandes y despiertos. Los hombres llegaban y le suplicaban sus favores, pero se les comunicaba que no podían volver a hablar con ella a menos que le llevaran el corazón marchito del abogado Belas y la verga ahumada de Carlos de Blois.

—Traedme ambos objetos en relicarios —les decía—, pero quiero a mi hijo vivo. —Su ira repelía a los hombres y algunos difundieron el chisme de que estaba tocada por la luna, o que era una bruja. El cura de San Renán confió a los otros clérigos de la ciudad que Jeanette había intentado tentarlo y habló con misterio de llevarla ante la Inquisición, pero los ingleses no lo permitirían porque el rey de Inglaterra se negaba a que los torturadores de Dios obraran sus oscuras artes en sus posesiones.

—Ya se quejan bastante —dijo Dick Totesham, comandante de la guarnición inglesa en La Roche-Derrien—, para que encima vengan los malditos curas a acabar de arreglarlo.

Totesham y su guarnición sabían que Carlos de Blois estaba reuniendo un ejército que atacaría La Roche-Derrien antes de proseguir con el asedio de las otras plazas inglesas en Bretaña, así que trabajaban duro para construir las murallas de la ciudad más altas y para edificar otras nuevas alrededor de las viejas. Azotaban a los granjeros locales para que trabajaran. Los obligaban a cargar carretillas de arcilla y roca, a talar árboles para erigir empalizadas y a cavar zanjas. Odiaban a los ingleses por obligarles a trabajar sin cobrar, pero a los ingleses no les importaba porque tenían que defenderse, y Totesham había rogado a Westminster que le enviara más hombres, así que, en la festividad de san Félix, a mediados de enero, una tropa de arqueros galeses desembarcó en Tréguier, la pequeña bahía a una hora y media río arriba de La Roche-Derrien, pero aparte de éstos, los únicos refuerzos que recibió la guarnición fueron unos cuantos caballeros y hombres de armas poco afortunados que llegaron a la pequeña ciudad con la esperanza de saquear y hacer prisioneros. Algunos de esos caballeros llegaban desde tan lejos como Flandes, atraídos por los falsos rumores de las riquezas de Bretaña, y otros seis hombres de armas vinieron del norte de Inglaterra, comandados por un individuo malvado y de rostro descarnado que llevaba un látigo y un buen montón de cuentas pendientes. Esos fueron los últimos refuerzos que llegaron a La Roche-Derrien antes de que el *Pentecostés* bajara por el río.

La guarnición de La Roche-Derrien era pequeña, pero el ejército del duque Carlos era grande y aún se hizo mayor.

Los espías a sueldo de los ingleses hablaban de ballesteros genoveses que llegaban a Rennes en compañías de cien unidades, y de hombres de armas que cabalgaban desde toda Francia para jurar fidelidad a Carlos de Blois. Su ejército iba engordando y el rey de Inglaterra, aparentemente descuidando a sus guarniciones en Bretaña, no envió ayuda. Lo que significaba que La Roche-Derrien, la más pequeña de las fortalezas inglesas en Bretaña y la más cercana al enemigo, estaba sentenciada.

* * *

Thomas se sintió extrañamente inquieto mientras el *Pentecostés* se deslizaba por las bajas formaciones rocosas que señalaban la desembocadura del río Jaudy. ¿Era un fracaso, se preguntaba, volver a la pequeña ciudad? ¿O lo había enviado Dios porque allí estarían los enemigos del Grial que lo andarían buscando? Eso era lo que pensaba Thomas del misterioso De Taillebourg y su sirviente. O quizá, se dijo a sí mismo, sólo estaba nervioso por volver a ver a Jeanette. Su historia estaba demasiado enmarañada, había demasiado odio mezclado con el amor y, aun así, deseaba verla y estaba preocupado porque ella no quisiera verlo a él. Intentó y no consiguió imaginar su rostro mientras la marea alta arrastraba al *Pentecostés* hacia la desembocadura del río, donde los cormoranes extendían sus negras alas irregulares para que se secaran

sobre las rocas bañadas por la blanca espuma. Una foca levantó la cabeza brillante, miró a Thomas con aire indignado y después se sumergió en las profundidades de nuevo. Veían rocas alisadas por la erosión, hierba pálida, arbolitos mecidos por el viento, mientras que, en las aguas menos profundas, se vislumbraban cestas de sauce para atrapar peces. Una niña, de no más de seis años de edad, estaba arrancando lapas de las rocas con una piedra.

—Menuda cena más triste —señaló Skeat.

—Desde luego, Will, desde luego.

—¡Ah, Tom! —Skeat sonrió al reconocer la voz—. ¡Tú nunca has cenado lapas!

—¡Claro que sí! —protestó Thomas—. Y las he desayunado también.

—¿Un hombre que habla francés y latín ha desayunado lapas? —Skeat dejó escapar una risilla entre dientes—. Tú sabes escribir, ¿no, Thomas?

—Tan bien como un cura, Will.

—Creo que tendríamos que escribirle una carta a su señoría —prosiguió Will refiriéndose al conde de Northampton—, y pedirle que me envíe aquí a mis hombres, sólo que no lo hará sin dinero, ¿verdad que no?

—Te debe dinero —le contestó Thomas.

Skeat lo miró.

—¿En serio?

—Tus hombres han estado sirviéndole durante los últimos meses. Te tiene que pagar por eso.

Skeat hizo un gesto para que Thomas se callara.

—El conde nunca se ha retrasado en pagar a los buenos soldados. Los mantendrá con los bolsillos llenos, yo estaré maniatado y, si los quiero aquí, tendré que convencerlo de que los deje marchar y pagarles los pasajes. —Los hombres de Skeat habían sido contratados por el conde de Northampton, quien, después de la campaña en Bretaña, se había unido al rey en Normandía y ahora servía junto a Calais—. Voy a tener que pagar el pasaje de hombres y caballos, Thomas, y a menos que las cosas hayan cambiado desde que me abrieron la cabeza, eso no va a ser barato. No va a resultar nada barato. Además, ¿por qué iba a permitir el conde que abandonaran Calais? Van a hartarse de pelear allí en primavera.

Era una buena pregunta, pensó Thomas, porque seguro que empezaría una sangrienta batalla cerca de Calais en cuanto acabara el invierno. Por lo que Thomas sabía, la ciudad no había caído; peor aún, los ingleses la tenían rodeada y se decía que el rey francés estaba reuniendo un ejército enorme que atacaría a los sitiadores en primavera.

—También aquí habrá mucha pelea cuando llegue la primavera —dijo Thomas, señalando con la cabeza la orilla que ahora ya estaba muy cerca. Los campos más allá del río estaban en barbecho, pero por lo menos los graneros y las granjas aún seguían

en pie. Esas tierras alimentaban a la guarnición de La Roche-Derrien, así que no sufrieron el saqueo, la violación y los incendios que habían destrozado el resto del ducado.

—Habrà mucha pelea —coincidió Skeat—, pero habrá más en Calais. ¿No tendríamos que irnos allí, Tom?

Thomas no dijo nada. Temía que Skeat ya no pudiera comandar nunca más una banda de arqueros y hombres de armas. Su viejo amigo era demasiado propenso a episodios de amnesia y a menudo se mostraba distraído y melancólico, y esos ataques eran aún peores cuanto más se parecía al que era antes; sólo que nunca era exactamente el viejo Skeat, tan ágil en la guerra, feroz en la decisión e inteligente en la batalla. Desde que estaban juntos, Thomas había observado que se repetía y confundía constantemente, y a menudo se mostraba desconcertado, como lo estaba ahora por la presencia de un guardacostas con la cruz roja sobre fondo blanco de Inglaterra que bajaba por el río hacia el *Pentecostés*. Skeat frunció el entrecejo mientras miraba el bote.

—¿Es un enemigo?

—Lleva nuestra bandera, Will.

—¿Ah sí?

Un hombre en cota de malla se irguió en el bote y saludó al *Pentecostés*.

—¿Quiénes sois?

—¡Sir William Skeat! —gritó Thomas, utilizando el nombre al que mejor bienvenida darían en Bretaña.

Se produjo una pausa que parecía reflejar cierta incredulidad.

—¿Sir William Skeat? —contestó el hombre—. Will Skeat, querrás decir.

—El rey lo armó caballero —repuso Thomas.

—Siempre me olvido de eso —intervino Skeat.

Los remeros de babor impulsaron los remos para que el bote guardacostas diera la vuelta y se colocara en la dirección de la marea para acompañar al *Pentecostés*.

—¿Qué lleváis? —preguntó el hombre.

—¡Vamos vacíos! —gritó Thomas.

El hombre miraba la tela chamuscada, a jirones y doblada por la mitad.

—¿Habéis tenido problemas?

—Arriba, en Normandía.

—Ya va siendo hora de que maten a esos cabrones de una vez por todas —refunfuñó el hombre, después señaló río arriba, donde las casas de Tréguier manchaban el cielo con el humo de las chimeneas—. Amarrad junto al *Eduardo* —les ordenó seguidamente—. Tenéis que pagar una tarifa de amarre. Seis chelines.

—¿Seis chelines? —Villeroy explotó cuando se lo dijeron—. ¡Seis malditos chelines! ¿Qué demonios, se creen que sacamos dinero del fondo del mar con las

redes?

Y así fue como Thomas y Will Skeat volvieron a Tréguier, cuya catedral había perdido la torre después de que los bretones que apoyaban a Carlos de Blois dispararan ballestas a los ingleses desde arriba. En represalia, los ingleses habían tumbado la torre y habían enviado las piedras a Londres. La pequeña ciudad de la bahía estaba escasamente poblada ahora, pues no tenía murallas, y los hombres de Carlos de Blois en ocasiones asaltaban los almacenes que había tras el muelle. Los barcos pequeños podían subir río arriba hasta La Roche-Derrien, pero el *Pentecostés* desplazaba demasiada agua, así que amarró junto a la coca inglesa y una docena de hombres vestidos con los jubones de la cruz roja subieron a bordo para cobrar la tarifa de amarre y buscar mercancías de contrabando o el soborno que los convenciera de ignorar lo que descubrieran, pero no encontraron ni contrabando ni soborno. El comandante, un hombre gordo con una llaga supurante en la frente, les confirmó que Richard Totesham seguía comandando La Roche-Derrien.

—Allí sigue —les dijo el gordo—, y sir Thomas Dagworth está al mando de Brest.

—¡Dagworth! —A Skeat parecía gustarle la respuesta—. Es muy bueno, vaya que sí. Como Dick Totesham —añadió dirigiéndose a Thomas, y enseguida puso cara de desconcierto cuando vio a sir Guillaume salir de la cabina de proa.

—Es sir Guillaume —dijo Thomas en voz baja.

—¡Claro que es sir Guillaume! —repuso Skeat.

Sir Guillaume dejó las alforjas en el puente y miró a través de la parte central del *Eduardo* hacia donde cuatro chicas destripaban arenques y lanzaban al aire los restos que las gaviotas atrapaban al vuelo. Las muchachas clavaban los pescados limpios en astas que después pondrían en el ahumadero del final del muelle.

—¿Son todas tan guapas como ésas? —preguntó Robbie.

—Más guapas —repuso Thomas, preguntándose cómo liaría el escocés para verles la cara bajo los gorritos.

—Pues me va a encantar Bretaña —contestó Robbie.

Tenían unas deudas que pagar antes de marcharse. Sir Guillaume pagó a Villeroy y añadió suficientes monedas para comprar una nueva vela.

—Harás bien —aconsejó al gigantón—, en evitar Caen durante una época.

—Bajaremos a Gascuña —le dijo Villeroy—. Siempre hay comercio en Gascuña. A lo mejor hasta nos acercamos por Portugal.

—¿Me permitiríais acompañaros? —inquirió Mordecai con timidez.

—¿Tú? —Sir Guillaume se volvió hacia el médico—. Pero si odias los barcos.

—Tengo que ir al sur —dijo Mordecai con tono cansino—. Primero a Montpellier. Cuanto más al sur, más amable es la gente. Prefiero sufrir un mes en el frío mar que encontrarme con los hombres del duque Carlos.

—Un pasaje a Gascuña —sir Guillaume le tendió una moneda de oro a Villeroy —, para un amigo mío.

Villeroy miró a Wette, que se encogió de hombros, y eso convenció al hombretón de aceptar.

—Sois bienvenido, doctor —le dijo.

Así que se despidieron de Mordecai, y Thomas, Robbie, Will Skeat, sir Guillaume y sus dos hombres de armas bajaron a tierra. Un bote subiría río arriba a La Roche-Derrien, pero no hasta más tarde, así que dejaron a los dos hombres de armas con el equipaje y Thomas guió a los otros por el estrecho sendero que recorría la orilla oeste del río. Vestían malla e iban armados porque los campesinos locales no eran muy amistosos con los ingleses, pero sólo se cruzaron con una docena de trabajadores grises que bajaban montones de estiércol con una horcaja de dos carros. Los hombres se detuvieron para mirar a los soldados pasar, pero no dijeron nada.

—Y mañana a esta hora —comentó Thomas—. Carlos de Blois ya sabrá que hemos llegado.

—Pues se va a cagar de miedo —dijo Skeat con una risita.

Empezó a llover en cuanto llegaron al puente que cruzaba hasta La Roche-Derrien. Thomas se detuvo bajo el arco de la barbacana protectora de la orilla opuesta a la ciudad y señaló río arriba el muelle destartado por el que él, Skeat y los otros arqueros se metieron en La Roche-Derrien la noche en que cayó la ciudad.

—¿Te acuerdas de ese lugar, Will? —le preguntó.

—Pues claro que me acuerdo —replicó Skeat, pero tenía una mirada vaga y Thomas se calló.

Cruzaron el puente y caminaron por la calle hasta la casa junto a la taberna que siempre había sido el cuartel de Richard Totesham, y el mismo Totesham estaba desmontando cuando llegaron. Se volvió hacia los forasteros con cara de pocos amigos, entonces reconoció a Will Skeat y miró a su viejo amigo como si hubiera visto un fantasma. Skeat le devolvió una mirada vacía y al ver que no lo reconocía, Totesham se preocupó.

—¿Will? —preguntó el comandante de la guarnición—. ¿Will? ¿Eres tú, Will?

Una expresión de grata sorpresa iluminó el rostro de Skeat.

—¡Dick Totesham! ¡Con toda la gente que me podía encontrar y tropiezo el demonio de Dick!

Totesham parecía confundido, pues Skeat se sorprendía de encontrárselo en la guarnición que comandaba, pero entonces vio la vacuidad en los ojos de su amigo y frunció el ceño.

—¿Estás bien, Will?

—Me abrieron la cabeza —contestó Skeat—, pero un médico me la tapó otra vez. Se me nublan algunas cosas, aquí y allí, pero sólo eso, se me nublan...

Los dos hombres se dieron la mano. Ambos habían nacido sin un penique y se habían convertido en soldados, se habían ganado la confianza de sus señores y enriquecido con algunos rescates y el saqueo, hasta que tuvieron suficiente dinero para formar sus propias bandas de hombres, que pusieron al servicio del rey o de los nobles, y aún se enriquecieron más cuando siguieron arrasando tierras enemigas. Cuando los trovadores cantaban las batallas, nombraban al rey como el héroe luchador, y ensalzaban a los duques, condes, barones y caballeros, pero eran hombres como Totesham y Skeat los que llevaban el peso de las guerras de Inglaterra.

Totesham le dio una palmada amistosa en el hombro a Skeat.

—Dime que has traído a tus hombres, Will.

—Dios sabe dónde están —repuso Skeat—. Hace meses que no les pongo los ojos encima.

—Están en el sitio de Calais —intervino Thomas.

—Dios mío. —Totesham se persignó. Era un hombre robusto, de pelo gris y rostro amplio, que mantenía la guarnición de La Roche-Derrien unida por pura fuerza de carácter, pero sabía que disponía de pocos hombres para ello. Demasiado pocos—. Tengo ciento treinta y dos hombres a mis órdenes —le dijo a Skeat—, y la mitad están enfermos. Hay unos cincuenta o sesenta mercenarios que puede que se queden o no hasta que llegue Carlos de Blois. Luego, claro, la gente de la ciudad luchará con nosotros, o lo hará la mayoría.

—¿Estás seguro de eso? —interrumpió Thomas, sorprendido por la afirmación. Cuando los ingleses capturaron la ciudad el año anterior, los habitantes de la ciudad pelearon con denuedo para defender sus murallas y después de la derrota fueron sometidos a violaciones y al saqueo, ¿y ahora apoyaban a la guarnición?

—El comercio va muy bien —explicó Totesham—. ¡Nunca habían sido tan ricos! Los barcos van a Gascuña, a Portugal, a Flandes y a Inglaterra. Están haciendo mucho dinero. No quieren que nos vayamos, así que sí, algunos lucharán por nosotros y eso ayudará, pero no es como disponer de hombres con experiencia.

El resto de las tropas inglesas en Bretaña estaban muy hacia el oeste, así que cuando Carlos de Blois llegara con su ejército, Totesham tendría que mantener la ciudad durante dos o tres semanas antes de que llegara ningún refuerzo e, incluso con la ayuda de los habitantes, dudaba de que pudiera mantenerla en su poder. Había enviado una petición al rey en Calais suplicándole que le enviara más hombres a La Roche-Derrien. «Estamos lejos de cualquier ayuda —había escrito su secretario siguiendo su dictado— y nuestros enemigos se están reuniendo cerca de aquí». Totesham, al ver a Will Skeat, había supuesto que sus hombres habrían llegado como respuesta a esa petición, y no fue capaz de esconder su decepción.

—¿Le escribirás tú al rey? —le preguntó Totesham a Will.

—Tom le puede escribir por mí.

—Pídele que envíe a tus hombres —le apremió Totesham—. Necesito trescientos o cuatrocientos arqueros más, pero tus cincuenta o sesenta serían de gran ayuda.

—¿No te puede enviar ninguno Tommy Dagworth? —le preguntó Skeat.

—Está tan presionado como yo. Es demasiada tierra la que hay que mantener, somos muy pocos hombres y el rey no quiere ni oír hablar de cederle a Carlos de Blois un solo acre.

—¿Y por qué no envía refuerzos? —preguntó sir Guillaume.

—Porque no le sobran hombres —repuso Totesham—, cosa que no es motivo para que nosotros no los pidamos.

Totesham les invitó a entrar en su casa, en la que ardía una enorme chimenea, y sus sirvientes les trajeron jarras de vino aguado, bandejas de pan y cerdo frío. Había un bebé en una cuna junto al fuego, y Totesham se sonrojó al admitir que era suyo.

—Me acabo de casar —le dijo a Skeat, y después le ordenó a una sirvienta que se llevara al crío antes de que empezara a llorar. Se estremeció cuando Skeat se quitó el gorro y reveló la enorme cicatriz del cráneo; después insistió en escuchar la historia de Will, y cuando terminó de contarla, le dio las gracias a sir Guillaume por la ayuda que el francés le había prestado a su amigo. La bienvenida a Thomas y a Robbie fue más fría, al último porque era escocés y al primero porque lo recordaba del año anterior—. Vaya gaita diste el año pasado, rediós —no se anduvo con rodeos—, tú y la condesa de Armórica.

—¿Está aquí? —preguntó Thomas.

—Pues sí, volvió. —Totesham sonaba reservado.

—Podríamos volver a su casa, Will —le propuso a Skeat.

—No, no podéis —contestó Totesham con firmeza—. Perdió la casa. Fue vendida para saldar sus deudas y lleva protestando por el asunto desde que volvió, pero se vendió justa y legalmente. Y el abogado que la compró nos ha pagado para que lo dejemos en paz y no quiero molestarlo, así que vosotros dos podréis encontrar alojamiento en las Dos Zorras. Nosotros cenaremos aquí. —La invitación estaba destinada a Will Skeat y a sir Guillaume, y claramente no se hacía extensiva ni a Thomas ni a Robbie.

A Thomas no le importó. El y Robbie se acomodaron en una habitación doble en la taberna las Dos Zorras y después, mientras Robbie probaba su primera cerveza bretona, Thomas fue a la iglesia de San Renán, que era una de las más pequeñas de La Roche-Derrien, pero también una de las más ricas porque el padre de Jeanette le había hecho cuantiosas donaciones. Había construido un campanario y había pagado los murales de las paredes, aunque para cuando Thomas llegó a San Renán estaba demasiado oscuro para ver al Salvador caminando sobre las aguas de Galilea o a las almas rodando hacia el infierno. La única luz de la iglesia provenía de las velas que ardían en el altar, donde un relicario de plata guardaba la lengua de san Renán,

aunque Thomas sabía que bajo el altar había otro tesoro, algo casi tan raro como la lengua silenciosa de un santo, y quería consultarlo. Era un libro, un regalo del padre de Jeanette, y a Thomas le sorprendió encontrarlo allí, no sólo porque el libro hubiera sobrevivido a la caída de la ciudad, aunque en verdad no muchos soldados buscaban libros cuando saqueaban, sino porque hubiera algún libro en una pequeña iglesia de una ciudad bretona. Los libros eran raros y ése era el tesoro de San Renán: una Biblia. Faltaba la mayoría del Nuevo Testamento, evidentemente porque algunos soldados habían usado las páginas en las letrinas, pero el Antiguo Testamento estaba intacto. Thomas esquivó a las ancianas vestidas de negro que se arrodillaban y rezaban en la nave, encontró el libro detrás del altar y sopló el polvo y las telarañas; después lo puso junto a las velas. Una de las mujeres susurró que era un impío, pero Thomas la ignoró.

Hojeó las acartonadas páginas, y se detuvo de vez en cuando para admirar una capitular miniada. Había una Biblia en la iglesia de San Pedro, en Dorchester, y su padre también poseía una, y Thomas debía de haber visto una docena en Oxford, pero pocas más había visto y, mientras buscaba, se maravilló del tiempo que debía de hacer falta para copiar un libro tan extenso. Más mujeres protestaron porque se hubiera situado en el altar, así que, para aplacarlas, se apartó unos pasos y se sentó con las piernas cruzadas y el pesado libro en su regazo. Ahora estaba demasiado lejos de las velas y le costaba leer el texto que, en su mayor parte, estaba muy mal copiado. Las iniciales eran bonitas y daban la sensación de que habían sido realizadas con mano diestra, pero casi toda la caligrafía era apretada y su tarea no se veía facilitada en absoluto por el hecho de que no sabía por dónde empezar a buscar. Comenzó por el final del Antiguo Testamento, pero no encontró lo que quería y siguió ojeando hacia delante, las enormes páginas crujían cada vez que las volvía.

Sabía que lo que buscaba no estaba en los Salmos, así que pasó las páginas correspondientes con rapidez, y después volvió a detenerse, buscando palabras entre la horrible letra hasta que, al final, los nombres saltaron de la página. «*Neemias Athersatha filius Achelai*», «Nehemías el Tirsata, hijo de Hacialías». Leyó el pasaje completo, pero no encontró lo que buscaba, así que siguió hojeando, página a página, sabía que estaba cerca, y al final, lo encontró.

«*Ego enim eram pincerna regis*».

Miró la frase y la leyó en voz alta.

—«*Ego enim eram pincerna regis*». «Pues yo servía de copero al rey».

Mordecai pensaba que el libro del padre Ralph era una súplica a Dios para que convirtiera el Grial en algo real, pero Thomas no estaba de acuerdo. Su padre no quería ser el copero. No, el libro de anotaciones era un modo de confesar y ocultar la verdad. Su padre le había dejado un rastro para que él lo siguiera. Para que fuera de Hacialías al Tirsata y se diera cuenta de que el Tirsata también era el copero: *ego enim*

eram pincerna regis. «Servía», pensó Thomas. ¿Significaba eso que su padre había perdido el Grial? Era más probable que su padre hablara en pasado porque pensara que Thomas sólo leería el libro una vez muerto él. Pero Thomas estaba seguro de una cosa: las palabras confirmaban que el Grial existía, y que su padre había sido su guardián involuntario. Servía de copero al rey; «aparta de mí este cáliz»; la copa me embriaga. La copa existía y Thomas sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Miró las velas en el altar y los ojos se le nublaron de lágrimas. Eleanor tenía razón. El Grial existía y estaba esperando que alguien lo encontrara para llevar a Dios hasta el hombre, al hombre hasta Dios y para sembrar la paz en la tierra. Existía. Era el Grial.

—Mi padre —dijo una mujer— donó ese libro a la iglesia.

—Lo sé —respondió Thomas; cerró la Biblia y casi temía mirarla, por si acaso estaba menos bella de lo que la recordaba, o tal vez temiera que su presencia engendrara odio en su alma porque lo había abandonado, pero lo que sintió al verla fue la necesidad de contener una avalancha de sus ojos—. *Merle* —dijo con suavidad, y utilizó su apodo, Mirlo.

—Thomas —su voz no revelaba sentimiento alguno; después movió la cabeza hacia una anciana vestida de negro y con la cabeza cubierta—. Madame Verlon, nerviosa por naturaleza, me ha dicho que un soldado inglés intentaba robar la Biblia.

—¿Así que has venido a pelearte con el soldado? —preguntó Thomas. Una vela se derretía a su derecha, la llama titilaba tan rápido como el corazón de un pajarito.

Jeanette se encogió de hombros.

—El cura de esta iglesia es un pusilánime y no desafiaría a un arquero inglés, así que, ¿quién iba a venir, si no?

—Madame Verlon puede descansar tranquila —le dijo Thomas mientras devolvía la Biblia debajo del altar.

—También dijo —ahora la voz de Jeanette temblaba—, que el hombre que estaba robando la Biblia llevaba con él un enorme arco negro. —Motivo por el cual, quedaba implícito, había venido ella en lugar de ir a buscar ayuda. Así que, al fin y al cabo, había supuesto que era el propio Thomas.

—Por lo menos no has tenido que venir desde muy lejos. —Y le indicó la puerta lateral que conducía al patio de la casa del padre de Jeanette. Fingía no saber que había perdido la casa.

Ella alzó su barbilla, en un gesto de altiva vanidad herida.

—No vivo ahí —dijo sin más—, ya no.

Una docena de mujeres los estaban escuchando y dieron un paso atrás, nerviosas, cuando Thomas se les acercó.

—En ese caso, madame —le dijo a Jeanette—, ¿me permitiréis escoltaros hasta vuestra casa?

Asintió bruscamente. Sus ojos parecían muy brillantes y grandes bajo la luz de las

velas. Estaba más delgada, pensó Thomas, o quizá la oscuridad de la iglesia ensombrecía sus mejillas. Llevaba un gorrito atado a la barbilla y una enorme capa negra que barría las losas mientras lo seguía por la puerta oeste.

—¿Te acuerdas de Belas? —le preguntó.

—Recuerdo el nombre —repuso Thomas—. El abogado, ¿no es eso?

—El abogado —contestó Jeanette—, y un ser lleno de bilis, una criatura del fango, un embustero. ¿Cómo era aquella palabra inglesa que me enseñaste? Un piltrafa. Es un piltrafa. Cuando volví aquí, había comprado la casa, aseguraba que la había vendido para pagar mis deudas. ¡Pero él había comprado mis deudas! Me prometió que cuidaría de mis negocios, aguardó a que me fuera y me quitó la casa. Y ahora que he vuelto no me permite pagar lo que debo. Dice que ya está pagado. Le he dicho que le compraré la casa por más de lo que pagó, pero se ríe de mí.

Thomas le aguantó la puerta. La lluvia caía en la calle.

—No poseerás nunca la casa —le dijo—, no si Carlos de Blois vuelve. Deberías haberte marchado para entonces.

—¿Aún me sigues diciendo lo que debo hacer, Thomas? —le preguntó, y entonces, como para suavizar sus palabras, lo tomó del brazo. O puede que le pusiera la mano en el codo porque la calle era empinada y resbaladiza—. Creo que, pase lo que pase, me voy a quedar aquí.

—Si no hubieras escapado de él —prosiguió Thomas—, te habría casado con uno de sus hombres de armas. Si te encuentra aquí, lo hará. O te hará algo peor.

—Ya me ha quitado a mi hijo. Ya me ha violado. ¿Qué más puede hacerme? No —y se agarró del brazo de Thomas con fuerza—. Me quedaré en mi casita junto a la puerta sur y, cuando llegue a la ciudad, le clavaré un dardo de ballesta en el estómago.

—Me sorprende que no se lo hayas clavado ya a Belas.

—¿Crees que no me colgarían por matar a un abogado? —le preguntó Jeanette y dejó salir una risa corta y seca—. No, reservaré mi muerte para la vida de Carlos de Blois y toda Bretaña y toda Francia sabrán que murió a manos de una mujer.

—A menos que te devuelva a tu hijo.

—¡No va a hacerlo! —dijo ella con fiereza—. No ha respondido a las apelaciones. —Quería decir, Thomas estaba seguro, que el príncipe de Gales, a lo mejor incluso el rey, había escrito a Carlos de Blois, pero las apelaciones no habían conseguido nada, ¿y por qué habrían de hacerlo? Inglaterra era el enemigo más odiado de Carlos—. Es sólo por la tierra, Thomas —añadió cansada—. Por la tierra y el dinero. —Se refería a que su hijo, que a los tres años de edad ya era el conde de Armórica, era el legítimo heredero de los extensos terrenos de Bretaña occidental que ahora estaban bajo ocupación inglesa. Si el niño juraba fidelidad al duque Juan, el candidato de Eduardo de Inglaterra para gobernar Bretaña, las aspiraciones de Carlos

de Blois sobre la soberanía del ducado se verían gravemente debilitadas, así que Carlos se había quedado con el niño y lo mantendría con él hasta que tuviera edad para jurar.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Thomas. Una de las ironías de la vida de Jeanette era que su hijo había recibido el mismo nombre que el de su tío abuelo, en un intento de ganar su favor.

—Está en la Torre de Roncelets —contestó Jeanette—, al sur de Rennes. Está siendo educado por el señor de Roncelets. —Se volvió hacia Thomas—. ¡Hace más de un año que no lo veo!

—¿La Torre de Roncelets es un castillo? —preguntó él.

—No la he visto nunca. Una torre, es de suponer. Sí, un castillo.

—¿Estás segura de que está allí?

—No estoy segura de nada —repuso ella con voz cansada—, pero recibí una carta que decía que Charles estaba allí y no tengo motivos para dudarlo.

—¿Quién escribió la carta?

—No lo sé. No iba firmada. —Caminó en silencio durante unos cuantos pasos, su mano cálida sobre el brazo de Thomas—. Era de Belas —dijo al fin—. No estoy segura, pero sólo puede ser de él. Me está acosando, atormentándome. No tiene suficiente con haberme arrebatado la casa y que Carlos de Blois tenga a mi hijo, quiere hacerme sufrir. O quiere que vaya a Roncelets para que allí me vuelvan a entregar a Carlos de Blois. Estoy segura de que era de Belas. Me odia.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees que va a ser? —le preguntó con desdén—. Tengo algo que quiere, algo que todos los hombres quieren, pero no se lo pienso entregar a él.

Siguieron caminando por las calles oscuras. Escucharon las canciones que salían de las tabernas y, en algún lugar, una mujer le gritó a su marido. Un perro ladró y lo hicieron callar. La lluvia repicaba en la paja, caía desde los aleros y volvía las calles embarradas y resbaladizas. Un brillo rojo apareció delante, se fue haciendo más grande a medida que se acercaban, hasta que Thomas vio las llamas de dos braseros que calentaban a los guardias de la puerta sur y recordó cómo él, Jake y Sam habían abierto la puerta para dejar pasar al ejército inglés.

—Una vez te prometí —le dijo a Jeanette—, que te traería a Charles de vuelta.

—Tú y yo, Thomas, nos hicimos muchas promesas —repuso ella. Aún sonaba cansada.

—Yo debería empezar a cumplir las que hice —contestó Thomas—. Pero para llegar a Roncelets necesito caballos.

—Me puedo permitir los caballos —dijo Jeanette mientras se detenía en un portal oscuro—. Vivo aquí. —Se metió en el portal, después le miró a la cara. Thomas era alto, pero ella era casi de la misma altura—. El conde de Roncelets es un guerrero

famoso. No deberías morir para mantener una promesa que nunca tendrías que haber hecho.

—Pero la hice —repuso Thomas.

Ella asintió.

—Eso es cierto.

Hubo una larga pausa. Thomas oyó los pasos de un centinela en la muralla.

—Yo... —empezó a decir.

—No —contestó ella precipitadamente.

—No...

—En otro momento. Me tengo que acostumbrar a que estés aquí. Estoy cansada de los hombres, Thomas. Desde Picardía... —se detuvo, y Thomas pensó que no diría nada más, pero entonces se encogió de hombros—. Desde Picardía he vivido como una monja.

La besó en la frente.

—Te quiero —le dijo, y lo sentía de verdad, pero se vio sorprendido igualmente por haber expresado el sentimiento en voz alta.

Durante un instante se quedó muda. La luz de los braseros emitía un reflejo rojo en sus ojos.

—¿Qué le pasó a aquella chica? —le preguntó—. ¿Aquella chica pálida que te protegía tanto?

—Yo no fui capaz de protegerla y murió —contestó Thomas con melancolía.

—Qué crueles somos los hombres —dijo ella, después se volvió y tiró de la cuerda que levantaba la aldaba. Se detuvo un momento—. Pero me alegro de que estés aquí —añadió sin mirar atrás, y al instante la puerta estaba cerrada, el pasador estaba de nuevo en su sitio y ella se había desvanecido.

* * *

Sir Geoffrey Carr había empezado a pensar que su incursión en Bretaña había sido un error. Durante mucho tiempo no tuvo señales de Thomas de Hookton y, en cuanto el arquero llegó, poco hizo para encontrar ningún tesoro. Todo el misterio parecía mantenerse indescifrable para él, y sus deudas seguían aumentando. Pero al final, el Espantapájaros descubrió los planes de Thomas de Hookton. Y ese descubrimiento lo llevó a casa del Maître Belas.

La lluvia caía a mares sobre La Roche-Derrien. Era uno de los inviernos más húmedos que se recordaban. La zanja que había más allá de la reforzada muralla estaba inundada y parecía un foso, y las vegas del río Jaudy parecían lagos. Las calles de la ciudad estaban ocupadas por el barro, una gruesa capa cubría las botas de los hombres y las mujeres llevaban extraños zuecos de madera que resbalaban

traicioneros en las calles más empinadas, y en sus vestidos, capas y dobladillos aún se acumulaban pegotes más gordos aún. Lo único bueno de la lluvia era la protección que ofrecía contra el fuego y, para los ingleses, el hecho de saber que haría mucho más difícil el sitio de la ciudad. Las máquinas de asalto, fueran catapultas, balistas o cañones, necesitaban una base sólida, no un lodazal, y los hombres no podían atacar a través de un pantano. Se decía que Richard Totesham aún pedía más lluvia y que daba las gracias todas las mañanas citando el día se levantaba gris, pesado y cargado de lluvia.

—Un invierno húmedo, sir Geoffrey —saludó Belas al Espantapájaros, y después inspeccionó disimuladamente a su visitante. Una cara descarnada y fea, pensó, y aunque las ropas de sir Geoffrey eran de buena calidad, también habían sido confeccionadas para un hombre más gordo, lo que sugería que, o el inglés había adelgazado en los últimos meses o, más probablemente, le había arrebatado la ropa a otro hombre fallecido durante una batalla. Llevaba enrollado un látigo del cinto, que parecía un extraño artefacto, pero el abogado jamás intentaría entender a los soldados—. Un invierno muy húmedo —prosiguió mientras le indicaba al Espantapájaros dónde podía sentarse.

—Un invierno húmedo de cojones —espetó sir Geoffrey para ocultar su nerviosismo—, nada más que lluvia, frío y sabañones. —Se sentía nervioso porque no estaba tan seguro de que el delgado y observador abogado fuera tan partidario de Carlos de Blois como se rumoreaba en las tabernas, y se había visto obligado a dejar a Beggar y a Dickon en el patio de abajo y sin su compañía protectora se sentía vulnerable, especialmente porque el abogado iba acompañado de un sirviente descomunal vestido con jubón de cuero y una larga espada colgada del cinto.

—Pierre me protege —le dijo Belas. Había notado que sir Geoffrey miraba al enorme criado—. Me protege de todos los enemigos que tiene cualquier abogado honesto. Por favor, sir Geoffrey, sentaos. —Y volvió a señalar la silla. En el hogar ardía un pequeño fuego y el humo desaparecía por la chimenea nueva. El abogado tenía el rostro hambriento de un armiño y era tan pálido como el vientre de una culebra. Llevaba una toga negra, un abrigo negro bordeado de piel y un gorro negro con orejeras, aunque ahora se levantó una para oír la voz del Espantapájaros.

—*Parlez-vous français?* —le preguntó.

—No.

—*Brezoneg a ouzit?* —preguntó entonces, y al ver la cara de lerdito que puso el Espantapájaros se encogió de hombros—. ¿No habláis bretón?

—Os lo acabo de decir, ¿no? No hablo francés.

—El francés y el bretón no son el mismo idioma, sir Geoffrey —replicó vanidoso Belas.

—Pero ninguno de los dos es el inglés, el cojón de mi lengua —dijo sir Geoffrey

en tono beligerante.

—No, no, no lo son. De hecho, yo no hablo inglés muy bien, pero aprendo rápido. Es, después de todo, el idioma de nuestros nuevos señores.

—¿Señores —preguntó el Espantapájaros—, o enemigos?

Belas se encogió de hombros.

—Soy un hombre, ¿cómo decís? De negocios. Soy un hombre de negocios. Es imposible, creo, ser algo así y no hacer enemigos. —Volvió a encogerse de hombros, como si hablara de trivialidades; después se recostó sobre su silla—. Pero ¿habéis venido por algún asunto en particular, sir Geoffrey? ¿Tenéis alguna mercancía que queréis transportar, quizá? ¿Un contrato que hacer?

—Jeanette Chenier, condesa de Armórica —dijo sin andarse con rodeos.

Belas estaba sorprendido, pero no lo demostró. Estaba alerta, sin embargo. Sabía demasiado bien que Jeanette quería venganza y estaba siempre pendiente de sus intrigas, pero se hizo el indiferente.

—Conozco a la dama —admitió.

—Ella os conoce. Y no le gustáis, monsieur Belas —prosiguió sir Geoffrey pronunciando su nombre con tono despectivo—. A ella no le gustáis nada de nada. Quiere vuestras pelotas en una sartén asadas a fuego vivo.

Belas se volvió hacia los papeles de su escritorio como si su visita empezara a hacerse tediosa.

—Ya os lo he dicho, sir Geoffrey, un abogado hace enemigos inevitablemente. No hay nada de qué preocuparse. La ley me protege.

—Yo me meo en la ley, Belas. —Sir Geoffrey hablaba con tono cansino. Sus ojos, curiosamente pálidos, contemplaban al abogado que fingió estar ocupado afilando una pluma—. Suponed que la dama recuperara a su hijo. Suponed que la dama lleva al niño a Eduardo de Inglaterra y hace que el niño jure fidelidad al duque Juan. ¿Verdad que la ley no impedirá entonces que os corten las pelotas? Una y dos, chac, chac, y al fuego, abogado.

—Dicha eventualidad —dijo Belas aparentemente aburrido—, no puede tener ningún tipo de repercusión para mí.

—Así que vuestro inglés no es tan malo, ¿eh? —se burló sir Geoffrey—. No voy a hacer ver que conozco las leyes, monsieur, pero conozco a la gente. Si la condesa recupera a su hijo, irá a Calais a ver al rey.

—¿Y? —preguntó Belas, aún fingiendo despreocupación.

—Tres meses —sir Geoffrey levantó tres dedos—, cuatro, a lo sumo, antes de que vuestro Carlos de Blois llegue hasta aquí. Y ella podría llegar a Calais en cuatro semanas y estar aquí de vuelta con un pergamino del rey en ocho, y entonces sí será valiosa. Su hijo tiene lo que el rey quiere y le dará todo lo que desee, y lo que ella desea son vuestras pelotas. Os las arrancará de un mordisco con esos dientecitos

blancos suyos y después os despellejará vivo, monsieur, y la ley no os ayudará. No contra el rey.

Belas había estado disimulando con un pergamino, que ahora dejó en la mesa y se enrolló de un golpe. Miró al Espantapájaros y se encogió de hombros.

—Dudo, sir Geoffrey, que la situación que estáis describiendo tenga lugar. El hijo de la condesa no está aquí.

—Pero suponed, monsieur, sólo suponed, que se estuviera preparando una partida de hombres para ir a Roncelets a buscar a la piltrafilla.

Belas se detuvo. Ya había oído rumores de que se estaba planeando ese asalto, pero dudaba de la veracidad de las habladurías porque éstos eran el tipo de cuentos que se contaban veinte veces y no llegaban a nada. Aun así, algo en el tono de sir Geoffrey sugería que esta vez bien podría haber algo de cierto en sus palabras.

—Una partida de hombres —repitió Belas cansino.

—Una partida de hombres —confirmó el Espantapájaros— que planea cabalgar hasta Roncelets, vigilar hasta que saquen al chiquitín a hacer pis por la mañana, agarrarlo, traerlo de vuelta y colocar vuestras pelotas en la sartén.

Belas desenrolló el pergamino y fingió que continuaba leyéndolo.

—No me sorprende, sir Geoffrey, que madame Chenier conspire para traer de vuelta a su hijo. Es de esperar. Pero ¿por qué me molestáis a mí con eso? ¿Qué daño puede hacerme? —Sumergió su recién afilada pluma en el tintero—. ¿Y cómo sabéis vos de esa partida?

—Porque hago las preguntas correctas, ¿o no? —respondió el Espantapájaros.

En verdad, lo que el Espantapájaros había oído era que Thomas planeaba asaltar Rostrenen, pero otros hombres de la ciudad juraban que Rostrenen había sido asaltado tantas veces que un gorrión se moriría de hambre allí. Así que, se preguntó el Espantapájaros, ¿qué intentaba hacer Thomas en realidad? Sir Geoffrey estaba seguro de que Thomas iba a buscar el tesoro, el mismo tesoro que lo había llevado a Durham, pero ¿por qué iba a estar en Rostrenen? ¿Qué había allí? Sir Geoffrey había abordado a un segundo de Richard Totesham en una taberna, le había pagado unas cervezas y le había preguntado sobre Rostrenen. El hombre se rió y sacudió la cabeza.

—No os iréis a creer esa tontería, ¿no? —le farfulló a sir Geoffrey.

—¿Tontería?

—No piensan ir a Rostrenen. Van a Roncelets. Bueno, no lo sabemos seguro —prosiguió el hombre—, pero la condesa de Armórica está metida en el asunto hasta ese precioso cuello que tiene, lo que quiere decir que irán a Roncelets. Y si queréis mi consejo, sir Geoffrey, quedaos fuera. No llaman a Roncelets el avispero por nada.

Sir Geoffrey, más confuso que nunca, hizo más preguntas y poco a poco acabó comprendiendo que el *thesaurus* que Thomas buscaba no estaba compuesto de

gruesas monedas de oro, ni de bolsas de piel llenas de joyas: el tesoro eran las tierras, las posesiones bretonas del conde de Armórica, y si el hijito de Jeanette juraba fidelidad al duque Juan, las aspiraciones inglesas en Bretaña darían un gran paso. A su manera, era un tesoro, un tesoro político: no tan satisfactorio como el oro, pero aun así valioso. Qué relación esas tierras con Durham era algo que se le escapaba al Espantapájaros. ¿Habría ido Thomas a buscar la escritura? ¿O la concesión hecha por un duque anterior? Alguna chorrada de abogados, y total, tampoco importaba; lo que sí importaba es que Thomas estaba preparando una expedición para secuestrar a un niño que proporcionaría músculo político al rey de Inglaterra, y sir Geoffrey empezó a preguntarse entonces cómo sacar beneficio del niño. Durante un tiempo, jugó con la idea de raptar él al niño y llevárselo al rey a Calais, pero entonces reparó en que podía obtener muchos más beneficios, y mucho menos riesgo, si se limitaba a traicionar a Thomas. Motivo por el cual se encontraba allí, y Belas, sospechaba, estaba interesado; pero el abogado también fingía que el asalto a Roncelets no era asunto suyo, así que el Espantapájaros decidió que era el momento de que el abogado mostrara sus cartas. Se puso en pie y se ajustó el jubón empapado.

—¿No estáis interesado, monsieur? —preguntó—. Pues bien. Vos conocéis vuestros asuntos mejor de lo que los conozco yo, pero yo sé cuántos irán a Roncelets, quién los comanda y os puedo decir cuándo irán. —La pluma ya no se movía y de la punta caían gotas que manchaban el pergamino, pero Belas no lo notó porque seguía escuchando la voz ronca del Espantapájaros—. Por supuesto, no le han dicho al señor Totesham lo que están haciendo, dan por sentado que lo desaprobará, cosa que puede que haga o puede que no, yo no lo sé, así que él cree que van a ir a quemar unas cuantas granjas cerca de Rostrenen, cosa que puede que hagan o puede que no, pero digan lo que digan o crea lo que crea maese Totesham, yo sé que van a ir a Roncelets.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó con calma Belas.

—¡Lo sé! —repuso sir Geoffrey con brusquedad.

Belas dejó la pluma.

—Sentaos —le pidió al Espantapájaros—, y decidme lo que queréis.

—Dos cosas —empezó a decir sir Geoffrey mientras se sentaba—. Vine a esta ciudad del demonio a hacer dinero, pero estamos teniendo escasas ganancias, monsieur, escasas. —Muy escasas, porque las tropas inglesas llevaban meses saqueando Bretaña y no quedaban granjas a un día de caballo que no hubieran sido quemadas o desvalijadas, y cabalgar más allá suponía arriesgarse a un enfrentamiento con patrullas enemigas importantes. Más allá de las murallas de sus fortalezas, Bretaña era un páramo de emboscadas, peligro y ruina, y el Espantapájaros había comprendido pronto que era un paisaje difícil para hacer fortuna.

—Así que dinero es lo primero que queréis —dijo Belas con acidez—. ¿Y lo segundo?

—Refugio —contestó sir Geoffrey.

—¿Refugio?

—Cuando Carlos de Blois entre en la ciudad —dijo el Espantapájaros—, quiero estar en vuestro patio.

—No veo por qué motivo —repuso Belas con sequedad—, pero por supuesto, seréis bienvenido. Y en cuanto al dinero —se pasó la lengua por los labios—, veamos primero qué tal es la información.

—¿Y si es buena? —preguntó el Espantapájaros.

Belas se quedó pensando unos instantes.

—¿Setenta *écus*?— sugirió—. ¿Ochenta, a lo mejor?

—¿Setenta *écus*?— El Espantapájaros se detuvo para calcularlo en libras, después escupió—. ¡Son sólo diez libras! ¡No! Quiero cien libras y las quiero en moneda inglesa.

Quedaron en sesenta libras inglesas, pagaderas cuando Belas recibiera pruebas de que sir Geoffrey le decía la verdad, y esa verdad era que Thomas de Hookton dirigía una partida de hombres a Roncelets y que partirían en la tarde de san Valentín, para lo que faltaban más de dos semanas.

—¿Por qué tan tarde?

—Quiere más hombres. De momento sólo cuenta con media docena y está intentando convencer a más. Les está diciendo que en Roncelets hay oro.

—Si queréis dinero —preguntó Belas con acidez—, ¿por qué no os unís a él?

—Para eso ya he venido a veros a vos —repuso impaciente sir Geoffrey.

Belas se reclinó y junto las palmas de sus manos, en un gesto lleno de recelo.

—¿Y eso es todo lo que queréis? ¿Dinero y refugio?

El Espantapájaros se puso en pie y agachó la cabeza para no darse con las vigas bajas de la habitación.

—Me pagaréis una vez, y me pagaréis otra.

—Puede —dijo Belas evasivamente.

—Os daré lo que queréis —repuso sir Geoffrey—, y vos me pagaréis. —Se fue hacia la puerta y volvió a detenerse porque Belas lo había llamado una vez más.

—¿Habéis dicho Thomas de Hookton? —preguntó Belas, y había en su voz un interés que no podía ocultar.

—Thomas de Hookton —confirmó el Espantapájaros.

—Gracias —dijo Belas, y volvió a mirar el pergamino que acababa de desenrollar como si hubiera encontrado allí el nombre de Thomas escrito—. Gracias —repitió y, para asombro de sir Geoffrey, el abogado sacó una pequeña bolsa de un cofre junto a su escritorio y la empujó en dirección al Espantapájaros—. Os agradezco esa información, sir Geoffrey, de veras.

Sir Geoffrey, ya en el patio, descubrió que le había dado diez libras de oro inglés.

¿Diez libras sólo por mencionar el nombre de Thomas? Sospechaba que tenía que averiguar mucho más sobre los planes de Thomas, pero por lo menos ahora tenía el bolsillo lleno de oro, así que su visita al abogado le había resultado provechosa y tenía la promesa de que le llegaría más oro por esa vía.

Aunque la maldita lluvia seguía cayendo como chuzos de punta.

* * *

Thomas convenció a Richard Totesham de que en lugar de volver a apelar al rey, escribieran al conde de Northampton, que se encontraba entre los comandantes del ejército que sitiaba en ese momento Calais. La carta recordaba a su señoría la gran victoria que había supuesto capturar La Roche-Derrien y señalaba que ese logro no habría servido de nada si no enviaban refuerzos a la guarnición. Richard Totesham dictó la mayoría de las palabras y Will Skeat firmó con una cruz debajo de su nombre al pie de la carta que aseguraba, con bastante fundamento, que Carlos de Blois estaba reuniendo un ejército poderoso en Rennes.

«Maese Totesham —escribió Thomas—, que envía a vuestra señoría sus más humildes saludos, considera que el ejército de Carlos ya suma los mil hombres de armas, dos veces esa cantidad de ballesteros y más hombres aún, mientras que en nuestra guarnición apenas contamos con cien hombres escasos, y vuestro pariente, sir Thomas Dagworth, que está a una semana de marcha, no puede reunir más de seiscientos o setecientos hombres.» Sir Thomas Dagworth, el comandante inglés en Bretaña, estaba casado con la hermana del conde de Northampton, y Totesham confiaba en que, aunque sólo fuera por el honor familiar, la carta convenciera al conde de intentar evitar una derrota en Bretaña, y si Northampton enviaba a los arqueros de Skeat, sólo a los arqueros, sin los hombres de armas, doblaría el número de arqueros en las murallas de La Roche-Derrien y le daría a Totesham la oportunidad de resistir el asedio. Enviad a los arqueros, pedía la carta, con los arcos y las flechas y sin los caballos, y Totesham los devolvería a Calais en cuanto repelieran a Carlos de Blois.

—No se lo va a creer —rezongó Totesham—, sabe que intentaré quedármelos, así que, que quede claro que es una promesa solemne. Dile que le juro por Nuestra Señora y por san Jorge que se los devolveré.

La descripción del ejército de Carlos de Blois era bastante precisa. Los espías pagados por los ingleses hacían llegar las noticias que, en realidad, Carlos ansiaba que conocieran, porque cuantos más enemigos supiera la guarnición de La Roche-Derrien que había, menores serían sus esperanzas. Carlos ya había reunido unos cuatro mil hombres, y seguían llegando más cada semana, y sus ingenieros habían conseguido nueve máquinas de asedio para que lanzaran rocas a las murallas de las

ciudades y fortalezas inglesas de su ducado. La Roche-Derrien sería atacada en primer lugar, y pocos hombres tenían esperanzas de que aguantara más de un mes.

—Supongo que no es cierto —le dijo Totesham con amargura a Thomas cuando terminó la carta— que estás pensando en ir a Roncelets.

—¿Roncelets? —Thomas hizo como si no hubiera oído hablar jamás del lugar—. A Roncelets no, señor, a Rostrenen.

Totesham miró a Thomas con disgusto.

—No hay nada en Rostrenen... —repuso con frialdad el comandante.

—He oído decir que hay comida, señor —contestó impertérrito Thomas.

—... En cambio —prosiguió Totesham como si Thomas no hubiera hablado—, sí se dice que el hijo de la condesa de Armórica está en Roncelets.

—¿Ah sí, señor? —preguntó Thomas aparentando inocencia.

—Y si lo que quieres es un revolcón. —Totesham ignoró las mentiras de Thomas —, te puedo recomendar un burdel junto al coro de san Brieuç.

—Vamos a ir a Rostrenen —insistió Thomas.

—Y ninguno de mis hombres te acompañará —le dijo Totesham. Eso significaba que no iría ninguno de los que recibían de él una paga, aunque eso aún dejaba a los mercenarios.

Sir Guillaume había accedido a cabalgar con Thomas, aunque tenía pocas esperanzas de que la expedición tuviera éxito. Había comprado caballos para él y para sus hombres, pero pensaba que eran de mala calidad.

—Si tenemos que salir huyendo de Roncelets —le dijo sir Guillaume—, nos van a aplastar. Así que busca suficientes hombres para poder enfrentarnos con ellos de manera decente.

El primer instinto de Thomas había sido cabalgar con un puñado de hombres, pero pocos hombres mal montados serían presa fácil. La presencia de más hombres parecían convertir la expedición en más segura.

—¿Y por qué vas tú, de todos modos? —le preguntó sir Guillaume—. ¿Sólo por meterte en las faldas de la viuda?

—Porque le hice una promesa —contestó Thomas, y eso era cierto, aunque el motivo que le daba sir Guillaume se acercaba más a la verdad—. Y, porque —prosiguió Thomas— tengo que hacer saber a nuestros enemigos que estoy aquí.

—¿Te refieres a De Taillebourg? —inquirió sir Guillaume—. Ya lo sabe.

—¿Eso crees?

—El hermano Germain se lo debe de haber dicho —le aseguró sir Guillaume—, en cuyo caso yo diría que tu dominico ya está en Rennes. Vendrá a por ti cuando sea la hora.

—Si asalto Roncelets —dijo Thomas—, oirán hablar de mí. Entonces, estaré seguro de que vendrán.

Para la Purificación ya sabía que podía confiar en Robbie, en sir Guillaume y sus dos hombres de armas y en siete hombres más que habían sido tentados por los rumores de la riqueza de Roncelets o por la perspectiva de la buena opinión que tendría Jeanette de ellos. Robbie quería partir inmediatamente, pero Will Skeat, como sir Guillaume, le aconsejó que reuniera una partida mayor.

—Esto no es el norte de Inglaterra —le dijo Skeat—, no puedes huir cruzando la frontera. Si te atrapan, Tom, necesitarás una docena de buenos hombres para que cierren los escudos y empiecen a romper cabezas. Me parece que tendría que ir contigo.

—No —se apresuró a decir Thomas. Skeat tenía momentos lúcidos, pero se mostraba distraído y olvidadizo demasiado a menudo, aunque ahora intentaba ayudar a Thomas recomendándole que reuniera más hombres. La mayoría declinaron la invitación: la Torre de Roncelets estaba demasiado lejos, decían, o el señor de Roncelets era demasiado poderoso y las posibilidades del asalto demasiado escasas. Algunos tenían miedo de ofender a Totesham, quien, temiendo perder a alguien de su guarnición, había decretado que ninguna expedición podía llegar a más de un día de distancia de la ciudad. Esa medida significaba que había poco que saquear, y sólo los mercenarios más pobres, desesperados por cualquier cosa que pudieran convertir en dinero, se ofrecieron a unirse a Thomas.

—Con doce hombres hay bastante —insistió Robbie—. Cristo bendito, he estado en suficientes incursiones en Inglaterra. Mi hermano y yo una vez le robamos un rebaño a lord Percy con otros tres hombres, y Percy tenía a medio condado buscándonos. Entramos rápido y salimos más rápido aún. Con doce hombres tenemos de sobra.

Las ardientes palabras de Robbie casi habían convencido a Thomas, pero le seguía preocupando que estuvieran demasiado desiguales y que los caballos fueran demasiado malos para permitirles entrar rápido y salir más rápido aún.

—Quiero más hombres —le dijo a Robbie.

—Si sigues vacilando —le contestó Robbie—, el enemigo acabará sabiéndolo. Estarán esperándonos.

—No sabrán dónde esperarnos, ni qué pensar. —Thomas había hecho correr por lo menos una veintena de rumores sobre el cometido de la incursión y confiaba en que confundieran al enemigo—. Pero iremos pronto —le prometió a Robbie.

—Dios bendito; a quién más puedes intentar convencer —insistió Robbie—. ¡Salgamos ya!

Pero ese mismo día arribó un barco de Tréguier y otros tres hombres de armas flamencos llegaron cabalgando a la guarnición. Thomas se los encontró esa noche en una taberna junto al río. Los tres se quejaban de que venían de la línea inglesa en Calais y de que había muy poca batalla allí y, por lo tanto, pocas perspectivas de

prisioneros acaudalados. Querían probar suerte en Bretaña y por ese motivo habían llegado a La Roche-Derrien. Thomas habló con el jefe, un hombre adusto con la boca torcida y al que le faltaban dos dedos de la mano derecha, que le escuchó, gruñó para dar a entender que comprendía el plan y le dijo que lo pensaría. A la mañana siguiente, los tres flamencos se presentaron en las Dos Zorras y le dijeron que aceptaban.

—Hemos venido aquí a pelear —dijo el jefe, que se llamaba Lodewijk—, así que iremos.

—¡Pues vámonos! —le instó Robbie.

Thomas habría querido reclutar algunos hombres más, pero sabía que ya había esperado suficiente.

—Nos vamos —le dijo a Robbie; después se fue a buscar a Will Skeat y le hizo prometer que protegería a Jeanette. A ella le gustaba Skeat y confiaba en él, y Thomas tenía suficiente confianza para dejarle a ella el libro de su padre.

—Volveremos en seis o siete días —le dijo.

—Que Dios te acompañe —repuso Jeanette. Se abrazó a Thomas por un instante—. Que Dios te acompañe —le volvió a decir—, y tráeme a mi hijo.

Y al alba, en una neblina que perlaba las largas cotas de malla, los quince jinetes partieron.



Lodewijk —insistía en que era sir Lodewijk, pero sus dos compañeros se reían cada vez que lo hacía—, se negaba a hablar en francés. Aseguraba que le amargaba la lengua.

—Son gentuza —mantenía Lodewijk—, los franceses. Gentuza. La palabra es buena, *ja*? ¿Gentuza?

—La palabra es buena —coincidió Thomas.

Jan y Pieter, los compañeros de Lodewijk, sólo hablaban un gutural flamenco, sazonado con un puñado de tacos ingleses que debían de haber aprendido cerca de Calais.

—¿Qué está pasando en Calais? —le preguntó Thomas a sir Lodewijk mientras cabalgaban hacia el sur.

—Nada. La ciudad es... ¿cómo se dice? —Sir Lodewijk hizo un movimiento circular con la mano.

—Rodeada.

—*Ja*, la ciudad de los cojones es rodeada. Por los ingleses, *ja*? Y por los... —Se detuvo, inseguro de la palabra que buscaba, después señaló un terreno inundado que había al este de la carretera—. Por eso.

—Pantanos.

—*Ja*! Por los pantanos de los cojones. Y los franceses hijos de perra de los cojones, *son* en... —Le volvían a faltar las palabras, así que señaló con el dedo enguantado al cielo.

—¿En terreno elevado? —supuso Thomas.

—*Ja*! Terreno elevado de cojones. No tan elevado como eso, creo, pero elevado de cojones. Y se... —Se puso una mano sobre los ojos, como si se los protegiera del sol.

—¿Miran?

—*Ja*! Se miran uno a otro. Así que *pasa nada* pero ellos y nosotros todos mojados. Mojados de cojones, *ja*?

La partida también se mojó más tarde aquella mañana, cuando la lluvia llegó del océano. Enormes cortinas de gris azotaron las granjas desiertas y los bosques elevados en los que los árboles se inclinaban permanentemente hacia el este. Cuando Thomas vino por primera vez a Bretaña, había encontrado tierras productivas,

granjas, huertos, molinos y pastos, pero ahora estaban totalmente desnudas. Los árboles frutales, sin nadie que se ocupara de ellos, estaban llenos de pardillos, los campos se veían por malas hierbas y los pastos enredados por la grama. Aquí y allí, unas cuantas personas aún intentaban ganarse la vida, pero continuamente eran obligados a trabajar en las murallas de La Roche-Derrien y las patrullas inglesas les robaban siempre las cosechas y el ganado. Si alguno de aquellos bretones había avistado a los quince jinetes, sin duda procuraría esconderse de ellos y eso es lo que parecía, como si Thomas y sus compañeros cabalgaran por campos desiertos.

Iban con un caballo de más. Habrían tenido que llevar, además, algunos de refresco, porque sólo los tres flamencos iban en buenas monturas. Los viajes marítimos solían tener efectos devastadores en los caballos, pero sir Lodewijk había dejado claro que su travesía había sido inusualmente rápida.

—¿Vientos de los cojones, ja?—Movi6 la mano en círculos y sopló para sugerir la fuerza del viento que había traído a las bestias en tan buena forma—. ¡Rápido! ¡Rápido de cojones!

Los flamencos no sólo iban bien montados, también llevaban buen equipo. Jan y Pieter llevaban buenos jacos y sir Lodewijk llevaba el pecho, ambos muslos y un brazo protegido con buenas placas sobre un lorigón con la espalda cubierta de cuero. Los tres vestían sobrevestes negras con una amplia banda blanca de arriba abajo por detrás y por delante. Los escudos no llevaban insignia alguna, pero la gualdrapa del caballo de sir Lodewijk mostraba un blasón que representaba un cuchillo ensangrentado. Intentó explicar el emblema, pero le fallaba demasiado el inglés y Thomas se quedó con la vaga impresión de que era el escudo de algún gremio de comerciantes de Brujas.

—¿Los carniceros? —le sugirió a Robbie—. ¿Es lo que ha dicho? ¿Carniceros?

—Los carniceros no hacen la guerra, joder. Excepto contra los cerdos —contestó Robbie. Estaba de buen humor. Llevaba las incursiones en la sangre y había oído las historias que se contaban en las tabernas de La Roche-Derrien sobre lo que podría enriquecerse un hombre que rompiera la regla de Richard Totesham de alejarse a más de un día de la ciudad.

—El problema en el norte de Inglaterra —le dijo a Thomas—, es que todo lo que vale la pena robar está detrás de las malditas murallas. Sacamos algo de ganado de vez en cuando, y el año pasado le distraje un buen caballo a mi señor Percy, pero no se puede sacar ni oro ni plata. Los cacharros de misa son de madera, peltre o arcilla, y los cepillos de los pobres están más pobres que los pobres. Y si bajas demasiado al sur, los muy cabrones te esperan cuando vuelves a casa. Odio a los jodidos arqueros ingleses.

—Yo soy un jodido arquero inglés.

—Pero tú eres diferente —le dijo Robbie, y lo decía de verdad, porque estaba

muy desconcertado con Thomas. La mayoría de los arqueros había nacido en el campo, eran hijos de sirvientes, herreros o alguaciles y, unos pocos, de jornaleros, pero por lo que Robbie había conocido, ninguno provenía de noble cuna, mientras que Thomas estaba claro que sí lo era, porque hablaba francés y latín, estaba a gusto en compañía de los señores y los demás arqueros le respetaban. Robbie podía tener el aspecto de un guerrero escocés salvaje, pero era hijo de un gentilhombre y sobrino del caballero de Liddesdale, y por ello consideraba a los arqueros seres inferiores que, en un universo organizado como Dios manda, habría que limpiar y cazar como si fueran gamos; pero si Thomas le gustaba—. Joder, tú eres diferente —le dijo—. Es más, cuando pague el rescate y vuelva a casa, voy a volver para matarte.

Thomas se rió, pero era una risa forzada. Estaba nervioso. Atribuía el nerviosismo a la poco familiar situación de comandar una incursión. Había sido idea suya, y habían sido sus promesas lo que había empujado a la mayoría de los hombres a la larga travesía. Les había asegurado que Roncelets, como estaba tan lejos de las plazas inglesas, era una región que no había sido saqueada. Primero recuperarían al niño, les había prometido, y después podrían saquear cuanto quisieran, o por lo menos tanto como les permitiera el enemigo antes de organizar su persecución; y esa promesa los había convencido de seguirlo y ahora la responsabilidad pesaba sobre sus hombros. También le molestaba estar preocupado. Aspiraba, después de todo, a dirigir una banda de guerreros como había hecho Will Skeat antes de su herida, ¿y qué esperanza tenía de ser un buen jefe si se inquietaba por una incursión insignificante como ésa? Aun así, estaba inquieto, y lo que más le preocupaba de todo era no haber previsto todo lo que pudiera salir mal; además los hombres que se le habían unido poco consuelo le daban, pues, excepto sus amigos y los flamencos recién llegados, eran los mercenarios más pobres y peor equipados de todos los que habían llegado a La Roche-Derrien en busca de fortuna. Uno de ellos, un hombre de armas pendenciero del oeste de Bretaña, se emborrachó el primer día, y Thomas descubrió que, en lugar de agua, llevaba sus dos odres llenos con un licor de manzana peleón. Se los rompió los dos, motivo por el cual el bretón, enfurecido, sacó la espada y atacó a Thomas, pero estaba demasiado borracho para coordinar bien y un rodillazo en la entepierna y un buen golpe en la cabeza lo tumbaron al suelo. Thomas le quitó el caballo y lo dejó rezongando en el barro, lo que quería decir que se había quedado con catorce hombres.

—Eso debe de haber ayudado —dijo sir Guillaume alegremente.

Thomas se quedó callado. Merecía un escarmiento, pensó.

—¡No, lo digo en serio! Si tumbas un día a un tío, quiere decir que lo puedes volver a hacer. ¿Sabes por qué algunos hombres son malos jefes?

—¿Por qué?

—Porque quieren agradar.

—¿Y eso es malo? —le preguntó Thomas.

—A los hombres les gusta admirar a sus jefes, quieren tenerles miedo, y sobre todo, quieren que ganen siempre. ¿Qué tiene que ver eso con querer gustar? Si el jefe es un buen hombre gustará, y si no, no, y si es un buen hombre y un mal jefe, mejor que esté muerto. ¿Te das cuenta? Mi sabiduría es inmensa. —Sir Guillaume lanzó una carcajada. Podría estar en su peor momento, haber perdido su castillo y su fortuna, pero se encaminaba hacia una pelea y eso lo alegraba—. Lo bueno de esta lluvia —le dijo— es que el enemigo no se esperará que vengamos. Es clima para quedarse en casa.

—Sabrán que hemos abandonado La Roche-Derrien —dijo Thomas. Estaba seguro de que Carlos de Blois tenía tantos espías en la ciudad como los ingleses tenían en Rennes.

—Aún no lo debe de saber —aventuró sir Guillaume—. Vamos más rápido de lo que pueda ir cualquier mensaje. En cualquier caso, aunque sepan que nos hemos ido, no saben adónde.

Habían salido en dirección al sur con la esperanza de que el enemigo pensara que se dirigían a las granjas cercanas a Guingamp; después, en la tarde del primer día, giraron hacia el este y subieron por un paisaje elevado y solitario. Los castaños estaban floreciendo y los grajos graznaban desde las copas de los olmos desnudos, eran las señales de que el año abandonaba el invierno. Acamparon en una granja abandonada, resguardados junto a las paredes bajas de piedra chamuscada, y antes de que el último brillo del atardecer se desvaneciera, llegó un buen presagio cuando Robbie, mientras hurgaba entre las ruinas del granero, descubrió una bolsa de cuero medio enterrada junto a una de las paredes. La furia de la lluvia la había desenterrado, y la bolsa contenía una bandejita de plata y tres puñados de monedas. Quienquiera que hubiese enterrado el dinero había considerado las monedas demasiado pesadas o había temido que se las robaran durante la huida.

—Nosotros, ¿cómo se dice? —Sir Lodewijk hizo un gesto como si cortara un pastel con la mano.

—¿Repartimos?

—*Ja!* ¿Nosotros repartimos?

—No —repuso Thomas—. Ése no había sido el trato. Él habría preferido repartirlo, porque así era como Will Skeat lo hacía, pero los hombres que iban con él querían quedarse lo que encontraran.

Sir Lodewijk torció el gesto.

—Nosotros hacemos así, *ja?* Nosotros repartimos.

—Nosotros no —dijo sir Guillaume—, es lo que hemos acordado. —Hablaban en francés y sir Lodewijk reaccionó como si le hubieran dado un puñetazo, pero lo entendió perfectamente y se limitó a dar la vuelta y a volver a su sitio.

—Dile a tu amigo escocés que vigile sus espaldas —le recomendó sir Guillaume a Thomas.

—Lodewijk no es mal tipo —le contestó Thomas—, es sólo que a ti no te gusta porque es flamenco.

—Odio a los flamencos —coincidió sir Guillaume—, son lerdos, idiotas y con menos seso que un marrano. Como los ingleses.

La pequeña disputa con los flamencos no pasó de ahí. A la mañana siguiente, sir Lodewijk y sus compañeros parecían contentos y, como sus caballos estaban mucho más frescos y en forma que los de los demás, se ofrecieron voluntarios, con un inglés a pedazos y elaborados gestos, a cabalgar delante como exploradores, y durante todo el día estuvieron viendo aparecer y desaparecer las sobrevestes blanquinegras a lo lejos. Cada vez que los veían, indicaban con el brazo a la partida principal que avanzaran, que no había peligro. Cuanto más se adentraban en territorio enemigo, mayor era el riesgo, pero la vigilancia de los flamencos significaba que iban a buen ritmo. Serpenteaban por un camino que iba cruzando la carretera principal y que se dirigía al este y al oeste por la columna vertebral de Bretaña, una carretera flanqueada por espesos bosques que ocultaban a los asaltantes de la poca gente que viajaba por allí. Sólo vieron a dos arrieros con su esquelético ganado y a un sacerdote que comandaba una banda de peregrinos descalzos, agitaba ramas rotas y salmodiaba un canto fúnebre. Nada que saquear.

Al día siguiente, volvieron a dirigirse hacia el sur. Entraban ahora en un territorio en el que las granjas se habían librado de los asaltos ingleses, las gentes no temían a los jinetes y los pastos estaban llenos de ovejas y corderitos recién nacidos, muchos de ellos hechos pedazos porque los hombres de Bretaña estaban demasiado ocupados dándose caza unos a otros, así que los zorros prosperaban y los corderos morían. Los perros pastores ladraron a los hombres vestidos de malla, y ahora los flamencos ya no abrían camino, sino que iban Thomas y sir Guillaume a la cabeza y, si les preguntaban, respondían en francés y aseguraban ser seguidores de Carlos de Blois.

—¿Dónde está Roncelets? —preguntaban constantemente, y al principio no encontraron a nadie que lo supiera, pero, a medida que avanzaba la mañana, descubrieron a un hombre que por lo menos había oído hablar del lugar; después preguntaron a otro que les contó que su padre había estado allí y que pensaba que encontrarían el lugar cruzando la cresta, el bosque y el río; finalmente, hablamos con un tercero que les dio indicaciones precisas. La torre, les dijo, no está a más de medio día de camino del final de la larga cresta boscosa que había entre dos ríos. Les mostró por dónde vadear el primer río, les indicó que siguieran la cima de la cresta hacia el sur y después hizo una reverencia con la cabeza para agradecer la moneda que Thomas le entregó.

Cruzaron el río, subieron por la cresta y cabalgaron hacia el sur. Thomas sabía

que debían de estar cerca de Roncelets cuando se detuvieron la tercera noche, pero no apresuró la marcha porque pensaba que sería mejor llegar a la torre al alba, así que acamparon bajo un hayedo, temblando, pues no se atrevían a encender una hoguera, y Thomas durmió mal porque escuchaba los crujidos y susurros del bosque y temía que fueran patrullas enviadas por el señor de Roncelets. Aun así, ninguna patrulla los encontró. Thomas dudaba de que esas patrullas existieran fuera de su imaginación pero, con todo, no pudo dormir. Muy temprano, mientras los demás roncaban, se metió entre los árboles hasta donde la cresta bajaba empinada y contempló la noche con la esperanza de ver el brillo de la luz que despidieran las murallas de la Torre de Roncelets. No vio nada, pero oyó los balidos lastimeros de las ovejas en la ladera y supuso que un zorro se había metido entre los corderos y los estaba escabechando.

—El pastor no está haciendo su trabajo. —Alguien le hablaba en francés y Thomas se volvió, convencido de que era uno de los hombres de armas de sir Guillaume, pero vio, a la escasa luz de la luna, que se trataba sir Lodewijk.

—¿No habíais dicho que no usabais el francés? —le preguntó Thomas.

—Hay veces en que sí lo hago —contestó sir Lodewijk, caminó hasta donde estaba Thomas y entonces, con una sonrisa, le asestó un golpe en el estómago con un garrote, y cuando Thomas abrió la boca y se dobló en dos, el flamenco le estrelló la rama rota en la cabeza y le dio un rodillazo en el pecho. El ataque fue repentino, inesperado y abrumador. A Thomas le costaba respirar, estaba doblado en dos y se tambaleaba, intentó erguirse y arañarle los ojos a sir Lodewijk, pero el garrote le dio en un lado de la cabeza, que oyó retumbar en su cerebro, y Thomas cayó al suelo.

Los tres caballos de los flamencos estaban atados a unos árboles un poco más allá del resto. Nadie lo había encontrado raro y nadie había reparado en que habían dejado a los animales ensillados, y tampoco nadie se despertó cuando los soltaron y se marcharon. Sólo sir Guillaume se revolvió cuando sir Lodewijk le quitó las placas de la armadura.

—¿Ya ha amanecido?

—Aún no —contestó sir Lodewijk en un suave francés, y después se llevó las armas y la armadura al límite del bosque, donde Jan y Pieter estaban atando a Thomas de pies y manos. Lo pusieron boca abajo sobre el lomo de un caballo, lo ataron a las cinchas del animal y se lo llevaron hacia el este.

Sir Guillaume se despertó del todo unos veinte minutos más tarde. Los pájaros llenaban los árboles con sus cantos y el sol era un asomo de luz en la neblina del este.

Thomas había desaparecido. Su cota de malla, bolsa de flechas, espada, casco, capa, silla y el enorme arco negro aún estaban allí, pero el arquero y los tres flamencos se habían ido.

* * *

Thomas fue llevado a la Torre de Roncelets, una fortaleza cuadrada y sin adornos que se levantaba desde una formación rocosa por encima de un recodo del río. Por un puente, de la misma piedra gris con que estaba construida la torre, atravesaba la carretera hacia Nantes que cruzaba el río, y ningún mercader podía pasar sus mercancías por el río si no pagaba la tarifa correspondiente al señor de Roncelets, cuyo estandarte, dos cabríos negros sobre fondo amarillo, ondeaba desde las altas almenas de la torre. Sus hombres llevaban libreas amarillas y negras a rallas que recibían inevitablemente el nombre de *guêpes*, avispas. En esta parte de Bretaña, tan al este, la población hablaba más francés que bretón, y la torre era apodada el Guêpier, el avispero, aunque en aquella mañana de finales de invierno los soldados del pueblo llevaban libreas negras, en lugar de las amarillas y negras del señor de Roncelets. Los recién llegados habían sido alojados en las pequeñas granjas entre el Guêpier y el puente y fue en una de aquellas granjas donde sir Lodewijk y sus dos compañeros se reunieron con sus camaradas.

—Está arriba, en el castillo. —Sir Lodewijk señaló con la cabeza hacia la torre—. Y que Dios le ayude.

—¿Algún problema? —preguntó un hombre.

—Ninguno —contestó sir Lodewijk. Sacó un cuchillo y empezó a cortarse las bandas blancas que le habían cosido a la sobreveste.

—Ha sido facilísimo. Menudo inglés idiota.

—¿Y para qué lo quieren?

—Dios sabe y, ¿qué más da? Lo único que importa es que ya lo han cogido y pronto acabará en manos del diablo.

—Sir Lodewijk bostezó con ganas. —Y queda una docena en el bosque, así que vamos a salir a por ellos.

Cincuenta jinetes salieron del pueblo en dirección oeste. El sonido de los cascos, de los frenos y el crujir de la armadura de cuero se oía con fuerza, pero quedó amortiguado en cuanto entraron en el bosque. Un par de martines pescadores, azul intenso, subieron por el río y se desvanecieron en las sombras. Algas largas ondeaban en la corriente, donde un destello plateado indicaba que los salmones regresaban. Una muchacha subía un cubo de leche por la calle del pueblo y lloraba porque por la noche había sido violada por uno de los soldados con librea negra, sabía que era inútil quejarse porque nadie la protegería o protestaría por ella. El cura del pueblo la vio, entendió por qué lloraba y dio la vuelta para no tener que consolarla. La bandera negra y amarilla en las almenas del Guêpier ondeó con un breve golpe de viento, después volvió a caer floja. Dos hombres jóvenes con halcones encapuchados en los brazos salieron cabalgando de la torre y giraron hacia el sur. La enorme puerta chirrió mientras se cerraba a sus espaldas, y el sonido de la pesada barra al caer sobre los soportes se oyó en toda la aldea.

Thomas también oyó el crujido, cuyo sonido provocó que la roca sobre la que estaba construido el Guêpier retumbara, y reverberó por la escalera enroscada hasta la habitación profunda y desnuda a la que lo habían llevado. Dos ventanas iluminaban la cámara, pero el muro era tan ancho y las troneras tan profundas que Thomas, encadenado entre ambas ventanas, no podía ver a través de ninguna de ellas. Había un hogar vacío al otro lado de la pared, las piedras de la chimenea estaban manchadas de negro. Las anchas tablas de madera del suelo estaban marcadas y gastadas por las numerosas botas claveteadas que las habían pisado, y Thomas supuso que aquella sala habría sido la dependencia de los soldados. Probablemente seguía siéndolo, pero ahora la necesitaban como prisión, así que los hombres de armas salieron y Thomas entró y fue encadenado a la anilla de hierro clavada en el muro, entre ventana y ventana. Los grilletes apretaban sus muñecas, que tenía tras la espalda, y estaban ensartados a la anilla por tres pies de cadena. Había tirado de ella, para comprobar si la podía mover o si conseguía soltar un eslabón de la cadena, pero sólo consiguió herirse las muñecas. Oyó la risa de una mujer en algún lugar de la torre. Sonaron pasos por las escaleras circulares bajo el suelo, pero nadie entró y el sonido se desvaneció.

Thomas se preguntaba por qué habrían colocado una anilla como ésa en la pared. Aquella anilla allí no tenía sentido, en la parte más alta del castillo, donde no podían atar ningún caballo. Quizá la habían colocado allí durante la construcción del castillo. Una vez había visto a unos hombres subir piedras a lo alto de la torre de una iglesia utilizando una polea pegada a una anilla como aquélla. Era mejor pensar en la anilla, la piedra y los constructores que recordar su estupidez al dejarse capturar tan fácilmente, o preguntarse sobre lo que le sucedería ahora, aunque, evidentemente, no pudo dejar de hacerlo, y nada de lo que se le pasó por la cabeza parecía muy reconfortante. Volvió a tirar de la anilla, con la esperanza de que llevara allí mucho tiempo y que la argamasa estuviera debilitada, pero lo único que consiguió fue abrirse la piel de las muñecas con los afilados bordes de los grilletes. La mujer volvió a reír y sonó la voz de un niño.

Un pájaro se metió por una de las ventanas, revoloteó durante unos instantes y volvió a desaparecer, era evidente que aquella sala no le complacía para anidar. Thomas cerró los ojos y recitó en voz baja la oración del Grial, la misma oración que Cristo había pronunciado en Getsemaní: «*Pater, si vis, transfer calicem istum a me*». Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz. Thomas repitió la oración una y otra vez, con la sospecha de que era aliento malgastado. Dios no le había ahorrado a su propio hijo la agonía del Gólgota, ¿por qué se la iba a ahorrar a Thomas? Con todo, ¿qué esperanza le quedaba sin la oración? Quería llorar por haber sido tan ingenuo al pensar que podría llegar y, quién sabe cómo, llevarse al niño de aquel señorío que apestaba a humo, estiércol de caballo y grasa rancia. Había sido una estupidez, y

sabía que no lo había hecho por el Grial, sino para impresionar a Jeanette. Era un idiota, un maldito idiota, y como el idiota que era se había metido en la trampa que le había tendido el enemigo y sabía que por él no habría rescate. ¿Qué valor tenía? ¿Por qué seguía vivo? Sin duda, porque querían algo de él, y justo entonces la puerta de la sala se abrió y Thomas abrió también los ojos.

Un hombre con un hábito negro metió dos caballetes en la sala. No llevaba tonsura, lo que sugería que era un sirviente laico de un monasterio.

—¿Quién sois? —preguntó Thomas.

El hombre, bajito y con una cojera ligera, no respondió, se limitó a poner los dos caballetes en el centro del suelo y, un momento después, trajo cinco tablones que colocó encima de los caballetes para convertir aquello en una mesa. Un segundo hombre, también sin tonsura y vestido igual que el primero, entró en la habitación y miró a Thomas.

—¿Quién sois? —volvió a preguntar Thomas, pero el segundo era igual de callado que el primero. Éste era un hombre grande con las cejas prominentes y huesudas y las mejillas hundidas, e inspeccionó a Thomas como si evaluara a un buey antes de entrarlo al matadero.

—¿Vas a encender de una vez el fuego? —preguntó el primer hombre.

—Enseguida —repuso el segundo, que a continuación desenvainó un cuchillo corto que sacó de su cinturón, y caminó hacia Thomas.

—Estate quieto y no te harás daño.

—¿Quién sois?

—Nadie que conozcas ni que vayas a conocer —repuso el hombre; después levantó el cuello del jubón de lana de Thomas y, con un corte salvaje, lo abrió por delante. La hoja tocó la piel de Thomas, pero no la dañó. Thomas se echó hacia atrás, pero el hombre siguió cortando hasta que el pecho de Thomas quedó al aire, después rajó las mangas y le sacó el resto del jubón, de manera que Thomas quedó desnudo de cintura para arriba. Después el hombre señaló el pie derecho de Thomas—. Levántalo —le ordenó. Thomas vaciló y el hombre suspiró—. Puedo obligarte a que lo hagas, cosa que te va a doler, o puedes hacerlo tú solo y no te dolerá.

Le quitó las dos botas, después cortó la cintura de sus calzones.

—¡No! —protestó Thomas.

—Ahorra aliento —le dijo el hombre, y cortó, estiró y arrancó con el cuchillo hasta que le quitó los pantalones por completo y dejó a Thomas desnudo y temblando. Después recogió las botas y la ropa hecha jirones y la sacó de la habitación.

El otro hombre estaba metiendo cosas en la habitación y colocándolas encima de la mesa. Había un libro y un bote, presumiblemente un tintero, porque el hombre colocó dos plumas de ganso junto al libro y un cuchillito con mango de marfil para

afilarlas. Después dejó un crucifijo en la mesa, dos enormes velas como las que adornarían el altar de una iglesia, tres atizadores, un par de tenazas y un curioso instrumento que Thomas no podía ver. Al final colocó dos sillas detrás de la mesa y un cubo de madera al alcance de Thomas.

—¿Sabes para qué sirve esto, no? —preguntó dándole una patadita al cubo.

—¿Quiénes sois? ¡Por favor!

—No queremos que dejes el suelo hecho una porquería, ¿eh?

El hombre grande volvió con unas cuantas astillas y un cesto de troncos.

—Por lo menos estarás caliente —le dijo a Thomas evidentemente divertido. Llevaba un cacharrito de arcilla lleno de brasas que utilizó para prender las astillas, después apiló los troncos más pequeños y abrió las manos para calentarlas a la lumbre.

—Bien calentito —prosiguió—, y eso es una bendición en invierno. ¡Nunca había visto un invierno como éste! ¡Menuda lluvia! Tendríamos que empezar a construir un arca.

A lo lejos, una campana sonó dos veces. El fuego empezó a crepitar, y una parte del humo se coló en la habitación, probablemente porque la chimenea estaba fría.

—Lo que más le gusta —dijo el hombre que había encendido la chimenea— es un brasero.

—¿A quién?

—Siempre prefiere un brasero, por supuesto, pero yo le he dicho que no con este suelo de madera.

—¿Quién? —exigió Thomas.

—No queremos quemarlo todo. No, un brasero, no, se lo he dicho, no con el suelo de madera, así que tenemos que usar la chimenea. —El hombre grande contempló el fuego durante un rato—. Bueno, esto parece que arde bien, ¿eh? —Apiló media docena más de troncos en el fuego y después se apartó. Echó un vistazo a Thomas, sacudió la cabeza como si no se pudiera hacer nada por el prisionero y los dos hombres abandonaron la habitación.

La leña estaba seca, de modo que ardía con fuerza, rápido y emanando mucha luz. Entró más humo en la habitación y salió por las ventanas. Thomas, en un arrebato de ira, tiró de los grilletes con toda su fuerza de arquero para sacar la anilla de la pared, pero lo único que consiguió fue cortarse aún más las ya sangrantes muñecas. Miró al techo, que sólo era de planchas sobre vigas, probablemente el suelo de la sala de arriba. No había oído pasos allí, pero de repente le llegó el sonido de pies del otro lado de la puerta y se retiró hacia la pared.

Entraron una mujer y un niño pequeño. Thomas se agachó para esconder su desnudez y la mujer se rió de su pudor. El niño también se rió y a Thomas le costó unos segundos reparar en que era el hijo de Jeanette, Charles, que ahora lo miraba

con interés y curiosidad aunque no parecía reconocerlo. La mujer era alta, rubia y muy guapa, y estaba en avanzado estado de gestación. Llevaba un vestido azul pálido con un cinturón por encima de su vientre hinchado, adornado con cinta blanca y pequeños aritos de perlas. Llevaba un gorro en forma de cono con un pequeño velo que se apartó para ver mejor a Thomas. Thomas se puso de rodillas para esconderse, pero la mujer cruzó la habitación descaradamente para mirarlo mejor.

—Qué pena —le dijo.

—¿Pena? —preguntó Thomas.

No le dio ninguna explicación.

—¿De verdad eres inglés? —exigió, y pareció molesta cuando Thomas no contestó—. Abajo están preparando un potro para ti, inglés. Con cuerdas y tornos para jugar contigo. ¿Has visto alguna vez a un hombre después de que lo descoynten? Se cae al suelo. Es divertido, pero creo que no mucho para el descoyuntado.

Thomas siguió ignorándola, y miraba en cambio al niño que tenía la cara redonda, el pelo negro y los ojos fieros de Jeanette, su madre.

—¿Te acuerdas de mí, Charles? —le preguntó Thomas, pero el niño lo miraba sin reconocerlo—. Tu madre te envía saludos —dijo Thomas, y vio la sorpresa en la cara del niño.

—¿Mamá? —preguntó Charles, que tenía casi cuatro años.

La mujer agarró a Charles de la mano y lo separó de Thomas como si fuera contagioso.

—¿Quién eres? —preguntó furiosa.

—Tu madre te quiere, Charles —le dijo Thomas al niño.

—¿Quién eres? —insistió la mujer, y después se volvió cuando la puerta se abrió.

Entró un sacerdote dominico. Era adusto, delgado y alto, tenía el pelo corto gris y un rostro feroz. Frunció el entrecejo cuando vio a la mujer y al niño.

—No deberíais estar aquí, señora —dijo con aspereza.

—Os olvidáis, cura, de quién manda aquí —replicó la mujer.

—Vuestro esposo —repuso con firmeza el cura—, y no os quiere aquí, así que os marcharéis. —El sacerdote mantuvo la puerta abierta y la mujer, que Thomas supuso debía de ser la señora de Roncelets, dudó por un instante y salió ofendida de la habitación. Charles se volvió a mirarlo otra vez; después fue arrastrado fuera de la habitación justo cuando entraba otro dominico, éste más joven, pequeño y calvo, con una toalla enrollada en un brazo y un cuenco de agua en las manos. Le seguían otros dos sirvientes vestidos con hábito que caminaron con las manos cruzadas y la mirada gacha hasta situarse frente a la chimenea. El primer cura, el adusto, cerró la puerta; después, él y su compañero caminaron hasta la mesa.

—¿Quién sois? —le preguntó Thomas al cura adusto, aunque sospechaba que

conocía la respuesta. Intentaba recordar aquella mañana de niebla en la que había visto a De Taillebourg luchar con el hermano de Robbie. Pensaba que era el mismo hombre, el sacerdote que había asesinado a Eleanor u ordenado su muerte, pero no estaba seguro.

Los dos sacerdotes lo ignoraron. El más bajito puso el agua y la toalla en la mesa, después ambos se arrodillaron.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —rezó el mayor de ellos, y se persignó—. Amén. Se puso en pie, abrió los ojos y miró a Thomas, que seguía aún arrodillado en las gastadas tablas del suelo. —¿Sois Thomas de Hookton— preguntó formalmente, —hijo bastardo del padre Ralph, sacerdote de dicha aldea?

—¿Quién sois vos?

—Respondedme, por favor —repuso el dominico.

Thomas lo miró a los ojos y reconoció la fuerza terrible que había en el cura: supo en ese momento que no se doblegaría ante esa fuerza. Tenía que resistir desde el principio, así que no dijo nada.

El sacerdote suspiró ante ese despliegue de obstinación insignificante.

—Sois Thomas de Hookton —declaró—, eso dice Lodewijk. En cuyo caso, sed bienvenido, Thomas. Mi nombre es Bernard de Taillebourg y soy un fraile de la orden de los dominicos y, por la gracia de Dios y con el consentimiento del Santo Padre, un inquisidor de la fe. Mi hermano en Cristo —y en ese momento De Taillebourg señaló al sacerdote más joven, que se había sentado en la mesa, había abierto el libro y había cogido una pluma—, es el hermano Cailloux, que también es un inquisidor de la fe.

—Sois un cabrón —contestó Thomas mirando a De Taillebourg—, sois un cabrón asesino.

Podría haberse ahorrado el esfuerzo, pues De Taillebourg no pareció reaccionar.

—Poneos en pie, por favor —exigió el cura.

—Un cabrón asesino sin madre —dijo Thomas.

De Taillebourg hizo un pequeño gesto y los dos sirvientes se acercaron, cogieron a Thomas por los brazos y lo pusieron derecho y, cuando amenazó con volver a arrodillarse, el más grande lo abofeteó en la cara, con lo que volvió a ser consciente del golpe que le había propinado sir Lodewijk antes del alba. De Taillebourg esperó hasta que los hombres volvieron junto al fuego.

—El cardenal Bessières me ha encomendado —prosiguió en un tono neutro— descubrir el paradero de una reliquia, y nos han informado de que podéis ayudarnos en esta cuestión, de importancia tal que la Iglesia y Dios Todopoderoso nos han conferido el poder para asegurarnos de que nos diréis la verdad. ¿Entendéis lo que eso significa, Thomas?

—Habéis matado a mi mujer —replicó Thomas—, y un día, cura, arderéis en el infierno y los demonios bailarán sobre vuestro culo reseco.

De Taillebourg siguió sin inmutarse. No usaba su silla, estaba de pie, alto y delgado como una flecha, detrás de la mesa en la que descansaban las yemas de sus largos y pálidos dedos.

—Sabemos que vuestro padre pudo haber poseído el Grial, y sabemos que os entregó un libro en el que escribió su versión sobre tan preciado objeto. Os cuento que ya sabemos todo esto para que no perdáis tiempo ni dolor en negarlo. Con todo, necesitamos saber más, y ése es el motivo por el que estamos aquí. ¿Me entendéis, Thomas?

—El demonio se meará en vuestra boca y se cagará en vuestra frente.

De Taillebourg se mostró ligeramente apenado, como si la crudeza de Thomas fuera cansina.

—La Iglesia nos ha concedido autoridad para interrogaros, Thomas —prosiguió con voz afable—, pero en su infinita misericordia también ordena que no derramemos sangre. Podemos usar el dolor, de hecho, es nuestro deber utilizar el dolor, pero debe ser dolor sin derramamiento de sangre. Eso supone que podemos emplear el fuego —sus pálidos y largos dedos tocaron uno de los atizadores de encima de la mesa—, y podemos aplastaros, descoyuntaros, y Dios nos perdonará porque todo lo haremos en Su nombre y en Su santo servicio.

—Amén —dijo el hermano Cailloux y, como los dos sirvientes, se persignó. De Taillebourg empujó los tres atiza— (lores hasta el borde de la mesa y el sirviente más bajito se apresuró desde el otro lado de la habitación, cogió los hierros y los metió en el fuego.

—No empleamos el dolor a la ligera —continuó De Taillebourg—, o gratuitamente, sino que nos mueve un arrepentimiento devoto, piedad y preocupación triste por vuestra alma inmortal.

—Sois un asesino —contestó Thomas—, y vuestra alma se consumirá en el infierno.

—Ahora —prosiguió De Taillebourg, aparentemente ajeno a los insultos de Thomas—, empecemos por el libro. Le dijisteis al hermano Germain en Caen que vuestro padre lo había escrito. ¿Es eso cierto?

Y así empezó. Un interrogatorio amable al principio, al que Thomas no respondió pues estaba consumido por el odio que sentía hacia De Taillebourg, un odio alimentado por el recuerdo del cuerpo pálido y cubierto de sangre de Eleanor; aun así, el interrogatorio fue insistente e incesante, y la amenaza de un dolor horrible ardía en los tres atizadores que se calentaban al fuego, así que Thomas se convenció de que De Taillebourg sabía algunas cosas y que poco daño habría en que supiera otras. Además, el dominico estaba siendo muy razonable y muy paciente. Soportó la ira de Thomas, ignoró el insulto, expresó una y otra vez su repugnancia por el empleo de la tortura y le dijo que sólo deseaba la verdad, por insuficiente que fuera, así que,

después de una hora, Thomas empezó a responder a las preguntas. Por qué sufrir, se preguntó a sí mismo, cuando no poseía lo que el dominico quería. No sabía dónde estaba el Grial, ni siquiera sabía si el Grial existía, y así, vacilante al principio y después de mejor grado, empezó a hablar.

Había un libro, sí, y la mayoría estaba escrito en lenguas y alfabetos extraños, y Thomas aseguró que no tenía idea de lo que decía en aquellos pasajes. En cuanto al resto, admitió saber latín y confesó que había leído partes del libro, pero que los consideraba vagos, repetitivos y de poca ayuda.

—Sólo eran relatos —dijo.

—¿Qué clase de relatos?

—Un hombre recuperó la vista después de tocar el Grial y después, decepcionado por su aspecto, la volvió a perder.

—Alabado sea Dios por eso —intervino el padre Cailloux, volvió a mojar la pluma en el tintero y escribió el milagro.

—¿Qué más? —preguntó De Taillebourg.

—Relatos de soldados que ganaban batallas gracias a poseer el Grial, de curaciones —continuó Thomas.

—¿Los creísteis?

—¿Los relatos? —Thomas fingió pensar en el asunto, después asintió—. Si Dios nos ha dado el Grial, padre, seguro que puede hacer milagros.

—¿Poseía vuestro padre el Grial?

—No lo sé.

Así que De Taillebourg le preguntó sobre el padre Ralph y Thomas le contó que su padre caminaba por la playa de guijarros de Hookton aullando por sus pecados y a veces predicando a la bestias del mar y los cielos.

—¿Estáis diciendo que lo cegaba la locura? —preguntó De Taillebourg.

—Lo cegaba la ira, la ira contra Dios —respondió Thomas.

—Ira contra Dios —repitió De Taillebourg, como si las palabras lo intrigaran—. ¿Sugerís que era un santo?

—Creo que muchos santos debieron de ser como él —repuso Thomas con cautela—, pero también se burlaba de las supersticiones.

—¿Qué quieres decir?

—Era muy devoto de san Guinefort —dijo Thomas—, y le pedía ayuda cada vez que ocurría un pequeño problema.

—¿Es eso una burla? —preguntó De Taillebourg.

—San Guinefort era un perro —contestó Thomas.

—Sé lo que era san Guinefort —dijo el dominico irritado—, pero ¿estáis diciendo que Dios no puede utilizar a un perro para que obre Sus sagrados designios?

—Estoy diciendo que mi padre no creía que un perro pudiera ser santo, y por eso

se burlaba.

—¿Se burlaba del Grial?

—Jamás —respondió Thomas con toda sinceridad—. Ni una sola vez.

—Y en su libro. —De Taillebourg volvió al tema anterior repentinamente—, ¿decía cómo había entrado en posesión del Grial?

Hacía un rato que Thomas se había percatado de que había alguien más al otro lado de la puerta. De Taillebourg la había cerrado, pero alguien había levantado la aldaba en silencio y la había dejado semiabierta. Alguien más estaba allí, escuchando, y Thomas supuso que era la señora de Roncelets.

—Nunca aseguró tener el Grial —replicó—, pero sí dijo que lo había poseído su familia.

—Que lo habían poseído —añadió De Taillebourg con rotundidad— los Vexille.

—Sí. —Thomas estaba seguro de que la puerta se había movido ligeramente.

La pluma del padre Cailloux resbalaba por el pergamino. Apuntaba todo lo que él estaba diciendo, y Thomas se acordó de un predicador franciscano durante una feria de Dorchester que le gritaba a la gente que todos los pecados que cometían se registraban en un enorme libro en el cielo y que, cuando fueran al juicio ante Dios, el libro se abriría y leerían sus pecados, y George Adyn hizo reír a la concurrencia al gritar que no había suficiente tinta en toda la cristiandad para escribir lo que su hermano estaba haciendo con Dorcas Churchill en Puddletown. Los pecados, replicó furioso el franciscano, se escriben en letras de fuego, el mismo fuego en el que arderán los adúlteros en las profundidades del infierno.

—¿Y quién es Hacalías? —preguntó De Taillebourg.

A Thomas le sorprendió la pregunta y dudó. Después intentó parecer sorprendido.

—¿Quién?

—Hacalías —repitió De Taillebourg con paciencia.

—No lo sé —contestó Thomas.

—Creo que sí lo sabéis —repuso De Taillebourg con calma.

Thomas miró la cara fuerte y huesuda del sacerdote. Le recordaba a la de su padre porque tenía la misma determinación sombría, una naturaleza interna de mandíbulas duras que insinuaba que a ese hombre no le importaba lo que otros pensarán de su comportamiento, porque sólo se justificaba ante Dios.

—El hermano Germain mencionó el nombre —respondió Thomas con cautela—, pero no sé lo que significa.

—No os creo —insistió De Taillebourg.

—Padre —contestó con firmeza Thomas—, no sé lo que significa. Le pregunté al hermano Germain y se negó a decírmelo. Me dijo que yo no podía entenderlo.

De Taillebourg contempló a Thomas en silencio. El fuego crepitaba con fuerza en el hueco de la chimenea y el sirviente alto cambió los agitadores de sitio mientras uno

de los troncos caía.

—El prisionero dice que no lo sabe —dictó De Taillebourg al padre Cailloux sin apartar la mirada de Thomas. Los sirvientes añadieron más leña al fuego y De Taillebourg dejó que Thomas siguiera mirando los atizadores y se preocupara por ellos antes de proseguir con el interrogatorio—. Bueno —preguntó el dominico—, ¿y dónde está ahora el libro?

—En La Roche-Derrien —contestó Thomas con rapidez.

—¿En qué lugar de La Roche-Derrien?

—Con mi equipaje —repuso Thomas—, que he dejado con un viejo amigo, Will Skeat. —Eso no era cierto. Le había dado el libro a Jeanette, pero no quería ponerla en peligro. Will Skeat, incluso con la memoria como la tenía, podía cuidar mejor de sí mismo que el Mirlo—. Sir William Skeat —añadió Thomas.

—¿Es consciente sir William Skeat del valor de ese libro? —le preguntó De Taillebourg.

—¡Pero si ni siquiera sabe leer! No, no es consciente.

Hubo más preguntas, docenas de preguntas. De Taillebourg quería saber la historia de la vida de Thomas. Por qué había abandonado Oxford, por qué se había convertido en arquero, cuándo se había confesado por última vez, qué había estado haciendo en Durham, qué sabía el rey de Inglaterra del Grial, qué sabía el arzobispo de Durham. Las preguntas siguieron hasta que Thomas estuvo a punto de desmayarse de hambre y de llevar tantas horas en pie, pero De Taillebourg parecía infatigable. Cuando llegó la tarde y la luz de las dos ventanas empezó a desvanecerse hasta desaparecer, aún seguía insistiendo. Los dos sirvientes hacía ya rato que ponían mala cara, mientras el padre Cailloux no paraba de fruncir el entrecejo y mirar hacia las ventanas, como sugiriendo que la hora de la comida había pasado hacía mucho, pero De Taillebourg parecía ignorar el hambre. Seguía y seguía. ¿Con quién había viajado Thomas a Londres? ¿Qué había hecho en Dorset? ¿Había buscado el Grial en Hookton? El hermano Cailloux llenaba páginas y páginas con las respuestas de Thomas y, a medida que avanzaba la tarde, tuvo que encender velas para poder seguir escribiendo. Las llamas de la chimenea arrojaban sombras de las patas de la mesa y Thomas se bamboleaba por el cansancio cuando, al fin, De Taillebourg asintió.

—Meditaré y rezaré esta noche sobre tus respuestas, Thomas —dijo—, y por la mañana continuaremos.

—Agua —graznó Thomas—, necesito agua.

—Te traerán comida y bebida —repuso De Taillebourg.

Uno de los criados sacó los atizadores del fuego. El padre Cailloux cerró el libro y le echó una mirada a Thomas, que parecía expresar algo de simpatía. Le trajeron una manta y con ella un plato de pescado ahumado, judías, pan y agua, y le soltaron una mano para que pudiera comer. Dos guardias, ambos con sobrevestidos negros, lo

observaron mientras lo hacía, y cuando terminó, le volvieron a colocar los grilletes y notó que se los cerraban con un pasador. Eso le dio esperanza, y cuando lo dejaron solo intentó alcanzar el pasador con los dedos, pero los grilletes estaban hechos con brazaletes anchos, y no podía llegar a él. Estaba atrapado.

Se recostó contra el muro, acurrucado en la manta mientras veía cómo se iba apagando el fuego. El calor dejó de llegar hasta Thomas, y éste empezó a templar de manera incontrolada. Se crispó los dedos mientras intentaba alcanzar el pasador de los grilletes, pero era imposible y de repente, gimió de forma involuntaria al prever el dolor. Ese día se había librado de la tortura pero ¿significaba eso que había escapado completamente de ella? Se lo merecía, pensó, pues casi todo lo que había dicho era verdad. Le había dicho a De Taillebourg que no sabía dónde estaba el Grial, que ni siquiera estaba seguro de que existiera, que rara vez había oído hablar a su padre de él y que prefería ser arquero del ejército del rey de Inglaterra que el buscador del Grial. Volvió a sentir una vergüenza enorme por haberse dejado capturar tan fácilmente. Ya tendría que estar de vuelta en La Roche-Derrien, cabalgando hacia casa, hacia las tabernas, la risa, la cerveza y la cómoda compañía de los soldados. Tenía los ojos llenos de lágrimas y también se avergonzó de eso. Oyó una risa desde las profundidades del castillo, y pensó que también oía el sonido de un arpa.

La puerta se abrió.

Sólo pudo ver que había entrado un hombre en la habitación. El visitante vestía una capa negra que lo envolvía completamente y lo hacía parecer una siniestra sombra. Cruzó hasta la mesa, donde se detuvo y contempló a Thomas.

—Me han dicho —dijo el hombre—, que no te ha quemado hoy.

Thomas no contestó nada, sólo se acurrucó bajo la manta.

—Le gusta quemar a la gente —prosiguió el visitante—. Le gusta mucho. Le he visto. Se estremece con las ampollas frescas. —Se acercó al fuego, cogió uno de los atizadores y lo colocó en las brasas antes de apilar más leña sobre los rescoldos. La madera seca ardió rápido y, con la luz llameante, Thomas vio al hombre por primera vez. Era de piel cetrina, y tenía la cara alargada, la nariz larga, una mandíbula prominente y el pelo negro hacia atrás que le nacía de una frente amplia. Era un rostro bello, inteligente y duro, y después volvió a las sombras cuando el hombre se apartó del fuego.

—Soy tu primo —dijo.

Una puñalada de odio recorrió a Thomas.

—¿Eres Guy Vexille?

—Soy el conde de Astarac —repuso Vexille. Caminó lentamente hacia Thomas—. ¿Estuviste en la batalla junto al bosque de Crécy?

—Sí.

—¿Un arquero?

—Sí.

—Y al final de la batalla, gritaste tres palabras en latín.

—*Calix meus inebrians* —dijo Thomas.

Guy Vexille se apoyó en el borde de la mesa y miró a Thomas durante largo rato. Tenía el rostro en sombra, así que Thomas no podía ver ninguna expresión, sólo el débil brillo de sus ojos.

—«*Calix meus inebrians*» —dijo al fin Vexille—. Es el lema secreto de nuestra familia, no es el que llevamos en nuestro escudo. ¿Sabes cuál es?

—No.

—«*Pie repono te*» —contestó Guy Vexille.

—En pía confianza —tradujo Thomas.

—Eres extrañamente cultivado, para ser un arquero —le dijo Vexille. Se puso en pie y paseó mientras hablaba—. El que mostramos es «*pie repono te*», pero nuestro auténtico lema es «*calix meus inebrians*». Somos los guardianes secretos del Grial. Nuestra familia lo ha guardado durante generaciones, nos fue encomendado por Dios, y tu padre lo robó.

—Tú lo mataste —le interrumpió Thomas.

—Y estoy orgulloso de ello —repuso Guy Vexille; entonces, repentinamente, se detuvo y se volvió hacia Thomas—. ¿Eras tú el arquero de la colina aquel día?

—Sí.

—Disparas bien, Thomas.

—Ese fue el primer día que maté a un hombre —dijo Thomas—, y fue un error.

—¿Un error?

—Maté al hombre equivocado.

Guy Vexille sonrió; después volvió hacia el fuego y sacó el atizador para ver si la punta estaba al rojo. Lo devolvió a las llamas.

—Maté a tu padre —dijo—, maté a tu mujer en Durham y maté al cura que evidentemente era tu amigo.

—¿Eras el criado que acompañaba a De Taillebourg? —preguntó Thomas sorprendido. Odiaba a Guy Vexille por la muerte de su padre. Ahora había dos muertes más que añadir a ese odio.

—Sí, de hecho era su criado —confirmó Vexille—. Fue la penitencia que me impuso De Taillebourg, el castigo de humildad. Pero ahora vuelvo a ser un soldado y se me ha encargado recuperar el Grial.

Thomas cerró las rodillas bajo la manta.

—Si el Grial tiene tanto poder —preguntó—, ¿por qué nuestra familia es tan impotente?

Guy Vexille pensó en la pregunta durante un momento; después se encogió de hombros.

—Porque nos peleamos —contestó—, porque éramos pecadores, porque no éramos dignos. Pero vamos a cambiar eso, Thomas. Recuperaremos nuestra fuerza y nuestra virtud. —Guy Vexille se encorvó sobre las llamas, cogió el atizador y lo blandió como una espada. La punta al rojo trazó un arco de luz en la tenue sala—. ¿Has pensado, Thomas, en ayudarme? —le preguntó.

—¿Ayudarte?

Vexille se acercó a Thomas. Seguía segando con el atizador, de manera que el rastro de luz parecía una estrella fugaz que dejaba líneas de humo en la habitación.

—Tu padre —prosiguió— era el hermano mayor. ¿Lo sabías? Si fueras hijo legítimo, tú serías el conde de Astarac. —Bajó la punta del atizador, de manera que quedó cerca de la cara de Thomas, tan cerca que Thomas sentía el calor—. Únete a mí —le dijo entonces con vehemencia—, dime lo que sabes, ayúdame a recuperar el libro y ven conmigo en busca del Grial. —Se agachó hasta que su cara estuvo a la misma altura que la de Thomas—. Devuélvele la gloria a nuestra familia, Thomas —dijo en voz baja—, una gloria tan grande que nos permitirá gobernar toda la cristiandad y, con el poder del Grial, dirigir una cruzada contra los infieles que los reducirá a la agonía. ¡Tú y yo, Thomas! Somos los ungidos por el Señor, los guardianes del Grial, y si nos unimos durante generaciones los hombres hablarán de nosotros como los mayores santos guerreros que la Iglesia ha conocido —su voz era profunda, casi musical—. ¿Me ayudarás, Thomas?

—No —contestó Thomas.

El atizador estaba muy cerca del ojo derecho de Thomas, tan cerca que se cernía como un sol sombrío, pero Thomas ni se inmutó. No creía que su primo fuera a meterle el atizador en el ojo, pero sí creía que Guy Vexille quería que se estremeciera, así que se quedó quieto.

—Tus amigos se han escapado —dijo Vexille—. Salimos con una partida de cincuenta hombres, pero de algún modo consiguieron escaparse. Se metieron entre los bosques.

—Bien.

—Pero lo único que pueden hacer es retirarse a La Roche-Derrien y quedar allí atrapados. Cuando llegue la primavera, Thomas, cerraremos la trampa. —Thomas no dijo nada. El atizador se enfrió y recuperó el color oscuro, y Thomas, por fin, se atrevió a parpadear—. Como todos los Vexille —prosiguió Guy mientras separaba el atizador—, eres tan valiente como insensato. ¿Sabes dónde está el Grial?

—No.

Guy Vexille lo miró, evaluando la respuesta; después se encogió de hombros.

—¿Crees que el Grial existe, Thomas?

Thomas se detuvo, después dio la respuesta que le había negado a De Taillebourg durante todo el día.

—Sí.

—Tienes razón —dijo Vexille—, tienes razón. Existe. Lo teníamos, tu padre lo robó y tú eres la clave para encontrarlo.

—¡Pero yo no sé nada de él! —protestó Thomas.

—Pero De Taillebourg no te creará —argumentó Vexille mientras dejaba el atizador sobre la mesa—. De Taillebourg desea el Grial como un hombre hambriento desea el pan. Sueña con él. Murmura en sueños y llora por él. —Vexille se detuvo, después sonrió—. Cuando el dolor sea demasiado insoportable, Thomas, y lo será, cuando desees estar muerto, y lo desearás, dile a De Taillebourg que te arrepientes y que te convertirás en mi vasallo. El dolor se detendrá y sobrevivirás.

Había sido Guy Vexille, Thomas reparaba ahora en ello, el que escuchaba detrás de la puerta. Y mañana volvería a escuchar. Thomas cerró los ojos.

—*Pater*— rezó, —*si vis, transfer calicem istern a me*—. Volvió a abrir los ojos. —¿Por qué mataste a Eleanor?— le preguntó.

—¿Por qué no?

—Eso es una respuesta ridícula —gruñó Thomas.

Vexille echó la cabeza hacia atrás como si le hubieran dado.

—Porque sabía que existíamos —dijo—, sólo por eso.

—¿Que existíais?

—Sabía que estábamos en Inglaterra, sabía lo que queríamos —continuó Guy Vexille—. Sabía que habíamos hablado con el hermano Collimore. Si el rey de Inglaterra tenía noticia de que buscábamos el Grial en su reino nos habría detenido. Nos habría apresado. Nos habría hecho lo que nosotros te estamos haciendo a ti.

—¿Crees de verdad que Eleanor te hubiera podido denunciar al rey?

—Creo que era mejor que nadie supiera que estuvimos allí —respondió Guy Vexille—. Pero ¿sabes qué, Thomas? El anciano monje no nos dijo nada aparte de que existías. Todo aquel esfuerzo, el largo viaje, las muertes, el clima escocés, ¡sólo para saber de ti! No sabía dónde estaba el Grial, no tenía idea de dónde podía haberlo escondido tu padre, pero sí sabía de ti y desde entonces te hemos estado buscando. El padre De Taillebourg quiere interrogarte, Thomas, quiere hacerte llorar de dolor hasta que le digas lo que yo sospecho que no puedes decirle, pero yo no quiero tu dolor. Yo quiero tu amistad.

—Y yo te quiero muerto —contestó Thomas.

Vexille sacudió la cabeza con tristeza, después se inclinó para acercarse a Thomas.

—Primo —dijo en voz baja—, un día te arrodillarás ante mí. Un día pondré las manos sobre tu cabeza y me jurarás fidelidad e intercambiaremos el beso entre señor y vasallo, así te convertirás en mi servidor, y cabalgaremos juntos, bajo la cruz, hacia la gloria. Seremos como hermanos, lo prometo. —Besó la punta de sus dedos y los

apoyó en la mejilla de Thomas, y el roce fue casi como una caricia—. Te lo prometo, hermano —susurró Vexille—; ahora, buenas noches.

—Que Dios te maldiga, Guy Vexille —gruñó Thomas.

—*Calix meus inebrians* —contestó Guy Vexille, y a continuación se marchó.



El alba encontró a Thomas tendido y temblando. Cada paso en el castillo lo hacía encogerse. Tras las profundas troneras los gallos cantaban, los pájaros chirleaban y él tenía la impresión, por algún motivo que desconocía, de que había espesos bosques fuera de la Torre de Roncelets, y se preguntaba si alguna vez volvería a ver las verdes hojas. Un sirviente huraño le trajo el desayuno: pan, queso duro y agua, y, mientras comía, le quitaron los grilletes; un guardia con librea de avispa lo vigilaba, y lo volvieron a encadenar cuando terminó. Se llevaron el cubo para vaciarlo y le pusieron otro en su lugar.

Bernard de Taillebourg llegó poco después y, mientras los criados avivaban el fuego y el padre Cailloux se aposentaba en la mesa provisional, el dominico más alto saludó a Thomas con educación.

—¿Habéis dormido bien? ¿Era de vuestro gusto el desayuno? Hoy hace más frío, ¿no creéis? Nunca he conocido un invierno tan húmedo como éste. ¡El río se ha desbordado en Reúnes por primera vez en años! Cuántas bodegas sumergidas.

Thomas, que tenía frío y estaba asustado, no respondió y De Taillebourg no se lo tomó a mal. Lo que hizo fue esperar a que el padre Cailloux mojara la pluma en la tinta y después le ordenó al sirviente alto que se llevara la manta de Thomas.

—Venga —dijo en cuanto el prisionero estuvo otra vez desnudo—, al trabajo. Hablemos del libro de vuestro padre. ¿Cuánta más gente sabe de la existencia del libro?

—Nadie —contestó Thomas—, excepto el hermano Germain, y eso ya lo sabéis. De Taillebourg puso ceño.

—Pero, Thomas, ¡alguien os lo tiene que haber dado a vos! ¡Y esa persona seguro que conoce de su existencia! ¿Quién os lo dio?

—Un abogado de Dorchester —mintió Thomas con desparpajo.

—Un nombre, por favor, dadme un nombre.

—John Rowley —inventó Thomas.

—Deletreadlo, por favor —pidió De Taillebourg, y después de que Thomas obedeciera, el inquisidor paseó de arriba abajo aparentemente frustrado—. Ese abogado debía de saber de qué trataba el libro, ¿no?

—Estaba envuelto en una capa de mi padre con un hatillo de otras viejas ropas. No miró qué había dentro.

—Podría haberlo hecho.

—John Rowley —prosiguió Thomas dándole a la espiral de su imaginación— es viejo y gordo. No va a salir a buscar el Grial. Además, estaba convencido de que mi padre era un loco, así que, ¿por qué habría de estar interesado en un libro suyo? Lo único que le interesa a Rowley es la cerveza, el aguamiel y los pasteles de cordero.

Los tres atizadores estaban otra vez en el fuego. Había empezado a llover y las ráfagas de aire hacían entrar de vez en cuando gotas de lluvia por las estrechas troneras. Thomas recordó la advertencia que su primo le había hecho por la noche a propósito de que a De Taillebourg le gustaba infligir dolor; con todo, la voz del dominico sonaba afable y razonable y Thomas presentía que había sobrevivido a lo peor. Había soportado un día de interrogatorio y sus respuestas no parecían haber satisfecho al adusto dominico, que ese día intentaba rellenar los huecos en el testimonio de Thomas. Ahora indagaba sobre la lanza de san Jorge y Thomas le contó que la lanza había estado colgada en la iglesia de Hookton durante años, que fue robada y que él la recuperó en la batalla junto al bosque de Crécy. ¿Creía Thomas que era la auténtica lanza?, le preguntó De Taillebourg y Thomas, sacudió la cabeza.

—No lo sé —le contestó—, pero mi padre sí lo creía.

—¿Fue vuestro primo quien robó la lanza de la iglesia de Hookton?

—Sí.

—Presumiblemente —murmuró De Taillebourg—, para que nadie se diera cuenta de que había ido a Inglaterra en busca del Grial. La lanza no era sino una excusa. —Pensó en la posibilidad, y Thomas, como no sentía necesidad de comentarlo, no dijo nada—. ¿Era la lanza de metal? —preguntó De Taillebourg.

—Y bien larga.

—Aun así, con toda seguridad, si ésa fue la lanza que mató al dragón —observó De Taillebourg—, se habría derretido al contacto con la sangre de la bestia.

—¿Ah, sí? —preguntó Thomas.

—¡Por supuesto! —insistió el dominico, que miró a Thomas como si estuviera loco—. ¡La sangre del dragón es lava! Lava incandescente. —Se encogió de hombros como para dar a entender que la lanza era irrelevante para su búsqueda. La pluma del padre Cailloux rasgaba el pergamino mientras intentaba apuntar todo el interrogatorio, y los dos sirvientes seguían de pie ante el fuego, sin preocuparse por ocultar su aburrimiento mientras De Taillebourg buscaba otro tema sobre el que indagar. Por algún motivo escogió a Will Skeat, su herida y sus lapsos de memoria. ¿Estaba Thomas absolutamente seguro de que Skeat no podía leer?

—¡No sabe leer! —contestó Thomas. Ahora sonaba como si estuviera confirmando todo lo que decía De Taillebourg, y eso daba la medida de la seguridad que sentía. Había empezado el día anterior con insultos y odio, pero ahora se afanaba por ayudar al dominico a que terminara el interrogatorio. Había sobrevivido.

—Skeat no sabe leer —repitió De Taillebourg mientras seguía arriba y abajo—. Supongo que no es sorprendente. ¿Así que no mirará el manuscrito que habéis dejado a su custodia?

—Suerte tendré si no usa las páginas para limpiarse el culo. Es el único uso que Will Skeat sabe darle al papel o al pergamino.

De Taillebourg esbozó una sonrisa oficiosa y miró al techo. Durante un largo rato se quedó callado, pero al final le dirigió a Thomas una mirada sorprendida y espetó:

—¿Quién es Hacalías?

La preguntó cogió a Thomas por sorpresa y su rostro no pudo ocultarla.

—No lo sé —consiguió contestar tras una pausa.

De Taillebourg contempló a Thomas. De repente, se respiraba tensión en la sala; los sirvientes estaban completamente atentos y el padre Cailloux ya no escribía, sólo miraba a Thomas. De Taillebourg sonrió.

—Voy a daros una última oportunidad, Thomas —le dijo con voz profunda—. ¿Quién es Hacalías?

Thomas supo que tenía que negar la evidencia. Supera esto, pensó, y el interrogatorio habrá terminado.

—Nunca había oído hablar de él —dijo intentando sonar lo más cándido posible—, antes de que el hermano Germain mencionara su nombre.

Por qué De Taillebourg utilizaba a Hacalías como el punto débil de la defensa de Thomas era un misterio para los tres sirvientes, pero era astuto porque, si el dominico podía demostrar que Thomas sabía quién era Hacalías, probaría que Thomas había traducido al menos uno de los pasajes del libro. Podía probar que Thomas había mentido durante todo el interrogatorio y eso abriría nuevas vías de revelación. Así que Thomas siguió negando y el cura hizo una señal a los sirvientes. El padre Cailloux se estremeció.

—Ya os lo he dicho —dijo Thomas nervioso—, no sé quién es Hacalías.

—Pero mi obligación con Dios —prosiguió De Taillebourg mientras cogía uno de los primeros atizadores al rojo que le tendía el sirviente alto— es asegurarme de que no me estáis mintiendo. —Miró a Thomas con lo que pareció una mirada de simpatía—. No quiero haceros daño, Thomas. Sólo quiero la verdad. Así que, decidme, ¿quién es Hacalías?

Thomas tragó saliva.

—No lo sé —y lo repitió alzando la voz—. ¡No lo sé!

—Yo creo que sí —dijo De Taillebourg, y con eso empezó el dolor.

»En el nombre del Padre —rezó De Taillebourg mientras aplicaba el hierro candente contra la carne desnuda de la piel de Thomas—, del Hijo y del Espíritu Santo. —Los dos sirvientes aguantaron a Thomas y el dolor era mucho peor de lo que había creído, se retorció e intentó apartarse, pero no se podía mover y la nariz se le

llenó con el olor a carne quemada, y siguió sin responder porque pensó que si revelaba sus mentiras se expondría a más castigos. En algún lugar de su cabeza, ahora sumida en un alarido, creía que si seguía insistiendo en la mentira, De Taillebourg acabaría por creerle y dejaría de usar el fuego, pero en un concurso de paciencia entre torturador y prisionero, el prisionero no tiene oportunidad. Calentaron un segundo atizador y la punta buscó las costillas de Thomas.

—¿Quién es Hacalías? —preguntó De Taillebourg una vez más.

—Ya os lo he dicho...

El hierro candente empezó en su pecho y dibujó una línea hasta el vientre en carne viva, arrugada y ardiendo, la herida se cauterizó al instante y no derramó sangre, y el grito de Thomas resonó en el alto techo. El tercer atizador estaba esperando y el primero empezaba a calentarse de nuevo para no tener que hacer esperar al dolor, entonces volvieron a Thomas sobre su estómago quemado y le colocaron sobre uno de los nudillos de la mano izquierda el curioso artilugio que Thomas no había sabido reconocer sobre la mesa: supo entonces que era un gato de hierro que se apretaba mediante un tornillo, De Taillebourg apretó y el dolor hizo que Thomas se retorciera y volviera a gritar. Perdió el conocimiento, pero el padre Cailloux lo hizo volver en sí con la toalla y el agua fría.

—¿Quién es Hacalías? —preguntó De Taillebourg.

Qué pregunta tan estúpida, pensó Thomas. ¡Como si la respuesta fuera importante!

—¡No lo sé! —gemía las palabras y rezaba para que el dominico le creyera, pero el dolor llegó de nuevo y los mejores momentos, más que la inconsciencia total, eran cuando Thomas salía y entraba del sopor y le parecía que el dolor sólo era un sueño (un mal sueño, pero aun así sólo un sueño), y los peores cuando reparaba en que no era un sueño y su mundo se reducía a la agonía, la agonía pura, y entonces De Taillebourg aplicaba más dolor, apretando el tornillo para hacerle estallar un dedo o colocándole un hierro candente sobre la carne.

—Decidme, Thomas —preguntó con amabilidad el dominico—, decídmelo y terminará el dolor. Terminará en cuanto me lo digáis. Por favor, Thomas, ¿creéis que disfruto con esto? En el nombre de Dios, ¡lo detesto!, así que decídmelo, por favor, decídmelo.

Así que Thomas se lo dijo. Hacalías era el padre del Tirsata, y el Tirsata, el padre de Nehemías.

—¿Y Nehemías —preguntó De Taillebourg—, qué era?

—Era el copero del rey —lloraba Thomas.

—¿Por qué los hombres mienten a Dios? —preguntó De Taillebourg. Había devuelto el gato para dedos a la mesa y los tres atizadores al fuego—. ¿Por qué? La verdad siempre se descubre, Dios se asegura de ello. Así que Thomas, después de

todo, sabíais más de lo que decíais saber, y descubriremos vuestras otras mentiras, pero primero hablaremos de Hacalías. ¿Creéis que esa cita del libro de Esdras era la manera que tuvo vuestro padre de proclamar la posesión del Grial?

—Sí —contestó Thomas—, sí, sí, sí. —Estaba agachado contra la pared, con las manos rotas engrilletadas a su espalda, con el cuerpo como una masa de dolor, pero a lo mejor el dolor terminaría si lo confesaba todo.

—Pero el hermano Germain me cuenta que la entrada de Hacalías en el libro de vuestro padre —prosiguió De Taillebourg— estaba escrita en hebreo. ¿Sabéis hebreo, Thomas?

—No.

—Así que alguien os tradujo el pasaje.

—El hermano Germain.

—¿Y el hermano Germain os dijo quién era Hacalías? —preguntó De Taillebourg.

—No —sollozó Thomas. No tenía sentido mentir porque el dominico sin duda lo comprobaría con el anciano monje, pero la respuesta daba pie a otra pregunta que, a su vez, revelaría otras mentiras de Thomas. Thomas lo sabía, pero ahora ya era demasiado tarde para resistirse.

—Entonces, ¿y quién os lo dijo? —volvió De Taillebourg a la carga.

—Un doctor —repuso Thomas en voz baja.

—Un doctor —repitió De Taillebourg—. Eso no me ayuda, Thomas. ¿Queréis que vuelva a emplear el fuego? ¿Qué doctor? ¿Un doctor en teología? ¿Un médico? Y ¿si le preguntasteis a este misterioso doctor el significado del pasaje, no se mostró curioso?

Así que Thomas le confesó que había sido Mordecai, y admitió que Mordecai había leído algunos pasajes del libro y De Taillebourg golpeó la mesa y mostró el primer ataque de ira que había tenido durante todo el interrogatorio.

—¿Le habéis enseñado el libro a un judío? —En lugar de hablar, silbaba, como sin poder creerse lo que le estaba diciendo—. ¿A un judío? En el nombre de Dios y de todos los santos, ¿en qué estabais pensando? ¡A un judío! ¡A un hombre de la raza que mató a nuestro querido Salvador! ¡Si los judíos encuentran el Grial, insensato, invocarán al Anticristo! ¡Sufrirás por esa traición! ¡Debes sufrir! —Cruzó la habitación, agarró un atizador del fuego y lo llevó hasta donde estaba Thomas agachado contra la pared—. ¡A un judío! —gritó De Taillebourg e hincó la punta al rojo del atizador en la pierna de Thomas—. ¡Marrano! —aullaba entre los gritos de Thomas—. ¡Eres un traidor a Dios, un traidor a Cristo, un traidor a la Iglesia! ¡No eres mejor que Judas Iscariote!

El dolor prosiguió. Pasaron las horas. A Thomas le pareció que no quedaba nada más que dolor. Había mentido antes de que llegara y ahora todas sus respuestas

estaban siendo verificadas según la medida de la agonía que podía soportar sin perder la conciencia.

—Así que, ¿dónde está el Grial? —exigió De Taillebourg.

—No lo sé —dijo y después gritó más alto—. ¡No lo sé! —Veía el atizador acercarse a su piel y ahora ya se estremecía antes de que la tocara.

Los gritos no lo favorecieron en nada porque la tortura prosiguió. Y prosiguió. Y Thomas habló y contó todo lo que sabía, incluso se sintió tentado de hacer lo que le había sugerido Guy Vexille y pedirle a De Taillebourg que le permitiera jurar fidelidad a su primo, pero entonces, en algún lugar del rojo horror de su tormento, pensó en Eleanor y no dijo nada.

Al cuarto día, cuando estaba temblando, cuando un solo movimiento de la mano del dominico le hacía suplicar misericordia, el señor de Roncelets entró en la sala. Era un hombre alto con el pelo corto, la nariz rota y dos incisivos mellados. Vestía su librea de avispa, los dos cabrios negros sobre fondo amarillo, y miró con desdén al cuerpo roto y marcado de Thomas.

—No habéis subido el potro, padre —parecía un poco decepcionado.

—No ha sido necesario —repuso De Taillebourg.

El señor de Roncelets le dio un puntapié a Thomas con un pie enfundado en malla.

—¿Decís que este cabrón es un arquero inglés?

—Así es.

—Pues cortadle los dedos con los que tensa el arco —contestó salvaje el de Roncelets.

—No puedo derramar sangre —dijo De Taillebourg.

—Por Dios que yo sí puedo —y sacó un cuchillo que llevaba en el cinto.

—¡Está a mi cargo! —espetó De Taillebourg—. Está en las manos de Dios y no lo tocaréis. ¡No derramaréis su sangre!

—Éste es mi castillo, cura —gruñó Roncelets.

—Y vuestra alma está en mis manos —replicó De Taillebourg.

—¡Es un arquero inglés! ¡Un arquero inglés! ¡Ha venido a llevarse al niño Chenier! ¡Eso es de mi incumbencia!

—El gato le ha roto los dedos —repuso De Taillebourg—, así que ya no es un arquero.

Roncelets quedó aplacado con esa información. Volvió a darle una patada a Thomas.

—Es orina, cura, eso es lo que es. Orina purulenta y asquerosa. —Escupió a Thomas, no porque lo detestara particularmente, sino porque detestaba a todos los arqueros que habían destronado al caballero de su justo lugar como rey de la batalla—. ¿Qué haréis con él? —le preguntó.

—Rezar por su alma —contestó De Taillebourg sin más, y cuando el señor de Roncelets se hubo ido, fue exactamente lo que hizo. Era evidente que había terminado su interrogatorio porque sacó una pequeña ampolla de aceite sagrado y le dio la extremaunción, tocó con el aceite su frente, su pecho quemado y dijo la oración por los muertos—. *Sana me, Domine* —entonaba De Taillebourg, su dedos delicados sobre la frente de Thomas—, *quoniam contúrbala sunt ossa mea*. —Sáname, Señor, porque mis huesos se estremecen. Y cuando esto estuvo hecho, Thomas fue transportado por las escaleras hasta una mazmorra metida en un pozo en la roca sobre la que el Guêpier había sido construido. El suelo era de piedra desnuda, tan húmedo como frío. Le quitaron los grilletes cuando lo encerraron en la celda y pensó que se volvería loco, pues su cuerpo era todo dolor, tenía los dedos rotos y ya no era un arquero; ¿cómo tensaría el arco con las manos deformes? Entonces llegó la fiebre y lloró, tembló y sudó toda la noche; cuando estaba medio dormido, farfullaba en medio de sus pesadillas; y volvía a llorar cuando se despertaba, porque no había resistido la tortura y le había contado a De Taillebourg todo lo que sabía. Era un fracaso, perdido en la oscuridad, y moribundo.

Días después, no sabía cuántos días habían pasado desde que lo llevaron a las mazmorras, los dos sirvientes de De Taillebourg llegaron y se lo llevaron. Le pusieron encima una camisa de lana, unos calzones manchados encima de las piernas que él mismo se había ensuciado, lo llevaron al patio del castillo y lo lanzaron a un carro de estiércol vacío. La puerta de la torre se abrió y, acompañado por una veintena de hombres de armas con la librea del señor de Roncelets y deslumbrado por la luz del sol, Thomas abandonó el Guêpier. Apenas era consciente de lo que estaba sucediendo, sólo estaba tendido encima de los asquerosos tablones, se retorció de dolor, el hedor de la carga habitual del carro se le metía en la nariz y deseaba morir. La fiebre había desaparecido y se convulsionaba por la debilidad.

—¿Adonde me lleváis? —había preguntado, pero nadie respondió; a lo mejor nadie le oía, por lo débil que era su voz. Llovía. El carro traqueteaba hacia el norte, los campesinos se santiguaban a su paso y Thomas salía y entraba del sopor. Pensó que estaba muriendo y supuso que lo llevaban a una fosa, intentó gritarle al conductor del carro que aún estaba vivo, pero quien contestó era el hermano Germain, con su voz quejumbrosa.

—La culpa es tuya —dijo el viejo monje, y Thomas decidió que estaba soñando.

Se despertó al sonido de una trompeta. El carro se había detenido, oyó agitarse una bandera, miró hacia arriba y vio que uno de los jinetes levantaba un estandarte blanco. Thomas se preguntó si sería su mortaja. Envolvían a los niños cuando llegaban al mundo y envolvían los cadáveres cuando los enterraban; entonces oyó voces inglesas y supo que estaba soñando mientras manos fuertes lo levantaban de los restos de estiércol. Quería gritar, pero estaba demasiado débil, y entonces los sentidos

lo abandonaron y quedó inconsciente.

Cuando despertó era de noche y estaba en otro carro, uno limpio, le habían puesto mantas encima y un colchón de paja debajo. El carro iba cubierto con una piel para resguardarlo de la lluvia y el sol.

—¿Me lleváis a la tumba? —preguntó Thomas.

—Estás diciendo tonterías —dijo un hombre, y Thomas reconoció la voz de Robbie.

—¿Robbie?

—Sí, soy yo.

—¿Robbie?

—Pobre desgraciado —dijo Robbie y le pasó una mano por la frente—. Pobre, pobre desgraciado.

—¿Dónde estoy?

—Regresas a casa Thomas —repuso Robbie—, regresas a casa.

Volvía a La Roche-Derrien.



Habían pagado un rescate por él. Una semana después de su desaparición y dos días después de que el resto de la expedición de asalto volviera a La Roche-Derrien, había llegado un mensajero a la guarnición con bandera blanca. Llevaba una carta de Bernard de Taillebourg dirigida a sir William Skeat. Entregad el libro del padre Ralph, decía la carta, y Thomas de Hookton será devuelto a sus amigos. Will Skeat hizo que le tradujeran y leyeran el mensaje, pero no sabía nada de ningún libro, así que le preguntó a sir Guillaume si tenía idea de lo que quería el sacerdote, y sir Guillaume habló con Robbie, quien, a su vez, habló con Jeanette, y al día siguiente se envió respuesta a Roncelets.

Entonces se postergó todo quince días porque había que traer al hermano Germain desde Normandía hasta Rennes. De Taillebourg insistió en esa precaución porque el hermano Germain había visto el libro y podía confirmar que lo que se intercambiaba por Thomas era, de hecho, el manuscrito del padre Ralph.

—Y así sucedió todo —concluyó Robbie.

Thomas miró al cielo. Sentía vagamente que había sido un error intercambiarlo por el libro, aunque daba gracias por seguir vivo, de vuelta a casa y rodeado de amigos.

—Y era el libro bueno —prosiguió Robbie con un entusiasmo indecente—, pero le añadimos algunas porquerías.

—Sonrió a Thomas. —Primero lo copiamos, claro, y después añadimos unas cuantas mierdas para despistarlos. Para confundirlos, ¿eh? Y ese monje arrugado ni se dio cuenta. Se limitó a palpar el libro como si fuera un perro hambriento al que le hubieran dado un hueso.

Thomas se estremeció. Se sentía como si le hubieran arrancado el orgullo, la fuerza y hasta la hombría. Lo habían humillado por completo, lo habían reducido a una cosita insignificante que sólo podía temblar, gimotear y retorcerse. Le dolían las manos, le dolía el cuerpo, le dolía todo. No sabía siquiera dónde estaba, sólo que lo habían devuelto a La Roche-Derrien y que lo habían llevado por unas escaleras empinadas hasta una pequeña habitación bajo unas inclinadas vigas cubiertas de paja, de paredes toscas en las que colgaba un crucifijo sobre la cama. Una ventana de mica opaca dejaba entrar una luz sucia y amarillenta.

Robbie siguió contándole las entradas falsas que habían añadido al libro del padre

Ralph. Había sido idea suya, le dijo, y Jeanette había copiado el libro primero, pero después Robbie dejó correr su febril imaginación.

—Puse unas cuantas cosas en escocés —empezó a presumir—, como que el Grial está realmente en Escocia. Que esos cabrones se vuelvan locos buscando en los brezales, ¿eh? —Lanzó una carcajada, pero veía que Thomas no lo estaba escuchando. Siguió hablando igualmente, después entró una persona en la habitación y le secó las lágrimas del rostro. Era Jeanette.

—¿Thomas? —le preguntó—. ¿Thomas?

Quería decirle que había visto a su hijo y que había hablado con él, pero no encontraba las palabras. Guy Vexille le había dicho que moriría mientras lo torturaban y eso era verdad, pero a Thomas le sorprendió que siguiera siendo verdad. Si le quitas el orgullo a un hombre, no le queda nada. El peor recuerdo no era el dolor, ni la humillación al suplicar que detuviera el dolor, sino la gratitud que había sentido hacia De Taillebourg cuando el dolor cesó. Eso era lo más vergonzoso de todo.

—¿Thomas? —volvió a preguntar Jeanette. Se arrodilló al lado de la cama y le acarició el rostro—. Está bien —dijo en voz baja—, ahora estás a salvo. Estás en mi casa. Nadie te hará daño aquí.

—Yo sí puede que le haga un poco —dijo una nueva voz, y Thomas se estremeció de miedo; después se volvió para ver que quien había hablado era Mordecai. ¿Mordecai? Se suponía que el anciano médico estaría en algún lugar en el cálido sur—. Voy a tener que ponerte en su sitio los huesos de los dedos de manos y pies, y eso te va a doler. —Dejó su bolsa en el suelo—. Hola, Thomas. Vaya, cómo odio los barcos. Esperamos a que llegara la vela nueva y entonces decidieron que no había suficiente brea en las juntas y, cuando lo solucionaron, decidieron que había que arreglar las jarcias, así que el condenado barco sigue allí. ¡Marineros! Lo único que hacen es hablar de embarcarse. En cualquier caso, no debería quejarme, me ha dado tiempo para inventarme algo de material para el libro de tu padre, ¡y eso sí que lo he disfrutado! Me ha llegado la noticia de que me necesitabas. Mi querido Thomas, ¿pero qué te han hecho?

—Dolor —y esas fueron las primeras palabras que dijo desde que llegó a casa de Jeanette.

—En ese caso, tendremos que arreglarte —repuso Mordecai con calma. Levantó la manta del cuerpo marcado de Thomas y, aunque Jeanette se estremeció, Mordecai se limitó a sonreír—. He visto cosas peores de los dominicos —dijo—, mucho peores.

Así que Thomas volvió a ser atendido por Mordecai y empezó a medir el tiempo con las nubes que pasaban por la ventana opaca, la salida del sol, que cada vez se alzaba más en el cielo, y el chirleo de los pájaros, que arrancaban paja del tejado para

construir sus nidos. Hubo dos días de intenso dolor en los que Mordecai trajo a un arreglahuesos para que le volvieran a romper y a magullar los huesos de los dedos y de los pies, pero el dolor desapareció después de una semana, las quemaduras en el cuerpo sanaron y la fiebre desapareció. Día tras día, Mordecai observaba su orina y declaraba que Thomas mejoraba.

—Tienes la fuerza de un buey, joven Thomas.

—Y su estupidez —repuso él.

—Es sólo impetuosidad —contestó Mordecai—, juventud e impetuosidad.

—Cuando me... —empezó a decir Thomas, y se estremeció al recordar lo que De Taillebourg le había hecho—. Cuando me interrogaron —dijo en cambio—, les dije que habías visto el manuscrito.

—Eso no les debió de gustar mucho —repuso Mordecai. Había sacado un carrete de cuerda del bolsillo de su túnica y ahora lo estaba enrollando a una rama de madera que sobresalía de una viga sin trabajar—. No les puede haber gustado que un judío sintiera curiosidad sobre el Grial. Seguro que imaginaron que querría usarlo de orinal.

Thomas, a pesar de la blasfemia, sonrió.

—Lo siento, amigo mío.

—¿Sientes haberles hablado? ¿Qué opción tenías? Los hombres siempre hablan cuando les torturan, Thomas, por eso la tortura es tan útil. Por eso seguirá aplicándose la tortura mientras el sol dé vueltas a la tierra. ¿Crees que ahora corro mayor peligro del que ya corría antes? Soy judío, Thomas, judío. Bueno, ¿qué voy a hacer con esto? —Habla de la cuerda, que ahora colgaba de la viga y que evidentemente deseaba enganchar al suelo, pero no había ningún anclaje evidente.

—¿Qué es eso? —preguntó Thomas.

—Un remedio —respondió Mordecai, mirando con impotencia primero a la cuerda y después al suelo—. Nunca he sido muy hábil con estas cosas. ¿Crees que lo mejor será un clavo y un martillo?

—Un gancho —sugirió Thomas.

El criado retrasado de Jeanette recibió instrucciones precisas y consiguió encontrar un gancho. Mordecai le pidió a Thomas que lo clavara en el suelo, pero Thomas levantó con dificultad su mano derecha, con los dedos retorcidos como garras, y le dijo que no podía hacerlo, así que Mordecai clavó con muy poca maña el gancho él solo y ató la cuerda de manera que quedó bien tensa desde el techo hasta el suelo.

—Lo que tienes que hacer ahora —dijo mientras admiraba su obra—, es tirar de ella como si fuera la cuerda de un arco.

—No puedo —contestó Thomas aterrorizado, y le enseñó las manos agarrotadas otra vez.

—¿Qué eres? —le preguntó Mordecai.

—¿Qué soy?

—Evita las respuestas evidentes. Ya sé que eres inglés y doy por supuesto que eres cristiano, pero ¿qué eres?

—Era un arquero —repuso Thomas con amargura.

—Y sigues siéndolo —contestó Mordecai con dureza—, y si no eres arquero no eres nada. ¡Así que tira de esa cuerda! Y sigue tirando de ella hasta que los dedos se adapten a su volumen. Practica y practica. ¿En qué otra cosa puedes emplear tu tiempo?

Así que Thomas practicó, y después de una semana pudo apretar dos dedos contra el pulgar y hacer que la cuerda vibrara como la de un arpa, y una semana después podía doblar los dedos de las dos manos y tiraba con tanta fuerza de ella que al final se rompió por la tensión. Su fuerza estaba volviendo, y las quemaduras habían sanado hasta dejar cicatrices arrugadas donde el atizador había marcado su piel, pero las heridas de su recuerdo no sanaron. No hablaba de lo que le habían hecho porque no quería recordarlo, así que practicaba tirando de la cuerda hasta que se rompía; después aprendió a coger una vara, y peleaba con Robbie en el patio de la casa. Y, cuando los días empezaron a alargarse dejando atrás el invierno, volvió a pasear por la ciudad. Había un molino en una colina pequeña que no quedaba muy lejos de la puerta este de la ciudad y, al principio, apenas podía ascender por ella, porque también le habían roto los dedos de los pies con el gato y los sentía como muñones inflexibles, pero cuando abril llenó los prados de primulas, ya caminaba con seguridad. Will Skeat lo acompañaba a menudo y, aunque el hombre apenas decía nada, era fácil estar en su compañía. Si hablaba era para murmurar a propósito del tiempo, para quejarse de la comida o, con más frecuencia, porque no había recibido noticias del conde de Northampton.

—¿Crees que tendríamos que escribirle otra vez, Tom?

—A lo mejor no le ha llegado la primera carta.

—Nunca me han gustado las cosas escritas —dijo Skeat—, no son naturales. ¿Le puedes volver a escribir?

—Puedo intentarlo —repuso Thomas, pero aunque era capaz de tirar de la cuerda de un arco y aguantar una vara, incluso hasta una espada, no se la apañaba con la pluma. Lo intentó, pero las letras le salían ilegibles e incontroladas y al final acabó escribiéndola uno de los secretarios de Totesham, aunque el propio Totesham no creía que el mensaje sirviera de nada.

—Carlos de Blois estará aquí antes de que lleguen los refuerzos —dijo. Totesham tenía una actitud extraña hacia Thomas, que le había desobedecido al dirigirse a Roncelets, pero el castigo que había recibido había sido mucho mayor del que él le habría deseado, así que sentía compasión por el arquero—. ¿Quieres llevarle personalmente la carta al conde? —le preguntó a Thomas.

Thomas sabía que le ofrecía una escapatoria, pero sacudió la cabeza.

—Me voy a quedar —contestó, y la carta fue encomendada a un patrón que se embarcaría al día siguiente.

Era un gesto inútil, y Totesham lo sabía, pues él y su guarnición estaban sin duda condenados. Cada día llegaban noticias de los refuerzos que se unían a Carlos de Blois, y las partidas de asalto del enemigo llegaban ahora hasta donde alcanzaba la vista desde las murallas de La Roche-Derrien y hostigaban a las partidas de abastecimiento que registraban los campos en busca de ganado, cabras y ovejas que serían llevadas a la ciudad para ser sacrificadas y saladas. Sir Guillaume disfrutaba con aquellas salidas. Desde que había perdido Evecque se había vuelto tan fatalista y animal que el enemigo ya había aprendido a temer el jubón azul de los halcones amarillos. Con todo, una tarde, tras una larga jornada que en la que sólo había conseguido dos cabras, se acercó a visitar a Thomas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mi enemigo se ha unido a Carlos —anunció—, el conde de Coutances, que Dios maldiga su alma podrida. He matado a uno de sus hombres esta mañana y sólo me arrepiento de que no hubiera sido el conde mismo.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Thomas—, no es bretón.

—Felipe de Francia está enviando ayuda a su sobrino —repuso sir Guillaume—, así que, ¿por qué el rey de Inglaterra no envía a sus hombres para enfrentarse a él? ¿Cree que Calais es más importante?

—Sí.

—Calais —repuso sir Guillaume con asco— es el ano de Francia. —Se sacó un trocito de carne de entre los dientes—. Y tus amiguitos han llegado hoy —siguió diciendo.

—¿Mis amiguitos?

—Las avispas.

—Roncelets —añadió Thomas.

—Nos hemos enfrentado a media docena de esos cabrones en alguna aldea de patanes —prosiguió sir Guillaume—, y he pasado una lanza limpia por un estómago amarillo y negro. Le ha dado por toser.

—¿Por toser?

—Es por este clima tan húmedo, Thomas —aclaró sir Guillaume—, le da a los hombres por toser. Así que lo he dejado tranquilo, he matado a otro de esos cabrones y después he vuelto para curarle la tos rebanándole el cuello.

Robbie salía con sir Guillaume y, como él, amasaba monedas que sacaba de las patrullas enemigas, aunque Robbie también salía con la esperanza de encontrarse con Guy Vexille. Ahora conocía su nombre porque Thomas le había contado que Guy Vexille había matado a su hermano justo antes de que empezara la batalla a las puertas de Durham, y Robbie había ido a la iglesia de San Renán, había puesto la

mano sobre la cruz del altar y jurado venganza.

—Mataré a Guy Vexille y a De Taillebourg —juró.

—Son míos —insistió Thomas.

—No si yo los pillo antes —prometió Robbie.

Robbie había encontrado a una muchacha bretona de ojos castaños llamada Oana que detestaba separarse de su lado y que iba con él cada vez que salía a pasear con Thomas. Un día, mientras se encaminaban hacia el molino, apareció con el enorme arco de Thomas.

—¡No puedo utilizarlo! —exclamó aterrado.

—¿Entonces para qué demonios sirves? —le preguntó Robbie, y animó con paciencia a Thomas para que lo tensara y lo alabó mientras recuperaba poco a poco su fuerza. Los tres llevaban el arco hasta el molino, y Thomas disparaba flechas hasta la torre de madera. Los disparos eran al principio débiles, porque apenas podía tensar la cuerda hasta la mitad y, cuanto más fuerza hacía, más traicioneros parecían volverse su dedos y más imprecisa su puntería, pero para cuando las golondrinas y los vencejos reaparecieron como por arte de magia en los tejados de la ciudad, ya podía tensar la cuerda al máximo y ensartar un flecha en las pulseras de madera de Oana a cien pasos.

—Ya estás curado —le dijo Mordecai cuando Thomas se lo contó.

—Gracias a ti —replicó Thomas, aunque sabía que Mordecai le había ayudado tanto como la amistad de Will Skeat, sir Guillaume o Robbie Douglas. Bernard de Taillebourg había herido a Thomas, pero esas heridas sin sangre de Dios no habían dañado sólo su cuerpo, sino también su alma, y fue durante una oscura noche de primavera en la que los rayos parpadeaban en el este cuando Jeanette subió a su buhardilla. No abandonó a Thomas hasta que los gallos de la ciudad saludaron al alba, y si Mordecai entendió por qué Thomas sonreía al día siguiente, no dijo nada, pero apreció que, a partir de ese momento, Thomas comenzó a recuperarse con rapidez.

Después de ese encuentro Thomas y Jeanette hablaron cada noche. Él le habló de Charles y de la mirada en el rostro del niño cuando Thomas mencionó a su madre; Jeanette quería saberlo todo acerca de esa mirada y le preocupaba que no significara nada y que su hijo la hubiera olvidado; al final, acabó por creer a Thomas cuando le contó que el niño casi se echa a llorar al oír hablar de ella.

—¿Le dijiste que lo quería?

—Sí —repuso Thomas, y Jeanette se quedó callada, con lágrimas en los ojos, y Thomas intentó consolarla, pero ella sacudió la cabeza como si nada de lo que Thomas pudiera decir la confortara—. Lo siento —dijo él.

—Lo intentaste —repuso Jeanette.

Se preguntaron cómo el enemigo habría sabido que Thomas se dirigía a

Roncelets, y Jeanette le contó que estaba segura de que el abogado Belas tenía una pezuña metida en el asunto.

—Sé que se escribe con Carlos de Blois —le dijo—, y ese hombre horrendo, ¿cómo lo llamáis? *Epouvantail*?

—El Espantapájaros.

—Ése —confirmó Jeanette—, *l'Epouvantail*, habla con Belas.

—¿El Espantapájaros habla con Belas? —le preguntó Thomas sorprendido.

—Ahora vive allí. El y sus hombres viven en las bodegas. —Se quedó callada—. ¿Por qué está en la ciudad? Otros mercenarios se han ido ya a buscar trabajo a algún lugar con esperanzas de victoria antes de soportar la derrota con la que amenaza Carlos de Blois.

—No puede volver a Inglaterra —contestó Thomas—, porque tiene demasiadas deudas. Mientras se quede aquí estará protegido de sus acreedores.

—¿Pero por qué La Roche-Derrien?

—Porque yo estoy aquí —repuso Thomas—. Cree que lo puedo conducir a un gran tesoro.

—¿El Grial?

—Eso él no lo sabe —contestó, pero estaba equivocado porque, al día siguiente, mientras estaba solo en el molino disparando flechas a un bastón que había colocado a ciento cincuenta pasos, el Espantapájaros y sus seis hombres de armas llegaron cabalgando por la puerta este. Giraron por la carretera de Pontrieux, se metieron por un agujero en el seto y subieron por la suave pendiente hasta el molino. Todos iban vestidos con malla y armados con espadas, excepto Beggar, que con su acostumbrado mangual, parecía que iba montado en un poni.

Sir Geoffrey frenó junto a Thomas, que lo ignoró y disparó una flecha que rozó el bastón. El Espantapájaros desenrolló el látigo, que cayó hasta el suelo.

—Mírame —le ordenó a Thomas.

Thomas siguió ignorándolo. Cogió otra flecha de su cinto y la puso en la cuerda, después volvió la cara al detectar el zurriago dirigido hacia él. La punta de metal le tocó el pelo, pero no le hizo daño.

—Te he dicho que me mires —gruñó sir Geoffrey.

—¿Queréis una flecha en los morros? —le preguntó Thomas en tono sarcástico.

Sir Geoffrey se inclinó sobre su silla, con el rostro contraído por la ira.

—Eres un arquero —y señalaba a Thomas con el látigo—, y yo un caballero. Si te hago pedazos, ni un solo juez vivo me condenará.

—Y si yo os meto una flecha en el ojo —contestó Thomas—, el demonio me dará las gracias por enviarle compañía.

Beggar gruñó y espoleó su caballo hacia delante, pero el Espantapájaros levantó una mano para detener al gigantón.

—Sé lo que quieres —le dijo a Thomas.

Thomas estiró el brazo, corrigió instintivamente la posición porque una brisilla corría por el prado, y disparó. La flecha hizo temblar el bastón.

—No tenéis ni la más remota idea de lo que quiero —le dijo a sir Geoffrey.

—Pensaba que era oro —dijo el Espantapájaros—, y después que buscabais tierras, pero jamás comprendí por qué el oro o la tierra habrían de llevarte hasta Durham. —Se detuvo mientras Thomas disparaba otra flecha, que pasó silbando a un palmo de distancia del bastón—. Pero ahora lo sé —concluyó—, ahora lo sé por fin.

—¿Qué es lo que sabéis? —preguntó Thomas con sorna.

—Sé que fuiste a Durham para hablar con los curas porque buscas el mayor tesoro de la Iglesia. Buscas el Grial.

Thomas aflojó la cuerda, después miró a sir Geoffrey.

—Todos buscamos el Grial —repuso Thomas, aún más socarrón.

—¿Dónde está? —gruñó sir Geoffrey.

Thomas lanzó una carcajada. Le sorprendía que el Espantapájaros supiera lo del Grial, pero supuso que a esas alturas los rumores de la guarnición habían extendido la noticia por toda La Roche-Derrien.

—Los mejores interrogadores de la Iglesia me han preguntado eso mismo —dijo levantando una de las manos retorcidas—, y no se lo he dicho. ¿Creéis que os lo voy a contar a vos?

—Lo que creo —contestó el Espantapájaros—, es que un hombre que busca el Grial no se encierra en una guarnición a la que le quedan uno o a lo sumo dos meses de vida.

—Entonces puede que no esté buscando el Grial —repuso Thomas, y disparó otra flecha, pero el astil estaba torcido y salió desviada una vez más. Por encima de él, las enormes aspas del molino, cuyas velas estaban plegadas sobre la estructura y amarradas con sogas, crujieron cuando un golpe de viento intentó moverlas.

Sir Geoffrey enrolló el látigo.

—Fracasaste la última vez que saliste. ¿Qué pasará si vuelves a salir? ¿Qué pasará si sales tras el Grial? Y tendrás que salir pronto, antes de que Carlos de Blois llegue. Y cuando salgas, necesitarás ayuda. —Thomas, sin poder creerse lo que estaba oyendo, se dio cuenta de que el Espantapájaros había venido a ofrecerle ayuda. Estaba en La Roche-Derrien sólo por un motivo, el tesoro, y no estaba más cerca ahora de él de lo que lo había estado cuando se acercó a Thomas por primera vez a las afueras de Durham—. No puedes volver a fracasar —prosiguió el Espantapájaros—, así que la próxima vez lleva contigo auténticos guerreros.

—¿Y creéis que os llevaría a vos? —preguntó Thomas perplejo.

—Soy inglés —repuso el Espantapájaros indignado—, y si el Grial existe, lo quiero en Inglaterra. No en una postilla de lugar extranjero.

El sonido de una espada al desenvainar hizo que el Espantapájaros y sus hombres se volvieran en sus sillas. Jeanette y Robbie se habían acercado al prado con Oana al lado del escocés; Jeanette tenía la ballesta armada y Robbie, como si nada le importara en el mundo, segaba las puntas de los cardos con la espada de su tío. Sir Geoffrey se volvió hacia Thomas.

—Lo que no necesitas es un maldito escocés —dijo furioso—, ni una maldita puta francesa. ¡Si buscas el Grial, arquero, hazlo con ingleses leales! Eso es lo que querría el rey, ¿no?

Thomas se abstuvo de responder también a esa pregunta. Sir Geoffrey se colgó el látigo de un gancho que tenía en el cinturón y agarró otra vez las riendas. Los siete hombres bajaron por la colina, y pasaron muy cerca de Robbie para provocarlo, pero Robbie los ignoró.

—¿Qué quería ese cabrón?

Thomas disparó al bastón y lo rozó con las plumas del arco antes de decir nada.

—Me parece —le respondió luego—, que quería ayudarme a buscar el Grial.

—¡Ayudarte! —exclamó Robbie—. ¿Ayudarte a buscar el Grial? Los cojones. Lo que quiere es robarlo. Ese hijo de puta robaría la leche de las tetas de la virgen.

—¡Robbie! —exclamó Jeanette escandalizada; después apuntó al bastón.

—Mírala —le dijo Thomas a Robbie—. Cierra los ojos cuando dispara. Siempre lo hace.

—Vete al infierno —repuso Jeanette y después, sin poder evitarlo, cerró los ojos mientras apretaba el gatillo. El dardo salió disparado del arma y, milagrosamente, partió el último palmo del bastón. Jeanette lanzó a Thomas una mirada triunfal—. Disparo mejor yo con los ojos cerrados que tú con ambos abiertos.

Robbie estaba en las murallas de la ciudad y había visto al Espantapájaros aproximarse a Thomas, así que se había acercado a ayudarlo, pero ahora que sir Geoffrey se había ido, se sentaron todos con la espalda apoyada en el molino de madera. Jeanette miraba la muralla de la ciudad, que aún mostraba la cicatriz de la brecha que habían hecho los ingleses, ahora reparada con piedra más clara.

—¿Eres de verdad de noble cuna? —le preguntó Jeanette a Thomas.

—Soy un bastardo —repuso él.

—¿Pero de un noble?

—Era el conde de Astarac —respondió Thomas, y entonces estalló en carcajadas porque le resultaba raro pensar que el padre Ralph, el loco padre Ralph que había predicado a las gaviotas en la playa de Hookton, hubiera sido conde.

—¿Cuál es el escudo de Astarac? —preguntó Jeanette.

—Una centicora —le contó Thomas— que lleva una copa —y le mostró la placa gastada de su arco grabada con una extraña criatura con cuernos, pezuñas partidas, garras, colmillos y cola de león.

—Haré que te borden un estandarte —dijo Jeanette.

—¿Un estandarte? ¿Por qué?

—El hombre debe mostrar su blasón —repuso Jeanette.

—Y tú deberías irte de La Roche-Derrien —replicó Thomas. Seguía intentando convencerla de que abandonara la ciudad, pero ella insistía en quedarse. Ahora dudaba de que le devolvieran alguna vez a su hijo y estaba determinada a matar a Carlos de Blois con uno de sus dardos, confeccionados con tejo robusto y casquillos de hierro, y empenachados, no con plumas, sino con duros trozos de cuero insertado en una ranura en forma de cruz y atados con cuerda y cola. Por ese motivo practicaba con tanta frecuencia, para tener oportunidad de matar al hombre que la había violado y le había arrebatado a su hijo.

Llegó la Pascua antes que el enemigo. El tiempo era ahora cálido. Los setos estaban llenos de polluelos y los prados resonaban con los chillidos de las codornices. El día después de Pascua, cuando las gentes terminaron con las sobras de la fiesta que había puesto fin al ayuno de la Cuaresma, las tan temidas noticias llegaron por fin de Rennes.

Carlos de Blois había emprendido la marcha.

* * *

Más de cuatro mil hombres habían salido de Rennes bajo el estandarte del armiño blanco del duque de Bretaña. Dos mil de ellos eran ballesteros, la mayoría llevaban la librea verdirroja genovesa y el escudo de la ciudad con el Santo Grial en el brazo derecho. Eran mercenarios contratados y apreciados por su técnica. Marchaban con ellos mil hombres de infantería, los que excavarían trincheras y asaltarían las murallas rotas de las fortalezas inglesas, y junto a ellos cabalgaban más de mil caballeros y hombres de armas, la mayoría franceses, que formaban el núcleo duro y armado del ejército del duque Carlos. Marchaban hacia La Roche-Derrien, pero el auténtico objetivo de la campaña no era capturar la ciudad, de escaso valor, sino arrastrar a sir Thomas Dagworth y a su pequeño ejército a una batalla campal en la que caballeros y hombres de armas, montados en enormes caballos de guerra armados, cargarían para aplastar las filas inglesas.

Un convoy de pesados carros transportaba las nueve máquinas de asalto, que necesitaban de las atenciones de más de cien ingenieros para comprender, montar y hacer funcionar los gigantes aparatos que podían lanzar proyectiles del tamaño de barriles de cerveza más lejos de lo que podía un arco enviar una flecha. Un artillero florentino había ofrecido seis de sus extrañas máquinas a Carlos, pero el duque las había rechazado. Los cañones eran infrecuentes, caros y, en su opinión, temperamentales, mientras que los antiguos ingenios funcionaban bien si se

engrasaban convenientemente con sebo, y Carlos no veía razón para abandonarlos.

Más de cuatro mil hombres marcharon desde Rennes, pero muchos más se les unieron en los campos a las afueras de La Roche-Derrien. Los campesinos que odiaban a los ingleses y que querían venganza por todo el ganado, las cosechas, propiedades y virgos que sus familias habían perdido por culpa de los extranjeros. Algunos no iban armados más que con azadones o hachas, pero cuando llegara el momento de asaltar la ciudad, hombres tan furiosos serían de agradecer.

El ejército llegó a La Roche-Derrien y Carlos de Blois oyó cómo se cerraban las últimas puertas. Envió un mensajero a la guarnición para pedir que se rindieran, aunque ya sabía que la petición sería inútil y, mientras montaban las tiendas, ordenó a otros jinetes que patrullaran hacia el oeste, por las carreteras que llevaban hacia Finisterre, el fin del mundo. Estaban allí para dar aviso de la llegada del ejército de sir Thomas Dagworth para liberar la ciudad, si es que ese ejército iba a llegar en algún momento. Sus espías habían informado a Carlos de que Dagworth no era capaz siquiera de reunir a mil hombres.

—¿Y cuántos de éstos serán arqueros? —preguntó.

—Como mucho, vuestra gracia, quinientos. —El hombre que respondía era un sacerdote, uno de los muchos que servían en el séquito de Carlos. El duque era conocido por su piedad y le gustaba emplear sacerdotes como consejeros, secretarios y, en este caso, como jefe de espionaje—. Quinientos como mucho —repitió el cura—, pero en verdad, vuestra gracia, serán muchos menos.

—¿Menos? ¿Y cómo es eso?

—Ha habido fiebres en Finisterre —repuso el sacerdote, y esbozó una sonrisita—. Dios es bueno con nosotros.

—Amén. ¿Y cuántos arqueros hay en la guarnición de la ciudad?

—Sesenta hombres sanos, vuestra gracia —el sacerdote estaba leyendo el último informe de Belas—, sólo sesenta.

Carlos hizo una mueca. Ya había sido derrotado antes por los arqueros ingleses, incluso en ocasiones en que los superaba tanto en número que la derrota parecía imposible y, como resultado, se cuidaba mucho de las largas flechas, pero también era un hombre inteligente, y había pensado mucho a propósito del arco de guerra inglés. Era posible derrotar a esa arma, había pensado, y en esta campaña demostraría cómo. La inteligencia, la más despreciada de las cualidades soldadescas, triunfaría, y Carlos de Blois, considerado por los franceses como el duque y gobernante de Bretaña, era sin duda un hombre inteligente. Leía y escribía en seis idiomas, hablaba latín mejor que la mayoría de los curas y era un maestro en retórica. Hasta parecía inteligente, con su carita estrecha y pálida, y esos ojos azul intenso, enmarcados por la barba y el bigote rubios. Llevaba luchando contra sus rivales por el ducado durante toda su vida de adulto y ahora, por fin, tenía la supremacía. El rey de Inglaterra, ocupado en el

sitio de Calais, no había enviado refuerzos a sus guarniciones de Bretaña, mientras que el francés, tío de Carlos, había sido generoso con los hombres, lo que significaba que el duque Carlos por fin superaba en número a sus enemigos. Hacia finales de verano, pensó, volvería a ser amo y señor de sus dominios ancestrales, pero decidió guardarse contra el exceso de confianza.

—Incluso quinientos arqueros —observó—, incluso quinientos sesenta arqueros pueden ser peligrosos. —Tenía una voz precisa, pedante y seca, y los sacerdotes que lo rodeaban a menudo pensaban que él mismo sonaba también como un cura.

—Los genoveses los ahogarán con dardos, vuestra gracia —le aseguró el cura al duque.

—Rezad a Dios para que así sea —repuso Carlos en tono piadoso, aunque Dios, pensaba, necesitaría ayuda de la inteligencia humana.

A la mañana siguiente, bajo el tardío sol de primavera, Carlos cabalgó alrededor de La Roche-Derrien, aunque a suficiente distancia para que ninguna flecha inglesa lo alcanzara. Los defensores habían colgado estandartes desde las altas murallas. Algunas de las banderas mostraban la cruz inglesa de san Jorge, otras la divisa armiño del duque de Montfort, tan parecida al propio escudo de Carlos. Muchas de las banderas tenían insultos dirigidos a su persona. Una mostraba el armiño blanco atravesado por la panza con una flecha, y otra era, evidentemente, una representación de Carlos pisoteado por un enorme caballo negro, pero la mayoría de los estandartes eran pías exhortaciones a que Dios los ayudara o una cruz para demostrar a los atacantes con quién estaban las simpatías del Señor. La mayoría de las ciudades sitiadas habrían desplegado también los pendones de sus defensores nobles, pero La Roche-Derrien tenía pocos nobles, o por lo menos pocos mostraban sus escudos, y ninguno era de la categoría de los aristócratas que apoyaban al ejército de Carlos. Los tres halcones de Evecque se veían en la muralla, pero todos sabían que a sir Guillaume no le quedaban más de tres o cuatro seguidores. Una de las banderas mostraba un corazón rojo sobre fondo pálido y un cura del séquito de Carlos aseguró que era el escudo de la familia escocesa de los Douglas, pero eso era una tontería, porque ningún escocés lucharía por los ingleses. Junto al corazón rojo había un estandarte más vistoso aún que mostraba un mar azul y blanco de líneas onduladas.

—Ése es él... —empezó a decir Carlos, y entonces se detuvo con el entrecejo fruncido.

—El escudo de Armórica, vuestra gracia —respondió el señor de Roncelets. Ese día, mientras el duque Carlos circundaba la ciudad, iba acompañado de sus grandes señores, para que los defensores contemplaran los estandartes y se sobrecogieran. La mayoría eran señores de Bretaña; el vizconde de Rohan y el vizconde Morgat cabalgaban justo detrás del duque, después iban los señores de Châteaubriant, Roncelets, Laval, Guingamp, Rougé, Dinan, Redon y Melestrait, todos montados en

enormes caballos de guerra, mientras que de Normandía habían llegado el conde de Coutances y los señores de Valognes y Carteret, que habían traído a sus sirvientes para batallar junto al sobrino del rey.

—Pensaba que Armórica estaba muerto —señaló uno de los señores normandos.

—Tiene un hijo —repuso Roncelets.

—Y una viuda —añadió el conde de Guingamp—, y ésa es la puta traidora que ondea el estandarte.

—Una puta traidora muy guapa, sin embargo —intervino el vizconde de Rohan, y los señores estallaron en carcajadas porque todos sabían cómo tratar a las viudas rebeldes y guapas.

Carlos hizo una mueca ante su indecorosa risa.

—Cuando tomemos la ciudad —ordenó con frialdad—, la condesa viuda de Armórica no recibirá daño alguno. Será traída ante mí. —Había violado a Jeanette una vez y lo volvería a hacer, y cuando el placer terminara, la casaría con uno de sus hombres de armas que le enseñaría maneras y a domeñar su lengua. Ahora frenó el caballo para contemplar el resto de estandartes que colgaban de las murallas, todos insultos a él y a su casa.

—Una guarnición muy atareada —comentó entonces con sequedad.

—Una ciudad muy atareada —espetó el vizconde Rohan—. Malditos traidores atareados.

—¿La gente de la ciudad? —Carlos parecía sorprendido—. ¿Por qué habrían de apoyar a los ingleses?

—Por el comercio —respondió Roncelets sin más.

—¿El comercio?

—Se están haciendo ricos —gruñó Roncelets—, y por lo visto les gusta.

—¿Le gusta tanto como para luchar contra su señor? —preguntó Carlos incrédulo.

—Gentuza desleal —añadió Roncelets con desdén.

—Una gentuza —repuso Carlos—, a la que vamos a reducir a la pobreza. —Azuzó su caballo y sólo se detuvo cuando vio otro estandarte noble, éste mostraba una centicora blandiendo un cáliz. Hasta el momento aún no había visto un solo estandarte que prometiera un gran rescate si se capturaba a sus señores, pero ese pendón era un misterio—. ¿De quién es?

Nadie lo sabía, pero entonces, un hombre delgado sobre un alto caballo negro respondió desde detrás de la comitiva del duque.

—El el escudo de Astarac, vuestra gracia, y pertenece a un impostor. —El hombre que había respondido había llegado de Francia con cien jinetes sombríos vestidos sólo de negro, e iba acompañado de un dominico de aspecto aterrador. Carlos de Blois se alegraba de tener a los hombres de uniforme negro en su ejército,

pues todos eran soldados duros y experimentados pero, por algún motivo, le ponían nervioso. En cierta manera, eran demasiado duros y demasiado experimentados.

—¿Un impostor? —repitió mientras espoleaba a su caballo—. En ese caso no tenemos que preocuparnos de él.

Había tres puertas en la ciudad que daban a tierra y una cuarta, que se abría sobre un puente, que daba al río. Carlos pensaba sitiar todas las puertas de manera que la guarnición quedara atrapada como zorros en su madriguera.

—El ejército será dividido en cuatro —decretó cuando los señores volvieron a la tienda ducal, que había sido levantada cerca del molino junto a la puerta este de la ciudad—, y cada una de las partes se colocará delante de una puerta. —Los señores escuchaban y un sacerdote copiaba su dictamen para que la historia guardara un registro veraz del genio marcial del duque.

Cada una de las cuatro divisiones del ejército de Carlos sobrepasaría en número cualquier relevo que sir Thomas Dagworth fuera capaz de reunir, pero, para asegurarse de su ventaja, Carlos ordenó que los cuatro campamentos se rodearan de protecciones, así los ingleses se verían obligados a atacar a través de zanjas, terraplenes, empalizadas y setos de espinos. Los obstáculos ocultarían a los hombres de Carlos a los arqueros ingleses y proporcionarían un refugio a los ballesteros genoveses mientras recargaban las ballestas. El terreno entre los cuatro campamentos debía ser liberado de setos y otros obstáculos para dejar sólo hierba y prados entre ellos.

—El arquero inglés —le dijo Carlos a sus señores— no es un hombre que pelee cara a cara. Mata desde una distancia lejana y se esconde entre los setos, lo que obstaculiza el asalto de nuestros caballos. Volveremos esa táctica contra ellos. —La tienda era grande, blanca y aireada, y el olor que se respiraba era el de hierba pisoteada y sudor humano. Del otro lado del lienzo llegaban los golpes amortiguados de los ingenieros, que usaban mazos de madera para armar la más grande de las máquinas de asalto.

»Nuestros hombres —siguió dictando Carlos— se quedarán tras nuestras propias defensas. Por lo tanto, construiremos cuatro fortalezas frente a cada una de las puertas, de manera que si los ingleses envían un relevo, esos hombres se verán obligados a atacar nuestras fortalezas para pasar. Los arqueros no pueden matar hombres a los que no ven. —Se detuvo para asegurarse de que esas sencillas palabras eran comprendidas—. Los arqueros —repitió— no pueden matar hombres a los que no ven. ¡Recordadlo! Nuestras ballestas estarán escondidas tras muros de tierra, nos protegerán setos y nos ocultarán empalizadas, y el enemigo estará en campo abierto, donde estará expuesto a nuestra carga de caballería.

Hubo gruñidos de asentimiento porque lo que decía el duque parecía tener sentido. Los arqueros no podían matar a hombres invisibles. Incluso el fiero dominico

que acompañaba a los soldados de negro parecía impresionado.

Las campanas de mediodía sonaron en la ciudad. Una, la que se oía más, estaba agrietada y daba una nota quebrada.

—La Roche-Derrien no importa —continuó el duque—. Tanto si cae como si no, acarreará pocas consecuencias. Lo que importa es que atraerá al ejército enemigo para atacarnos. Probablemente, Dagworth vendrá a proteger La Roche-Derrien. Cuando llegue lo aplastaremos y, una vez quede desmembrado, sólo se nos resistirán las guarniciones inglesas, y las tomaremos una por una hasta que, a final del verano, toda Bretaña sea nuestra —explicaba lentamente y con palabras sencillas los detalles de la campaña, consciente de que aquellos hombres, duros como arietes, no destacaban como pensadores—. Y cuando Bretaña sea nuestra —prosiguió—, otorgaremos tierras, castillos y señoríos —esta vez se oyó un gruñido aún mayor de aprobación, y el auditorio sonrió porque habría mucho más que tierras y castillos como recompensa por su victoria. Habría oro, plata y mujeres. Montones de mujeres. El gruñido se volvió carcajada cuando los hombres repararon en que todos pensaban en lo mismo.

—Pero es aquí. —Carlos levantó la voz para llamar a los nobles al orden—, donde iniciaremos nuestra victoria, y lo conseguiremos negando al arquero inglés sus objetivos. ¡Un arquero no puede matar a hombres que no ve! —Volvió a detenerse, miró a su público y los vio asentir cuando la verdad simple de aquella afirmación penetró al fin en sus mentes—. Nosotros estaremos en nuestras propias fortalezas, una de cuatro fortalezas, y cuando lleguen los ingleses para relevar el sitio atacarán una de esas fortalezas. Ese ejército inglés será pequeño. ¡Menos de mil hombres! Suponed que empiecen por la fortaleza que levantaré aquí. ¿Qué harán las otras tres?

Esperó una respuesta y, después de un rato, el conde de Roncelets, tan inseguro como si fuera un alumno respondiendo a su maestro, frunció el entrecejo y sugirió:

—¿Ir a ayudar a vuestra gracia?

—¡No! —repuso Carlos enfurecido—. ¡No! ¡No! ¡No! —Esperó, para asegurarse de que habían entendido una palabra tan simple—. Si abandonáis vuestras fortalezas —explicó—, ofreceréis al arquero inglés un objetivo. ¡Eso es lo que quiere! Querrá tentarnos desde detrás de nuestras protecciones para masacrarnos con las flechas. Así que, ¿qué haremos? Nos quedaremos detrás de las empalizadas. ¡Nos quedaremos detrás de las empalizadas! —¿Lo habrían entendido? Era la clave para la victoria. Si los hombres se mantenían escondidos, los ingleses perderían. El ejército de sir Thomas Dagworth se vería obligado a asaltar murallas de tierra y setos de espinos, y los ballesteros los acibillarían hasta que los ingleses quedaran tan menguados que sólo se mantuviera en pie un par de centenares antes de que el duque soltara a los hombres de armas para masacrar al resto—. No abandonaréis las fortalezas —insistió—, y cualquier hombre que lo haga, perderá el derecho a mi generosidad. —La

amenaza puso firmes a los hombres que escuchaban al duque—. Si uno solo de vuestros hombres abandona el santuario de las empalizadas —prosiguió Carlos—, nos aseguraremos de que no recibáis la parte correspondiente en la distribución final de tierras cuando termine la campaña. ¿Ha quedado claro, caballeros? ¿Ha quedado eso claro?

Había quedado claro. Era muy sencillo.

Carlos de Blois levantaría cuatro fortalezas frente a las puertas de la ciudad y los ingleses, cuando llegaran, se verían obligados a asaltar esas nuevas barreras. Además, incluso el más pequeño de los cuatro fuertes del duque contaría con más defensores que atacantes tenían los ingleses, y esos defensores estarían resguardados, y sus armas serían letales, y los ingleses morirían y Bretaña pasaría a manos de la casa de Blois.

Inteligencia. Podía ganar guerras y construir reputaciones. Y en cuanto Carlos demostrara cómo derrotar a los ingleses aquí, los derrotaría en toda Francia.

Porque Carlos soñaba con una corona más pesada que la diadema ducal. Soñaba con Francia, pero debía empezar aquí, en los campos inundados de La Roche-Derrien, donde el arquero inglés aprendería cuál era su lugar.

El infierno.

* * *

Las nueve máquinas de asedio eran todas trabuquetes, la más grande capaz de lanzar una piedra que pesara el doble que un hombre adulto a más de trescientos pasos. Las nueve habían sido construidas en Regensburg, en Baviera, y los ingenieros maestros que las acompañaban eran todos bávaros que conocían las complejidades de las armas. Las dos más grandes tenían brazos lanzadores de más de cincuenta pies de largo e, incluso las más pequeñas, que estaban situadas en la otra orilla del Jaudy para amenazar el puente y su barbacana, medían más de treinta y seis pies.

Las dos más grandes, llamadas *Portainfiernos* y *Fabricaviudas*, estaban situadas a los pies de la colina en la que se alzaba el molino. En esencia eran máquinas simples, básicamente un brazo largo montado en un eje, como un balancín gigante, sólo que uno de los extremos era tres veces más largo que el otro. El extremo más corto iba cargado con una enorme caja de madera llena de pesos de plomo, mientras que el extremo más largo, el que despedía el proyectil, estaba unido a un enorme cabrestante que bajaba hasta el suelo y levantaba las diez toneladas de plomo que hacían de contrapeso. El proyectil de piedra se colocaba en una cincha de cuero de unos quince pies de largo unida al brazo más largo. Cuando se accionaba el mecanismo y el contrapeso caía al suelo, el brazo más largo azotaba el cielo y la cincha le daba velocidad al proyectil, de modo que la roca salía despedida desde la

cesta para describir una parábola en el cielo y estrellarse contra el objetivo. Eso era simple. Lo difícil era mantener el mecanismo engrasado con sebo, construir un cabrestante lo suficientemente fuerte para mantener el brazo pegado a tierra, una estructura lo suficientemente resistente para que diera una y otra vez en el suelo y no desperdigara las diez toneladas de pesos de plomo y, lo más complicado de todo, idear un mecanismo lo suficientemente resistente para que mantuviera el largo brazo en el suelo contra el peso del plomo y que, con todo, fuera capaz de soltar el proyectil de manera segura. Éstas eran las cuestiones en las que eran expertos los bávaros, y por eso se les pagaba tan generosamente.

Muchos sostenían que la pericia de los bávaros era innecesaria. Los cañones eran mucho más pequeños y disparaban con más fuerza, pero el duque Carlos había empleado su inteligencia para realizar la comparación y se había decidido por la tecnología más antigua. Los cañones eran más lentos y dados a explotar, y cuando sucedía eso los carísimos artilleros morían como moscas. Eran tan desesperadamente lentos porque el espacio entre el proyectil y el barril de pólvora debía sellarse para contener la fuerza de la explosión, así que había que colocar la bala de cañón cuando la marga aún estaba húmeda, y había que esperar hasta que fraguara antes de prender la pólvora, e incluso los artilleros italianos más hábiles no podían disparar más de tres o cuatro veces al día. Y cuando disparaban escupían una bala que no pesaba más que unas cuantas libras. Aunque era cierto que la pequeña bala volaba a una velocidad tan grande que ni se veía, los trabuquetes más antiguos disparaban un proyectil que era veinte o treinta veces más pesado y se podían emplear unas tres o cuatro veces a la hora. La Roche-Derrien, decidió el duque, sería asaltada a la antigua usanza, así que había rodeado la pequeña ciudad con nueve trabuquetes. Junto a *Portainfiernos* y *Fabricaviudas*, estaban *Lanzapiedras*, *Aplastadora*, *Cavatumbas*, *Latigodepeñas*, *Escupidora*, *Destructora* y *Mano de Dios*.

Cada trabuquete estaba construido sobre una plataforma de vigas de madera y protegido por una empalizada tan alta y recia como para detener cualquier flecha. Algunos de los campesinos que se habían unido al ejército habían sido adiestrados para quedarse junto a las empalizadas y estar preparados para apagar las flechas incendiarias que pudieran enviar los ingleses con la intención de quemar las vallas y dejar expuestos a los ingenieros de las máquinas de asalto. Otros campesinos cavaban zanjas y construían los terraplenes que formaban las cuatro fortalezas del duque. Donde era posible, utilizaban las zanjas que ya existían o aprovechaban los setos de endrinos para las defensas. Construyeron barreras con estacas afiladas y cavaron hoyos para romper las patas de los caballos. Las cuatro partes del ejército del duque se rodearon de dichas defensas y, día tras día, mientras las empalizadas iban creciendo y los trabuquetes tomaban forma a medida que las piezas de los carros iban llegando, el duque y sus hombres practicaban para formar la línea de batalla. Los

ballesteros genoveses ocupaban las protecciones a medio terminar y detrás de ellos desfilaban los caballeros y hombres de armas a pie. Algunos hombres murmuraban que aquellas prácticas eran una pérdida de tiempo, pero otros veían cómo pretendía luchar el duque y lo aprobaban. Frustrarían a los arqueros ingleses con los muros, las zanjas y las empalizadas, y las ballestas acabarían con ellos uno a uno. Por último, el enemigo se vería forzado a atacar a través de los muros de tierra y las zanjas inundadas, para morir a manos de los hombres de armas.

Tras una semana de trabajo demoledor, montaron los trabuquetes y llenaron las cajas de contrapeso con enormes cantidades de plomo. Ahora los ingenieros tenían que demostrar una habilidad aún más sutil, el arte de despedir enormes piedras, una detrás de otra, hasta las mismas murallas, para hundirlas y abrir camino hacia la ciudad. Entonces, una vez derrotaran al ejército de relevo, los hombres del duque asaltarían La Roche-Derrien y pasarían por la espada a sus traicioneros habitantes.

Los ingenieros bávaros seleccionaron con cuidado las primeras piedras, después recortaron la longitud de la cincha para ajustar el alcance de las máquinas. Era una bonita mañana de primavera. Los cernícalos surcaban el cielo, los ranúnculos moteaban los campos, las truchas saltaban para atrapar efímeras, el ajo silvestre florecía y las palomas volaban entre las hojas nuevas de los bosques. Era la época más bonita del año y el duque Carlos, cuyos espías le habían informado de que el ejército inglés de sir Thomas Dagworth aún no había abandonado la Bretaña occidental, preveía el triunfo.

—Los bávaros —ordenó a uno de sus sacerdotes asistentes— pueden empezar.

El trabuquete llamado *Portainfiernos* disparó primero. Se accionó una palanca que sacó un perno enorme de metal de un gancho pegado al brazo largo del trabuquete. Diez toneladas de plomo cayeron con un golpe que se oyó en Tréguier, el enorme brazo se levantó, la cincha giró al final del brazo con el sonido de un vendaval repentino, y la roca trazó una parábola en el cielo. Pareció que quedaba suspendida en el aire durante un momento, una enorme roca en el cielo surcado de cernícalos, y entonces, como un rayo, se precipitó sobre La Roche-Derrien.

Había empezado la matanza.



La primera piedra, disparada por *Portainfiernos*, cayó sobre el tejado de la casa de un tintorero cerca de la iglesia de San Brieuç, y se cobró las cabezas de un hombre de armas inglés y la mujer del tintorero. Por la guarnición corrió el chiste de que los dos cuerpos estaban tan aplastados juntos que seguirían retozando durante toda la eternidad. La roca que los había matado, de aproximadamente el tamaño de un barril, no había alcanzado las murallas por menos de veinte pies y los ingenieros bávaros ajustaron la cincha para mejorar el tiro, aunque la siguiente cayó demasiado cerca, levantando porquería y aguas fecales de la zanja. La tercera piedra dio justo en la roca y después, un retumbar monstruoso anunció que *Fabricaviudas* había lanzado también su primer proyectil, y después, una detrás de otra, *Lanzapiedras*, *Aplastadora*, *Cavatumbas*, *Latigodepeñas*, *Escupidora*, *Destructora* y *Mano de Dios* hicieron su contribución.

Richard Totesham hacía lo que podía para repeler el asalto de los trabuquetes. Era evidente que Carlos intentaba abrir cuatro brechas, una a cada lado de la ciudad, así que Totesham ordenó que se cosieran unos sacos enormes que se rellenaron con paja y se colocaron en las murallas para amortiguar los golpes, que más tarde protegieron también con vigas de madera. Dichas precauciones sirvieron para ralentizar el proceso de abrir brechas, pero los bávaros enviaban algunos de los proyectiles dentro de la ciudad y nada se podía hacer para proteger las casas de ellos. Algunos de los hombres de la ciudad propusieron que Totesham construyera un trabuquete por su cuenta, pero él dudaba de que hubiera tiempo y lo que se hizo en cambio fue una ballesta gigante a base de palos de barcos que se habían traído desde Tréguier antes de que empezara el sitio. Tréguier estaba ahora abandonado y, al no tener murallas, sus habitantes se habían refugiado en La Roche-Derrien, se habían marchado en los barcos o unido al campamento de Carlos.

La ballesta de Totesham tenía treinta pies de ancho y disparaba una saeta de ocho pies impulsada por una cuerda de cuero trenzado. Se amartillaba con un cabrestante de barco. Les costó cuatro días fabricarla y la primera vez que intentaron usarla el brazo hecho con el mástil se rompió. Era un mal presagio, y al día siguiente aún hubo uno peor cuando un caballo que llevaba las basuras nocturnas se desbocó, se soltó del carro y le dio una coza a un niño en la cabeza. El niño murió. Más tarde, aquel día, una de las piedras lanzadas por los trabuquetes más pequeños del otro lado del río cayó

sobre el tejado de la casa de Richard Totesham, derruyó la mitad del piso superior y por poco mata a su hijito. Aproximadamente una veintena de mercenarios intentaron desertar de la guarnición aquella noche; algunos lo consiguieron, otros se unieron al ejército de Carlos y uno, que llevaba un mensaje para sir Thomas Dagworth oculto en una bota, fue sorprendido y decapitado. A la mañana siguiente, lanzaron la cabeza, con la carta entre los dientes, mediante el trabuquete llamado *Mano de Dios*, y el ánimo de la guarnición se hundió aún más.

—No estoy muy seguro —le dijo Mordecai a Thomas—, de que se pueda confiar en los presagios.

—Claro que se puede.

—Me gustaría escuchar tus razones. Pero enséñame tu orina primero.

—Pero si me habías dicho que ya estaba curado —protestó Thomas.

—Vigilancia eterna, querido Thomas, es el precio de la salud. Mea para mí.

Thomas obedeció, Mordecai levantó el líquido al sol, metió un dedo y se lo llevó a la lengua.

—¡Espléndida! —concluyó—. Clara, pura y no demasiado salina. Un buen presagio, ¿a que sí?

—Eso es un síntoma, no un presagio.

—Ah. —Mordecai sonrió por la corrección. Estaban en el pequeño patio detrás de la cocina de Jeanette, donde el médico observaba los vencejos comunes transportar barro hacia los nuevos nidos bajo los aleros—. Ilumíname, Thomas —añadió con una sonrisa—, sobre la cuestión de los presagios.

—Cuando nuestro Señor fue crucificado —explicó Thomas—, durante el día llegó la oscuridad y una cortina del templo se rasgó en dos.

—¿Me estás diciendo que los presagios se ocultan en el mismo corazón de vuestra fe?

—¿Y en los de la tuya no? —preguntó Thomas.

Mordecai se estremeció cuando otra piedra aplastó alguna parte de la ciudad. El sonido retumbaba; después se oyó otro estrépito cuando techo y suelo cedieron. Los perros aullaron y una mujer gritó.

—Lo están haciendo deliberadamente —dijo Mordecai.

—Claro —repuso Thomas. No sólo enviaban piedras para que derrumbaran las pequeñas y apretadas casas de la ciudad, a veces usaban los trabuquetes para lanzar los restos podridos de vacas, cerdos o cabras para que las calles de la ciudad apestaran y se llenaran de inmundicia.

Mordecai esperó hasta que la mujer cesó de gritar.

—No hemos de tomarnos en serio los presagios —continuó—. Tenemos mala suerte en la ciudad y todos dan por sentado que estamos condenados, pero ¿cómo sabemos que al enemigo no lo aqueja también la fatalidad?

Thomas no respondió. Los pájaros se peleaban en los tejados, ajenos a que un gato los acechaba desde debajo de la cornisa.

—¿Qué es lo que quieres en realidad, Thomas? —le preguntó Mordecai.

—¿Lo que quiero?

—¿Qué es lo que quieres?

Thomas hizo una mueca y extendió la mano derecha con los dedos en forma de garfio.

—Que se pongan rectos.

—Y yo quiero volver a ser joven —repuso Mordecai con impaciencia—. Ya tienes los dedos arreglados. Quizás hayan quedado un poco deformes, pero están arreglados. Ahora dime, ¿qué es lo que quieres?

—Lo que quiero —repuso Thomas— es matar a los hombres que mataron a Eleanor y devolverle su hijo a Jeanette. Después quiero ser arquero. Sólo eso. Quiero ser arquero. —También quería el Grial, pero no le gustaba hablar de eso con Mordecai.

Mordecai se frotó la barba.

—¿Matar a los hombres que asesinaron a Eleanor? —pensaba en voz alta—. Creo que eso lo conseguirás. ¿Recuperar al hijo de Jeanette? Eso creo que también lo conseguirás, pero no entiendo por qué deseas complacerla. No te quieres casar con Jeanette, ¿verdad?

—¡Casarme con ella! —Thomas soltó una carcajada—. ¡No!

—Bien.

—¿Bien? —Ahora Thomas se había ofendido.

—Siempre he disfrutado hablando con los alquimistas —repuso Mordecai—, y a menudo los he visto mezclar azufre y azogue. Existe una teoría que dice que todos los metales están compuestos de esas dos sustancias, ¿lo sabías? Las proporciones varían, por supuesto, pero mi opinión, querido Thomas, es que si mezclas azogue y azufre en un recipiente y lo calientas, el resultado suele ser muy lamentable. —Hizo un gesto de explosión con las manos—. Eso es lo que a mí me parece que sois tú y Jeanette. Además, no la veo casada con un arquero. ¿Con un rey? Sí. ¿Con un duque? A lo mejor. ¿Con un conde? Seguro. ¿Pero con un arquero? —Sacudió la cabeza—. No hay nada malo en ser arquero, Thomas. Es una habilidad muy útil en este mundo perverso. —Se sentó sin decir nada durante unos instantes—. Mi hijo se está educando para ser médico.

Thomas sonrió.

—Presiento un reproche.

—¿Un reproche?

—Tu hijo curará gente, yo me dedico a matarla.

Mordecai volvió a hacer un gesto con la cabeza.

—Benjamín se está educando para ser médico, pero él preferiría ser soldado. Quiere matar gente.

—Entonces, ¿por qué...? —pero Thomas se calló porque la respuesta era evidente.

—Los judíos no podemos llevar armas —contestó Mordecai—, por eso. No, no pretendía hacerte un reproche. Creo que, teniendo en cuenta cómo son los soldados, Thomas, tú eres un buen hombre. —Se detuvo y frunció el entrecejo porque otra piedra procedente de los trabuquetes más grandes había dado contra un edificio no demasiado lejos, y cuando se apagó el estruendo, esperó los gritos. No llegó ninguno—. Tu amigo Will también es un buen hombre —prosiguió Mordecai—, pero me temo que ya no es arquero.

Thomas asintió. Will Skeat estaba curado, pero no se había recuperado.

—A veces pienso que habría sido mejor... —empezó a decir Thomas.

—¿Si hubiera muerto? —Mordecai terminó el razonamiento—. No le desees la muerte a ningún hombre, Thomas, ya llega demasiado pronto sin desearla. Sir William volverá a Inglaterra, sin duda, y tu conde cuidará de él.

El destino de todos los soldados viejos, pensó Thomas. Volver a casa y morir viviendo de la caridad de la familia a la que habían servido.

—En ese caso iré al sitio de Calais cuando esto termine —dijo Thomas—, y veré si los arqueros de Will necesitan un nuevo jefe.

Mordecai sonrió.

—¿No irás en busca del Grial?

—No sé dónde está —repuso Thomas.

—¿Y el libro de tu padre? —preguntó Mordecai—. ¿No te sirvió de nada?

Thomas había estado observando la copia que había hecho Jeanette. Pensaba que su padre debía de haber usado algún tipo de código, pero por mucho que lo intentaba no conseguía averiguar dónde estaba la clave. Además, no podía rechazarse la posibilidad de que el libro no fuera más que el fruto de la mente perturbada del padre Ralph. Aun así, Thomas estaba seguro de una cosa: Su padre creía que poseía el Grial.

—Buscaré el Grial —dijo Thomas—, pero a veces creo que la única manera de encontrarlo es no buscándolo. —Miró hacia el cielo, sobresaltado, porque llegó un ruido desde el tejado. El gato había intentado cazar un pájaro y casi pierde pie cuando los plumíferos salieron volando.

—¿Otro presagio? —sugirió Mordecai al ver salir libres a los pájaros—. Seguro que éste es bueno.

—Además —dijo Thomas—, ¿qué sabes tú del Grial?

—Yo soy un judío. ¿Qué se yo de nada? —preguntó inocentemente Mordecai—. ¿Qué pasará, Thomas, si encuentras el Grial? —No esperó respuesta—. ¿Crees —

prosiguió— que el mundo será un lugar mejor? ¿Es así sólo porque no tenemos el Grial? ¿Eso es todo? —Seguía sin haber respuesta—. Es algo como el Abracadabra, ¿verdad? —concluyó Mordecai con tristeza.

—¿El demonio? —Thomas estaba atónito.

—¡Abracadabra no es el demonio! —respondió Mordecai igual de atónito—. Es sólo un conjuro. Algunos judíos tarados creen que si lo escriben en forma de triángulo y se lo cuelgan del cuello, ¡no les afectará el paludismo! ¡Menuda tontería! La única cura para el paludismo es una cataplasma tibia de estiércol de vaca, pero la gente confía en los conjuros y, mucho me temo, también en los presagios. Yo, sin embargo, no considero que Dios obre a través de unos o se manifieste a través de los otros.

—Tu Dios —le dijo Thomas— está muy muy lejos.

—Mucho me temo que así es.

—El mío está cerca —repuso Thomas—, y sí se manifiesta.

—En ese caso eres muy afortunado —contestó Mordecai. La rueca y el huso de Jeanette estaban cerca del banco junto a él, se colocó la rueca bajo el brazo e intentó devanar los copos de lana que había enganchados en el artilugio, pero no consiguió nada—. Eres afortunado —le volvió a decir—, y espero que cuando las tropas de Carlos entren, tu Dios se quede cerca. En cuanto a los demás, estamos condenados, debo suponer.

—Si entran —replicó Thomas—, busca refugio en una iglesia o intenta escapar por el río.

—No sé nadar.

—En ese caso, la iglesia es tu mayor esperanza.

—Lo dudo —repuso Mordecai dejando la rueca a un lado—. Lo que Totesham debería hacer —dijo con tristeza— es rendirse. Que nos deje marchar.

—Eso no lo va a hacer.

Mordecai se encogió de hombros.

—Pues tendremos que morir.

Con todo, al día siguiente se les ofreció la oportunidad de escapar cuando Totesham dijo que quienes no quisieran sufrir las privaciones del sitio podían abandonar la ciudad por la puerta sur, pero en cuanto la puerta se abrió, una fuerza de hombres de armas de Carlos, vestidos con malla y con los rostros ocultos por los visores, bloquearon la carretera. No más de cien individuos habían decidido irse, todos ellos mujeres y niños, pero los hombres de armas de Carlos estaban allí para comunicarles que no se les permitía abandonar La Roche-Derrien. A los sitiadores no les interesaba que hubiera menos bocas que alimentar, así que los hombres de gris bloquearon la carretera, los soldados de Totesham cerraron la puerta de la ciudad y las mujeres y los niños quedaron en tierra de nadie todo el día.

Esa tarde, los trabuquetes detuvieron su labor por primera vez desde que se había lanzado la primera piedra, que había matado a la mujer del tintorero y a su amante inglés, y, en el extraño silencio, llegó un mensajero del campamento de Carlos. Una trompeta y una bandera blanca anunciaban una tregua, y Totesham ordenó a un trompeta inglés que respondiera al bretón y que levantaran una bandera blanca en la puerta sur. El mensajero bretón esperó hasta que apareció un hombre de armas por las murallas, después señaló a las mujeres y los niños.

—A esta gente —dijo— no le será permitido pasar por nuestras líneas. Se morirán de hambre aquí.

—¿Ésa es la piedad que tu señor tiene por su gente? —replicó el enviado de Totesham. Era un sacerdote inglés que hablaba bretón y francés.

—Siente tanta piedad por ellos —repuso el mensajero—, que los liberará de las cadenas inglesas. Dile a tu señor que tiene hasta el ángelus de esta tarde para rendir la ciudad; si lo hace, se le permitirá salir con sus armas, estandartes, caballos, familias, sirvientes y posesiones.

Era una oferta generosa, pero el sacerdote ni siquiera la tuvo en cuenta.

—Se lo diré —dijo el cura—, pero sólo si tú le dices a tu señor que tenemos comida para un año y armas de sobra para aniquilar dos veces a su ejército.

El mensajero hizo una reverencia, el sacerdote devolvió el cumplido, y el parlamento se dio por terminado. Los trabuquetes volvieron a la carga y, por la noche, Totesham ordenó que las puertas de la ciudad se abrieran para permitir a los fugitivos volver a entrar, entre las burlas de los que no habían huido.

Thomas, como todos los hombres de La Roche-Derrien, servía en las almenas. Era una tarea tediosa, pues Carlos de Blois se esforzaba por asegurarse de que ninguno de sus hombres se pusiera a tiro de arco, pero por lo menos podía entretenerse observando los grandes trabuquetes. Los bajaban tan lentamente que apenas parecía que los largos brazos se movieran, pero gradualmente, casi de forma imperceptible, la enorme caja de madera con los pesos de plomo se levantaba desde detrás de la empalizada protectora y el largo brazo se hundía hasta perderse de vista. Entonces, cuando el brazo largo estaba tan abajo como se podía, no sucedía nada durante un rato, presumiblemente porque los ingenieros estaban cargando la cincha y, después, cuando ya parecía que no iba a pasar nada más, el contrapeso caía, la empalizada temblaba, los pájaros de entre la hierba salían asustados volando y el largo brazo se levantaba, se sacudía, la cincha salía disparada y la piedra describía una parábola en el cielo. Entonces llegaba el monstruoso estruendo del contrapeso contra el suelo y, al instante, el de la piedra contra las magulladas murallas. Se tiraban más sacos de paja para cubrir la brecha que iba creciendo, pero los proyectiles seguían haciendo daño, así que Totesham ordenó a sus hombres que empezaran a construir nuevas murallas tras las brechas cada vez mayores.

Algunos hombres, incluidos Thomas y Robbie, querían salir. «Cogemos sesenta hombres —decían—, y los dejamos salir de la ciudad con la primera luz del día». Podían llegar fácilmente a uno o dos de los trabuquetes, empapar las máquinas en aceite y brea, y prender fuego al revoltijo de cuerdas y madera con las que estaban construidas, pero Totesham se negó. Su guarnición ya era demasiado pequeña, argüía, y no quería perder ni siquiera media docena de hombres que tanta falta le harían cuando tuviera que enfrentarse a los hombres de Carlos en las brechas.

Con todo, perdió hombres. A la tercera semana del sitio, Carlos de Blois había terminado sus propias fortificaciones defensivas y los cuatro fragmentos de su ejército estaban protegidos tras muros, setos, empalizadas y zanjas. Había limpiado la tierra entre sus campamentos de cualquier obstáculo para que, cuando llegara el ejército de relevo, los arqueros no tuvieran dónde esconderse. Ahora, con sus propios campamentos fortificados y los trabuquetes abriendo agujeros cada vez más grandes en las murallas de La Roche-Derrien, envió a los ballesteros adelante para acosar las almenas. Iban de dos en dos, un hombre con la ballesta y su compañero con el pavés, un escudo tan alto, ancho y robusto que protegía a los dos hombres. Los paveses estaban pintados, algunos con blasfemias, pero la mayoría con insultos en francés, inglés y, en otros casos, dado que los ballesteros eran genoveses, en su propio dialecto. Los dardos rebotaban en las murallas, silbaban sobre las cabezas de los defensores y se clavaban en los tejados de paja de las casas tras los muros. A veces, los genoveses disparaban saetas en llamas y Totesham había dispuesto seis escuadrones de hombres que no hacían otra cosa que extinguir el fuego en la paja y, cuando no apagaban fuegos, recogían agua del Jaudy y empapaban los tejados de las más cercanas a las murallas, que corrían más peligro.

Los arqueros ingleses devolvían los disparos, pero los ballesteros solían estar ocultos tras los paveses y, cuando disparaban, sólo se exponían por un instante. Algunos murieron, pero también caían los arqueros de las murallas. Jeanette a menudo se unía con Thomas en la muralla sur y disparaba desde una tronera en la puerta. Las ballestas podían dispararse con una rodilla al suelo, y así no exponía su cuerpo al peligro, mientras que Thomas tenía que ponerse de pie para desflechar.

—No tendrías que estar aquí —la regañaba él cada vez; ella lo imitaba diciendo lo mismo y se inclinaba para recargar el arma.

—¿Te acuerdas —le preguntó la mujer— del primer sitio?

—¿Cuando me disparabas a mí?

—Esperemos que tenga mejor puntería esta vez —contestó; apoyó la ballesta en la muralla, apuntó y apretó el gatillo. El dardo se clavó en un pavés ya lleno de flechas inglesas. Más allá de los ballesteros, estaba el terraplén del campamento más cercano, sobre el que destacaban los brazos desgarrados de los dos trabuquetes y, más allá, los vistosos estandartes de algunos de los señores de Carlos. Jeanette

reconoció los estandartes de Rohan, Laval, Malestroit y Roncelets, y al ver por primera vez el estandarte de las avispas, se llenó de odio y se puso a llorar al pensar en su hijo en la lejana Torre de Roncelets.

—Ojalá intentaran ahora mismo el asalto —dijo—, y pudiera atravesar con un dardo a Roncelets y a Blois.

—No atacarán hasta que derroten a Dagworth —replicó Thomas.

—¿Crees que vendrá?

—Creo que están aquí por ese motivo —repuso Thomas, señalando con la cabeza hacia el enemigo; después se puso en pie y lanzó una flecha a un ballestero que acababa de salir de detrás de su escudo. El hombre se volvió a agachar un segundo antes de que la flecha de Thomas pasara a un palmo de él. Thomas se volvió a esconder—. Carlos sabe que nos puede desplumar cuando quiera, pero lo que en verdad desea es aplastar a Dagworth.

Pues cuando sir Thomas Dagworth estuviera acabado, no quedarían ejércitos ingleses en Bretaña y las fortalezas caerían inevitablemente, una por una, y Carlos recuperaría su ducado.

Entonces, un mes después de que Carlos llegara, cuando los setos que rodeaban sus fortalezas se llenaron con las flores blancas del espino, cuando los pétalos de los manzanos ya volaban con la brisa, las riberas del río se llenaron de lirios y las amapolas brillaban rojas entre el centeno nuevo, por el cielo del sur se levantó una humareda. Los vigías en las murallas de La Roche-Derrien vieron a los exploradores enemigos y supieron que el humo significaba que estaba llegando un ejército. Algunos temían que fueran refuerzos para el enemigo, pero otros les aseguraron que sólo podían venir amigos desde el sudeste. Lo que Richard Totesham y otros que también lo sabían no revelaron es que cualquier relevo que llegara sería insuficiente, mucho más pequeño que el ejército de Carlos, y que ese relevo se dirigía a la trampa que Carlos había preparado.

El plan de Carlos había funcionado y sir Thomas Dagworth mordía el anzuelo.

* * *

Carlos de Blois reunió a sus señores y comandantes en la amplia tienda junto al molino. Era sábado, el enemigo se encontraba ya a pocas horas de marcha y, como era previsible, algunos exaltados entre sus filas querían colocarse la armadura de placas, agarrar las lanzas y dirigirse en estampida para morir a manos de los arqueros ingleses. Los estúpidos abundaban, pensó Carlos, y después hizo añicos sus esperanzas y dejó claro que nadie, excepto los exploradores, abandonaría ninguno de los cuatro campamentos.

—¡Nadie! —Dio un puñetazo en la mesa y por poco derrama la tinta del

escribano que registraba todas sus palabras—. ¡Nadie va a salir! ¿Lo habéis entendido? —Miró un rostro tras otro y después pensó otra vez que sus señores eran un hatajo de idiotas—. Nos quedaremos tras nuestras trincheras —les dijo—, y serán ellos los que vengan a nosotros. Vendrán y los mataremos.

Algunos de los señores parecían contrariados, pues había muy poca gloria en luchar tras muros de tierra y zanjas encharcadas cuando se podía galopar sobre un caballo de guerra, pero Carlos de Blois se mantenía firme y hasta el más rico de sus señores temía la amenaza de que quienes le desobedecieran no entrarían en el reparto final de tierras y riquezas que seguiría a la conquista de Bretaña.

Carlos cogió un trozo de pergamino.

—Nuestros exploradores han llegado hasta la columna de Thomas Dagworth —dijo con su precisa voz—, y tenemos unas estimaciones bastante exactas de su número. —Como sabía que todos los hombres de la tienda querían saber de cuántos hombres se componía la fuerza enemiga, se detuvo, en un intento de conseguir cierto dramatismo, pero no pudo evitar sonreír al revelar las cifras—. Nuestro enemigo —dijo— nos amenaza con trescientos hombres de armas y cuatrocientos arqueros.

Hubo un momento de silencio mientras se asimilaban las cifras, después una explosión de risa. Hasta Carlos, normalmente tan pálido, inflexible y severo, se unió a ellos. ¡Era ridículo! ¡De hecho era una impertinencia! Valiente, probablemente, pero absolutamente temerario. Carlos de Blois tenía cuatro mil hombres y cientos de campesinos voluntarios, que, aunque no acampaban dentro de las fortificaciones, se podía confiar en que colaborarían para masacrar al enemigo. Tenía dos mil de los mejores ballesteros de Europa, mil caballeros armados, muchos de ellos campeones de grandes torneos, ¿y sir Thomas Dagworth venía con setecientos hombres? La ciudad podía contribuir con otros cien o doscientos pero, como mucho, los ingleses no contaban con más de mil hombres y Carlos tenía cuatro veces ese número.

—Vendrán, caballeros —les dijo el duque a sus excitados señores—, y morirán aquí.

Había dos carreteras por las que podían llegar. Una venía del oeste, y era la ruta más directa, pero conducía al otro extremo del río Jaudy y Carlos no creía que Dagworth la empleara. La otra rodeaba la ciudad sitiada para llegar desde el sureste y esa carretera conducía directamente al mayor de los cuatro campamentos de Carlos, el del este, a cargo directamente de su persona y donde estaban los trabuquetes mayores.

—Dejadme que os diga, caballeros. —Carlos acalló la alegría de sus comandantes —, lo que creo que hará sir Thomas. Lo que yo haría si fuera tan infortunado de estar en su piel. Creo que enviaré una fuerza pequeña aunque ruidosa para que se nos acerquen por la carretera de Lannion —ésa era la carretera que venía del oeste, la ruta directa— y la enviaré por la noche, para tentarnos y hacernos creer que atacará el

campamento por el otro lado del río. Esperará que reforcemos ese campamento y después, al alba, el ataque real llegará por el este. Espera que la mayoría de nuestro ejército esté perdido al otro lado del río y que él pueda llegar al alba y destruir los tres campamentos de esta orilla. Eso, caballeros, es lo que probablemente intentará y el plan que fracasará. ¡Y fracasará porque tenemos una regla clara y dura que no se romperá! ¡Nadie abandonará los campamentos! ¡Nadie! ¡Quedaos detrás de las fortificaciones! Lucharemos a pie, prepararemos nuestras líneas de batalla y esperaremos a que lleguen. Nuestros ballesteros acabarán con los arqueros y después nosotros, caballeros, destruiremos a sus hombres de armas. ¡Pero nadie abandonará los campamentos! ¡Nadie! No nos convertiremos en los objetivos de sus flechas. ¿Lo entendéis?

El señor de Châteaubriant quería saber qué se suponía que tenía que hacer si él estaba en el campamento sur y tenía lugar una batalla en cualquiera de los otros fuertes.

—¿Me quedo quieto mirando? —preguntó incrédulo.

—Os quedáis quieto mirando —repuso el duque con voz de acero—. No abandonaréis el campamento. ¿Lo entendéis? ¡Los arqueros no pueden matar hombres a los que no ven! ¡Os quedaréis escondido!

El señor de Roncelets señaló que el cielo estaba claro y la luna casi llena.

—Dagworth no es ningún imbécil —prosiguió—, y sabrá que hemos construido fortalezas y limpiado el terreno para negarles cobijo. ¿Por qué no habría de atacar por la noche?

—¿Por la noche? —preguntó Carlos.

—De esa manera nuestros ballesteros no verán sus objetivos, pero los ingleses tendrán suficiente luz para meterse por nuestras trincheras.

Era una buena apreciación y Carlos la reconoció asintiendo bruscamente.

—Hogueras —dijo.

—¿Hogueras? —preguntó un hombre.

—¡Preparad hogueras! ¡Hogueras enormes! Cuando lleguen, encended las hogueras. ¡Convertid la noche en día!

Los hombres rieron, les gustaba la idea. Pelear a pie no era la manera en que los señores y caballeros construían una reputación, pero todos comprendían que Carlos había pensado cómo derrotar a los temidos arqueros ingleses y sus ideas tenían sentido, aunque ofrecieran poca oportunidad para la gloria. Entonces Carlos les ofreció un consuelo.

—Se romperán, caballeros —dijo—, y cuando lo hagan, ordenaré a un trompeta que sople siete veces. ¡Siete! Y cuando oigáis la trompeta, podréis abandonar los campamentos y salir a perseguirlos. —Hubo gruñidos de aprobación, pues los siete trompetazos soltarían a los caballeros armados sobre sus enormes caballos para

masacrar lo que quedara de la fuerza de Dagworth.

»¡Recordadlo! —Carlos volvió a dar un golpe sobre la mesa para captar la atención de sus hombres—. ¡Recordadlo! ¡No abandonéis el campamento hasta que suenen las trompetas! Quedaos detrás de las trincheras, detrás de los muros, esperad a que llegue el enemigo y ganaremos. —Asintió para dar a entender que había terminado—. Ahora, caballeros, nuestros sacerdotes oirán nuestras confesiones. Limpiemos nuestras almas para que Dios nos recompense con la victoria.

A quince millas, en el refectorio sin techo de un monasterio abandonado y saqueado, un grupo mucho menor de hombres se reunía. Su comandante era un hombre de pelo cano de Suffolck, robusto y áspero, que sabía que se enfrentaba a un desafío formidable si pretendía liberar La Roche-Derrien. Sir Thomas Dagworth escuchaba a un caballero bretón contar lo que sus exploradores ya habían descubierto: que los hombres de Carlos de Blois seguían en los cuatro campamentos situados a las cuatro puertas de la ciudad. El campamento más grande, donde ondeaba el enorme pendón de Carlos con el armiño blanco, estaba al este.

—Lo han construido alrededor del molino —informó el caballero.

—Recuerdo ese molino —dijo sir Thomas. Se pasó los dedos por la barba corta, una costumbre que tenía cuando pensaba—. Debemos atacar por ahí —dijo en voz tan baja que parecía hablar consigo mismo.

—Es el más fuerte —le advirtió uno de los hombres.

—Pues los distraeremos. —Sir Thomas salió de su ensueño—. John —se volvió a un hombre con una cota de malla ajada—, coge a todos los sirvientes del campamento. A los cocineros, a los escribanos, a los escuderos y a todos los que no peleen. Coge los carros y los ruanos y acércate por la carretera de Lannion. ¿La conoces?

—Puedo encontrarla.

—Sal antes de la medianoche. Haz todo el ruido que puedas, John. Puedes llevarte al trompeta y un par de tambores. Que piensen que todo el ejército llega por el oeste. Quiero que envíen hombres al campamento del oeste antes del alba.

—¿Y el resto? —preguntó el caballero bretón.

—Saldremos a medianoche —repuso Thomas—, y nos dirigiremos hacia el este por la carretera de Guingamp. —Esa carretera llegaba a La Roche-Derrien desde el sureste. Como la pequeña fuerza de sir Thomas procedía del oeste, confiaba en que Carlos no esperara que llegaran por allí—. Iremos en silencio —ordenó—, e iremos a pie, ¡todos! Los arqueros delante, los hombres de armas detrás, y atacaremos la fortaleza este por la noche. —Sir Thomas confiaba en despistar a los ballesteros si atacaban por la noche y, todavía mejor, sorprender al enemigo dormido.

Así que ya estaban hechos los planes: fintaría por el oeste y atacaría por el este. Y eso era exactamente lo que Carlos de Blois esperaba que hiciera.

Cayó la noche. Los ingleses emprendieron la marcha, los hombres de Carlos se armaron y la ciudad esperó.

* * *

Thomas oía a los armeros en el campamento de Carlos. Oía los martillos remachando las placas de las armaduras y el ruido del metal contra la piedra. Las hogueras de los cuatro campamentos no se extinguieron como solían hacer, sino que fueron alimentadas y brillaron más aun, hasta que se levantaron de manera que la luz se reflejaba en las tiras de metal que sujetaban las estructuras de los enormes trabuquetes alineados junto al fulgor de las hogueras. Desde las murallas, Thomas veía a los hombres moverse en el campamento enemigo más cercano. Cada pocos minutos, se apreciaban las llamas más brillantes porque los armeros las avivaban con fuelles.

Un niño lloró en una casa cercana. Un perro gimoteó. La mayoría de la pequeña guarnición de Totesham estaba en las almenas y otros tantos ciudadanos los acompañaban. Nadie estaba muy seguro de por qué estaban en las murallas, pues el ejército todavía estaba lejos. Aun así, poca gente quería irse a dormir. Suponían que pasaría algo y lo estaban esperando. El día del juicio, pensó Thomas, sería como esto, mientras hombres y mujeres esperaban que los cielos se dividieran, los ángeles descendieran y las tumbas se abrierán para que los justos subieran al Reino de los cielos. Su padre, recordó, siempre había querido que lo enterraran mirando hacia el oeste, pero en el lado este del cementerio, para que pudiera ver a su parroquia mientras salían de la tierra.

—Necesitarán mi guía —había dicho el padre Ralph, y Thomas se había asegurado de que se hiciera como él lo había deseado. Los parroquianos de Hookton, enterrados de manera que si se incorporaban verían al este la gloria de la segunda venida de Cristo, se encontrarían a su cura delante para confortarlos.

A él mismo, esa noche le habría venido bien que alguien lo reconfortara. Estaba con sir Guillaume y sus dos hombres de armas, y contemplaban las preparaciones del enemigo desde un bastión en la esquina sureste de la ciudad, cerca de la torre de la iglesia de San Bernabé, que ofrecía un punto estratégico para observar. Los restos de la enorme balista de Totesham se habían utilizado para construir un puente destartalado desde el bastión a una ventana del campanario y, desde la ventana, subía una escalera que pasaba por un agujero realizado por el *Fabricaviudas*, hasta el parapeto de la torre. Thomas debía de haber recorrido el camino una docena de veces a partir de la medianoche porque, desde el parapeto, justo se podía ver lo que había detrás de la empalizada en el campamento más grande de Carlos. Mientras estaba en la torre, llegó Robbie a la muralla que había al lado.

—Quiero que veas esto —le gritó Robbie, y le mostró orgulloso un escudo recién pintado—. ¿Te gusta?

Thomas miró hacia abajo y, a la luz de la luna, vio algo de color rojo.

—¿Qué es —preguntó—, una mancha de sangre?

—Inglés cegato y cabrón —contestó Robbie—, ¡es el corazón rojo de los Douglas!

—Ah. Desde aquí arriba parece que se te haya muerto algo encima del escudo.

Pero Robbie estaba orgulloso de su escudo. Lo admiró a la luz de la luna.

—Había un tipo pintando un demonio nuevo en el muro de la iglesia de San Goran —le dijo—, y le he pagado para que me haga esto.

—Espero que no le hayas pagado mucho —contestó burlón Thomas.

—A ti lo que te pasa es que tienes envidia. —Robbie apoyó el escudo en el parapeto antes de encaramarse por el puente provisional hasta la torre. Desapareció por la ventana y volvió a aparecer al lado de Thomas—. ¿Qué están haciendo? —preguntó mientras miraba hacia el este.

—¡Cristo! —blasfemó Thomas, porque al fin estaba sucediendo algo. Observaba más allá de las formas oscuras de *Portainfiernos* y *Fabricaviudas* hacia el campamento del este donde hombres, cientos de hombres, formaban una línea de batalla. Thomas había supuesto que la batalla no empezaría hasta el alba, pero parecía como si Carlos de Blois se estuviera preparando para pelear en el negro corazón de la noche.

—¡Cristo bendito! —Sir Guillaume, que también había subido a la torre, coreó la sorpresa de Thomas.

—Los muy cabrones esperan pelea —dijo Robbie, pues los hombres de Carlos se alineaban hombro con hombro. Estaban de espaldas a la ciudad y la luna brillaba en las espaldas que cubrían los hombros de los caballeros y volvía los filos de hachas y espadas blancos.

—Dagworth debe de estar llegando —dijo sir Guillaume.

—¿De noche? —preguntó Robbie.

—¿Por qué no? —replicó sir Guillaume; después le dio una voz a uno de sus hombres para que avisara a Totesham de lo que estaba sucediendo—. Despiértalo —gruñó cuando el hombre le preguntó qué tenía que hacer si el comandante de la guarnición estaba durmiendo—. Seguro que no está durmiendo —añadió para Thomas—; será un inglés de mierda, pero es un buen soldado.

Totesham no estaba durmiendo, pero tampoco era consciente de que el enemigo estaba formando para presentar batalla y, tras vérselas con el precario puente hasta la torre de San Bernabé, observó las tropas de Carlos con su habitual expresión amarga.

—Me parece que tendremos que echar una mano.

—Pensaba que no aprobabais que saliéramos de la muralla —observó sir

Guillaume, al que le había irritado la restricción.

—Ésta es la batalla que nos va a salvar —repuso Totesham—. Si la perdemos, la ciudad caerá, así que tenemos que ayudar en todo lo que podamos para ganarla. —Sonaba sombrío, después se encogió de hombros y bajó por la escalera de la torre—. Que Dios nos ayude —dijo con voz queda mientras bajaba adentrándose en la oscuridad. Sabía que el ejército de sir Thomas Dagworth era pequeño y se temía que fuera más pequeño de lo que se aventuraba a imaginar, pero, cuando atacara el campamento enemigo, la guarnición tenía que estar lista para ayudarlos. No quería alertar al enemigo con la posibilidad de una salida en masa por las puertas de la ciudad, así que envió hombres por todas las calles para convocar a los arqueros y los hombres de armas a la plaza del mercado frente a la iglesia de San Brieuç. Thomas volvió a casa a la Jeanette y se puso el lorigón de malla que Robbie le había traído de vuelta desde Roncelets, se colocó la espada en el sitio, aunque tuvo problemas con la hebilla del cinturón porque sus dedos aún estaban torpes para cosas tan precisas. Se colgó la bolsa de flechas del hombro izquierdo, sacó el arco negro de su funda de tela, se metió una cuerda extra en el morrión y se colocó el casco en la cabeza. Ya estaba listo.

Y por lo que vio, también lo estaba Jeanette. Llevaba su propio lorigón y casco, y Thomas se quedó con la boca abierta.

—¡No puedes salir con nosotros! —exclamó.

—¿Salir con vosotros? —Parecía sorprendida—. Thomas, cuando dejéis la ciudad, ¿quién guardará las murallas?

—Ah. —Se sentía como un idiota.

Le sonrió, se le acercó y le dio un beso.

—Anda, ve —le dijo—, y que Dios te acompañe.

Thomas llegó al mercado. La guarnición se estaba reuniendo allí, pero eran desesperanzenos pocos. Un tabernero llevó rodando un barril de cerveza hasta la plaza, lo abrió y dejó que los hombres se sirvieran ellos mismos. Un herrero afilaba espadas y hachas a la luz de una antorcha de aceite que ardía fuera del porche de San Brieuç, y la piedra sonaba al contacto con el metal: el sonido era curiosamente fúnebre en la noche. Los murciélagos revoloteaban por la iglesia y se sumergían en las sombras de una casa que se había hundido a consecuencia de un impacto directo de los trabuquetes. Las mujeres llevaban comida a los soldados y Thomas recordó que, justo el año anterior, esas mismas mujeres gritaban cuando los ingleses habían entrado en la ciudad. Había sido una noche de violaciones, robos y asesinatos, y ahora las gentes de la ciudad no querían que sus ocupantes se marcharan y la plaza del mercado se iba llenando cada vez más de gente a medida que los ciudadanos se acercaban con armas caseras para contribuir a la incursión. La mayoría iban armados con hachas que usaban para cortar leña, aunque algunos tenían espadas o lanzas, y

otros incluso poseían armaduras de cuero o malla. Eran muchos más que los hombres que componían la guarnición, y por lo menos darían la sensación de que la partida merecía ser considerada como tal.

—Cristo bendito. —Thomas oyó una voz amarga a sus espaldas—. En el nombre de Dios, ¿qué es eso?

Thomas se volvió y descubrió la figura desgarrada de sir Geoffrey Carr mirando al escudo de Robbie, apoyado contra los escalones de una cruz de piedra en el centro del mercado. Robbie se volvió también para mirar al Espantapájaros, que comandaba seis hombres.

—Parece un cagarro aplastado —dijo el Espantapájaros. Su lengua se trababa, y era evidente que había pasado la tarde en una de las múltiples tabernas.

—Es mío —repuso Robbie.

Sir Geoffrey le dio una patada al escudo.

—¿Es eso el puto corazón de los Douglas, muchacho?

—Es mi escudo —replicó Robbie exagerando el acento escocés—, si es a eso a lo que te refieres. —Todos los hombres que había alrededor se habían detenido a escuchar.

—Sabía que eras escocés —dijo el Espantapájaros y sonaba aún más borracho—, pero no sabía que eras un puto Douglas. ¿Y qué coño está haciendo un Douglas aquí? —El Espantapájaros levantó la voz para apelar a los hombres allí reunidos—. ¿De qué parte está la puta Escocia, eh? ¿De qué parte? ¡Los putos Douglas pelean contra nosotros desde que salieron escupidos del culo del demonio! —El Espantapájaros se tambaleaba, después sacó el látigo de su cinturón y lo dejó caer al suelo—. ¡Cristo bendito! —gritaba—, cuántos buenos ingleses ha arruinado esta puta familia. ¡Son ladrones! ¡Espías!

Robbie sacó la espada y el látigo arreó un zurriagazo, pero sir Guillaume lo quitó de en medio antes de que la punta de hierro le rasgara la cara; después sir Guillaume sacó la espada, y él y Thomas se pusieron delante de Robbie en las escaleras de la cruz.

—Robbie Douglas —voceó sir Guillaume— es mi amigo.

—Y el mío —añadió Thomas.

—¡Basta! —Un furioso Richard Totesham se abrió paso entre la multitud—. ¡Basta!

El Espantapájaros apeló a Totesham.

—¡Es un puto escocés!

—Dios bendito —aulló Totesham—, en esta guarnición tenemos franceses, galeses, flamencos, irlandeses y bretones, ¿me quieres decir qué cojones importa?

—¡Es un Douglas! —insistió el Espantapájaros borracho—. ¡Es un enemigo!

—¡Es mi amigo! —voceó Thomas, invitando a la pelea a cualquiera que deseara

alinearse con sir Geoffrey.

—¡Basta! —La furia de Totesham era lo suficientemente imponente para llenar el mercado por completo—. ¡Ya tenemos suficiente pelea entre manos para que encima nos comportemos como críos! ¿Respondes por él? —le preguntó a Thomas.

—Yo respondo por él. —Quien había hablado era Will Skeat, que se abrió paso entre la gente y rodeó a Robbie con un brazo—. Yo respondo por él, Dick.

—En ese caso, Douglas o no —dijo Totesham—, no es mi enemigo. —Se dio la vuelta y se fue.

—¡Cristo bendito! —El Espantapájaros seguía colérico. La casa de Douglas lo había arruinado, y arruinado seguía porque el riesgo que había asumido al perseguir a Thomas no había valido la pena, no había encontrado ningún tesoro, y ahora, todos sus enemigos parecían concentrarse en Thomas y Robbie. Volvió a tambalearse y después escupió a Robbie—. A los hombres que llevan el corazón de Douglas los hago arder en la hoguera —amenazó al escocés—, ¡en la hoguera!

—Es cierto —dijo Thomas en voz baja.

—¿Que los quema? —preguntó Robbie.

—En Durham —prosiguió Thomas, sin apartar la mirada de la de sir Geoffrey—, abrasó a tres prisioneros.

—¿Que hiciste qué...? —exigió Robbie.

El Espantapájaros, borracho como estaba, reparó de repente en la intensidad de la ira de Robbie y advirtió también que no se había ganado la simpatía de los hombres del mercado, que preferían la opinión de Will Skeat a la suya. Recogió el látigo, escupió hacia Robbie y se largó entre tambaleos.

Ahora era Robbie el que quería pelea.

—¡Eh, tú! —le gritó.

—Déjalo —le recomendó Thomas—. Esta noche no, Robbie, esta noche no.

—¿Hizo quemar a tres hombres? —gritaba Robbie.

—Esta noche no —repitió Thomas y empujó a Robbie hacia atrás de modo que el escocés quedó sentado en los escalones de la cruz.

Robbie miraba al Espantapájaros mientras se retiraba.

—Está muerto —elijo con tono sombrío—. Te lo digo, Thomas, ese hijo de puta está muerto.

—Estamos todos muertos —añadió con calma sir Guillaume, pues el enemigo estaba preparado para recibirlos y era mucho más numeroso que ellos.

Y sir Thomas Dagworth iba directo hacia la trampa.

* * *

John Hammond, segundo de sir Thomas Dagworth, comandaba la expedición de

amago que llegaba desde el oeste por la carretera de Lannion. Le acompañaban sesenta hombres, otras tantas mujeres, una docena de carros y treinta caballos, y los utilizó para hacer tanto ruido como podía en cuanto divisaron el campamento oeste del duque Carlos.

Las hogueras rodeaban las fortificaciones de tierra y la luz se dejaba entrever por las ranuras entre las estacas de la empalizada. Parecía que había muchas hogueras en el campamento, y brillaron más todavía cuando la pequeña fuerza de Hammond empezó a golpear cacerolas y sartenes, a dar con garrotes contra los árboles y a hacer sonar las trompetas. Los tambores sonaban enfervorizados, pero el pánico no parecía recorrer las fortificaciones de tierra. Aparecieron pocos enemigos, miraron un rato la carretera iluminada por la luz de la luna, donde los hombres y mujeres de Hammond no eran sino sombras bajo los árboles, y se dieron la vuelta. Hammond ordenó a su gente que hiciera aún más ruido y sus seis arqueros, los únicos soldados de la partida, se acercaron al campamento y dispararon por encima de la empalizada, pero no hubo respuesta inmediata. Hammond esperaba ver a los hombres bajar hacia el río, que, según los espías de sir Thomas, estaba lleno de barcas, pero nadie parecía moverse entre los campamentos enemigos. El amago, por lo que parecía, había fracasado.

—Si nos quedamos aquí —dijo un hombre—, nos van a crucificar, me cago en la puta.

—Nos van a dejar tiesos —coincidió Hammond con ardor—. Retrocederemos un poco —ordenó—, sólo un poco. Hasta que estemos mejor ocultos.

La noche había empezado mal, pero sir Thomas, seguido de los auténticos atacantes, había hecho más progresos de lo que esperaba y llegó al flanco este del campamento del duque no mucho después de que el grupo de amago empezara a hacer ruido tres millas hacia el oeste. Los hombres de sir Thomas se agacharon junto al borde de un bosque y observaron el campo pelado hasta que divisaron las fortificaciones de tierra cercanas. La carretera, pálida a la luz de la luna, se hundía vacía en la enorme puerta de madera del fuerte provisional.

Sir Thomas había dividido a sus hombres en dos partidas que atacarían cada lado de la puerta de madera. El asalto no iba a tener nada de sutil: salir de la oscuridad, atacar el otro lado del muro de tierra y matar a quienquiera que descubrieran allí.

—Que Dios os proporcione diversión —le dijo sir Thomas a sus hombres mientras bajaba hasta la línea de ataque, sacaba la espada y hacía una señal para que su partida lo siguiera. Se acercarían tan silenciosamente como pudieran, pues sir Thomas aún confiaba en atacar por sorpresa, pero las hogueras al otro lado de las defensas brillaban demasiado y tuvo el triste presentimiento de que el enemigo lo estaba esperando. Con todo, nadie apareció en el muro protegido ni se oyeron dardos de ballesta en la noche, así que se atrevió a levantar el ánimo y se metió en la zanja, mientras chapoteaba por el fondo embarrado. Tenía arqueros a izquierda y derecha,

todos subiendo por el terraplén hasta la empalizada. Seguían sin oír ballestas, trompetas o ver a enemigo alguno. Los arqueros estaban ya en la valla, que resultó ser más débil de lo que parecía, porque las estacas que la formaban no estaban suficientemente hundidas y se caían de una patada. Las fortificaciones no eran formidables, y ni siquiera estaban bien defendidas, pues tampoco apareció ningún enemigo cuando los hombres de armas de sir Thomas cruzaron la zanja, con el destello de la luna reflejado en las espadas. Los arqueros terminaron de demoler la empalizada y sir Thomas pasó por encima de las estacas caídas y se metió en el campamento de Carlos.

Sólo que no estaba en el campamento de Carlos, sino en un espacio abierto en el que había otro terraplén, otra zanja y otra empalizada. ¡El lugar era un laberinto! Pero seguían sin oír dardos en la oscuridad, y los arqueros volvieron a adelantarse silenciosamente, aunque algunos maldijeron cuando tropezaron en los agujeros para los caballos. Las hogueras brillaban con fuerza al otro lado de la empalizada. ¿Dónde estaban los centinelas? Sir Thomas levantó el escudo que lucía un haz de trigo y miró a la izquierda para ver si la segunda partida había atravesado ya el primer terraplén y pasaba entre la hierba hasta el segundo. Sus propios arqueros estaban tumbando la nueva empalizada y, como la primera, cayó con facilidad. Nadie hablaba, nadie gritaba órdenes, nadie invocaba a san Jorge; sólo hacían su trabajo, pero ¿no tendría el enemigo que oír por lo menos los troncos caer? La segunda empalizada ya estaba abajo, y sir Thomas entraba con los arqueros a empujones a través del nuevo agujero; delante había un prado y enfrente un seto y, detrás del seto, las tiendas enemigas y el alto molino con las velas de las aspas dobladas y las monstruosas siluetas de los dos trabuquetes más grandes, todo iluminado por las espectaculares hogueras. ¡Estaban ya tan cerca! Y sir Thomas sintió una alegría repentina porque había conseguido atacar por sorpresa y el enemigo ya era suyo. Justo en ese preciso instante sonaron las ballestas.

Los dardos llegaban desde su flanco derecho, desde un terraplén que había entre la primera fortificación de tierra y el seto. Los arqueros caían entre maldiciones. Sir Thomas se volvió hacia los ballesteros, que estaban escondidos, y entonces llegaron más dardos aún desde el espeso seto que había enfrente y supo que no había sorprendido a nadie, que el enemigo lo estaba esperando; sus hombres gritaban, pero por lo menos los primeros arqueros podían responder. Los largos arcos ingleses destellaban a la luz de la luna, aunque sir Thomas no veía ningún objetivo y se dio cuenta de que los arqueros estaban disparando a ciegas.

—¡A mí! —gritó—. ¡Dagworth! ¡Dagworth! ¡Escudos! —Quizá lo oyeran una docena de hombres, y lo obedecieron apiñándose de manera que se cubrían con todos los escudos solapados, y entonces corrieron con torpeza hacia el seto. «Si lo cruzamos— pensó sir Thomas, —por lo menos algunos de los ballesteros serán

visibles.» Los arqueros disparaban hacia delante y hacia un lado, confundidos por los dardos enemigos. Sir Thomas miró al otro lado de la carretera y vio que el resto de los hombres había caído en la misma emboscada.

—Tenemos que cruzar el seto —gritó—. ¡Arqueros! ¡A por el seto! —Un dardo de ballesta se hincó en su escudo, y casi lo hace girar. Otro silbó por encima de su cabeza. Un arquero se retorció en la hierba, con el estómago atravesado por un dardo.

Otros hombres gritaban. Algunos invocaban a san Jorge, unos cuantos más maldecían al demonio, otros llamaban a sus madres y esposas. El enemigo había concentrado las ballestas y estaba inundando con dardos la oscuridad. Un arquero retrocedió con un dardo en el hombro. Otro gritó lastimeramente al ser alcanzado en la ingle. Un hombre de armas se hincó de rodillas llorando a Jesús, y ahora sir Thomas ya oía al enemigo gritar órdenes e insultos.

—¡Al seto! —aulló. «Hay que pasar el seto», pensó, y con suerte los arqueros tendrían por fin algo a lo que disparar—. ¡Cruza el seto! —bramó, y algunos de los arqueros encontraron un agujero que no estaba cerrado más que con fardos, los apartaron a patadas y se metieron por ahí. La noche parecía haber cobrado vida, de tantos dardos como había, y un hombre gritó a sir Thomas para que volviera la vista atrás. Se dio la vuelta y vio que el enemigo había enviado veintenas de ballesteros para cortar la retirada y que una nueva fuerza empujaba a los hombres de sir Thomas hacia el centro del campamento. Había caído en una trampa, pensó, en una maldita trampa. Carlos quería que entrara en el campamento, él le había hecho la cortesía y ahora lo estaban rodeando. Así que pelea, se dijo, ¡pelea! — ¡Atravesad el seto! — tronó sir Thomas—. ¡Atravesad el maldito seto! —Esquivó los cadáveres de sus hombres, se metió por el agujero y buscó un enemigo al que matar, pero lo que vio eran los hombres de armas de Carlos en formación de batalla, todos armados, con los visores bajados y los escudos en alto.

Unos cuantos arqueros empezaron a disparar, las largas flechas se hundían en escudos, estómagos, pechos y piernas, pero eran muy pocos arqueros, y los ballesteros, aún ocultos entre los setos, los muros o los paveses, seguían masacrándolos.

—¡Concentraos en el molino! —gritó sir Thomas, pues era el lugar más elevado. Quería reagrupar a sus hombres, conseguir que formaran en filas y empezaran a pelear como dios manda, pero las ballestas se cerraban a su alrededor, cientos de ellas, y sus asustados hombres se desperdigaban hacia las tiendas y refugios.

Sir Thomas maldijo de pura frustración. Los supervivientes de la otra partida de asalto estaban ahora con él, pero todos sus hombres se habían enredado en las tiendas, tropezaban con las cuerdas, y las ballestas seguían sacudiendo la noche, rasgando los lienzos mientras pasaban volando, a toda velocidad, en dirección a la fuerza moribunda de sir Thomas.

—¡Formad aquí! ¡Formad aquí! —bramó y escogió un espacio abierto entre tres tiendas, y unos veinte o treinta hombres corrieron hacia él, pero los ballesteros los vieron y derramaron una lluvia de dardos desde las oscuras callejas entre las tiendas, y en ese preciso momento llegaron los hombres de armas enemigos con los escudos alzados, y los arqueros ingleses volvieron a desperdigarse, intentando encontrar cualquier lugar elevado en el que tomar aliento, encontrar protección y buscar objetivos. Los grandes estandartes de los señores bretones y franceses empezaban a avanzar y sir Thomas, consciente de que se había equivocado al caer en la trampa y de que iba a ser derrotado por completo, sintió un arrebató de ira—. ¡Matad a esos cabrones! —aulló, y condujo a sus hombres hacia el enemigo más cercano; las espadas chocaban en la oscuridad y, por lo menos, ahora que la batalla era hombre contra hombre, los ballesteros ya no podían disparar a los hombres de armas ingleses. Los genoveses, en cambio, se dedicaban a la caza del tan odiado arquero inglés, pero algunos de estos hombres habían encontrado refugio en el lugar donde estaban estacionados los carros y, protegidos por los vehículos, estaban contraatacando.

Sir Thomas no tenía cobijo ni ventaja alguna, sólo una pequeña fuerza, y el enemigo, mucho más numeroso, empujaba a sus hombres hacia atrás. Escudos chocaban contra escudos, espadas contra cascos, lanzas que llegaban bajo los escudos para rasgar las botas de los hombres. Un bretón blandía un hacha, tumbó a dos ingleses y abrió paso a una carga de hombres con el armiño blanco que gritaban victoria y abatían ingleses a tajo limpio. Un hombre de armas gritó cuando las hachas cayeron sobre la malla que le cubría los muslos, otra hacha le fue a dar en el casco y calló de repente. Sir Thomas se tambaleó mientras retrocedía, paró un golpe de espada y vio a algunos de sus hombres correr hacia los espacios oscuros entre las tiendas para refugiarse. Llevaban los visores bajados y apenas podían ver adónde iban o al enemigo que llegaba para matarlos. Intentó clavarle la espada a un hombre con yelmo en forma de hocico de cerdo, giró la hoja y la hincó en un escudo amarillo y negro, dio un paso para tener suficiente maniobra para embestir de nuevo con la espada y entonces tropezó con las cuerdas de una tienda y cayó hacia atrás sobre la tela.

El caballero con el casco en forma de cerdo estaba de pie sobre él, la armadura de placas brillaba bajo la luz de la luna y tenía la espada en la garganta de sir Thomas.

—Me rindo —se apresuró a anunciar sir Thomas; después repitió las palabras en francés.

—¿Y vos sois? —preguntó el caballero.

—Sir Thomas Dagworth —dijo sir Thomas con amargura, y le tendió la espada al enemigo, que tomó el arma y se levantó el visor.

—Soy el vizconde Morgat —repuso el caballero—, y acepto vuestra rendición. — Se inclinó ante sir Thomas, le devolvió la espada y le tendió una mano para ayudarlo

a levantarse. La batalla aún seguía adelante, pero en combates aislados, y los franceses y bretones cazaban ahora a los supervivientes, mataban a los heridos que no merecían rescate e inundaban de dardos sus propios carros para acabar con los arqueros ingleses que se habían refugiado allí.

El vizconde de Morgat escoltó a sir Thomas al molino, donde le presentó a Carlos de Blois. Una gran hoguera ardía a unas cuantas yardas de allí y, a la luz del fuego, bajo las aspas del molino, estaba Carlos, con el jubón manchado de sangre, pues había colaborado en romper el ataque de la partida de hombres de armas de sir Thomas. Envainó la espada, aún ensangrentada, se quitó el casco empenachado y contempló al prisionero que le había vencido dos veces en la batalla.

—Os compadezco —dijo Carlos con frialdad.

—Yo felicito a vuestra gracia —repuso sir Thomas.

—La victoria pertenece a Dios —contestó Carlos—, no a mí. —Con todo, sintió una euforia repentina ¡porque lo había logrado! Había vencido al ejército inglés en Bretaña y ahora, tan cierto como que el bendito amanecer sigue a la más oscura noche, el ducado volvería a sus manos—. La victoria sólo pertenece a Dios —dijo piadosamente, y recordó que se encontraban en la madrugada del domingo, y se volvió hacia un fraile para decirle que entonara un tedeum y agradeciera su grandiosa victoria.

El sacerdote asintió, con los ojos como platos, aunque el duque aún no había pronunciado su deseo; entonces abrió la boca y Carlos vio que una flecha anormalmente larga sobresalía del estómago del hombre, y después otra saeta emplumada de blanco se estampó contra el costado del molino y un berrido ronco, casi bestial, sonó en la oscuridad.

Aunque sir Thomas había sido capturado y su ejército vencido casi por completo, la batalla, por lo que parecía, aún no había terminado.



Richard Totesham contemplaba la batalla entre los hombres de sir Thomas y las fuerzas de Carlos desde la parte superior de la torre de la puerta este. No veía demasiado porque las empalizadas sobre los terraplenes, los dos enormes trabuquetes y el molino oscurecían gran parte de la batalla, pero estaba bastante claro que nadie llegaba desde los otros tres campamentos franceses para ayudar a Carlos.

—Cualquiera diría que iban a echarse una mano —le dijo a Will Skeat que estaba de pie junto a él.

—¡Pero si eres tú, Dick! —exclamó Will Skeat.

—Sí, soy yo, Will —repuso Totesham con paciencia. Vio que Skeat llevaba la cota de malla y una espada colgada del cinto y le puso una mano sobre el hombro a su amigo—. No pensarás salir a pelear esta noche, ¿verdad, Will?

—Hombre, si va a haber pelea —repuso Skeat—, me gustaría ayudar.

—Déjasele a los jóvenes, Will —le pidió Totesham—, déjasele a los jóvenes. Tú quédate y guarda la ciudad por mí. ¿Qué te parece?

Skeat asintió y Totesham se dio la vuelta para seguir mirando el campo enemigo. Era imposible decir qué lado estaba ganando porque las únicas tropas que veía eran las del enemigo, y estaban de espaldas, aunque de vez en cuando una flecha despedía algún destello, lo que demostraba que los hombres de sir Thomas seguían peleando, pero Totesham consideraba mala señal que de las otras fortalezas no llegara ayuda hacia Carlos de Blois. Sugería que el duque no la necesitaba, lo que a su vez sugería que sir Thomas sí, así que Totesham se inclinó sobre el parapeto interior.

—¡Abrid la puerta! —gritó.

Aún era de noche. Faltaban un par de horas para el alba, pero la luna brillaba clara y las hogueras de los campamentos enemigos despedían una luz exagerada. Totesham bajó corriendo por las escaleras de las murallas, mientras los hombres apartaban los barriles llenos de piedras que formaban la barricada de detrás de la puerta y abrían la enorme barra que no se había tocado en un mes. Las puertas crujieron al abrirse y los hombres que esperaban vitorearon. Totesham deseó que se hubieran callado porque no quería alertar al enemigo, pero ya era demasiado tarde, así que buscó a su tropa de hombres de armas y los guió para unirse con la corriente de soldados y hombres de la ciudad que salían por la puerta.

Thomas se dirigió al ataque junto a Robbie, sir Guillaume y sus dos hombres.

Will Skeat, a pesar de su promesa a Totesham había querido ir con ellos, pero Thomas lo había empujado hacia las murallas y le había dicho que observara la batalla desde allí.

—Aún no estás bien, Will —había insistido.

—Si tú lo dices, Tom —había asentido Skeat dócil; después vio cómo subía la escalera y se situaba en la torre de la puerta. Lo saludó con la mano, pero Skeat no lo vio, o si le vio, no le reconoció.

Se sentía extraño fuera de las puertas tanto tiempo cerradas. El aire era más fresco, no llevaba el hedor de las cloacas de la ciudad. Los atacantes siguieron la carretera que discurría recta trescientos pasos antes de desvanecerse tras la empalizada que protegía las plataformas de madera sobre las que estaban montados *Portainfiernos* y *Fabricaviudas*. Esa empalizada era más alta que un hombre y algunos de los arqueros llevaban escaleras para salvarla, pero Thomas estaba convencido de que las empalizadas se habían construido demasiado deprisa y probablemente caerían con un buen empujón y corrió hacia ellas, aún algo torpe. Esperaba oír las ballestas en cualquier momento, pero desde los terraplenes de Carlos no llegaron dardos; el enemigo, supuso Thomas, debía de estar ocupado con los hombres de Dagworth.

Entonces el primero de los arqueros de Totesham alcanzó la empalizada y apoyaron las escaleras pero, justo como Thomas pensaba, una valla entera se derrumbó con el peso de los hombres sobre las escalas. Los terraplenes y empalizadas no habían sido construidos para que no entraran los hombres, sino para resguardar a los ballesteros, y los ballesteros aún no sabían que había salido una partida de la ciudad, así que ese terraplén estaba indefenso.

Cuatrocientos o quinientos hombres cruzaron la empalizada caída. La mayoría no eran soldados entrenados, sino ciudadanos airados por los proyectiles enemigos sobre sus casas. Los trabuquetes habían matado y mutilado a sus mujeres e hijos, y los hombres de La Roche-Derrien querían venganza, del mismo modo que querían conservar la prosperidad que había traído la ocupación inglesa a la ciudad.

—¡Arqueros! —bramó Totesham con voz profunda—. ¡Arqueros, a mí! ¡Arqueros!

Sesenta o setenta arqueros corrieron para obedecerlo, y formaron una línea justo al sur de las plataformas en las que estaban colocados los dos trabuquetes. El resto de la partida cargaba contra el enemigo, que ya no formaba una línea de batalla, sino que se había desperdigado en pequeños grupúsculos tan concentrados en que la victoria sobre sir Thomas Dagworth fuera aplastante que habían olvidado vigilar sus espaldas. Ahora se daban la vuelta, alarmados, cuando un rugido brutal anunció la llegada de la guarnición.

—¡Matad a esos cabrones! —gritó un villano en bretón.

—¡Matad! —sonó una voz inglesa.

—¡No hagáis prisioneros! —aulló otro hombre, y aunque Totesham, que temía que se perdieran los rescates, gritó que sí los hicieran, nadie lo oyó entre la barahúnda brutal de los atacantes.

Los hombres de armas de Carlos formaron instintivamente una línea, pero Totesham, que ya lo había previsto, había reunido a sus arqueros y les ordenó disparar: los arcos empezaron con la música del infierno y las flechas silbaron en la oscuridad para hundirse en malla, carne y hueso. Los arqueros eran pocos, pero disparaban a corta distancia y no podían fallar, y los hombres de Carlos se acurrucaron tras los escudos mientras los proyectiles daban en el blanco, pero las flechas perforaban los escudos y los hombres de armas rompieron la fila y se desperdigaron para buscar refugio entre las tiendas.

—¡A la caza! ¡A la caza! —Totesham soltó a sus arqueros para la matanza.

Los hombres de sir Thomas Dagworth que estaban peleando eran ya menos de cien, la mayoría arqueros que se habían refugiado entre los carros. Algunos de los otros habían sido hechos prisioneros, muchos habían muerto, mientras que otros tantos intentaban escapar por los terraplenes y las empalizadas, aunque éstos, al oír el rugido tras ellos, dieron la vuelta y volvieron a la carga. Los hombres de Carlos estaban desperdigados: muchos, seguían a la caza de lo que quedaba del primer ataque, ajenos a la nueva situación, y los que habían intentado resistir la partida de Totesham, o estaban muertos o huían entre las sombras. Los hombres de Totesham habían llegado al corazón del campamento con la brutalidad de un ciclón. Los ciudadanos se sentían empujados por la ira.

Nada había de sutil en su asalto, sólo la lujuria de venganza mientras pasaban en manada junto a los dos trabuquetes. Las primeras cabañas que encontraron eran los refugios de los ingenieros bávaros que, como no querían tomar parte en la matanza cuerpo a cuerpo para escabechinar a los supervivientes del asalto de sir Thomas Dagworth, se habían quedado en sus alojamientos y ahora morían allí. Los villanos no tenían ni idea de quiénes eran sus víctimas, sólo sabían que eran el enemigo, así que se liaron a hachazos, martillazos y azadonazos. El ingeniero jefe intentó proteger a su hijo de once años, pero murieron juntos bajo el frenesí de los golpes y, mientras tanto, los hombres de armas ingleses y flamencos atravesaban el lugar en busca de sus iguales.

Thomas había disparado junto al resto de arqueros, pero ahora buscaba a Robbie, a quien había visto por última vez junto a los dos trabuquetes. Ya habían dejado a *Fabricaviudas* preparada para el primer disparo de la mañana, y Thomas tropezó con una enorme punta de metal que sobresalía del brazo y servía de anclaje para la cincha. Lanzó una maldición, pues se había herido la espinilla, y subió a la estructura del trabuquete para disparar una flecha por encima de la cabeza de los que

masacraban a los bávaros. Apuntaba al enemigo que aún se apiñaba a los pies del molino y vio caer a un hombre antes de que subieran los abigarrados escudos. Volvió a disparar y reparó en que sus manos maltrechas estaban haciendo lo que habían hecho siempre y lo estaban haciendo bien, así que sacó una tercera flecha y la dirigió a un escudo iluminado por las llamas pintado con el armiño blanco; después, los hombres de armas ingleses y sus aliados empezaron a subir por la colina, lo que le impedía seguir disparando, así que bajó del trabuquete y siguió buscando a Robbie.

El enemigo defendía el molino con firmeza y la mayoría de los hombres de armas de Totesham se habían metido entre las tiendas, donde había más esperanzas de encontrar botín. Los villanos, una vez acabaron con sus torturadores bávaros, los seguían con las hachas ensangrentadas. Un hombre con armadura de placas salió de detrás de una tienda y le asestó un tajo a uno de ellos, que se dobló en dos, y Thomas no se lo pensó, flechó el arco y disparó. La flecha penetró por la hendidura del visor del enemigo tan limpiamente como si Thomas hubiera estado disparando en un campo de tiro en su casa, y un chorro de sangre, brillante por la luz de la luna, que relucía como si fuera vina joya, rezumó de la abertura del visor mientras el hombre caía hacia atrás y se desplomaba sobre la tienda.

Thomas corrió, pisando cadáveres, esquivando tiendas medio caídas. No era lugar para un arco, estaba todo demasiado apelotonado, así que se colgó el arco de tejo al hombro y desenvainó la espada. Se metió dentro de una tienda, pasó por encima de un banco que había caído, oyó un grito y se dio la vuelta con la espada levantada, para ver una mujer en el suelo, medio escondida entre los jergones, pidiendo clemencia. La dejó allí, salió a la noche iluminada por hogueras y vio que un enemigo apuntaba una ballesta contra los hombres de armas ingleses que atacaban el molino. Dio dos pasos y le clavó la espada entre los riñones, de manera que su víctima arqueó hacia atrás la columna rota, se estremeció y se sacudió. Thomas liberó la espada y quedó tan horrorizado por los estertores del hombre que la clavó una y otra vez, lanzando tajos al hombre caído que se retorció entre espasmos, para que se callara.

—¡Está muerto! ¡Cristo, tío, ya está muerto! —le gritó Robbie; después agarró a Thomas por la manga y lo arrastró hasta el molino, y Thomas se descolgó el arco y disparó a dos hombres con la divisa del armiño blanco en los jubones que intentaban escapar y bajaban corriendo por el otro lado de la colina. Un perro pasó disparado por allí, con algo rojo y chorreante entre los dientes. Había dos enormes hogueras en la colina, a cada lado del molino, y un hombre de armas cayó en una de ellas al recibir el impacto de una flecha inglesa. Las chispas salían disparadas hacia arriba mientras se derrumbaba, y entonces empezó a gritar cuando la carne se asó dentro de la armadura. Intento apagarse las llamas, pero uno de los ciudadanos de La Roche-Derrien lo devolvió adentro con el culo de una lanza y se rió al ver gritar al hombre desesperado. El entrechocar de espadas, escudos y hachas era imponente, llenaba la

noche, pero en el extraño caos había una zona tranquila detrás del molino. Robbie había visto a un hombre meterse por una puertecita y tiró de Thomas hacia ese lado.

—¡O se está escondiendo o huye! —gritó Robbie—. ¡Debe de estar forrado!

Thomas no estaba muy seguro de lo que decía Robbie, pero le siguió de todos modos; tuvo suficiente tiempo para volver a colgarse el arco y sacar la espada una segunda vez antes de que Robbie abriera la puerta de una embestida con el hombro y se zambullera en la oscuridad.

—¡Sal, inglés cabrón! —gritó.

—¿Quieres que te maten? —bramó Thomas—. ¡Joder, Robbie, estás luchando por los ingleses!

Robbie blasfemó al acordarse del detalle; entonces Thomas vio una sombra a su derecha, sólo una sombra, y dirigió la espada hacia allí. Chocó contra otra espada, y Robbie empezó a gritar en la oscuridad polvorienta y el hombre a gritarles en francés. Thomas se retiró, pero Robbie lo atravesó con la espada una vez, y otra, y la hoja rebanó carne y hueso y después se oyó un estrépito cuando el hombre y su armadura se derrumbaron sobre la muela del molino.

—¿Qué coño me decía? —quiso saber Robbie.

—Intentaba rendirse —dijo una voz desde el otro lado del molino, y Thomas y Robbie se volvieron ciento ochenta grados hacia el sonido y sus espadas chocaron contra una maraña de vigas, viguetas, ruedas dentadas y ejes, y entonces el hombre que no veían volvió a gritar—: ¡Joder, chicos, joder! Que soy inglés. —Se oyó un topetazo cuando una flecha se clavó en la pared exterior del molino. Las aspas tiraron de las maromas que las sujetaban y la maquinaria de madera chirrió y crujió. Aún se oyeron más flechas contra las tablas—. Soy un prisionero —dijo el hombre.

—Ahora ya no —repuso Thomas.

—Supongo que no. —El hombre pasó por encima de la muela y abrió la puerta, así que Thomas vio que se trataba de un hombre de mediana edad con el pelo cano—. ¿Qué está pasando? —preguntó.

—Estamos destripando demonios —repuso Robbie.

—Recemos a Dios para que así sea. —El hombre se volvió y le tendió la mano a Robbie—. Soy sir Thomas Dagworth y os doy las gracias a los dos. —Sacó la espada y salió a la luz de la luna, y Robbie miró a Thomas.

—¿Has oído eso?

—Ha dicho que gracias —dijo Thomas.

—Ya, eso lo he oído, ¡pero era sir Thomas Dagworth!

—Pues a lo mejor lo era.

—¿Y qué coño estaba haciendo aquí? —preguntó Robbie antes de agarrar al hombre que había asesinado y, con mucho esfuerzo y ruido por los golpes de la armadura contra la piedra y la madera, lo arrastró hasta la puerta, donde las hogueras

centelleaban. El hombre iba sin yelmo y Robbie le había partido el cráneo en dos pero, bajo la sangre, vio brillar oro y le sacó una cadena de debajo del peto—. Tenía que ser un tipo importante —dijo mientras admiraba la cadena y después sonrió a Thomas—. La partimos luego, ¿eh?

—¿Partirla?

—Somos amigos, ¿no? —dijo Robbie, y se metió la cadena de oro bajo la cota antes de volver a meter el cadáver en el molino—. Esa armadura está muy bien —prosiguió—, volveremos después y esperemos que no la haya robado ningún cabrón.

Ahora, en el campamento, se había desatado un horror sangriento. Los supervivientes de la partida de sir Thomas Dagworth seguían peleando, sobre todo los arqueros, junto a los carros, pero a medida que la guarnición de la ciudad barrió las tiendas, liberaron prisioneros y ayudaron a los supervivientes que se habían escondido. Los ballesteros de Carlos, que podrían haber detenido el ataque de la guarnición, estaban sobre todo ocupados con los arqueros junto a los carros. Los genoveses utilizaban sus enormes paveses como refugios, pero los nuevos atacantes llegaban por detrás y los genoveses no encontraron para éstos dónde resguardarse cuando las largas flechas empezaron a silbar en la noche. Los arcos de guerra sonaban con la melodía del demonio, llegaban diez flechas por cada dardo disparado y los ballesteros, incapaces de resistir el avance, huyeron.

Los arqueros victoriosos, ahora reforzados por los hombres que se habían refugiado entre los carros, volvieron hacia las tiendas, en las que se estaba desarrollando un corre-que-te-pillo mortal por las callejas oscuras entre las tiendas de lienzo, pero entonces, un arquero galés se dio cuenta de que el enemigo saldría si prendían fuego a las tiendas. Pronto el campamento entero empezó a vomitar llamas y humo y los soldados enemigos corrían directos hacia las flechas y hojas de los pirómanos.

Carlos de Blois se había retirado tras el molino, consciente de que en lo alto de la colina llamaba la atención, y había intentado reunir unos cuantos caballeros en frente de su magnífica tienda, pero una carga aplastante de villanos pasó por encima de aquellos caballeros y Carlos contempló, horrorizado, cómo carniceros, toneleros, carreteros y empajadores masacraban a sus mejores hombres con hachas, cuchillos de matarife y horcas. Se había retirado de prisa dentro de la tienda, pero ahora uno de sus sirvientes levantaba muy poco ceremoniosamente la parte de detrás de la tienda y le indicaba con la mano.

—Por aquí, vuestra gracia.

Carlos se zafó del criado.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó lastimeramente.

—Nos dirigiremos al campamento sur, señor, y traeremos más hombres desde allí.

Carlos asintió, reparó en que esa orden tendría que haberla dado él y se arrepintió de su insistencia para que ninguno de los hombres abandonara los campamentos. Más de la mitad de su ejército estaba en los otros tres campamentos, todos cerca y todos ansiosos por pelear, y más que capaces de barrer a esta horda desorganizada, y aun así, obedecían sus órdenes y estaban quietecitos mientras su campamento caía bajo la espada.

—¿Y mi trompeta? —preguntó con aire de mando.

—¿Señor? ¡Estoy aquí, vuestra gracia! —El trompeta había sobrevivido milagrosamente a la batalla y había permanecido junto a su señor.

—Toca los siete trompetazos —ordenó Carlos.

—¡Aquí no! —exclamó un cura y, cuando Carlos lo miró con actitud ofendida, dio una rápida explicación—. ¡Atraerá al enemigo, vuestra gracia! ¡Después de dos toques se lanzarán sobre nosotros como perros!

Carlos reconoció la sabiduría del consejo y asintió levemente. Ahora lo acompañaban doce caballeros y constituían una fuerza formidable en aquella noche de batalla quebrada. Uno de ellos echó una ojeada fuera de la tienda, vio las llamas partir el cielo y supo que las tiendas del duque prenderían pronto.

—Tenemos que marcharnos, vuestra gracia —insistió—, hay que ir a por los caballos.

Abandonaron la tienda de prisa, por donde normalmente montaban guardia los centinelas del duque, y entonces llegó volando una flecha en la noche para rebotar en un peto de placas. De repente, los gritos se oyeron más fuertes y un mar de hombres llegó por la derecha, así que Carlos tuvo que retirarse a la izquierda, lo que le obligó a subir otra vez a la colina del molino. Entonces un grito anunció que el gran duque había sido avistado y las primeras flechas subieron por la colina.

—¡Trompeta! —gritó Carlos—. ¡Siete toques! ¡Siete toques!

Carlos y sus hombres, que ya no podían alcanzar los caballos, estaban ahora de espaldas contra la fachada del molino, atiborrada de flechas blancas. Una flecha más atravesó el diafragma de otro hombre, perforó la malla, el estómago y le salió por la espalda para clavarlo contra los tableros del molino; entonces una voz inglesa bramó a los arqueros que dejaran de disparar.

—¡Es su duque! —aulló el hombre—. ¡Su duque! ¡Lo queremos vivo! ¡Dejad de disparar! ¡Bajad los arcos!

La noticia de que Carlos de Blois estaba arrinconado junto al molino arrancó un rugido de los atacantes. Las flechas se detuvieron y los hombres de armas de Carlos que defendían la colina, magullados y sangrantes, se dieron la vuelta para ver, justo entre la luz de las dos grandes hogueras del molino, una masa de criaturas que se apiñaban como lobos.

—¡Que Dios nos ayude! —dijo un cura con voz algo temblorosa.

—¡Trompeta! —espetó Carlos de Blois.

—Señor —obedeció el trompeta. Tenía la boquilla del instrumento misteriosamente llena de tierra. Debía de habérsela caído, aunque no se acordaba. Sacudió la tierra de la boquilla de plata, se puso la trompeta en la boca y sonó el primer toque dulce, claro y alto en la noche. El duque sacó la espada. Sólo tenía que defender el molino durante suficiente tiempo para que llegaran los refuerzos de los otros campamentos y barrer a esa jauría impertinente hasta el infierno. Sonó el segundo toque.

Thomas oyó la trompeta, se dio la vuelta y vio un destello plateado en el molino, después vio el reflejo de la llama en el vientre del instrumento, cuando el trompeta ya la alzaba a la luna por tercera vez. Thomas no había oído la orden de dejar de disparar flechas, así que tensó la cuerda, levantó la mano izquierda muy levemente y la soltó. La flecha voló disparada por encima de las cabezas de los hombres de armas ingleses y se clavó en el trompeta justo cuando tomaba aire para emitir el tercer toque, y el aire silbó y borboteó en su pulmón perforado mientras caía de lado sobre la hierba. Las formas oscuras y acechantes al pie de la colina vieron al hombre caer y cargaron de golpe.

De los tres campamentos fortificados no llegó ninguna ayuda. Sólo habían oído dos toques de trompeta, sólo dos, y estaban convencidos de que Carlos debía de estar ganando; además, habían recibido órdenes estrictas y reiteradas de que se quedaran donde estaban, bajo la amenaza de perder las tierras conquistadas que se distribuirían entre los vencedores. Así que se quedaron contemplando el humo que salía de las violentas llamas y preguntándose qué habría ocurrido en el campamento del este.

Y lo que había sucedido era el caos. Esta batalla, pensó Thomas, era igual que el ataque a Caen: sin planificar, desorganizada y totalmente brutal. Los ingleses y sus aliados se habían puesto muy nerviosos ante la perspectiva de la derrota, mientras que los hombres de Carlos confiaban en la victoria, y de hecho, al principio la habían conseguido, pero ahora el nerviosismo inglés se estaba tornando un asalto enloquecido, sangriento y despiadado, y los franceses y bretones se sumían en un agobio aterrorizado. Se oyó un clamor rechinante cuando los hombres de armas ingleses embistieron contra los hombres de armas de Carlos que defendían el molino. Thomas quería unirse a aquella batalla, pero de repente Robbie le tiró de la manga de malla.

—¡Mira! —Le estaba señalando una de aquellas tiendas ardiendo.

Robbie había visto tres jinetes con sobrevestes negras sin divisa y con ellos, a pie, un dominico. Thomas vio también el hábito blanco y negro y siguió a Robbie entre las tiendas, saltó por encima de las telas derrumbadas, azules y blancas, pisó un estandarte caído y corrió entre dos hogueras hasta un espacio abierto lleno de humo y pavesas de tela volando por los aires. Una mujer con el vestido medio rasgado gritaba

y corría, y se cruzó en su camino seguida de un hombre que esparcía las llamas con las botas mientras la perseguía hasta una cabaña con el techo de hierba. Por un momento perdieron de vista al sacerdote; entonces Robbie volvió a ver el hábito: el dominico intentaba montar en un caballo sin ensillar que los hombres de las sobrevestes negras le sujetaban. Thomas sacó el arco, soltó la flecha y vio que se hundía en el pecho del animal; la bestia retrocedió agitando unos cascos amarillos, y el dominico cayó hacia atrás. Los hombres de las sobrevestes negras se alejaron al galope de la amenaza del arco, y el sacerdote se dio la vuelta y vio a sus perseguidores. Thomas reconoció a De Taillebourg, el torturador de Dios. Le gritó que se detuviera, pero De Taillebourg corrió hacia unas tiendas que aún quedaban en pie. Un balletero genovés apareció de repente, los vio, levantó el arma y Thomas disparó. La flecha le atravesó la garganta al hombre, derramando sangre sobre la túnica rojiverde. La mujer gritó dentro de la cabaña y fue acallada de golpe mientras Thomas seguía a Robbie hacia donde el inquisidor había desaparecido entre las tiendas. La puerta de tela de una de las tiendas aún se agitaba y Robbie, espada en mano, apartó el lienzo y se metió en lo que resultó ser una capilla.

De Taillebourg estaba de pie sobre el altar con el mantel blanco de Pascua. Había un crucifijo entre dos velas parpadeantes. El campamento era un sucederse de gritos, rugidos, dolor, flechas, caballos relinchando y hombres suplicando, pero en la capilla había una calma extraña.

—Hijo de la grandísima puta —dijo Thomas, sacando la espada mientras se acercaba al dominico—. Cura de mierda apestoso con un cagarro por cara.

Bernard de Taillebourg tenía una mano sobre el altar. Levantó la otra para persignarse.

—*Dominus vobiscum* —dijo con voz profunda. Una flecha rozó el techo de la tienda con un rasgueo y otra atravesó la tela y acabó detrás del altar.

—¿Está Vexille aquí?

—Que Dios te bendiga, Thomas —repuso De Taillebourg. Su rostro reflejaba furia y una mirada dura y grave; hizo la señal de la cruz en dirección a Thomas, después dio un paso atrás cuando Thomas levantó la espada.

—¿Está Vexille aquí? —repitió Thomas.

—¿Acaso lo ves? —preguntó el dominico, paseando la mirada por toda la tienda. Después sonrió—. No, Thomas, no está aquí. Se ha adentrado en la noche. Ha ido en busca de ayuda y tú no puedes matarme.

—Dame un motivo —contestó Robbie—, porque mataste a mi hermano, hijo de perra...

De Taillebourg miró al escocés. No lo conocía, pero vio su ira y le ofreció la misma bendición que le había dado a Thomas.

—No puedes matarme —dijo tras hacer la señal de la cruz—, porque soy un

sacerdote, hijo mío. Estoy ungido por Dios, y tu alma se condenará por toda la eternidad con sólo tocarme.

La respuesta de Thomas fue embestir con la espada hacia el estómago de De Taillebourg, cosa que obligó al cura a retroceder hacia el altar. Un hombre gritó fuera, la voz se quebraba y se amortiguaba y acabó en un sollozo. Una niña lloraba inconsolablemente, entre hipidos, y un perro ladraba histérico. La luz de las tiendas ardiendo refulgía dentro de la capilla.

—Eres un hijo de perra —reiteró Thomas—, y no me importa matarte por lo que me hiciste.

—¡Lo que te hice! —la ira de De Taillebourg ardía como el fuego del exterior—. ¡Yo no hice nada! —Ahora hablaba en francés—. ¡Tu primo me suplicó que te ahorrara lo peor y lo hice!. Un día —prosiguió—, ¡estarás de su lado! ¡Algún día te unirás al Grial! Algún día te pondrás del lado de Dios y por eso te ahorré lo peor, Thomas. ¡Te dejé los ojos! ¡No te quemé los ojos!

—Voy a disfrutar matándote —repuso Thomas, aunque la verdad es que estaba nervioso por atacar a un cura. El cielo estaría mirando y la pluma del ángel escribiría letras de fuego en el gran libro.

—Y Dios te ama, hijo mío —prosiguió De Taillebourg con amabilidad—. Dios te ama. Y Dios castiga a quien ama —repitió en tono amenazante.

—¿Qué está diciendo? —interrumpió Robbie.

—Dice que si lo matamos, nuestras almas se condenarán —repuso Thomas.

—Hasta que otro cura las descondene —repuso Robbie—. No hay un solo pecado en la tierra que algún cura no perdone si se paga suficiente. Deja de hablar con ese cabrón y mávalo. —Avanzó hacia De Taillebourg con la espada levantada, pero Thomas lo retuvo.

—¿Dónde está el libro de mi padre? —preguntó Thomas al sacerdote.

—Lo tiene tu primo —contestó De Taillebourg—. Te lo prometo, lo tiene tu primo.

—¿Y dónde está mi primo?

—Ya te lo he dicho, ha salido en busca de ayuda —prosiguió De Taillebourg—, y ahora tú también tienes que irte, Thomas. Debes dejarme aquí rezando.

Thomas casi le obedece, pero entonces recordó su patética gratitud hacia el cura cuando dejó de torturarlo, y el recuerdo de esa gratitud era tan vergonzoso, tan doloroso, que de repente se estremeció y casi sin pensar, le clavó la espada al sacerdote.

—¡No! —gritó De Taillebourg, con un tajo en el brazo izquierdo (con el que había intentado defenderse) que le llegaba al hueso.

—Sí —repuso Thomas, y la ira lo consumía, se hacía con él, y volvió a cortar, y Robbie a su lado, clavándole también la espada, y Thomas asestó un tercer corte, pero

quería infligirle tanta fuerza que se le quedó enganchada en el techo de la tienda.

De Taillebourg se tambaleaba.

—¡No puedes matarme! —gritaba—. ¡Soy un sacerdote! —fue su última palabra, y seguía gritando cuando Robbie le hendió la espada de sir William Douglas en el cuello. Thomas liberó su propia espada. De Taillebourg, con la parte delantera del hábito empapada en sangre, lo miraba estupefacto, intentó hablar pero no pudo, y la sangre seguía derramándose por la trama del tejido con una rapidez extraordinaria. Cayó de hinojos, aún intentando hablar, y Thomas le asestó otro golpe en la nuca; salió aún más sangre, que salpicó el frontal blanco del altar. De Taillebourg miró hacia arriba, esta vez con sorpresa, y el último mandoble de Robbie acabó con el dominico al sacarle la tráquea del cuello.

Robbie tuvo que apartarse para evitar el chorro de sangre. El sacerdote se convulsionaba y en su agonía tiró del mantel blanco del altar y echó al suelo las velas y el crucifijo. Se oyó un estertor, se retorció y se quedó quieto.

—Esto sí que me ha sentado bien —dijo Robbie en la repentina oscuridad que siguió al apagarse las velas—. Odio a los curas. Siempre he querido matar a uno.

—Tenía un amigo que era cura —repuso Thomas y se persignó—, pero lo mataron, mi primo o este hijo de la gran puta. —Le dio un puntapié al cadáver de De Taillebourg, después se inclinó y limpió la espada en el dobladillo de la sotana del sacerdote.

Robbie se dirigió hacia la puerta.

—Mi padre está convencido de que el infierno está lleno de curas —dijo.

—Pues ahí va otro —repuso Thomas. Recogió el arco y él y Robbie volvieron a la oscuridad atravesada por flechas y alaridos. Ahora había tantas tiendas y cabañas en llamas que parecía que fuera de día, y en el brillante resplandor Thomas vio a un ballestero arrodillado entre dos caballos amarrados y aterrorizados. La ballesta estaba apuntando hacia la colina donde luchaban tantos ingleses. Thomas flechó el arco, lo tensó y, en el momento en el que estaba a punto de disparar, reconoció el blasón blanco y azul con el dibujo de las olas, y disparó a la ballesta, que cayó de las manos de Jeanette.

—¡Vas a conseguir que te maten! —le gritó enfadado.

—¡Ése es Carlos! —Estaba señalando a la cima de la colina, igual de enfadada con él.

—Los únicos que llevan ballesta son los enemigos —replicó él—. ¿Quieres que te atravesase un arquero? —Cogió la ballesta por la cureña y la lanzó entre las sombras—. Además, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—¡He venido a matarlo! —dijo señalando de nuevo a Carlos de Blois, quien, con sus sirvientes, intentaba rechazar desesperadamente el asalto. Le quedaban ocho caballeros vivos y todos peleaban salvajemente, aunque les superaban en número de

manera aplastante y además todos sus hombres estaban heridos. Thomas dirigió a Jeanette por la ladera justo a tiempo de ver como un hombre de armas inglés muy alto le asestaba un golpe a Carlos, que paró con el escudo y le devolvió el embate en el muslo. Le atacó un segundo hombre que cayó bajo un hachazo, un tercero apartó a uno de los sirvientes de Carlos del molino y le partió en dos el casco. Parecía que una veintena de ingleses intentaba alcanzar a Carlos, aplastando los escudos contra las armas de los franceses y lanzando golpes con enormes hachas de guerra a diestro y siniestro.

—¡Dadle espacio! —gritó una voz autoritaria—. ¡Dadle espacio! ¡Retroceded! ¡Retroceded! ¡Dejad que se rinda!

Los atacantes se echaron hacia atrás renuentes. Carlos tenía el visor levantado, había sangre en su rostro y más sangre en su espada. Un sacerdote estaba de rodillas junto a él.

—¡Rendíos! —gritó un hombre al duque, a quien pareció entender porque negó impulsivamente con la cabeza, pero entonces Thomas flechó el arco, lo tensó y apuntó a la cara de Carlos. Carlos comprendió la amenaza y vaciló.

—¡Rendíos! —gritó otro hombre.

—¡Sólo me rendiré a un hombre de rango! —gritó Carlos en francés.

—¿Quién hay de alto rango? —preguntó Thomas primero en inglés, y después otra vez en francés. Uno de los hombres de armas de Carlos que quedaban en pie se derrumbó lentamente, primero cayó de rodillas, y después sobre su vientre, con un estruendo metálico.

Un caballero salió de las filas inglesas. Era un bretón, uno de los segundos de Totesham, y anunció su nombre para probarle a Carlos que era de noble cuna y tendió la mano, y Carlos de Blois, sobrino del rey de Francia y pretendiente al ducado de Bretaña, dio un paso adelante bastante extraño y entregó su espada. Un enorme grito de júbilo se alzó desde la colina, y los hombres se separaron formando un pasillo para permitir que el duque y su captor pasaran. Carlos esperaba que le devolvieran la espada y pareció sorprendido cuando el bretón no se la ofreció, después el duque derrotado bajó altivo por la colina, ignorando a los ingleses triunfantes, pero de repente se detuvo porque una figura de pelo negro se cruzó en su camino.

Era Jeanette.

—¿Os acordáis de mí? —le preguntó.

Carlos la miró de arriba abajo y se estremeció como si le hubieran disparado cuando reconoció la divisa de su jubón. Después se volvió a estremecer cuando vio la ira en sus ojos. No dijo nada.

Jeanette sonrió.

—Violador —le dijo, y le escupió dentro del visor abierto. El duque movió la cabeza, pero demasiado tarde, y Jeanette le volvió a escupir. Se estremeció de ira.

Ella le estaba tentando para que se volviera, pero se controló, y Jeanette, incapaz de hacer lo propio, le escupió una tercera vez—. *Ver* —le llamó con desprecio, y se apartó mientras el resto la vitoreaba.

—¿Qué es *ver*?— le preguntó Robbie.

—«Gusano» —contestó Thomas, y sonrió a Jeanette—. Bien hecho, mi señora.

—Iba a darle una patada en las gónadas —repuso ella—, pero me he acordado de que llevaba armadura.

Thomas lanzó una carcajada y se apartó cuando Richard Totesham ordenó a media docena de hombres de armas que escoltaran a Carlos de vuelta a La Roche-Derrien. Sin contar al rey de Francia, era el prisionero más valioso que se podía conseguir en la guerra. Thomas lo contempló mientras marchaba. Carlos de Blois se uniría ahora al rey de Escocia como prisionero de Inglaterra, y ambos hombres habrían de reunir una fortuna si deseaban ser liberados.

—¡Aún no hemos terminado! —gritó Totesham. Había visto a la multitud de hombres abucheando al duque y cantando victoria, y se les adelantó—. ¡No hemos terminado! ¡Acabad el trabajo!

—¡Los caballos! —gritó sir Thomas Dagworth—. ¡Coged los caballos!

La batalla en el campamento de Carlos había sido ganada, pero la contienda aún no había terminado. El asalto desde la ciudad había llegado como una tormenta y arrasado la línea de batalla que Carlos había preparado tan cuidadosamente, y lo que quedaba de ella estaba ahora deshecho en pequeños grupos. Veintenas de ellos estaban ya muertos, y otros huían en la oscuridad.

—¡Arqueros! —llegaban las órdenes—. ¡Arqueros a mí! —Docenas de arqueros corrieron a la parte sur del campamento, donde los franceses y bretones en fuga intentaban alcanzar las otras fortalezas, y los arcos les detuvieron sin piedad.

—¡Acabad con todos! —gritaba Totesham—. ¡Acabad con todos! —Surgió una organización tosca del caos cuando la guarnición y los villanos, fortalecidos con los supervivientes del ejército de sir Thomas Dagworth, persiguieron por todo el campamento a los franceses que quedaban, para conducirlos hacia donde les esperaban los arqueros. Era un trabajo lento, no porque el enemigo ofreciera resistencia real, sino porque los hombres se detenían continuamente para saquear las tiendas y las cabañas. Las mujeres y los niños fueron sacados a la luz de la luna y vieron cómo los hombres eran masacrados; prisioneros que habrían valido un inmenso rescate, fueron apiolados en la confusión y la oscuridad. El vizconde de Rohan murió despanzurrado, como los señores de Laval y Châteaubriant, de Dinan y Redon.

Una luz gris brillaba al este, el primer alborear del día. Los sollozos recorrían el campamento quemado.

—¿Qué, acabamos con ellos? —Richard Totesham había encontrado por fin a sir

Thomas Dagworth. Los dos hombres estaban en las fortificaciones del campamento, desde donde contemplaban el fuerte que había al sur.

—No los vamos a dejar ahí sentaditos, digo yo —repuso sir Thomas; después le tendió la mano—. Gracias, Dick.

—¿Por hacer mi trabajo? —contestó Totesham con pudor—. Pues vamos a dar una batidita, a ver cuántos cabrones salen de los otros campamentos, ¿eh?

Una trompeta llamó a los ingleses para que se reunieran.

* * *

Carlos de Blois les había dicho a sus hombres que un arquero no podía disparar a hombres que no veía, y eso era cierto, pero los hombres del campamento sur, que constituían la segunda fracción más numerosa de su ejército, se apiñaban junto a la fortificación externa para intentar ver lo que estaba sucediendo en el campamento del este sitiado en el molino. Habían encendido hogueras para proporcionar iluminación a sus ballesteros, pero esos fuegos servían ahora para recortar sus siluetas contra el fondo iluminado, mientras se erguían sobre el terraplén, que no tenía empalizada, y los arqueros ingleses, con objetivos tan claros, no podían fallar. Los arqueros estaban ahora en el terreno desbrozado que había entre los dos campamentos, oscurecido por las enormes fortificaciones de tierra, y las flechas volaban en la noche para asaetear a los franceses y bretones que estaban allí mirando. Los ballesteros intentaron devolver la andanada, pero eran los blancos más fáciles porque no llevaban cotas de malla, y entonces, con un rugido, los hombres de armas ingleses cargaron contra las defensas y la matanza empezó de nuevo. Los villanos, ansiosos por saquear, siguieron a la carga, y los arqueros, al ver las fortificaciones vacías, corrieron para no perderselo.

Thomas se detuvo en el terraplén para disparar una docena de flechas al enemigo aterrorizado, que había construido su campamento en el mismo lugar que los ingleses habían levantado el sitio el año anterior. Había perdido de vista a sir Guillaume y, aunque le había dicho a Jeanette que volviera a la ciudad, seguía con él, aunque ahora iba armada con una espada que le había quitado a un bretón muerto.

—¡No tendrías que estar aquí! —le ladró.

—¡Avispas! —contestó ella, y señaló una docena de hombres de armas con las sobrevestes amarillas y negras del señor de Roncelets.

El enemigo opuso muy poca resistencia. No se habían enterado del desastre que se le había venido encima a Carlos y les sorprendió el asalto repentino en la oscuridad. Los ballesteros que habían sobrevivido se retiraban en medio del pánico a las tiendas, y los ingleses volvieron a prender las telas con el fuego de las hogueras y a iluminar la oscuridad antes del inminente amanecer. Los arqueros ingleses y galeses se habían colgado los arcos al hombro, y ahora se abrían paso entre las tiendas a

hachazos, mandobles y mazazos. Fue otra matanza, alimentada por las perspectivas de botín, y algunos de los franceses y bretones, en lugar de enfrentarse a la masa de hombres enloquecidos, montaron en los caballos y huyeron hacia el este gris, herido ahora por el rosicler de la mañana.

Thomas y Robbie se dirigieron hacia los jubones a rayas de Roncelets. Habían intentado resistir junto al trabuquete con el nombre de *Latigodepeñas* pintado en su enorme estructura, pero habían sido rodeados por los arqueros y ahora intentaban escapar, aunque en la confusión no sabían hacia dónde dirigirse. Dos de ellos corrieron hacia Thomas, que ensartó a uno en su espada, mientras Robbie dejaba sin sentido al otro con un golpe brutal en el casco; entonces aparecieron un montón de arqueros que apartaron a un lado a las avispas, y Thomas envainó la espada húmeda y se descolgó el arco antes de correr hacia la enorme tienda, aún intacta, junto a un estandarte en el que ondeaba el pendón amarillo y negro, y allí, entre una cama y un baúl abierto, encontró al mismísimo señor de Roncelets. El y su escudero estaban metiendo monedas del cofre en pequeñas bolsas, y se volvieron en cuanto Thomas y Robbie entraron; el señor de Roncelets agarró una espada de la cama en el mismo momento que Thomas tensaba el arco. El escudero embistió contra Robbie, pero Thomas disparó y el escudero retrocedió como si lo arrastrara una cuerda enorme, y la sangre de la herida en su frente salpicó de sangre la tela del techo. El escudero tuvo unos cuantos espasmos y se quedó inmóvil, y el señor de Roncelets aún estaba a tres pasos de Thomas cuando éste ya tenía el arco flechado con una segunda saeta.

—Venga, mi señor —le retó Thomas—, dadme un motivo para enviaros al infierno.

El señor de Roncelets tenía aspecto de guerrero. El pelo corto e hirsuto, la nariz rota e incisivos mellados, pero no se detectaba en él ninguna beligerancia. Oía el sonido de la derrota a su alrededor, olía la carne quemada de los hombres atrapados entre las tiendas, y veía la flecha de Thomas apuntada a su cara, así que tendió su espada en una rendición instantánea.

—¿Vos tenéis rango? —le preguntó a Robbie. No había reconocido a Thomas y, en cualquier caso, supuso que cualquiera que llevara arco era forzosamente un plebeyo.

Robbie no entendió la pregunta, que había sido formulada en francés, así que Thomas contestó por él.

—Es un noble escocés —repuso Thomas exagerando la posición de Robbie.

—En ese caso, me rindo a él —repuso Roncelets de muy mala gana, y tiró la espada a los pies de Robbie.

—Joder —dijo Robbie, que no había entendido el intercambio—, ¡pues sí que se ha acojonado pronto!

Thomas soltó suavemente la cuerda y levantó los dedos torcidos de la mano

derecha.

—Habéis hecho muy bien en rendiros —le dijo a Roncelets—. ¿Recordáis que queríais cortármelos? ¿Os acordáis de que queríais cortármelos? —No pudo evitar sonreír cuando en el rostro de Roncelets se dibujó, primero el reconocimiento y después un miedo vil—. ¡Jeanette! —gritó Thomas, feliz por su pequeña victoria—. ¡Jeanette! —Jeanette entró en la tienda y con ella, de todas las personas posibles, tenía que venir precisamente Will Skeat—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó Thomas enfadado.

—¿No dejarías a un viejo amigo sin una tajada, eh, Tom? —preguntó Skeat con una sonrisa, y Thomas pensó que el auténtico Skeat estaba en aquella sonrisa.

—Viejo amigo... lo que eres es un viejo loco —rezongó Thomas; cogió la espada del señor de Roncelets y se la entregó a Jeanette—. Ahora es nuestro prisionero —dijo—, el tuyo también.

—¿Nuestro? —Jeanette estaba confundida.

—Es el señor de Roncelets —aclaró Thomas, no pudo evitar otra sonrisa—, y estoy convencido de que podemos sacar un buen rescate por él. Y no me refiero a dinero —señaló el baúl—, eso va a ser para nosotros.

Jeanette miró a Roncelets y, poco a poco, empezó a caer en la cuenta de que el señor de Roncelets era su prisionero, lo que equivalía a que había recuperado a su hijo. Se rió de repente y le dio un beso a Thomas.

—De modo que sí mantienes tus promesas, Thomas.

—Y tú mantén los ojos bien abiertos —contestó Thomas—, porque su rescate nos hará ricos a todos. A ti, Robbie, a mí y a Will. Vamos a hacernos todos ricos. —Y sonrió a Skeat—. Will, ¿te quedarás tú con ella vigilándolo?

—Yo me quedo —aceptó Will.

—¿Quién es? —preguntó curioso el señor de Roncelets a Thomas.

—La condesa de Armórica —repuso Jeanette por él, y se rió al ver la sorpresa reflejada en su rostro.

—Lleváoslo ya a la ciudad —les dijo; después, salió de la tienda, donde encontró a dos villanos buscando botín en las tiendas cercanas—. ¡Vosotros dos! —les gritó—, estáis encargados de guardar a un prisionero. Custodiadlo hasta la ciudad y seréis recompensados. ¡Controladlo bien! —Thomas arrastró a los dos hombres hasta la tienda. Pensaba que el señor de Roncelets no escaparía si Jeanette, Skeat y los dos hombres lo vigilaban—. Sólo tenéis que andar con ojo —les advirtió—, y llévalo a tu antigua casa. —Esto último iba dirigido a Jeanette.

—¿A mi antigua casa? —estaba confusa.

—Esta noche querías matar a alguien —le dijo Thomas—, y no has podido acabar con Carlos de Blois, así que, ¿por qué no vas y te cargas a Belas? —Se rió al ver la cara de satisfacción que puso; después él y Robbie cerraron el cofre, lo cubrieron de

mantas con la esperanza de mantenerlo escondido un rato más y volvieron a la batalla.

Por todo el campo de batalla en llamas, Thomas había visto hombres con sobrevestes negras y sabía que Cuy Vexille debía de andar cerca, pero aún no se había cruzado con él. Ahora oía gritos y entrechocar de espadas desde la puerta este del campamento, así que Thomas y Robbie corrieron para ver qué estaba sucediendo. Vieron a un grupo de jinetes con sobrevestes negras luchando contra una veintena de hombres de armas.

—¡Vexille! —gritó Thomas—. ¡Vexille!

—¿Es él? —preguntó Robbie.

—Son sus hombres, en cualquier caso —contestó Thomas. Supuso que su primo había estado en el campamento del este con De Taillebourg, que había venido a éste con la esperanza de traer una fuerza de relevo para ayudar a Carlos, pero estaba claro que había llegado tarde, y ahora sus hombres luchaban en la retaguardia para cubrir la retirada de los que huían.

—¿Quién es? —preguntó Robbie.

Thomas no veía a su primo. Volvió a gritar.

—¡Vexille! ¡Vexille!

Y allí estaba. El Arlequín, conde de Astarac, con armadura de placas, el visor levantado, montado en un caballo de guerra negro con un escudo también negro sin divisa. Vio a Thomas y levantó la espada en un saludo irónico. Thomas se descolgó el arco, pero Guy Vexille vio la amenaza, se retiró y sus hombres se cerraron a su alrededor.

—¡Vexille! —gritó y corrió hacia su primo. Robbie lanzó un aviso y Thomas agachó la cabeza cuando un jinete se le abalanzó con la espada, se abrió paso empujando al caballo, olió el cuero y el sudor, y otro jinete se le echó encima, y a punto estuvo de conseguir tirarlo al suelo—. ¡Vexille! —aullaba. Volvía a ver a Guy Vexille, sólo que ahora su primo se había dado la vuelta y espoleaba a su caballo para acercársele; Thomas tensó el arco, pero Vexille levantó el brazo derecho para mostrarle la espada envainada, y el gesto provocó que Thomas bajara el arma.

Guy Vexille, con el visor levantado y su atractivo rostro iluminado por las hogueras, sonrió.

—Tengo el libro, Thomas.

Thomas no dijo nada, pero volvió a levantar el arco.

Guy Vexille sacudió la cabeza a modo de reproche.

—No hay ninguna necesidad de eso, Thomas. Únete a mí.

—En el infierno, cabrón —repuso Thomas. Era el hombre que había matado a su padre, a Eleanor y al padre Hobbe, y Thomas tensó el arco por completo, pero Vexille sacó una navajita que llevaba escondida en su escudo y, con toda la tranquilidad del

mundo, se inclinó hacia delante y cortó la cuerda. La cuerda rota hizo que el arco rebotara con violencia en la mano de Thomas y la flecha cayó inofensiva. La había cortado tan rápidamente que Thomas no tuvo tiempo de reaccionar.

—Un día te unirás a mí, Thomas —dijo Vexille, y entonces vio que los arqueros ingleses habían reparado por fin en sus hombres y empezaban a cobrarse víctimas, así que hizo girar al caballo, gritó retirada y espoleó a su montura.

—¡Cristo! —blasfemó Thomas por la frustración.

—*Calix meus inebrians!* —gritó Vexille, después se perdió entre los jinetes que galopaban hacia el sur. Les siguió una andanada de flechas, pero ninguna hirió a Guy Vexille.

—¡Hijo de puta! —le insultó Robbie.

De las tiendas ardiendo salió un grito de mujer.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Robbie.

—Quería que me uniera a él —repuso Thomas con amargura. Tiró la cuerda rota y sacó del morrión la que tenía de sobra. Sus torpes dedos encontraron algo de dificultad para volver a enganchar la cuerda, pero lo consiguió al segundo intento—. También dijo que el libro está en su poder.

—Bueno, pues a ver de qué le sirve, al muy cabrón —comentó Robbie. La batalla estaba muriendo, así que se arrodilló junto a un cadáver vestido de negro y empezó a buscar monedas. Sir Thomas Dagworth gritaba a los hombres desde el lado oeste del campamento que se reagruparan para asaltar la siguiente fortaleza, donde algunos de los defensores, al advertir que la batalla estaba perdida, ya habían huido. Las campanas de las iglesias de La Roche-Derrien repicaban para celebrar que Carlos de Blois había entrado en la ciudad como prisionero.

Thomas miró el lugar por donde había huido su primo. Estaba avergonzado porque una pequeña parte de él, una pequeña y traicionera parte, se había sentido tentada de aceptar la oferta. Unirse a su primo, volver a entrar en una familia, buscar el Grial y controlar su poder. La vergüenza era amarga, como la vergüenza por la gratitud que había sentido hacia De Taillebourg cuando la tortura cesó.

—¡Hijo de puta! —gritó inútilmente—. Hijo de puta...

—¡Hijo de puta! —El grito que se cruzaba con el de Thomas era el de sir Guillaume. El caballero francés, junto a sus dos hombres de armas, empujaba a un prisionero por la espalda con su espada. El cautivo llevaba armadura de placas y con su espada la arañaba a cada paso que daba—. ¡Hijo de puta! —volvió a gruñir sir Guillaume; después vio a Thomas—. ¡Es Coutances! ¡Coutances! —le quitó con brusquedad el yelmo al prisionero—. ¡Míralo!

El conde de Coutances era un hombre con aspecto melancólico, calvo como un huevo, que hacía lo que podía para parecer digno. Sir Guillaume lo volvió a empujar.

—Mira lo que te digo, Thomas —hablaba en francés—, la mujer y las hijas de

este cabrón se van a tener que prostituir para reunir el rescate que voy a pedir por él. ¡Van a tener que follarse a toda Normandía para recuperar a este cabrón acojonado! —Volvió a pinchar al conde—. ¡Te voy a dejar pelado! —bramó sir Guillaume, y después, exultante, prosiguió con su prisionero.

La mujer volvió a gritar.

Había muchas mujeres gritando en aquel amanecer, pero algo en aquel chillido llamó la atención de Thomas, que se volvió alarmado. El grito sonó una tercera vez, y Thomas empezó a correr.

—¡Robbie! —gritó—. ¡A mí!

Thomas corrió por entre los restos de una tienda ardiendo, pateando ascuas con las botas. Rodeó unos rescoldos humeantes, casi tropieza con un herido que estaba vomitando sangre dentro del casco, corrió por un callejón entre cabañas de armeros, donde yunques, fuelles, martillos, pinzas y barriles llenos de remaches y anillos estaban desperdigados por la hierba. Un hombre con delantal de herrero y la cabeza abierta de la que manaba abundante sangre se cruzó en su camino tambaleándose, y Thomas lo apartó para seguir corriendo hacia el estandarte amarillo y negro que seguía ondeando junto a la tienda en llamas del señor de Roncelets.

—¡Jeanette! —gritó—. ¡Jeanette!

Pero Jeanette era prisionera. La tenía sujeta un hombre enorme que la había arrinconado contra el trabuquete llamado *Latigodepeñas*, que se erguía justo detrás de la tienda del señor de Roncelets. El hombre oyó gritar a Thomas y se dio la vuelta, sonriendo. Era Beggar, todo barba y dientes picados, y agarraba fuertemente a Jeanette, que se revolvía para escapar.

—¡Sujétala, Beggar! —gritó sir Geoffrey Carr—. ¡Sujeta a esa puta!

—Bonita no va a ir a ningún sitio —repuso Beggar—, a ningún sitio, preciosa —e intentaba levantarle la cota de malla, pero era demasiado pesada y extraña, y Jeanette lo repelía frenéticamente.

El señor de Roncelets, aún sin espada, estaba sentado en la estructura de *Latigodepeñas*. Tenía una marca roja en la cara, que sugería que había sido golpeado, y sir Geoffrey y sus otros cinco hombres de armas estaban de pie frente a él. El Espantapájaros miró a Thomas desafiante.

—¡Es mi prisionero! —insistió.

—Nos pertenece —repuso Thomas—, nosotros lo hemos prendido.

—Mira, chico —dijo el Espantapájaros con la voz aún turbia por el alcohol—. Yo soy un caballero y tú un cagarro. ¿Me entiendes? —Se tambaleaba ligeramente mientras avanzaba hacia Thomas—. Yo soy un caballero —volvió a decir, más alto—, ¡y tú no eres nada! —Su rostro colorado, refulgente por las llamas, estaba contorsionado por la burla—. ¡No eres nada! —volvió a gritar, y se dio la vuelta para asegurarse de que sus hombres seguían custodiando al señor de Roncelets. Un cautivo

tan rico seguro que solucionaría todos los problemas de sir Geoffrey, y estaba determinado a quedárselo, a él y al rescate—. Ella no puede hacer prisioneros —dijo señalando a Jeanette—, porque tiene tetas, y tú no puedes porque eres un cagarro. ¡Pero yo soy un caballero! ¡Un caballero! —escupió las palabras a Thomas quien, agujoneado por los insultos, tensó el arco. La nueva cuerda era un poquito más larga de lo que debía, y Thomas sentía que el arco negro no reunía toda su potencia, pero imaginó que bastaría para atravesar a un espantapájaros como aquél—. ¡Beggar! —gritó el Espantapájaros—, si dispara el arco, mata a la zorra.

—Matar a bonita —contestó Beggar. Se le caía la baba, que le resbalaba por la barba mientras apretujaba los anillos de malla por encima de los pechos de Jeanette. Ella seguía forcejeando, pero él la había doblado dolorosamente por encima del cabrestante y apenas se podía mover.

Thomas mantuvo el arco tenso. El largo brazo del trabuquete, vio, estaba en el suelo, aunque los ingenieros debían de haber interrumpido su trabajo antes de cargar la piedra, porque la cincha de cuero aún estaba vacía. Había un montón de piedras a la derecha y un movimiento repentino hizo reparar a Thomas en un hombre herido junto a las rocas. El hombre intentaba ponerse en pie, pero no lo conseguía. Tenía sangre en la cara.

—¿Will? —preguntó Thomas.

—¡Tom! —Will Skeat intentaba ponerse en pie de nuevo—. ¡Eres tú, Tom!

—¿Qué ha pasado? —inquirió Thomas.

—Ya no soy lo que era, Tom —repuso Skeat. Los dos villanos que habían estado ayudando a custodiar al señor de Roncelets estaban muertos a los pies de Skeat, y al mismo Skeat no parecía quedarle mucho. Tenía la cara blanca y cada vez que intentaba respirar lo hacía con dificultad. Su rostro estaba surcado de lágrimas—. Intenté pelear —dijo lastimeramente—, lo intenté, pero ya no soy lo que era.

—¿Quién te ha atacado? —preguntó Thomas, pero Skeat no parecía ser capaz de responder.

—Will intentó protegerme —gritó Jeanette, pero entonces gritó aún más porque Beggar la había tumbado completamente y podía por fin levantarle los faldones de la malla. Farfullaba por la excitación, al mismo tiempo que sir Geoffrey gritaba de rabia.

—¡Es el bastardo de Douglas!

Thomas disparó. Con una cuerda nueva le gustaba disparar un par de flechas antes para descubrir qué tal se comportaba el nuevo cáñamo, pero no tenía tiempo para sutilezas, así que se limitó a soltar la cuerda y le rebanó la garganta a Beggar tan limpiamente como con un cuchillo de carnicero, la flecha quedó ensartada entre la maraña de pelos de su barba, y Jeanette gritó cuando la sangre salió en un chorro sobre su jubón y su cara. El Espantapájaros aulló de rabia y corrió hacia Thomas, que

le estampó el arco en la cara y dejó caer el arma mientras sacaba la espada. Robbie se le adelantó y apuntó la espada de su tío al vientre del inglés, pero, incluso borracho, sir Geoffrey estuvo rápido y consiguió parar el golpe y revolversse. Dos de sus hombres de armas se acercaban a ayudarlo —los otros seguían custodiando al señor de Roncelets—, y Thomas los vio venir. Fue hacia la izquierda, con la esperanza de que la estructura de *Latigodepeñas* quedara entre él y los dos hombres con la divisa del hacha negra de sir Geoffrey, pero sir Geoffrey casi lo parte en dos y Thomas devolvió un contragolpe desesperado con la espada que acababa de sacar, que chocó contra la hoja del Espantapájaros con una fuerza que le dejó el brazo entumecido. El golpe envió hacia atrás al Espantapájaros, quien se recuperó y saltó hacia delante; Thomas se defendía con furia mientras el Espantapájaros embestía una y otra vez. Thomas no era un espadachín, y ya estaba de rodillas, y Robbie no podía ayudarlo porque estaba ocupado con los dos seguidores de sir Geoffrey; entonces se oyó un enorme estrépito, un estruendo que sonó como si se hubieran abierto las puertas del infierno, y el suelo se sacudió mientras el Espantapájaros lanzaba un alarido agónico. El berrido, que borboteó con la sangre, rasgó el cielo.

Jeanette había accionado la palanca que disparaba el largo brazo. Diez toneladas de contrapeso habían golpeado el suelo y la gruesa punta de metal que mantenía la cincha se había levantado entre las piernas de sir Geoffrey y le había abierto un agujero ensangrentado desde la ingle hasta el estómago. Tendría que haber sido despedido hacia la ciudad por el brazo del trabuquete, pero la punta se había quedado atrapada en sus entrañas y estaba atrapado por el brazo: sir Geoffrey se retorció agónicamente mientras se desangraba en la hierba.

Sus hombres, al ver a su señor morir, dieron un paso atrás. ¿Por qué luchar por un hombre que no iba recompensarlos? Robbie abrió la boca mientras el Espantapájaros se retorció y contorsionaba hasta que, de algún modo, el moribundo consiguió liberarse de la enorme aguja de hierro y cayó, dejando un rastro de intestinos y sangre. Se dio de bruces contra el suelo con un golpe, la sangre salpicó, pero seguía vivo. Un tic nervioso le afectaba los ojos y tenía la boca abierta intentando hablar.

—Puto Douglas —consiguió decir antes de que Robbie se le acercara, levantara la espada de su tío y se la hincara, una sola vez, entre los ojos.

El señor de Roncelets había contemplado toda la escena incrédulo. Ahora Jeanette sostenía una espada junto a su cara, desafiándolo a que huyera, y él movió la cabeza con torpeza para mostrar que no tenía la más mínima intención de arriesgar su vida entre los hombres borrachos y salvajes que habían llegado en mitad de la noche para destruir el mayor ejército que había conseguido reunir jamás el ducado de Bretaña.

Thomas llegó hasta donde estaba sir William Skeat, pero su viejo amigo ya había muerto. Le habían herido en el cuello y se había desangrado sobre la pila de piedras. Parecía curiosamente en paz. El primer rayo de sol del nuevo día se abrió camino

desde el confín del mundo para iluminar la sangre brillante en la punta del brazo de *Latigodepeñas*, y Thomas le cerró los ojos a su mentor.

—¿Quién ha matado a Will Skeat? —preguntó Thomas a los hombres de sir Geoffrey, y Dickon, el más joven, señaló al amasijo de malla, carne, entrañas y hueso que había sido el Espantapájaros.

Thomas inspeccionó las hendiduras en su espada. Tenía que aprender a utilizarla, pensó, o moriría bajo una espada; después miró a los hombres de sir Geoffrey.

—Id a ayudar en el ataque del otro fuerte —les dijo. Se le quedaron mirando—. ¡Id! —bramó y, sobresaltados, corrieron hacia el oeste.

Thomas señaló con la espada al señor de Roncelets.

—Llévalo a la ciudad —le dijo a Robbie—, y guárdalo bien.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Robbie.

—Voy a enterrar a Will —repuso Thomas—. Era un amigo. —Pensó que debería derramar algunas lágrimas por Will Skeat, pero sentía que no le quedaban. No por el momento. Envainó la espada y sonrió a Robbie—. Ya puedes volver a casa, Robbie.

—¿A casa? —Robbie parecía sorprendido.

—De Taillebourg está muerto. El dinero de Roncelets pagará tu rescate a lord Outhwaite. Puedes volver a Eskdale, a casa, a matar ingleses.

Robbie sacudió la cabeza.

—Guy Vexille sigue vivo.

—Ése es cosa mía.

—Y mía —replicó Robbie—. Se te olvida que mató a mi hermano. No pienso irme hasta que lo vea muerto.

—Si lo encuentras —añadió Jeanette en voz baja.

El sol iluminaba el humo de los campamentos en llamas y proyectaba largas sombras en el terreno por donde lo que quedaba del ejército de Carlos abandonaba las fortificaciones y huía hacia Rennes. Habían llegado exultantes y ahora se escabullían de una derrota abyecta.

Thomas se dirigió hacia las tiendas de los ingenieros y encontró un pico, una maza y una pala. Cavó una tumba junto a *Latigodepeñas*, metió a Skeat en la tierra húmeda e intentó decir una oración, pero no se le ocurrió ninguna; entonces se acordó de la moneda para el barquero y se dirigió a la tienda del señor de Roncelets, apartó el lienzo chamuscado de encima del baúl, cogió una moneda de oro y volvió a la tumba. Se metió en el hoyo junto a su amigo y le colocó la moneda bajo la lengua. El barquero la encontraría y sabría, porque la moneda era de oro, que sir William Skeat era un hombre especial.

—Que Dios te bendiga, Will —dijo Thomas. Salió de la tumba y la cubrió de tierra, aunque se detenía constantemente con la esperanza de que Will abriera unos ojos, que jamás volvería a abrir, y las lágrimas llegaron por fin mientras Thomas

cubría de tierra el rostro pálido de su amigo. El sol ya estaba alto cuando terminó, y de la ciudad llegaban las mujeres y los niños para saquear lo que quedara. Un cernícalo voló alto y Thomas se sentó sobre el baúl de monedas y esperó a que Robbie regresara de la ciudad.

Se dirigiría al sur, pensó. Iría a Astarac. Recuperaría el libro de su padre y resolvería el misterio. Las campanas de La Roche-Derrien tocaban victoria, una victoria grandiosa, y Thomas se sentó entre los muertos y supo que no tendría paz hasta que encontrara la carga que tanto había pesado sobre su padre. *Calix meus inebrians. Transfer calicem istem a me. Ego enim eram pincerna regis.*

Le gustara o no la tarea, era el copero del rey, y se dirigiría al sur.

Nota histórica

La novela comienza con la batalla de Neville's Cross. El nombre de la batalla proviene de la cruz de piedra que lord Neville erigió para señalar la victoria, aunque es posible que ya existiera otra cruz en aquel lugar y que el monumento conmemorativo de lord Neville la reemplazara. La batalla, en la que se enfrentó un enorme ejército escocés contra una fuerza desarraigada reunida a toda prisa por el arzobispo de York y los señores del norte, fue un desastre para los escoceses. Su rey, David II, fue capturado, y así se describe en *La batalla del Grial*, atrapado bajo un puente. Consiguió reventarle un par de dientes a su captor, pero después fue reducido. Pasó una larga temporada en el castillo de Bamburgh recuperándose de la herida en el rostro, y después fue llevado a Londres y encarcelado en la Torre con la mayoría de los nobles escoceses capturados aquel día, incluido sir William Douglas, caballero de Liddesdale. Los dos condes escoceses que habían jurado fidelidad a Eduardo fueron decapitados y descuartizados, y los trozos de sus cuerpos repartidos por todo el reino como escarmiento a su traición. Más tarde, durante aquel año, Carlos de Blois, sobrino del rey de Francia y pretendiente al ducado de Bretaña, se unió a David II en la Torre de Londres. Fue un doblete notable para los ingleses, que, una década más tarde, añadirían al mismo rey de Francia al botín.

Los escoceses invadieron Inglaterra a petición de los franceses, con quienes se habían aliado, y es probable que David II creyera realmente que todo el ejército de Inglaterra se encontraba en el norte de Francia. Pero Inglaterra había previsto esa posibilidad, y a ciertos señores del norte se les encomendó la tarea de quedarse en sus tierras y estar listos para reunir fuerzas en el caso de que los escoceses marcharan. La columna vertebral de aquellas fuerzas era, evidentemente, el arquero, y ésta fue la edad dorada del arquero inglés (y, en menor medida, galés). El arma utilizada era el arco largo (nombre acuñado mucho más adelante), un arco de tejo de casi dos metros de largo que requería de una fuerza para tensarlo de al menos ciento veinte libras (más del doble de lo que requieren los modernos arcos de competición). Es un misterio por qué sólo Inglaterra era capaz de llenar los campos de batalla con filas de arqueros letales que, de hecho, se convirtieron en los reyes de las batallas europeas, pero la respuesta más convincente es que el dominio del arco largo era una práctica que entusiasmaba a los ingleses, y que se practicaba como deporte en cientos de poblaciones. Con el tiempo se aprobaron leyes que convertían la práctica del arco en obligatoria, probablemente porque el entusiasmo estaba remitiendo. Era, sin duda, un arma extraordinariamente difícil de utilizar, que requería de una fuerza enorme, y los franceses, aunque intentaron introducir el arma entre sus filas, nunca llegaron a dominarla. Los escoceses estaban acostumbrados a los arqueros y habían aprendido a no atacarlos a caballo, pero la verdad es que no hubo respuesta al arco largo hasta que

aparecieron las armas de fuego.

Los prisioneros eran importantes. Un gran hombre como sir William Douglas sólo sería liberado tras el pago de un rescate enorme, aunque a sir William Douglas se le permitió salir para negociar el rescate del rey de Escocia y, cuando fracasó, volvió diligentemente a su cautiverio en la Torre de Londres. Los rescates para hombres como Carlos de Blois o el rey David II eran desorbitados, y se podía tardar años en negociarlos o reunirlos. En el caso de David, el rescate fue de sesenta y seis mil libras, una suma que tendría que multiplicarse por lo menos por cien para conseguir una aproximación inexacta a su valor actual. Se les permitió a los escoceses pagarlo en diez plazos, y veinte nobles tuvieron que ser entregados como rehenes antes de que David fuera liberado en 1357, para cuando, irónicamente, todas sus simpatías se habían vuelto pro inglesas. Sir Thomas Dagworth fue oficialmente el captor de Carlos de Blois, que le vendió a Eduardo III por la mucho menor suma de tres mil quinientas libras, aunque, sin duda, era mucho mejor recibir ese dinero en mano que esperar a que reunieran un rescate mayor en Francia y Bretaña. El captor del rey David fue un inglés llamado John Coupland, que vendió su prisionero a Eduardo, en este caso, por tierras y título.

La derrota de Carlos de Blois en La Roche-Derrien es uno de los grandes triunfos ingleses de la época que no han sido cantados. Carlos se había enfrentado antes a los arqueros y supuso, como así sucedió, que la manera de derrotarlos era obligándolos a atacar posiciones bien protegidas. Lo que el arquero no podía ver, tampoco podría matarlo. La táctica funcionó contra el asalto de sir Thomas Dagworth, pero cuando llegó la partida frenética de Richard Totesham desde la ciudad, y ciado que Carlos había insistido en que las cuatro partes del ejército quedaran resguardadas tras las fortificaciones de tierra, fue aplastado, primero él y después los otros tres campamentos. Su derrota y captura supuso una enorme conmoción para sus aliados, los franceses, que tampoco conseguían liberar el sitio de Calais. Tengo que reconocer mi deuda con Jonathan Sumption cuyo libro, *Trini by Battle*, el primer volumen de su soberbia historia sobre la guerra de los Cien Años, me ha sido de especial ayuda. Los errores que pueda contener la novela son, evidentemente, míos, aunque con el único fin de aligerar la bolsa de mi cartero, quisiera señalar que la catedral de Durham sólo poseía dos torres en 1347 y que he atribuido la referencia de Hacialías al libro de Esdras, en lugar de al de Nehemías, porque me he basado en la Vulgata y no en la Biblia King James.



BERNARD CORNWELL (Londres, 23 de febrero de 1944). Es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

En España sus novelas han sido publicadas por Edhasa y Quinteto. Sus principales sagas son las dedicadas al fusilero Richard Sharpe en la época de la conquista de la India por el Imperio británico y las guerras napoleónicas. Editada bajo el epígrafe «El sable y el fusil», la saga fue adaptada para televisión por la BBC con Sean Bean como protagonista.

Hay otras tres series de Cornwell publicadas en castellano. Son la dedicada a las leyendas artúricas (compuesta por *El rey del invierno*, *El enemigo de Dios* y *Excalibur*); al arquero Thomas de Hookton (*Arqueros del rey*, *El sitio de Calais* y *La batalla del Grial*); y, por último, la ambientada en las invasiones vikingas de Gran

Bretaña durante el reinado de Alfredo el Grande (hasta el momento, *Northumbria, el último reino*, *Svein, el del caballo blanco*, *Los Señores del Norte*, *La canción de la espada*, *La tierra en llamas*, *Muerte de Reyes* y *The Pagan Lord*).

También se han publicado en castellano sus novelas *Stonehenge* y *El ladrón de la horca*. Quedarían al menos otras 6 novelas inéditas.

Además, en el año 2011 editaron el primero de sus libros de la saga de Nathaniel Starbuck, llamado en castellano *Rebelde*.